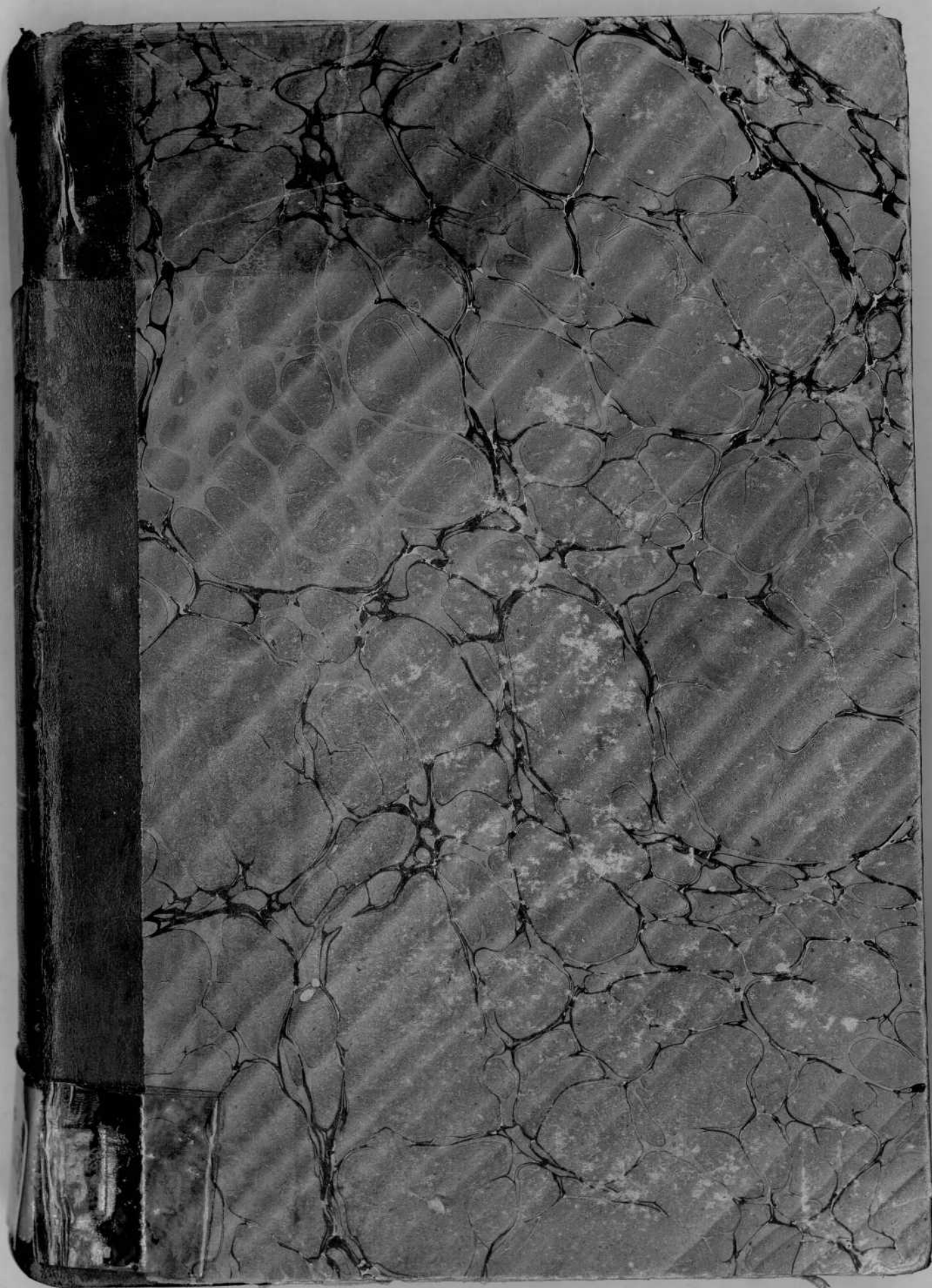




4006

ACTORES ESPAÑOLES.

(Tom. 25.)

BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES.

(*tom. 35*)

BIBLIOTECA

AUTORES ESPAÑOLES.

Vol. 25

BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES,

DESDE LA FORMACION DEL LENGUAJE HASTA NUESTROS DIAS.



ROMANCERO Y CANCIONERO SAGRADOS.

COLECCION DE POESÍAS CRISTIANAS, MORALES Y DIVINAS,

SACADAS DE LAS OBRAS DE LOS MEJORES INGENIOS ESPAÑOLES

POR

DON JUSTO DE SANCHA.



MADRID.

M. RIVADENEYRA — IMPRESOR — EDITOR.

SALON DEL PRADO, 8.

—
1855.

BIBLIOTECA

AUTORES ESPAÑOLES



ROMANCERO Y CANTIONERO SIGARRAS

COLECCIÓN DE POESÍAS CRISTIANAS, MORALES Y DIVINAS

EDICIÓN DE LAS OBRAS DE LOS AUTORES ESPAÑOLES

DON JESÚS DE SÁNCHEZ



MADRID
M. RIVERO Y CA. - EDITORES
CALLE DE LA PLAZA, 1

1833

ADVERTENCIA DEL EDITOR.

No pareceria en verdad completa nuestra BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES, si hubiéramos dado al olvido la coleccion que forma el presente tomo, una de las mas estimables y curiosas que desde luego nos propusimos publicar, bien que al propio tiempo nos retraia de nuestro designio la dificultad de allegar en un breve plazo la multitud de materiales necesarios para aquel objeto. Muchos existen aun en las bibliotecas públicas y en no pocas particulares; pero ¿cómo adquirir algunos otros que únicamente se ven ya citados en las bibliografías antiguas, ó por via de recomendacion en las obras escritas con posterioridad? Libros que á principios de este siglo, ó no mucho antes, andaban en manos de todos, bien como monumentos vivos de los ingenios de nuestro siglo de oro, bien como estímulos perennes de la piedad y fe de nuestros mayores, hoy han perecido ya, menospreciados por nuestra desdeñosa ilustracion ó aniquilados por nuestro descuido.

Semejante pérdida hubiera sido, al menos para nosotros, irremediable, á no habernos deparado la suerte (que en algo ha de sernos próspera) la adquisicion de este copiosísimo repertorio, que, con el nombre de *Romancero y Cancionero sagrados*, tenemos por fin el gusto de añadir á nuestra BIBLIOTECA. El nombre de la persona á quien somos deudores de tan singular obsequio va estampado al frente de este volumen, en señal de reconocimiento y como una seguridad anticipada del mérito que ha contraído para todos los amantes de las glorias literarias de nuestra nacion. Mayor recompensa mereceria seguramente una empresa llevada á cabo con tan perseverante diligencia y no cortos dispendios de tiempo y de recursos; mas ya que la modestia de tan docto investigador nos veda toda alabanza, su desprendimiento por lo menos no ha de imponer silencio á la gratitud.

Aquí hallarán extractado y junto nuestros lectores cuanto contienen de notable los romanceros sagrados de nuestros mas fecundos ingenios, y los de otros que, aunque no tan conocidos, son, sin embargo, merecedores de grande estimacion y aplauso. Al lado de composiciones que andan en manos de todo el mundo, se encontrarán muchas rarisimas por su antigüedad, su forma ó su pensamiento; no pocas de exquisito mérito literario, alternando con otras únicamente apreciables por la candidez y aun trivialidad de sus conceptos; entreverado lo llano con lo sublime, lo natural con lo artificial, lo brillante y bello con lo deslucido y amanerado. De otra suerte no seria fácil apreciar el nacimiento, apogeo y declinacion de nuestra literatura en un género determinado, la analogía que guardó este con los restantes, el adelanto ó retroceso

de cada período y época; y por fin, el carácter de cada autor y las mútuas relaciones que entre ellos pueden establecerse.

La forma unas veces, y otras el asunto de las composiciones, han dado lugar á una subdivision de especies, que facilita el estudio comparativo de las primeras; y si tal vez se han segregado las poesías de algun autor, formando conjunto aparte, como por ejemplo, las de don Luis de Ribera, las de Damian de Vegas y el *Cancionero* de Montesino, ha sido porque, mereciendo reimprimirse todas ó la mayor parte, parecia natural que no debieran interrumpir las varias séries de las clasificaciones indicadas, ni perder la forma genuina de su primitiva publicacion. De las poesías de san Juan de la Cruz, ya impresas en nuestra BIBLIOTECA, de los *Autos* de Calderon y *Obras sueltas* de Lope de Vega, que tambien nos proponemos publicar, y de algunas otras que han visto ó verán próximamente la luz en los tomos que sucesivamente irémos dando, se encontrarán reproducidas aquí alguna que otra página ó fragmento; mas como lo repetido será siempre una parte insignificante, y esta coleccion deseábamos que fuese completa en lo posible, no hemos tenido reparo alguno, de dos inconvenientes, en optar por el que menor nos parecia. El índice de autores, que, juntamente con el alfabético de las poesías, debemos tambien al laborioso esmero de nuestro colector, puede considerarse como un breve catálogo bibliográfico sobre la materia, además de citarse al pié de cada composicion la fuente de donde se ha sacado.

Por via de introduccion, y como cabeza de esta nueva biblioteca de romances, que puede servir de complemento á los dos tomos del *Romancero Español*, á la coleccion de poetas líricos de los siglos XVI y XVII, y á alguna otra de las que aparezcan posteriormente, hemos sacado de la oscuridad en que yacia una composicion tan preciosa como rara, el auto de *Las Cortes de la Muerte*, comenzado por Miguel de Caravajal, concluido por Luis Hurtado de Toledo, é impreso en esta ciudad el año 1557. Para su impresion nos hemos servido de una copia manuscrita hecha recientemente, y de un ejemplar de la mencionada edicion, adquirido poco antes en el extranjero (*). Como

(*) La copia nos la facilitó el señor don Enrique Vedia, y el ejemplar, conservado con el esmero que por su rareza merecia, el señor don Pascual Gayangos. Este y aquella nos han sido de mucha utilidad para la exacta reproduccion del texto, ininteligible con frecuencia unas veces en la impresion, y otras en el manuscrito. Aun así, verán nuestros lectores que hemos hallado tropiezos insuperables.

Creemos oportuno reproducir aquí una nota que precedia á la referida copia, concebida en estos términos:

«Esta copia de *Las Cortes de la Muerte* está hecha por otra que formó y tiene preparada para la prensa el conocido bibliógrafo y literato don B. J. Gallardo. Lleva al márgen la nota correlativa de la foliatura del ejemplar impreso, y además se corrigen algunos errores crasos y algunas palabras de dudosa significacion. A pesar de esto, son todavía muchas las faltas ortográficas de que adolece y las equivocaciones que se encuentran, y que convendría depurar si se tratase de repetir la publicacion de esta curiosísima composicion dramática.

»El pensamiento no es nuevo y original, y viene á ser una reproduccion en forma escénica de la famosa *Danza de la Muerte*, idea singular y pintoresca que se ha tratado de mil maneras y en varios idiomas. Al menos las literaturas provenzal, francesa, inglesa, alemana y española tienen todas su contribucion especial en este gé-

nero, que tambien trataron de embellecer por su parte el dibujo y la pintura. Algo arguye en favor del pensamiento un voto tan conforme y universal.

»No sería imposible que esta composicion sea el *Auto de las Cortes de la Muerte*, que iba representando la compañía de Angulo el Malo, de que se hace mencion en el *Quijote*. La fecha de la composicion, el título, y hasta la indicacion de algunos de los personajes que iban en el carro, lo hacen presumir con harto fundamento; pero, como no tenemos una seguridad completa, puede quedar esta sospecha en el campo de las conjeturas.»

Al hablar Cervantes de algunos de los personajes que iban en la compañía de Angulo el Malo, hace mencion del dios Cupido, que no figura en nuestro *Auto de las Cortes de la Muerte*; pero quizá no recordaria bien las personas que entraban en aquel drama, ó pudo equivocarse con las de *Las Cortes de casto Amor*, escritas por el mismo Hurtado de Toledo é impresas en el mismo punto y año, pues en el ejemplar que dejamos citado del señor Gayangos preceden estas á las primeras, así como el *Triunfo de Amor*, formando al parecer todas estas composiciones una misma obra, que sin duda tenia Cervantes presente en su imaginacion. De todos modos, la conjetura de la nota anterior no nos parece falta de fundamento.

obra dramática, y aun como ejemplo de estilo y de locucion, merece ser conocida, pues pocas podrán competir con ella ni en el artificio y facilidad del diálogo, ni en la gravedad de las sentencias, ni en la censura de las costumbres de la época, ni en la preparacion é ingeniosísimo desempeño de algunas escenas. Y lo que sobre todo nos parecemas notable, es que siendo, como allí mismo se dice, obra de dos autores, conserve desde el principio al fin la misma entonacion y brio.

Hemos atendido con el mayor cuidado á la reproduccion exacta de los textos, conservando su ortografía característica y á veces inconsecuente, y efectuando tan solo las enmiendas que reclamaban los yerros manifiestos de las impresiones. Hubiera podido hacerse mucho mas numerosa esta coleccion, y aun en lugar de algunas poesías, únicamente notables por la extravagancia de sus equívocos y retruécanos, insertar otras mas conformes con la afectuosa sencillez evangélica ó los buenos principios del arte; pero hubiéramos falseado completamente la historia de nuestra literatura, tan varia, tan original y tan digna de estudio aun en sus mismos desacuerdos y aberraciones. Para demostrar esto, hubiera sido además preciso escribir un largo discurso sobre los orígenes de nuestra poesía religiosa, que andando el tiempo, se identificó en un todo con la profana. Acaso no faltará algun dia quien tome á su cargo semejante empeño.

LAS CORTES DE LA MUERTE,

Á LAS CUALES VIENEN TODOS LOS ESTADOS,

Y POR VIA DE REPRESENTACION, DAN AVISO A LOS VIVIENTES Y DOCTRINA A LOS OYENTES.

LLEVAN GRACIOSO Y DELICADO ESTILO:

DIRIGIDAS

POR LUIS HURTADO DE TOLEDO

AL INVICTÍSIMO SEÑOR DON FELIPE, REY DE ESPAÑA Y INGLATERRA, ETC., SU SEÑOR Y REY.

LUIS HURTADO DE TOLEDO, AL SERENÍSIMO Y MUY PODEROSO SEÑOR DON FELIPE,

REY DE ESPAÑA Y INGLATERRA, ETC., SU SEÑOR.

DESPUES de haber dedicado, muy alto y muy poderoso Señor, las *Cortes de Casto-Amor* á vuestra alteza, hallé por mi cuenta que el vulgo, público examinador de ajenas causas, me habia de juzgar por hombre vano, mayormente leyendo el *Espejo de gentileza*, *Hospitales de damas y galanes*, con otras obras de amor que á vuestra alteza ofrecí. Y para evitar este daño, pues la buena opinion es joya estimable, y mas con el vulgo, determiné tambien para su enmienda y consideracion ponelles juntamente otras cortes que hizo la Muerte con todos los estados, con notable llamamiento, en este presente año; en las cuales, por apacible estilo y delicadas sentencias, cada estado verá lo que de la Muerte se le puede proveer y en sus cortes determinar. Las cuales fueron comenzadas por Micael de Caravajal natural de Placencia, y agradando tal estilo, yo las proseguí y acabé.

Ruego al summo Emperador, por cuya voluntad estas cortes se hacen cada hora, dé á vuestra alteza muchos años de vida contenta y empleada en su servicio. Amen.

INTROITO

EN LAS CORTES DE LA MUERTE,

HECHO POR UN ERMITAÑO,

Y LUIS HURTADO EN SU NOMBRE.

Oid los que estais dormidos,
Despertad del sueño grave,
Desatpad los oídos,
Quitad la mundana llave
Con que cerrais los sentidos.
Entienda todo mortal
Que tiene cerca la Muerte:
Tenga en la memoria cuál
Será la trompeta fuerte
De aquel juicio final.

Todo el mundo he caminado,
Todos estados probé;
Todos oficios he usado,
Todas riquezas gocé;
Mas descanso no he hallado.
Yo fui mancebo galán,
Fui casado, viudo y lego,
Labrador y capitán;
Dime á las armas y al juego;
Mas nunca salí de afán.

Fui señor; tuve vasallos,
Riquezas y potestades;
Fui rey para gobernarlos;
Mas en todas las edades
No descansé con gozallos.
Fui clérigo consagrado,
Y del templo el principal;
Yo fui obispo y gran perado,
Tuve la mitra papal;
Mas nunca viví holgado.

Yo fui fraile recogido,
Muy alto predicador;
Y todo bien conocido,
Hallé ser cual heno y flor
Antes seco que cogido.
Al fin hiceme ermitaño,
Dejando el mundo y sus trajes,
Para avisaros del daño
Que los humanos lenguajes
Causan de nuevo cada año.

Por lo cual soy enviado
De los que en el purgatorio
Antes de vos han pasado,
Para haceros notorio,
Un caso muy olvidado.
Dicen que las liviandades
Purgan allá por entero;
Dicen que á todas edades
Traga el infierno muy fiero,
Porque usais tantas maldades.

Y por mandado divino
La Muerte viene á hacer
Cortes, y á acortar camino
A muchos que piensan ser
Larga su estrella y su sino.
Y á sus cortes llamará
Todas naciones y estados.
Cada cual lo notará:
Sed atentos y callados,
Que siento que llega ya.

MUERTE, DOLOR, VEJEZ, TIEMPO,
pregonero; DOS ÁNGELES; SAN
AGUSTIN, SAN JERÓNIMO, SAN
FRANCISCO, asesores de las cortes.

Dolor y Vejez, cuidados,
De mi casa tan amigos,
Todas las gentes y estados,
Cuanto estén de mi agraviados,
Ya vosotros sois testigos.
Aquella pena y pavor
Que en los mortales se encierra,
Es decir cuán sin temor
Vos, Vejez, y vos, Dolor,
Asolais toda la tierra.

Uno con enfermedad,
El otro con la vejez,
Sienten por gran crueldad
Que toda la humanidad
Asolais y redondez.

Y desto tanto se queja
El mundo de vuestra saña,
Que de gemir no se aleja
De ver cuán poco les deja
Esta sangrienta guadaña.

Por lo cual tengo acordado,
Para que aquestos mortales
Se quejen solo del hado
Y de su mismo pecado,
Hacer cortes generales.
Y pues que el mundo está ciego,
Le quiero desengañar
Y dar á entender el juego.
Por tanto, vosotros luego
Las haced apregonar.

¡Ea! Vejez y Enfermedad,
Mis criados, donde fundo
Esta casa y majestad,
Haced con brevedad
Se pregonen por el mundo.
Que aquí estoy aparejada
Para que cada cual venga,
Y conforme á su embajada
Así será despachada.
¡Sus! Ninguno se detenga.

Reina, pues que tus blasones
Seguimos y mandamientos
Y las leyes que nos pones,
Bien es que todas naciones
Oigan tus voces y acentos.

(1) Cena dice el original aquí y en todas las siguientes; pero como ya esta voz corre con otro significado, ponemos en su lugar la propia y corriente.

Sean todos los vivientes
Cómo el linaje humano
Se queja, y mortales gentes
Con quejas impertinentes
De la Muerte temporal.
Cúlpanla todos diciendo
Cuán de prisa y de corrida
Los saltea y va hiriendo;
Y que apenas van naciendo,
Cuando les siega la vida.

Ella quiere descargarse
De la culpa que le es puesta,
Y en este caso allanarse,
Y por razones mostrarse
Cuán con razon los molesta.
Y así, sepan los mortales
Que sintiendo ella esta injuria,
Hace cortes generales:
Con trompetas y atabales
Se van pregonando á furia.

Y porque todos bien crean
Qu'ella no causa temores,
Todos vengan ó provean
Los que huyen y desean
De enviar procuradores.
Y entre todos los nascidos
El que sintiere agravarse
Venga y diga sus gemidos;
Y á los al mundo venidos
Ansi manda apregonarse.

Temor, Tristeza y Espanto,
Mis tres aposentadores:
Pues que las trompetas canto,
Aposentad entre tanto
Gentes y procuradores.

(Acabado el pregon, bajará una nube con dos ángeles y dos trompetas; el uno dirá: *Anima quae peccaverit, ipsa morietur*. El otro: *Non moriar, sed vivam, et narrabo opera Domini*. Y entrambos á una cantarán: *Beati qui habitant in domo tua, Domine, in saecula saeculorum laudabunt te*. Hasta que llegando, está la Muerte, y ella dice.)

¡Qué buena venida es esta,
Ángeles sanctos, al suelo
Con tal música y tal fiesta?
¿Cómo dejais la floresta
Y aquesas galas del cielo?
¡Tantos preciosos deseos,
Tantas divinas libreas,
Que las perlas, camaleos,
Del mundo trajes y aseos
Se os harán cosas muy feas!

Muerte, aunque ves que venimos
De aquella ciudad tan dina
Del cielo, donde salimos,
Nunca jamás nos partimos
De la presencia divina.
Allí estamos ministrando
Su majestad y excelencia,
Su divinidad gozando,
Y de contino alabando
Su alta magnificencia.

Pues sabrás cómo en el cielo
Se supo que has pregonado
Ciertas cortes en el suelo,
Que no quieres que en un pelo
Nadie sea de ti agraviado.
Sabemos como á tus manos
Y cortes han de venir
Judios, moros, cristianos,
Indios, gentiles, paganos,
Para cosas te pedir.

Tambien los contradictores
Muerte, Carne y Satanás
Vernán por batalladores
Contra los procuradores
Que á tus cortes juntarás.
Y porque gentes ni estados
Destos malos y sus nortes
No puedan ser engañados,
Venimos determinados
De asistir en estas cortes.

Que somos los que tenemos
Cargo de guardar las gentes,
Y los que los defendemos
De los peligros y extremos
Que causan sus accidentes.
Porque es grande el amistad
Que al hombre tenemos nos,
Y entrañable voluntad
Por saber la caridad
Con que le ama nuestro Dios.

Nos venimos á guardallos
Del Diabolo, Carne y Mundo,
Que no puedan derriballos,
Porque no queden vasallos
Del principe del Profundo.

Tambien somos guardadores
Desta provincia y mansion;
Y como defendedores,
Darémos todos favores
Contra la infernal region.

Ora creo que el Señor
Destas cortes generales
Se sirve y recibe honor;
Pues tal merced y favor
Ha enviado á los mortales.

¡Oh hombre, polvo y basura!
Mira que el Señor no tarda,
Siendo tú vil criatura,
De enviarte del altura
Ángeles para tu guarda.

(Tañen las trompetas, y vienen los doctores
san Agustín y san Jerónimo, asesores, y
san Francisco.)

MUERTE.

¡Oh doctores tan honrados,
Cómo huelgo que vengais
A cortes y a mis estrados!
Sentaos, bienaventurados,
Porque asesores seáis.

ESCENA II.

MACERO DE LOS ESTADOS, MA-
CERO DE LA MUERTE, MUERTE,
TODOS LOS ESTADOS, PROCU-
RADOR.

PROCURADOR.

Portero, allá entre mortales
Se ha sabido que la Muerte
Hace cortes generales
Por desagraviar los males
Del mundo y su triste suerte;
Sobre lo cual los Estados
Envían y redondez
Procuradores honrados,
Por ver si desagraviados
Podrán ser de aquesta vez.

Los cuales con brevedad
Mandaron qu'este presente
Ofreciese y voluntad
Al alteza y majestad
De reina tan excelente.

MACERO DE LA MUERTE.

Amigo, á esa gente honrada
Diréis que voy á dar cuenta
A la Reina sublimada
De aquesta vuestra embajada
Y desto que se presenta.

Y de aquí sean avisados
Que vengan cuando quisieren,
Porque serán despachados,
Y ¡plega á Dios y á sus hados
Que alcancen lo que pidieren!

(Entra á la Muerte, y dice.)

Temerosa y gran señora
Sobre príncipes y reyes,
Gran monarca, emperadora,
Hambrienta y ejecutora
De tus rigurosas leyes:
Tú que eres la que veniste
Al mundo por el pecado,
Y la misma que hiciste
Gustar el gusto tan triste
Por aquel negro bocado;

Tú que á deshora saltas
Los vivientes, y convidas
A tus mesas y libreas
Lutuosas, tristes, feas
Nuestras miserables vidas;
Y á ti que tiendes banderas
Bordadas de mil colores;
Y esas manos carniceras
Ensangrientadas tristes, fieras,
En papas y emperadores;

Y á ti, princesa, á quien da
Tantos títulos tan varios
Por nuestra culpa y afán,
Por ser todos dende Adán
A su cetro tributarios;
Y á ti, Señora, á quien tengo
Por tan alta y premiente,
Por ese asegur tan luengo,

A ti, gran señora, vengo
Con la embajada siguiente:

Todos los procuradores
De los estados y nortes,
Con poder de sus mayores
Medianos, grandes, menores,
Se han juntado en estas cortes.

Quéjense de tu poder,
Que les vas aniquilando
Las vidas; quieren saber
Si acaso podrán tener
Algun remedio, y el cuándo.

Y vienen determinados
De suplicarte al presente
Que hagas á los Estados
La merced que á los pasados
Hacías antiguamente.
Qu'es dalles aquella vida
Que diste en la edad primera
A las gentes, tan cumplida,
Tan prolífica y tan florida
Cual se vió en aquella era.

Envíante este presente,
El cual todos te suplican
Recibas, Reina excelente,
Donde verás claramente
Lo que piden y publican.
Aquí traen los corazones
De cada Estado, Señora,
Y en ellos sus peticiones,
Voluntades, intenciones,
Cual verás en esta hora.

MUERTE.

Vos, Dolor, mi maestra sala,
Y de mi casa sirviente,
Vos que por artes y gala
Traéis el azada y pala,
Recibid este presente.

(Aquí llegan todos los Estados, y se sientan
por órden; y tocan las trompetas, y dice
la Muerte en presencia de todos.)

MUERTE.

Propongan sus peticiones
Y querellas ante mí
Esas gentes y naciones,
Que para oír sus razones
Y agravios estoy aquí.
¡Cuántos deben murmurar
De mí, por ver que cada año
Los vengo aquí á amenazar
Que los he de saltar
Á deshora y por engaño!

Y piensan que lo que digo
Es patraña ó cual consejo;
Y cuanto aquí les castigo
No lo estiman en un higo,
Pues ninguno se apareja.
Pues aquel que le pesare
Con mi venida y suceso,
Cuando yo le saltare
Y á deshora le llamare,
Veremos bien su proceso.

Mezquinos, ¿de qué os quejais?
Quejaos, quejaos de vos mismos,
Que de mí no os acordais
Hasta el punto que llegais
A los infiernos y abismos.
Decíme que hago estrago (1)
En naciendo, y que ante omnia
Gustais este mortal trago:
Y ¿no es gran merced que os hago
Sacaros de Babilonia?

No es gran dicha y gran ventura
Y bienes nunca pensados
Sacaros de niebla oscura

(1) «Que os hago estrago», debiera decir,
para que el naciendo que sigue no se refiera
á la Muerte.

Y llevaros al altura
Para do fuistes criados?
¡Oh gran bien y gran servicio,
Hacer que el malo no ofenda
A Dios con pecado y vicio,
Si de su mal ejercicio
Nunca ha de haber enmienda!

Y ¿qué pretendéis aquí
En un mar tempestuoso,
Lleno de rocas? Decí.
¿Por qué murmuráis de mí
Pues soy un sueño sabroso,
Y á toda la humana gente
Les tengo por mi escudaron
Tomadas puertas y puente,
Desde oriente hasta poniente
Y al austro y septentrion?

¡Cuántas provincias, cibdades,
Mis ejércitos, arides
Deshacen y potestades!
¡Qué destrozos, crueldades
No causan mis adalides!
¡Oh mundanos, con qué priesa
Desharíades la rueda,
Si tuviédeses impresa
Mi memoria, y que la huesa
Os espera, y sola os queda!

Sepa esa gente engañada
Que vive ciega entre vos,
Que si siego con mi espada,
De continuo soy mandada
Como instrumento de Dios;
A nadie agravio ni puedo,
Ni nadie de mí se aleja,
Porque en un punto no excedo,
Y el bueno nunca me ha miedo,
Y el malo de sí se queja.

No vivan tan á sabor;
Miren no los arrebaté
Mi gran saña y gran furor:
Oigan que dice el Señor
Aquel verso: *Vigilate*.

*Vigilate, quia nescitis diem neque
horam, in qua Dominus venturus sit.*

¡Oistes bien la canción,
Y si os cale bien dormir,
O velar de corazón,
Pues no sabéis la sazón
Qu'el Señor querrá venir?
Tomad mis consejos sanos;
Que nadie duerma ni ciegue
Con los deleites mundanos,
Porque sabed, mis hermanos,
Que no hay plazo que no llegue.

Y el alma en cuerpo venida,
Mire cómo trata y vive;
Contino esté apercebida,
Que en el libro de la vida
Todo se asienta y escribe.
Y tengan por cosa cierta
Que sin saber cómo y cuándo,
Los llamaré muy despierta;
Porque al viejo está á la puerta,
Y al mozo voy acechando.

ESCENA III.

SATANÁS, MUNDO, CARNE, MA-
CERO, MUERTE.

SATANÁS.

¡Qué alegre y regocijado
Vengo en aquesta ocasión
De haber al mundo allegado,
Aunque ronco y fatigado
De dar voces á Caron!
Que en toda esta madrugada
Despertar no le he podido;

Como la noche pasada
Ha pasado gran bandada
De inieles, se ha dormido.

Mas, en fin, fin, me pasó
A costa de mi dinero,
Y muchas gracias le do,
Porque al negocio que vó
Muy mayor ganancia espero.

(Viene el Mundo y la Carne, y dice Satanás.)

SATANÁS.

¡Oh qué gente tan lucida,
De fiesta y regocijada!
Sin dubda que me convida
A holgar con su venida
De tal gente y tal manada!
Cierito que el Mundo parece
Aquel que viene cantando;
Y la Carne que merece
Honrarla, pues que florece
Con su industria á nuestro bando.

Malo es de conocer:
Hé allí al Mundo con sus redes
Y lazos para prender
A quien le quiere creer.—
Vengan con bien sus mercedes,
Mis hermanos de la vida.
¿No me abrazaís? ¿Qué haceis?
Que tan dichosa venida
Muy grandes cosas convida
Que emprendamos si quereis.

MUNDO.

Satanás, mi buen amigo,
Gran tiempo ha que no te vi.
¿Cómo es aquesto, enemigo?
Tú mereces buen castigo,
Y no te me irás así.

¿Parécete bien tener
Tal descuido, y olvidar
Tus amigos, sin los ver?

SATANÁS.

Tengo tanto que hacer,
Que no me vale rascar.

CARNE.

No es aqueso buen descuento (1);
Si otro mejor vos no dáis,
Mal pleito teneis esento.

SATANÁS.

En esta jornada sientio
De cumplir lo que mandais.

MUNDO.

Hermano, pues te contenta
Meter la mano en la masa,
Sin que palabra te mienta,
Te quiero dar ora cuenta
De todo lo que acá pasa.

Con trompetas y atabales
La Muerte entre los vivientes
Pregonó entre los mortales
Unas cortes generales,
A las cuales van mil gentes.
Que se quejan los Estados
Bravamente, que apresura
Sus tiros enherbolados,
Y que á sus pasos contados
Los lanza en la sepultura.

Determinamos hallarnos
En estas cortes, por ver
No quieran allá agraviarnos.
Si quierdes acompañarnos,
No faltará en qué entender.

SATANÁS.

¡Oh mis amigos leales!
Yo tambien voy, Carne y Mundo,
A estas cortes generales

Con negocios infernales
Y tocantes al Profundo.

Porque allá han retumbado
Sus clarones (2) y metales,
Lucifer me ha enviado,
Procure por el Estado
De todos los infernales.

CARNE.

¿Quién es aqueso mequino
Que traes tan aberrojado.
Que ha nacido en tan mal sino?

SATANÁS.

Vamos, que allá en el camino
Te lo diré de buen grado.

MUNDO.

Dínoslo ya; que me muero
Por saber por todas vías
Quién es este prisionero.

SATANÁS.

¿No conoces al Lutero
Fuente de las herejías?

MUNDO.

Ya, ya; este es el traidor
Y pastor de aquella grey (3)
Que está fundada en error.

SATANÁS.

Este es el profanador
De la evangélica ley.

Este es el que nos ha hecho
La barba, y ha de hacer,
Y el que nos da gran provecho.
Estoy dél tan satisfecho,
Que no lo puedes creer.

MUNDO.

¿No es este el que confisiones
Ha quitado y sacramentos?

SATANÁS.

Y aun misas y devociones,
Y el que sembró confusiones
Entre frailes y conventos.

CARNE.

Este es el que dió maridos
A monjas como á seglares.

SATANÁS.

Y á los frailes recogidos
Que casen, y sean ruidos
Los sanctos de los altares.
Con estas cosas, á osadas
El se ha hecho tan bien quisto,
Que se van tras sus pisadas
A banderas desplegadas.

CARNE.

¡Oh qué hermoso Antecristo!

MUNDO.

Pues ¿do llevas al cuitado?

SATANÁS.

A las cortes.

CARNE.

¡Negro invierno!

SATANÁS.

Como fué tan gran letrado,
Llévole por abogado
De los pleitos del infierno.
Hacémosle cortesía
Con Mahoma y sus iguales,
Y así tiene monarquía
En el infierno y valia
Por sus letras infernales.

MUNDO.

En cargo son al cuitado
Los ingleses y sajones,

(2) Clarines.

(3) Gente, dice el impreso. La corrección que hacemos está saltando á la vista.

Pues que los ha aposentado
En las sillas y en estrado,
Do serán hechos carbones.
Y aun Caron no perderá
En la venta de la barca,
Segun la priesa se da
A pasar continuo allá
Tanto hereje como embarca.

CARNE.

Caminemos prestamente,
Pues que es larga la jornada;
Y como va tanta gente
A las cortes, ciertamente
No hallaremos posada.

SATANÁS.

Eso no te pene nada,
Ni tomes ningun afán.
Y ¿hanos de faltar posada
Muy rica y ataviada
En casa de algun truhan?

Comenzad á caminar,
Y por ir regocijados,
Y desechar el pesar,
Vos, Carne, deci un cantar
De los vuestros requebrados.

CANTO DEL MUNDO Y CARNE.

Si hay alguno en esta vida
A quien quiera mas que á vos,
Mal me lo demande Dios.

MACERO.

Señora, entre los mortales
Espantosa y sin segundo,
A tus cortes generales
Vienen los tus capitales
Enemigos, Carne y Mundo.

MUERTE.

¡Oh Satanás tentador!
Dime ¿á qué, enemigo eterno,
Vienes á cortes, traidor,
El mayor perseguidor
Que se halla en el infierno?

SATANÁS.

Muerte, como yo fui osado
De tentar al Redemptor.
El infierno se ha juntado,
Y todos me han encargado
De ser su procurador.
Y así, vengo á suplicarte
Favorezcas el imperio
Del infierno y nuestra parte,
De tal suerte y de tal arte,
Que aumentes el cativerio.

MUERTE.

¡Oh, tristes ciegos mundanos!
Ved cuánta es vuestra maldad:
Teneis nombre de cristianos,
Y las obras de paganos,
Y peores en verdad.
Porque, al fin, fin, el pagano,
Si bien lo miramos nos,
Sirve á su Dios, aunque en vano;
Mas el malo del cristiano
¿En qué no ofende á su Dios?

Si como creo amolina
Mi venida aqui cada año,
Será porque la doctrina
De cristiano y disciplina
Menosprecia con grau daño,
Y por no dejar la carga
De pecados tan cruel;
Como os apesga y embarga
Mi venida, os es amarga,
Mas que acibar ni que hiel.

Gentes perdidas y vanas
Mas duros que piedras duras,
¿No veis noches y mañanas
Doblarse aquesas campañas?
No veis abrir sepolturas?

(1) Discuto, dice la edicion original; pero visiblemente es yerro de imprenta.

No sabeis qu'está obligado
A morir, como es notorio,
Todo hombre por el pecado,
Y así está determinado
Por el alto Consistorio?

Pues ¿cómo os podeis holgar,
Viendo una cosa tan cierta,
Y que no puede faltar?
Cómo dejais de pensar
Cuándo llamaré a la puerta?
¿No miran que tienen guerra
Con el mundo y su atadura,
Y aquella carne tan perra,
Y que un pié está ya en la tierra,
Y el otro en la sepultura?

Amigos, de muy buen grado
Yo rescibo aquel presente,
Que por vos me fué enviado,
Y en él he visto y notado
Lo que queréis ciertamente.
Que fué traer presentados
Los corazones de todos,
Chicos y grandes estados,
Que de mí están agraviados
Por mil maneras y modos.

Al fin, que la redondez
Se queja de mi gran saña,
Que nadie llega a vejez,
Y no deja buena tez.
Aquesta aguda guadaña.
¿Cómo! ¿Esta gente no siente
Que no tiene aquí cibdad
Ni morada permanente,
Y que ha de ser diligente
En buscar perpetuidad?

¿No ven la Jerusalem
Celestial, que los espera,
Tan llena de tanto bien?
Harto ciego será quien
Rechusare la carrera.
¿Pensáis que soy el que tasó
Las jornadas y medidas
De los hombres, y las caso?
No soy sino un breve paso
Puesto entre entramas las (1) vidas.

Por mí pasan los mortales
A aquel precioso jardín
De deleites celestiales,
Si por sus culpas y males
No pierden tal bien sin fin.
Procuren de hacer cuenta
Con su alma y caminar:
No se duerman en la venta,
Porque cosa violenta
No puede jamás durar.

Pues pregunt'os: ¿Do se encierra
Mas violencia y desventura
Que en esos cuerpos de tierra,
Compuestos de aquella guerra
Y elemental compostura,
Cuyas figuras y gestos
En esta vida postiza,
Por razón de ser compuestos,
En viviendo cualquier d'estos
Vuelven al polvo y ceniza?

Pues ciegos y encadenados,
Y ¿cuándo habeis de olvidar
Las costumbres y pecados,
Cuando ellos de enahadados
Os quieran acá dejar?
Salgan d'esta confusión
Y vida tan miserable,
Y pongan el corazón
En tierra de promisión
Segura, firme y estable.

No sospiren los cuitados
Por esas ollas podridas,

Que acá dejaron de estados;
Miren que fueron criados
Para cosas mas subidas.

ESCENA IV.

OBISPO, MUERTE, SAN AGUSTIN,
SAN FRANCISCO, SAN JERÓNIMO,
SATANÁS, MUNDO, CARNE.

(Tañen las trompetas, y viene un Obispo á
procurar por el Estado Sacerdotal.)

MUERTE.

Pues vos, padre reverendo,
¿Por quién venis á estas cortes;
Que, según de vos entiendo,
Negocios trairéis y estruendo
De allá de vuestros consortes?

OBISPO.

Señora, por gran favor
En estas cortes reales,
Y por hombre de valor
Me han hecho procurador,
De papa y de cardenales;

Arzobispos y perlados,
Patriarcas, dignidades,
Curas y beneficiados,
Y por cuantos tienen grados
En la Iglesia y facultades;
Y en fin, por todos aquellos
Que tienen rentas crecidas,
Vengo con su carta y sellos,
Porque temen todos ellos
Que vas á segar sus vidas.

MUERTE.

Por ventura, reverendo,
¿Sois perlado?

OBISPO.

Sí, Señora.

MUERTE.

Sin duda que no os entiendo:
Parece venis haciendo
Burla del hábito agora.
Decid: ¿no os avergonzáis
De parecer ante mí,
Hecho monstruo, como andáis?
¿Y por ventura, rezáis
En ese traje y así!

Contadme qué imperfección
Y variedad es aquesta;
Así ternéis á razón
La vivienda y corazón,
Como aquí se manifiesta;
Vuestro puñalico al lado,
El roquete tan vistoso,
El gorsalico labrado...
Pues ¿la barba? — De un soldado
Es mas que de religioso.

Por ventura, ¿andaba así
Sant Pedro, vuestro mayor?
Deci, padre, me deci,
¿Cierto, enviaron aquí
Un galán procurador!
Y ¿anda así todo el ganado
Eclesiástico vestido,
Tan á punto repicado?
Papagayo tan pintado
De la India no ha venido.

OBISPO.

Nunca Dios tal cosa quiera;
Porque todos traen sus mantos,
Muy largos de dentro y fuera,
Honestos sobremanera,
Que parecen mismos santos.
Que yo, como he venido
Camino, y por no tardarme,
He mudado así el vestido,
Y esta causa me ha movido
A querer transfigurarme.

Mayormente, si á Dios place,
Por ver el poco cabdal
Que de perlados se hace
Por mesones, me desplace
El hábito pastoral.
Mas tenga bien entendido
Que, aunque á Cristo no imitamos
En el hábito y vestido,
En el vivir recogido
Los tenores le llevamos.

MUERTE.

Pues deci; esa clerecia,
Con tantas rentas cargada,
Que á estas cortes os envía,
¿En qué entiende cada día
O en que está agora ocupada?

OBISPO.

Señora, podeis pensar
Qu'está tan limpia de males,
Que es cosa para espantar,
Que no se sabe ocupar
Sino en estas cosas tales:—

En el remedio y amparo
De los pobres y viudas,
Y en el alivio y reparo
De otros muchos, que muy claro
Padescen pasiones crudas;
Y en buscar secretamente
Muchas huérfanas doncellas,
Y en casallas largamente,
Y en pagar entre la gente
Muy muchas deudas por ellas.

Inquirir con diligencia
Parientas necesitadas,
Y como hombres de prudencia,
Dotallas en mi presencia,
Porque vivan mas honradas.
Cosa es ver los hospitales
Que sustentan monesterios,
Cómo estorban tantos males,
Pecados pestilenciales
De homicidios y adulterios.

No hayas miedo que sublimen
Los males, siendo ellos vivos,
Porque luego los reprimen.
¿Que año hay que no redimen
Gran número de captivos?
Mas niños crían cada año
De los que echan á las puertas,
Que podrá contar hogano,
Hasta encarecer el paño
Con pobres que fueran muertas.

Si por ventura hay baraja
Entre ellos, grande ó pequeña,
Es por ver cuál mas trabaja
En comprar dote ó alhaja
Para alguna pobre dueña.
Jamás quiebran estos hilos,
Aquí consumen prebendas,
Y aquestos son sus estilos,
En reparos de pupilos,
Muy limpios en sus viviendas.

¿Qué misero estuvo preso
Que no pagasen por él?
Pues, Señora, con gran seso
Ved el caso, y ved el peso,
No agraviéis gente tan fiel.

MUERTE.

¿Cómo, cómo, yo agraviálles?
¿Unas personas tan puras!
No por cierto, mas dejalles
Que sus ropas por las calles
Corten para calenturas.
¿Bendito tal ejercicio,
El cual Dios manda que obres!
Esos bien hacen su oficio;
No gastallo en otro vicio;
Porque son bienes de pobres.—
Pues esa gente tan buena

(1) En el original se omite el artículo *las*;
pero hace falta para completar el verso.

¿Qué pide ahora, deci,
Viviendo tan limpiamente?

OBISPO.

Señora tan preminente,
Lo que pide, pasa así.

Lo primero : seas servida
Que no sean arrebatados
Tan aprisa y de corrida,
Mas que les des larga vida
Como diste á los pasados;
Porque, si miramos bien,
Mayor merced recibieron
Los pasados sin desden:
De Adán á Matusalen
Ya tú ves lo que vivieron.

De Matusalen, si miras
A Noé, tiempos extraños
Se pasaron, que tus viras
No soltabas ni tus iras
Hasta gran cuento de años.
De Noé pues á Abraham,
De ranciosos se caían
Los hombres, según verán,
Sin dolencia y sin afán,
Que grandes siglos vivían.

Pues de Abraham, si miramos,
Hasta Cristo Redemptor,
Desigual tiempo hallamos
Que vivieron, y aun notamos
Que muy mas á su sabor.
Y pareceles agora
Que en naciendo, los convidas
A tus manjares, Señora,
Pues de cada punto y hora
Mas les acortas las vidas.

Y es así, ó yo no entiendo
Ni alcanzo tal desventura,
Que al niño, luego en naciendo,
Por la posta vas corriendo
A abrirle la sepultura.
Dicen que no han comenzado
A gozar rentas que ruedan,
Cuando en breve punto y grado
Ya los has arrebatado,
Y á buenas noches se quedan.

También viven descontentos
De sentir y conocer
Que ya los mantenimientos
No tienen los nutrimentos
Que antes solían tener.
Y esto todo ciertamente
Ya ves qu'es en perjuicio
De estado tan excelente,
Que se apoque brevemente
Antes que venga el Juicio.

Segun que dellos entiendo,
Por agravio lo reciben;
Suplicante, aquesto viendo,
Los desagravies, pudiendo,
Pues medias vidas no viven.

MUERTE.

Perlado, pues no te asombre
Lo que aquí te manifiesto:
Sabrás tú como es tu nombre,
Como á la vida del hombre
Tiene Dios término puesto.

Y llegado ya aquel punto
Que Dios le hubo señalado,
Yo me parto, y allí junto
Le hiego y dejo defunto.
Porque el término ha espirado.
Así, que no es en mi mano
Alargar ni acortar vidas,
Sino solo el Soberano
Es el que tarde ó temprano
Las quita ó las da cumplidas.

Para pasar la carrera
Y esta vida de amargar,
Esta jornada ligera

No soy sino mensajera
Y un ministro del Señor.
Mas, pues me has certificado
La vivienda y la limpieza
Del eclesiástico estado,
Pediré á Dios con cuidado
Le dé mas vida y largueza.

Sobre estos casos presentes
Veamos agora, en fin,
Que dicen los asistentes
Varones tan excelentes. —
Decid vos, sancto Agustín,
Que sois supremo perlado,
A quien le compete y toca
La impresa de aqueste estado,
Pues el Señor os ha dado
Tan divina lengua y boca.

SAN AGUSTIN.

Amigo, pues tanto agrada
A este estado la dulzura
Desa vida tan penada,
Y andar la breve jornada
Sienten por gran amargura;
Decidle que por tres cosas
Suele Dios acrecentar
Esas vidas tan penosas,
De los hombres cobdiciosas,
Y á veces á su pesar.

La primera d'este cuento
Es por su misericordia;
Segunda por cumplimiento
De aquel cuarto mandamiento,
Con padres no haber discordia;
Tercera por proveer
Los pobres, como debemos;
Habiéndolo menester;
Todo esto suele hacer
Que mas tiempo nos gocemos.

Y es justo, pues este estado
Se ocupa en bienes tamaños
Como, Padre, habeis contado,
Que nuestro Dios sea aplacado,
Y les dé vida y mas años;
Mas diréis á los perlados
Que tienen en encomienda
La guarda de los ganados,
Que vivan tan recatados
Que nadie los reprenda.

Sean honestos y templados,
Castos y caritativos.
Prudentes, bien ataviados,
Diligentes, concertados,
No litigiosos ni altivos;
No de rentas cobdiciosos,
Vinolentos, comedores,
No crüeles, mas pidosos;
Sufridos, no sediciosos,
Ni simples enseñadores.

Tengan siempre ataviada
Su iglesia y sin pensamientos
Vanos, y en que no va nada;
Y miren por la manada,
Que hay muchos lobos hambrientos.
Buena honda y buen cayado,
Buena silbo, buena pastura,
Buen pastor enzamarrado,
Que no esté abarragano
En la noche mas oscura.

Y al tiempo del tresquilar,
Que tengan blandas las manos,
No quieran despellejar,
Porque se suele escotar
El queso y la leche, hermanos.
Rodeen bien la cabaña
De pertrechos y de redes,
No salga de la montaña
Alguna fiera alimaña,
Que desbarde las paredes.

Siempre en otero subido,
Do atalaye bien el daño,

Y conozca en el balido
A cuál oveja ha mordido
El lobo de su rebaño.
Trabaje siempre de untalles
La roña con vedegambre,
No consientan por los valles
Que anden ni por las calles
Baland y muertas de hambre.

Su cuerno de miera y sal:
Si la oveja se ha encojado,
Echela al hombro, no hay tal,
Y á falta de mayoral,
No se entren en lo vedado (1).

De continuo buenos perros,
Que ladren de noche y dia;
Y al ganado sus cencerros,
Porque, andando por los cerros,
Nadie les mate la cria;
Su yesca y su pedernal
En la bolsa, que eche fuego
Al que viene á hacer mal:
Tenga cuenta su zagal
Con cada oveja y borrego.

Las enfermedades viejas
Desarraiguen también ellos:
Almágrenles las pellejas,
Y conozcan las ovejas,
Y las ovejas á ellos,
Sus albugues y zampoña;
Y recorrer las paridas
Si les ha tocado roña:
De cualquier mala ponzoña
Muy de presto sean guaridas.

Y pues que son las columnas,
Miren qu'esta navezuela
Peligra con mil fortunas
De herejías importunas,
Y no hay quien della se duela:
Por un cabo torbellinos
De moros y de paganos;
Por el otro remolinos
De turcos, y esos malinos
De perversos luteranos.

Y lo que mas desta masa
Me pena, es que no hay castigos,
Y que á Dios los de tu casa
Son los que encienden mas brasa
Y mayores enemigos.
Pues si todo esto hiciere,
El pastor que nos gobierna
Le daré vida, si quiere;
Y si aquí no se la diere,
Les daré la vida eterna.

SATANÁS.

Satanás, procurador
De las lites infernales,
Por merced y por favor
De Lucifer, mi mayor,
Me agravio de tantos males;
Y digo que no conviene
Suplicar á Dios de vida
A este estado, mas que pene,
Y luego Dios le condene
A muerte muy dolorida.

(1) Aquí falta una quintilla, según el sistema adoptado por el autor de formar con cada dos una estrofa de diez versos. En una copia manuscrita que hemos tenido á la vista, sacada de otra que perteneció á don Bartolomé José Gallardo, hay fragmentos de esta quintilla, pero no hacen sentido, ni sabemos de dónde se tomarían, pues la edición está conforme con la nuestra. Los mencionados fragmentos dicen así:

Y si entrare, procurar
No se abarragane ni . . .
Porque . . .
Vendrá á la red. . .

Que todo lo que ha contado
El perlado reverendo,
Todo es fingido y forjado;
Y al padre, aunque gran letrado,
Por buena pieza os le vendo.
Y no saben los malinos
Que no se suelen fundar
Sino en repelar mezuquinos,
Y buscar muchos caminos
Para poder obispar.

Y esas huérfanas doncellas
No saben que he yo notado
Lo que suelen hacer dellas.
¡Ay tristicillas de aquellas!
¿Cuántas veréis que han casado!
Y si fuere menester,
Yo traeré aquí la minuta
Y el registro, y podrán ver
Que con ellos no hay mujer
Que no quede disoluta.

Yo que los suelo tratar,
Me lo sé, y estoy contento
De su vida y su gastar,
Y por no los afrentar,
No diré mas lo que siento.
Solamente contradigo
Que no roguéis por los tales,
Pues tienen por enemigo
A Dios, y él es buen testigo
Cómo viven los mortales.

Y hacerlo de otro modo
Es hacernos tanto mal,
Qu' es ponernos bien de lodo,
Y es en perjuicio todo
De la region infernal.
Y una vez y otra me fundo,
Que, pues que son enemigos
De Dios, bajen al profundo,
Y a vosotros, Carne y Mundo,
Os ruego seais testigos.

Y a vos, Lutero, escribano
Del infierno y gran demonio,
Requiero de vuestra mano
Lo asenteis, que será sano,
Y lo deis por testimonio.

SAN AGUSTIN.

¡Oh amargos los que haceis
Fundamento en los abrojos
Deste mundo que aquí veis,
Que tres contrarios teneis,
Si abriéredes bien los ojos!

¡Pecadores! Y ¿no veis
El mundo loco y sin sesos,
Lleno de lazos do andeis,
Que por do quier que llegueis,
Allí habeis de quedar presos?
¿No miráis cómo promete
Muchas cosas, y despues
De que os tiene ya en su brete,
Usa con vos un falsete,
Qu' es dar con vos al través?

MUNDO.

Vos, Agustín, siempre fuistes
Mi cuchillo.

SAN AGUSTIN.

¡Oh perro viejo!
¿Quién no entendiese tus chistes!

MUNDO.

Andad, que nunca quisistes
Mi amistad y mi consejo.
Mas contino acocado
He sido de vuestros piés,
Abatido y denostado.

SAN AGUSTIN.

Cada cual será tratado
Segun y como quien es.

SAN FRANCISCO.

Pues la Carne, si mirais
La insinia, dirá quien es;

Que es puerca, y puerco quedais
Si con ella tropezais.
Muy tarde os levantaréis.

Sabed que es muy otra cosa
De lo que veis descubierta:
Una máscara engañosa,
Por de fuera muy hermosa,
Dentro sepulcro de un muerto.
Y en fin, sabed qu' ella es tal,
Que son engaños sus paces
Y forjado su metal;
Labra de punto real
Sus dechados, y a dos haces.

¡Oh falsa, sagaz y artera,
Cómo cazas sotilmente,
Halaguera, lisonjera!
Quien no sabe tu manera,
¿Cuántas veces da de frente!
Cuántas gentes has lanzado
En aquellos cenagales
Del infierno y enlodado,
Porque de ti se han fiado
Y de tus dichos bestiales!

CARNE.

Y a vos, padre, yo mezquina
¿Qué os hice, que tales setas
Teneis contra mí y mohina,
Y siempre en vuestra doctrina
Tirais contra mi saetas?
Pues yo amiga suelo ser
De ermitaños religiosos,
Y aun suelen tomar placer
Conmigo y no aborrescer
Mis dichos liados, graciosos.

SAN FRANCISCO.

Serpiente mala, emboscada
Entre las frescas verduras,
No vista hasta bollada,
De cuya amarga pisada
Todos se quedan ascuras.
¿Qué no inficionas y estragas?
¿Qué no encantas? ¿Qué no ligas?
¡Oh sucia! que si halagas,
A la carne nos amagas,
Mas en las almas hostigas.

Quien luego no te rechaza,
Gran mal para si atesora;
Que eres buitrera á do caza
Satanás y despedaza
Tantas almas cada hora.

SAN JERÓNIMO.

Pues allá su compañero
En el gesto le veréis
Si es sutil y carnícero,
Y una sima y un minero
De maldades, cual lo veis.

Esa es la antigua serpiente,
La cual vino á inficionar
Toda la misera gente.
Este es el león rugiente
Que rodea á quien tragar;
Este, de envidia que tiene,
Busca con grandes rodeos
A quien atormente y pene,
Y que el mundo se condene,
Jamás tiene otros deseos.

Es grande caudillador
De necios y descuidados,
Que viven á su sabor,
Y un cruel pesquisador
Del que está en buenos estados.
Pues destos tres adversarios
Cumple guardar á la rasa,
Porque son tan ordinarios,
Que siempre estos tres contrarios
Son los ladrones de casa.

En viendo tiempo oportuno,
Usan de sagacidad,
No se descuide ninguno,
Qu' estos estorban ayuno

Y impiden la caridad.
La limosna y oracion
Rechazan y penitencia,
Porque todo este escuadron
Es una contradicion
Del alma y de su inocencia.

MUNDO.

Pues vos, pastor y perlado,
Yo creo habréis entendido
La respuesta y el recado
Que al eclesiástico estado
Daré por quíen sois venido.

CARNE.

Mucho les deben penar
Aquestos consejos, cierto.

SATANÁS.

Entiendan en se holgar:
Callar, que todo es ladrar
Y dar voces en desierto.

ESCENA V.

MUERTE, PASTOR, SAN AGUSTIN.

(Tañen las trompetas, y entra el Pastor con una oveja sobre los hombros.)

MUERTE.

¿Dó bueno, pastor hermano,
Dó vienes con esa oveja?

PASTOR.

¡Mi fe! Escapóse del llano,
Y busquéla como alano,
Por no pagar su pelleja.
Que en mi hato yo tenía
Cient cabezas de mi amo,
Que apaciento cada día,
Y do buena yerba había
Yo la llevo y aun las llamo.

Recójolas cuando llueve;
Unto la roña y herida.
Quedóse esta entre la nieve;
Dejé la noventa y nueve
Por buscar esta perdida.

MUERTE.

Yo creía que venias
A mis cortes aplazado.

PASTOR.

Ni cortes ni cortesías
No sé que son; ni en mis dias
Sali de con mi ganado.

MUERTE.

Pues escuchame, Pastor.
Sabe que yo soy la Muerte.

PASTOR.

¡La Muerte! ¿Oh qué nombre fuerte
Para aquel que es pecador!
Y mas si no se convierte.
Quizá que os habia mirado...
¿Oh qué gesto, y... Dios me vala!
Deci... ¿sois algun linado?
Sois borrego desollado?
¿Par Dios, que sois cosa mala!

MUERTE.

Pues, hermano, y si supieses
Mi poder y mi morada,
A fe que tú me temieses,
Y aun esa oveja me diesses,
Para tenerme agradada.

PASTOR.

Y ¿qué podeis vos hacer?
Vuestra casa me mostrá,
Que quizás podría ser
Esta oveja os ofrescer,
Y entre tanto la guardá.

MUERTE

Que me place. ¡Sus! Yo quiero

Mostrarte mi habitacion,
Daca la mano, grosero.

PASTOR.

¡Ay, qué oscuro torrontero!
¿Es esta vuestra rigion?

MUERTE.

Esta es, y ves aquí
Donde meto los mortales
Y te he de traer á ti.

PASTOR.

Cuándo ha de ser, me decí,
Venderé los recenales.

MUERTE.

Antes que tú lo querrás.

PASTOR.

¡Hi de Dios, qué de candiles
Que arden acá detrás!
¡Cuerpo de Sant! ¿Y aun hay mas?
¿Son lámparas concejiles?
Hola, Señora, mira
Que aquellas se van matando;
Mas aceite les echá,
O de acotras lo quitá,
Que cuido están rebosando.

MUERTE.

Pues, hermano, aquestas son
Las vidas de los humanos
Segun determinacion
De Dios, qu'es nuestro Patron,
Porque todo está en sus manos.
Las que ves que arden poquito,
Por aceite les faltan,
Son viejos, y otros que cito
Segun el divino escrito,
Para su vida acabar.

Las que arden por compás,
Con aceite limitado,
Aun les queda vida mas;
Las que han aceite asaz
Agora al mundo han llegado.

PASTOR.

Pues por vuestra fe, Señora,
Que vamos á ver la mia
Qué tanto le queda agora.

MUERTE.

Vamos, que vista, en la hora
Te pondrá nueva porfia.

Vesla aquí; mira el deleite
Cuán en breve es acabado.

PASTOR.

¡Ay Dios, qué poquito aceite!
Señora, atice y afeite
La mecha destotro lado;
Y desta que mas ardia,
Y el aceite se le vierte,
Echele un poco á la mia,
Y la oveja le daría.—
Hagalo, señora Muerte.

MUERTE.

No tengo aqueso poder;
Que de arriba está ordenado
Cada cual como ha de ser,
Y cuándo ha de fenecer,
Que su aceite es limitado.

PASTOR.

Pues que vos no podeis nada
Y sois tan flaca y tan vieja,
La amistad es excusada;
Salgamos desta posada,
Y tórname á dar mi oveja.

Darla he yo á mi mayoral,
Y daráme mi partido.

SAN AGUSTIN.

Hermanos, mirad qué tal
Es el cuidado especial
Del que buen pastor ha sido;
Que la oveja que ha hallado

Con el morir la convierte,
Y el cura si es avisado
A su hato la ha tornado
Del Pecado y de la Muerte.

ESCENA VI.

CABALLERO, MUERTE, SAN AGUS-
TIN, SAN JERÓNIMO.

(Tañen las trompetas, y viene el Procurador
de los Caballeros.)

MACERO.

Señora, estas gentes fieras,
Aquesta gente profana,
Estos blasones, cimbras,
Sabrás que son las banderas
De la milicia mundana.

MUERTE.

Caballero de primores,
¿Por quién quieres procurar?

CABALLERO.

Señora, por mil señores,
Por reyes y emperadores
Y el estado militar;

Y en fin, por todo aquel grado
De duques, condes, marqueses,
De quien yo vengo encargado,
(Que se quejan has usado
Con ellos grandes reveses.
Porque teniendo emprendidos
Negocios tan importantes,
Cuales ya tendrás sabidos,
Los tienes tan destruidos
Con tus fuerzas tan pujantes.

Pidente todos postrados
No les lleves como sueles,
Ni derrueques sus estados,
Porque están ahora ocupados
En guerras grandes, crueles:
Unos por acrecentar
Sus principados y tierras,
Y gentes á quien mandar,
No les vaga en si pensar
Con tanto estruendo de guerras;

Otros hacer municiones,
Pertrechos y artillería,
Grandes cavas y bestiones,
Y otras muchas invinciones
De armas que holgarías;
Otras tantas caravelas,
Tantas fustas, galiones,
Tantas carracas y velas,
Que á romperles estas telas
Serán en malas sazones.

Pidente quieras dejallas,
Porque será destruíllas;
Que ya tienen hechos callos
De desollar sus vasallos,
Y quieren restituíllas.
A esta militar compañía
Haz mercedes tan cumplidas,
Que no los trates con saña,
Ni los siegue tu guadaña
Hasta que enmienden sus vidas.

Duélete, pues la fortuna
Los quiere favorecer
Y encumbrar hasta la luna,
De serles tan importuna
Y su voluntad torcer.
Quedarte han muy obligados,
Si esta merced otorgares,
Que agora están olvidados,
Y despues aparejados
Estarán cuando llamares.

CANTA UN ÁNGEL.

Vita hominis militia est super terram.

MUERTE.

Amigo, toda esta vida
¿No saben que es una guerra,
Y para aquesta partida
Ha de estar apercebida,
Pues que no están en su tierra?
Déjense desa contienda
Pues que nada los desculpa:
Cada cual dellos entienda
Vivir largo (1) sin enmienda
Antes acrecienta culpa.

La largura y brevedad
De aquesta vida presente,
Toda cuelga en la verdad
De sola la voluntad
De aquel Alto Omnipotente.
Miren que hay grandes joyeles
En otra guerra que fundo,
Y que les envian carteles
Tres enemigos crueles:
El Diablo, Carne y Mundo.

En el campo los esperan
Y de punta en blanco armados;
Avisaldes que no quieran
Rendirseles; mas que mueran
Por Dios, pues son obligados.

SAN AGUSTIN.

Pues dime, agora te pido,
Esa gente capitana
Por quien agora has venido
¿Cómo ejercita (si has vido)
La caballeria cristiana?

Acuérdense cuando entraron
A renunciar á Satán,
Que sus nombres se asentaron
En la minuta, y fijaron
De Cristo su capitán.
Y aquella cruz y señal
Que en las frentes les pusieron,
Qu'es bandera imperial
Con quien la corte infernal
Fué vencida, y se rompieron.

Y por ventura ¿han creído
Que tan sancta cerimonia
Fuese en balde ni lo ha sido,
Con lo cual allí han salido
De Egipto y de Babilonia?
No por cierto: mas juran
Un solem (2) pleito-homenaje
De continuo pelear
So la bandera y andar
De Cristo y de su viaje.

Y hacer gran resistencia
Y guerras inexpugnables
Contra el Demonio y potencia,
Mientras dura la tenencia
De sus cuerpos miserables.
Y en señal desto les dió
Las joyas y sacramentos
Que del tesoro sacó,
Porque no hiciesen, no,
Traicion ni mudamientos.

MUERTE.

Pues decídes si han cumplido
Como buenos caballeros
Lo por ellos prometido,
Que en muy poco habrán tenido
Mis tiros por mas certeros;
Que ya saben sus oficios,
Que han de ser el pelear
Con el mundo y con sus vicios;
Que estos son los ejercicios
Del hábito militar.

Aquí minan fortalezas,
Aquí vencen capitanes,
Ardides y subtilezas,

(1) Que vivir largo, debiera decir, si la es-
treche del verso lo consintiera.

(2) Por solemne.

Aquí muestran sus bravezas
Contra tan rabiosos canes;
Que el caballero cristiano
Que contra el vicio no está
Siempre la lanza en la mano,
Con Cristo, rey soberano,
Ninguna paz él terná.

SAN AGUSTIN.

Pues esos son caballeros,
Ya saben ser obligados
A ser mejores guerreros
Y entrar siempre delanteros
En peligros señalados.
Que aquestas caballerías
Son las que han de dar solaz
Y triunfos y alegrías,
Por lo cual dice Isaías
Qu'el malo no terná paz.

SAN JERÓNIMO.

Jesus pongan por cimera,
Y no caíran en la hoya;
Miren que aquí y á do quiera
Muchos corren la carrera,
Mas uno lleva la joya:
Cada cual tome su cruz,
Que es el arma que Dios dió;
Contra aquel falso avestruz
Armense de armas de luz,
Como el Apóstol mostró.

Y si de aquesta armadura
No se armaren contra aquellos
Enemigos de natura,
Armará la criatura
El gran Señor contra ellos.
Mas ¡ay de los que anduvieron
En la vida de Caín
Y humana sangre vertieron!
Que pues á Dios ofendieron,
Miren cuál será su fin.

Pues aconsej'os, cristianos,
Que en esta tan justa guerra
Os ejercitéis, hermanos,
En virtudes, vuestras manos,
Por conquistar vuestra tierra.
Por estas picas pasaron
Los caballeros varones
De Cristo, que así le amaron;
Por aquí desbarataron
Los malditos escuadrones.

Por aquí subió aquel fiero
Sant Pablo, cuando escaló
Aquel castillo roquero;
Por aquí el gran caballero
Estéban, que no temió.
Estos son los que excedieron
A los Cévolas y Decios,
Y aquellos que pretendieron
Tener el mundo, y tuvieron,
En tan grandes menosprecios.

¡Oh grandes batalladores!
Oh famosos capitanes,
Que tales competidores
Vencistes, perseguidores
Como estos rabiosos canes.
Toda la caballería
Cristiana que va rompiendo
La infernal artillería,
Por aquí halló la vía,
Su sangre siempre vertiendo.

Y pues ven que los combates
Derriban los altos muros
Y no aprovechan rescates,
Venzan aquestos debates,
Y los adversarios dnros
Flechen su arco, y flechado
No dejen de conquistar;
Pues sabed, hermano amado,
Que el que hubiere peleado
Hasta el fin, se ha de salvar.

MUERTE.

Pues dejadas las contiendas,

Al campo se salgan luego
Con sus armas y sus tiendas,
Y á las setas sin enmiendas
Metan luego á sangre y fuego.
Desbaraten sus pisadas
Con la gracia soberana,
Sus pertrechos y celadas,
Porque están encarnizadas
En esta sangre cristiana.

MUERTE.

¡Ay, qué negros perrocinos
Tienes aquí tú, Satán!
Por tí se comen las manos,
Y tiénense por ufanos
Ténerte por capitán.

SATANÁS.

Caballeros militares
Es la renta del infierno.
¿Qué me dices? Mas millares
Tengo dellos, si contare,
Que gente de otro gobierno.

ESCENA VII.

RICO, MUERTE, SAN JERÓNIMO,
SAN FRANCISCO, SATAN, MUN-
DO, CARNE.

(Tañen las trompetas, y entra el Procurador
de los Ricos.)

MUERTE.

Segun muestra el ornamento,
Procurador debeis ser
De los Ricos, segun siento.

RICO.

Si soy, Señora, y presento
Dellos aqueste poder.

MUERTE.

Pues ¿qué pide hora el estado
De los Ricos, me deci?

RICO.

Que mireis con gran cuidado
Cómo Dios los ha dotado
De tantos bienes aquí.

Los cuales piensan gastar
Allá al cabo de sus vidas
En los pobres remediar,
Y en grandes templos fundar,
Si no abrevias sus partidas.
Que tienen ya comenzados
Mayorazgos á fundar,
Y hasta ser acabados,
Y muchos años gozados,
Pésales de caminar.

Estado es con que el Señor
Mucho se puede servir;
Pidente aqueste favor;
Que no dejen con dolor
Lo adquirido en su vivir.
Y si acaso por dineros
Sus vidas quies alargar,
Pide, que tantos mineros
Tienen, que sus herederos
No los podrán acabar.

Y en señal que aquesta gente
Te desea mas servir,
Te ofresce aqueste presente,
Tan rico, tan excelente,
El cual quieras recibir.

MUERTE.

Rico, allá á los que soleis
Dar presentes y cohechos,
El presente volveréis,
Porque con él vos podréis
Sacar muy pocos provechos.

Y ¿en qué se fundan agora
Esos ricos y ese Estado?

RICO.

Yo te lo diré, Señora.
Amontonan cada hora
Ducado sobre ducado,
Y en darse priesa á llegar
Primero que otros lo cojan,
Quieren ellos madrugar;
A ver si pueden matar
Su sed, el mundo despojan.

Y con aquesto sostienen
Gran trabajo en lo guardar
Y á grandes peligros vienen;
Porque en fin ellos no tienen
Las casas para dejar.
Sus trojes están muy llenas,
De todos son muy honrados;
Sus cofres como colmenas;
Solamente les da penas
Que otros tengan mas ducados.

Tantos siervos y criados,
Tanta gente á quien mandar,
Tantas sedas y brocados,
Tantos caballos, ganados,
Qu'es cosa para espantar,
En la vida no les pena,
Ni lo tienen en dos pajas,
Si no que aunque en la ballena
Se metan, que á la melena
Los traírán con tus mortajas.

Mas con el mucho dinero
Se les pasa esta memoria
Como un viento muy ligero,
Y vuelven como primero
Al dinero, qu'es su gloria.
Mas ¿qué regocijo y fiesta
Han gozado muy á furia?
Qué jardín y qué floresta
Les ha restado ni resta
Do no estienda su lujuria?

MUERTE.

Y con gran contentamiento
¡Oh hijos de vanidad!
Y con tanto atrevimiento
De vuestro profundo intento
¿Cómo armais en ruin ciudad?
¿Piensan que son herederos
Del tesoro y patrimonio?
No son sino despenseros:
Expendan esos dineros
Que ha de llevar el Demonio.

No piensen que les fué dado
El depósito y hacienda
En balde, y como han pensado,
Ni para que se haya alzado
El rico con ello entienda.
Mas entiendan que es ajeno,
Y de muchos, que es peor;
No metan fuego en el seno:
Miren que les será bueno
Darlo al dueño en paz y amor.

Despeguen el corazon
De aqueso oro y muladar.
Ved que dice Salomon
Que los ríos cuantos son
Todos entran en la mar.
No se hagan á si guerra,
Ni escarben para el cuchillo;
Que cuando el ojo se cierra,
No lleva mas piés de tierra
El rico que el pobre cillo.

Todos nascieron desnudos,
Y así lo piensan dejar;
Grandes, pequeños, menudos,
Sabios, discretos y rudos,
Todos en mi han de parar.
Pues ¡oh rico maldonado!
Dime agora, yo te pido:
En este mundo cuitado
¿Qué tienes, desventurado,
Que no lo hayas recibido?

Alma, cuerpo, hermosura,
Y esas fuerzas corporales,
Y esos dotes de natura,
¿Quién los dió á la criatura
Sino aquellos celestiales?
¿Por qué no sientes, malino,
Y te ocupas en pensar
Que de aquel Señor te vino,
Y que todo fué mezquino
Por juró dado al quitar?

Pues tu pompa ni tu renta
No te hinche ni levante,
Mas ten la memoria atenta,
Cuando te pidirán cuenta
Del mas mínimo cuadrante.
Y esos mal aventurados
¿Para qué piden mas vida,
Pues con todos sus ducados
Han de bajar condenados
A la region dolorida?

Porque el rico que al mezquino
No caldea con su fragua,
Es corcha que al agua vino,
A quien el gran remolino
Zabulló dentro del agua.

SANTO DOMINGO.

No sólo son ricos, crean
Los ricos, allá entre vos,
Que con riqueza se arrian,
Pero aun los que las desean
Lo son acerca de Dios.
Decides que desas cargas
Se descarguen y dolores,
Que son pesadas y largas,
Y hoyas de aguas amargas
Que zumen los pecadores.

¿No veis qué cuenta darán
Los ricos de sus riquezas,
Teniendo por capitán
Al avaricia y Satan
Que velan sus fortalezas?
¿Qué aprovecha ni qué agrada
Su oro vuelto en alambre,
Si á su alma descuidada
La traen desarrapada,
Descalza y muerta de hambre?

Los infieles allá
Atesoren y esos ricos;
Pero vos les avisá
Siempre atesoren acá
En vientres de pobrecicos.
Allí do no hay robadores
Ni el antiguo tiempo gasta
Con sus dientes roedores,
No hay peligros ni temores,
Que el sol ni el agua lo gasta.

¿Oh Dios, y tamaño mal
Que del hombre no se alcanza
Un bien que no tiene igual
De cuanto precio y caudal
Sea esta sancta templanza!
Los pobres necesitados
Os sientan contino ricos,
Para que sean remediados;
Y vengán regocijados
A pedir grandes y chicos.

Preguntaldes: ¿qué consuelo
Esperan en sus partidas,
Cuando se romperá el velo,
Y las columnas del cielo
Vieren que serán movidas?
¿Cuando aquel juez airado
Les verná á tomar la cuenta
Del bien ó el mal allegado,
Al alma, y atesorado?
¿Oh qué día se os presenta!

¿Oh qué temor sin segundo
Se espera y habeis de ver!
Cuándo os dirán lo que fundo:
«Hambre y sed hubé en el mundo;

No me disteis á comer.»
Sentid ¡qué tribulación
Esperais, grandes y chicos!
Qué rabias de corazón,
Qué tormentos y aflicción
Os están llamando, ricos!

Cuando los ángeles santos
Apartarán los malditos
De los justos ¡oh qué llantos,
Qué agonias y qué espantos,
Qué clamores y qué gritos!
¿Cuándo la bestia y dragon
De siete cuernos, bramando,
Hundirá en su habitación
Todos aquellos que son
De su opinión y su bando!

Aquella sabiduría
De los sabios, ¿qué hará,
Les preguntad, aquel día,
Cuando aquella compañía
De demonios les verná?
¿Cuando Belcebú y secuaces,
Esecutores eternos,
Con sus gestos tan rapaces
Los lanzarán hechos haces
Do penen en los infiernos?

Echará aquel desdichado
Que trajo á cuestras la carga
De aquel oro mal ganado
Cuando se viere apesgado
Con una pesga tan larga.
Cuando la Muerte y Infierno
Vieren aprisa volver
Los que tienen su gobierno,
Que es espanto cruel, eterno,
¿Quién nascido querrie ser?

Este es el día que en vano
Podrán pedir penitencias,
Porque no será en su mano.
Pues ¿qué harás tú, gusano,
Roedor de las conciencias?
¿Cuando el triste dará cuenta
Aun de palabras ociosas,
Cuanto mas del oro y renta,
Y aquella sed cenicienta
De riquezas amargas?

Cuando vieren que el mar da
Los cuerpos muertos que en ella
Se anegaron, ¿qué será
Cuando el fuego volverá
Los que abrasó su centella?
¿Dó huirán? les pregunto.
Si al cielo; — está la potencia
De Dios y su poder junto; —
Si al infierno; — solo un punto
No falta de su presencia.

Pues si las alas tomares
Sobre los vientos y pluma,
Y los aires penetrases,
Sus manos, cuando catares,
Te traerán que te consuma.
Si en tinieblas te lanzares,
No escapas de su crisol;
Porque todo el mundo y mares
Es á Dios, si lo mirares,
Mas claro que el mismo sol.

Pues decidles, si les pesa
Entonces ver que hicieron
Tan gran caudal y gran presa
En el humo y la pavesa
De riquezas que adquirieron:
Dejaldo, desventurados;
No hagais ese caudal
De ese oro ni ducados,
Porque vivis engañados,
Y es todo para mas mal.

Dormid, dormi, si quereis;
No aviseis, ricos mundanos,
Para los bienes que habeis;
Cuando despues despertéis,
Vacías tendréis las manos.

CANTO.

*Dormierunt somnum suum, et nihil
invenierunt in manibus suis.*

Sin nada las hallaréis
De buenas obras, mezquinos,
Que ningún bien mereceis,
Pues queseis y quereis
Seguir perversos caminos.

MUERTE.

¿Oh cuán bravo basilisco
Os topastes y bravezas,
Seráfico sant Francisco,
¿Qué sentis de aqueste cisco
Y estiércol de las riquezas?
Vos, que las menospreciastes
Porque no os maten ni hieran,
Vos, que siempre las hollastes,
Y que, en fin, fin, las tratastes
Segun y como quien eran.

SAN FRANCISCO.

¿Oh, estado tan peligroso
Para todo fiel cristiano!
¿Oh, robador del reposo,
Si aquel Alto Poderoso
No os substenta con su mano!
Los ricos soleis pensar,
Si gastais vuestro tesoro
En los pobres remediar,
Que Dios os ha de faltar,
Y morir con hambre y lloro.

Pues vive desengañado
¿Oh miserable avariento!
Que Dios tiene averiguado
Que si dieres un ducado
Al pobre, te dará ciento.
Pues recibán gran consuelo
Y hagan aquesta cuenta,
Cómo á las aves del cielo
Y animales deste suelo
A todos los alimenta.

Por do no deben tener
Diligencia en adquirir,
Que Dios suele proveer
Del comer y del beber,
Del calzar y del vestir.
Y considerad, hermanos,
Los lirios y hermosuras
Desos campos tan ufanos,
Sus debujos soberanos,
Sus matices y pinturas.

Y tales, que Salomon,
Cuando se vió en las estrellas,
No se vistió, y con razon,
De tamaña perfección
Como la menor de aquellas.
Pues sentid ahora, mortales,
Qu'estas ni saben labor,
Ni oficios ni cosas tales;
Mas á ellas y animales
Cria y sustenta el Señor.

Y lo mismo ha de hacer
Con vosotros, pues las llaves
El tiene y todo el poder;
Porque sois de mejor ser
Que las plantas y las aves.
Que el que podrá resurgir
Tantos cuentos de humanales,
Y aquel que pudo salir
De aquel vientre sin herir
Las clausuras virginales;

Y aquel que en doce carreras
Dividió el mar, anegado
Faraon y sus banderas;
Cosas serán muy ligeras
Sustentar al que ha criado.
Pues el que plantas y rosas
Crió y su divino nombre
Con obras maravillosas,
Y todas las otras cosas
Para servicio del hombre;

Y el mismo que aposentó
A los peces en el agua,
Y el aire á las aves dió,
Cuando todo lo forjó
En la su divina fragua;
Yaquel qu'el cielo y la tierra
Crió y todos los vivientes,
Y el que al infierno dió guerra;
Y el que vemos que se encierra
En la hostia y accidentes,

El pan haciendo volver
En su carne consagrada;—
Pues quien tal pudo hacer
Al hombre, á quien dió tal ser,
Sustentará de nonada;
Pues, según nos es mostrado,
Aquel rico y su tormento,
El su principal pecado
Hallamos averiguado
Que fué ser rico avariento.

Y por aquesto abajó
A las penas no pensadas,
Y tanto mal padeció,
Cual padecerán, sé yo,
Los que siguen sus pisadas.
Del pobre bien alcanzamos
Que Lázaro se llamó,
Del rico no averiguamos
Su nombre, ni le hallamos,
Ni persona le halló.

Que fué tal su desventura,
Que ninguno hay que no asombre,
Que mirando su locura,
Aun en la Sancta Escritura
No mereció tener nombre.
Ansi los ricos cuitados,
Que fueron allá entre vos
Avarientos desdichados,
Jamás los veréis nombrados
Entre los hijos de Dios.

Que los nombres de los ricos
En las cumbres vemos nos
Del mundo, grandes y chicos;
Mas los de los pobrecillos
En tus palacios, mi Dios.
¡Oh cuantos ricos habrá
Que del libro de la vida
Se raerán y raen ya,
Porque rayeron acá
A los pobres la comida!

Esotro rico sin ser,
Que á su ánima decía:
«Corre y huelga á tu placer»,
Mirad si deja de arder
En los infiernos hoy día.
Preguntalde qué le queda
De cuanto ha afanado
En su desdichada rueda,
Sino comprar con moneda
El infierno que ha comprado.

Sentid los que pretendieron
Su vivir con mal gobierno,
Si las riquezas les dieron
Tal golpe, que en fin cayeron
En el hondo del infierno.
¡Oh dolor y gran tristora
De riquezas tan malinas!
Grande es vuestra desventura,
Pues que la Sancta Escritura
Os compara á las espinas.

¡Oh espinas, que espináis,
Y aun ahogáis de tal suerte
A do quiera que llegáis,
Y muy presto le enviáis
Do padezca cruda muerte!
Y son tan malas y viles
Para ti, siendo cristiano,
Que encandilan sus candiles,
Y tanto, que á los gentiles
Mucho les daban de mano.

Y no solo las dejaban,

Como quiera es de notar,
Ni con tal se contentaban,
Sino que en fin los lanzaban
En el profundo del mar.
Pues para dar en fiel
De aquel bien grande y eterno,
Deje el cristiano el fardel;
Si no, lanzarle han con él
En el golfo del infierno.

Que el arma mucho pesada
A su dueño mata, cierto;
La nave mucho cargada,
O no escapa de anegada,
O jamás aporta á puerto.
Así el que quiere llegar
A puerto de salvación,
La carga ha de alivianar.
Porque el viento pueda dar
En popa á su corazón.

Pues tienen mas aparejos
Esos ricos, les decid
Que tomen ese consejo,
Que muden luego el pellejo,
Porque rico fué David.
Mas miren cómo estimó
Ese oro y las riquezas,
Que so los piés las holló,
Porque muy bien entendió
Sus peligros y vilezas.

Abran los ojos aquí,
Verán si un rey sublimado
Tan rico cual ven allí
Se dice de sí é por sí:
«Pobre soy necesitado.»
Usen bien dellas les ruego;
Porque rico fué Abraham
Y otros muchos (no lo niego),
Mas miren que son un fuego
Muy peor que de alquitrán.

ÁNGEL.

Por la boca del Señor
Ricos veo amenazados;
Y, lo que pone temor,
Que cosa en vuestro favor
No se escribe. ¡Oh desdichados!

SAN FRANCISCO.

¿Para qué pedis largueza
De vidas ¡oh desgraciados!
Para mayores durezas
Y andar con vuestras riquezas
Como hidrópicos hinchados?
Hombre triste, insaciable,
Cadaque desventurada,
¿Quién habrá que de ti hable,
Que por mala y detestable
No te deje condenada?

¿Cómo n'os punza y mancilla
El pensar que habeis de ser
Anegados á la orilla,
Por dejar á la polilla
Y al gusano que roer?
Ricos, quíeroos avisar;
Vuestra maldad sobrepuja
Tanto, que querer pensar
Ir al cielo, es enbilar
La maroma en el aguja.

Vuestra gloria y galardón
Aquí la habeis recibido;
No será justa razón
Que os den mas consolación,
Mas pena, por mal vivido.

RICO.

¡Oh, cómo voy despachado!
Negras nuevas le daré.
¡Oh desventurado estado,
Y como vas condenado
Al infierno! Y ved por qué.

Por un polvo, una basura,
De que hacemos caudal;
Noche de gran amargura,

Desdichada y sin ventura
Nos espera y tanto mal.

SATANÁS.

Destos ricos avarientos
Ninguno jamás me enoja,
Aunque vivan dos mil cuentos
De años, sin pensamientos
Estoy que vuelvan la hoja.

Están contentos y ufanos
Con su Dios, que es su dinero;
Que aunque parece están sanos,
Tienen gota en piés y manos
A tocarlos; y eso quiero.

MUNDO.

¡No se te acuerda, Satán.
Que de los tales mundanos
Está escrito y de su afán,
Que aquestos no palparán,
Aunque tengan piés y manos?

Son tan buenos perrocanos,
Que por do quiera que van,
Por mí se comen las manos,
Y hallanse muy ufanos
Tenerme por capitán.

CARNE.

En ricos no hay que dubdar;
No estimo en aqueste guante
El mas rico derribar;
Mas yo le hago bailar
Contino el agua delante.

Y con esto soy señuelo
De los ricos, dando ojos,
Y abaten al primer vuelo:
No piensan so aqueste velo
Que hay espinas, ni aun abrojos.

MUNDO.

Escantado han las orejas
A los ricos desta vez.

SATANÁS.

Esas son ya cuentas viejas,
Tantos sermones, consejas,
Tanta patraña y vejez.

Hermano, ten entendido
Que ninguno hay que resbale
De seguir nuestro apellido.

CARNE.

Que todo por un oído
Les entra, y por otro sale.

ESCENA VIII.

MILON y BROCANO, ladrones, FRAY
REMIGIO y FRAY MACARIO.

MILON.

Pues fortuna favorece,
Y agora no hay intervalo,
Y tambien tiempo se ofresce.
Digo, hermano, ¿no os paresce
Mudemos el pelo malo?

BROCANO.

Hermano, yo ya querria,
Pues veis las miserias claras,
Que diésedes forma ó via
Cómo entrar en granjeria,
Aunque fuese á cortar caras.

MILON.

Yo quiero dar la manera
Como muy presto medremos.

BROCANO.

¡Ojalá que verdad fuera!

MILON.

Pues acortad la carrera:
Oídme, y no erraremos (1).

(1) Este verbo está escrito con *á* (herra-
remos) en la impresion, y como se leia as-
pirada, quedaba el verso perfecto.

Ya veis de noche y de día
Cómo pasan tantas gentes
A las Cortes. Yo querría
Que tuvieseis espía
Cuando no haya inconvenientes;

Y al primero que pasare,
Si no hace cortesía,
Dé todo lo que llevare,
Que cueste lo que costare,
Y que muera en este día.

BROCANO.

¡Oh cuán bien me ha parecido
El negocio que apuntáis!
No digáis mas; que entendido
Os tengo y muy bien sentido,
Sin que cosa me digáis.

Que ¡voto á... tal! de la boca
Me lo quitastes, hermano:
Firme estoy como una roca.
Y ¡á las manos! pues nos toca;
Que aquí estoy como un alano.

MILON.

Quitémonos del camino,
Y en el bosque nos entremos,
Que estar aquí es desatino.
Y ojo alerta de continuo,
Porque al pasar lo enclavemos.
Vos será bien que paseis
Desotra parte, y dejáme,
Que ante de mucho, veréis
Cómo la hebra coeais
Presto á alguno, aunque mas llame.

BROCANO.

Este par de pasadores
Quiero luego aparejar,
Que me parecen mejores.

MILON.

Encara bien sin temores;
Que yo no pienso de errar.

BROCANO.

Para abreviar de quistion,
No fuera malo traer
Yerba en aquesta sazón.

MILON.

No yerres del corazón,
Que no tardará en caer.

BROCANO.

No sé quién viene rezando;
Huyamos, que no nos vea,
Y estemos chiticallando.
Para que luego, en pasando,
Se despache, aunque el Rey sea.

FRAY REMIGIO.

No cerreis el Breviario,
Concluyamos las completas,
Y mirad el Calendario;
Ved que manda el ordinario,
Si meterémos coletas.

FRAY MACARIO.

Segun desta regla escrita,
Aquí nos manda rezar
De sant Pablo el Heremita.

FRAY REMIGIO.

¡Oh preciosa margarita!
No tardeis de comenzar.

(Comienza Macario á rezar: *Converte nos, Deus*, y sale Brocano y dice.)

BROCANO.

Aquí que no hay valedores,
Os quiero yo, malandantes,
Deteneos, doños traidores,
Si no, un par de pasadores
Me llevaréis rutilantes.

MILON.

¡Ea, ea! ¿Qué haceis
Que no sacáis las monedas?

Y ¡aun que os lo rueguen quereis!
Creo no me conocéis.

FRAY MACARIO.

¡Oh, demonio, cuánto enredas!

BROCANO.

Despachad, cabizmordidos,
No estemos mas barajando,
Porque son tiempos perdidos:
Los doblones escondidos
Me saca aquí rutilando.

FRAY REMIGIO.

¡Deo gratias, gente honrada!
Y á unos pobres mendicantes,
Que van camino y jornada
Sin moneda, ni aun prestada,
¿Qué les pedis? — Daldes antes.

BROCANO.

Luego deci dónde vais,
Donos bigardos, aquí.

FRAY REMIGIO.

A las cortes.

BROCANO.

Pues llevais
Dinero, aunque mas digáis;
Que no es posible ir así.

FRAY MACARIO.

Nuestra regla ya sabeis,
Que no permite tocar
Dineros: pues lo entendeis,
Hermanos, ¿qué nos quereis?

MILON.

Que os habemos de ahorcar.
Escogé el árbol mayor,
Donde recibais la muerte.

FRAY MACARIO.

¡Oh, mi Dios y mi Señor,
Si aquesta muerte es mejor,
Enderézanos la suerte!

MILON.

Estos frailes bigardones
Muy mal conocéis quién son,
Que no entran en religion;
Son por andar mendigones
Y de meson en meson.

¿No se pudieron hacer
Las cortes, sin que los frailes
Las fuesen agora á ver?

BROCANO.

Creed que fraile y mujer
Que vuelan mas que los aires.

MILON.

¡Voto á... tal de os despojar
El hábito al redropelo
Como conejo, y sacar,
Si no procurais de dar,
La moneda.

FRAY REMIGIO.

¡Oh Dios del cielo!

FRAY MACARIO.

Los hábitos bien podeis
Despojar con brevedad;
Dineros, perdonaréis,
Porque no los hallaréis.

MILON.

Aquí diréis la verdad,
Que allá desas confisiones
Siempre se os pega algo bueno;
No creo á buenas razones,
Sino que tienen doblones
Achocados en el seno.

FRAY REMIGIO.

Hermanos, hartos tenemos
Achocados en verdad.

MILON.

Todos nos entenderémos.

FRAY MACARIO.

De pñojos bien podemos
Daros harta cantidad.

(Aquí los despojan de los hábitos, y dice
fray Macario de rodillas.)

FRAY MACARIO.

¡Oh, Señor, pues despojado
Fuiste de tus vestiduras,
Siendo inocente hallado,
¿No es justo que yo culpado
Despoje estas coberturas?

Y pues nuestros padres fueron
Del vestido de inocencia
Tan desnudos, que perdieron,
Los hijos que sucedieron
Cobija por tu clemencia.

FRAY REMIGIO.

A tí, Señor, si te place,
Estas almas te pedimos
Cubras, que no las enlace;
Que los cuerpos poco hace
Descubrir mientras vivimos.

(Despojados los frailes, dice Brocano.)

BROCANO.

¡Oh, casos maravillosos!
¿No habeis visto qué silencio
A las carnes tan penosos
Traen aquestos religiosos?
Cierto, á Dios hacen servicio.

MILON.

No es cosa mas que toquemos
En estos siervos de Dios;
Sino que luego les demos
Los hábitos y dejemos;
Pues son tan buenos los dos.

(Brocano de rodillas dice á los frailes.)

BROCANO.

¡Oh, padres, por caridad
Perdonad, que hemos errado.

FRAY REMIGIO.

La divina Majestad
Por su infinita bondad
Os perdona este pecado.

MILON.

Mirad, padres, si quereis
Dineros ó alguna cosa;
Decidnoslo, y no tardeis.

FRAY MACARIO.

No, hermano, mas que os quiteis
Esta vida peligrosa.

Y mirá, porqués razon,
Que no hallamos salvarse
Sino solo aquel Ladrón
Que en la gloriosa pasión
Quiso á Dios encomendarse.

Así vosotros haced;
Y antes que venga la Muerte
Y el Demonio con su red;
Porque tiene muy gran sed
Que allá le caigais en suerte.

BROCANO.

Dadnos vuestra bendición.

FRAY REMIGIO.

Conviértaos Dios, mis hermanos,
Y alumbre ese corazón.

FRAY MACARIO.

¡Oh caso de admiración!

MILON.

Besamos sus piés y manos.

FRAY MACARIO.

¡Oh bendicto aquel que envía
Su lumbre y su claridad
En el mundo, y que nos guía!
«Doce horas tiene el día»
Dijiste por tu bondad.

FRAY REMIGIO.

Pues yo tengo pensamiento
que el Señor es tan piadoso,
Que ha de traer á su cuento
Los que para su tormento
Tenia el mundo engañoso.

ESCENA IX.

POBRE. PERICO, JUAN, MUERTE,
SAN FRANCISCO, SAN JERÓNIMO,
SAN AGUSTIN, CARNE, MUNDO,
SATANAS.

(Tañen trompetas, y dice el Pobre.)

POBRE.

Mis hijos, ya iréis cansados
Deste camino y largueza;
Procurá ir regocijados,
Pues que Dios quiso y los hados
Darnos la sancta pobreza.
Por no sentir pena tanta,
¡Sus! hijos, deci un cantar,
Que ya sabeis que el que canta
Todos sus males espanta.
No tardeis de comenzar.

Ea ya, Perico y Juan,
Decid canciones á pares,
Que alivian mucho el afán.

PERICO.

Dadnos vos, padre, del pan,
Y diremos mil cantares.

POBRE.

Pues tomad, que vais comiendo
En tanto sendos zaticos.

JUAN.

Dadme acá. A Dios me encomiendo,
Que ya me estaban haciendo
Las tripas mil villancicos.

POBRE.

¡Ea, hijos, ya no ladre
Por pan aquí mas ninguno!
Cantad, por vida de madre.

PERICO.

¡Oh, qué mal se canta, padre,
Muerto de hambre y ayuno!

POBRE.

Tomá, y no estéis hambreado.
¡Reniego del enemigo!
¿No veis cómo están rogando
Los clérigos, y aun tirando
De las baldas con su trigo?

JUAN.

¡Par Dios, padre, pues á vos
Nunca asieron de las baldas,
Ni mucho menos á nos.

POBRE.

Hijos, dad gracias á Dios,
Si os volvieren las espaldas.
Despachá á cantar, mozueros.

PERICO.

¡Sus! comienza, hermano Juan;
Alegremos los agüelos.

JUAN.

Si haré; que en fin los duelos
Todos son buenos con pan.

VILLANCICO.

¿Cuándo podrá el Romerico
El su viaje acabar
Y su romería andar?

Un año hace este día
Que partiste, Romerico,
De la Dona de Lorito,
Para andar tu romería.
Pues ¡oh tú, Virgen María!

LUIS HURTADO DE TOLEDO.

Con bien nos quieras llevar
Nuestra romería á andar.

(Llegan adonde está la Muerte, y díceles.)

MUERTE.

¿Quién es este pecador,
Que así les desfavorece
La fortuna sin valor?

MACERO.

Señora, el Procurador
De los pobres me parece.

MUERTE.

Di, pobre desarrapado,
Que aquí tienes mala suerte,
¿Dónde vas, desventurado,
Encogido, enterizado,
Que pones lástima en verte?

Mas tristeza y amargor
Tú muestras antes que hables,
Que yo pongo de temor.
¿Quién te envía, pecador?

POBRE.

Esos pobres miserables.

MUERTE.

¿Qué pide su desventura?

POBRE.

¡A la hé! piden, Señora,
Que les des la sepultura.

MUERTE.

Y ¿por qué tanta tristura?

POBRE.

Porque mueren cada hora.

MUERTE.

¿Qué mueren! ¿Cómo es posible?
Cuéntame aquesta conseja,
Porque no es cosa sufrible,
Que lo tengo por terrible.

POBRE.

Señora, ya es cosa vieja.

MUERTE.

Di, ¿mueren de enfermedad,
De pestilencia ó pelambre,
O en guerra ó en crueldad?

POBRE.

No, Señora, en la verdad.

MUERTE.

Pues ¿de qué?

POBRE.

De pura hambre.

MUERTE.

¿De hambre! Y ¿no hay en el mundo
Ricos que allá los provean?

POBRE.

No, Señora, según fundo.

MUERTE.

Pues ¿dó están?

POBRE.

En el profundo
Del infierno, do se acean.

MUERTE.

¡Gentil aposento y mando!

POBRE.

Cual merecen los glotones,
Pues que nos ven voceando,
Y ellos siempre regoldando
A perdices y capones.

Mas truchas y mas faisanes
Echan podridos de casa,
Y á sus lebreles y canes,
Y á mujeres y á truhanes...

MUERTE.

Y ¿á vosotros?

POBRE.

Fuego y brasa.

Ellos buscando pescados
Que les quiten el hastío,
De francolines preciados;
Nosotros desarrapados,
Hambrientos, al agua y frío.

Pero yo estoy satisfecho,
Aunque agora hagan alarde
De manjares, como han hecho,
Que les terná mal provecho
Algun día y no muy tarde.

MUERTE.

¿Quién son los que mas afligen
Esos pobres, pues lo has visto,
Y los que no los corrigen?

POBRE.

¿Quién son? Aquellos que rigen
La Iglesia de Jesu Cristo;

Que nos tienen usurpado
El patrimonio qu'es nuestro;
El cual nos hubo ganado
Con su sangre, y nos l'ha dado
Cristo, gran padre y maestro.
Mas ellos son tan crueles,
Y mayores enemigos,
Que habemos, mas ¿qué infieles,
Si tú, Muerte, no te dueles
De nosotros tus amigos?

Qu'ellos cierran los oídos
A nuestros continuos lloros,
Y á miserias y gemidos;
Cuando nos ven afligidos,
Esconden mas sus tesoros.
No se quieren acordar
Que Jesu Cristo fué pobre;
Porque pudiese reinar
El hombre, le quiso dar
El oro y tomar el cobre.

SAN FRANCISCO.

Pues fué tan grato y bendito,
Que cualquier bien que se haga
A cualquiera pobrecito,
El mas pobre y pequenito
Lo asienta y pone su paga,
¡Oh plaga grande entre nos
Por nuestras miserias claras,
Que tus ministros, mi Dios,
Uno á uno, dos á dos,
Se han hecho desuella-caras!

POBRE.

Si tus siervos y criados
De ti, mi Dios, grande y fuerte,
Nos dejan desamparados,
¿Adónde iremos, cuidados,
Sino á buscarte á ti, Muerte!
Pues á ti, que eres consuelo
De tristes desconsolados,
Los pobres de aqueste suelo
Te suplican tengas duelo
Dellos y de sus cuidados.

Y esta compañía mezquina
De los pobres, ciertamente,
A ti, Señora tan dina,
Quisiera, y lo determina,
Enviar algun presente.
Mas vese de todas partes
Tan llena de adversidades,
Que, para verdad hablarte,
No tuvo mas que enviarte
De solas tus voluntades.

Estas, Señora, te piden
Recibas, y bien colmadas,
Y á llevarlos te conviden,
Si Dios y culpas no impiden
Detener estas jornadas.
Pero si acaso; ¡oh ventura!
La voluntad del Señor
Es que acaben en tristura,
Con brevedad apresura
Tu guadaña y tu furor.

Mira que quedan llorando,
Y por tanto, yo me atrevo
A suplicar digas cuándo;
Porque quedan esperando
A ver qué nuevas les llevo.
Atalayas tienenuestas
En los collados y espías
Para hacer grandes fiestas,
Si tú, Muerte, manifestas
Que vas á acabar sus días.

MUERTE.

¡Oh lástima y confusión!
¡Oh poca fe y gran crueza
De los que en el mundo son:
Que falte quien dé meson
A ti, la santa pobreza!

POBRE.

Y mas te quiero decir;
Que todos con gran razon
Te saldrán á recibir,
Cantando con tu venir
Aquesta nueva cancion.

CANCION DEL POBRE Y DOS HIJOS SUYOS.

¡Mi fe! Mundo, de tu medio
No me curo;
Qu'el morir es el remedio
Mas seguro:

Disteme, mundo, un consejo,
Que te sirvieses de grado;
Pero nunca tú, malvado,
Te verás en ese espejo;
Porque eres un falso viejo.
Yo te juro
Que el morir es el remedio
Mas seguro.

MUERTE.

¿No mirais con qué alegría
Me desean estos tristes?
No verian mejor dia
Que verme en su compañía.
¡Oh pobres! ¡Cuán ricos fuistes!
Y á los ricos jamás veo
Que con mí venir les plugo,
Ni me tuviesen deseo.
Pues callen, que yo bien creo
Que vernán presto á mi yugo.
Estado de gran alteza
El pobre, pues da en el hito
De verdadera limpieza.
¿Qué decis de la pobreza
Vos, Jerónimo bendito?

SAN JERÓNIMO.

Los pobres necesitados
Que sufrieron en paciencia
Los trabajos por Dios dados,
Estos serán consolados,
Por su infinita clemencia.

Y destos dice el Señor
En aquel reino del cielo,
«Mira, pobre pecador,
Si eres mas rico y mejor
Que los reyes deste suelo.»
Pero en aqueste lenguaje
Pocos hablan ni lo entienden,
Aunque tienen por salvaje
Al que en aqueste homenaje
Quiere subir, y aun le ofenden.

Las casas en las alturas
Mas golpes suelen tocallas;
Desto y de otras desventuras
Las chozas están seguras
En los mas profundos valles.
Las ondas suelen herir
Y hacer mas sentimientos
En rocas, y combatir;
El ciprés suele venir
Al suelo con grandes vientos.

En la vida de pureza
¿Cuál terná mayor contento,
El rico con su riqueza,
O el pobre con su pobreza?
Dilo tú, rico avariento.
Tú, que estando allá abrasado
En tu triste cautiverio.
Donde estabas sepultado,
Siquiera el dedo mojado
Pediste por refrigerio.

SAN AGUSTIN.

¡Oh, pobres, si lo mirais,
Como alcanzáis grandes dones,
Y cuán mayor le buscáis,
De ver cuán seguros vais
Por medio de los ladrones!
Toque, toque con presura
El César á vuestra puerta
En la noche mas oscura:
Vuestra barca está segura,
Que lo demás no os despierta.

Tiemblen aquellas tribunas,
Que han de ser hechas ceniza;
Anden guerras importunas,
Que libres sois de fortunas
En vuestra casa paja.
Poca pena os podrán dar
El fastidio de capones,
Que para vuestro manjar,
Sardinas cria la mar,
Y aun ovas para colchones.

SAN FRANCISCO.

¿Qué sentirán, os demando,
Los ricos, cuando ya vieren
A los pobres descansando,
Y ellos mezquinos penando
Sin redencion, ni la esperen?
¿Qué hambre y sed tan cruel
Verán que con ellos lidia!
Y esto será pan y miel,
Hasta que gusten la hiel
Del pecado de la envidia.

Qu'esta les ha de hacer
Aquellas almas pavesas
Sin dejar jamás de arder,
Porque dejaron perder
Las migajas de sus mesas.
Ver que los menospreciaron
En la vida transitoria,
Y dellos nunca curaron;
Y cuando no se cataron,
Herederos son de gloria.

SAN JERÓNIMO.

Entonces con gran espanto
Podrán decir con razon,
Con música de quebranto,
Aquella cancion y canto,
Escrita por Salomon.
Y «¿aquestos no son, deci,
Los que allá en el mundo vimos
Tan despreciados así,
Y de quien todos allí
Burlamos y escarnecemos?»

Y aquellos, que su manera
De vivir nos parecia
Cosa de burla y ceguera,
Y que su remate fuera
Sin honra y sin alegría;
Y una gente que no siento,
Cosa tan vil entre nos,
Ni de tanto abatimiento,
¿Veislos agora en el cuento
De aquellos hijos de Dios?

Nosotros ¡desventurados!
Cansados ya de seguir
Las carreras de pecados,
Veisnos aqui condenados,
Sin podernos redimir.
Por tristes despenaderos
Contino nuestras jornadas,

Por yermos y por oteros,
Los caminos verdaderos
Dejando nuestras pisadas.

¡Oh, tristes, que así dejamos
Los caminos del Señor
Tan llanos, y nos burlamos,
Y en este fuego moramos
Para siempre! ¡Oh gran dolor!
Tal música y consonancia
Vuestras discordes potencias
Serán en aquella instancia,
Cuando soberbia y jactancia
Apolille las conciencias.

Cuando se os haya pasado
El tiempo de arrepentiros,
Y vuestra miseria y hado
Por cada blanca y cornado
Os haga dar mil sospiros.

SANTO DOMINGO.

Amigo, podeis volver
A esa pobre gente llana,
Y decir que hayan placer,
Porque les hago saber
Que su muerte es ya cercana.

Y cada cual esté ufano,
Porque yo les sé decir
Qu'el juicio está en la mano;
Que aquel Alto Soberano
Quiere el mundo concluir;
Y entonces podrán gozar
Del fructo que acá han sembrado,
Y su angustia y su pesar
Lo verán allá trocar
Por gozo muy sublimado.

Cuando aquella compañía
Les saldrá allí á rescibir;
Y aquella caballería
Celestial, con alegría,
Cual no se puede decir;
Jacob, Isaac, Abraham,
Noé, David y Moysen.
Con los demás que allí están,
Todos os saludarán,
Y darán el parabien.

Mártires y confesores,
Virgenes sanctas y puras,
Todas os harán favores
Diciendo con mil dulzores:
«¡Gloria á Dios en las alturas!»

POBRE.

Pues ¿qué señales ternémos,
Antes que haya de venir
Ese dia que queremos,
Porque al Señor alabemos?

SANTO DOMINGO.

Yo te las quiero decir:
San Jerónimo halló
En los Judáicos Añales,
Segun la historia contó,
A que me refiero yo,
Aquestas quince señales.

Señales del juicio.

La primera es que la mar
Subir ha cuarenta codos
Sobre la tierra, y bajar
Despues tanto, que mirar
No la puedan ni ver todos.

Lo tercero: las ballenas
Y todas bestias del mar
Serán de confusion llenas,
Con bramidos y con penas,
Que al cielo quieran llegar:
Las aguas y todo el mar
Arderán en vivas llamas:
Las plantas y árboles dar
Un rocío de espantar
De sangre en troncos y en ramas.

Los edificios cairán
Con gran pavor de la gente

Por mas fuertes que estarán :
Las piedras se herirán
Unas á otras cruelmente ;
Muy gran terremoto habrá ;
La tierra será igualada :
El cielo y tierra arderá ;
Nuevo cielo se hará,
Y nueva tierra criada.

De las cavernas saldrán
Las gentes tan espantadas,
Que hablar no se podrán ;
Y las estrellas caerán
De el cielo, do están fijadas.
;Días amargos y ciertos!
;Quién verá tales tristuras,
Que los huesos de los muertos
Parecerán descubiertos
Sobre las sus sepulturas!

Los vivientes morirán
Para despues levantarse
Con los muertos donde están:
Y estas señales verán,
Antes de aquel día mostrarse.
;Oh corazon dolorido,
Que si en trago tan bastante
No ablandas, como has oído,
Tú eres mas endurecido
Que el acerado diamante!

POBRE.

¡Oh! ;Cómo me has consolado
Con esas nuevas tan buenas
Como agora me has contado!
Sancto bienaventurado,
Dios te dé buenas estrenas.

SAN JERÓNIMO.

Enemigos capitales
De los vivientes humanos,
Decidme agora, infernales,
;Cómo aqestas gentes tales
Se os han ido de las manos,

Pues que ni tienen favores,
Ni persona los acata?
;Desdichados cazadores!

CARNE.

No, porque á los pecadores
No corremos la zapata;
Pero como está hambrienta,
Que busque quien la substente
De mendigante y sedienta.
;A la fe! muy poca renta
Sacamos de aquesta gente.

Débil, flaca de continuo,
Cargada siempre de males,
Y ¡mi fe! sin pan ni vino,
Ruinmente se anda el camino
Destos deleites carnales.

MUNDO.

Otro tal el que cantando
Lo gana sin mas enojos,
Que no el triste mendigando,
A quien triste están picando
Sabandijas y piojos.

SATANÁS.

Así, Muerte, te requiero
De parte de aquellas furias
Del infierno, y Can-Cerbero,
Triunfante y carnívero,
Que no nos hagas injurias
En llevar los pobrecillos,
Sino que vivan penando
Con trabajos no sencillos;
Qu'estos serán los cuchillos
Con que irán desesperando.

CARNE.

Calla, yo me maravillo
De tí: déjame hacer;
Que todo ha d'ir á cuchillo.
Por ventura ¿hay pobrecillo
Que no sea un Lucifer?

SATANÁS.

Pues ves que tanto se gana ;
Si tus paranzas extiendes,
Haz como gran capitana :
Mientras mas moros, hermana,
Mas ganancia. Ya me entiendes.

ESCENA X.

MONJA, MUERTE, SATANÁS, SAN
FRANCISCO, SANTO DOMINGO,
SAN JERÓNIMO, CARNE, ANGEL.

(Tañen las trompetas, y dice la Muerte.)

MUERTE.

¿Sois monja? Pasá adelante,
Porque os veamos la cara.

MONJA.

Si, Señora y mendicante,
So la regla militante
De señora sancta Clara.

MUERTE.

¿De qué provincia venis?

MONJA.

Señora, sin mas disputa,
De España, pues lo pedis.

MUERTE.

¿Y la casa do venis?

MONJA.

San Bernardo Pie-de-Gruta.

Soy hija de Eva y Adán;
Y si en lo del siglo toco,
Llamome, segun verán,
Doña Casilda Guzman;
De Manrique tengo un poco.

MUERTE.

¿Por quién queréis procurar?

MONJA.

Por todas las religiosas
Que moran aquiende el mar;
Y en fin, por verdad hablar,
Por todas vengo y sus cosas.

MUERTE.

Pues ¿qu'es hora la venida
De monja tan encerrada,
Tanta tierra y tan corrida?

MONJA.

Señora, yo fui elegida,
Como mas emparentada,
A decir que en los conventos
Destas nuestras religiones
Hay tantos desabrimientos
Y tantos remordimientos,
Que causan mil disensiones.

Que unas por no sojuzgarse
A otras menores que ellas,
Las otras por esentarse,
Jamás dejan de abrasarse
Con mil fuegos y centellas.
En fin, fin, y en conclusion,
Y hablando la verdad,
Pocas ó ningunas son
A quien dentro el corazon
No escarbe la libertad.

Porque niñas y muchachas
Nos metieron; que no vimos
Tantos daños, tantas tachas;
Mas estábamos borrachas
Cuando tal yerro hicimos.
Que nuestros padres, por dar
A los hijos la hacienda,
Nos quisieron despojar,
Y sobre todo encerrar
Donde Dios tanto se ofenda.

Porque allí nos maldecimos
Cada hora y cada rato,

Desde el día en que nacimos,
E que tristes entendimos
La negra clausura y trato.
Y ¡pluguiera á mi gran Dios
Que al mas pobre guillote
Que se hallara entre nos,
Padre, me diérais vos,
Y no á tal yugo y azote!

Y ¡ojalá que yo criara
Los mis hijos á docenas,
Que, al fin, fin, Dios los repara,
Y que nunca me obligara
A tal prision y cadenas!
Que otra cosa fuera estar
Criando hijos de ruines
De noche, y con su llorar,
Que revolver, trastornar,
Los laudes ni los maitines.

CARNE.

¡Oh tristes desventuradas!
¿De qué gustastes, mezuquinas?
Pues niñas y delicadas
Os trujeron engañadas
A prisiones tan continas?
Los ayunos, los azotes,
Las vigiliat, los oficios,
Estos fueron vuestros dotes,
Y por seda, los picotes,
Por holandas, los cilicios;

Por libertad, la prision,
Por banquete, un ordinario,
No de faisán ni capon,
Por cintura, un buen cordon,
Por guantes, un breviario,
Un velo vistes ¿de qué?
Es verdad que fué amarillo
O verde; ya que lo fué
Otro tal, en buena fe
Buen volante y tocadillo.

Buen coton, buen rehilado,
Buen paris, no mortuorio,
Ni barrendero entiznado,
Que parece que ha limpiado
Rincones de refitorio.
¿Quién dejaba de gozar
Buen verdugado polido,
De los que solien usar,
Por vestir un muladar
De un triste hábito podrido!

MONJA.

¡Ay triste! que para mí
Nunca fueron los joyeles,
La esmeralda ni el rubí;
Mas lo que yo merecí
Tengo, que fueron mil hieles.
Todo pudiera pasar,
Por parecer santimonias;
Pero lo que es de llorar
Hácenos luego obligar
A docientas cerimonias.

Hétenos ya despenseras,
Que valer no nos podemos,
Sacerdanas, campaneras,
Ya torneras, ya enfermeras,
¡Negra enfermedad tenemos!
Y en sufrir á una abadesa,
Necia, loca y desgraciada,
Y que como una condesa,
De todas y muy aprieta
Quiere ser reverenciada.

¿Cómo se puede sufrir?
¿No es mejor, como es costumbre,
De una vez luego morir,
Que cada punto vivir
En tamaña pesadumbre?
Y aun si el estar encerradas,
Privadas de patrimonio,
Nos fuese, por Dios, á osadas;
Mas somos ¡desventuradas!
Las mártires del demonio.

MUERTE.

Amiga, vos no venistes
A contar quejas aquí;
Dejaos ya de aquesos chistes;
Tenéoslo, pues lo quesisdes,
Y la embajada deci.

MONJA.

¡Ay, Señora, que me llora
Esta alma y el corazón
Y llorará cada hora!

MUERTE.

Hora andad; que Dios mejora
Las horas, cuando es razón.

MONJA.

Pues ¡oh fusta y gobernalle!
Por donde pasan los tristes
Deste miserable valle
A aquel jardín, que en pensalle,
De gloria y gozo nos vistes.

La compañía virginal,
Como te es tan servidora,
Una a una y cada cual
Se halla muy triunfal
Destas tus cortes, Señora.
Envíate a suplicar
Que una merced les concedas
Que te quiero demandar,
Si por ventura otorgar
Se puede, que tú lo puedas.

MUERTE.

Estrella resplandeciente,
Deci; que nada podré
Hacer por aquesa gente
Que luego y de buena mente
No lo haga, y lo haré.

MONJA.

Es que mucha cantidad
De vírgenes en el mundo
Guardaron virginidad,
Y algunas por su maldad
Resbalaron al profundo.

Del cual encuentro han quedado
Ya muy poquitas personas
En el virginal estado
Que consigan aquel grado
De tan preciosas coronas.
Porque agora esta manada
Destas vírgenes doncellas
Está muy amilanada,
Temerosa y salteada
Con la perdición de aquellas.

Suplicante estas benditas
Que supliques al Señor
Que conserve estas poquitas
De aquellas redes malditas
Del dragón engañador.
Para cuando las quisieres,
Que las lleves de tu mano:
Qu'estos serán sus placeres
Sus riquezas, sus haberes,
Placiéndole al Soberano.

Que no tienen mas consuelo
De solo pensar en ti
Y en las riquezas del cielo,
Hasta que el Señor, de un vuelo,
Se las lleve para sí.
Porque aquí son los combates
Tan recios, cual habrás visto,
Y de tan grandes quilates,
Que desean que las desates
Desta cárcel, y ir con Cristo.

MUERTE.

Monja, en tanto que durare
La vida, sin discrepar
Trabajen, y nadie pare;
Porque el que perseverare
Hasta el fin, se ha de salvar.
Flechen su arco, y flechado,
No dejen de resistir;

Pues está claro y probado
Que ninguno es mas tentado
Que lo que puede sufrir.

Lo demás, muy en cuidado
Lo tengo por su grandeza,
Porque bien sé que ese estado
Siempre fué el mas regalado
Del Señor por su pureza.
Porque esas son las sirvientes
Del su palacio glorioso,
Y las vírgenes prudentes
Que esperaron deligentes
A aquel su querido Esposo.

Y esotras, que no son pocas,
Que de tal grado cayeron
Despeñadas de las rocas,
Serán las vírgenes locas
Que al mejor tiempo durmieron.
A quien, por su gran cegüera,
Les dirán sin masedumbre
En el día que se espera:
«No os conozco; anda allá fuera,
Que ya se os mató la lumbré.»

Preguntaldes qué será

El día de la discordia,
Y cada cual qué hará,
Cuando ninguna terná
Olio de misericordia.
Locas de poco saber,
Que por delitos mundanos
Que en breve es su perecer,
Quisieron así perder
Los deleites soberanos.

MONJA.

Pues, Señora, en este estado,
Sabrás que hay personas dinas
De gran perfición y grado
Que su tiempo han ocupado
En continuas disciplinas;
Sufrido con gran amor
Aquel yugo de obediencia,
Que es el peligro mayor.
Pues la pobreza, el Señor
Sabe bien con qué paciencia.

Y temen según porfia
El demonio, y tan apriesa
Dispara su artillería,
Cada hora y cada día
Contra ellas, que no cesa.
Pues, Reina de los vivientes,
Todas d'esta voluntad
Estamos, si paras mientes.
Por lo cual ora no intentes
Llevarnos, qu'es crueldad.

Porque el Señor alabado
Está de nos, religiosas,
Y llevamos en tal grado,
Ya ves en cuán mal estado
Estamos y peligrosas.
Pedimoste qu'este hilo
De vida no sea quebrado,
Ni apagues este pabito,
Como tienes por estilo,
Hasta que Dios sea aplacado,
Y hasta que ya enmendemos
Las vidas con abstinencias,
Como todos lo queremos,
Y juntamente acabemos
Con bastantes penitencias.

(Aquí hace penitencia la Monja derodillas,
y dice.)

MONJA.

¡Que te habemos ofendido
¡Oh, mi Dios! muy bravamente,
Que nunca habemos tenido
Silencio, sino perdido
El tiempo continuamente!

Y aquel hablar á las gradas,
Y el continuo cartear,
Y el estar descomulgadas,

¡Oh, infierno tan dolorido,
A cuántos padres cobijas,
Que pudieran y han podido
Con el salvado podrido
Casar muy bien á sus hijas!
Y no dejallas arder
En el fuego con Satán
Y con aquel Lucifer,
Por vosotros no querer
Siquiera darles un pan!

Donosa cosa es mirada,
No lo digo por lisonja,
Ni por soberbia ¡cuitada!
Que si era para casada,
Me metiésedes vos monja.
Guardátesos de saber
Mi voluntad cuando niña,
Que se pudiera hacer
Por de presto nos meter
Do no falta sarna y tiña.

Mas, en fin, yo lloraré
Por siempre mi desventura,
Y en ella feneceré,
Hasta que ya se me dé
La mezquina sepultura.

CARNE.

¿Por qué no dices, pues puedes,
Como, si acaso llegaís,
Con parientes, á las redes,
Os dicen que las paredes
Habeis saltado ó saltáis?

Si por ventura escribís,
Aunque sea para sant Juan,
Luego os dicen que mentís,
Y que no es como decís,
Mas para vuestro rufian.
Si algun agua distiláis
Para el rostro, si es lijoso,
Mormuran que os afeitáis,
Y que no os acecaláis
Para Cristo, vuestro esposo.

¡Ay! si unos tristes ladillos
Por ventura os ven poner
Allá en esos rinconcillos,
Qué triscas y caramillos
Os arman y qué roer!

MUERTE.

Cierto, de buenas razones
Muy muchas de las que andáis
Medidas en las prisiones,
No era bien que en los rincones
Estuviésedes, que estáis.

Que por vos se puede ver
Que en vuestro rostro se encierra
Tal majestad de mujer,
Que érades vos para ser
Una princesa en la tierra.

CARNE.

¡Ay, Señora, no te cures
D'estar tras aquesas redes!
Mejor es que te asegures,
Y te huelgues y procures
De saltar esas paredes.

ÁNGEL.

Guarda, guarda, no te engañe
La Carne, que te guerrea,
Y podrá ser que te dañe,
Y que el Gran Señor te estrañe,
Si te halla triste y fea.
A otro perro aqueso hueso;
Mirad que no os descuideis
En cometer tal exceso;
Catá que muy mal proceso
Ante el Señor llevaréis.

MONJA.

Pues de lo que mas penamos
En todas nuestras fortunas,
Cuando allá en ellas pensamos,
Que á todos los enhadamos
De prolijas es importunas.

Y de tantos infamadas,
¿Quién te lo podrá contar?
Y el secreto andar en cinta,
Y el tirar á tantos hitos,
Que mi lengua aquí no pinta
¿Con qué papel y qué tinta
Podrán jamás ser escritos?

SATANÁS.

¡Oh, grada, y cuánto me agradas!
Que en ti tengo de hacer
Mis saltos y mis levadas;
Y en esta red enredadas
Las tengo y pienso tener.

MONJA.

¡Ay, cuitada, que no lloras
Tanta cuita y perdición!

SATANÁS.

Allí hago á esas señoras
Dejar el coro y las horas
Y perder contemplación.

Allí hago que cercene
Su lengua mas que navaja
De todo cuanto va y viene;
De lo cual no les conviene
Interese de una paja.
Allí van las consejeras
Los negocios y los tratos.
¡Oh, mis redes barrederas
Tan sutiles, tan ligeras
A álguen daréis malos ratos (1)!

MONJA.

Pues ora en sus oraciones
Quiéren al Señor pedir
Les dé nuevos corazones
Y sanctas inspiraciones,
Para le poder servir.
Y quiéren con humildad
Velar y tener segura
Su alma y en libertad,
Porque, en fin, la tempestad
Deste mundo poco dura.

MUERTE.

Cada cual, segun que debe,
Deje ya el vicio que amarga.
Bien lo verá quien lo pruebe,
Que el tiempo es caduco y breve,
La pena prolija y larga.

SAN FRANCISCO.

¡Oh enemigo de natura!
¿Cuánto has mal hecho y haces
En la humana criatura;
Si con Dios no se procura
De hacer seguras paces!

¡Oh, cuántas grandes y chicas
Tu engaño al tormento obliga
Por lo que tú las predicas,
Y como las aveceas
Se quedan presas con liga!
¡Oh ciegos! mirad por quien
Ha muerto el Señor. ¿No vistes
Tan gran locura y desden
Sobre hacernos mas bien
Que jamás le merecistes?

Allá á esas tristes casadas
Se ocupen, que les convino
En las sus cargas pesadas;
Mas vosotras consagradas
En solo el culto divino.
Que á la que es del mundo, entiende
En lo del mundo y sus cosas;
Pero la que mas pretende
Por quemarse, fuego enciende
Sus alas muy mas furiosas.

Avisad esas cuitadas
Que andan en esas locuras,
Que quisieran ser casadas

(1) La edición dice: «Que álguen daréis malos ratos.»

Para vivir engañadas
Con tan grandes desventuras.
Y ¿qué saben si toparan
Con maridos tan soeces
Que los ojos les quebraran
Y otras mujeres buscaran,
Como acontese mil veces?

SANTO DOMINGO.

Pues ¿qué harían, si gustasen
Los dolores del parir,
Pérdidas que las cercasen,
Muertes de hijos que amasen,
Ver el marido morir?
¿Aquel servicio del mundo
Tan continuo y tan comprado?
¡Oh, trabajo sin segundo!
¡Oh! ¿quién en tan gran profundo
Procura ser anegado?

Y ¿cómo habiendo tomado
Una empresa sin compás,
Habiendo determinado
Poner la mano al arado,
Se quieren volver atrás?
Tengan firmes corazones,
Y miren cómo pelean
Con los rugentes dragones.
Rechacen las tentaciones
Del demonio, y no le crean.

Despierten ya sus sentidos;
Que el dormir es perjuicio,
Y tengan á sus oídos
Las trompetas y sonidos
De «¡Muertos, veni al Juicio!»
Pues si todo esto es así,
Y es verdad esto que hablo,
«¿Por qué quieren, me decí,
»Ser tan esclavas aquí
»Del mundo, carne y diablo?»

MUERTE.

Decídes que recatadas
Estén siempre, pues han visto
Que viven horas contadas,
Y aun presto serán menguadas
Si pluguiere á Jesu-Cristo.

SAN FRANCISCO.

Hijas, pues tiempo se ofrece,
Les decí por caridad
Lo mucho que Dios merescé,
Y el tormento que padesce
El malo con su maldad.

Los monstruos y las visiones
Que veis que se representan,
Las fantasmas, turbaciones,
Aullidos de dragones,
Que siempre los sobrevientan.
Pues las furias infernales
Que acosados y afligidos
Tienen continuo á los tales,
Que como locos bestiales
Han perdido los sentidos.

Siempre los veréis penando;
Que no se pueden valer
Ellos á sí atormentando,
La soga siempre arrastrando,
Para do quiera prender.
De tantos males se arréan
Los malos, y tal quebranto,
Y entre si tanto pelean,
Y aun las hojas que menean
Los aires, les pone espanto.

Ni osan hablar los mezquinos
A los que injurias les hacen,
Por verse que no son dinos,
Y otros males muy continos
En que caen, que á Dios desplacen.
¡Oh, terrible penitencia!
Pues ¿con qué puede igualar
Aquella limpia conciencia
Que en la final residencia
Tanto podrá aprovechar?

Aquella gran libertad
De que gozan los conventos,
Y la gran seguridad
Con continua ociosidad
Les trae malos pensamientos.
Que aunque al hombre no se diese
Allá en el cielo otro gusto,
Ni siguiese otro interese,
Mas de ser buena, y lo fuese
Por lo de acá, era muy justo.

Cuanto mas que les darán
Lo que oreja nunca oyó,
Ni ojos vieron que acá están,
Ni aun ángeles cantarán
Lo que Dios aparejó.

SAN FRANCISCO.

Si de vírgenes vestales,
Gentiles torpes y rudos,
Hecistes tantos caudales,
Por servir á unos bestiales
De unos dioses ciegos, mudos,
¿Por qué estas no son tenidas
En mucho mas, pues es visto
Que renunciaron sus vidas,
Y que al fin fueron unidas
Con el mismo Jesu-Cristo?

MUERTE.

Decídes que Satanás
Les ha tirado esas viras
Ponzoñosas sin compás;
No le dén crédito mas
Porque es padre de mentiras.

Velen siempre su muralla
Y tengan armas y gente,
Porque no puedan minalla,
Y sepan que la batalla
Es con la antigua serpiente.

CANTO DE LOS ÁNGELES.

«Estote fortes in bello, et pugnate
»cum antiquo serpente; et accipietis
»regnum aeternum; dixit Dominus.

MUERTE.

Augustin, sancto varon,
Pues teneis limpieza tal,
Decídes, porqu'es razon,
Algo de la perfeccion
Del estado virginal.

SAN AUGUSTIN.

Virgen digna de loar,
A las que os han enviado,
Vos las podeis avisar
Que se sepan conservar
En ese angélico estado.
Y que miren que su Esposo
Es el que quita pesares,
Es virgen, es generoso,
Es casto, rico y hermoso,
Y escogido entre millares.

Pues su madre tan guardada
Tuvo continuo la puerta
De su bendicta morada,
Que al mundo estaba cerrada,
Y á los ángeles abierta.
De las ondas de esta vida,
Ni vaivenes de fortuna,
Su nave fué combatida,
Mas siempre tan defendida
Cual nunca lo fué ninguna.

La limpieza angelical
Nunca jamás le faltó,
Y la ciencia divinal
De los profetas fué tal,
Que toda se le fundió.
El celo y fe que tuvieron
Apóstoles, patriarcas
Y mártires que murieron,
Sus marcos nunca subieron
A ser de tan altas marcas.

La humildad que han alcanzado,

Las castísimas y sanctas
 Veán, pues, si le han faltado,
 O si hobo sobrepujado,
 A sus excelencias tantas.
 Sus palabras tan benditas,
 Llenas de gran caridad,
 Tan preciosas margaritas
 En el seno están escritas
 De la Sancta Trinidad.

¡Oh, excelencias engastadas
 En tan divinos engastes!
 ¡Oh, estremada de estremadas,
 Qué riquezas tan sobradas
 Fueron las que vos hallastes!
 Que muchas hijas llegaron
 Muchas y grandes riquezas:
 Mas por vos, si bien notaron,
 Todas se sobrepujaron
 Con mil millones de altezas.

¡Bendicta la castidad
 Que en vos, Virgen, se guardó,
 Toda hermosa en verdad,
 Que mancilla ni fealdad
 Jamás en vos se halló.
 No andadora, ni placera,
 Ni desenvuelta y liviana,
 No afeitada, ni parlera,
 No envidiosa y lisonjera,
 Ni de ventana en ventana.

Ni aun cierto vuestros cimientos
 Fueron en las vanaglorias,
 Ni en ociosos pensamientos;
 Mas vuestros mantenimientos
 Siempre de sanctas historias.
 Y de Escrituras Sagradas
 Rodeada y de profetas,
 Con tan divinas pisadas,
 Siempre os fueron reveladas
 Cosas altas y secretas.

Entre piedras orientales
 Ser una mas señalada
 Y en virtudes mas señales,
 Afirman los naturales
 Que es el carbunclo llamada.
 Y es tanta su perfición,
 Que aquesta sola contiene
 Las gracias que en todas son;
 Dióle Dios tan alto don,
 Que el don de todas sostiene.

¡Oh, piedra, mas que preciosa,
 Que vos sola sois aquesta
 En virtudes virtuosa,
 En gracias mas que graciosa
 Pues Dios en vos se recuesta!
 Y las gracias repartidas
 Que a todas suele Dios dar,
 En vos se hallan cumplidas,
 Que las teneis recogidas
 Como las aguas el mar.

Virgen llena de piedad,
 Por vos, Señora, tornamos
 La tiniebla en claridad,
 Y en salud la enfermedad
 Que todos de Eva heredamos.
 Y aquel bocado que dió
 La ponzoñosa serpiente,
 En vuestra virtud sanó,
 Y al que ponzoña bebió
 Socorristes prestamente.

Pues la Virgen, si quisiera,
 Huirá las ocasiones
 Por donde quiera que fuere;
 Que traen si lo sintiere
 Los pecados a montones.
 Jamás tenga atrevimiento
 De salir á ver persona:
 Refrene tal movimiento;
 Que de solo el pensamiento
 Podrá perder la corona.

La garza harto es ligera,
 Mas porque ella dió ocasion

De salirse á la ribera,
 Será muy justo que muera
 En las uñas del falcon.

SANTO DOMINGO.

La cierva, si está escondida
 En el bosque áspero y fiero,
 Segura tiene la vida,
 Mas en saliendo, es herida
 De la yerba y ballestero.

La castaña es conservada
 De dentro de las espinas;
 El ave que está encerrada
 No teme ser salteada
 De redes ni contraminas.

SAN FRANCISCO.

La joya suele ensuciarse
 Por ser limpia como el cisne;
 La piedra, para engastarse,
 No quiere mucho tratarse
 Con las manos de la tizne.

La Virgen, qu'es margarita
 Y oriental piedra preciosa,
 Sola la mano bendita
 De aquel qu'e las culpas quita
 Le ha de tocar, no otra cosa.
 Ninguna piense que es fuerte,
 Ni despliegue sus anteojos
 A mirar de mala suerte;
 Porque sepan que la muerte
 Se suele entrar por los ojos.

Los convites y el comer,
 Las perlas que allá habréis visto,
 Los juegos que suele haber
 ¿Qué tiene esto que hacer
 Con las vírgenes de Cristo?
 Las músicas y cantares,
 Viendo que no es cosa suya,
 Los palacios y juglares
 Y deshonestos lugares,
 Siempre la virgen los huya.

La seda, ni los brocados,
 Marquesotas, ni pendientes,
 Los cabellos enrubriados
 Los olores delicados
 Los rubies resplandecientes
 De las pompas y tesoro,
 Pues Dios servido no es,
 Huyan; que todo es un lloro,
 Y desas cadenas de oro
 Sean libres vuestros piés.

¿Para qué quieren seguir
 Los afeites, soliman,
 Que de aquí les sé decir
 Que suelen siempre salir
 Centellas, y aun de alquitran?
 Que la virgen, si es llamada
 Del Esposo, por la ver,
 Hallándola tan pintada
 Y con cara enmascarada,
 Mal la podrá conocer.

SANTO DOMINGO.

Quando ociosa se sintiere,
 Suba al monte de oracion;
 Y si el tentador viniere,
 No subirá, si la viere
 En alta contemplacion.
 El gemido sea su oficio,
 Humildad siempre seguir,
 Su vestido de cilicio:
 La comida, no por vicio,
 Sino solo por vivir.

Y si la carne tirare
 Coces contra el aguijón,
 Y viere que respingare,
 De hostigalla no pare
 Con ayuno y oracion.
 Qu'este es asiento y altura
 Y el mas seguro escalon
 Por donde la virgen pura

Podrá subir muy segura
 A estado de perfeccion.

Deste estado toma esposas
 Aquel Esposo gentil;
 Por aquí las animosas
 Suben con las generosas
 Ursula y las once mil.
 La gloriosa Caterina,
 Eugenia, Marina, Inés
 Por este escalon camina
 Para la ciudad divina
 Y eterna, donde Dios es.

Aquí el demonio trabaja
 Mas que en estado ninguno
 De coger alguna alhaja,
 Si la virgen no lo ataja
 Con disciplina y ayuno.
 Todo aquesto sea contado
 Para que vos, hija mia,
 Saqueis de aquesto dechado
 Tan rico, tan bien labrado,
 Cual visteis labró Maria.

Y si deste que aquí os dó
 No le queréis, religiosos,
 Sacalde del que labró
 Hierónimo, y envió
 A las vírgenes gloriosas.
 Qu'es de tan ricas labores,
 Que sin duda yo os aviso
 Qu'es capa de pecadores
 Y un manojico de flores
 Cogidas del Paraíso.

¡Oh, amor, tan delicado,
 Cómo los cielos penetras
 Y cuántas subiste al grado
 Tan supremo y encumbrado,
 Muchachas simples sin letras!
 Busquen, busquen su reposo,
 Y apartense del siniestro:
 Miren que tienen esposo,
 Tan rico y tan poderoso,
 Que es Jesus, salvador nuestro.

Y para que se les dé
 El premio mas excelente
 Que nunca ha sido ni fué,
 Al áncora de la fe
 Se atengan muy firmemente.

ESCENA XI.

CASADO, MUERTE, SATANÁS, MUNDO, SAN AGUSTIN, SAN FRANCISCO, SANTO DOMINGO, ANGEL.

(Tañen las trompetas, y dice el Casado.)

CASADO.

Señora, yo no quisiera
 Ser molesto ni importuno
 En el pasar mi carrera;
 Mas, en fin, nunca Dios quiera
 Que por mi pierda ninguno.
 Sabrás cómo los casados
 Han hecho muy gran consulta,
 Buenos y malos juntados,
 Y lo que de sus cuidados
 Ha resultado y resulta,

Es que te hacen saber
 Que tienen grandes placeres
 Los buenos; y has de entender
 Por saber y conocer
 Que tienen buenas mujeres:
 Y que caso que sostienen
 Grandes trabajos, miserias,
 En el estado que tienen,
 Pero que al fin las mantienen
 A costa de sus lacerias.

Por lo cual dicen que vayas
 Cada y cuando que quisieres
 A visitallos, y trayas,
 Que sepas que no desmayas

A ninguno si allá fueres.
Pero pues ellos han ido
A buena feria en topar
Las mujeres que han habido,
Que su gran Dios sea servido
De quererlos conservar.

Y destos en la verdad
Por ser tan pequeño el cuento,
Los dejo con brevedad,
Y á la mayor cantidad
Me paso, qu'este es mi intento.
¡Oh cuán bienaventurados
Serán esos, que después,
Y por la gloria ayuntados,
Vivieron en sus estados
Limpiamente, sin revés!

Tan buenos batalladores
No habrán miedo á estos malditos
Y duros perseguidores;
Sino que tengo temores
Que deben de ser poquitos.
De la gente mal casada
Te quiero un poco contar,
Porque vive tan penada,
Tan triste y atormentada,
Que es cosa para espantar.

Quejense que nunca curas
Meterlos en tu bandera,
Sabiendo sus desventuras;
Y contando sus tristuras.
Dicen de aquesta manera:
Que las furias infernales
Debían de ser sus madrinas,
Y estas dieron á las tales
Por mujeres cardizales
Abrojos, cardos y espinas.

Pues sus dotes y ajuar
¿Qué fueron sino fortunas,
Rabias que no han de faltar?
Por lo cual quiero contar
Las condiciones de algunas.

MUERTE.

Parésceme, á lo que siento,
Segun venis trabajado
Y tan lleno de tormento,
Que hablas en este momento
Como hombre lastimado.

CASADO.

Ya que me quise encargar
Deste negocio y miseria,
Es bien la verdad hablar;
Y cualquiera ha de contar
El cómo le va en la feria.
Si por ventura fortuna
Las hizo ricas, no cale
Poder hablar de ninguna;
Que si no es el sol ó luna,
No hay otro que las iguale.

Si en linaje les tocais,
Por aquesto yo os prometo
Que mas retórica oyais
Que á Tulio, aunque del sepaís
Que en hablar fué tan perfeto.
Las armas de sus pasados
Dirán que están ensalzadas
En los templos consagrados,
Y antes que fuesen fundados
Estaban ya ellas ganadas.

Y que tienen parentesco
Con el Miramamolín;
Y que yo no las merezco.
¡Oh, Señora, y qué padezco
Con aquesta gente ruin!—
Si es pobre, luego os diré
Que no la teneis en nada;
Que por moza vino acá;
Lamentaciones hará
De mujer tan desdichada.

Que á quien quiera que sirviera
La tuviera en mucho mas,

Y por ella mas hiciera:
Que este pago es el que espera,
Y ninguno otro jamás.
Si es buena, ¡dolor de aquellos
Que con ellas se casaron;
Que han de andar por los cabellos,
Y juntamente con ellos
Los tristes que las juntaron!

Quieren que las adoreis
Por la bondad, ¡nora-mala!
Que de aquesto comeréis,
Y á sus parientes bareis.
Gran palacio, estado y sala.—
Pues si acaso son hermosas
Y loquitas un poquillo,
Ya sabeis aquestas cosas
De guardar cuán peligrosas,
Siempre la mano al cuchillo.

Nunca os faltarán rencillas,
Aunque no andéis á buscarlas;
Si las servís de rodillas
Aun dirán que en las servillas
No merecéis descalzarlas.—
Si ella es moza, y vos sois viejo,
¡Nora-mala acá nascistes!
Luego de aquí os aconsejo
Que las armas del conejo
Tomeis, pues que nescio fuistes.

Si ella es vieja, y vos sois mozo,
Como acontezca, ya veis
Que se hace este destrozo;
Luego en el primer retozo
Siente que la aborresceis.—
Si es mala, no hay que hablar;
Mas creo que no hay ninguna
En todo aqueste lugar;
Y si la hay, disimular,
Pues es rueda de fortuna.

¡Qué amigas de sus deleites!
Que con esto me confundo.
Pues quitades los afeites,
Las mudas, y aguas y aceites,
Y no cabrés en el mundo.

MUERTE.

¡Oh, tristes y desastrosos!
Y ¡tantos males padescen
Los miserables casados?
Razon tienen los cuitados
De llamarme, y lo merecen.

CASADO.

Espera, oirás otras cosas
Que olvidaba en el tintero:
Que ellas son ya tan costosas
En trajes, y tan pomposas,
Que han consumido el dinero.
Y estiéndense sus locuras
A tanto el tiempo presente,
Que para solas hechuras,
Perfiles y bordaduras,
No alcanza la rica gente.

Pero desto, Dios loado,
Muy poco se les da á ellas
Que falte ó sobre el ducado;
Que la basquiña y tocado
Ha de estar en casa dellas.
Pues si acaso no les dais
Lo que la reina trujere,
Nora-mala acá quedais;
Que mas disantos llevais
Que en el Martillojo hobiere.—

Disimula un poco á ver
Si os dirán, á dos por tres,
Lo que suelen responder,
Que merecía ser mujer
Del conde Partinuplés.
Y que el mas ruin labrador
O ganapan mas cevil,
La vestirá muy mejor;
Y que no es ella menor
Que allaceguil y mandil.

¡Qué ordinaria es la conseja,
Si no andais á su sabor!
«¿No mirais que saya vieja?
Hulaneja y Placentaja
La trujera muy mejor.»
O si acaso os han sentido
Con algun hurto de mozas,
¡Qué escorpion les ha mordido!
Qué armonía que han metido!
¡Allí son triscas y lozas!

Allí os dicen que gastais
Todo el tiempo y la hacienda,
Y todo el mundo olvidais;
Y aun os miran si os pelais:
No sé si hay quien esto entienda.
Ni me digan que pasó
Hércules trabajos fuertes,
Que ninguno se igualó
Con aquel que padesció
El casado en tristes suertes.

Ticio, á quien comen las aves
Aquel corazón y entrañas,
No tiene penas tan graves,
Y á quien le fueren suaves
Goce de tales compañías.
Sisifo, tú que rodeas
El tu canto del altura,
Y le subes y acarreas,
Tantas veces no deseas
Como aquestos, sepultura.

Y el que en el agua metido
Siempre morirá de sed,
Jamás terná ni ha tenido
Tormento tan dolorido
Como aquestos, me creed.
Una cosa creerán,
Sin lo demás que es notorio;
Que al tiempo que morirán,
De aquí purgados irán
Las penas del purgatorio.

MUERTE.

Gran mancilla es tal vivir;
Gente tan desesperada
¿Qué envía ahora á pedir?

CASADO.

Yo te lo quiero decir
Qué quieren desta jornada:
Pidente muy de corrida,
Y con toda brevedad,
Vayas á acabar la vida,
Pues que no tienen medida
Sus tormentos y igualdad.
Y si aquesto que te cuento
No puede de ti alcanzarse,
Les digas para su intento
Qué genero de tormento
Buscarán para matarse.
Si será horca ó cuchillo,
Ponzoña ó ser despeñados:
No te tardes en decillo;
Porque envían á pedillo
Como muy desesperados.

Y pues te son manifestos
Sus trabajos, esto baste:
Solo resta saber destos
Que roen ya sus cabestros
Para dar con todo el traste.

MUERTE.

Mundo y Carne, ¿qué decís
De aquesta tal petición?

MUNDO.

Señora, pues lo pedis,
Que ellos tienen, si sentís,
Razon y mas que razon.

SATANÁS.

Abrevia, Muerte, con ellos.
No cureis mas de esperar.

MUERTE.

Pues Dios tiene cargo dellos,

Ellos ha de remediar (1).
Y estos que hora han padescido
Y viven en el tormento,
Podrá ser, porque así ha sido,
Que nuestro Dios sea servido
De alumbrar su entendimiento.

Y esotros que á su pensar
Ya están de piés en el cielo,
Sepdrán bien engañar;
Porque suele así rodar
La rueda de aqueste suelo.
Y por tanto, les diréis
Que su hora no es cumplida;
Que siendo, allá me ternéis,
Y haré lo que quereis,
Que es acortaros la vida.

Y en este medio, esta gente
Viva conforme á razon
Y muy católicamente;
Pues el alto Omnipotente
Los unió con tal union;
Y este consejo les dó:
Que amen mucho á sus mujeres
Así como Cristo amó
A su Iglesia, y la dotó
De tantas joyas y haberes.

¿Qué saben si por pasar
Esos trabajos y penas,
Que mujeres suelen dar,
Es camino de librar
Sus almas de las cadenas?
Y todas esas dolencias
Que las mujeres hoy tienen,
Las tomen en penitencias,
Pues saben que son herencias
Que de Eva, su madre, vienen:

Alaben al Soberano,
Pues al yugo se ofrecieron,
Que Dios sabe bien, hermano,
Cuál es lo bueno y lo sano,
Sino que no lo entendieron.

SAN AUGUSTIN.
¡Oh, cómo estoy espantado
De ver la riza que hace
El demonio en este estado,
Habiéndole Dios dotado
De bienes, porque á él le place!

Mas tú, demonio, barrenas
Los corazones conformes;
Los desquicias y enajenas,
Por obligarlos á penas
Con tus pecados inormes.
Dios por su bondad tamaña
Los trae al conocimiento
De su Iglesia y su cabaña,
Primero que tu guadaña
Los siegue por el tormento.

ÁNGEL.
Miren bien, si no miraron,
Con gran aviso y cuidado
Cuántos santos se salvaron,
Yaquellas sillan poblaron
En este tan sancto estado.

SAN FRANCISCO.
Mujeres, obedeced
Contino á vuestros maridos,
Y muy sujetas les sed;
Guardaos, guardaos de la sed
Destos tres falsos perdidos.

Mirad que sois muy ligeras
De caer, si tropezáis;
Y los trajes y maneras
Enmendad, que de ramerás
Muy poco os diferenciáis.
De joyeles y tesoro,
Pues Dios servido no es,
Huid; que todo es un lloro,

Y desas cadenas de oro
Sean libres nuestros piés.

En el hábito ataviado,
Con vergüenza y con prudencia,
Cual conviene á vuestro estado
Os pondé, porque os es dado
Y desto teneis licencia.
Mas las sedas y brocados,
Margaritas, no os dé pena;
Dejaldas, y esos cuidados
Desos cabellos crinados,
Pues sant Pablo los condena.

Porque aquesas hermosuras
De cabello que os nacieron,
No fueron para locuras,
Sino para coberturas
De las carnes os las dieron.

SANTO DOMINGO.
Tambien vosotros, maridos,
Tened siempre miramiento;
No seáis descomedidos
Con ellas, pues que ya unidos
Fuistes con tal sacramento.

Sufridas, pues que entendeis
Que teneis malos procesos
Si otra cosa acá haceis;
Tambien porque ya sabeis
Ser hueso de vuestros huesos.
Mire bien aquel que amare
Su mujer, que á sí se ama;
Si acaso la desamare
Sin causa y la maltratare,
Sepa como á Dios desama.

¿Quién es aquel que aborresce
Su mesma carne, deci,
Y á sí se desfavorece?
Sin dubda que me paresce
Que es peor que infiel aquí.
La limpieza muy entera
Se guarde en la mesa y lecho:
Sant Pablo de esta manera
Dice: « Quien llega á ramera,
»Un cuerpo con ella es hecho.»

Pues, hermanos y casados,
Servi á Dios; pues que se inferen
Tantos bienes no pensados,
Que son bienaventurados
Los que en el Señor murieren.

CANTO DE LOS ÁNGELES.
Beati mortui qui in Domino moriuntur.

ESCENA XII.

VIUDA, MUERTE, SATANÁS, CARNE, MUNDO.

MUERTE.

¿Quién es la matrona honrada?

VIUDA.

Soy una triste viuda
Que poco tiempo ¡cuitada!
Tuve nombre de casada.
Por tu guadaña tan cruda.
Que me robaste un marido
Como unas flores de mayo,
Tan gallardo, tan polido,
Qu'en pensallo, mi sentido
Se aflige, y luego desmayo.

MUERTE.

Quírote ora preguntar
Me saques de ciertas dudas.
¿Entienden en engordar
Sus cuerpos y triunfar
En el mundo las viudas?

VIUDA.

¡Ay dellas desventuradas,
Que no siento á qué nacistes,
De todos desamparadas,

Solitarias, apartadas,
Mas que la tórtola tristes!

¿En qué justas y tornéos,
En qué toros, juegos, cañas,
Qué perlas, qué camafeos,
Qué aparatos, qué arreos
Os han visto, y qué compañías?
¿Qué músicas, qué danzar,
Qué brocado y qué vestidos?
¡Dolor del vuestro ajáur!
Un pesar y otro pesar
Contino por los maridos.

Tras estar siempre al rincón
En perpetuo encerramiento,
Cual conviene, y es razon,
Si os ven comer un capon,
Luego os dicen que son ciento.
Con nadie nunca embarazo,
Ni un convite, ni un banquete;
Si alguno os lleva del brazo,
Cada cual muerde un pedazo,
Y tras esto un sonsonete.

El rostro tan maltratado,
Tan lijoso de contino,
Tan oriniento, estragado,
Que para que sea mirado
No basta ingüento cetrimo.
¿Qué piden á las mezquinas
Sino que tras no comer
Sino lágrimas continas,
Os dirán que, son gallinas,
Y no falta que roer?

Todo el mundo os atalaya
Con mil ojos, y está á ver
Si pasáis de aquella raya,
Y qué manto, toca y saya
Traéis y poder traer.
No sé ¡triste! qué mal fué
El vuestro, tristes cuitadas,
Y lo peor desto sé
Que donde poneis el pié
Dicen que haceis pisadas.

Tenemos reputacion
De muy ricas las viudas,
Y cierto tienen razon,
Porque todas ricas son
De angustias y penas crudas.
Todos nos querrian sorber
Las haciendas en un rato;
¡Oh viudas! pues ¿qué ha de ser
No pudiéndo defender
De tantos lobos y trato?

¡Ay del solo si cayere!
¡Oh ley excelente y tierra!
Que otra mejor no se espere,
Donde si el marido muere,
La mujer con él se entierra.
Pero, en fin, pues la mohina
Nos sigue y ha de seguir,
Aunque nos busqueis ruina,
« ¡Viva, viva la gallina! »
Suele el vulgo acá decir.

Señora, pues conociendo
Las viudas tan doloridas,
Que en este mundo viviendo
Continuamente muriendo
Han de vivir y afligidas,
Llenas de murmuraciones,
Que no se podrán valer,
Sin dar ellas ocasiones,
Aquestas sus peticiones
Tú las quieras conceder.

Que del Dador de los dones
Alcances, por su clemencia,
Les dé tales corazones,
Que sufran las aflicciones
Deste mundo con paciencia.
De otra suerte es imposible
Que Satán, con rabias crudas,
Pues somos gente movable,

(1) Falta un verso para completar la quinta.

No haga estrago terrible
En estas tristes viudas.

MUERTE.

Viuda, vos teneis razon,
Por lo cual yo pediré
Al Señor de corazon
Que esa vuestra peticion
Se os conceda y que se os dé.
Pero mirad que en el mundo
Estais tan mal infamadas,
Que ya no teneis segundo;
Y acuérdeseos que hay profundo
Para las almas cuitadas.

Procurá de os apartar
De aqueos vicios carnales,
Dese comer y tragar;
No engordéis para engordar
Esos perros infernales.
Catad que tienen gran hambre
De vuestras almas comer
Aqueste maldito enjambre;
Huid de tal vedegambre,
Renegá deste placer.

¡Ea, viudas, avisad!
Y si pensais abrasaros,
De mi consejo os casá;
Porque mejor os será
El casaros que el quemaros.
Decidles que á la gloriosa
Viuda, Paula la Romana,
Sigán como generosa;
Que en el cielo está hermosa
Como la clara mañana

A Judit y su nobleza
Imiten, pues testimonio
Se dará de su limpieza,
Que con tanta fortaleza
Descabezó aquel demonio.
Abracen la honestidad,
Y esos vicios y palacios
Se escusen por caridad,
Pues no tienen libertad
De salir á los solacios.

Que ya veis que la gallina,
Que el refran increpa y clama,
Por andar se pierde aina.
Y si no saliera dina,
No mancillara su fama.
Mirad que en el corazon
Muy presto prende el venino;
Y sabed que es conclusioun
Que tarde saca el jabon
Las manchas del paño fino.

SATANÁS.

Parésceme que el intento
Destas cortes, asesores,
No ha sido ni fundamento,
Sino volar como viento
Nuestros amigos mayores.
Pues poco ha de aprovechar,
Si vosotros, Carne y Mundo,
No os quereis descuidar;
Porque yo las haré dar
Mil vuelcos en el profundo.

CARNE.

¿Cómo piensan de estorbar
Que la viuda tan lozana
Se ha de dejar de afeitar,
De mirar y remirar
Al espejo y ser galana?
Y estando sola en su lecho,
Que ha de dejar la cuitada
Mirando su blanco pecho,
De hacer lo que hobo hecho
El tiempo que fué casada?

Mal lo tienen entendido;
Créan que en aquese espejo
No se verán ni se han visto.

MUNDO.

Si ellas me hubiesen creído,

LUIS HURTADO DE TOLEDO.

Ya les he dado el consejo.

SATANÁS.

Muy mal conocen quien son
Las viudas de aquesta era;
Que la viuda y el capon
Dicen, por buena razon,
Que hablan de talanquera.

ESCENA XIII.

JUEZ, MUERTE, SAN AGUSTIN,
SATANÁS, MUNDO.

(Tañen las trompetas, y dice la Muerte.)

MUERTE.

Vos, según venis hinchado,
No me oísteis muchas veces.
¿Sois juez?

JUEZ.

Por mi pecado.

MUERTE.

¿De quién fuistes enviado?

JUEZ.

Señora, de los jueces.

MUERTE.

Esos jueces, pregunto,
Que decís que os enviaron,
¿Cómo viven? Que barrunto
Que pocos dan en el punto
Del cargo que se encargaron.

JUEZ.

Señora, están tan fundados
En admenistrar justicia,
Tan mirados, recatados,
Que no saben qué es pecados
De cohecho ni cobdicia.
Los pueblos tan bien regidos,
Que ya no hay quien dé querellas,
Los pobres tan favoritos,
Tan vestidos, mantenidos,
Que suben á las estrellas.

Los ricos tan só los piés,
Que no se osan desmandar;
No pretenden interés;
Y aun de lo que suyo es,
Lo mas suelen perdonar.
Ni quieren mas beneficios
De servir á Dios con ellos,
Y esto han por ejercicios.

SAN AGUSTIN.

Esos no buscan oficios,
Mas los oficios á ellos.

JUEZ.

Los negocios despachados,
Que no duran horas dos.
Los presos encarcelados
Antes son sueltos que entrados:
¿Una bendicion de Dios!
Las leyes bien entendidas,
Sin falsos entendimientos,
Ni mas cautelas traídas;
Las provisiones cumplidas,
Y reales mandamientos.

Los baldios, los ociosos,
De los pueblos desterrados,
Los renoveros tramposos,
Los perjuros revoltosos,
Cruelmente condenados.
Pues los perros noherniegos
¿Oh cuáles allá los paran!
Los blasfemos, los reniegos,
Los que acostumburan los juegos,
Con trabucos los disparan.

Las mujeres mundanales
A piedra menuda van
Por esos andurriales,
Porque no peguen los males
A los que sanos están.

Es tanta su retitud
Y tanto el placer de vellos,
Y tal su solicitud,
Que todos por su salud
Ruegan, y las vidas dellos.

En fin, qu'ellos son cuchillos
De los públicos pecados,
Si algunos hay, en punillos,
Porque no pueden sufrillos
Sin verlos desarraigados.
La república cristiana
¡Nuestro Señor sea loado!
Vive tan contenta y sana,
Que de aquella soberana
Juzgarás ser un traslado.

MUERTE.

Esos jueces, hermano,
Dioses se pueden llamar.

SATANÁS.

Mucho os vais del pié á la mano;
Veréis si le falta un grano.
O muchos mas al pesar.

MUERTE.

Por eso vos no cureis
De pedir cosa, yo os ruego,
Porque todo lo teneis,
Y esto les responderéis:
Juez, tirad de aquí luego.

Porque gente que ha vivido
Según lo que habeis propuesto
En los cargos que ha tenido,
El gran Señor es servido
Que se le dé todo el resto.

SATANÁS.

Y vos, Mundo, no sabeis
Quien son allá los jueces,
Pues que bien los conoceis,
Sus rapinas entendeis,
Sus cohechos y dobleces.

MUNDO.

¡Oh, quién osase hablar
Y decir aquí su mengua!
Mas es para no acabar;
Y por no los avisar,
Mejor es callar la lengua.

SAN AGUSTIN.

¡Ea, jueces, tened rienda;
Y mirad bien y entendid
Que nuestro Dios no se ofenda,
Y en lo pasado haya enmienda,
Que os mira Dios, me creed.

Senti que estais en el grado
Del Alto Juez, do estais,
Y que os será demandado
Cada cuatrin y cornado
Que malamente llevais.
Mirá que el Juez verná
A juzgar vivos y muertos,
Buena cuenta aparejá,
Porque yo os digo que allá
Están los libros abiertos.

Y no curés de pensar
Que habeis de echar al Juez
Que ha de venir á juzgar
Dado falso, ni engañar.
Avisa una vez y diez;
Que el que cuenta las estrellas
(Lo que no hacen los hombres),
Y sabe los cuentos dellas,
Y las llama á todas ellas,
Y á cada cual pone nombres;

Ese tiene la razon
Y cuenta de los pecados
Por muy muchos mas que son,
Para darles punición
O para ser perdonados.
¡Oh cargo grande y pesado
Para el que fuere tirano!
Y mejor fuera al cuitado

Que estuviera desollado
Que con la vara en la mano.

MUERTE.

Nadie, hermanos, se cautive
Destos bienes temporales;
Porque está aquí quien lo escribe,
Y de otra cosa no vive
Sino de hacer memoriales.
Guardaos desta gente perra,
Porque es grande su malicia,
Y á muchos mata su guerra;
Pues, los que juzgáis la tierra,
Amad siempre la justicia.

CANTO DE LOS ÁNGELES.

Diligite justitiam, qui iudicatis terram.

ESCENA XIV.

LETRADO, MUERTE, SAN HIERÓNIMO, SATANÁS.

(Tañen trompetas, y entra el Letrado.)

LETRADO.

Señora, yo soy letrado,
Y para que sean bien vistas
Nuestras causas, nuestro estado,
Sabrás que soy enviado
De los señores juristas.
Soy doctor allá entre nos,
Y sé bien los casos destos.

MUERTE.

Muy bien lo parece en vos,
Que venis, gracias á Dios,
Bien atestado de testos.

LETRADO.

Por derecho fundaré
Lo que te quiero decir,
Y por razón probaré
Que á letrados nunca fué
Bien que acortes el vivir.
Y para que lo que digo
Se demuestre con verdad,
Ves aquí luego el testigo
Baldo y Bártulo, tu amigo,
Ques gente de auctoridad.

MUERTE.

Letrado, no hables mas,
Porque ya yo te he entendido;
Y sepas cómo, de hoy mas,
Tu negocio á Satanás
Yo lo tengo remetido.
El será vuestro asesor;
Con él habeis d'entender,
Que os despachará á sabor.

LETRADO.

¡Triste de mí, pecador!
Mal pleito debo tener.

¿Qué es esto? ¿Qué puede ser?
No hay hombre que no se eleve;
¿Que mis letras y saber
No bastan á defender
Que la Muerte no nos lleve!
¿Cómo qué! ¿No me oirás
Solo un párrafo siquiera
Que apunta Baldo, y no mas?

MUERTE.

Dejaos ya de trasbarrás.—
Sacalde luego allá fuera.

SATANÁS.

¡Oh, mis amigos y amados!
No me amagueis con el cuerno;
Dadme aquí un par de abrazados;
Que si no hubiese letrados,
¿Qué sería del infierno?

LETRADO.

Para ser tan gran letrado,
Buen despacho llevaré
A los que me han enviado.

MUERTE.

No queráis ser porfiado.
¡Sus! tirad por vuestra fe.

LETRADO.

Pues los mis años mejores
Y hacienda, como hablo,
En vos gasté mis sudores,
Baldo y Bártulo doctores,
Todos id con el diablo.

SAN HIERÓNIMO.

Letrados, n'os tome antojo
De levantar testimonio
A las leyes; abrí el ojo;
Echad la barba en remojo,
Que os entienden los demonios.

Mirad que vais remetidos
A Satanás que os responda,
Y que no os han dado oídos;
Porque teneis destruidos
A muchos, no hay que se esconda.

ESCENA XV.

MÉDICO, MUERTE, SAN FRANCISCO.

(Tañen las trompetas, y entra el Médico.)

MÉDICO.

A tí, atalaya, que estás
Puesta en las altas manidas
Mirando siempre do vas,
¿Cómo y cuándo segarás
Las vidas de nuestras vidas?
Sabrás que todo el Estado
De los médicos, á quien
El Señor tal gracia ha dado,
A estas cortes me ha enviado
Para darte el parabien.

Y á suplicar que levante
Su Majestad (lo segundo)
Sus ojos en este instante,
Y mire cuán importante
Es la medicina al mundo.
Y que deba ser tenida
Pruebanno con Salomon,
Que dice, y nos lo convida,
Que del sabio aborrescida
No debe ser, á razon.

Pues si decir les agrada
Que los antiguos romanos
La tuvieron desterrada
Seiscientos años, y echada
Al reino de los grecianos,
Digo que no lo entendieron,
Pues despues de echada ella,
Al fin la restituyeron,
Y en el grado la tuvieron
Que era razon ya tenella.

A las aves y animales
Pregunto: ¿Dió Dios virtud
Sin causa? Pues que las tales
Vemos tan medicinales
Para la humana salud.
Y por ventura ¿crió
El Señor yerbas y plantas
En balde, y tal virtud dió?—
No; mas allí remedio
Las enfermedades tantas.

¿No ves cuántos padescieran
Prolijas enfermedades,
Y por ventura murieran
Si médicos no entendieran
En buscar sus sanidades?
Si todo el mundo asolases
Y pensases de acabar
Que persona no dejases,
No era justo que tocases
En médicos, por su obrar.

Sin los médicos, Señora,
¿Qué valdria el mundo, di?

¿No se acabaria en un hora?
Pues estos piden ahora
Lo que es razon, y es así.
Que viendo el bien que rescibe
El mundo de que los tiene,
Y cuán á su placer vive;
Que decillo no se escribe,
Ni cuanto cumpla y conviene;

Que hasta que el mundo vaya
De un golpe terrible y grave,
Y aqueste artificio caya;
Que á tu puerto y triste playa
No los guies con tu nave;
Esto te pide por ellos,
Y aquesto causa cual quiere
Sino que les des tus sellos;
Porque llevalllos á ellos
Haz cuenta que el mundo muere.

Y tenles siempre afición,
Que yo te digo, y te fundo,
Que lo verás por razon,
Que estos son el corazon
Y el alma de todo el mundo.

MUERTE.

Amigo, luego camina,
Y no quieras mas tractar
En esta tu medicina;
Que sepas que me amolina
Oírte en ella hablar.

Diles que pues desbaratan
Todo este mundo á remate
Con sus purgas, y maltratan,
Que de cuantos ellos matan,
Justo es que yo los mate.
Que á un triste porque mató
Por desastre otro varon,
Luego en horca padesció,
Y ellos matan mas que yo;
Y que vivan no es razon.

¡Oh si supiesen hablar
Los templos y monesterios,
Y cómo podrían contar
Deste sangrar y purgar
Grandes cosas y misterios!
Bien á su salvo repican
En su sangrar de la vena,
Con que tanta multiplican;
Pues acá sabrán si aplican
Lo que les manda Avicena.

Y decides que Satán
Les curará aca sus males,
Que ya rabia como un can,
Y tambien les mostrarán
A revolver orinales.
Y entonces podrán decillos
Que se curen á si mismos,
Cuando vieren sus castillos
Minados, y ellos con grillos
Lanzados en los abismos.

MÉDICO.

¿Así tratan á los tales
Que aprenden la medicina
Para remediar los males!
Derreniego de orinales
Y de ciencia tan malina.

SAN FRANCISCO.

Médicos, en el sangrar
Tened livianas las manos;
Que suele mil voces dar
La sangre, y á Dios llamar,
Que sacais de sus cristianos.

Renegad deste dinero
Que tan amargo os será
En aquel día postrero
Que el Médico verdadero
A cada cual curará.
Mirad que de las naciones
Su rescate, como es visto,
No fué de sangre efusiones

De becerros y cabrones,
Mas de la propia de Cristo.

Nadie suba en esa rueda
Mal segura y malhadada.
Porque no es fija ni queda.
Desechen esa moneda
Que con sangre fué mezclada.
Deci, enemigos de Dios,
¿Qué cruel carnicería
Es esta que anda entre vos,
Que, uno á uno, y dos á dos,
Asolais la monarquía?

Médicos desventurados,
Pues veis que la medicina
No entendeis, ni sois letrados,
¿Por qué traéis engañados
A tantos, gente malina?
¡Oh, Hacedor de las gentes!
Dime, Rey tan sin segundo,
¿Cómo sufrés y consientes
Tantos males tan patentes,
Tanto homicida en el mundo?

ESCENA XVI.

LABRADOR, MUERTE, CARNE, SAN
AUGUSTIN, SATANÁS, SAN HIE-
RÓNIMO.

(Tañen las trompetas.)

LABRADOR.

¡Santo Dios! esta es la muerte:
Todo en vella me confundo.
Bien me dijeron tu suerte,
Que solamente de verte
Espantabas todo el mundo.
La noche, cuando es oscura,
Es ante mí muy hermosa.
¡Oh, qué fea criatura!
No parezca tu figura
Sino estantigua espantosa.

El norte con sus cuadrillas
No te podrán volver clara;
¡Qué sembrada de mancillas!
¿Qué comida de polillas!
¿Quién te dió tan triste cara?
¿Contigo he de negociar?
Antes me quiero volver.
¡Oh, qué angustia y qué pesar!
Ni yo te querría mirar
Ni por entre sueños ver.

MUERTE.

¡Oh, mezquino labrador!
Ven acá; no temas verme.
¿No eres tú procurador?

LABRADOR.

Si, Señora, y he temor;
Y ¡mía fe! querría volverme.

MUERTE.

Pierde, pierde esos temores,
Y dime ya tu embajada.
¿Quién te envía?

LABRADOR.

Labradores.

MUERTE.

¿Qué piden los pecadores?
Dímelo, que es gente honrada.

Estos, cierto, buena cuenta
De la ociosidad darán,
Pues no tienen otra renta,
Ni otra cosa los substenta,
Sino el trabajo y afán.
Que donde estos desdichados,
Pues sustentan los vivientes,
Habien de ser estimados
Y mas que todos preciados,
Son oprobio de las gentes.

Que estos les cogen el pan
Y los frutos que, Dios, distes
Con su trabajo y afán;
Y mal galardón les dan
Por buen servicio á los tristes.
¿Qué envían á demandar?

LABRADOR.

Señora, viendo que el año
Se les va todo en arar,
En sembrar, segar, trillar,
¡Un trabajo asaz extraño!

Y cuando á cogerlo vienen,
Deben mas que lo que cogen
Por las costas que mantienen;
Y por mas que lo retienen,
Hay muchos que los despojen;
Porque despues de pagado
Díezmos, terrazgo, soldadas,
Y rejas que han aguzado,
Mesegnero que ha guardado
Penas de bueyes ó entradas:—

Ellos quedan tan molidos
Como cibera, en verdad,
Y los tristes doloridos
Con todo no son creídos
Por su poca autoridad.
Y agora los miserables
Querrian ya descansar
De trabajos tan notables
En las sillas perdurables,
Si pudiesen alcanzar.

Vengo á ver si por ventura
En estas cortes se da
Remedio á su desventura;
Porque si mucho les dura
Tal trabajo, ¿quién podrá?

CARNE.

Como esta no es gente ociosa,
Vásenos de la redada;
Que aquí está toda la cosa.

SAN AUGUSTIN.

¡Oh, traidora de raposa,
Que aquesta es la vuestra entrada!

Por ahí entrastes vos
Con ese subtil ardid
Que tanto usais contra nos
Aquel servidor de Dios
El gran profeta David;
Por ahí males extraños
Nos han entrado encubiertos.
Digánlo los ermitaños
Si conocen tus engaños,
Do andan por los desiertos.

¡Pestífera ociosidad!
¿Qué no enlazar y destruyes?
Raíz de toda maldad,
Enemiga de bondad
Que en el infierno concluyes.

SATANÁS.

¿Quiés saber otros primores
Y otros géneros de caza,
Muy subtiles y mejores,
Con que cazo á labradores
Y no me echan calabaza?

Con esto de mal dezmar
Les he sabido las trechas,
Que siempre les hago dar
De lo mas sucio, y hurtar,
Y aun sin medidas derechas.
Y aqueso poco que dan
Continuo á regañadientes.

SAN HIERÓNIMO.

Así no alcanzan su pan,
Ni en su vida le ternán,
Mas que trabajos, ¿qué gentes!

¡Oh gentes desatinadas,
Que si acaso no os venciesen
Cobdicias desordenadas,
Las mas tenidas, preciadas,

Seriades que se viesen!
Ocupados todo el año
Al sol, al agua y al viento
Y á la nieve. ¡Oh, bien tamaño,
Si á trabajo tan extraño
De paciencia hay sufrimiento!

Grandes eran los favores
Que por vos se alcanzarían
Con paciencia, labradores,
Que esos afanes, sudores,
Por martirio pasarían.

MUERTE.

Amigo, decidles luego
Vivan conforme á justicia
Y imiten mucho, les ruego,
Como no pierdan el juego
Por carta de mas cobdicia.

Que el Señor ha bien mirado
Su trabajo acá en el suelo,
Y sabe que lo ha dado,
Y del lloro que han sembrado
Cogerán gozo en el cielo.
Consolaos ahora, hermanos,
Con aquel consuelo á quien
Dice Dios á sus cristianos:
Los trabajos de tus manos
Comerás, é iráte bien.

*Labores manum tuarum manduca-
bis, beatus es et bene tibi erit.*

ESCENA XVII.

DURANDARTE, PIÉ DE HIERRO, ru-
fianes; BEATRIZ, mujer mundana;
MUERTE, SAN FRANCISCO, CAR-
NE, SATANÁS, SAN JERÓNIMO.

(Tañen trompetas, y dice Durandarte.)

DURANDARTE.

¡Oh, Beatriz, la mi querida!
¿Qué ventura fué topar?
¿Dónde vas, loca, perdida?
Dame cuenta de tu vida.

BEATRIZ.

¿Sois vos, el mi Durandarte?

DURANDARTE.

Yo soy, que tuve continuo
Que te habia de topar
En este mismo camino.

BEATRIZ.

Siempre fuistes adevido;
Bien os pueden azotar.

DURANDARTE.

Dejémonos de razones,
Y dime aquí, chocarrera,
Dónde vas, que siempre pones
Al hombre en mil confusiones
Y en sospechas mas que quiera.

BEATRIZ.

¡Cuánta gana de burlar!
No es tiempo de ropa vieja.

DURANDARTE.

¡Por la Ostia... de la mar,
Si no me lo quíes contar,
Yo te dé entre ceja y ceja!

Si supieses con qué alhaja
Te topaste, á fe te asombres;
Que por tira allá esa paja
Ahora en cierta baraja
Te dejo muertos seis hombres.

BEATRIZ.

Vuestros hechos ¡ay mezquina!
Que siempre buscáis enojos,
Por tenerme á mi mohina:
(¡Cómo parla la gallina!
Y despues serán pifijos).

DURANDARTE.

¿Qué murmuras de mal arte?

BEATRIZ.

Digo que me maravillo
Cómo es vivo Durandarte,
Segun los que ha echado aparte
Y muerto á hierro y cuchillo.
Que á desdicha hay cimiterio
Que no conozca quien son
Tus tiros. Es gran misterio.
Eras señor de mi imperio.
(¡Guayas de vos, don Lebron!)

DURANDARTE.

Acaba de darme cuenta
De tu camino y jornada.

BEATRIZ.

Pues saberlo te contenta,
Sin que palabra te mienta,
Te la diré.

DURANDARTE.

Di, mi amada.

BEATRIZ.

Hermano, mientras te fuiste
Hogaño á segar gavillas,
Después que tú te vestiste
El centenario que hubiste
Labrado á mil maravillas;

Sabrás que por descargar
La Muerte ciertas querellas,
De que la suelen tachar,
Ha mandado pregonar
Ciertas cortes, y vo á ellas.
Porque todo aquel Estado
De las mundanas ahora
Me ha mandado y encargado
Que yo tomase el cuidado
De ser su procuradora.

Y así, le voy á pedir
Ciertas cosas de su parte.
No sé si me querrá oír.

DURANDARTE.

¿Quédate mas que decir?

BEATRIZ.

No mas, el mi Durandarte.

DURANDARTE.

Pues yo me quiero ir contigo;
Y si tarda en despacharte,
Yo te le daré un castigo.

BEATRIZ.

No digas tal, enemigo.

DURANDARTE.

Sepa quién es Durandarte.

BEATRIZ.

¡Sancto Dios! Y ¿con la muerte
Te has tú de tomar; que en vella
Tiembla todo el mundo y suerte?

DURANDARTE.

Y es mucho por complacerte
Poner las manos en ella?
No te pienses que me duermo;
Que aunque fuese al Taborlán
Y al diablo de Palermo,
¡Voto á tal! en este yermo
Los acometa, si están.

Hora que ando encarnizado
Y bañado en sangre humana,
¿Qué me resta, ni ha restado,
Sino seguir tras el hado,
Pues tan próspero es, hermana?
Mas ya sé que holgará
La Muerte de obedescer
Tu mandado, y le hará;
Mayormente si sabrá
Que me hace á mi placer.

Y si no todo será,
Si della no te recelas,
Lievame contigo allá;

Y de un tajo allí do está

Le derribaré las muelas.
¡Oh, pese al reverberado!
Con esa loba hambrienta
Mortecilla! Y ¿ha pensado
Que nadie ha de ser osado
Podella hacer afrenta?

Déjame, déjame, hermana,
Que no vienen sin misterios.

BEATRIZ.

Contino tuviste gana
De andar por los cimiterios (1).

DURANDARTE.

Mal conoces la ribera.
Pues reniego y hago bascas
Si á la crúel carnícera
No os la hago...

BEATRIZ.

¡Sus! no muera.

DURANDARTE.

Dejémonos desas frascas.

BEATRIZ.

¿Quién es este?

DURANDARTE.

No te pene.

BEATRIZ.

Parésceme Pié de hierro,
Y sus mismas trazas tiene.

DURANDARTE.

Si confesado no viene,
El ha hecho muy gran yerro.

PIÉ DE HIERRO.

Gentil cosa es, Durandarte,
Sonsacar la amiga ajena,
Y traerla de aqueste arte!

DURANDARTE.

Pié de hierro, en toda parte
No os fundais, si en darme pena.

Algun día ha de romper
Las suelas el mismo diablo,
Y aquesto os hago saber.

PIÉ DE HIERRO.

No hay á qué fieros hacer,
Sino entendid lo que hablo;
No teneis bien entendido
Que esta mujer es mi amiga,
Y que yo la he mantenido
Tanto tiempo y defendido,
Aunque ella otra cosa diga.

Ven acá, desatinada,
¿Quién te dió el ropon de grana
Y esa marquesota alzada?

BEATRIZ.

¿Que quién me la dió? ¡Ay cuitada!
Quien de día y noche afana.

PIÉ DE HIERRO.

¡Oh, reniego de mujeres,
Y quien no os corta esas caras
Y os hace mil placeres!
Pero tú, fortuna, quieres
Que nos cuesten tanto caras.

Di, traidora, chocarrera,
¿Y aquesto me prometiste?
¡Plega á Dios que en la galera
Te vea yo, trapacera,
Que nunca menos hiciste!

BEATRIZ.

Andad, que nunca habeis sido
Hombre para me vengar
De mil injurias que he habido
Y por vos he recebido,
Que son largas de contar.

PIÉ DE HIERRO.

¡Oh descreo de taimadas!
Y este mandoble que aquí
Me atraviesa las quijadas,
¿Tambien negarás á osadas
Que no se me dió por ti?
De cuánto riesgo, trapaza,
Te he sacado (que esto peno),
Y hora dasme con la maza,
Parlando como picaza
Lo tuyo y tambien lo ajeno!

DURANDARTE.

Continuamente os preciastes,
Pié de hierro, en afrentar
Mujeres y deshonrar.
Bien parece que os criastes
Allá en algun muladar.
Ella es mujer muy honrada,
Y no es razon que de vos
Ni de nadie sea ultrajada;
Y si no, mano á la espada:
Averigüese entre nos.

PIÉ DE HIERRO.

¿Para vos espada yo?
Cierto, no teneis razon,
Que no lo acostumbro, no;
Que á los tales no les do
Sino palos, bofetón.

DURANDARTE.

¡Ay, ay, quién no conociese
Los lebrones, sancto Dios!
Que si por vos no me fuese,
¡Voto á tal! que yo os hiciese
Que me soñásedes vos.

PIÉ DE HIERRO.

Dejaos, dejados de razones
Y de fieros y anienazos,
Que á los tales fanfarrones
A coces y á bofetones
Los curo y á espalдарazos.

BEATRIZ.

¡Paz, paz! ¡Oh triste mezquina!
Aquí se han de hacer piezas.
¡Oh mujer que así camina!
¿Cómo tengo mala espina
Que ambos han de ir sin cabezas!

¡Paz, paz, señor Pié de hierro,
Durandarte, basta ya!
Contino fuisteis un perro;
Algun jubon ó destierro
Desta vez no faltará;
Pues que así queréis mataros,
Bien será volver la hoja,
¡Por vida del conde Claros!
La horca ha de apaciguaros;
Que esta es la que desenoja.

¿No mirais los fanfarrones?
¿Piénsanse que mucho peno
Por sus rencillas, quisiones?
Cuchilladas, bofetones
No duelen en cuerpo ajeno.
Vayan para majaderos,
Que enbadada ya me tienen;
Ellos sin blanca y en cueros,
¿Qué me quieren ó á qué vienen?

Está el palomar abierto,
Que siempre hay gente devota.
Yo querría saber cierto
Que los dos allí se han muerto,
Ó que honraron la picota.
Harto me tienen pelada
Y sin cera en los oídos.
¡Sus! andad, Beatriz Calada,
Date priesa á esta jornada,
Deja esos necios perdidos.

MUERTE.

Sin dubda, que al parescer
Y aun en vuestras cosas todas,
Que vos, honrada mujer,

(1) En esta quintilla se advierte la falta de un verso.

Pensais que venís á ver
Algunas fiestas ó bodas.
¿Qué es hora vuestra llegada?

BEATRIZ.

Señora, ¿sois vos la Muerte?

MUERTE.

Yo soy la no deseada,
La aburrida, la olvidada.

BEATRIZ.

¡Oh trago terrible y fuerte!

Oh gesto tan desgraciado,
Tan feo, triste y horrible!
¿Quién tan fea te ha parado?

MUERTE.

¿No lo sabes? El pecado.

BEATRIZ.

¿El pecado? Y ¿es posible?

MUERTE.

Por aqueste vine al mundo,
Que si no, nunca viniera.

BEATRIZ.

¡Oh dolor tan sin segundo!
Yo creo que en el profundo
No hay cosa de tu manera.

Pues dime, Dios que formó
Y es principio de las cosas,
¿A ti también no crió?

MUERTE.

No, hermana.

BEATRIZ.

Espantada estó
De cosas tan milagrosas.

MUERTE.

Pareces bien entendida;
Mas en esto has de pensar
Que vas fuera de medida.
¿Cómo! ¿El Autor de la vida,
La Muerte había de criar?

No, amiga, ni era razón,
Ni es cosa que satisfice,
Mas antes ten opinión.
Que no ama la perdición
De los hombres, ni le place.
Ni aun tampoco quies, Señor,
Por tu gran bondad aquí
La muerte del pecador,
Sino que con gran dolor
Se convierta y viva en ti.

Mas por la envidia de aquel
Mentiroso del Demonio,
Vine al mundo y estó en él,
Y hago estrago cruel,
Como ves por testimonio.
Y este es mi primero auctor,
Y de quien son mis mineros,
Y este falso engañador
Engañó como traidor
Aquellos padres primeros.

Y así los hijos quedaron
Obligados á la Muerte.

BEATRIZ.

¡Gentil herencia heredaran!
Mayorazgo que cobraron
Una desdicha tan fuerte.

MUERTE.

Mas, acortando carrera,
¿De quién fuiste ahora enviada?

BEATRIZ.

¿Y de quién? Espera, espera;
De *Sancha la Cumplidera*,
Que es mujer calificada.

Persona tan conocida,
Que bien la conocerás;
La pieza mas socorrida,
Que luego pone la vida
Por cualquiera, y lo demás.
Pues está, en nombre de aquellas

Matronas enamoradas,
Y de muchas mas con ellas.
Que son mas que las estrellas,
Y no pueden ser contadas...

MUERTE.

¿Qué piden esas lijanas?

BEATRIZ.

Que porque hora sus cuidados
Son en pararse galanas
En trepas y en saboyanas,
Marquesotas, verdugados,
En banquetes y en placeres,
Y en asestar bien la tez,
Como hermosas mujeres,
Que tú, Muerte, las esperes,
A que lleguen á vejez;

Y disimules con ellas,
Hasta qu'esta mocedad
Puedan gozar todas ellas;
Que hayas lástima de vellas
Morir en tan buena edad.
Que allá en el tercio postrero
De la vida enmendarán
Sus vidas muy por entero,
Y á su gran Dios verdadero
Prometen que servirán.

CARNE.

Sin dubda que es justa cosa
Su demanda, y que me agrada.
Por tanto, Muerte espantosa,
Concédele á esta hermosa;
No sea en balde su embajada;
Que, en fin, en edad madura
Y en la vejez es mejor,
Que no ahora mientras dura
Aquesta flor y frescura,
Que es hacerle sinsabor.

MUERTE.

Y por ventura, ¿hanles dado
Salvoconduto esta vez,
Fiebre ó dolor de costado,
O algun caso apresurado
Que llegarán á vejez?
¿Cuán descuidadas están
Estas tus tristes cativas,
Que por do quiera que van,
¿Qué saben si se echarán,
Y no amanecerán vivas?

Cuanto mas llegar á viejas,
Que es un caso tan dudoso.
Déjense desas consejas,
Y muden ya las pellejas,
Busquen seguro reposo.—
Y ¿ha gran tiempo que teneis
Todas esas servidoras
Por quien agora haceis?

BEATRIZ.

Señora, ¿ya no sabeis
Que vienen á todas horas?

Unas tengo de siete años,
Otras de veinte y de treinta;
Destas hay muchos rebaños.

MUERTE.

Y ¿no sienten los engaños
Hasta el tiempo de la cuenta?

BEATRIZ.

Están ya tan afirmadas
En mi servicio, creed,
Que, aunque á palos sean echadas,
Antes ellas traen bandadas
De otras muchas á la red.

Mas gente muere por ellas
Y mas sangre se derrama
Por año en servicio dellas...

MUERTE.

¡Oh desventuradas dellas,
Que tal tormento las llama!

SAN FRANCISCO.

Estas tristes no han mirado
Que no puede aprovechar
Ningun bien que hayan obrado,
Estandose en el pecado,
Sin se querer enmendar.

Aunque, en fin, para salir
Del pecado le aprovecha,
Tambien para retinir
Las penas que han de sufrir
Con Satán que las acecha.
Mas harta y gran amargura
Será de ver padecer
A la humana criatura
Que á su imágen y hechura
El Señor quiso hacer.

Adonde cualquiera pena
Que padezcáis; oh mundanos!
Sabed que será mas llena
De tormentos y cadena
Que no todos los humanos.

CARNE.

Amiga, si os acordais,
¿Ha gran tiempo que seguís
Mis pisadas y me amais?

BEATRIZ.

Señora, si vos mandais,
Diréoslo, pues lo pedis.

Por cierto, apenas habia
Siete años, cuando abrí
Tienda en cas de una mi tia,
Sancha, que es la que me envia
Y mandó venir aqui.

CARNE.

¡Oh qué pieza me has mentado,
Qué joya y qué realza!
A osadas, si se ha encargado
De algun negocio ó mandado,
Que no sepa qué es pereza.
¿Qué cabestro, que en un rato
Encierra cuantas queremos
De cuantas hay en el trato!
Ninguna llega al zapato:
En mucho acá la tenemos.
Qu'es como un coral muy fina.—
Ven acá, traidora; espera,
Sin dubda, que me da espina
Que tú eres una sobrina
De *Sancha la Cumplidera*.

¿No eres tú una Beatricea,
Discipula allá en su escuela,
Cuando eras muchachita?
Tu tia me sinifica;
Dime, ¿está ya vejezuela?

BEATRIZ.

Los días y esta jornada
No van en balde, y sus modos;
Sabrás, mi amiga y mi amada,
Que yo soy Beatriz Calada.

CARNE.

¿Y el sobrenombre?

BEATRIZ.

De Todos.
Sobrina é hija por cierto
De Sancha y de sus motivos.

CARNE.

Espera un poco, si acierto.

BEATRIZ.

Que mas mancebos se han muerto
Por su causa que andan vivos.
Es tan honrada y tan buena,
Y una tan bendita alhaja,
Que su muerte va me pena,
Que prende con su cadena
Como azabache la paja.

Vejezuela la ternán
Por cierto, que me parece,
Si bien la miran, dirán

Que en el agua del Jordán
Se lava y se remocece.
Verdad es que alguna cosa
Las pipas se le parescen;
Pero, en fin, está hermosa,
Alegre, fresca, vistosa,
Aunque las canas florecen.

Mas ya ves que los ladillos
Son capas de pecadoras;
A no tener amarillos
Los dientes y los carrillos,
Es muchacha á todas horas.
Y si por caso no fuese
Por el rascuño ó venera
De la cara, quien la viese,
Por cierto que la tuviese
Por de primera tijera.

¡Qué hospital es la cuidada
De todos los ventureros!
Sino que es desventurada;
Pocas veces tiene nada
Que falte á los caballeros.

CARNE.

¿Qué oficio tiene la triste?

BEATRIZ.

Señora, azafranar tocas.

CARNE.

¿Y de aqueso come y viste?

BEATRIZ.

No, que tambien allá existe
En granjerías no pocas.

Enrubia siempre cabellos,
Y á muchas quita las cejas,
Las frentes; tambien los vellos
Enubre á ellas y á ellos,
Y búscanla como abejas.
Tambien es gran lapidaria:
Confaciona solimanes;
Picase algo de herbolaria
Sobre todo; gran cosaria
De negocios de galanes.

Tambien entiende en curar
De mal de madre á mujeres,
Y en los niños santigar,
Con que suele interesar
Muchos presentes y haberes.
En su recámara hay cosas
Que es cosa de no acabar,
Segun son maravillosas;
Tantas yerbas ponzoñosas,
Que es difícil de contar.

Con los granos del helecho
¿Qué cosas suele hacer!
Y así le viene provecho;
Nadie vive satisfecho
Si no tracta tal mujer.
Hase dado mucho al trato;
Y así tiene una gran mina,
Y es muy honrado su plato.

CARNE.

Enfin, ella es un retrato
De la madre Celestina.

BEATRIZ.

¡Oh cuántas veces lamíó
La triste putrefaccion
De las horcas, y arrancó
Las fibras del que murió,
Con entrañas y pulmon!
De lucillos, sepolturas,
¡Ay cuántas noches sacó
Corazones y asaduras!
Con sus palabras oscuras
¿Qué demonios no encantó?

Pues ¡cuántos ojos sacó
Antes que las sucias aves
Viniesen, y arrebató!
Cuántas narices cortó
Para confaciones graves!

¡A cuántos niños, que estaban
A los pechos de sus madres,
En el punto que mamaban,
Cortó el hilo que llevaban
Con angustia de sus padres!

Todo su estudio y cuidado
Es saber y tener cuenta
Do halle algun ahorcado,
O por caso desastrado
Muerto á hierro ó en afrenta.
Es tal su astucia y poder
De palabras, no se crea
Que ha nacido otra mujer
Que eche gentes á perder
Como aquesta gran Medea.

Con los tuétanos cocidos
Al sol, de crucificados,
Toma placeres crecidos;
Los sepulcros ascondidos
Son della muy visitados.
Cualquier lazo ó atadura
Que cualquiera malhechor
Tenga al cuello, ella procura
Deshacelle en noche oscura
Con su diente roedor.

Mil veces haceabrazar
Los viejos contra natura
En amor con tal penar,
Que su dolor y quejar
Los lanza en la sepultura.
Las corrientes de los ríos
Hace tambien detener
Con sus grandes poderios;
Con sus yerbas y rocios
¿Cuántos hizo enflaquecer!

¡Ay, honrada y buena vieja!
¿Cuántos y cuántos jueces
Te quitaran la pelleja,
Si tú, hecha comadreja,
No te escaparas mil veces?
¿Qué pestilencia no mora
En tu palabra y maldad?
Y lo que mas hoy te dora,
Qu'eres aborrescedora
De toda luz, claridad.
¿Qué sol no enturbias y afeas?
Qué animales y intestinos
No tienes, buscas, rodeas,
Vestida de tus libreas
Y caballos serpentinos?
Qué ave noturna habrá,
Qué abubilla ni cuquillo
Que no te conozca ya?
Qué muerto no temerá
En su sepulcro y lucillo?

¿Con qué fuerza tan atroz
Jarreta brazos no tiernos!
¿Con qué furia tan feroz
Cuando clama con su voz
Hace temblar los infiernos!
Nunca la diosa Belona
Con sus azotes mortales
Así atormentó á persona
Como aquesta gran leona
Castiga los infernales.

Drogas, raíces y plantas
Suele en su casa vender.

CARNE.

Muy larga me la levantas

BEATRIZ.

Señora, búscanla tantas,
Que no se puede valer.
Y como es gran labrandería,
Siguen siempre sus escuelas
Gente de toda manera.
Por desdicha saldrá fuera
Sin tres ó cuatro mozuelas.

Cierto no estima en dos pajas
Criar docientos capones,
Que no son malas alhajas,

Con no mas de las migajas
Que sobran de colaciones.
Tanto diacitron sobrado,
Que da fastidio á los dientes,
Pues con solo el confitado
Y mazapan olvidado
Paga á todos sus sirvientes.

Si no tuviese embarazos,
Que siempre á mil hitos tira,
El oro ternia á pedazos;
Mas uno tiene en los brazos,
Y por otros cient sospira.

CARNE.

Cuánto he holgado de oír
Sus nuevas y sus leyendas,
No te lo puedo decir;
Pues ya que te quies partir,
Dale allá mis encomiendas.

Procura de la avisar
Que se huelgue como suele,
Y que no tome pesar;
Porque eso se ha de llevar
Cuando deste mundo fuere.

MUNDO.

Amiga, quiero abrazaros.

SATANÁS.

Pues no perderé yo el mio.
Por allá iré á visitaros:
Ya sé donde he de hallaros;
Haced como en vos confio.

SAN JERÓNIMO.

¡Oh tú, hombre, á quien Dios quiso
Criar para el cielo eterno!
Huye la mujer, te aviso,
Que si al ojo es paraíso,
Para el alma es crudo infierno;
De las bolsas purgatorio,
Digalo aquel que lo pruebe,
Deleite mas transitorio,
Un tósigo y mortüorio,
Que mata á aquel que lo bebe.

MUERTE.

Mujeres, no déis lugar
A deleites en el suelo.
Dejaos ya dese afeitar,
Porque yo suelo quitar
La tez muy al redropelo;
Y porque desas locuras
Os quiteis tan peligrosas,
Veis aqui las hermosuras,
Los colores y blancuras
De dos infantas hermosas.

(Aqui muestra dos calaveras.)

Conocémlas si son
Blancas ó negras aqui;
Dadme aqui cuenta y razon
De su matiz, presuncion;
¿Qué se hicieron? decli.
Mirad toda la frescura
Si ha escapado de mis manos,
Aunque sea de mas altura;
Y la falsa hermosura
Si la comieron gusanos.

ESCENA XVIII.

HERÁCLITO, filósofo triste; DEMÓ-
CRITO, filósofo alegre; MACERO DE
LA MUERTE, MUERTE, SAN AU-
GUSTIN, SATANÁS, CARNE.

(Tañen las trompetas, y dice el Macero.)

MACERO.

Señora, aqui son llegados
De largas tierras y vias
Dos hombres calificados,

Filósofos y letrados,
Que habíalllos holgarías.

HERÁCLITO.

En la provincia de Atenas,
Do la inclita y famosa
Academia tiene llenas
De tantas virtudes buenas
La gente y tan caudalosa,

Supimos cómo has llamado
A cortes á los estados
Para cosas de tu Estado;
Y viéndolo pregonado,
Venimos apresurados.
Y puesto que estotras gentes,
Segun tenemos creído,
En cortes tan eminentes
Muchas cosas diferentes
De aquestas habien pedido:

Que unos te pedirían
Vidas seguras y estables,
Para ver si gozarían
Las riquezas que tenían
Caducas y deleznales.
Otros, años y largura,
Para gozar muy aprisa
De los dotes de Natura,
Y la fea hermosura,
Cuyo remate es la huesa;

Mas nosotros otro intento
En estas cortes llevamos;
Visto aquel gran perdimiento
Del mundo y corrompimiento,
Por otro norte tiramos.
Pues á lo que soy venido
Te quiero, Muerte, contar.
Todo el tiempo que he vivido,
Sobrás que ha sido un gemido,
Un planto y un sospirar.

Un afligirme y matarme;
Y véngote á suplicar
Que mas tiempo quieras darme
Para que pueda bártarme
De planir y de llorar.

MUERTE.

Hombre, ¿quién eres? te pido,
A quien la tristeza y planto
Tanto aplice con gemido.

HERÁCLITO.

¡Cómo!; ¿que no has conocido
A Heráclito! Yo me espanto.

El que en lugar de placer
Tiene siempre desconsuelos
Y angustias, puedes creer.

MUERTE.

Ya te quiero conocer,
Que eres el gran *Llora-duelos*.
¿No eres tú aquel que escribí
Aquel libro tan oscuro,
Que ninguno lo entendió;
Heráclito, el que nació
En Efeso de alto muro,

Ciudad grande, edificada
Por aquellas amazonas
En la Jonia, tan nombrada,
Y que siempre fué habitada
De tan sublimes personas;
Y aquel, que el filosofar
Ha tenido por tesoro?
Mas te quiero preguntar
Que me quieras declarar
La causa de tanto lloro.

HERÁCLITO.

Causas de aqueo á manos
Las daré, y tan suficientes,
Si no recibes enojos,
Que los mortales sus ojos
Convirtan en vivas fuentes.
¿Quién no terná pesadumbre
Y dará cient mil gemidos

Viendo el mundo en tal costumbre,
Los malos tan en la cumbre,
Los buenos tan abatidos?

Quién no gime y se alborota,
Y siente tamaño mal,
Ver la cosa tan de rota,
Que de un bestial idiota
Se haga tanto caudal?
Pues ¿ver la felicidad
Puesta toda en las riquezas
Caducas de vanidad,
Y aquella captividad
De los vicios y torpezas?

En tus cortes y justicia
Reforma el fuero y decretos
Del mundo, cuya malicia
Nos lleva tras su cobdicia,
De nuestro grado sujetos.
Da favor al albedrio,
Que en su libertad se esfuerce
De su franco poderio,
Reprimiendo el señorío
Del uso que así nos tuerce.

Sojuzgue con la razon
El alma los incentivos
Del cuerpo, en cuya ocasion
Nos trae en libre prision
De sensualidad captivos.
Usen ya de sus oficios,
Voluntad, seso y memoria,
Retrayéndose los vicios,
Porque en buenos ejercicios
Virtudes hayan victoria.

El tiempo que prosperada
Reino la saneta virtud
Con honra gratificada,
De muchos fué ejercitada
Con muy gran sollicitud.
Mas ya desfavorecida
Deste siglo en esta era,
Por mal uso aborrescida,
Con ultraje es abatida,
Y el vicio reina y prospera.

Donde es mucho de doler
Que el uso de los mortales
Tenga tal suerte y poder,
Que haga haber y tener
Los que son bienes por males;
Humildad por gran vileza,
Por injuria el perdonar,
Templanza por escaseza,
Caridad por gran bajaça,
Fe por opinion vulgar.

Doctrinal filosofia
Por locura y cosa vil,
Bondad por hipocresia,
Mansedad por cobardía,
La piedad por feminil.
Por afrenta la paciencia,
Lealtad por necedad,
Por ultraje la obediencia,
Por escarnio la conciencia,
Que tienen fin á bondad.

Soberbia, gula y blasfemia
Por partes de gentileza,
Que el uso casi depremia,
Nos muestra como academia,
Do tal doctrina se veza:
Convirtiendo la razon
En lascivas y lujurias,
Y el saber en inflacion,
Y el esfuerzo en contencion,
Y el poder en las injurias;

La memoria en las pasiones,
El ingenio en los engaños,
Las humanas aficiones
En dañadas intenciones,
Procurando ajenos daños.
Las vivas habilidades
En muertas obras mundanas,
Las chicas necesidades

En grandes superfluidades,
Siguiendo opiniones vanas.

Do el honesto es encogido,
Ufano el desvergonzado,
Y el vano favorecido
Se estima por bien sabido,
Por nescio el cuerdo callado;
Y en sus iras el furioso
Loado por varonil,
Y el altivo desdeñoso
Juzgado por valeroso,
Y el humano por cevil.

Donde es el sabio prudente
Desgraciado y sin sabor;
Como cosa impertinente
No se sufre entre la gente,
Si no fuere mofador
Que escarnezca de quien siga
La doctrina razonable;
Cuyo aviso nos castiga
Que se escriba y no se diga,
Que se usa y no se habile.

Vale lo que va de hecho;
La razon pisan los piés,
Que con tal uso conrecho,
Tuerto va quien va derecho,
Pues el mundo va al revés.
Porque en su filosofia
Virtudes son los extremos:
Trátase mercadería
De vicios por granjería;
Pues que ganan, segun vemos,

Los indignos dignidades,
Los dignos quedan sin ellas,
Los injustos potestades,
Los justos necesidades,
Sin justicia en sus querellas.
Robadores tribunales,
Fieles por los rincones,
Mercedes los desleales,
Malos, bienes temporales;
Buenos, males y alicciones.

Traten pues, así trocados,
Los seglares de los hinos,
Los frailes de los juzgados,
De las flotas los perlados,
De conciencia vizcainos.
Los hombres usen espejos,
Mujeres rijan la tierra,
Los mozos den los consejos,
La gala sigan los viejos,
Y estos hagan ya la guerra.

Los vicios son aprobados,
La virtud no se consiente;
Ya se excusan los pecados,
Diciendo que entre culpados
Es crimen ser inocente.
Donde ya se favorece
Con su colorada excusa
Quien de vicios se guarnece;
Porque lícito parece
Lo que en público se usa.

Dejo aquella desventura
De los pecados allá,
Puesta en la cumbre y altura,
Y toda sobre locura
Tan fundada como va.
Mas ¿qué corazon de hierro
Nadie terná ni tendria,
Si no fuese mas que perro,
Que no quebrante el destierro
De las virtudes hoy día?

Fe, Caridad ni Justicia
Nadie pregunta por ellas;
Hurtos, logro y avaricia,
Adulterios y cobdicia,
Estos reina y sus centellas.
Aqueella amistad y pompa
Que tienen con los pecados
¿Hay aire que no corrompa?

Hay corazón que no rompa
En verlos tan enfrascados?

¿Quién de tanta perdición
De tan gran desfrenamiento
No gime y ha compasión?
¿Quién no suelta el corazón
Sospirando de ciento en ciento?
¿No ves la mentida fe
Del hijo al padre, y ninguna?
Pues ¿cómo te contaré
Sin lágrimas, y diré
La ambición desde la cuna?

¿Dónde irá este desdichado
Heráclito, que no pene,
Cuando viere condenado
Al justo, y al reprobado
Que no haya quien le condene?
¿Quién podrá tomar consuelo
Viéndose en tan gran abismo;
Ver que nadie tenga celo
A la palabra del cielo,
Que es conocerse á sí mismo?

¿Qué es de aquella religión?
¿Qué es de aquel tiempo pasado?
¿Qué es de aquella perfición?
¿Qué es de aquel santo Catón
Columna de aquel Senado?
¿Oh, tiempo lleno de vicio,
Siglo nefando, corrupto,
¿Cómo sacaste de quicio
La pobreza de Fabricio,
La severidad de Bruto?

La honestidad y prudencia
De Pitágoras, que vemos
Perdida, y la continencia
De Sócrates y clemencia,
¿Adónde las hallaremos?
¿Oh, Cleóbulo, que dijiste
Que de todos los estados
En el mediano consiste
La virtud! ¿Por qué quisiste
Dejarnos desamparados?

Y tú, Solón, que mandaste
Mirarse el fin de las cosas,
Dinos ¿por qué te apartaste
De las gentes que dejaste
Entre rabias tan rabiosas?
Periandro, que al furor
Mandabas poner la rienda,
¿Cómo no hobiste dolor
Hacer tan gran disfavor
Al mundo? No hay quien lo entienda.

¿Y los demás que desprecia
La gente por cosa vana,
Y de quien su madre Grecia
Tanto se jacta, y los precia
Como á cosa soberana?
Mas ¿qué digo? Muy mejor
Fué que tú los atajas
Los pasos, y mas favor;
Porque en mundo tan traidor
Y malo no los dejases.

Porque, dime, ¿qué sintieran
Aquestos que eran las cumbres
Del mundo, si ahora vieran
Lo que pasa, y entenderían
Tal corrupción de costumbres?
¿Si vieran qué enhechizados
Tiene este mundo á los hombres,
Qué dormidos, qué encantados,
Con género de pecados
Que apenas les sé dar nombres?

¿Si vieran cuántos maltratan
Ira, lujuria, avaricia;
Y qué gentes desbaratan,
Y cuán pocos se desatan
De los que ata esta codicia!
¿Es posible que esperaran
A que, Muerte, tus saetas
Atilaran ni aguardaran?—

No, cierto; que antes tomaran
Crueles muertes secretas.

Y tuvieran por reposo
La ponzoña y el morir
Con ánimo generoso;
Que mal sufre el virtuoso
El vicio, te sé decir.
¿A quién dejarán dormir
Los sospiros de los pobres,
Que el cielo quieren hundir,
Y no hay quien quiera partir
Sus oros, platas ni cobres?

¿Quién hay que quiera mirar
Las cosas de las viudas,
Si no es para despojar,
Repelar, descañonar?
¿Oh, tiempo, si no te mudas!
Pues ¡oh furias infernales!
Apareja en el profundo
Nuevos tormentos, iguales
Que se igualen con los males
Que ha inventado ahora el mundo.

Porque ¿quién vió los manjares
Que buscan de cada día,
Sin dejar tierras y mares;
Y aun son pequeños lugares,
Segun su gran glotonía?
¿Oh, Epicúrio, cuántos hallo
De tu opinión! Y respondo
Que mejor será callarlo,
Pues no puedo remediallo,
Porque toca muy en hondo.

Mas, gente desvariada,
¿No veis un mal sin segundo,
Que por la gula malvada
Fué la tu primera entrada,
Muerte, á destruir el mundo?
¿Siglos bien aventurados,
Edad dorada y sin males,
Que por los nuestros pecados
No permitirán los hados
Que mas te vean los mortales!

¿Dichosos los que gozaban
De los manjares terrestres,
Y otras cosas no buscaban
Mas de aquel fruto que daban
Esos árboles silvestres!
Entonces unas cabañas,
Y no de grandes espacios,
Bastaban á sus compañías;
Y ahora ¿á quién las entrañas
No quiebran tales palacios?

¿Quién trajo al mundo, me di,
Jaspes, pórfidos, musáicos,
Ni esos mármoles que vi,
Cosa que jamás oí
En griegos, sirios ni hebraicos?
Pues los vasos cristalinos,
Ni el marfil, ni esa lujuria
De púrpura y paños finos,
Dime, tú, ¿qué desatinos
Son los del mundo y su injuria?

Aquí verás la ventaja
De nuestra tierra y medida,
Que hay muchos sin mas alhaja
Que en una cuba ó tinaja
Vivieron toda la vida;
Mas acá torres subidas
Con los escudos á cargas,
De bestiones guarnecidas,
Como si (1) acaso las vidas
Dejases tú ser muy largas.

Pues mira, Muerte, si sobran
Razones para llorar
Por tantos males como obran,
Y perder lo que no cobran,
Que es el tiempo á mas andar.
Y pues que no hay quien apruebe

Las obras de retitud,
Contra si comete alevé
Quien hoy hace lo que debe,
Ni tiene fin de virtud;

Si por ella espera y piensa
D'este siglo el que bien hace
Gozar otra recompensa
Sino aquella parte intensa
Que á sí mesma satisface.

MUERTE.

Paréceme, bien mirado,
Que tú has tomado la mano,
Como hombre muy lastimado,
Llorar la desdicha y hado
De todo el linaje humano.

DEMÓCRITO.

Yo, Señora, pues, no quiero
Partirme, que no es razon,
Sin darte cuenta primero
De mi vida, y aun espero
Que harás mi petición.
Y porque tengo creído
Que por las muestras que trayo
Me ternás ya conocido,
No te digo mi apellido,
Ni mi provincia ni ensayo.

MUERTE.

En tu traje y tu manera
Me parece que te vi,
Pero no con tal ceguera.

DEMÓCRITO.

Demócrito soy, de Abdera,
En Tracia, y allí nasci.

MUERTE.

Háceme desatinar
Tu ceguedad y figura.

DEMÓCRITO.

Yo me cegué, has de pensar...

MUERTE.

¿Por qué, di?

DEMÓCRITO.

Por contemplar
Los secretos de Natura.

Y tambien por no ver ya
Mas locuras, mas enojos
En el mundo, y cuál está
Y siempre mas estará,
Acordé d'estar sin ojos.

MUERTE.

Alabo tu perfición.

DEMÓCRITO.

Mas quiero mi ceguedad
Que no ver la perdición
De los que en el mundo son,
Ni su pompa y vanidad.

Porque siendo ellos capaces
Para las cosas divinas,
Así se me caen las haces
De ver cuán á sus solaces
Viven entre estas espinas.
Y piensan que hácia el cielo
Les fueron dados los ojos
Tan en balde ¡oh gran consuelo!
Si quitasen aquel velo
De marañas, trampantojos.

Y cómo podrien mirar
Aquella grande armonia
Celestial, y contemplar,
Y al Hacedor alabar,
Que tal artificio envia.

MUERTE.

No me dejes de decir
Tu oficio; que es muy gustosa
Tu historia y aun para oír.

DEMÓCRITO.

¿Mi oficio?—Solo el reir.

(1) La edicion dice : como que acaso.

MUERTE.

¿El reir?

DEMÓCRITO.

Y no otra cosa.

MUERTE.

Y ¿qué, nunca te faltó
Materia para reírte?
Sin dubda, espantada estás.

DEMÓCRITO.

El tiempo es el que huyó,
Y aqueso vengo a pedirte.
Que materia, has de pensar,
Hay tanta, y tan apacible
Para reír y holgar,
Que es cosa de no acabar
En mil años, y es posible.

MUERTE.

Dígame que si aportases
A Tesalia (y desto avisa)
Que mucha gloria alcanzasen,
Porque allá les celebrases
La fiesta al dios de la Risa.
Deseo mucho saber
Qué es lo que allá entre las gentes
Te da mas risa y placer.

DEMÓCRITO.

Yo te lo daré a entender.

MUERTE.

Ruégote que me lo cuentes.

DEMÓCRITO.

Ríome de muchas cosas
Que te podrán dar placeres,
Mas las que son mas sabrosas,
Mas risueñas, mas gustosas
Son las cosas de mujeres.
Que destas yo te prometo
Que hay tanto de qué reír,
Que a no les tener respecto
Por serles algo sujeto,
Tuviera bien que decir.

MUERTE.

Todavía te darán
Licencia para decir
Algun poco, si querrán.

DEMÓCRITO.

Pues si aquesa ellas me dan,
Algo diré y sin mentir.
Muerte, ¿no quíes que me ría,
Que en nasciendo la mozueta,
Nasce con mas fantasia
Y con mas filosofia
Que se trata en nuestra escuela?

Y antes que la edad madura
Ha llegado, ni comienza,
¿Quién te dirá su locura,
Y aquella desenvoltura
Que ya tiene, y desvergüenza?
Quién dejará de reír
Las mentiras, las cobdicias
Y ensayos de su vivir?
Quién ha de poder sufrir
Sus embustes y malicias?

No te quiero aquí contar
Cuántos necios encandilan
Con lágrimas y llorar,
Ni el modo de tresquilar
Con que á modorros tresquilar.
Ni tampoco te diré
Sus envidias, sus consejos,
Porque nunca acabaré;
Mas solo me reiré
De pensar de verse viejas.

Y de ver unas mozuetas
Que antiyer iban por velas
Y por aceite á las tiendas,
Oponerse á las prebendas
De los doctores de escuelas;
Otras tan filosofantes,
Y otras tan predicadoras,

Hipócritas, arrogantes,
Que con las tristes estantes
Se hacen grandes doctoras.

Pues las rabias que las toman
Y osadías en delitos,
Y ver cuán poco se doman,
Y cuán de rota desploman
Voluntades y apetitos.
¿Dolor de la castidad!
Si se nos perdiere hoy día
Como acontece, en verdad,
¿Y adónde su sanctidad,
Me di, que se hallaría?

¿Por ventura en las casadas,
Viudas, mozas y doncellas,
Religiosas encerradas?
No busquemos sus pisadas,
Que allá están con las estrellas.
¿Oh, gran don, que así desprecias,
Siendo tú bien sin segundo!
Dime, ¿por qué no te precias?
¿A la hē, que no hay Lucrecias
Ni Porcias ya en este mundo!

No habrá sino Mesalinas,
Que de noche de las camas
Se levanten, y cortinas;
Y como ramera finas
Se van do enlodan sus famas.

MUERTE.

Espántasme en gran manera
Decir que si se perdiere
La castidad en tal era
(¿Lo que el Señor nunca quiera!)
Que hallar no se pudiese.

¿Cómo! ¿No hay muchas casadas,
Muchas virgenes hoy día,
Viudas, doncellas honradas,
Religiosas ordenadas
En quien hoy se hallaría?

DEMÓCRITO.

Yo también te daré llenas
Las manos de gente honrada;
Que d'eso no tengas pena;
Pero si ellas son tan buenas
Es por no decilles nada.

El oro si no es tocado
No descubre su valor.
Si el escorpion no ha picado,
No hay para que sea curado
De su ponzoña y dolor.
Pero haga mordedura,
Y entonces se podrá ver,
Haciendo con él la cura,
Si aquel dolor asegura
Con su veneno poner.

MUERTE.

Segun lo que dese trato
Se puede bien inferir,
La carne en el garabato
Se está por mengua de gato,
Podrémos aquí decir.

DIABLO.

¿Si acaso las ocasiones
Que buscan noches y días
Y las nuevas invinciones
Que se hallan y estaciones
Te dijese, y ramerías!

Los convites y comerse
En que agora han acordado,
Como las buenas mujeres;
Pero si tú me creyeres,
Es mejor quede olvidado;
Que no miran ni han mirado
Como buscan su caída.
Pues sepan, averiguado,
Que en el templo consagrado
Fué Pompeya corrompida.

MUERTE.

Al presente os sé decir

Que á entramos sobran razones
Para llorar y reír;
Pues nadie vemos vivir
Sino con sus opiniones.
Pero sabed, mis hermanos,
Que vosotros largamente,
Aunque vivis muy ufanos
Con vuestra ciencia, mas vanos
Sois que toda esotra gente.

¿Por qué quereis presumir
De sabios, habiendo visto
Que de vos se han de reír,
Pues que no quereis seguir
La escuela de Jesu-Cristo?

HERÁCLITO.

Señora, si tú procuras
De darnos tiempo y favor,
Echarémos conjeturas
Por aquestas criaturas
De buscar al Criador.

Que pues ya no hay quien apruebe
Las obras de retitud,
Contra si comete alevé
Quien hoy sigue lo que debe
Ni tiene fin á virtud.
Si por ella espera y piensa
Deste siglo el que bien hace
Gozar otra recompensa,
Sino aquella parte intensa
Que á si mesma satisfice (1).

MUERTE.

En aquesa confusion
No sé quién sin maravilla
Se rija entre esta opinion,
Pues lo manda la razon
Contentalla y no seguilla.
Si no fuere en tal contienda
Con doble cara discreta
Por una fingida senda
Que del vulgo la defiende
Por otra en virtud secreta.

Y que en este humano seno
Donde el ciego vicio guía,
La virtud siempre en el seno,
Se publique malo el bueno
Por contraria hipocresia.
Que pues donde reina el vicio
Virtud es escandalosa;
Turba el comun ejercicio
Quien hiciere ladronicio
Con la vida virtuosa.

Y las sendas mas estrechas
Que en virtud los sabios dan
Son las maliciosas flechas
Que el vulgo tira derechas
A los que por ella van.
Mas pues tanto bien se espera
D'aquel cabo de mi afrenta,
No rehuse la carrera
Desta vida lastimera
Quien virtud pone á su cuenta.

Que por mas qu'es abatida
Del comun uso y costumbre,
Causa gloria tan crecida,
Que rescibe en esta vida
De la otra vida veslumbre:
Y el alegre pensamiento
Que nace de bien hacer,
Cria en el entendimiento
Parte de un contentamiento
Que en vicio no puede haber.

Del deleite en vicio sienta
Cualquier que en él se recrea,
Que es una gloria avarienta
Do el gozo no se contenta
Con haber lo que desea.

(1) Repite las mismas palabras del final de su largo parlamento anterior.

Qu'el vicioso corazón
Jamás harta ni enriquece
Lo que en falta de razón,
Siguiendo falsa opinión,
Su voluntad apetece.

Donde es regla verdadera
Que de bienaventuranza
Del mundo nadie prospera;
Pues habiendo lo que espera,
Le nace nueva esperanza.
Y el afición desmedida
Que en muchos fines tuviere
Su esperanza repartida,
Primero acaba la vida
Que sepa lo que se quiere.

De cuya niebla cegados,
Los dulces deseos largos
Nunca son bien aconsejados
Harta que son castigados
Con sus efectos amargos.
Y el deseo bullicioso
Por su ciego voluntario
Naufragio tempestuoso,
De lo que es hoy deseoso,
Querrá mañana el contrario.

Y así, vuestros corazones
Por su marítimo valle
Con combates de pasiones
Y discordes aflicciones
Navegan sin gobernalle;
Restribando, según vemos,
Sobre la siniestra banda
De su barquilla sin remos,
Fluctuando en los extremos
Contra la razón que manda.

Seguid la mediana vía
Con deseos limitados;
Huid de la profanía;
Del bien, seguro, vacía,
Llena de angustia y cuidados.
Pensad qué gran desconcierto
Hace quien busca bonanza
Con barco roto y abierto,
Si deja el seguro puerto,
Y en la mar se engolla y lanza.

Vuestra fortuna sentir
Con sus vueltas variables,
Memorar siempre el morir,
Considerar y medir
Esos cuerpos miserables,
Ver que los que por locura
De soberbia y presunción
No caben en gran anchura,
Yo en la chéica sepultura
Mido bien cuán chicos son.

Conceded las abundosas
Riquezas con sus centellas,
Cómo no son tan sabrosas
Ni de estima tan preciosas
Como el menosprecio dellas.
Reprimid el afición
De estado y grandes haberes,
Cuyos vanos gozos son
Faustos en admiración
De plebeyos y mujeres.

Tibiamente la fortuna
Combate el bajo lugar;
Jamás altera la luna
La poca agua en la laguna;
La fuerza muestra en la mar.
Gócese pues los pequeños
Seguros con sus migajas
De fortuna y de sus ceños;
Que mas arde en grandes leños
El fuego que en chicas rajás.

No os mienta allá la opinión
Que la gran codicia llama
Grandeza de corazón,
Colorando su pasión
Con aumentar honra y fama.

Dome magnanimidad
Las codicias desiguales
Ciegas de la voluntad
Que la flaca humanidad
Tiene en bienes temporales.

Gozaréis del alegría
Que virtud de su natura
Pone al que en ella confía,
Viendo que en el alma cria
Posesión firme y segura.
Porque en esta vida llena
De miseria y aflicción,
De gozo y descanso ajena,
Nunca fué vicio sin pena,
Ni virtud sin galardón.

Notad que si desechais
Cualquier vicio que os inflama,
Que el deleite que dejais
No perdeis; mas le trocáis
Del cuerpo al ánima eterna.
Pues tened en la memoria
Aquella ley que de juro
Contra vicios da victoria,
Y en la vida oculta gloria,
Y en la muerte fin seguro.

SAN AUGUSTIN.
;Oh, filósofos perdidos,
Sin luz ni sin fundamento,
Cómo estais endurecidos,
Que no quereis ser traídos
Al sano conocimiento!
Dejas desas opiniones
Errores, tras de que andais,
Y os llevan las aficiones;
Y fíjad los corazones
Dentro en Cristo, á quien dejais.

Que no hay mas filosofía
De ver que este es el Señor
De las cosas, y las cria;
Y el que de aquesta armonía
Ha sido fabricante.
Y este es el que puede dar
La gloria y la pena solo;
Lo demás es vacilar,
Y del hito os apartar,
Aunque mas os mienta Apolo.

;Oh cuánta filosofía,
Cuánta ciencia de gobierno,
Retórica, geometría,
Música y astrología
Camina para el infierno!
;Bendito Dios que consuelas
Con tu saber á las gentes,
Y á los pequeños revelas
Tus misterios, y los celas
A los sabios y prudentes!

MUERTE.
Hermanos, pues veis que come
La tierra á los pecadores,
Mirad bien que no os aplome,
Ni que la noche no os tome
Cargados de esos errores.
Senti que en la oscuridad
Se estropeiza á cada paso;
Pedi á Dios por su bondad
Os dé lumbre y claridad,
Pues de cosa no es escaso.

Y esas vidas que pedís
A la Muerte, el que da vida
Os las dará, si venís
Buscándolo, y le seguís,
Que sois ovejas perdidas.

SATANÁS.
;Ea, Lutero, sin quistion
Que protesto á estos señores
No hagan tal sinrazon
En sacar de su opinion
Los maestros de errores!

Que mas nos vale por año
Epicurio y sus consortes,

Con todo esotro rebaño,
Que agora hacer tal daño
Al infierno en estas cortes.

SAN AUGUSTIN.
Calla, calla, malhadado
Enemigo de bondad...
Déjalos, demonio airado,
Siquiera por tal estado
Salir de tal ceguedad.

ESCENA XIX.

CACIQUE, indio; MUERTE, SAN AUGUSTIN, SAN FRANCISCO, SANTO DOMINGO, SATANÁS, CARNE, MUNDO.

(Tañen las trompetas, y entran los indios.)

CACIQUE.
Los indios occidentales
Y estos caciques venimos
A tus cortes triunfales
A quejarnos de los males
Y agravios que recibimos.
Que en el mundo no tenemos
Rey ni roque que eche aparte
Las rabias que padecemos;
Y por tanto, á ti queremos,
Muerte, dar quejas del arte.

Pues tú sola, qu'es razón,
Sabrás que siendo paganos
Y hijos de perdición,
Por sola predicación
Venimos á ser cristianos.
Como habrás oído y visto,
Seguimos ya la doctrina
Y la escuela y disciplina
Del maestro Jesu-Cristo (1).

Y estamos ya tan ufanos
Con la merced singular
De habernos vuelto cristianos,
Que á los Altos Soberanos
No vemos con qué pagar.
Mas qué casos son tan crudos,
Tú, Muerte, nos da á entender,
Que cuando á los dioses mudos,
Bestiales, falsos y rudos
Adorábamos sin ser,

Ninguno nos perturbaba
De cuantos en nuestras tierras
Ha pasado ni pasaba,
Ni mataba, ni robaba,
Ni hacia crudas guerras.
Y agora que ya ¡cuitados!
Nos habíamos de ver
Un poco mas regalados,
Por solo tener los grados
De cristiandad en tal ser,

Parece que desafueros,
Homicidios, fuegos, brasas,
Casos atroces y fieros,
Por estos negros dineros
Nos llueven en nuestras casas.
;Oh, Dios, y qué adversidades
Son estas! ¿No entendeis esto?
;Pagar con mil crueldades
Todas las necesidades
Del mundo! Di ¿qu'es aquesto?

;Cómo! ;Estamos obligados
Que todo género humano
Enriquezcamos ¡cuitados!
Y tras esto aperreados
Y muertos de ajena mano?
;No nos basta proveer
Las miserias de parientes,
Las de hijos y mujer,

(1) Falta tambien un verso en esta quinta.

Sino haber de sostener
Las de todas esas gentes?

¿Quién nunca vido al inglés,
Ni al húngaro, qu'es de porte,
Ni al bohemio, ni al francés,
Ni español, ni ginovés,
Debajo del otro norte?
Por ventura ¿han acabado
Todo el mundo despojar?
Que cosa no haya quedado,
Pues que con tanto cuidado
Nos vayan allá á buscar?

Y ¿cómo aquellas riquezas
De aquella felice Arabia,
Társis, Sabá y sus grandezas
No han hartado las bravezas
De aquesta rabiosa rabia?
Los rubíes rutilantes
De Narsinga tan reales,
Los zafires y diamantes
No han bastado á estos gigantes,
Sin buscar nuestros metales?

Pues ¡mezquinos! ¿á dó iremos
Huyendo del mal gobierno,
Que mas gente no enviemos,
Si á nuestra ley nos volvemos
A las penas del infierno?
¡Oh hambre pestilencial
La de aqueste oro maldito,
Y desta gente bestial
Hacen tamaño caudal
De tan malvado apetito!

Una cosa que les damos
De buena gana, ó en paz,
Porque allá no lo estimamos
En tanto, ni reputamos
Por causar males asaz.
Que aunque la India es tenida
Por simple, cierto no yerra
En despreciarlo, y lo olvida;
Que al fin es tierra cocida
En las venas de la tierra.

¿Qué campos no están regados
Con la sangre, que á Dios clama,
De nuestros padres honrados,
Hijos, hermanos, criados,
Por robar hacienda y fama?
Qué hija, mujer ni hermana
Tenemos que no haya sido
Mas que publica mundana
Por esta gente tirana
Que todo lo ha corrompido?

Para sacar los anillos
¿Qué dedos no se cortaron?
¿Qué orejas para zarcillos
No rompieron con cuchillos?
¿Qué brazos no destrozaron?
¿Qué vientres no traspasaron
Las espadas con gran lloro?
Destos males ¿qué pensaron?
¿Que en los cuerpos sepultaron
Nuestros indios su tesoro?

OTRO INDI.

¡Cómo! ¿Por haber venido
A la viña del Señor
A la tarde, es permitido
Que á los que él hubo querido
Roben, maten sin temor?
Pues ellos han predicado
Que tanto dió á los postreros
Que en su viña han trabajado,
Como á los que han madrugado
Y salieron los primeros.

¿Que ley divina ni humana
Permita tales molestias,
Que una gente que es cristiana,
Y que á Dios sirve de gana,
La carguen como á las bestias!
¿Quién nunca tal vió, mortales?
Me decid; que es compasión

Que se sirvan de los tales
Como de unos animales
Brutos y sin mas razon.

CACIQUE.

¡Oh, Partos, cuán bien curastes
A Craso, aquel capitán
Que por la boca le echastes
Tanto oro, que matastes
Aquella sed, y alquitran!
Desta mesma medicina
Debieramos, cierto, usar
Con esta hambre canina,
Tan fundada en la rapina
Y que tanto ha de amargar.

¿Qué locuras son aquestas?
¿Piensa esta gente en el suelo
Que del oro hace fiestas,
Que ha de ir con la carga á cuestras,
Como galápago, al cielo?
Pues tenemos entendido
Que si no lo renunciare,
Que todo es tiempo perdido,
Y perderá lo servido,
Si de tal carga cargare.

Por ventura como acá
Hay tanto y tan gran letrado,
Otra cosa alcanzan ya;
Pero á nosotros allá
Así nos lo han predicado.

OTRO.

También allá han voceado
Que la ley y los profetas
Penden en que Dios sea amado,
Y el prójimo no injuriado;
Y estas son las vías retas.

Pues ¿cómo es esto, Señora?
Y estos apregonan vino
Y venden vinagre ahora,
Despojando cada hora
Al indio triste, mezquino.
¿Cómo se puede sufrir
Entre cristianos tal cosa
(Ni aun bárbaros sé decir),
Y la tierra no se abrir
En cosa tan espantosa?

CACIQUE.

Imágenes de oro y plata
No hacemos; que hemos visto
Que esta gente no lo acata;
Antes lo roba, arrebatada,
Aunque fuese el mesmo Cristo.
Venimos determinados
Dejar los hijos y tierras,
Y buscar ya ¡desdichados!
Los desiertos apartados
Do no nos fatiguen guerras.

Donde no haya pestilencia
De oro, ni su maldad
Que perturbe la conciencia;
Donde justicia y clemencia
Puedan tener libertad.
¡Oh, tierra tan malhadada!
Quédate allá con tu oro;
Déjanos ¡desventurada!
Pasar la buena jornada
Sin tanta zozobra y lloro.

No nos robes el sosiego,
Corazon y libertad.
Pues están libres de fuego;
Y jamás digas (te ruego)
Ser hijos de tu maldad.
¿Cómo! Y por habernos hecho
Tan gran merced en mostrarnos
Aquel camino derecho
Para el cielo, y tal provecho,
¿Se entiende que han de asolarnos?

Tolomeo, que heciste
Tan gran suma y tal conduta
De naciones, y escribiste,

Di, ¿cómo no nos pusiste
En tu registro y minuta?
Antiguos que transtornastes
Al mundo, y al retortero
Le trajistes y pintastes;
Y ¿cómo nos olvidastes
(Os pregunto) en el tintero?

¿Cómo no distes noticia
De nuestras tierras? (os pido).
Siguese que la malicia
Destos males y cobdicia
Mas que todos ha sabido.
Pues date prisa á criar
Mucho oro, ¡oh triste tierra!
Porque te quiero avisar
Que hay cobdicioneros sin par,
Que te han de hundir con guerra.

Huye pues, entendimiento,
Por no contar mas maldades
Que de aquesta gente siento,
Y aquel gran corrompimiento
De leyes y de bondades.
Aquel jugar al terrero
Con los que saben y entienden
Que tienen oro y dinero.
¡Oh, mi Dios, tan verdadero,
Y en cuántos modos te ofenden!

OTRO INDI.

No pensábamos allá
Que habia en el mundo gentes
Tan perversos como hay ya:
Todos los males de acá
Nos fueron y están presentes.
¿Cuánto holgamos que prendan,
Ahora en tiernas edades,
Nuestros hijos, maten, hiendan;
Porque no sepan ni aprendan
Tantos insultos, maldades!
¿Quién vió nunca en nuestrasterras
Arcabuz, lanza ni espada,
Ni otras invenciones perras
De armas para las guerras,
Con que sangre es derramada?
Nosotros que ciertamente
Nos juzgábamos dichosos
Por vivir allá en Poniente,
Do no hay estruendo de gente,
Somos los mas revoltosos!

CACIQUE.

Antes creo, por pensar
Que á ninguno mal hacemos,
Ni solemos enojar,
Todos nos van á tomar
La miseria que tenemos.
Vayan á esas Amazonas,
Que bien defienden su roca
Como varones personas;
Y no á unas tristes monas
A quien todo el mundo coca.

¿Qué injuria, ó qué villanía,
O qué deshonra ó despecho,
Les habemos hecho hoy día,
Porque tal carnicería
Hagan en nos, como han hecho?
¿Robámosles por ventura
Sus campos, sus heredades,
Sus mujeres? ¿Qué locura
Es esta, y tal desventura
De tantas enemistades?

OTRO INDI.

Desa que llaman riqueza
Esa gente tan sedienta
Se cargue, y de su vileza;
Que nuestra naturaleza
Con muy poco se contenta.
A los que allá van tocados
De aquesa maldita roña,
Carga de vasos preciados
Do beberán los cuitados
Aquel tósigo y ponzoña.

Que nosotros no buscamos
Mas riquezas ni heredades;
Con esto nos contentamos,
Con saber que sojuzgamos
Nuestras propias voluntades.
Y esta tenemos allá
Por muy gran filosofía
Y cristiana. No sé acá
Cómo no se siente ya.
Cierto; sabello querría.

CACIQUE.

¡Ay! que no vemos, cuitados,
Como andamos con candiles,
Que allá somos tan malvados,
Que por los nuestros pecados
Vienen estos alguaciles.
Ni carece de misterio
Enviar siempre quien rija
Nuestra provincia y imperio;
Quien con tanto vituperio
Nos gobierne y nos alija.

OTRO INDIO.

Pues solo resta saber
Si en estas cortes tan dinas
Se pudiese proveer
Como quitar el poder
Destas gentes y rapinas.
Y si no hay para qué,
No nos espere mas día;
Mas antes nos da tu fe
Llevarnos, y luego ve
A librar tal tiranía.

MUERTE.

¡Oh cuánta razon teneis
De quejaros, mis hermanos,
Dese mal que padeceis,
Porque no lo mereceis,
Especial siendo cristianos.
Mas sabé qu'es necesario
Venga escándalos y guerras,
Y tiempo adverso y contrario;
Mas ¡ay del triste adversario
Por quien vienen en las tierras!

Todo lo tened en nada,
Pues ha placido al Señor
Daros en su Iglesia entrada,
Y seais de la manada
De tal rebaño y Pastor;
Y pues él os libró ya
De otros demonios mayores
Que os quieren tragar allá,
Credme que os librará
Destos lobos robadores.

Servid á Dios, mis hermanos,
Con corazon limpio y puro,
Agora que sois cristianos;
Y guardaos destos tiranos,
Que rondan ya vuestro muro.
No creais cosa que os digan;
Catad que son pestilencia
Del alma y los que la ligan,
Y á los tormentos la obligan
Si no hallan resistencia.

SAN AGUSTIN.

Hermanos, pues sois del bando
De Cristo, os quiero avisar
Que ora es día, y vais obrando;
Que verná la noche, cuando
Ninguno podrá ya obrar.
Ora que hay tiempo y sazon,
Tené al Tiempo por la frente:
Ya sabeis su condicion,
Que es volar; y no es razon
Que se os vaya eternamente.

SANTO DOMINGO.

La palabra divinal
Oid siempre, mis amados,
Qu'es medicina real,
Y veo muy cierta señal
Para ser predestinados.

R. Y C. S.

SAN FRANCISCO.

Porque siempre vais bebiendo
De los divinales rios,
Como yo espero y entiendo:
Sobre todo os encomiendo
Los pobres, hermanos míos.

¡Oh Indias, pluguiera á Dios
Que vuestra tierra cocida
Y oro no diéades vos;
Pues por ella hay entre nos
Tanta multitud perdida!
Porque cuanto allá se afana
Con trabajos, con pendencias,
No hay médico que lo sana,
Que, al fin, fin, cuanto se gana
Va con muy malas conciencias.

SANTO DOMINGO.

¡Oh cuán pobre fundamento
Armará aquel que hiciere
Gran mayorazgo de viento
Sobre coluna y cimienta
Del abismo, cuando muere!
¡Dolor de los herederos
Que en él han de suceder,
Y de sus negros dineros;
Que sus pompas y mineros
Tan caras les han de ser!

Di, India, ¿por qué mostraste
A Europa esos tus metales
Falsos con que la llevaste,
Y despues nos la enviaste
Cargada de tantos males?
¿No le bastaban las minas
De pecados que tenia
Tan profundas y continas,
Sino cargarla de espinas
Con que mata cada día?

¡Oh India, que diste puertas
A los miseros mortales
Para males y reyertas!
¡Indias, que tienes abiertas
Las gargantas infernales!
¡India, abismo de pecados!
India, rica de maldades!
India, de desventurados!
India, que con tus ducados
Entraron las torpedades!

SATANÁS.

¡Cómo! Y ¿piensan de estorbar
Que las gentes no pasasen
A las Indias á robar?
Y ¿qué negro pié de altar
Cogerán si lo pensasen?
¿No saben que es el caudal
Y la mejor granjería
De la region infernal?
Mas, en fin, el oro es tal,
Qu'es piedra-imán que traia.

CARNE.

Hermano, ¿no ves las galas
Del mundo fuera de ley;
Cuántos palacios y salas;
Y á cada ruin nacen alas
De vestirse como el rey?
Pues ¿cómo pueden sufrirse,
Si no van allá á buscar
Para el comer y vestirse
Y si no dejan morirse,
Que acá no hay do lo ganar?

Las mujeres bastan solas
A echar allá á sus maridos;
Que como unas amapolas
Andan ya con largas colas
En sus trajes y vestidos.
Sustentaldas por ahí,
Si la India no provee;
Que no hay un maravedí,
Si no van por ello allí.
Y allá los quiero: (me cree).

MUNDO.

¡Gran cosa es la libertad
Y estar libres de mujeres
Y de hijos, en verdad!
La India gran calidad
Tiene para los placeres.

CARNE.

El vivir allá es vivir;
Que acá no pueden valerse.
Lo que yo te sé decir,
Que pocos verás venir
Que no mueren por volverse.

ESCENA XX.

JUDÍOS, MOROS, DON MOYSEN, DON
SANTON, DON FARON, DON MIGEN,
judios; MUERTE, SAN AGUSTIN,
SAN JERÓNIMO, SATANÁS, MUN-
DO, SAN FRANCISCO, SANTO DO-
MINGO, JARIQUE, ARFARAZ, *mo-
ros*; VASCO FIGUEYRA, *cristiano
portugués*.

(Tañen las trompetas, y vienen los judios y
moros y el Cristiano portugués.)

DON MOYSEN.

Tené, tené; que en saber
Que voy donde está la Muerte,
Por el Dio podeis creer
Que aqui me quiero caer.

DON SANTON.

Tenti, primo, tenti fuerte.

DON MOYSEN.

Todos vamos á cuchillo:
Son que ella es muy cobarde.
Cierto no me maravillo:
Antes tiene un homecillo
Tan crúel, que Dios nos guarde.

DON FARON.

Yo quiero tomar la mano,
Y entrarla luego á hablar.

DON MOYSEN.

No te lo aconsejo, hermano;
El pollo con el milano
No se debe de burlar;
El gato con el raton,
El lobo con el cordero,
Es ruin conversacion.
Nunca busques la ocasion;
Que siempre fué mal agüero.

DON FARON.

No conviene que tardemos,
Ya que quisimos venir,
Cúmplenos que despachemos.

DON MOYSEN.

Tomemos huelgo y entremos;
Que una vez se ha de morir.

DON FARON.

Demos un filo primero
Rabioso á nuestras espadas;
Que con mi Joyosa espero,
Si no hace lo que quiero,
De acortalle las pisadas.

MUERTE.

¿Qué manda la gente honrada?

DON FARON.

Señora; besar tus piés.

DON MOYSEN.

¿No la veis descuartada?
¡Por el Dio, que no me agrada!
Do á fuego la mala res.
Y ¿esta es la que me alababan?

No la abucio con tal gesto;
Que ya se me espeluznaban
Los cabellos y erizaban.
¡Qué vista para de presto!

DON FARON.

¡Vivo yo! ¿Quién me engañó?
Tené, tené, que me cayo,
Faré testamento yo;
Qu'esta vez no escapo, no,
De sus manos; que desmayo.

DON SANTON.

Primo, primo, ¿qué sentiste
De ver la Desnarigada?

DON FARON.

¡Guayas de mí! ¿No lo viste?
¡Ay, qué abinco me dió, triste!
Duelos papen la embajada.

DON MICHEN.

Tened esfuerzo, y dejáme.

DON SANTON.

¿Quieres hacer del valiente?

DON MICHEN.

¡Sus! primos; acompañáme
Y ninguno se derrame.
Hablaréla prestamente.—
Señora, tan sublimada,
Tan temida en toda parte,
Veis aquí esta manada
De judíos, gente honrada,
Que toda viene á hablarte.

Somos de los desterrados
Por no volvernos mezquinos
Cristianos y aperreados,
Naturales desastados,
De las Españas vecinos.
Por guayas de no dejar
Nuestros fñuelos en lloros,
Y nuestra ley bien guardar,
Acordamos de pasar
Al reino de Fez con moros.

Y somos tan maltratados
De sarracenos malinos,
Muy soezmente amenguados,
Y sobre todo, pelados
Como tristes palominos.
¡Maltratados, me diréis!
Por el Dió, que á pezcוזos
Hocicamos mas de seis.
Y aun tras eso os llevaréis
Cada punto cient leñazos.

Pues hartos ya de esperar
Al Mesías que atendemos,
Estamos para espirar;
Pero ya tanto tardar
Por ruin señal lo tenemos.
Que los rabis con cuidado
Han trastornado contino
Los libros, y rodeado;
Pero en fin, fin, han hallado
Que en tiempo de Heródes vino.

Y todas las profecias
Que allá hablan de venir
De aqueste grande Mesías,
Son cumplidas ya de dias;
Y en esto no hay qué decir.

SAN AUGUSTIN.

Gentes de baja manera,
Pues ¿por qué os dejáis estar
En esta tan gran ceguera?
¿No veis que quien tanto espera,
Que podrá desesperar?

DON FARON.

Señora, puedes pensar
Qu'el demonio es tan delgado,
Que á cristianos nos hallar,
En dos palabras tornar
Podríamos á lo vedado;
Y si acaso el cristianillo,

Segun lo siente, y le pesa,
Judaizar viese un poquillo,
Luego al pescuezo el cuchillo,
Y si no, hechos pavesa.

Y por guayas deste miedo
El hombre se está en sus trece.

DON SANTON.

Y aun se estará, si yo puedo;
Qu'es muy malo ver tan cedo
El fuego que mucho escuece.

DON FARON.

Pues, Señora de valia,
Tú sabrás, como por parte
De toda la juderia,
Huida en la Berberia,
Venimos á suplicarte:

Que no nos bagas morir
Con tu guadaña y lisión
Hasta ver si ha de venir
El Mesia y redimir
Aquesta hebreá nascion.
Que un rabi nos ha encascado,
No haciendo lo que debe,
Y nos dijo averiguado
Que venia el Deséado
El año de veinte y nueve.

Y que habia de traer
Quinientos mil de á caballo
Para obrar y defender
Cuanto quiera á su placer,
Sin que puedan estorballo.
Y que este venia, y verán
Venir con todo el remedio
Del Puerto Caspio, do están
Vencidos por Roboan
Los nueve tribus y medio.

Y caro negro ha costado
A muchos que lo creyeron,
Que por acá han apostado,
Que por burla lo han hablado;
Mas ceniza los hicieron.

MUERTE.

Pues ¿qué causa os ha movido
Vivir en Africa mas
Que en otra region? os pido.

DON FARON.

Porque el rabi que has oído
Nos dijo lo que aquí oirás.

Que el gran Señor y Mesia
Que siempre esperando están
Con tan crecida agonía,
Venía del Mediodía
Desde el Monte de Faran.
Y como es la parte Austral,
¡Mia fe! fuimomos allí,
Esperando si hay señal.
Mas ya ni me digan tal;
Qu'es aire cuanto le oi.

MUERTE.

Ciegos, llenos de errores,
Que andais fuera de medida,
Los señores asesores
Os dirán como doctores
Qué saben desa venida.

SAN AUGUSTIN.

En cuanto el rabi sentía
Que venia el Poderoso
Del Austro y del Mediodía,
Muy gran verdad os decia;
No queda por mentiroso.

Porque desa parte vino
El Mesia, si miráis;
Que es aquel Verbo divino;
Pero engañóse el malino
En lo que mas apuntáis.
Porque decir que con gente
Venía espantable y fiero,
Fué engaño muy evidente;

Porque Cristo omnipotente
Manso vino cual cordero.

Mas cuando su voluntad
Fuere de juzgar las gentes,
Entonces con majestad
Vená, y con tal potestad
Que se espanten los vivientes.
Y desto no tengais dubda;
Porque no os cumple, judíos,
Que sois una gente ruda,
Y aunque os tienen por aguda,
Caeis en mil desvarios.

Y en cuanto os hizo entender
Que de los Caspios venia
El Señor; hágoos saber
Que os engañó, y es de ver
Por Osee y su profecía.

Non addam ultra misereri domui israel, sed oblivione obliviscar eorum.

Lo cual entender nos da
Que aquel Dios tal, tan fiel
Nunca jamás él terná
Nueva merced, ni verná
A la casa de Israel.

Pues veis aquí, miserables,
Que por esta autoridad
Y dichos tan admirables,
Vuestras tinieblas durables
Se confunden en maldad.

SANTO DOMINGO.

Decidme, ¿no habeis leído
Con ánimo muy atento
Lo que Jacob el querido
Dijo á Judas, si ha tenido
Muy entero cumplimiento?

Que aquel ceptro de Judá
Dice no será quitado,
Ni capitan faltará,
Hasta que viniese ya
El que ha de ser enviado.
Y aquel seria esperanza
De las gentes: ¿no lo veis?
Pues es cosa que se alcanza,
Que desde entonces no hay lanza
Enbiesta, ni la teneis.

Pues del ceptro y guaiador,
Judios, que habeis tenido
Rey, capitan, valedor,
Desde que vino el Señor
Al mundo que era perdido.

SAN JERÓNIMO.

Los profetas, claro está,
Que todos siempre llamaron
Diciendo: «Vená, vená»;
Y si tardare, esperá.
Todos futuro hablaron.

Y con todo esto sentían
Muy poca consolacion,
Y muy poca gracia habian;
Mas antes mas se aflijan
Dentro de su corazon.
Mas Cristo venido al mundo,
Vino lleno de verdad,
Y gracia y bien sin segundo;
Mostrándose muy jocundo
A toda la humanidad.

Aqueste nos vino dado
Del Padre, y con él nos dió
Todas las cosas de grado,
De siete dones dotado,
Con quien tanto bien se obró.
Y sobre todo cumplió
Todo lo escripto en la Ley
Que Moysen al pueblo dió.
Decid, ¿qué punto faltó
Que no hiciese este Rey?

La Ley por Moysen fué dada,
La gracia por Jesu-Cristo;
De cuya fuente sagrada

Recebimos muy colmada
Su gracia, según es visto.
Si vuestros ojos querrán
Abrirse ahora un poquito,
Muy claramente verán
Que lo que dijo Balán
Fué claro dar en el hito:

Lo cual, para que de engaños
Cada cual de vos supiese,
Dijo en los cuentos extraños
Bien mil y quinientos años
Antes que Cristo naciese.

*Orietur stella ex Jacob, consurget
virga de Israel, percutiet duces Moab.*

Que dice esta profecía
Que este Profeta alcanzó
Con la lumbré que tenía,
Que una estrella nasceria
De Jacob, y ya nació.

Y que de Israel saldría
Una vara sin desmanes,
Y que aquesta heriría,
Y del todo acabaría
De Moab los capitanes.
Pues esta fué aquella vara,
De que Esaiás dió fe,
La mas derecha y mas clara,
Que á todo el mundo mampara,
De la raíz de Jesé.

Que aquesta es la que hirió
Los principes de pecados,
Y la que los destruyó,
Cuando en el mundo nació,
Con quien fuimos reparados.

DON MICEN.

Decidme, ¿no habeis mirado
Y cómo aquestos señores
En el mesmo punto han dado
De aquello que allá han hallado
Nuestros rabis y doctores?

DON FARON.

No tenemos que hablar
Mas en esto del Mesías,
Que es por demás altercar,
Que él vino ya sin faltar
Segun estas profecias.

DON SANTON.

Hállome tan tribulado,
Que no lo podeis creer,
Por no saber ¡oh mal grado!
Lo que el Dió tiene ordenado
De nosotros, y ha de ser.

SAN JERÓNIMO.

¿Para qué quereis saber
Los divinales secretos?
Cada cual debe entender
En seguir y obedecer
Los católicos precetos.
Y pedir al que en los vientos
Y en las ondas del mar sube,
Os traya en conocimientos
Y desos entendimientos
Os quite esa oscura nube.

SATANÁS.

¡Oh, señores asesores!
Grande agravio me habeis hecho
Que seais alumbreadores
Destos judios traidores,
Viniéndome tal provecho.
¿Cómo agora por tres días
Que han de vivir los marranos
Tan cargados de herejias,
Intentais por todas vias
Sacármelos de las manos?

¿Dónde se sufre y permite
Que gente tan obstinada,
Y que no vale un ardite,
Trabajéis que se me quite
Al cabo de la jornada?

Dejaldos vayan cargados
De ceremonias judaicas
Esos malaventurados,
Y revuelvan los cuitados
Sus profecias hebraicas.

¡Sus! amigos, no cureis
Hacer ora novedades;
Seguidme como soleis,
Pues que vosotros sabeis
Que os digo siempre verdades.

MUNDO.

Todo cuanto aqese os dora,
¿No sentis que es vanidad?
Anda, seguid vuestra tora;
Y ¿quereis perder agora
Por tan poco mi amistad?

Ved que es cosa de reir,
Y que os ternán por muy locos,
Y bien lo podrán decir;
Otra cosa será ir
Con los muchos que con pocos,
Adonde hay emperadores,
Reyes, principes, perlados,
Marqueses, duques, señores,
Y otros hombres de valores
Tan grandes, tan afamados;

Emperatrices, señoras,
Tantas infantas, princesas,
Que aunque vais con vuestra toras,
No tropezaréis en soras,
Sino en reinas y duquesas.

CARNE.

Nunca dejeis los caminos
Seguros por perdimientos,
Que son grandes desatinos;
¿Para qué quereis, mezquinos,
Ir donde van los hambrientos?

SAN FRANCISCO.

¿Qué os parece del pesar
Que el demonio tiene, hermanos,
De veros desengañar?
Procurad de os desatar,
Que os tiene atadas las manos.
Rogad á Dios que nos lleve
En tiempo tan peligroso;
Mas cada cual, como debe,
Con gran furia le repruebe,
Que's muy doblado raposo.

(Entran los moros.)

MUERTE.

¿Qué gente sois, deci, hermana,
Que la vista no es muy buena?
Decildo de buena gana.

JARIQUE.

Señora, gente africana
Y de nacion sarracena.

MUERTE.

Sin andar mas por las ramas,
Me deci lo que pedis.

JARIQUE.

Derramándoje sus famas
De parte de las aljamas
Y todoj loj alfaquij (1).
Te pedimos ahincadoj
Con toda la Berberia,
Que de ti no jean llevadoj
Hajta que todoj cuitadoj
Podamos ver aquel dia;
Quando te hacen jaber
Que tienen muy gran señal
Que las leyj han de jer
Todas una, sin haber
Mas de un pajor y un corral.

(1) Las j con que aquí está expresada la algarabía del moro, en la edición del año 557 son todas x.

Y tenemoj por muy cierto
Que nuejtra ley ha de jer,
Por jer ley de mas concierto,
Y por jer maj firme puerto,
Do se pueden acoger.

DON FARON.

¡Muy mejor lo faga el Dió!
De rocín á ruin seria.
Volver vistes do acudió.
Seta mala, digo yo,
Que's la vuestra y muy baldia.

Dada por un gran vicioso,
Sin virtud ni fundamento,
Por un falso, mentiroso,
Y que al fin era un guayoso
Y de bajo nascimiento.

Y así como quien él era,
Os dió una ley de consejas,
Ley de vicios y ceguera;
Y por tanto, á su bandera
Acudisteis como abejas.

DON SANTON.

Mahoma, el mayor traidor
Y perverso que nació;
Bellaco corrompedor,
Malino dislamador
De mujeres que se vió.

¿Qué vicio hay que aquel malvado
Con su vergüenza tan poca
No inventase y ha inventado?
A hombre tan malhadado
No le tomen en la boca.

JARIQUE.

Vuestra ley...

DON SANTON.

Toda fundada
Sobre verdad sancta y reta
Y ley por Dios enviada.

DON MICEN.

Y ley que al fin nos fué dada
Por Moysen, tan gran profeta.

ARFAZ.

¡Por Alá! que si no fuera
Por no revolver las Cortes,
Judios, que yo os hiciera
Que la lengua se extendiera
Allá con vuestros consortes.
¡Y en lengua habeis de tomar,
Judio zarrapastoso,
Vuestra ley ni la mirar!
Quiérote ora preguntar
Me digas aquí, guayoso,

¿Cómo aquel vuestro Mesías,
Viniéndoos á salvar él,
Y esperando tantos dias,
Y por tantas profecias,
Le distes muerte cruel?
¿En qué gentes de razon
Se vió tal maldad, deci,
Matar con tan gran baldon
Tan excelente varon?

¡Oh traicion, que nunca oí!

¡Enclavado piés y manos
En un madero y en cruz
Con tormentos inhumanos!
¿Qué me respondéis, marranos
Malvados, perros sin luz?
¡Escupido así de vos,
Porque la ofensa creciese!
¿Quién vido tal entre nos;
Y si era hijo de Dios,
Que de la cruz descendiese?

¿Por cuáles obras, malvados,
Le hicistes tales juegos?
¿Porque os perdonó pecados
De sanar endemoniados,
Y perliáticos y ciegos?
¿O por derribar banderas

Del Faraon, sin contrastes,
Y sus manos carniceras?
O por abrir las carreras
Del mar, por donde pasastes?
O porque os dió en el desierto
Aquel maná tan sabroso?
Por esto debe ser, cierto:
¡Oh malos! que tan gran tuerto
No hizo el mas alevoso.

JARIQUE.

Y así creo sin dubdar
Que si hoy en el mundo entrase,
Pues no le podeis tragar,
Que luego a crucificar
Por vosotros se tornase.

Y de como le afrentastes
Con gargajos feos y crudos.
Que en el su rostro le echastes,
Desde allí todos quedastes
Boquituertos, narigudos.
¿Cómo lo podrás negar,
Dí, judío zaparriento?
¡Mia fe! hecho te he callar,
Que no tienes que hablar,
Ni podrás decir que miento.

DON FARON.

Si decís que padesció
Muerte de cruz, es verdad;
Mas fué porque él permitió
Esa muerte, y la tomó
De su propia voluntad.
Pero ¿qué locura os toma
De vosotros, me decí?
Decir que vuestro Mahoma,
Que está ya hecho carcoma,
Fué profeta, y no es así.

Mas porque vuestras saetas
Os hieran y ceguedad,
Y cayais de vuestras setas,
Yo os diré aquí los profetas,
Y vosotros los contad.
David, Barunc, Ezequiel,
Amós, Jonás, Esaías,
Abacub, Egeo y Joel,
Malaquía, Daniel,
Miqueas y Jeremías,
Eliseo, Zacarías;
Solo Enós falta del cuento
Y el profeta Sofonías.
Don te por ningunas vías
Mahoma está, ni le siento.

DON SANTON.

¡Por el Dió, que dió en el hito,
Y que no halleis aquí
A Mahoma, ese maldito.

DON MOYSEN.

Dentro estais en el garlito.
¿Qué decís, moros, decí?

DON SANTON.

Vuelto os habeis amarillos;
Ved qué negro capitán
Mahoma, y negros caudillos,
Poneos del lado, morillos,
Con todo vuestro Alcoran.

SATANÁS.

Vuestra almendra y la pasita
Y aquel higuillo pasado;
Vuestra melosa maldita
¿Qué hará? Ya no hay pepita;
Morillos, ya habeis callado.

(Entra el Portugués.)

PORTUGUÉS.

¡Sabrás decir, boa gente,
As Cortes son feytas ya?

DON MICEN.

¿Quién es su merced nos cuente?

PORTUGUÉS.

Fidalgo, é muyto parente

De o gran Rey. Tirayvos lá.
Vasco Figueyra me chamo,
Muyto servidor de as damas,
Y muyto as prego y amo.
Moço, ollay que te chamo;
¿Dónde andas la por as ramas?

Limpiay, judeo villan,
O do á Demo ó maderaco.
Faço voto á Deus, don Can;
No ajai medo, cabran,
Chega... escoba otro pedaço.
Todo me morro de amores.
Day-cá, moço, esa viola:
Cantaré miños dolores,
Que non poden ser meliores,
Y non sento quen los dola.

Tempraré, y diré cançon
Aquela traydora perra
Que finca mio corazón:
Ele fayze sin razon
En fazerlos tanta guerra.

CANCION.

Uno cuidado
Que la miña vida ten,
Non lo saberá ninguén.
Millor la dará á entender
O men dolor lastimero.
Ainda ó quero fazer;
Si esta cantica dixer;
Na sé para que vos quero.

CANTICA.

Na sé para que vos quero
Pois me d'ollos na servis,
Ollos á que tanto quis.
Per á ver me fastes dados,
E vos á chorar vos distes;
E si eu teño cuidados,
Meos ollos, los quisistes.
Depois que en ellos me vistes
Do descanso me fugis: —
Ollos, á que tanto quis.

¿Qué te parece ó cantar?

MOZO.

¡Oh, Señor, vay muyto boa.
Naon se podera achar
Quen la supera falar
Millor en toda Lisboa.

PORTUGUÉS.

Dices a o vas tu falar.
¡Voto á Deus! nan se achara
Inda que fora á buscar
Aquen é alen do mar,
Ome que millor cantara.

DON FARON.

Señor, porque pareceis
Tal persona y tan honrada,
Pedimos que nos quiteis
De una dubda que veréis
Que aqui tenemos trabada.

PORTUGUÉS.

Deci, judeos, deci,
Que aunque fostes desterrados
De la miña terra así,
Aunque yo non so rabi,
Vos dejaré concertados.

DON FARON.

Bien habeis oído decir
Por ventura vez alguna
Como tiempo ha de venir
Cuando se han de reducir
Las leyes todas á una.
Y todo será un pastor
Y un rebaño y una grey
Cuando le plega al Criador;
Y vos lo sabréis, Señor,
Por ser pariente del Rey.

Nosotros á contender
Que nuestra ley, ques mas sana,

Sola ha de permanecer,
Y estos moros defender
Que la suya tan profana.
Desatadnos la quistion;
Porque todos esta vez
Os dejamos, que es razon,
En esta gran confusion
Que dellos seais juez.

PORTUGUÉS.

Judeos, el que ha quemado
Las cellas alla en la escuela,
Vos dará deso recado,
Que yo todo mi cuydado
Es en damas y viola.
Mas aunque no so letrado,
Eu vos queyro responder
E deisarlo sentenciado;
Judeos, é un ruy ganado,
E non fallo qué escoger.

E teño certo creydo
Por fidalguía y nobreza,
Que ollay ca corral lido
Ha de ser todo comprido.
De nostra ley portuguesa.
Qu' esta es ley muyto galana,
Fidalga de á par de Deus,
E mais que sendo cristiana,
Es millor que la marraua:
Aquesto cregued, judeus.

SAN AUGUSTIN.

Amigos, todos estais
Engañados, si habeis visto;
Y para qué lo sepais,
Será razon entendais
Lo que dice Jesu-Cristo.
Dice que es el buen Pastor,
Y que el pastor bueno suele
Poner sin ningún temor
Su alma con grande amor
Por la oveja que le duele.

Pero aquel pastor que está
Alquilado y á soldada,
A este poco le da,
Aunque el lobo halle allá
Carne y robo en la manada.
Mas antes, si ve venir
Al lobo, como no es suya
La hacienda, da á huir,
Que no quiere resistir,
Aunque mas se le destruya.

Mas él es tan buen Pastor,
Que sus ovejas conoce;
Y ellas á él con amor
Que le tienen, sin temor
Que el lobo no las destroce.
Y que otras ovejas tiene
Que no son deste rebaño;
Las cuales traer conviene.
Y oirán su voz cuando snene,
De que no les verná daño.

Y todas se han de hacer
Un rebaño y un Pastor,
Y otro ninguno ha de haber;
Y esta la ley ha de ser
Evangélica y de amor.
¡Questa es la ley del Señor,
Gloriosa, bendicta y fuerte,
Ley divina, ley de amor,
Sin mancila, sin error,
Que las ánimas convierte.

Pues esta ley seguiréis,
Hermanos, de mi consejo;
Porque en esta os salvaréis;
Y ora que tiempo teneis,
No perdais tal aparejo.
Deja ya de ser judíos,
Pues non esperais sino brasa
Por tan grandes desvarios;
Y el buen día, hermanos míos,
Siempre lo meted en casa.

DON FABON.

Por el Dió, tiene razon;
Son que el Demonio nos ciega
Para nuestra perdicion;
Qu'esta es su condicion.
Donde se aposenta y llega.

(Entra el Portugués á la Muerte.)

PORTUGUÉS.

¿Que faceis cá, carantoña?
¿Sois vos á que pregonastes
As cortes? Deci, peçoña,
E vos ¿nan teneis vergoña?
¡Oh! ¿Muyto hora má os sentastes!
¡Voto á Deos! Si vos achara
Ao tempo que ovi ó pregon,
Ollay cá, que vos tomara
Assí, assi, que as pisara
As tripas e o corazon.

Ollay cá, já já os he achado.
Bendeci ¿quen vos mandó
Levar como es levado
Noso tempo malgrado
A princesa que morrió.
E los reyes que pasaron,
Do noso reño señores,
Deci, ¿ó los dedicaron?
Mas cuydo que non bastaron
Vosas forzas e rigores.

MUERTE.

Muy claro das á entender
Tu poca sabiduría:
No me debes conocer.
Yo soy á quien dió poder
Dios, porque él lo permitia.
Que de mí y destos criados
Ningun viviente escapase,
Aunque fuesen sus estados
Mas altivos y encumbrados;
Yo sola el mundo acabase.

Yo soy quien hizo cesar
A David y al Macabeo;
La que pudo derribar
A Alejandro, y contrastar
Al gran Julio y á Pompeio.
Campos Filipo's llorados,
¿Quién, por ventura, bañó
Vuestros montes y collados
Con casos tan desastrosos
Y en sangre, si no fui yo?

¿Quién tuvo fuerza y poder
De hacer tan gran estrago
En Dario y su gran valer?
¿Quién hizo en sangre volver
A los campos de Cartago?
¿Quién acabó Scepiones
Fabios, Metelos y Gracos?
¿Quién derribó sus pendones,
Sus murallas y escuadrones,
Y los volvió tanto flacos?

Sobre todos alcancé
Con mi guadaña victoria;
Que ni en Portugal dejé
A Alfonso Enriquez, que fué
Rey de gloriosa memoria,
Ni á su sucesor don Juan,
Ni en Castilla al rey Fernando.
Isabel, Juana; ¿dó están?
Que todos conmigo van,
Sin á nadie ir perdonando.

PORTUGUÉS.

¡Voto á Deos, doña Roñosa,
Fantasma mal encarado!
¡Ollay ben á la lendrosa!
¿Dó á Demo á mentirosa!
¡Olla, mentira probada!
Esos todos que levastes
Nin un oy de Portugal,
Que inda esotros matastes,
A Portugal non chegastes,
Nen fecistes nen un mal.

Decey como os feristes;
Eu se que non los chamastes
A o campo, nen osastes:
Que en fin do medo tovistes (1).
Veniestelos á matar
Por buracas espretando,
Como quen ven á furtar,
E de noyte, é con calar,
Mayto de longe tirando.

Que nos reys que en el reynaron
Esos quisieron morrer,
Que de o mundo se enfadaron,
E depois quando acabaron,
Fó muyto por su pracer.
Que no e vosa forza tal,
Que osásedes emprender
En el rey de Portugal,
Ques seu poder tan real,
Cuale vos daré á entender.

O primero é rey don Juan,
Por gracia de Deus do ceos
E de os lugares que están
En Africa, se diran
Con Algarves que son seos.
Con ailla da Madera,
Cabo Verde, co Brasil,
Guiné, á mina terceyra
Dio, á inda toda enteyra,
E mas otras terras mil.

E grande conquistador
De Arabia é de los persianos,
De Mar Bermello señor,
E craro administrador,
Ca donoso os lusitanos
Vedela si es zumberia
Queredes do o zumar.
Ollay cá, ben poderia
Con su gente en soo un día
Todo o mundo guerrear.

Porque en deixando razones,
¿Quén os mandó hacer Cortes?
Dai cá logo as provisiones
Do Rey é de sus varones,
Consellers é consortes.
Acabá já d'enseynar
Si teneis, poderes seos.
Se non, cuiday de acabar;
Que no heis d'en Cortes estar
¡Voto á Deos! ¡Consagro á Deos!

Já no podeys escapar;
E deceyme, ruyn persoa,
Já que quereis pregoar,
¿Non fora millor armar
As Cortes allá en Lisboa?
Que si os Angos se baxáran
D'alá, do ceo sagrado,
A vivir cá no pobrado,
Que en Lisboa se ficáran
Por pobro mas afamado.

¿Qué belo porto do mar
Ten lá tanta caravela
Bombardas para tirar
Si non vistes as armar!
¡Boa fe, non baste Castela!
Mas ollays muyto sobestes
En non pasar adelante:
Ben sé porque o fecestes
¡Boa fe, de temor que hobestes
Do Cardenal é do Infante!

Que si elos lá vos hacháran
Por levarles sua sobrina,
¿Voto á Deos, logo mandáran
Que os prendesen, é os lançaran
Na cadena muyto azina!
E guarday, non vades lá,
Sino for con intençon
D'esto que fecistes cá

(1) Tambien tiene un verso menos esta quintilla.

Ir ao Rey lá donde está
Para pedirles perdon.

Ainda non sé si ó fará
Porqua muyto le gastastes:
Un, por facer Cortes cá;
Outro, porque fostes lá,
E á Princesa le fortastes.
Hora já, esto es passado,
Determinay de jurar
Un jurameinto sagrado,
Non para ser quebrantado,
Mas pera ben ó guardar.

Que non iréys á Portugal
Por ninu fidalgo honrado;
E si quisierdes entrar,
Heis liceneia de tomar
Del Rey con suo mandado.
Es si ansinan non fierdes,
Dayvos por dessafiada,
Do modo que vos quisierdes,
Ollay ben, que si la fuerdes,
Non leveys essa embaxada.

Sen ollay, mal encarada,
Irémonos despedidos,
Se non, con capa y espada,
Ó con darga embracada,
O dentro de o mar metidos.
Y en un batel ha de ser,
Sen levar nen un barqueyro:
E si tal quisese hacer,
En e daria á entender
Como nan e bou baestero.

Que en vo lá al Re avisar.
Ollay; non vos escaeca
De ir vos consigo á matar;
Porque me vo á obrigar
Au Rey dar vos a cabeza.

MUERTE.

¡Oh, cuánto es innumerable
Este cuento de los locos!
No hay persona que lo hable,
Segun qu'ello es variable,
Mayormente destos pocos.

¡Provincia tan desdichada,
Lusitania, en la verdad,
Que siempre fuiste notada,
De criar gente tocada
De locura y necesidad!
Satanás, dale á entender
Cuánto es mi ser riguroso,
Para que lo pueda ver.

SATANÁS.

Vov, por hacerte placer.
Volvé, volvé, don Seboso.

PORTUGUÉS.

¡Hola, Demo! ¿qué falais?
¿Cuydais que so castesao?

SATANÁS.

Don Loco, porque sintais
Quién es con quien os tomáis...

PORTUGUÉS.

Tiray ó ganeho da mano.

SATANÁS.

No, que os tengo de llevar
Adonde está vosa pae.

PORTUGUÉS.

Teñovos de cutilar.
Van quereys sino chegar.
¡Ay, valemé, miña mae!

¡Aqui de ó Rey, mi señor!

MUERTE.

Déjale; que no es llegada
Su hora.—Di, pecador,
Y ¿ahora pides favor
A tu madre sepultada?

ESCENA XXI.

VIEJOS Y MOZOS, VEJEZ, MUERTE, JUVENTUD, SANTO DOMINGO, VIEJO, MOZO, CULPA; CLOTO, LAQUESIS, ATROPOS, *parcas*; SAN JERÓNIMO, SAN AGUSTÍN.

VEJEZ.

¡Oh, lobo feroz, hambriento,
Espantable y mal visaje,
De humana sangre sediento,
Ante cuyo acatamiento
Tiembra el humano linaje!
De mis años muy cargada,
Sabrás que soy la Vejez
Con gran trabajo allegada,
Por los viejos enviada
De toda la redondez.

MUERTE.

¿Qué pide la Senetud
Y esa multitud de canas,
Tan faltas ya de virtud?

VEJEZ.

Señora, que el ataud
No les des, pues nada ganas.
Y ante ti vengo á quejarme,
Como su procurador,
Y de ti sola á agraviarme,
Si no piensas otorgarme
Una merced y favor.

Todos los viejos á una
Tienen mil quejas por cierto
De ti, y con razon alguna,
Viendo la adversa fortuna
Que los arribó á tu puerto.
Porque siendo ellos la gente
Que mas en el mundo importa,
Y á todo el siglo presente,
Tu espada continuamente
En ellos mas siega y corta.
La romana monarquía,
Mientras que fué gobernada
De aquella sabiduría
De la antigua policía,
Tuvo su bandera alzada.
Pero despues de perdida
Aquella severidad
De los viejos, y medida,
Preguntote, ¿qué caída
Dió su imperio y libertad?

Y no solamente agora
No ha conservado su imperio
Aquesta tan gran Señora,
Mas tan grande emperadora
Ha venido en vituperio.
¿Qué gentes ni qué naciones
Hay, que no hayan hecho estrago
En las romanas regiones?
Decidlo, Galos, Senones,
Vos que les distes tal trago?
Vosotros, Godos, ya veis
Sus muros, sus edificios
Cuán por el suelo teneis;
Que piedra no hallaréis
Que no sacastes de quicios.
Y no han sido tan ligeras
Vuestras pérdidas continuas;
Pues hasta las gentes fieras
Y occidentales banderas
Os han buscado ruínas.
Pues la causa qu'esta gloria
Se perdiese, gentes vanas,
Diga que fué la memoria,
Que la orden Senatoria
Se deshizo ya, y sus canas.
¿Con qué lágrimas, gemidos,
Te lloraré, Quinto Fabio?
Con qué sospiros crecidos,
Pues hiciste á los nacidos
Tan gran injuria y agravio?

Todos los males que afligen
Las repúblicas mundanas,
Es porque ya no se rigen
Por los viejos, ni corrigen
Con sus venerables canas.
Que estos miran como Jano
Lo pasado y porvenir,
Y tantean con su mano
Lo que conviene y es sano
Al hombre para vivir.

¿Adónde se hallarán,
Apio Candio, tus consejos;
Ni en qué sepulcro estarán
Tus huesos, que no darán
Gran alabanza á los viejos?
Quinto Máximo, ¿qué haces
Que al mundo dejaste triste
Y viudo de sus solaces;
Tú, que en las guerras y paces
Tan buenos avisos diste?

¡Oh, tiempo lleno de flores,
Cuando para aquel Senado
Sacaban los senadores
De aquellas canas mayores
Que andaban tras el arado!
¡Oh cuán poco se altercaron
Las tus canas, Cincinato,
Al tiempo que te sacaron
Tras la reja, y te llevaron
Con el romano aparato!
A los vicios y pecados,
Con toda su redondez,
¿Quién los tiene refrenados,
Sumergidos y ahogados,
Sino la sancta Vejez?
Pues si acaso los que el mundo
Gobiernan tienen en peso,
Tú llevas, desde aquí fundo,
Que es mal, donde no hay segundo,
Ó que allá nos falta el seso.

Dime, ¿en qué espejo podrán
Mirarse los que vinieren,
Ni qué norte seguirán,
Cuando caminar querrán,
Si los viejos fallecieron?
De toda la antigüedad,
¿Quién da testimonio, di,
Para inquirir la verdad,
Sino aquella gravedad
De años que ves aquí?
Mira qu'estos no pretenden
Sino sola la virtud
En el mundo, y la defienden,
Y solos estos entienden
En la sancta rectitud:
No me quiero fatigar
En darte aquí mas razones,
Porque no debas llevar
Los viejos, ni molestar
Con tus tan duras prisiones.

Solo es bien sepas de mí
Las quejas grandes, crüeles
Que todos tienen de ti;
Ver que los llevas así,
Y del mundo no te dueles.
Provea tu majestad
En sus Cortes de algun medio;
Duélase de la orfandad
Del mundo, y su adversidad:
No los dejes sin remedio.

JOVENTUD.

Señora, ¿cuán injuriada
Tienes hoy la Joventud,
Por ver que nunca tu espada
Deja de estar afilada
Para daries ataud.
¿Qué es esto, Señora, di?
¿Qué llevas la flor del mundo
Tan sin respeto y así,
Y no haya remedio aquí!
¡Oh, mal, donde no hay segundo!

Vuelve, y mira bien que yerras;
Porque estos ya ves que son
Los que defienden las tierras
Y el corazón de las guerras;
Fúndate sobre razon.
No te quiero aquí decir
Las razones evidentes,
Que debieras admitir,
Porque no deban morir
Los mancebos florecientes.

Solo es bien que entiendas, Muerte,
Que conviene hacer paces,
Y por dichosa tenerte
Con una gente tan fuerte,
En quien tal estrago haces.
¿Qué puedes, Muerte, alegar
Contra tamaña osadía
De querer desbaratar,
Destruir y derribar
La mundana policía?

Contéplalo bien primero
Antes que des al través
Con ellos, y al retortero,
Que no es cabo tan ligero
Que se restaure despues.
Esas tus armas crüeles,
Guadaña, hacha sangrienta,
Que traes por ricos joyeles,
Sábetete que son mis hieles
Que los ponen en afrenta.
¿Cómo qué! ¿Precio ni ruego
No nos han de aprovechar
Para mitigar tu fuego?
¡Oh, de ti, Muerte, reniego,
Pues que nos quies asolar!
Que viva la flor del mundo;
Da corte en esas tus cortes
Que á mí mesmo me confundo,
Que á linaje tan jocundo
Las vidas siegues y cortes.

¿Quiés, Muerte, perficionar
Tus triunfos y blasones
Con la Joventud llevar?
Quiés esculpir y dorar
Tus estandartes, pendones?
Ya creo, Muerte, que habrás
Entendido mi embajada:
No quiero enojarte mas,
Porque creo que harás
Cosa tan justa y loada.

Y si no quieres hacer
Lo que conviene y te pido,
Aquí no es mas menester,
Sino ver y conocer
Que no hay mundo, y que es perdido.
¡Oh, fortuna! y ¿por qué diste
Tanto ser y hermosura
A la Joventud, pues viste
Que tal contrario pusiste
Á tan bella criatura?

Si estrago tan sin segundo
Quiés hacer, cual no creemos,
En linaje tan jocundo,
Muerte, tómate tu mundo;
Que en él no hay para que estemos.

MUERTE.

¡Oh, hombres, que no entendeis
Lo que pedis en pedir
Las vidas que pretendéis!
Y ¿no es mejor que goceis
Del que es la vida y vivir?

Seguis tras ese apetito
Del mundo, y de su mal nombre.
Sancto Domingo bendito,
Respondedles con lo escrito
De la miseria del hombre.

SANTO DOMINGO.

El sancto Job dibujando
La humana y triste miseria,
De los trabajos hablando,

Nos va muy claro enseñando
De cuán flaca y vil materia.
Porque el hombre no se eleva
En aqueste polvo y cieno,
Dice del lo que se debe,
Que vive tiempo muy breve,
Y ese de miserias lleno.

Su vida, como una flor,
Se consume muy apriesa;
Cuando está en mayor frescor
Se seca con el temor
De la Muerte, y va á la huesa.
Por mil formas y mil vías
Su trabajo es ordinario;
Pues la Muerte anda en espías;
Los sus años, los sus días,
Como los de un mercenario.

Y segun que lo doctó
De trabajo y pena fuerte,
Por muy cierto tengo yo
Que el mayor bien que Dios dió
A los hombres fué la muerte.
Pues la vida peligrosa
¿A quién habrá que no asombre?
Tan flaca, tan trabajosa,
Que el vidrio es mas fácil cosa
De conservar que no el hombre.

Porque si el vidrio ponemos
Donde se guarde y se encierra,
Mucho tiempo lo ternemos,
Mas la vida no podemos
Que no se caya en la tierra.

MUERTE.

Mas ¿qué gente es la que viene
Por aquel camino arriba,
Que en mirarme se detiene?
Para ver lo que conviene,
Mi consejo se aperciha.

VEJEZ.

Señora, como he tardado
Yo y la pobre Joventud
A tus cortes ha llegado
El Mozo y Viejo cansado
Por procurar su salud.

MUERTE.

Este, viejo debe ser,
Segun viene carleando,
Y este, mozo: quiero ver
Qué vienen á proponer.—
¿Cuyos sois, ó por qué bando?

VIEJO.

Somos, Señora, vivientes
En redondez de la tierra,
Tu madre, si paras mientes,
Y aquestas tus bien querientes
Contino nos hacen guerra.
¿Ves aquesta tan profana
De quien mas me quejo yo,
Que mi barba trae tan cana?
Esta es la Culpa Humana,
Madre que á ti te parió.

Danme mas razon que pene
Aquestas tres por su estilo;
La Clota, que el uso tiene,
Laquesis, hilando viene;
Atropos, que corta el hilo.

MOZO.

Esta compañía es venida,
Que á tus cortes fué citada,
Y por nosotros pedida,
Porque nos quitan la vida
Antes de ser acabada.

Y aquestas tres oficiales
A todas las criaturas,
En los campos y en las salas,
Sus vidas, buenas ó malas,
Hilan durmiendo y á oscuras.
No esperan la edad postrera,
Que en agraz vamos y en hoja;

Que duerme la hilandera,
Y así echa la tijera
Por á do se les antoja.

MUERTE.

Madre Culpa, ¿qué decís
A lo que aquí se ha pedido?
Y vosotras, pues oís,
Responded lo que sentís
El cómo aquesto haya sido?

CULPA.

Hija, sabréis que de Adán
Me quedé en la inclinación,
A los hombres por gaban,
Y por mí, en premio, les dan
A vos, para su sayon.

Si este Viejo traigo atado
De la barba, como veis,
Es porque no se ha enmendado,
En tiempo tan prolongado,
Que la hebra le corteis.

SAN AUGUSTIN.

¡Oh, Muerte! tente y espera;
Su hilo no sea cortado;
Detenle entre la tijera,
Porque antes que se muera
Ya quiere ser enmendado.

PARCA.

Nosotras, Reina, hilamos
Sus vidas sin nos dormir;
Mas mil aristas topamos
De los excesos que hallamos
Que hacen en su vivir.
Unos con ciega afición
Vanse á la carnalidad;
Otros, sin regla y razon,
Dánse al vino y tragazon,
Por do mueren sin edad.

La madre Naturaleza
Su hilo limpio nos daba;
Mas ellos con gran torpeza
Ponen al comer presteza,
Por do el hilo se quebraba.

SAN JERÓNIMO.

Sientan los Mozos su paz;
Que si aquí no los esperan
Y los llevan en agraz,
Es porque en vicios asaz,
Siendo uvas, se pudrieran.

Y mejor es niño tierno
Ir al limbo, ó haber gloria,
Que en pena *sensus* de infierno,
Y *damni* sin Dios eterno
Ir viejo en mala memoria.

SAN AUGUSTIN.

Tambien, si al Viejo esperaron
Tanto número de años,
Fué porque le remediaron,
Y sus obras se enmendaron,
Conociendo sus engaños.

VIEJO.

Señora, mi queja es
Por ser tan largos mis días,
Con mil penas de vejez:
Pues en cortes sois juez,
Acortad las plagas mías.
Que yo que tengo metido
El un pié en la sepultura,
De amor tierno me ha herido
Aquel falso de Cupido;
¡Oh qué gran desventura!

MOZO.

Pues yo que debo gozar
Dese amor que se reprueba,
Me siento á muerte llegar
Con ayer al mundo entrar,
Sin saber por qué me lleva.

MUERTE.

Viejo y Mozo, no os quejeis
De ver tiro tan avieso;
Antes cumple me escuchéis,
Y en estas cortes sabréis
La causa dese suceso.

Un día que caminaba
Yo y Cupido, dios de Amor,
A otras cortes que llamaba,
La noche ya se acercaba,
Que en ella hago labor;
Cupido allí me rogó
Quedase en su compañía;
Pues él, como yo, cegó,
Y yo iría donde esté
Cuando amaneciese el día.

Y así lo quise hacer,
Y mi arco con mis tiros
Par de mí los fui á poner;
Y él lo mismo, por placer
De muchos, sin dar sopiros.
Ya que el día alboreaba,
Cada cual fué desparcido.
Yo pensé que allí tomaba
Mis saetas y mi aljaba,
Y tomé la de Cupido.

El como se levantó
Tomó mi arco adversario,
Y el aljaba que halló;
Y como así se trocó
Es el efecto en contrario.
Qué yo, de que tiro fuerte
A los viejos la saeta
Para herillos de muerte,
La herida se convierte
En amor, que los subjeta.
Y cuando al mancebo, Amor,
Con sus flechas va hiriendo,
Pensando dalles dulzor,
Hiere de mortal dolor,
Los sus días feneciendo.

SAN AUGUSTIN.

Hermanos, lo que ha contado
La Muerte, tanto temida,
En fábula, es figurado,
Un aviso delicado
Para enmienda de la vida.

Que la saeta mortal,
Fijada en nuestra memoria,
Causa un amor divino
Al Viejo si deja el mal
Por donde alcance la gloria:
Y cuando el Mozo es herido
Con la saeta de Amor
Por ser lascivo y perdido,
Muere el alma y su sentido,
Como malo y pecador.

MUERTE.

Pues mirad, y allá decí
A los viejos qu'estén ciertos
Que presto tendrán á mí;
Y á los mozos descubri
Que tambien han de ser muertos.
Que ame el Viejo como debe
A Dios que le redimió;
Y el Mozo cuando se atreve,
Que piense vivir cual debe,
Que al fin le saltaré yo.

SAN AUGUSTIN.

Decid mas, si confiaron
Larga vida haber sin son;
Que miren los que pasaron;
Que tres cosas me espantaron,
Y una en mas admiración;
Y esta fué de la partida
Que el Mozo hace viciosa:
Cuando va en temprana vida,
De mí es dudada y temida
Su salvacion tan dudosa.

ESCENA XXII.

EL AUCTOR, MUERTE.

AUCTOR.

El Secretario y Auctor
Destas cortes que has llamado,
Y tambien de las de Amor (1),
Se queja de tu furor,
Con el cual le has agraviado.
Que al tiempo de tu pregon
Sacaste d'entre mortales
Una dama de tal son,
Que en saber y perficion
No dejaste dos iguales.

Y fué tan arrebatada
Aquesta oriental estrella,
Que á saber de la llegada
Amor de su aguda espada
Pudiera ser defendella;
Y así quedan en quistion
Minerva, Amor y Natura,
Cerca de la perficion
Y del saber y aficion
Desta angélica figura.

Pide Amor el maleficio
Que en la llevar tú causaste,
Pues amoroso edificio
Y altar de su sacrificio
En ella le derrocaste.
Dice y alega Natura
Que solo fabricó dos
De tan perfecta hechura,
Delante la cual figura
Amor no se llame Dios.

Minerva, que ha fallecido
En el mundo su caudal,
Y que por Muerte ha perdido
Mas que Natura y Cupido,
Que en saber no deja igual.
A todos tres este día
Los dejas puestos en guerra;
Pero cese tu porfia,
Que lo que cualquier pedia
Tú lo convertiste en tierra.

MUERTE.

Humano, tu sentimiento,
Aunque con justa razon
Por pedir tan gran talento,
Me preste sentido atento,
Muy desnudo de aficion:
Si yo llevé, cual recitas,
Esa dama en tierna edad
Y otras muchas infinitas,
Por bien y mal son escritas
En el libro de Verdad.

Bien sabes á qué veniste
Al mundo tú y los mortales,
A ganar lo que perdiste,
Por Adán, tu padre triste,
De las sillas celestiales.
Y así, como pasajero
Caminas de venta en venta.
No seas simple, grosero,
Y acá te quedes trasero
En lo que mas te contenta.

Si damas sabias, hermosas
Y varones esforzados
No se secasen cual rosas,
Serian dioses y diosas
Por los del mundo adorados.
Y así, porque solo á Dios
Este honor se debe eterno,
Os los lleva d'entre vos
Una á una, y dos á dos,
Para el cielo y el infierno;

(1) Alude á las Cortes de casto Amor, escritas por el mismo Hurtado de Toledo, é impresas en el mismo año y bajo el mismo volumen que las de la Muerte.

Porque mejor conozcáis
Donde va vuestra esperanza,
Y en el mundo no tengáis
Fe con lo que mas amais,
Pues es vana confianza.
Bien conozco qu'esa dama,
En gracia y en hermosura,
Saber y virtud y fama
Fué para gloriosa cama;
Mas por tal subió al altura.

Porque yo con mandamiento
Del Consistorio divino.
La saqué de su aposento;
Y despues mas de otros ciento
Llevé por este camino.
Y si tú saber deseas
Qu'es la causa, yo te digo,
Cuando en mis cortes las veas,
Que por ser buenas me creas
Las tengo juntas conmigo.

Y ansina por presidente
Deste consejo que hago
Llevé tu dama excelente.
Imitala sabiamente,
Y tendrás de Dios el pago.

AUCTOR.

Señora, con esperar
El tiempo, aunque largo, breve,
En el cual me has de llevar,
Viviré sin sospirar
Y sin cometer aleve.

ESCENA XXIII.

MUERTE, PROCURADORES DE LOS
ESTADOS, OBISPO, ÁNGEL, SA-
TANAS, MUNDO, CARNE, CARON.

(Tañen las trompetas, y dice la Muerte.)

MUERTE.

Gentes y procuradores,
Avisá á vuestros estados
Que tengan despertadores,
Porque estos linceos traidores
Los miran muy desvelados.
Contino le sean presentes
Mis voces, mis alaridos;
Y las orejas patentes,
No como sordas serpientes
Se atapan mas los oídos.

Y avisaldes lo segundo
Que aquel maldito Antecristo
Ha de venir presto al mundo;
Que las sillas del profundo
Vendrá á poblar, será visto.
Siempre tengan atalaya,
No les engañe el perverso
Con los errores que traya;
Háganle tener á raya;
Que en males será diverso.

Miren que su nacimiento
En Babilonia será;
Y hijo de perdimiento
Por su mal entendimiento
Y maldad se llamará.
Con cuatro suertes de engaños
Ha de pervertir las gentes;
Y estos serán tan extraños,
Tan terribles y tamaños,
Que espantarán los vivientes.

Vendrá con gran abundancia
De bienes para los malos;
(¡Ay, dolor de su ganancia!)
Para el bueno y su constancia,
Mil tormentos é intervalos.
A los simples atrairá
Con falsas predicaciones
Y milagros que hará,

Y á otros engañará
Con astutas persuasiones.

De magos y encantadores
Y malélicos perdidos.
Príncipes, reyes, señores,
Se arreará y malhechores,
A quien traerá convertidos.
Enoc verná, y Elias
A repugnar el malvado
Sus perversas herejías,
Para que á las rectas vías
Vuelvan á los que ha sacado.

Estos por gracia divina
Tres años y medio enteros
Predicarán la doctrina
De Cristo tan sancta y dina,
Sacada de sus mineros:
Predicando penitencia,
De sacos vernán cubiertos
Con ejemplo y abstinencia;
Y por divina potencia
Harán milagros muy ciertos.

Mas al fin muertos serán
Por mano del Antecristo,
Aunque despues los verán
Levantarse, y subirán
Al cielo con Jesu-Cristo.
Al cabo, á aqueste malino
Y tirano tan cruel
Matará el poder divino
Por mano de aquel tan dino
Gran alférez san Miguel.

Así, el que no se somete
A Dios, ved en qué paró;
Cuya prision, muerte y brete
Será en el monte Olivete,
Do Cristo al Padre subió.

OBISPO.

Oh, hermanos, qué buen consejo
La Muerte aqui nos ha dado!
Pues tenemos aparejo,
Tengámosle por espejo
Y por un rico dechado.

Quitemos las esperanzas
Del mundo y su vanidad,
Pues que en él no hay confianzas,
Y con grandes alabanzas
Se alabe su Majestad.

ÁNGEL.

Pues las cortes te contenta,
Muerte, alargar por mas dias,
Subamos á dar la cuenta
A aquel Señor que se asienta
Sobre todas jerarquias.

SATANÁS.

Mundo, Carne, amigos fieles,
Bien habeis ya visto y vimos,
Pues no somos muy noveles,
Los contrarios tan crueles
Que en estas cortes tuvimos.
Pues conviene que con furia
Todos tres hoy trabajemos
Por vengar tan gran injuria,
Y con soberbia y lujuria
Todo el mundo conquistemos.

Vos, Mundo, de buena tinta,
Como lo sois hacer,
Muy mejor que aqui se pinta,
Poned las haldas en cinta,
Porque agora es menester.
Que con vuestra industria y maña
Yo sé que derribaréis
La mas soberbia montaña;
No piense esta compañía
Qu'es poco lo que podeis.

Carne, vos que la bandera
Llevais de nuestro escudron,
Y sois la red barredera,
Haced de forma y manera

Que venzáis el batallón.
Y á mí con estos mortales
Me dejá; que ya habes visto
Que aman mas los humanales
Todo el mal de nuestros males
Que no el bien de Jesu-Cristo.

Aunque trabajo han tomado
Por sacarnos de las manos
Los que habíamos enredado,
De que todos han quedado
Contentos y muy ufanos;
Mi parecer decir quiero,
Que contra aqueste escuadron
Venga algun buen compañero.

MUNDO.

¡Sus! vaya luego Lutero
A gran prisa por Caron.

Darle hemos cuenta en un punto
De lo hecho; tomaremos
Acuerdo con él, y junto
Avisalle tenga á punto
El batel en que pasemos.

SATANÁS.

¡Sus! Lutero, ve á traer,
Pues tienes habilidades,
A Caron, que es menester.

MUNDO.

Anda, que no suelas ser
Negligente en las maldades.

Y entre tanto, daca, hermano,
El registro, y no te pene;
Y veré bien si tu mano,
Como fiel escribano,
Ha escripto lo que conviene.

(Vase Lutero, y dice el Mundo.)

Porque tengo pensamientos
Que por aquestos demonios
Padezcamos detrimentos,
Porque estos tus instrumentos
Has falsado, y testimonios.

No es mucho qu'este maldito
Haga falsedad, hermanos,
En esto que aquí está escripto.

MUNDO.

Segun trasciende infinito,
Bien es miralle á las manos.

(Lee Satanás el escripto, y dice.)

SATANÁS.

Nunca menos lo pensé
¡Oh, traidor! que cosa alguna

Yo no hallo que aquí esté
De suantas la ley dicie.

MUNDO.

¡Sus! tras él á la laguna.

SATANÁS.

Vosotros me esperá aquí;
Qu'el verná aquí aherrojado,
O no habrá pieza de mí.

MUNDO.

Corre, corre luego allí.
Antes que sea embarcado.

(Va Satanás corriendo á la laguna por Lutero,
y dice la Carne.)

CARNE.

Hermanos, no es cosa nueva,
Que quien malas mañas ha,
Cada punto las renueva.
Y el refran lo dice y prueba:
Que nunca las perderá.
Mirad que cuenta dará
Satanás procurador
Del tiempo que ha estado acá,
Pues todo el registro va
Falsado por un traidor.

(Viene Satanás por Lutero, y dice.)

SATANÁS.

Ayúdame, que desmayo.

CARON.

Yo te mando mal invierno.

SATANÁS.

Ten, que por el peso cayo,
Y aun me parece que trayo
A cuestas todo el infierno.

CARON.

¿No ves que todo el camino,
Por darnos aquí mal trato,
Se nos hace mortecino?

SATANÁS.

Aunque tuviese el malino
Siete almas como gato.

CARON.

Algo mas apriesa andaba
Cuando allá al batel aporta,
Y porque no le embarcaba,
Viejo loco me llamaba.

SATANÁS.

Haceis de la gata morta.

CARON.

En ver su prisa, sospecha

Me dió luego al corazon
No andar la cosa derecha.
Y que quedaba acá hecha
Alguna grave traicion.

CARNE.

¿Qué castigo se dará
Al que engaños tan contrarios
Os ha hecho aquí, do está?
¿Qué castigo? El que se da
A los bellacos falsarios.

CARON.

Abreviemos; que hé recelo
No haga otro engaño y presa
Con que nos ponga del duelo.
No quede hueso ni pelo
Que no sea hecho pavesa.

(Aquí atan á Lutero para quemarle.)

CARON.

¡Sus! Sus! fenezca el maldito,
De los malos el peor,
Pues ha falsado lo escripto;
Aquí do hizo el delito
Pague la pena el traidor.

AUCTOR.

Entienda todo varon
Y toda mujer criada
La materia de que son,
Y concédannos perdon,
Que esta obra es acabada.

CANCION.

*Preciosa y de gran valor
La muerte del escogido
Es delante del Señor.*

Gran trabajo es el morir
Si no queda acá la fama,
Y si merece la llama
Por paga del mal vivir.
Quien á Dios quiere servir
Verá de cuánto valor
La muerte, etc.

Desde el mundo empezará
A gozar de los dulzores
Que Dios á sus servidores
Promete y allá les da.
Quien bien obrare, verá
De cuánto premio y honor,
*Preciosa y de gran valor
La muerte del escogido
Es delante del Señor.*

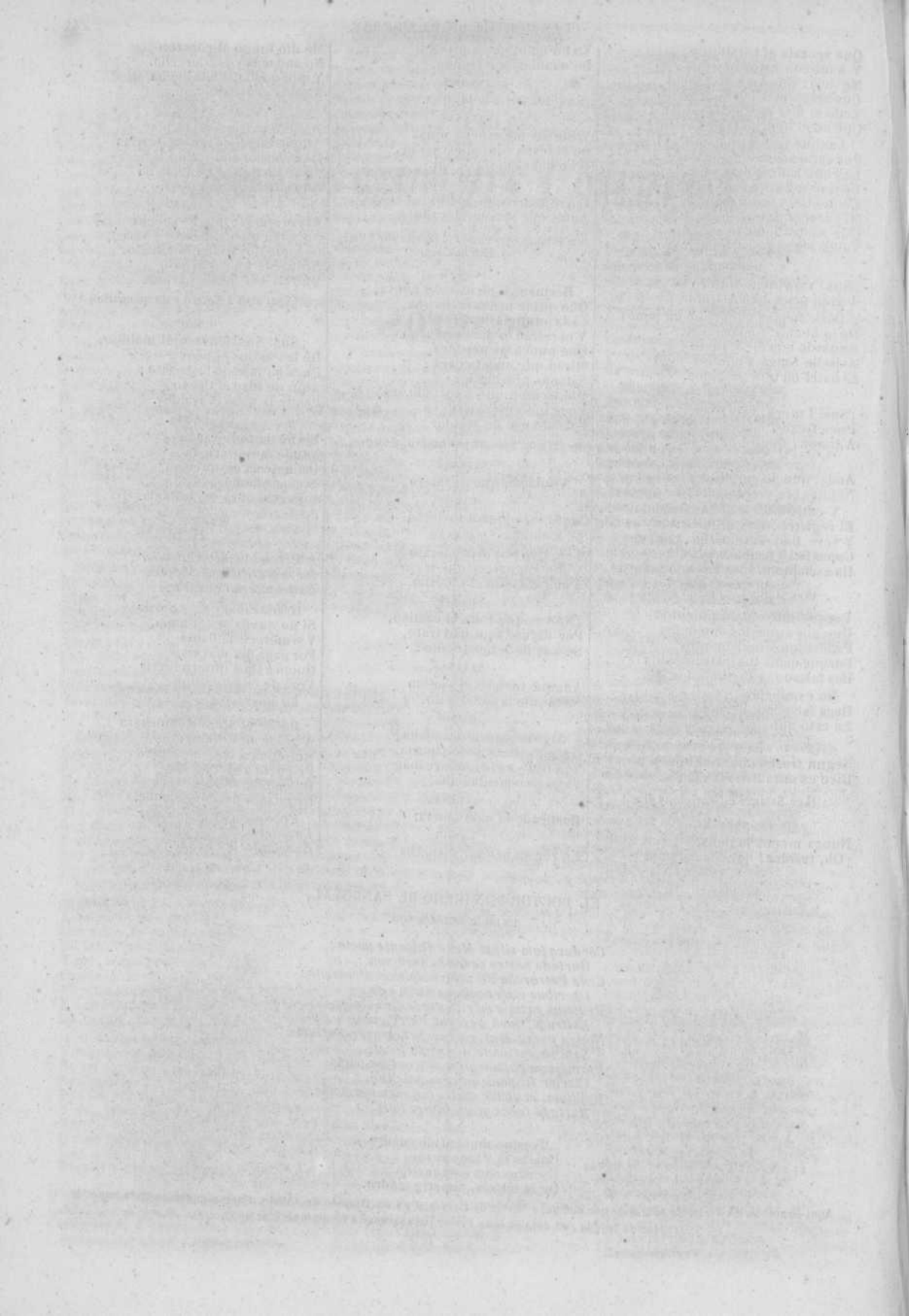
EL DOCTOR DON DIEGO DE SANDOVAL,

EN LOOR DEL AUCTOR.

*Corduavajam sileat Mena fulgente poeta;
Hurtado nostro cedat honore suo.
Cede Petrarcha illi; Hurtado vicit a'rumque:
Operibus visis cedimus ambo suis.
Redimus eximia mérito diadema Tolet'o
Nostrum, quod peperat Patria nostra sibi.
Nostra poesis erat, coelum penetraverat altum
Sola poetarum te nisi victa foret.
Porrigitur palmam tibi solo quippe poeta
Clarior Hispanis laureus inde tibi.
Melliflua, et victor nostri tua carmina conde.
Hurtado foelis grata futura totis.*

Porque mi sentido cuadre
Con la fe y toda razon,
Escribo con correccion
De la Iglesia, nuestra madre.

Aquí se acaban las Cortes de la Muerte que compuso Micael de Caravajal y Luis Hurtado de Toledo. Fueron impresas en la imperial
ciudad de Toledo, en casa de Juan Ferrer; acabáronse á 15 de octubre de 1557.



ROMANCERO Y CANCIONERO SAGRADOS.

SONETOS.

1.

No me mueve, mi Dios, para quererte
El cielo que me tienes prometido.
Ni me mueve el infierno tan temido
Para dejar por eso de ofenderte.

Tu me mueves, Señor; muéveme el verte
Clavado en una cruz y escarnecido;
Muéveme ver tu cuerpo tan herido;
Muéveme tus afrentas y tu muerte;

Muéveme, al fin, tu amor, y en tal manera,
Que, aunque no hubiera cielo, yo te amara,
Y aunque no hubiera infierno, te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera;
Pues aunque lo que espero no esperara,
Lo mismo que te quiero te quisiera.

SAN FRANCISCO JAVIER.

2.

Jesus, bendigo yo tu santo nombre;

Jesus, mi corazon en ti se emplee;

Jesus, mi alma siempre te desee;

Jesus, lóete yo cuando te nombre.

Jesus, yo te confieso Dios y hombre;

Jesus, con viva fe por ti pelee;

Jesus, en tu ley santa me recree;

Jesus, sea mi gloria tu renombre.

Jesus, medite en ti mi entendimiento;

Jesus, mi voluntad en ti se inflame;

Jesus, contemple en ti mi pensamiento.

Jesus de mis entrañas, yo te ame;

Jesus, viva yo en ti todo momento;

Jesus, óyeme tú cuando te llame.

Es del licenciado DUEÑAS. Se halla sin nombre de autor en el *Cancionero y vergel de Flores divinas*, etc., del licenciado Juan Lopez de Ubeda. — Alcalá de Henares, 1588, 4.^o

3.

Jesus, nombre que al muerto le da vida;

Maria, que la gracia nos alcanza;

Jesus, en quien estriba mi esperanza;

Maria, ejemplo que á vivir convida.

Jesus, puerto del alma convertida;

Maria, peso y celestial balanza;

Jesus, á cuya hechura y semejanza

Maria fué por nuestro bien nascida.

Jesus, que en el oído que resuena

Maria con Jesus van á porfia;

Jesus, diciendo el mar, la tierra, el cielo.

Maria es virgen de pecado ajena;

Jesus es quien da gracia y gloria al suelo.

Quien buscare á Jesus, llame á Maria.

UBEDA. — *Cancionero*.

4.

¿Por qué se alegra el mundo? Porque espera
Que viene ya el divino desposado.

¿De dónde? De su tálamo estrellado.

¿A qué? A dar fin alegre á su carrera.

¿Quién es? El rey del cielo. ¿Quién creyera

Que en la tierra quisiera ser casado?

En el consejo eterno se ha tratado

Que nadie á demandarlo se atreviera.

¿Quién es la desposada? Una villana,

Que es su nombre mortal naturaleza.

En dote ¿qué le dan? Ninguna cosa;

Antes el mismo Rey con su riqueza

La dota, y por quedar tan soberana,

Se goza de tenerla por esposa.

UBEDA. — *Cancionero*.

5.

¿Cuál música en la oreja suena al hombre,

Cuál sonoro, alegre ó dulce canto

Que le deleite y le enamore tanto,

Cuanto del buen Jesus el dulce nombre?

Pues solo imaginar, ó que se nombre

El nombre de Jesus glorioso y santo,

El negro, oscuro reino del espanto

No tiene infernal furia á quien no asombre.

El nombre de Jesus da gloria al cielo,

La tierra el aire de dulzura inflama,

Y aplaca el mar y cesa la tormenta.

Jesus es todo el bien, todo el consuelo,

Y el cuerpo do este nombre se derrama

Con Jesus vive el alma, y se sustenta.

EL MISMO.

6.

Sagrado redentor y dulce esposo,

Peregrino y supremo rey del cielo,

Camino celestial, firme consuelo,

Amado Salvador, Jesus gracioso:

Prado ameno, apacible, deleitoso,

Fino rubi engastado, fuego en hielo,

Divino amor paciente y santo celo,

Dechado perfectísimo y glorioso.

Muestra de amor y caridad subida

Diste, Señor, al mundo haciéndoos hombre,

Tierra pobre y humilde á vos juntando.

Venistes Hombre y Dios, amparo y vida,

Nuestra vida y miseria mejorando.

Encierra tal grandeza tal renombre.

JUAN DIAZ RENGIFO. — *Arte poética española*. — Salamanca, 1592.
Este soneto es retrógrado, que se lee igualmente al derecho que al revés.

7.

Dulcísimo Jesús, mi amor festina,
Festina, que por verte peno y muero;
Muero por ti, y así, mi amor, lo quiero,
Quiero porque amor á esto me inclina.
Incliname á decir, mi amor, camina,
Camina mas que el gamo muy ligero,
Ligero y sin tardarte, porque espero,
Espero que esperando amor se alina.
Enfermo estoy de amor y muy sediento,
Sediento como el ciervo fatigado,
Fatigado de amor tengo mi pecho;
Mi pecho solo en verte está contento,
Contento no hay sin ti, Jesús amado,
Amado con amor fuerte y estrecho.

Soneto encadenado, que se halla en el *Cancionero de Ubeda*.

8.

Mucho á la Majestad sagrada agrada
Que atienda á quien está el cuidado dado,
Que es el reino de acá prestado estado,
Pues es al fin de la jornada nada.
La silla real por afamada amada,
El mas sublime, el mas pintado hado
Se ve en sepulcro encarcelado, helado,
Su gloria al fin por desechada echada.
El que ve lo que acá se adquiere quiere,
Y cuánto la mayor ventura tura,
Mire que á reina tal sotierra tierra.
Y si el que ojos hoy tuviere, viere,
Pondrá; oh mundo! en tu locura cura,
Pues el que fia en bien de tierra yerra.

Soneto en eco, del padre maestro FRAY LUIS DE LEON, á las exequias de la reina doña Ana.

9.

Hermosa Virgen, si alabaras quiero
Por hermosa, por virgen, por prudente,
Noble, humilde, magnánima y valiente,
Pues que en todo á todas os prefiero,
Miro á Judith, sangriento el blanco acero,
Y clavando de Sisara la frente;
Fuerte á Jael, á Delbora elocuente,
Y á la humilde Ester rendida á Asuero.
La gracia de Abisag, y la dulzura
De Abigail, que un rey venció con ella,
Y de Raquel la cándida hermosura;
Pero ninguna tuvo. Virgen bella,
Después de ser mas santa, honesta y pura,
Gozo de madre y honra de doncella.

LOPE DE VEGA. — Auto sacramental, *Las aventuras del Hombre*.

10.

Siguiendo va su natural porfia
La piedra hasta el centro que apetece;
El aire puro seca y humedece;
El fuego da calor, el agua enfria.
La presencia del sol engendra el día;
Levanta el vuelo el ave, nada el pece;
Anda todo animal, la planta crece;
La piedra iman levanta, el norte guía:
Bufa el pesado buey, bala el cordero;
Conoce al dueño el can por el olfato;
El caballo relincha, el león brama;
Todas las cosas con eterno fuero
Siguen su natural; y el hombre ingrato
No sigue el suyo, pues á Dios no ama.

ALONSO DE BONILLA. — *Nuevo jardín de flores divinas*. — Baeza, 1617, 8.º

11.

Cualquier menesteroso representa
La persona de Cristo soberano,
Pues lo que da la escasa ó larga mano,
Dios mismo lo recibe por su cuenta.
Y así, su espada mostrará sangrienta,
Cuando mande á los orbes dar de mano,
Contra el duro avariento, que inhumano
Fué con su hambre, desnudez y afrenta.
Y como Cristo al pobre le concede
Ser padre suyo, y en el mismo pobre
Hace que su persona y nombre cuadre;
Tan grande culpa es no dar quien puede
Pan, vestido, calzado, plata ó cobre,
Que es forzoso decir: perdone, padre.

BONILLA. — *Jardín, etc.*

12.

Que á la imagen de Dios formado seas
Dueño de tres potencias inmortales,
Y de las aves, peces y animales
La tierra, el mar y el aire desposeas;
Que mas que el globo, en quien la vista empleas
Valgas, y que á los brutos ley señales,
Y que todos los astros celestiales
Te rindan parias y su luz poseas;
Hombre, todo eso es mucho; pero advierte
Que si tanto te honró el poder inmenso,
No ha sido por tus ojos los bellidos;
Pues Dios te dió esos dones tan subidos
Con la precisa carga de aquel censo
De obedecer su ley hasta la muerte.

EL MISMO.

13.

El labrador prudente y poderoso
Viña costosa y regalada tiene,
De cuya posesion gasta y retiene
Esquilmo fértil de licor precioso.
Mas fuera de esa viña (si es curioso)
De una preciosa parra se previene,
Porque un racimo desta ley entretiene
El gusto de extrañezas cudioioso.
La Iglesia es viña de quien Dios recoge
En racimos de un justo y otro justo
Esquilmo que al infierno causa espanto.
Mas hoy de una parrilla esquilma y coge
En vez de parra, por cebar su gusto,
Este racimo de Laurencio santo.

EL MISMO.

14.

Los preceptos de Cristo son caminos
Que van á dar á la ciudad segura,
Aunque algun polvo en su cristiana anchura
Cobran de imperfeccion los peregrinos.
Mas los consejos altos y divinos
De estrecha religion y de clausura
Son sendas por do puede el alma pura
Ir como por espejos cristalinos.
Por estas pues Teresa y su grey santa
Con pies descalzos van ganando prendas,
De que su amor en Dios los eterniza;
Donde caminan con pureza tanta,
Que no cogen mas polvo en estas sendas
Que contemplar que son polvo y ceniza.

EL MISMO.

15.

El camino del cielo van buscando
 Muchos que deste mundo andan huyendo,
 Y al fin le topan, y le van siguiendo.
 Que quien quiere, le alcanza preguntando.
 Salíó á caballo Pablo, y fué volando;
 Francisco, como pobre, á pié pidiendo,
 Entre zarzas Benito fué rompiendo,
 Y por piedras Estéban caminando.
 Salíó detrás Teresa, y al instante,
 Para poderlos alcanzar, siguiólos,
 Que fué, con ser de á pié, gran caminante;
 Y porque no llegasen ellos solos,
 Viéndolos que iban ya tan adelante,
 Por correr descalzose y alcanzólos.

PABLO VERDUGO, cura de San Vicente de Avila. — Fiestas de la ciudad de Salamanca á la beatificación de santa Teresa. — Salamanca, 1615.

16.

Rabiosa envidia, odiosos pensamientos,
 Vendimiento perverso, precio impuro,
 Sudor de sangre, angustias, miedo oscuro,
 Linternas, armas, duros atamientos;
 Jueces de sangre y fariseos sedientos,
 Caida del colegio mas seguro,
 Testigos falsos, acusar perjurio,
 Bofetadas y látigos sangrientos;
 Temor de Poncio, temerarias voces,
 Salivas sucias, grana y blanco velo,
 Espinas, golpes, hiel, clavos atroces,
 Ladrones, ara infame, desconsuelo,
 Lanza, blasfemias de émulos feroces,
 Causaron pena y muerte al Rey del cielo.

ARCÁNGEL DE ALARCÓN. — *Verjel de plantas divinas*. — Salamanca, 1595, 8.º

17.

Resuena por el aire la armonía
 Angelical, y vuela por el viento
 Con triunfo en su real recibimiento
 La reina de los ángeles, María.
 Hínchese cielo y tierra de alegría,
 Celebra fiesta el alto firmamento,
 Llegada al trono y mas gozoso asiento
 Do siempre luce aquel eterno día.
 Cantemos también loores los mortales
 A la Virgen Purísima ensalzada
 Sobre todos los coros celestiales;
 Gozosos de tener tal abogada,
 Que dar puede remedio á nuestros males
 Y alcanzarnos la patria deseada.

EL MISMO.

18.

A todo lo que el mundo llama gloria
 Dan los siervos de Dios nombre de pena,
 Porque es cosa imposible no ser pena
 Lo que priva de eterno bien y gloria.
 Que mal puede cuadrar nombre de gloria
 Al bien que se pretende con tal pena,
 Y el temor de perdelle da mas pena
 Que poseelle puede causar gloria.
 Solo Dios tiene verdadera gloria
 En premio prometida de una pena,
 Que siempre fué á los justos dulce gloria.
 Porque tan breve y limitada pena
 No menos asegura que una gloria,
 Libre de miedo, sobresalto y pena.

FRAY PEDRO DE PADILLA. — *Jardín espiritual*. — Madrid, 1585, 4.º

19.

Felicidad ni gusto asegurado
 Nunca en el mundo nadie lo ha tenido;
 Que es aparente bien, falso y fingido
 El que promete siempre y el que ha dado.
 Triste del que en él vive confiado,
 Y anda con su halago entretenido,
 Y mil veces dichoso el que ha sabido
 Quedar en mal ajeno escarmentado.
 Solo podrá en la tierra procurarse
 Lo que nunca ha podido poseerse
 Con sobresalto ni desconfianza.
 Porque en ella las almas adornarse
 Con fe y obras podrán y disponerse
 A merecer la bienaventuranza.

FRAY PEDRO DE PADILLA. — *Jardín espiritual*.

20.

Es Dios la original circunferencia
 De todas las esféricas figuras,
 Pues cercos, orbes, círculos y alturas
 En el centro se incluyen de su esencia.
 De este infinito centro de la ciencia
 Salen inmensas líneas de criaturas
 Centellas vivas de las luces puras
 De aquella inaccesible omnipotencia.
 Virgen, si es Dios el centro y el abismo
 De donde salen líneas tan extrañas,
 Y vuestro vientre á Dios incluye dentro,
 Vos sois centro del centro de Dios mismo,
 Y tanto, que al salir de esas entrañas,
 Se hizo línea Dios de vuestro centro.

BONILLA. — *Nuevo jardín de flores divinas*.

21.

¡Oh Virgen, de quien tiembla Bercebú
 Abscondido en los ídolos de Acaz!
 Tú fuiste de la tierra arco de Paz,
 Por ser de gracia un celestial Pirú.
 Las almas justas enamoras Tú
 Mejor que el fabuloso y vil Rapaz,
 Y el infierno se asombra de tu Faz,
 Cual niño simple de fingido Bú.
 Que si Eva, en constancia Cascabel,
 Dió fruta que de muerte fué el Crisol,
 Con mas ahogo que flemoso Atun,
 Tú diste fruto dulce mas que Miel,
 Luciente mas que en gaviás el Farol,
 Mas bello que Moisés entre el Betun.

El mismo BONILLA en el citado *Nuevo jardín*, hoja 407 vuelta, á quien un caballero de Baeza dió los consonantes de este soneto.

22.

Mi Dios, cuando tus obras considero,
 Te admiro mudo, atónito te adoro;
 Niño entre bestias afectando el lloro,
 Del cuchillo legal rendido al fuero;
 De lobos preso á modo de cordero,
 A azotes desollado poro á poro,
 De juncos llena la cabeza de oro,
 Colgado entre ladrones de un madero;
 Y al fin, sacramentado en pan sensible,
 De tus obras compendio á la fe pura,
 Amor ostentas tanto incomprensible,
 Que de tu sacra mística dulzura
 Ni cabe en el silencio lo indecible,
 Ni aun lo decible cabe en la criatura.

FRAY AMBROSIO DE LA ROCA Y SERNA, del orden del Carmen Calzado. — *Luz del alma para la hora de la muerte*. — Madrid, 1726, 8.º

23.

De ti, muerto Jesús, nace la vida,
Que, muriendo, á la muerte diste muerte,
Y de tu amor nos vino aquella muerte
Que nos levanta á nueva y mejor vida.

Muerte mas venturosa que la vida,
Pues libra al hombre de la eterna muerte,
Y así, mayor tesoro que tu muerte
Nunca le tuvo ni tendrá la vida.

Del sentido la vida me da muerte,
Porque su muerte puede darme vida
Que no tema las fuerzas de la muerte.

Muriendo vivo, y muero estando en vida,
Y estoy tan deseoso desta muerte,
Que por poder morir amo la vida.

FRAY PEDRO DE PADILLA. — *Jardín espiritual.*

24.

Quien quisiere saber si es aprobada
Una verdad que á todo el mundo informa,
Que el verdadero amante se transforma
En pura forma con la cosa amada.

Mire aquella verdad en ti encerrada,
Que al mundo puso nuevo ser y forma;
Mire aquella humildad que así reforma
La libertad y la altivez pasada;

Mire el silencio y la pobreza santa,
Seráfico Francisco, que te han dado
La celestial y victoriosa palma.

Veráte grande á par de cualquier planta,
Veráte, como á firme enamorado,
En tu Dios transformado cuerpo y alma.

DE LOPEZ MALDONADO. — Al folio 250 v.º del *Jardín espiritual* de *fray Pedro de Padilla*.

25.

Muestra su ingenio el que es pintor curioso
Cuando pinta al descuido una figura,
Donde la traza, el arte y compostura
Ningun velo le cubra artificioso.

Vos, seráfico Padre, y vos hermoso
Retrato de Jesús, sois la pintura
Al desnudo pintada, en tal hechura,
Que Dios nos muestra ser pintor famoso.

Las sombras de ser mártir descubristes
Tan lejos, en que estais allá en el cielo
En soberana silla colocado.

Las colores, las llagas que tuvistes
Tanto las suben, que se admira el suelo,
Y el pintor en la obra se ha pagado.

MIGUEL DE CERVANTES. — Soneto á san Francisco, inserto al folio 251 del *Jardín espiritual* de *fray Pedro de Padilla*.

26.

Francisco, cuyo santo humilde celo
La silla mereció que fué perdida
Del Angel por soberbia, y concedida
A la humildad que penetraba el cielo.

De penitencia espejo, que en el suelo
La propia carne tuvo tan rendida,
Que, admirando al demonio, fué vencida
Entre la nieve y el rigor del hielo.

¿Cuál merecer al vuestro llegar pudo?
Pues Dios, no solamente os había dado
Que, negándoos á vos, con la cruz fuerte
Humilde le sigais, pobre y desnudo;

Mas de sus santas llagas adornado,
Porque le parezcáis en vida y muerte.

DE LOPE DE VEGA. — Al folio 251 del mismo *Jardín espiritual*.

27.

Príncipe de la Iglesia militante,
Piedra viva en que Cristo la ha fundado,
Pastor, á quien encarga su ganado
Como el mas valeroso y vigilante;

Clavero celestial, mártir constante,
Humilde hasta en ser crucificado,
Tesorero divino, á quien fué dado
De vicario de Dios poder bastante.

A todos en la fe te aventajaste,
Y en público, primero, á quien seiguiste
Por hijo de Dios vivo confesaste.

El mayor de los Doce siempre fuiste;
Y por el raro extremo con que amaste,
El imperio del mundo mereciste.

FRAY PEDRO DE PADILLA. — *Jardín, etc.*

28.

La persona del Verbo, que engendrada
Fué del Eterno Padre, eternamente,
Para el remedio de la mortal gente
Bajó del alta olimpica morada;

Y de la Virgen, donde fué encerrada
Con el sí, tan humilde y obediente
Saliendo, á la mortífera serpiente
Quebrantó la cabeza levantada.

Y solo á convertiros, Paulo santo,
De las gentes maestro sin segundo,
Bajó segunda vez Cristo del cielo.

Queriendo en esto descubrir al mundo,
Vaso escogido, que os estima tanto
Solo á vos como á todos los del suelo.

EL MISMO.

29.

El claro sol sus rayos escurece,
En el templo se rompe el claro velo,
Hiere una piedra en otra con gran duelo,
La tierra con angustia se estremece.

Desmaya el día, la tiniebla crece,
De tristeza se cubre el ancho cielo,
Reina en todos piedad y desconsuelo
Por su Criador inmenso que padece.

Aprende ¡oh pecador! el sentimiento
Debido á esta pasión, pues es causado
Tal dolor con tu ciego atrevimiento.

Ablanda con llorar tu pecho helado,
Mira en la Cruz el largo río sangriento,
Pues te ha con su muerte libertado.

EL doctor DON DIEGO GUTIERREZ DE CETINA. — *Poesías manuscritas recopiladas de varios, en el año 1577.*

30.

Hijo del trueno, rayo impetuoso
Contra la turca gente poderosa;
De la temida España belicosa
Defensor y caudillo valeroso;

Caballero de Cristo, el mas famoso,
Cuya ilustre cabeza venturosa
Adorna del martirio la preciosa
Corona, con que triunfas victorioso;

Entre los Doce del apostolado
Que fuiste el primer mártir, es muy cierto,
Patron nuestro, glorioso Santiago.

Nuevo celestial Cid, que siendo muerto
Por tu Dios y tu pueblo tan amado,
Has hecho en sarracenos tanto estrago.

FRAY PEDRO DE PADILLA. — *Jardín, etc.*

31.

Si para Dios con Dios nos disponemos,
Hombres de Dios, sin Dios, ¿qué imaginamos?
Y si la puerta es Dios, y á Dios entramos,
A Dios que es luz, ¿sin Dios atinaremos?
Si el medio es Dios, y á Dios por fin tenemos,
Y Dios es el auxilio, y á Dios vamos,
Decidme, ¿por qué á Dios sin Dios buscamos?
¿Pensais que á Dios sin Dios hallar podremos?
Henchid por Dios de Dios vuestras entrañas
Que si las toca Dios de Dios movidas,
Harán de Dios por Dios cosas extrañas;
Y si por Dios no van á Dios regidas,
Serán á Dios sin Dios vuestras hazañas,
Como sin Dios, de Dios aborrecidas.

Devocionario espiritual de Amberes, sin portada.

32.

O yo vivo en tinieblas, ó estoy ciego,
Pues ojos tengo y luz y claro día:
¿Por qué no sigo á Dios, pues Dios me guía
Con fuerza, con razon, con mando y ruego?
En nombre de Jesus, comienzo luego,
Enciéndame el ardor en que él ardía:
Su sangre derramó; salga la mía:
Responda sangre á sangre, y fuego á fuego.
Ven pues á mí, Señor, que ya despierto,
Aunque este despertar es tu venida,
La mano de tu amor es que me hiere.
Conviéneme morir, mas ya estoy muerto,
Y aquesto es en tu muerte buscar vida,
La cual no vivirá quien no muriere.

GREGORIO SILVESTRE (Las obras de). — Lisboa, 1592.

33.

Aquel que sin moverse manda y mueve
La máquina del cielo artificiosa,
Aquel á quien seria fácil cosa
Hacer helar el sol y arder la nieve;
Aquel que á su querer serena y llueve,
Y en todo tiene mano poderosa;
El que con siempre obrar, siempre reposa,
Y paga sin deber á quien le debe.
Con su poder, aquel, mis pasos mueva,
Y el bravo ardor en mí resfríe del todo,
Y en fuego vuelva de mi alma el hielo;
Y en mis ojos así serene y llueva,
Que obrando con descanso y á su modo,
Me pague lo que debo con su cielo.

EL MISMO.

34.

No procures, amor ciego y profano,
Mas con rayos de humana hermosura
Encender á quien ya de ti no cura,
Porque será de hoy mas trabajo en vano.
Usa tus redes y violenta mano
Allá en humilde plebe y gente oscura,
Que te tiene por Dios, y se asegura
De ti, que ya yo sé que eres tirano.
Otro rayo de eterna alta belleza,
Otra red, otra flecha, insano arquero,
Me ha herido, me ha preso y me ha inflamado.
Por otro amor, á quien tener firmeza
Espero con su gracia, te he dejado;
Que tú eres falso dios, y él verdadero.

EL MISMO.

35.

El cielo está cansado de sufrirme,
Y yo de mal obrar no estoy cansado;
Las cosas de la tierra me han dejado,
Y no puedo yo dellas desasirme.
Mis vicios propios veo perseguirme,
Y estoyme siempre en ellos enfoscado;
Deleites y placeres me han echado,
Y yo no veo ojos por dondeirme.
Estáme Dios llamando, y voy huyendo,
Y págamele el mundo, á quien yo sigo,
Haciendoseme sordo si le llamo.
Con esta pertinacia ¿qué pretendo
Sino que así lo haga Dios conmigo,
Y cierre las orejas al reclamo?

GREGORIO SILVESTRE (Las obras de). — Lisboa, 1592.

36.

Pluguiera á Dios (si aqueste es buen partido)
Que yo nunca naciera ó no pecara;
Ó de llorar mi culpa tal quedara,
Como si no la hubiera cometido.
Y ya que tan protervo y malo he sido,
Que á tanto perdimiento no llegara,
Que en duda de mis males yo tomara
Por no perder mi ser el no haber sido.
¡Ay! No lo quiera Dios, ni tal pretendo.
Ya sé que aun en la piedra y en la planta
El ser, sobre el no ser, tiene excelencia.
Pecador grande soy, mas bien entiendo
Que no es posible ser mi culpa tanta
Que no la sane Dios con su clemencia.

EL MISMO.

37.

Quien no te conociese; oh mundo, mundo!
Estásme por un cabo halagando,
Por otro escarneciendo y preguntando
De tanto desvario; ¿en qué me fundo?
Si fuera yo el primero ó el segundo
Que sale de tus obras blasfemando,
Pudiera de las cosas en que ando
Buscar el desengaño en el profundo.
Mas ya que te conozco, ya que siento
El mal que en otros juzgo y en mí callo,
Tornar quiero, aunque tarde, al escarmiento.
Mas; ¡ay! ¿con qué podré recompensallo
El mucho tiempo de mi perdimiento
Y el poco que me queda de llorarlo?

EL MISMO.

38.

Decid, los que tratis de agricultura
En este valle umbroso desabrido,
¿Qué fruto de deleite habeis habido
Que no se os torne luego en amargura?
Del gusto, del regalo y la dulzura,
¿Qué espigas y qué grano habeis cogido
Que no salga nublado y revenido
Del silo de la triste sepultura?
Del mal terreno y mala sementera
¿Qué se puede segar sino sospecha,
Disgusto, confusion, remordimiento?
El alma siente ya desde la era,
Cómo ha de baratar de la cosecha,
Agosto seco de eternal tormento.

EL MISMO.

39.

Oh luz, donde á la luz su luz le viene,
Y clara claridad que el mundo aclara,
Amparo del amparo que me ampara,
Y bien del sumo bien que mas conviene;
Valor de aquel valor que en sí contiene
De todos el reparo, y los repara;
Tu cara, de los ángeles tan cara,
Me dé la paz que en paz el cielo tiene.

La brasa de tu amor que al alma abrasa,
La llama que tu voz inspira y llama
Me suba de mi ser al ser divino.

Que pueda yo, Señor, de casa en casa,
De vuelo en vuelo ir, de rama en rama,
Adonde tu continuo sea continuo.

GREGORIO SILVESTRE (Las obras de).—Lisboa, 1592.

40.

Benigno, blando, fuerte y riguroso,
Gigante, enano, rey esclarecido,
En cualquier nombre destos y apellido
Te hallo para mi dulce y sabroso.

¡Qué benigno, qué manso y qué piadoso,
Qué blando en perdonarme siempre has sido,
Qué fuerte contra quien me ha destruido,
Qué bravo en mi defensa y animoso!

Gigante de grandeza sin medida,
Enano que por mí te has encogido,
Y rey sobre los reyes poderoso.

En todos estos nombres hallo vida;
Gigante, enano, rey esclarecido,
Benigno, blando, fuerte y riguroso.

EL MISMO.

41.

Contento, amor y paz, gloria y consuelo,
Descanso y quietud del alma mía,
Refugio, amparo, ardor, dulce alegría,
Eterno gozo y bien de tierra y cielo;

Espejo, vida, luz, norte y modelo,
Lucero, luna, sol y claro día,
Sabrosa, celestial, dulce armonía,
Refugio y redención de los del suelo;

Eterno, incommutable, omnipotente
De gracia, de virtud y santo celo,
Profundo mar, inestimable fuente;

Levántame, Señor, álzame el velo,
Que vaya yo á gozar de tu corriente,
Contento, amor y paz, gloria y consuelo.

EL MISMO.

42.

Levántate y despierta, hombre dormido,
Y mira de qué masa estás formado,
Y entiende para qué fuiste criado,
Y todo lo que en ti está contenido.

Veráste bajo, falso y abatido,
Y sobre las estrellas levantado,
Sujeto á las miserias y al pecado,
Al tormento, al bastio instituido.

El uno barrancoso, el otro llano,
Te enseño aquí el camino de la gloria
Y el mal despeñadero del infierno.

La rienda del camino está en tu mano,
El uno te dará eterna victoria,
Y el otro, dura muerte, llanto eterno.

EL MISMO.

43.

Esposo y redentor del alma mía,
¡Qué dulce sois, qué blando y qué amoroso,
Qué blando, qué benigno y qué piadoso,
Qué lleno de consuelo y de alegría!

Por vos es de la muerte el agonía
Descanso, quietud, gloria y reposo;
El misero afligido muy gozoso
Se va con vuestra cruz en compañía.

El yugo es amoroso, dulce y blando,
El alma con la carga va ligera,
Por ir hácia su patria caminando.

Ningun trabajo siente en la carrera,
Porque le van riendo y alentando
Los aires de la dulce primavera.

GREGORIO SILVESTRE (Las obras de).—Lisboa, 1592.

44.

El gran fabricante, de bondad lleno,
Que anduvo entre los hombres disfrazado,
Halló un dibujo suyo no acabado,
Do nunca pudo entrar saber ajeno.

Tomando de la masa y del terreno
De donde el primer hombre fué formado,
Mostró ser él aquel pintor preciado
Que hizo el gran retablo damasceno.

Escultor soberano, la figura
Que no acabaste tú, ¿cuál otra mano
Podría, sin la tuya, reparalla?

¿Quién pudo al ciego si no tú dar sano?
Y el alma do se ensucia tu figura,
¿Cuál otro si no tú sabrá limpialla?

EL MISMO.

45.

Concede al sacerdote el Rey del cielo
Las llaves del poder y preeminencia;
El Hijo eterno, la divina ciencia,
Y el Espíritu Santo, amor y celo.

La Virgen, humildad pura en el suelo,
El gran san Juan Bautista, penitencia,
El mártir san Lorenzo, la paciencia,
Y orando san Hierónimo, consuelo.

El seráfico santo en gran pobreza
Nunca curar de cosa transitoria,
Y san Miguel Arcángel, fortaleza.

Los confesores en la fe, victoria,
Las vírgenes le dan santa limpieza,
Y Dios por esto gracia, y después gloria.

UBEDA. — Cancionero.

46.

AL SACERDOTE.

Recibe Dios de Abel el sacrificio,
Y el que hace Cain de sí desecha;
El uno, por ser justo le aprovecha.
El otro, le condena por su vicio.

No quiere que el puñal haga el oficio,
Aunque Abraham lo tenga en la derecha;
La hija de aquel gran Jepté sospecha
Alguno que murió en su deservicio.

De donde se colige la limpieza,
La reverencia y el cuidado y celo
Que en semejante caso se requiere.

No pompa vana para tanta alteza,
Que el inmenso Señor de tierra y cielo
La fe con obras al principio quiere.

EL MISMO.

47.

AL ALTAR.

* Las aguas del diluvio iban creciendo,
Los campos y las tierras anegando,
Los mismos mares se iban derramando,
Y el cielo mas y mas siempre lloviendo.
El arca por las ondas discurriendo,
Las gentes medio muertas van nadando,
Y el santo Patriarca consolando
A aquellos que á su lado iban temiendo.
Es arca nuestro altar, es nave firme,
Y amparo en las tormentas y mudanzas
Que el mar del mundo tiene cada día.
Aquí asegura Dios las esperanzas,
Haciendo que en virtud mas se confirme,
Aquel que de la fe no se desvia.

UBEDA. — *Cancionero*.

48.

Eterno Rey, Señor sin semejante,
Luz que á las tierras llega y las traspasa,
Haced, pues vuestra mano no es escasa,
Que mi ánima á los cielos se levante.
Fuente de todo bien, gloria abundante
A quien poder ninguno pone tasa,
Grandeza inmensa que á los cielos pasa,
Llevad mi buen deseo siempre adelante.
Haced que tengan fin mis largos males,
Abismo profundísimo de bienes,
O á lo menos que un poco se detengan.
Mas si ellos bien sufridos son rehenes
O prendas, que se dan á los leales
Para gozar de vos, crezcan y vengan.

EL MISMO.

49.

Señor del cielo, Padre poderoso,
De quien la historia sacra y la profana
Confiesan, como yo, que de vos mana
La bienaventuranza y el reposo;
Volved el rostro santo glorioso
A mi pena cruel, fiera, inhumana,
Y de esa mano santa de mañana
Me venga el bien, que ha días no reposo.
Nací para servir, si no fuera
Tan dado á las bajezas y cuidados,
Que han hecho y hacen siempre en mí manida.
Vos, Padre celestial, antes que muera,
La grande multitud de mis pecados
Perdonad, y será la muerte vida.

EL MISMO.

50.

Desnudo muere, si desnudo nace,
Pobre nace Jesús, y pobre muere;
Porque enseñarnos con su ejemplo quiere
Que la conformidad le satisfice.
Al frío lo mortal caduco yace,
Si lo vital pasible al hielo adquiere;
Entrando al mundo el pederal le hiere,
Saliendo de él el hierro le deshace.
En un establo roto y descubierto
A pastores y reyes no se esconde,
Y el pueblo en un madero le ve muerto;
Si el hombre á tantas señas no respondo,
¿Qué espera de su loco desacierto.
Pues la muerte á la vida corresponde?

DON JUAN OSORIO DE CEPEDA, caballero del orden de Calatrava,
natural de Madrid. — *Tesoro de Cristo y Rescate del mundo*, im-
preso en Madrid, por Catalina Barrio y Angulo, en 1643, en 4.º,
al folio 28, v.º

R. y C. S.

51.

Con vuestro amor, es sabio el ignorante;
Sin vuestro amor, es necio el mas prudente;
Con vuestro amor, se absuelve el delincuente;
Sin vuestro amor, varia el mas constante.
Con vuestro amor, el rudo es elegante;
Sin vuestro amor, culpable el inocente;
Con vuestro amor, festivo el displicente;
Sin vuestro amor, lo humilde es arrogante;
Con vuestro amor, es claro el mas oscuro;
Sin vuestro amor, es nada el que mas sobre;
Con vuestro amor, es justo el mas inico;
Sin vuestro amor, es torpe lo mas puro;
Con vuestro amor, es rico el que es mas pobre;
Sin vuestro amor, es pobre el que es mas rico.

DON BALTASAR ESTAZO, natural de Ebro, y canónigo de la ige-
sia de Viseo; es un soneto al Amor Divino. Hallase en sus *Poe-
sías sacras*, impresas en Coimbra, por Diego Gomez Loureiro,
en 1604, en 4.º

52.

Si pan es lo que vemos, ¿cómo dura,
Sin que comiendo dél se nos acabe?
Si Dios, ¿cómo en el gusto á pan nos sabe?
Cómo de solo pan tiene figura?
Si pan, ¿cómo le adora la criatura?
Si Dios, ¿cómo en tan chico espacio cabe?
Si pan, ¿cómo por ciencia no se sabe?
Si Dios, ¿cómo le come su hechura?
Si pan, ¿cómo nos harta siendo poco?
Si Dios es, ¿cómo puede ser partido?
Si pan, ¿cómo en el alma hace tanto?
Si Dios, ¿cómo le miro yo y le toco?
Si pan, ¿cómo del cielo ha descendido?
Si Dios, ¿cómo no muero yo de espanto?

FRAY LUIS DE LEON. — *Parnaso español*. — Madrid, 1774, t. v.

53.

Al árbol de vitoria está fijada
La arpa de David, que no de Apolo,
Resonando del uno al otro polo,
Con tres clavijas de dolor templada.
Haciendo estaba música acordada
De siete voces que las canta el solo,
Y oyéndolas Neptuno, el Fuego, Eolo,
Y la Tierra tembló de alborotada.
El lamentable acento llegó al cielo;
Y donde no se vió dolor ni llanto,
Señales vimos de tristeza y duelo.
Oyó una virgen el lloroso canto,
Que es madre del dolor y del consuelo,
Y en lágrimas bañó su rostro santo.

DON CRISTÓBAL DE VILLARROEL. — *Flores de poetas ilustres de Pe-
dro Espinosa*. — Valladolid, 1605. — Y *Parnaso español*, t. v.

54.

En turquesadas nubes y celajes
Están en los alcázares impirios,
Con blancas hachas y con blancos cirios,
Del sacro Dios los soberanos pajes.
Humean de mil suertes y linajes,
Entre amaranto y plateados lirios,
Enciensos indios y pebetes sirios,
Sobre alfombras de lazos y follajes.
Por manto el sol, la luna por chapines,
Llegó la Virgen á la impírea sala
(Visita que esperaba el cielo tanto):
Echáronse á sus pies los serafines,
Cantáronle los ángeles la gala,
Y sentóla á su lado el Verbo santo.

PEDRO DE ESPINOSA. — *Flores de poetas ilustres*, por el mismo
recogidas. — Valladolid, 1605, en 4.º

55.

Con justa causa y título os convino,
Glorioso Cristóbal soberano,
Nombre tan alto, siendo un hombre humano,
Que por él os tuviesen por divino.

Vos para el cielo hallastes el camino;
Vos verdaderamente sois cristiano
Adoptivo de Cristo y fiel hermano,
Y vuestro nombre por su boca os vino.

Y justamente con temor y espanto,
Para que á vos y á todo el mundo asombre,
Esta pregunta al Redentor hecistes:

«Si sois niño, ¿cómo pesais tanto?
Y si sois Dios, ¿como venis hecho hombre?
¡Valedme, Cristo! y ese nombre hubistes.

UDEA. — *Cancionero*.

56.

Después de haber con brazo belicoso
Seguido el bando del furor de Marte,
Quiere seguir Ignacio otro estandarte
Para salir en todos victorioso.

Hace el oficio de varón celoso,
De fiel trompeta, y con industria y arte
Publica el bando en una y otra parte,
Y en breve junta un escuadrón famoso.

Pasa con esta escuadra haciendo alarde
Victorioso y triunfante por do quiera,
Siendo Jesús el capitán y guía.

Pues ¿cuál será el soldado tan cobarde
Que no se asiente y siga la bandera
Con que rige Jesús su compañía?

EL MISMO.

57.

Mis manos, que la muerte á tantos dieron,
Veslas en tu servicio diligentes;
Mis ojos tus pies bañan hechos fuentes,
Que de mortal amor la causa fueron.

Limpiante mis cabellos, que trujeron
De sí colgadas infinitas gentes;
Ves á tus pies rendidas, obedientes
Las gracias que rendir el mundo hicieron.

Las gentes, mas que piedra endurecidas,
Venci, y ¿no venceré tu gran clemencia?
Decía al buen Jesús la Magdalena.

¡Oh grandezas del cielo nunca oídas,
Que da salud lo que antes dió dolencia,
Y absuelve amor á la que amor condena!

EL MISMO.

58.

Adan en paraíso, vos en huerto;
El puesto en honra, vos en agonía;
El duerme y vela mal su compañía,
La vuestra duerme, vos orais despierto.

El cometió el primero desconcierto,
Vos concertastes nuestro primer día;
Cáliz bebeds que vuestro padre envía;
El come inobediente y vive muerto.

El sudor de su rostro le sustenta,
El del vuestro mantiene nuestra gloria;
Suya la culpa fué, vuestra la afrenta.

El dejó horror, y vos dejais memoria;
Aquel fué engaño ciego, y esta venta:
¡Cuán diferente nos dejais la historia!

DON FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS. — *Urania*, MUSA IX.

59.

Mujer llama á su madre cuando espira,
Porque el nombre de madre regalado
No la añada un puñal viendo clavado
A su Hijo, y de Dios por quien suspira.

Crucificado en sus tormentos mira
A su primo, á quien siempre llamó Amado,
Y el nombre de su madre que ha guardado
Se le dice con voz que el cielo admira.

Eva, siendo mujer, que no había sido
Madre, su muerte ocasionó el pecado,
Y en el árbol el leño á que está asido.

Y porque la mujer ha restaurado
Lo que solo mujer había perdido,
Mujer la llama, y madre la ha prestado.

EL MISMO QUEVEDO. — *Urania*, MUSA IX.

60.

Oh dulces prendas, por mi bien tornadas,
Dulces y alegres para el alma mía,
Estando yo sin vos, ¿cómo vivía,
Prendas del alto cielo derivadas?

Mis culpas os perdieron, y apartadas,
El alma, aunque animaba, no sentía:
Sentía, pero no como debía,
Que estaban sus potencias alteradas.

Pues en un hora junto me llevastes
Por mi todo mi bien cuando partistes,
Y conocéis el mal que me dejastes.

Si ya por la bondad de Dios volvistes,
No os apartéis del alma que sanastes,
Porque no muera entre dolores tristes.

SEBASTIAN DE CÓRDOBA. — *Las obras de Boscan y Garcilaso* (á lo Divino), trasladadas en materias cristianas por Sebastian de Córdoba; impreso en Zaragoza, en casa de Juan Soler, impresor de libros junto al Peso de la harina, año de 1577, en 12.^a prolongado, 297 hojas.

61.

El cielo y tierra, y mas los elementos,
Se humillan á esta gran señora mía;
La fuerza deste nombre de María
Hace temblar la cueva de tormentos.

Humillanse los ángeles atentos
En ver su hermosura y su valía;
Todos le cantan himnos de alegría,
Y todos en servir quedan contentos.

Dichoso fué aquel día, punto y hora;
También la tierra donde nacer quiso
María, que es del cielo emperadora.

Por ella nuestra vida se mejora,
Por ella nos darán el paraíso,
Si nuestro amor su nombre sacro honora.

EL MISMO CÓRDOBA. — *Id.*

62.

Quien en loarte, Virgen, tiene olvido,
Merece ser de todos olvidado,
Y aquel que tu loor ha celebrado
Avíele tu gracia su sentido.

El mar de tu grandeza es conocido
Habiéndote por madre Dios tomado,
Y al verdadero y firme enamorado
Aquesto solo baste ser sabido.

Si fueron tus entrañas delicadas,
Do fué encerrado aquel que las crió,
Limpisimas debieron ser criadas.
Que si hombres quieren limpias sus moradas,
Limpisima será la que tomó
Quien almas hace bienaventuradas.

EL MISMO. — *Id.*

63.

Varones, si bastasen á moveros
Mis versos, y pudiesen ablandaros
A que por Dios supiédeses amaros
Como sabeis sin causa aborreceros,
Saber del mal del prójimo doleros
Como sabeis del vuestro lamentaros,
Seguid á aquel Señor, que por libraros
La vida dió por solo bien quereros.
¿Cuál hombre por la vida de un criado
Daría su hijo á muerte y á tormento,
Especial solo y tiernamente amado?
Pues ¿quién será tan duro y desamado
Que no mude del mal el pensamiento
Por tan suave y dulce enamorado?

EL MISMO CÓRDOBA.

64.

Aquel Señor á quien el sosegado
Impireo cielo todo tiempo alaba,
En voz que no se agota ni se acaba,
Alabe lo demás por el criado.
Los hombres en su tono concertado
Con música de voces que se traba;
Y el mar que en sus riberas bate y lava
Con toda diferencia de pescado.
Alábele el movable firmamento,
Los montes y los valles y los ríos;
Alábele la noche con el día.
El cual misericordias nos presenta,
Y puso fin á los tormentos míos
Volviéndolos en gozo y alegría.

EL MISMO.

65.

Aquel Omnipotente por quien vive
Y se sustenta todo lo criado;
Aquel tan amoroso enamorado
Que puesto en cruz nos llama y apercibe.
Aquel que nos aplica y nos recibe
En sus sagrados brazos y costado,
Y refecciona al hombre atarabado
Con gracia, porque el mal no le derribe,
Me haga amar el bien de sus amores,
Y aborrecer los otros que traian
Mi vida trabajada en sus errores.
Perezcan mis conceptos, que solian
Para mi daño concebir dolores,
Que culpas y maldad siempre parian.

EL MISMO.

66.

Nuestra alma siempre vive en el ausencia
De Dios, que es sumo bien y su contento,
Cargada de congoja y descontento
Porque le falta el bien de su presencia.
Anda en mi tal batalla y diferencia,
Que de dolor el corazón no siento;
Mas luego la esperanza pone aliento,
Y que veré á mi Dios doy por sentencia.
Responde y dice la desconfianza
Que es trabajo, peligro y aun locura
En tal tormenta pretender bonanza.
Respondo yo que tengo bien segura
En la misericordia mi esperanza
De aquel que con su sangre lava y cura.

EL MISMO.

67.

Cuando me paro á contemplar mi estado
Y á ver los pasos por do me ha traído,
Hallo, según que anduve tan perdido,
Que hubiera merecido ser juzgado.
Bajando de la gracia en bajo estado
Estaba de mis culpas tan herido,
Que quien me viera fuera conmovido
A me llamar con lástima cuitado.
Mas la esperanza me entregó sin arte
A quien puede, mirándome, sanarme,
Y cierto como puede es el querello;
Que pues la vida puso por librarme,
Y él solo puede darme por su parte,
Pudiendo, ¿qué hará sino hacello?

EL MISMO CÓRDOBA.—Soneto 1.º de Garcilaso.

68.

Cuando me paro á contemplar mi estado
Y á ver los pasos por donde he venido,
Me espanto de que un hombre tan perdido
A conocer su error haya llegado.
Cuando miro los años que ha pasado
La divina razón puesta en olvido,
Conozco que piedad del cielo ha sido
No haberme en tanto mal precipitado.
Entre por laberinto tan extrajo,
Fiado al débil hilo de la vida,
El tarde conocido desengaño;
Mas de tu luz mi oscuridad vencida,
El monstruo muerto de mi ciego engaño,
Vuelve á la patria, la razón perdida.

LOPE DE VEGA CARPIO.—*Rimas sacras*.—Lisboa, 1658, pág. 7, soneto 1.º

69.

Adonde quiera que su luz aplican,
Hallen, Señor, mis ojos tu grandeza;
Si miran de los cielos la belleza,
Con voz eterna tu deidad publican.
Si á la tierra se bajan y se implican
En tanta variedad, naturaleza
Los muestra tu poder con la destreza
Que sus diversidades significan.
Si el mar, Señor, ó al aire meditando,
Aves y peces todo está diciendo
Que es Dios su autor, á quien está adorando.
No hay tan bárbaro antipoda que, viendo
Tanta belleza, no te esté alabando;
Yo solo conociéndola te ofendo.

EL MISMO.—Id., id., soneto 57.

70.

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

¿Qué es esto, dijo el Israelita, viendo
Descender el maná, llover el cielo
Cándidos copos de sabroso hielo,
Los árboles del monte encaneciendo?
Qué es esto, dijo, cuando está comiendo
Aquel licor de celestial consuelo,
Sombra de la verdad, de la luz velo,
Que ahora vive en blanca nieve ardiendo?
Qué es esto, dijo, viendo como llueve
Sobre las alas del templado viento
Débil manjar envuelto en aura leve?
Y hoy Cristo les responde en Sacramento:
«Este es mi cuerpo»; la respuesta es breve,
Enigma el pan, y el mismo Dios sustento.

EL MISMO.—Id., id.



71.

¡Oh engaño de los hombres, vida breve,
Loca ambición al aire vago asida,
Pues el que mas se acerca á la partida,
Mas confiado de quedar se atreve!
¡Oh flor al hielo! Oh rama al viento leve!
Léjos del tronco, si en llamarte vida,
Tú misma estás diciendo que eres ida,
¿Que vanidad tu pensamiento mueve?
Dos partes tu mortal sugeto encierra:
Una, que te derriba al bajo suelo,
Y otra, que de la tierra te destierra:
Tú juzga de las dos el mejor celo:
Si el cuerpo quiere ser tierra en la tierra,
El alma quiere ser cielo en el cielo.

LOPE DE VEGA. — *Rimas sacras*. — 1638, soneto 72.

72.

¡Oh vida de mi vida, Cristo santo!
¿Adónde voy de tu hermosa huyendo?
¿Cómo es posible que tu rostro ofendo?
Que me mira bañado en sangre y llanto?
A mi mismo me doy confuso espanto
De ver que me conozco y no me enmiendo;
Ya el ángel de mi guarda esta diciendo
Que me avergüence de ofenderte tanto.
Deten con esas manos los perdidos
Pasos, mi dulce amor; mas ¿de qué suerte
Las pide quien las clava con las tuyas?
¡Ay, Dios! ¿Adónde estaban mis sentidos,
Que las espaldas pude yo volverte,
Mirando en una cruz por mi las tuyas?

EL MISMO. — *Id.*, *id.*, soneto 75.

73.

Hombre mortal mis padres me engendraron,
Aire común y luz los cielos dieron,
Y mi primera voz lágrimas fueron,
Que así los reyes en el mundo entraron.
La tierra y la miseria me abrazaron,
Paños, no piel ó pluma, me envolvieron;
Por huésped de la vida me escribieron,
Y las horas y pasos me contaron.
Así voy prosiguiendo la jornada
A la inmortalidad el alma asida,
Que el cuerpo es nada, y no pretende nada.
Un principio y un fin tiene la vida,
Porque de todos es igual la entrada,
Y conforme la entrada es la salida.

EL MISMO. — *Id.*, *id.*, soneto 48.

74.

Cuando lo que he de ser me considero,
¿Cómo de mi bajeza me levanto?
¿Y si de imaginarme tal me espanto,
¿Por qué me desvanezco y me prefiero?
¿Qué solicito, qué pretendo y quiero,
Siendo guerra el vivir, y el nacer llanto?
¿Por qué este polvo vil estimo en tanto,
Si del tan presto dividirme espero?
Si en casa que se deja nadie gasta,
Pues pierde lo que en ella se reparte,
¿Qué loco engaño mi quietud contrasta?
Vida breve y mortal, dejad el arte,
Que á quien se ha partir tan presto, basta
Lo necesario en tanto que se parte.

EL MISMO. — *Id.*, *id.*, soneto 44.

75.

¿Cómo podré, Señor, querer quereros
Cuanto deseo por poder serviros,
Qué lágrimas, que afectos, qué suspiros
Derramaré, tendré, daré por veros?
¿Qué requiebros diré para moveros,
Y de tantas ofensas divertiros?
¿Cómo podrá mi alma recibirlos,
Siendo tan imposible merecerlos?
Cómo las tiernas quejas que os envío
Podrán, Jesús dulcísimo, obligaros?
Mas ¿qué os pregunto yo? ¿Qué desvarío!
Amaros quiero ya, no preguntaros,
Porque el modo de amaros, Jesús mío,
Bernardo dice que es sin modo amaros.

LOPE DE VEGA. — *Rimas sacras*. — 1638, soneto 89.

76.

Dios mío, sin amor ¿quién pasará?
Algo ha de amar quien hombre al fin nació.
Tres cosas que tú dices hallo yo,
En que todo el amor resuelto está.
Amarte á ti, cualquiera lo dirá:
¿Qué seña, qué indio bárbaro no amó
Al Dios que le sustenta y le crió
Y el aire que respira y luz le da?
Pues al amigo en ley de amor se ve,
¿Tengo de amar al enemigo? Si,
Que pues que tú lo mandas, justo fué.
Dichoso aquel, mi Dios, que te ama á ti,
En ti al amigo con honesta fe,
Y al enemigo por amor de ti.

EL MISMO. — *Id.*, *id.*, soneto 87.

77.

Nuevo ser, nueva vida, aliento nuevo,
Señor, os debo ya, pues reducida
Mi vida á vos es otra nueva vida,
De tal manera, que me haceis de nuevo.
De nuevo el alma desta vida os debo,
A quella con la sangre redimida,
Y esta con la piedad, pues de perdida
Al resplandor de la verdad la llevo.
Nada era ya la vida, que apartada
Se vió de vos, Señor; ¿qué triste estado!
Luego ha sido otra vez de vos criada.
De la nada, Señor, me habeis sacado
A nuevo ser; que si el pecado es nada,
En nada me volvi por el pecado.

EL MISMO. — *Id.*, *id.*, soneto 90.

78.

¿Cómo imaginaré que habrás oído,
Señor del cielo, mi oración tan fría,
Si la lengua remedio te pedía,
Y huelga el corazón de estar herido?
Tú, Señor, á quien nada es escondido,
Niega á mi voluntad lo que quería,
Y haz lo que mas conviene al alma mía,
Lo que pide la boca y no el sentido.
Tener piedad de un corazón contrito
Y guiar al que admite ser guiado,
Como es que cabe en hombres; Padre eterno!
Desatar al que quiere ser atado,
Y sacarle por fuerza del infierno,
Toca á vuestro poder, que es infinito.

FELIPE MEY (*Rimas de*), impresas por el mismo. — Tarragona, 1586, en 8.º

79.

Virgen bendita, que del alto cielo
Veis que tan grande número de errores
Cometemos los hombres por amores
De las cosas mas viles de este suelo.

A vos, Señora, invoco por consuelo
Como el mas malo de los pecadores.
Pues cuanto los pecados son mayores
Tanto es despues mayor el desconsuelo.
Quitad toda pasión en mi arraigada
Con el hábito viejo revestida,
Y ruégoos que por vos me sea alcanzada.
Con el hábito nuevo, nueva vida;
Y pues amé a Maria, derramada,
Que la ame mas agora convertida.

FELIPE MEY. — (Rimas de.) — Tarragona, 1586, en 8.º

80.

No sois vos, Virgen santa y escogida,
Un Dios que rige el estrellado velo,
Ni sois tampoco vos el mismo cielo,
No luna, sol, ó estrella conocida.

Ni sois tampoco vos la misma vida,
No ángel de ligero y presto vuelo,
Ni como cosa alguna acá del suelo,
Por mas bella que sea y mas lucida.
Digo lo que no sois, porque deciros
Lo que sois, imposible me parece;
A Dios es reservado tal tesoro.

Solo el que solo pudo producirlos,
A quien toda esta máquina obedece,
Podrá decir de vos bocados de oro.

EL PADRE FRAY ALVARO DE HINOJOSA Y CARVAJAL. — *Libro de la vida y milagros de santa Inés*, con otras varias obras á lo divino. — Braga, 1611.

81.

¿Cómo será de vuestro sacro aliento
Depósito, Señor, el barro mio?
Llama al polvo fiar mojado y frio
Fué dar leve ceniza en guarda al viento.

¿Qué superior, que puro movimiento
Habrá en ardor, á quien el peso impio
De esta tierra mortal no apague el brio,
Y los esfuerzos á su ilustre asiento?

Piedad este escondido soplo aguarda,
Que en mi se halla duramente atado
Mientras el postrer desmayo se difiere.

Y si entre tanta oposicion dejado
Fuere de vos, mi eterno fin no tarda,
Que un breve fuego aun sin contrarios muere.

FRANCISCO DE RIOJA. — *Poesías inéditas*. — Madrid, 1797, en 8.º mayor.

82.

¿Qué busco, ciego yo, con tan mortales
Y ansiosas bascas? — ¿Pienso que podria
Satisfacer la sed inmensa mia
Un mar de aquestos bienes, diré, ó males?

¿No vi ya, no probé cuán desiguales
Son de aquello precioso, que ofrecia
Su vanamente hermosa flor, que el día
Robó, descubridor de engaños tales?

¡Paremos ya, paremos! que el sosiego
En solo aquel un bien que sin mudanza
Lo mueve todo, al fin hallar podremos.
Mas ¡ay! que cuando verlo pienso, y llevo
Ya á asirlo, me deslumbra, y sin tardanza
Cual rayo pasa, y ciegos le perdemos.

DON FRANCISCO DE MEDRANO. — *Remedios de amor de don Pedro Venegas de Saavedra*, con otras diversas rimas de DON FRANCISCO DE MEDRANO. — Palermo, 1627.

83.

Si culpa el concebir, nacer tormento,
Guerra al vivir, la muerte fin humano,
Si despues de hombre, tierra y vil gusano,
Y despues de gusano, polvo y viento;
Si viento, nada, y nada el fundamento,
Flor la hermosura, la ambicion tirano,
La fama y gloria pensamiento vano,
Y vano cuanto piensa el pensamiento.

¿Quién anda en este mar para anegarse?
¿De qué sirve en quimeras sumergirse,
Ni pensar otra cosa que en salvarse?
De qué sirve estimarse y preferirse,
Buscar memoria habiendo de olvidarse,
Y edificar habiendo de partirse?

LOPE DE VEGA CARPIO. — *Coleccion de obras sueltas*. — Madrid, 1778, en 4.º, t. XVI, pág. 100.

84.

A su Teresa Cristo en vision clara,
Que no sufrió ni trasparente velo,
«Si no hubiera criado, esposa, el cielo,
Para ti sola, dijo, le criaras.

Si corresponde estimacion tan rara,
Oh Virgen, al fervor de vuestro celo,
Cual para union, ó cual felice vuelo
De aborto serafín se le compara;

Si á sola vos, y solo en vuestras bodas
Se os da por dote el ámbito glorioso
Que fué á las almas justas dedicado,
Decid, si allí nos muestra el sacro Esposo
Que, aunque las ama en exquisito grado,
Ha puesto en vos el mérito de todas.

DOCTOR DON BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA. — *Las Rimas que se han podido recoger de LUPERCIO y del doctor BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA*, etc. — Zaragoza, 1634, en 4.º

85.

Pender de un leño traspassado el pecho
Y de espinas clavadas ambas sienas,
Dar tus mortales penas en rehenes
De nuestra gloria, bien fué heroico hecho.

Pero mas fué nacer en tanto estrecho,
Donde para mostrar en nuestros bienes
Adonde bajas y de donde vienes,
No quiere un portallito tener techo.

¿No fué esta mas hazaña, oh gran Dios mio!
Del tiempo por haber la helada ofensa
Vencido en tierna edad con pecho fuerte.

(Que mas fué sudar sangre que haber frio);
Sino porque hay distancia mas inmensa
De Dios á hombre que de hombre á muerte.

DON LUIS DE GÓNGORA. — T. II de sus obras, comentadas por don García de Salcedo Coronel. — Madrid, 1643, en 4.º

86.

¿Devisase ell altar? — Ya se divisa.

¿Tiene aquel mas riqueza? — ¿Mas? Ni aun tanta.

¿La santa está galana? — Está que espanta.

¿Quién mos dirá quién es? — Su propia misa.

¿La misa miesma? — Sí. — ¿De qué es la risa?

¿Habran las misas? — Habra el que las canta.

Ora mentó á Teresa. — Esa es la santa.

Pues ¿quién avisa dello? — El Papa avisa.

Y en fin, ¿qué diz el Papa? — Que es Teresa.

¿Teresa de Jesus? — Ese es su nombre.

La que hué carmenista? — O carmenista.

¿Priesa se dió á ser santa? — Díose priesa.

Veras se dió. — ¿De qué llorais, güen hombre?

Membréme della. — Pues ¿qué? ¿Habeisla visto?

Y aun habrado tambien. ¡Válasme, Cristo!
Ved si excuso el llorar.—Ni aun yo lo excuso.
¿No llorais vos tambien?—Si quiero, suso.

ANÓNIMO.—Coloquio entre dos labradores que presenciaban las fiestas que se celebraban en Salamanca á la beatificación de la beata María Teresa de Jesús.—Relacion de ella, etc., publicada por don Fernando Manrique de Lujan.—Salamanca, 1613, en 4.º

87.

Esa grandeza que mirando estaba
¿No es maravilla octava en la grandeza?
Bien lo entiende vocacé; la menor pieza
Es de la tierra maravilla octava.

Quien la grandeza de esta fiesta alaba
¿Con qué podrá alabar tanta riqueza?
Con decir que la fiesta de hoy empieza
De do la fiesta mas solene acaba.

Pues ¿ha visto vocacé solenes fiestas?
Las de un emperador y de dos papas,
Y las fiestas de un santo ó dos he visto.

¿Y á todas juntas se aventajan estas?
Y á cuantas hay y ha habido en nuestros mapas.
¿A todas juntas? Si, por Jesucristo.

De la cuestion desisto
Porque no juré mas. No juré, amigo,
Que á Dios di por autor, no por testigo.

ANÓNIMO.—Parece de Cervantes ó de alguno que se propuso imitarle. Este coloquio se supone entre dos soldados que asistieron á dichas fiestas.

88.

Recuerda, oh pecador, si estás durmiendo,
Verás tu Redentor crucificado;
Verásle una lanzada en el costado,
Por do susanta sangre está vertiendo.

Verás y entenderás lo que diciendo
Está á aquel buen ladrón, que está á su lado;
Verás todo su cuerpo ensangrentado;
Verásle aquesto y mas por ti sufriendo.

De do conocerás lo que sentía
Su dolorosa madre, que allí estaba:
«Mujer, mira á tu hijo,» le decía;

Juan Evangelista, replicaba,
Mostrando el grande amor que le tenía,
Y á la Virgen tambien le encomendaba.

UBEDA.—Cancionero.

89.

Canta, lengua, el misterio consagrado
Del glorioso cuerpo y sangre pura
Que el Criador convida á su criatura,
Donde come á su Dios el convidado.

Para solos nosotros encarnado,
Para nosotros dado del altura,
Nacido sin abrirse la clausura
Del vientre virginal do fué encerrado.

En la postrera y ultimada cena
El Verbo y sus discípulos estando,
Les partió con sus manos la comida.

La ley en todo ejecutada y llena,
En su divino cuerpo transformando
El pan, y en sangre el vino por bebida.

EL MISMO.

90.

Cristo, Jesús, escudo á nuestra muerte,
Camino cierto, la verdad y vida,
Después de haber en trabajosa vida
Al Padre satisfecho con su muerte,

Del hombre enfermo reservó la muerte,
Y para mayor gloria de su vida,
Fundó su casa en este pan de vida
Por quedarse con él hasta la muerte.

Si en esta mesa puesta de tu vida
Quieres, hombre, matar tu hambre y muerte,
Limpia del alma la asquerosa vida;

Que si sabe tu vida en cosa á muerte,
Pensando que á tu muerte das la vida,
Sacarás desta vida eterna muerte.

UBEDA.—Cancionero.

91.

Aquel vellón que nunca se mojaba,
Estando el campo en pura agua bañado,
El ser vos engendrada sin pecado,
Virgen, madre de Dios representaba.

Y cuando el agua todo lo bañaba,
Enjuto el campo, es un significado
Del bien, que no cabiendo en lo criado,
Un si en vuestras entrañas lo encerraba.

Fué la zarza tambien señal que fuistes
Tan perfecta, que no os igualan santos
Ni espiritus angélicos tampoco:

Pues ser virgen y madre merecistes,
Alaben os sin fin, por bienes tantos
Los ángeles y Dios, que el hombre es poco.

EL MISMO.

92.

Ensilla, Sancho amigo, á Rocinante,
Dame la lanza y yelmo de Mambrino,
Acomoda la alforja en el pollino,
Y el bálsamo precioso pon delante.

Pues Dios me hizo caballero andante,
Hoy desfacer un tuerto determino,
Que face á una doncella un malandrino
Jayan desaforado y cruel gigante.

Dice que fué su esclava esta doncella,
Y miente. Pues sé yo que cuando él dice
Ella deshizo á coces su cabeza,

A mí me toca, Sancho, el defendella,
Pues soy su caballero, y voto hice
De defender su original pureza.

Subió con ligereza,
Y tomando su yelmo, escudo y lanza,
Le siguió su escudero Sancho Panza.

El padre FRAY BERNARDO DE CÁRDENAS, monje basilio.—Relacion de las fiestas que la Cofradía de sacerdotes de San Pedro Ad-vin-cula celebró, en su parroquial iglesia de Sevilla, á la Purísima Concepcion de la Virgen, nuestra señora, con el estatuto de defender su inmunidad y limpieza, etc., por el licenciado don Francisco de Luque Fajardo, rector del colegio de la misma ciudad.—Sevilla, 1616, en 4.º

93.

Ceniza espiritada, vil mistura,
Hombre de polvo y lágrimas formado,
A la miseria misma sujetado,
¿De qué te ensoberbeces, vil criatura?

Desbaza la rueda, abaja tu locura,
Vomita el aire de que estás hinchado,
Que un poco de polvo eres, que hollado
Serás mañana en la sepultura.

Y el cuerpo delicado que regalas,
Cuanto le curas mas, mas él te atiza,
Y esos tus ojos que te engañan tanto,
Tus vanos pensamientos y tus galas,
Tú y ello y cuanto tienes sois ceniza,
Basura y podrición, lloro y quebranto.

UBEDA.—Cancionero.

94.

AL ÁNGEL CUSTODIO.

A vos, ángel, que andais siempre á mi lado,
Y en mi guarda y defensa de continuo,
Para serme en la vida tal vecino,
Que jamás me dejes desamparado;

A vos, en quien estoy encomendado
Por el sumo Señor y Rey divino;
Yo os ruego me lleveis por el camino
Por donde santa gente ha caminado.

Y pues que sois mi ayuda y mi defensa,
Amparo y compañía verdadera
Con quien he de triunfar y haber victoria,
Procurad no me haga alguna ofensa
El contrario enemigo y bestia fiera,
Porque pueda gozar de eterna gloria.

UBEDA.—Cancionero.

95.

Elviejo Adán, habiéndose dolido,
La gran piedad al nuevo Adán envía,
Hecho contra el error sabiduría,
Que al hacer del demonio ha confundido.

Una obra tal, un triunfo tan subido
Al orden del salvarnos convenía,
Porque el traidor que en árbol nos vencia
También agora en árbol se ha vencido.

Así como hubo un daño, hay medicina,
Y á culpa inmensa, inmensa es la disculpa,
Y un arte con otro arte va engañada.
¡Dichosa, Adán y Eva, vuestra culpa
Pues con ofrenda tal y tan divina
Por Cristo mereció ser olimpiada!

El licenciado DUEÑAS. — Poesías manuscritas recopiladas de varios, en el año de 1577.

96.

SONETO DE PENITENCIA.

El cuerpo está de vicios abrevado,
En el profundo el paso detenido;
Las aguas de mis culpas han crecido,
Y hasta el alma mía se han entrado.

Si á pie pruebo á salir, no hallo vado;
Si á vuelo, se han las alas derretido,
Y queda en mi deshonor mi apellido,
Como de Icaro el golfo señalado.

Si quiero braccar, soy ignorante
En el nadar, y pues á todo falta,
Bonanza de los tristes que navegan,
Tu mano poderosa de lo alto
Enviála, Señor, y en un instante
Me libra destas aguas que me anegan.

El doctor DIEGO RAMÍREZ PAGAN. — *Floresta de varia poesia.* — Valencia, 1562, en 8.º, letra gótica.

97.

SONETO Y ORACION MUY DEVOTA.

Divina y alta luz, do el sol hermoso
Toma lumbre, y la luna y las estrellas:
De tu piedad siquiera dos centellas
Influye en este rostro tenebroso.

Si el dulce engaño, el yerro vergonzoso
Les deja que á ti suban mis querellas,
Libres mis ojos de las nieblas dellas,
Den lluvia á tu sembrado fructuoso.

Al grave peso acorre, Padre inmenso,
No me hunda en el mar de mi pecado;
Ni me borres, Señor, de tu memoria.
No confío de mí, sino que pienso;
En tu hijo, por todos humanado,
Por cuya sangre pido gracia y gloria.

EL MISMO. — Id., id.

98.

EN LA NATIVIDAD DE CRISTO.

Las palmas de la fértil Idumea
Mas que cedros del Libano han crecido;
Ejércitos del cielo han parecido
En valle, en monte, en risco y en aldea.

La noche mas qu'el día hermosea,
Y en el aire estas voces se han oído: —
«Id, pastores, al Niño que ha nacido;
»Ved al que cielo y tierra señorea.»

Apriesa vienen, y á Bethlem llegados,
Es el portal de ángeles un coro
De música, de gloria y armonía.
Adoran por el suelo derribados
Al sacro santo y virginal tesoro,
Al poderoso Infante y á María.

RAMÍREZ PAGAN. — *Floresta de varia poesia.*

99.

Á NUESTRA SEÑORA DEL ALBA.

Sosegado está el mar, selvas y prados;
La hoja y flor su pompa muestra al cielo;
La noche vi, rompiendo apriesa el velo,
Sus caballos herir negros y alados.

Scintila deja los campos plateados
De un trasparente y cristalino hielo:
Resplandecian del señor de Dolo
Los orientales rayos colorados;

Cuando otro sol mas puro de occidente
Veis donde asoma serenando el día,
La imagen oriental descolorando;

Y dijo: Eterna luz sola y ardiente,
Sufrid en paz la hermosura mía,
Que mas clara que yo se va mostrando.

EL MISMO. — Id., id.

100.

DE MORTE CHRISTI.

De jerga está vestido el claro día;
Luto se pone el cielo sempiterno;
Ya deja febo el carro y su gobierno,
Que la oscura tiniebla lo vencia.

Todo lo que era gozo y alegría,
De tristeza y dolor parece infierno,
Porque su Criador, su Dios eterno,
En cruz por el humano padecía.

¿Qué caridad tan grande te ha mostrado,
Monarca principal de gran renombre,
A dar tan gran tesoro á quien te ofende?

Piedras sienten, y Pedro te ha negado;
Al cielo quies llevar al hombre, y hombre
Es quien te crucifica y quien te vende.

EL MISMO. — Id., id.

101.

Á LA RESURRECCION DEL SEÑOR.

Levanta, hombre mortal, está despierto,
Madruga á ver tu luz, y tu alegría
Antes que salga el sol; resplandecía
El día mas hermoso, claro, abierto.

Viste á Jesus crucificado y muerto,
Y aquel sepulcro nuevo en piedra fría;
Pues mira la gran lumbre al tercer día,
La vida, gloria y ser que ha descubierto.

La flaca humanidad mostró en la muerte,
Y en el resucitarse glorioso
Soberana deidad con ella unida.
Ayer manso cordero temeroso,
Hoy llama con bramido el león fuerte,
Para mostrar que es Dios en darsé vida.

EL MISMO. — Id., id.

102.

DE ASCENSIONE DOMINI.

De vestido inmortal resplandeciente,
Presentes las amadas compañías,
Cumplidos ya dos veces veinte días
De su resurrección santa, excelente;
Sobre el cielo del cielo en el Oriente,
Entre coros de inmensas alegrías,
Se sube el Hacedor de hierarquías
A la diestra del Padre omnipotente.
Del infierno despojos ricos lleva;
Mas sin comparación mas altos dones
Nos da con el Espíritu muy Santo.
Regocijese el mundo desta nueva,
Levántense las armas y pendones
De quien ha levantado el hombre tanto.

RAMÍREZ PAGAN. — *Floresta de varia poesía*. — Valencia, etc.

103.

VIDA Y COSTUMBRES DE NUESTRA SEÑORA, CONFORME
SAN EPIFANIO.

Vistió la humilde Virgen lino y lana,
Honró en su estado al grande y al pequeño,
Ira, cólera ó risa, ni por sueño
Mostró tener, ni turbación humana.
De estatura de cuerpo fué mediana,
Rubio el cabello, el color trigüeño,
Afilada nariz, rostro aguileño,
Cifrado en él un alma humilde y llana.
Los ojos verdes de color de oliva,
La ceja negra, arqueada, hermosa,
La vista santa, penetrante y viva.
Labios y boca de púrpura rosa,
Con gracia en las palabras excesiva,
Representando á Dios en cualquier cosa.

ANDRÉS REY DE ARTIEDA. — *Discursos, Epigramas de Artemidoro*. — Zaragoza, 1645, en 4.º

104.

LOS QUINCE MISTERIOS DEL ROSARIO.

Cuando á María el Ángel la saluda,
Y ella visita á Elisabet, su prima;
Cuando pare al que cielo y mundo anima,
Y cuando ordena Dios que al templo acuda;
Cuando Cristo en el huerto sangre suda,
El azote y corona le lastima;
Cuando el sagrado leño se echa encima,
Y pasa muerte tan acerba y cruda;
Cuando con triunfo y gloria resucita,
Sube á los cielos, y á su Iglesia santa
El Espíritu Santo la visita;
Cuando llama á María sacrosanta
Y la corona con aplauso, y grita
Para siempre sin fin la Iglesia canta.

REY DE ARTIEDA. — *Id.*, id.

105.

Venga el poder de mil emperadores
Y crie una hormiga de no nada,
No basta su poder; pues sea ensalzada
La gloria del Señor de los señores.
Que esta hermosa máquina en que mores
Con sola su palabra fué creada,
Tu cuerpo y alma de razón dotada
Con que le comprendas y le adores.
Quien da al cielo contrarios movimientos
Quien hace que la paz no sea rompida
De cuatro tan contrarios elementos.
Como del mar la tierra no es sorbida,
O quien nos la sustenta sin cimientos,
Quien pueda dar (donde no la hay) salida.

BALTASAR DE ALCÁZAR. — *Poesías MS. recopiladas de varios*; en el año de 1577.

106.

Vi que en un templo estaba contemplando
Un padre religioso, y que advertía
Que muchas calaveras que allí había
Estaban nuestra muerte denunciando.
Quisiera yo saber el cómo y cuándo
Había de ser la hora de la mía;
Y así, con aflicción y gran porfía
Lleguéme al religioso preguntando:
¿Sabráme dar salida, reverendo,
Del fin y cómo y cuándo de mi vida?
Miróme, y respondiome sonriendo:
De cosa que á todo hombre está escondida
Te estás (y me preguntas) afligiendo,
Quien puede dar (donde no la hay) salida.

BALTASAR DE ALCÁZAR. — *Poesías MS.*, etc.

107.

Á LA SEÑORA CONSTANZA MARÍA DE RIBERA.

Elige en el ejemplo y en la vida
Imitación de virginal pureza,
Por quien la flor que da naturaleza
No se vió salteada ni ofendida.
Hallente siempre á la virtud asida,
Y asentando en tu alma su pureza,
Ofrecerás el cuerpo á la aspereza,
Para venir á orar mas encendida.
Estima el nombre sin igual que tienes
De esposa del Señor; no lo profanes
Con vanidad, olvido y menosprecio.
Sujeta á la humildad entrambas sienes,
Porque humillada y obediente ganes
Tálamo santo de tu amor en precio.

DON LUIS DE RIBERA. — *Sagradas poesías*. — Sevilla, por Clemente Hidalgo, 1612, en 4.º — Este soneto dedicado á su hermana, monja profesora en el hábito de la Concepción, y los siguientes hasta el número 195 inclusive, son del citado autor, y forman la mayor parte de dicho volumen.

108.

Del ciego error de la pasada vida
Salgo á puerto de nuevos desengaños:
Seguí mi antojo y conocí mis daños,
Enferma la razón, mas no perdida.
Resisto la costumbre envejecida
Que sabe despeñarme en los engaños,
Que por mi mal amó tiempos y años,
Pasados en deshonra conocida.
Y en tanto vituperio como ofrece
El muerto fuego, que las gentes vieron
Entonces abrasarme con mi afrenta,
Siento el dolor que en la vergüenza crece,
Temo enemigos que vencer pudieron,
Y lloro aun libre de tan gran tormenta.

109.

Pura, divina lumbre, do se enciende
Este hielo mortal, con que mi alma
Enflaquecida, en lengua y torpe calma,
El peso que sostuvo apenas entiende:
Si al sacro esclarecer culpa suspende,
Y encubre al bien obrar la osada palma,
Pura, divina lumbre, enciende la alma,
Que en su tiniebla de tu ardor se ofende.
Pasada es la atrevida resistencia
Que en medio del error hizo á tu lumbre,
Y en medio de la edad á mi me hizo.
Reo que solicite su sentencia,
Dejar quiere profana, vil costumbre,
Que el mal siguió, mas no le satisfizo.

110.

Tiempo es ya de tentar nueva ventura,
Y alzarse á vuelo del terreno peso,
Sin que detenga corrutible exceso,
Y el espíritu vuele en mente pura.
Clama apriesa la dulce edad futura
A despojarnos de la carne y hueso,
Primero de la vida en el progreso,
Y luego al fenecer de la criatura.
Que es corto el día de la humana suerte,
Diferente de aquel al orbe triste,
Eterno al renovar de su carrera.
Y pues no deja que esperar la muerte,
¿Quién de flaqueza armado se resiste
Para no obrar aquí como debiera?

111.

DE LA ILUMINACION Y PUREZA DE LOS ESPÍRITUS CELESTIALES.

Luces las mas gloriosas y mas puras,
Que en los eternos sacros resplandores
Encendistes primero los amores,
Vistiéndoos de su ardor como criaturas:
Vosotros sois de adoracion figuras,
De inteligencia, espíritu y loores,
Con que en silencio alzando los clamores,
Ante el Santo os postrais en las alturas;
Vosotras luces sois, con quien se cubre
El trono y Majestad incomparable,
Donde mora aquel fuego que en sí vive;
Luces sois; por quien algo se descubre
El rayo de la lumbre inestimable,
Que el hombre en taridad de allá recibe.

112.

DE LA FORMACION DE EVA Y DE LA IGLESIA.

Dar quiso Dios al hombre compañía
Igual en dinidad y hermosura,
Y para componer tan gran figura,
Sueño y saber á un tiempo le infundia.
De su costilla la mujer hacia,
Sabia, linda y honesta criatura,
Y el hombre arrebatado en su dulzura,
«Mi carne eres y hueso», le decia.
Mas el misterio de tan alto efeto,
En Cristo y en la Iglesia, aventajado
Al sacramento hizo y atadura.
Que en la cruz, descubriendo este secreto,
Al penetrar el hierro su costado,
Sacó otra esposa, eterna, santa y pura.

113.

DE LA SALIDA DEL PARAÍSO DE LOS PRIMEROS PADRES.

Padres tristes, mezquinos, miserables,
Cubiertos de dos pieles salvajinas,
Probando en nobles plantas las espinas,
Caídos los sus rostros venerables;
Al cielo, sol y luna lamentables
De su felice estado las ruínas,
Echados por justicia á peregrinas
Tierras, no conocidas ni tratables.
Paráronse á mirar á poco trecho
El lugar de su antigua gloria muerta,
Y apenas alzaron los llorosos ojos,
Cuando dijo el varon con sabio pecho:
Para que vuelva á ser tu entrada abierta,
Sangre ha de quebrantar esos cerrojos.

114.

DE ABEL MUERTO, VISTO DE ADAN.

Miraba el padre de la humana gente
Al hijo Abel en sangre revolcado,
Sin lengua, sin vigor, todo postrado,
Rendido al fiero caso acerbamente.
Pasmó sobre el cadáver, que no siente,
Y entre saña y dolor, del abrazado,
Fuego en calientes soplos le ha espirado,
Probando de encender su luz ausente.
Mas dejó de seguir el tierno oficio,
Y dijo al Hacedor del cielo en tanto:
Llaga es esta, Señor, de culpa mia,
Que si de Abel el puro sacrificio
Tragaron llamas de tu fuego santo,
Ya su inocencia y mi maldad te envía.

115.

DE LA MUERTE, HORRIBLE AL PECADOR, AGRÁDABLE AL JUSTO.

Ultima raya de las cosas nuestras
Eres, hora terrible y despedhada,
Embeleso fatal en sombra helada
De figuras horribles y siniestras.
¡Qué osadas son tus flechas y qué diestras
Para abrir la herida acelerada!
De sangre, amarillez, hedor manchada,
Así en tus trances con pavor te muestras.
Mas á ti tan alevé y tan temida
El justo te desprecia, y en paz santa
Recibe ese tu abrazo deseado.
Porque para hacer que seas vencida,
El vigor con que á sí propio quebranta,
En inmortal ardor lo ha trasformado.

116.

CONTEMPLACION SOBRE EL VERSO DEL SALMO 41:

Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum.

No el ciervo perseguido en la huida
Del cazador robusto y de los perros
Pasó en vuelo los llanos y los cerros
Para templar en agua la herida;
Ni fiera fatigada fué vencida
Menos de sed que de arrojados hierros,
Cuanto el ardor estivo de mis yerros
Tiene sedienta al alma y consumida.
Vivas fuentes desea, do apagarse
Pueda el fuego que enciende su apetito,
Divinas, saludables, vivas fuentes,
Para perpetuamente refrescarse,
Y dejar anegado su delito
De la sangre de Cristo en las corrientes.

117.

DEL GLORIOSO PUNTO AL NACER DE JESUS, Y MODO ADMIRABLE
CON QUE LA VIRGEN SE SINTIÓ PARIDA.

La noche estaba del silencio en medio,
Y las cosas suspensas, aguardando
De la dichosa hora el punto, cuando
Reciba el mundo sin igual remedio.
Puso entre el hombre y Dios la Virgen medio,
Su consentir humilde al Angel dando,
Y el resplandor del Padre, así encarnando,
Ya vecino al nacer confirma el medio.
Maria, de extremado gozo llena
Y en vehemente ardor toda encendida,
Pi le que salga el sol que la enamora.
Vistióse de blancura y luz serena,
Y sobre humanas fuerzas conmovida,
Virgen y madre se mostró á la hora.

118.

DE LA ALEGRÍA Y CANTARES DE CIELO Y TIERRA
POR EL NACIMIENTO DE JESUS.

En las alturas gloria á Dios le daba
La escuadra soberana, guerreadora,
Y al hombre que en el suelo en lides mora,
De buena voluntad paz le anunciaba.
La noche con sus luces se esforzaba
Para ver al nacido Dios que adora,
Cuya terrible diestra vencedora,
Flaca en la carne por su amor mostraba.
El aire en luminarias se encendía;
La tierra rebosaba su hartura,
Y el portal de Belén á Dios cubría.
Y la Madre, arrobada en la hermosa
Del que en su vientre virginal tenía,
Junto contempla á Dios en la criatura.

119.

DE LAS FUERZAS DE LA DIVINIDAD ENCUBIERTAS EN LA TERNURA
DEL NIÑO.

En tiernos hombros del nacido Infante,
Que un Hércules semeja osado y fuerte,
Estriba el peso de la antigua muerte,
Que aligó la cerviz del viejo Atlante.
Tiene espantables fuerzas de gigante,
Que le cupo de Hijo eterna suerte,
Y tú, Señor, al nuevo aparecerte,
Escondes la deidad en el semblante.
Por el imperio que en la excelsa frente
Tan cierto manifestas, salió luego
De su centro el furor y ciega envidia.
Y arrojóte en la cuna la serpiente;
Mas rindióse al rigor del sacro fuego,
Que el Hijo así de Jove en tierra lidia.

120.

DE LA CIRCUNCISION DE JESUS.

¡Oh admirable señal de amor divino!
Primera prenda que la Iglesia tiene
En tu sangre purísima, que viene
Abriendo de los gozos el camino.
Cerrado fué por el fatal destino,
Y el humano destierro así mantiene;
Mas va tu roja llaga lo detiene,
Que es llave de un acero limpio y fino.
Allá la ley quebrada, aquí cumplida;
Que el siervo la desmiente, el Rey la guarda,
Siendo sobre la ley y no sujeto.
Pues aunque lleva señas de homicida,
En flaca, tierna edad, no se acobarda,
Que en ser herido el Rey está su efecto.

121.

DEL NOMBRE DE JESUS Ó SALVADOR.

Dulcísimo Jesús, tu sacro nombre
Del cielo dado, en Salvador te alza,
Y tu salud sobre la tierra ensalza,
Cayendo unción de Dios en mortal hombre.
De ti, Rey, Sacerdote y Dios, se asombra
La escuadra que la luz y estrellas calza,
Y la que, de su amor propio descalza,
Vió escrito en fuego y zarza este renombre.
Dulcísimo Jesús, suavidad santa,
De espiritual influjo vaso entero,
Ardor del corazón, lumbre de gloria:
Hoy que la fe en tu nombre se levanta,
Hoy que Jesús fué nombre del Cordero,
Jamás se caiga de mortal memoria.

122.

CONTEMPLACION DEL ARROBAMIENTO DE LOS JUSTOS
EN LA ORACION.

El cuerpo, cárcel donde la alma mora,
Alguna vez se esfuerza y se suspende,
Para probar también á qué se extiende
El amor que mantiene á su señora.
Viola humillarse y que doliente llora,
Porque mas alta unión se le defiende,
Si en la contemplacion las alas tiende,
Menos por él, hasta la luz que adora.
Y cuanto era la fuerza del sentido,
Turbólo su vergüenza, y desmayado
El cuerpo, corrió ya serena calma.
¡Oh ardentísimo bien, si á ti he podido,
Dijo, viva yo en ti! Mas acabado,
Volvió á tomar en paz su cuerpo la alma.

123.

DEL DILUVIO POR LOS PECADOS DE LOS HOMERES.

Subió el hedor de la malicia humana
Por tanto sensual corrompimiento,
Y su abominacion y encendimiento
Irritó la justicia soberana.
Todo infernal lujuria lo profana;
Ni acata sexo, edad su perdimiento;
Bestial era y nefando arrojamiento
El que su carne á su apetite allana.
Aquel vapor de fuego y niebla oscura
Al hondo mar abierto se sorbiera;
Mas Dios sopió las nubes, y arrojado
Fué en agua su furor y mano dura,
Porque menor diluvio no pudiera
Apagar tanto incendio de pecado.

124.

DE LA ARCA DE NOÉ NADANDO EN LAS AGUAS, Y SACRIFICIO
DEL PATRIARCA PARA APLACAR Á DIOS.

La nave antigua, que elevar se vido
Sobre los altos montes de la tierra,
Cuando las aguas les hicieron guerra
Y el mar los espantó con su bramido,
Sintió los pios ruegos y gemido
De las reliquias que en su vientre encierra,
Y deseosa de parar, aferra
Las cumbres que jamás ha conocido.
Desamparóla el Padre alegremente,
Restaurador de la mortal semilla,
Y despidió las bestias y las aves.
Luego inclinó ante Dios pecho y rodilla,
Sean, diciendo, á ti gratos, suaves
Los fuegos de otro mundo y limpia gente.

125.

CONTEMPLACION SOBRE EL VERSO DEL SALMO 120:
Levavi oculos meos in montes, unde veniet auxilium mihi.

Alcé á los montes la rendida vista,
Y á mirarlos volví como á mi ayuda:
De vuestra fuerza mi alma está desnuda,
Montes, les dije, porque al mal resistís.
¿Quién dende el monte Cristo no conquista
El gozo de Sion que no se muda,
Y quien en vuestras altas cumbres duda
Que el Esposo dulcísimo no asista?
Montes de soledad y de sosiego,
Heridos con los rayos y la gloria
Del sol que por vosotros aparece.
Mi hielo desatad en vuestro fuego,
Que sigo del Calvario la memoria,
No la luz del Tabor que desfallece.

126.

DEL APARECIMIENTO DE LA ESTRELLA Á LOS MAGOS.

Estrella nunca vista se aparece
A los remotos reyes orientales,
Y al juzgar de los fuegos celestiales,
Otra lumbré mayor los esclarece.
Nacido sacro Rey se le ofrece,
Con nuevas maravillas y señales,
Para que reverentes y leales
La obediencia le den como merece.
Parten llevados de la luz y el fuego,
Del fuego de su amor; luz que los guía
Con claridad ardiente y soberana.
Subió al trono de Dios el pio ruego,
Y llenos de firmísima alegría,
Vieron la luz de Dios por nube humana.

127.

DE LA VENIDA DE LOS MAGOS Á ADORAR Á JESUS.

Belen, cubierta estás de los camellos
Que el agua de Fison y el lodo heben,
Y para que sus grandes dones lleven,
Oro y encienso te presenta en ellos.
Los dromedarios de encorvados cuellos
Sobre ti con olores puros llueven,
Y por tu adoración gentes se mueven,
Do muestra el sol en llamas sus cabellos.
¿Qué tienes, di, Belen, que tanta gloria
De reinos, animales y riqueza
Te cubre de Judea con asombro?
Excelso Majestad, no transitoria,
Dios relumbrante en virginal limpieza,
Rey que su imperio se lo pone al hombro.

128.

DE LA PURIFICACION DE MARÍA VIRGEN, Y PRESENTACION DE JESUS EN EL TEMPLO.

Hoy al templo una Virgen se presenta
Con un hijo en los brazos, Virgen madre,
Que siendo tal, de no terreno padre
Lo parió, y á sus pechos lo alimenta.
En gozo fué su parto, y sin afrenta
De culpa; el concebir de humana madre;
Mas en la luz en que se vió su padre,
Y en su mente engendrado lo sustenta.
Al mismo Padre se lo ofrece, y dice,
Con aquella pureza que en su alma
Vido el Infante cuando estuvo dentro:
«Tú, gran Padre, lo aceta y lo bendice,
Porque de tu virtud la excelsa palma
De su enemigo humille el recio encuentro.»

129.

DEL TEMOR Y TURBACION DE HERÓDES POR LA PREGUNTA DE LOS MAGOS.

¿De qué temes, Heródes? Que no quita
Reinos mortales quien le ofrece eterno:
Cayó en tu corazón helado invierno,
Que la esperanza del reinar marchita.
La mano de Jacob, fuerte, bendita,
Guerra publica al vicio y al infierno,
Y al hombre pide fe y un amor tierno,
Y en desprecio de mundo se acredita.
Dale tu alma, que las almas busca,
Para plantar en ellas la justicia
Que violó en su pecar el primer hombre.
Y si delante de la luz se ofusca
Y ciega endurecida tu malicia,
No es maravilla que el juez la asombre.

150.

DE LA HUIDA DE JESUS Á EGIPTO.

¿Por qué huyes, Rey Dios? ¿Tu fortaleza
Así aloja un impio atrevimiento?
¿No creció en la carrera tu ardimiento,
Siendo en fuerzas gigante y en braveza?
¿Tu salida no fué de suma alteza?
Pues ¿cómo desamparas patrio asiento,
Por no ver de los tuyos el cruento
Y odioso lago de brutal fiera?
Sobre tu fuerte muslo el limpio acero
De tu cuchillo guerracador ceñido,
Relumbré en la tu diestra á maravilla.
¿Mas no cae grande osar en un Cordero?
Será por verso tierno y encogido,
Que cuando sea león su prezo no humilla.

151.

DE JESUS DISPUTANDO CON LOS SABIOS EN EL TEMPLO.

Aquel tesoro do encubierta estaba
Eterna y sin igual sabiduría,
De las grandes riquezas que tenía
En el templo entre sabios rebosaba.
Misterios no entendidos declaraba,
Toda respuesta y lenguas suspendía,
Verdades á la gente descubría
De ser visto el Mesías que esperaba.
La profética sombra en luz más pura
Que el sol se convirtió, y fué oprimido
De infinito saber, error mundano.
Elevóse de Cristo la figura,
Y pegando su ardor, sacro, encendido,
Enseñaba la ley, no como humano.

152.

DE LA TRANQUILIDAD DE LA RELIGION MONÁSTICA.

Suave yugo que la frente inclina
En humildad y santo rendimiento,
Pacífico y alegre encerramiento,
Que dentro de sí propio á Dios camina;
Seguro puerto que su paz confina
Con las moradas del eterno asiento,
Difícil roca al sacudido viento,
Firme al furioso mar, aunque vecina;
Alta merced de incomparable precio,
Sagrado altar de sacrificios puros,
Noble palenque do virtud pelea:
Hollando estás con libre menosprecio
Del mundo los amores mas perjuros,
Porque su injuria en tu reinar se vea.

153.

DEL ARCO DEL CIELO, DADO POR SEÑAL DE PAZ Á NOÉ.

Eterno pacto de inmortal concordia
Con el segundo padre se establece,
Y el justo Dios de la venganza ofrece
Las aguas enfrenar de la discordia.
En señal de su gran misericordia
La variada iris aparece,
Y á ella para siempre pertenece
Demandar que se cumpla esta concordia.
Prosiguió la figura en la observancia
De la movida paz, hasta que el mismo
Hijo de Dios, en cruz puestos los brazos,
Humilló de los cielos la distancia,
Y alzando en peso así el terreno abismo,
Confirmó la amistad con sus abrazos.

134.

DE NOÉ DESCUBIERTO DE CAN, TAPADO Y REVERENCIADO DE SEN Y JAFET.

De anciano padre rehusar la afrenta,
Cubriéndola con propias vestiduras,
Fué volver al amor las ataduras,
Que el respeto de hijos representa.
Mas porque la maldad sus fuerzas sienta
Entre las acatadas manos puras,
Otras al mismo vínculo perjuras
Hacen que por su daño se consienta.
Supose la virtud y la malicia,
Y aquella en bendición quedó ensalzada,
Mas esta vino en mengua y servidumbre.
Que pues se debe al padre de justicia
Reverencia mayor, si le es negada,
El vicio apaga la paterna lumbre.

135.

CONTEMPLACION DEL PODER DEL AMOR DIVINO.

Todo lo vence amor, todo lo espera,
Igual es con la muerte en poderio,
Divino ardor que no lo anega el río
De la tribulación y angustia fiera.
Solo el amor no acaba su carrera
Con las cenizas del cadáver frío;
En gloria sigue el abrasado estío,
Que en cuerpo fué suave primavera.
De amor se paga Dios, y quien le ama
Consume en este fuego sus pecados,
Puro se entrega como el oro puro.
Que aquella sacra y penetrante llama,
Sobre los nudos dulcemente dados,
De esperanza y de fe levanta un muro.

136.

DE CRISTO BATIZADO EN EL JORDAN.

Voz de gloria, manifiesta ensalzada,
Así cayó de la celeste esfera,
Que al tronar del Jordan por la ribera,
Escondió de pavor la faz sagrada.
Mas volvió a componer la urna alterada
Que de sus canas el humor espera,
Viendo cómo su linfa placentera
De Cristo la cerviz deja bañada.
Despojóse laveste y la corona,
Y su vejez de las nayadas bellas
En peso soliviada y detenida,
Al inflamar del Hijo la persona
La Paloma en la luz de sus estrellas,
Testigo fué de gloria nunca oída.

137.

DE CRISTO TENTADO EN EL DESIERTO.

Desconoció el espíritu malino
En el trono de luz al Poderoso,
Y a Cristo, si era Dios, como envidioso,
En tentación por conocelle vino.
Perdió en la ceguera que trae el tino,
Y en tres mortales luchas victorioso
El Hijo de la lumbre, generoso,
Atado lo dejó en su desatino.
Que pues desconoció en inmensa gloria
Al Dios que la mantiene, acá le es dado
Que lo conozca puesto en suma afrenta.
Porque habida en la cruz alta vitoria,
Cuando vea su reino despojado,
La luz, que no adoró, rendido sienta.

138.

DEL PRIMER MILAGRO DE CRISTO, VOLVIENDO LA AGUA EN VINO.

Introdujo a la Esposa en la bodega
De su gran caridad el Rey esposo,
Y el vino de su amor, licor precioso,
A los virgíneos labios se lo llega.
Que vierta deste vino humilde ruega
Maria a Cristo, en trance riguroso
De bodas, donde falta, y él piadoso,
Junto su amor y su poder no niega.
De agua hizo vino en abundancia,
Por librar al esposo de su afrenta,
Y alzar en maravilla los presentes.
Porque a la conjugal perseverancia
El vino de un amor vivo acrecienta,
Uniendo en su virtud dos diferentes.

139.

DE CRISTO PREDICANDO EN EL MONTE LAS OCHO BIENAVENTURANZAS.

Abrió para enseñar Cristo la boca
Una grande doctrina no entendida,
Que a la felicidad santa, cumplida,
Riqueza, honra y deleite no la toca.
Los ánimos a nueva luz provoca,
De perfección altísima, encendida,
Y por ocho senderos la subida
Pone de la gloriosa inmortal roca.
En la cumbre del monte resplandece
La llama deste premio señalado,
Y la virtud desprecia la aspereza.
Y el que al gozo pacífico se ofrece,
De ardor y vivas lágrimas guiado,
Saca del padecer su fortaleza.

140.

DEL CAMINO DE LA PERFECCION Y SEGURIDAD DE LOS JUSTOS.

Conciencia en su pureza establecida,
Temor de Dios en el obrar guiando,
Lágrimas que en ternura van regando
Al alma de inmortal amor vencida;
Paz que rehace en la aflicción la vida,
Ley que seguramente está enseñando,
Caridad de virtudes esmaltando
La imagen hermosísima escondida;
Arderse en la oración, gozarse en calma,
Responder al Señor con obediencia,
Dalle lugar de esposo verdadero;
Dejan tan cierta y soberana palma,
Que hacen a la humana resistencia
Nítema ni apresure el día postrero.

141.

DE LA FÁBRICA DE LA TORRE DESPUES DEL DILUVIO Y CONFUSION DE LAS LENGUAS.

Nuestro nombre en los siglos celebremos,
Dijeron los segundos pobladores:
Parezcan nuestras obras las mayores,
Y en memoria una torre levantemos.
Con su altura los cielos espantemos,
Do salvos de otra injuria y sus rigores,
Alegres y robustos los clamores
A despecho del mar continuo alcemos.
¡Oh vano ardor, armarse en el pecado,
Para ira de Dios, de fuerza humana!
El malo en tal error su osar comencia:
Por eso queda misero y hollado,
Y la lengua sacrilega y profana
Cuento es de confusión y de vergüenza.

142.

DE LOS SODOMITAS QUERIENDO USAR MAL DE LOS ÁNGELES.

Contra maldad nefaria de Sodoma
Llegaron los jueces soberanos;
El fuego traen en las sagradas manos,
Para que el fuego de pecar se coma;
Mas ella, hecha brutal, las llamas toma
Y mueve en feo ardor los ciudadanos,
Y á los que parecían ser humanos,
Para violarlos por su mal asoma.
Defiende Dios con ceguedad la entrada,
Y aquella turbación aun no la enmienda,
Que á la pena contrasta su malicia.
Porque en la sanidad desesperada,
Suelta la culpa hasta caer la rienda,
Y se atreve á los santos la injusticia.

143.

CONTEMPLACION SOBRE LA SENTENCIA DE LOS CANTARES :

Pone me, ut signaculum supra cor tuum.

¡Oh tú, linda serrana y dulce Esposa,
Que al escogido joven ganadero
Vas á ver tras sus pasos y sendero,
Do apacienta en la siesta y do reposa!
Si ya te aficionó el color de rosa,
Mezclado con la nieve del otero,
Y el correr de tu amor, ciervo ligero,
Sigues tan fatigada y presurosa,
Pon la divisa de su amor constante
Sobre tu corazón, que él te ha pedido
Que traigas su lazada descubierta.
Y pues te precias mucho de su amante,
El que en tu blando seno está escondido,
Guarde también del corazón la puerta.

144.

DE ABRAHÁN EN EL SACRIFICIO DE SU HIJO ISAAC.

A Isac, de bendición santa esperanza,
Por víctima pacífica escogido,
Sobre el altar, el cuello apercebido
Al puro sacrificio y la matanza,
Paterna mano oprímeme sin tardanza,
Y el padre, á Dios mas fiel que condolido
Al racional cordero así encogido
Ya reduce al cuchillo y la puñanza;
Cuando Dios, que miraba este gran hecho,
Le dice, al detener de la herida:
Mi hijo te daré por tal servicio.
Así del esforzado y santo pecho
La obediencia eficaz fué recibida,
Y suspendió el rigor del sacrificio.

145.

DE CRISTO TRASFIGURADO EN EL MONTE.

Tabor, esfuerza la elevada cima,
Sobre el Olimpo y Sinaí abrasado,
Este en llamas del Dios siempre adorado,
Y aquel si al fuego celestial se arrima.
Que tu aspereza, blando y suave clima,
Vuelve en blanco, luciente y rojo estrado,
Porque de gloria el impetu enfrenado,
Que una vez se soltó, por tí se imprima.
Y en esa parte, donde el sol divino
Baño en dulzura y gozo los sedientos
Labios, que de tocallo mas se ardan,
Le quede por señal al peregrino,
Como sus puros y altos sentimientos
Con cruz, pasión y afrenta se cubrían.

146.

DE CRISTO RESUCITANDO AL HIJO DE LA VIUDA

Nain, vuelve tu duelo en alegría,
Y goza los despojos de la muerte,
Que el león de Judá con brazo fuerte
A nueva luz del triste lecho envía.
Ya, cuando tu llorado hijo salía,
La vida al mismo punto entraba á verte,
Y entonces su poder, para moverte,
Muestra con la ternura que sentía;
Mozo y único hijo de viuda
Madre, desamparada y sin consuelo,
Viva en admiración de los mortales.
Y la vida, á la muerte impía y sañuda,
Si al comenzar cortó el florido velo,
Cójala con el hurto en sus umbrales.

147.

DE CRISTO HABLANDO EN JERUSALEN.

¡Cuántas veces ¡oh pueblo endurecido!
Quise juntar tus hijos y huiste,
Con el amor que á la gallina viste
Dar á los suyos so las alas nido?
Cuántas por grave injuria, fementido,
Tus impías armas contra Dios volviste,
Y á los profetas en su altar heriste,
De tu misma malicia pervertido?
Clama la sangre justa, y la venganza
Apareja el Señor: en tu ruina
Cairás, Jerusalem, cairás en mengua;
Que viene contra tí trabuco y lanza:
Tus rotos muros llorarás mezquina,
Decía Cristo con doliente lengua.

148.

DE CRISTO SANANDO AL CIEGO CON EL LODO QUE HIZO
DE SU SALIVA.

Nueva reparación, nuevo edificio
Muestra el Señor en alumbra un ciego,
Que el ver le pide con humilde ruego,
Creuyendo que en dar luz hace su oficio;
Inclinó su bondad al ejercicio
Del ajeno provecho, el vivo fuego
De su arrojado amor, y acotó luego
La fe del miserable en sacrificio;
Cuando, como el artifice acostumbra
El barro disponer para su efeto,
Así bañó con su rocío la tierra:
Juntándole los ojos los alumbra,
Para que tenga el barro ser perfeto,
Por quien deidad en limpio barro encierra.

149.

DE LA PARÁBOLA DE LA VIÑA.

Una preciosa viña cultivada,
Con torre, con lagar y con vallado,
Que un próspero señor había plantado,
Dejóla á ciertas gentes arrendada.
Mas viéndola su hijo disipada,
Cuentas á los rentores ha tomado,
Que el fruto y la heredad le habían negado,
Usando de violencia y mano armada.
Convenciólos de alevé, y consintiendo,
Juzgaron merecer se les quitase
La viña con la vida malamente;
Périda sinagoga feneciendo,
Para que el fruto como fiel pagase,
Su viña puso en la cristiana gente.

150.

DE CRISTO RESUCITANDO LA HIJA DEL PRÍNCIPE.

El que pasó sanando su carrera,
Haciendo bien y dando vida á muertos,
Hinchendo de prodigios los desiertos,
Y amansando del mar la saña fiera,
La petición de un padre lastimera,
Cuyos gemidos por su hija ciertos
Dejaban al dolor oídos abiertos,
Aceta con ternura verdadera.
Y entrando por la casa do yacía
En el lecho sin alma la doncella:
No es muerta, dice, mas reposa en sueño.
Despertóla su voz con alegría,
Como revive al soplo la centella
Que el hielo amortiguó tiempo pequeño.

151.

DE ABRAHAM PAGANDO EL DIEZMO Á DIOS EN MANOS DEL SACERDOTE MELQUISEDEC.

De aquellos reyes rotos, despojados,
Que de su casa con la armada gente
Acometió Abraham, felicemente
De noche en vino y sueño sepultados.
(Luego que preso Lot, con sus ganados
Y parte de los suyos, el doliente
Robo vió convertirse en bien presente,
Con saco y muerte ajena asaz vengados),
El diezmo de la presa á Dios ofrece
El siervo fiel en las sagradas manos
Del gran Melquisedec por la victoria.
Que pues el Santo guerreador merece
Humildes gracias de ánimos humanos,
Así para su honor quede en memoria.

152.

DE ISMAEL ENSEÑANDO Á IDOLATRAR Á ISAAC EN FIGURAS DE ANIMALEJOS DE BARRO.

Tanto puede el ejemplo y la primera
Acostumbrada leche ponzoñosa,
Que contra lumbre honesta y generosa,
Rendida, en feos obras persevera.
A Isac, de tierna edad, porque no fuera
Tras Ismael con enseñanza odiosa,
Sara, madre prudente y amorosa,
Detuvo en el principio la carrera.
Jugaban los infantes medio hermanos,
Uno hijo de libre, otro de esclava,
Y este becerros á adorar le muestra,
Por acatados dioses soberanos,
Que la servil inclinación obraba
Para salir de su impiedad maestra.

153.

CONTEMPLACION SOBRE LA SENTENCIA DE LOS CANTARES: *Ful-gite me floribus, stipate membris, quoniam amore languet.*

Cubrid de flores á la bella Esposa,
Que se apaga el oriente en sus mejillas,
Y un exceso de amor vuelve amarillas,
Almas, si ya os tocó llama hermosa.
Revidid la temprana y fresca rosa
Que viola parece, ¡maravillas
De vehemente ardor, y cómo humillas
Al alma por tu santa unión ansiosa!
Las preciadadas camuesas de sus huertos
Traed para que huela, y el semblante
Suyo fortaleced con nuevas flores;
Que yace de amorosos desconciertos
Ella herida, y el amor triunfante,
¿Qué mucho que la venza mal de amores?

154.

DEL NACIMIENTO DE ESAU Y DE JACOB, QUE REÑIAN EN EL VIENTRE DE REBECA.

Sentía su preñez Rebeca, cuando
El escondido fruto fué creciendo,
Y los cóncavos senos extendiendo
El vientre, mas lugar iba dejando.
Mas vió con dolor suyo que luchando
En la tiniebla están, y se hiriendo
Dos engendros que tiene, concibiendo
Temor de lo que el caso va mostrando.
Pariólos de aquel parto, á Esau primero,
Jacob despues, en esperanza iguales.
Por suerte y condicion muy diferentes.
Aquel vino á ser lobo, este cordero;
Y como tan contrarios animales,
El tragador apercibió los dientes.

155.

DE ISAAC, ANTES DE MORIR, DANDO LA BENDICION POR ENGAÑO Á JACOB.

Por luenga edad, vecino Isac al día
De su esperada muerte, á Jacob daba
Eterna bendición, y lo heredaba
En lo mas que á Esau pertenecía.
Al ciego, anciano padre, creer hacia
No padecer error en lo que obraba,
Cuando la mano con la piel tocaba
De Jacob, que á Esau se parecía.
Así el rebelde pueblo, en la cruz viendo
A Cristo Dios las manos enclavadas,
De Esau pecador le parecieron.
Mas el rogar por él al Padre oyendo,
Con la voz de Jacob representadas,
Temió la voz que tales manos dieron.

156.

DE LAS MISERIAS DE LA VIDA.

¿Para qué es el nacer, si la ley dura
Del morir desbarata el edificio?
¿Qué misero y violento sacrificio
Ofrece triste vida mal segura?
¿Qué poder, qué consejo, qué cordura
Suspende el fatal, cruento oficio?
¿Qué lloro, qué dolor y qué ejercicio
De penas no acomete á mi estrechura?
El ánimo en cadenas oprimido,
La mente á error dispuesta, y á la odiosa
Necesidad el cuerpo ¡oh vano día
De la primera luz, si no has corrido
Siempre por entre nube tenebrosa,
Donde perpetuo sol te mueve y guía!

157.

DE LA CARTA DE MARTA Y MARÍA EN LA ENFERMEDAD DE LÁZARO. *Magister, ecce quem amas, infirmatur.*

«Señor, cuyo es poder y obrar entero:
En el último trance peligroso
Socorre á quien bien amas, si piadoso
Eres á nuestro ruego lastimero.»
Al Maestro del mundo, verdadero,
Bienhechor, condolido, afetioso,
Tal recando le vino, y cuidadoso
Se parte en el remedio á ser primero.
De dos hermanas santas, avisadas,
Fué tierna petición, cuando yacía
Lázaro en lecho de mortal dolencia.
Así en las oraciones ahincadas,
Que la esperanza y fe llevan por guía,
Amor de Dios pronuncia la sentencia.

158.

DE CRISTO RESUCITANDO Á LÁZARO.
Infirmis hæc non est ad mortem, sed pro gloria Dei.

La enfermedad del justo y los dolores
 A la gloria de Dios abren camino,
 Que no para en la muerte su destino,
 Odiosa, cual de tristes pecadores.
 Sueño es de paz, y de abundancia y flores,
 Por quien espera el cuerpo, no mezquino,
 Aquel eterno abrazo, fiel, divino
 De la alma con purísimos amores.
 Lázaro así, ya en el sepulcro puesto,
 Con lágrimas de Marta y de María
 A Cristo movió en lloro; ¡humana suerte!
 Turbó al valiente espíritu el funesto
 Horror; mas dando un grito al que dormía,
 Sacólo á luz del seno de la muerte.

159.

DEL CONCILIO HECHO EN JERUSALEN PARA MATAR Á CRISTO.

La envidia, la ambición, odio y malicia,
 Con violencia y calunia congregadas,
 Contra un justo en alevé conjuradas,
 Tratan la ejecución de su injusticia,
 Mueran, dicen, la ley, verdad, justicia
 Que hacen nuestras obras afeadas:
 Así las voluntades confirmadas
 Las dejó el sacrilegio y la cudicia.
 Simeon y Levi, vasos malos
 De encubierta ponzoña, en su consejo
 Jamás entre Jacob, porque perece
 De la maldad el Santo en los caminos.
 Tiñó la fiera en sangre su pellejo,
 Mas muera un hombre que por nos padece.

160.

DEL TRIUNFO DE CRISTO EN JERUSALEN.

Cantad al triunfador, y las solenes
 Voces de aclamación suban al cielo,
 Brote guirnalda el florido suelo
 Reverenciando la mayor que tienes.
 El cuerno, con la copia de los bienes,
 Sobre el púrpuro y acetado velo
 Derrame la abundancia; y puro Delo,
 Gracias y honor esmalten sacras sienes.
 Tal es, Jerusalén, tu gloria el día
 Que Salomón pacífico se muestra,
 Con amor, suavidad, misericordia;
 Tal es, para que ensalces tu alegría,
 Que goza del triunfo eterna diestra,
 Firmando con su muerte la concordia.

161.

DE LA INSTITUCION DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO DEL ALTAR.

Para manifestar su omnipotencia,
 Aun no contento Dios con cuanto ha hecho,
 Por su gloria miró y nuestro provecho,
 Dejando entre los hombres su presencia.
 El resplandor de la divina esencia,
 Por quien tuvo *ab æterno* su derecho,
 Encerró de la carne en vaso estrecho,
 Mostrándose hombre y Dios por alta ciencia.
 Extremóse mas Dios, que aquella alteza
 Del ser de Dios y hombre, en pan y vino
 Dejó con su palabra allí cubierta.
 Porque al tocar humilde la corteza,
 El que por un bocado perdió el tino,
 En este halle á Dios con verdad cierta.

162.

DE LA PRECIOSA SANGRE DE CRISTO SACRAMENTADO.

Sangre fué la señal que Dios ordena
 Para librar la casa del Hebreo,
 Mientra que al ostinado Egipcio reo,
 Se da la muerte de su hijo en pena.
 Ahora de su sangre abre la vena,
 Vitorioso y altísimo trofeo,
 Para enlazar, humano, tu desseo,
 De su ferviente amor en la cadena.
 Poderoso Señor, si en sangre vuestra
 El pacto se libró, y la alianza
 Que redujo los hombres de la muerte,
 Hecho fué aquel de vuestra sola diestra.
 Mas el amor en este tanto alcanza,
 Que bebiéndoos la sangre os deja fuerte.

163.

DE LOT EMBRIAGADO DE SUS HIJAS.

Ardía en llamas la ciudad, y ardía
 Por su embriaguez entre torpezas luego
 Anciano Lot tan olvidado y ciego,
 Que lascivos abrazos consentía.
 La cueva el feo incesto no encubría,
 Que de sus hijas al balago y ruego,
 Mientras se daba al vino, mas el fuego
 Despertaba con ellas y encendía.
 Cayó rendido al delicado cuello,
 Entre virgíneos miembros afeados
 Con paternal ardor y propia mengua;
 Porque cueigan de misero cabello
 Los naturales lazos apretados,
 Cerca de mujeril contacto y lengua.

164.

CONTEMPLACION SOBRE LA SENTENCIA DE LOS CANTARES:
Osculetur me, osculo oris sui.

¿Qué suavisimo beso, qué colores
 De púrpura en tus labios parecieron,
 Oh rutilante Esposa! Y ¿qué sintieron
 De fragancia de ungüentos y de olores?
 El Esposo espirando amor y flores
 Coronó tus mejillas, y hirieron
 A ti sus castos ojos, que pudieron
 Moverte con dulzura y resplandores.
 Imprimiste en la frente el sacro nombre,
 Y en su licor precioso derramado,
 Bañaste hebras de oro, pura aurora.
 Tal pudo Dios obrar para ser hombre,
 Y con eterno abrazo confirmado,
 Moró en tu vientre y en sus almas mora.

165.

DE JACOB ALZANDO LA PIEDRA DEL POZO POR AMORES
 DE RAQUEL.

Raquel tras sus ovejas caminaba,
 De singular belleza, al hombro suelto
 El cabello en lazadas mal revuelto
 Por quien el campo honor y luz cobraba.
 Con ellas hasta el pozo enderezaba,
 Cuando Jacob, á la pastora vuelto,
 Como á vecino sol, quedó resuelto
 Hacer della su alma y vida esclava.
 Partió derecho al pozo, á quien cubría
 Grande y robusta piedra, suspendiendo
 El grave peso con gentil semblante.
 Que si los ojos de Raquel sentía,
 Vigor y fuego dellos recibiendo,
 Hércules fuera al oprimido Atlante.

166.

CONTEMPLACION DE LOS SERVICIOS DE JACOB POR RAQUEL,
Y DE CRISTO POR LA IGLESIA, SU ESPOSA.

Amó á Raquel Jacob tan tiernamente,
Que servir siete años por gozalla,
Horas le parecieron; y miralla,
Su grande amor hacía ser paciente;
Hielos, estivo ardor, cielo inclemente
Contento sufre; si Raquel se halla
Cuando la noche en su silencio calla
Y la alba trae el día, ante el presente.
Mas poco es esto á Cristo comparado,
Finísimo amor: no vido el cielo
Ni la tierra otro amor tan fuerte y vivo.
Así se dió por pasto á su ganado,
Y por la Esposa que sirvió en el suelo,
Aun no le fué el morir en cruz esquivo.

167.

CONTEMPLACION SOBRE LA SENTENCIA DE LOS CANTARES :
Veniat dilectus meus in hortum suum.

Venga mi dulce amado, venga al huerto,
A las eras de aromas olorosas,
Coja los puros lirios, coja rosas,
Si el claro amor de ambos es tan cierto.
Herido está el Esposo y casi muerto
(Oh mas bella entre todas las hermosas),
Porque volviste flechas ponzoñosas
Tu mirar y cabello en el desierto.
Hermana, dijo, dulce amiga, ufana
Quedarás de la llaga de mi pecho,
Paloma amada, al inflamar tus ojos.
¿Cómo de tanto mal estás lozana,
Si te convidan mi florido lecho,
Y de mi amor castísimos despojos?

168.

DE JACOB Y EL ÁNGEL LUCHANDO.

Los brazos generosos enlazados,
Y cada uno esforzando el vencimiento.
Y en la industria y porfía el ardimiento
Dejando mas los brios confortados,
Un varón y Jacob, en lucha osados,
Duraron en continuo movimiento,
Hasta vestir de luz al elemento
La aurora con sus fuegos consagrados.
Viendo el varón á la Febea hermana,
Pide á Jacob le deje, y él porfía
Que le ha de bendecir para solitario.
Divina bendición el fuerte gana,
Que á Dios enamoró su valentía,
Y hombre quiso mostrarse por proballo.

169.

DEL AMOR CON QUE CRISTO CONSAGRÓ SU CUERPO
EN LAS ESPECIES SACRAMENTALES.

Hombre, ¿no ves el esplendor luciente
De aquel amor, que obró la maravilla,
Pagando en sangre el precio de la silla,
Que en el cielo compró para ti ausente?
No ves, del mismo amor, la llama ardiente
Sazonar de tal modo esta semilla,
Que está con ella unida, la sencilla
Sustancia de Dios, Hijo omnipotente?
Pues si deslumbran estos resplandores
Los ojos corporales y el sentido
No arriba á la grandeza deste hecho,
Si es dádiva de amor y pan de amores,
Hombre, tibia es tu fe, cuando, comida,
No brotaren sus llamas por tu pecho.

170.

DEL CUERPO Y SANGRE DE CRISTO SACRAMENTADO.

Celestial sacramento, en pan y vino,
Que verdadero Dios sois ciertamente,
Poned al corazón un rayo ardiente
Del amor que con vos del cielo vino.
Porque el hombre mortal, hecho divino,
Segun que os tiene cerca, os vea presente
Y venga á aquel estado floreciente
Que mantiene en holganza su camino.
Abrid los ojos, que cerró el pecado,
Hartad al alma, que sin vos perece,
Refrigerad la sed, rocío del cielo.
Llegaos, dulce amor, á vuestro amado,
Que en vos solo hay virtud, por quien merece
Veros allá cual sois, corrido el velo.

171.

DE JOSEF, QUE, SIENDO MUCHACHO, ACUSÓ ANTE SU PADRE JACOB
Á SUS HERMANOS DE ABOMINABLE PECADO.

Puso en Josef su amor el trabajado
Jacob, de su Raquel hijo primero,
Como de su virtud noble heredero,
Y por ella en sus hienes mejorado.
El fuego que en su pecho está guardado,
Aun en la tierna edad, felice agüero
Es del justo vigor, sencillez, entero.
Por quien será en el mundo levantado.
Vió envueltos en maldad á sus hermanos,
Y á su padre lo dice, y los acusa,
Que teme á Dios aborreciendo el vicio:
Y hacen limpios ojos limpias manos;
Pues quien, al comenzar, el mal excusa,
Elige la bondad por santo oficio.

172.

DE JACOB LLORANDO LA MUERTE DE SU HIJO JOSEF POR LA VES-
TIDURA ENSANGRENTADA QUE LE PRESENTARON SUS HER-
MANOS.

Esta sangrienta ropa, esta herida,
Furor es de una tigre ó bestia fiera;
De tu hijo es la prenda lastimera,
Que á mortal sentimiento nos convida.
Señales son de su postrada vida,
Dicen al padre que morir espera
Del violento pesar, en la carrera,
Los hermanos con lengua fementida.
Baño las barbas el doliente viejo
En el cruento humor; y Josef, clama,
Muerto es á diente de malvada fiera.
Garras son de la envidia y su consejo,
Y al encender la ira negra llama,
Hace que el justo tan sin culpa muera.

173.

DE LOS MALOS LEVANTADOS, CUYO FIN ES LA IRA DE DIOS.

Belfegor elevado en la figura
De la torpeza horrible, y la sangrienta
Bestia que de maldades se alimenta,
Hollando al bueno con brutal locura;
La virtud despreciada, su hermosura
Cubrió en las nieblas tristes de la afrenta;
Y el robo, la lujuria y saña exenta
Se muestran con soberbia vestidura.
¡Oh inica Babilonia, y tú, profano
Idolo de deshonra abominable,
Que en la fealdad te gozas y malicia!
Aunque piensas no haber Dios soberano,
Te cercará su ira incontestable;
Que si se tarda, es fuerza la justicia.

174.

DE CRISTO LAVANDO LOS PIÉS Á LOS DISCÍPULOS.

Sabio Jesús, de la apretada hora,
Para pasar del mundo al Padre eterno,
Sabiendo que en sus manos el gobierno
Puso de cuanto en cielo y tierra mora,
El claro rutilar de roja aurora,
Ofendido con nieblas del invierno,
Como salió del seno ardiente y tierno,
Vuelve al sagrado sol que lo atesora.
Y aqúeste mismo ardor, antes que el paso
Mortal lo cubra de ceniza y luto,
Las aguas vence, y su frialdad deshace.
Abrióse el cielo al espantable caso,
Viendo á Cristo coger humilde fruto,
De piés lavados, do su amor se aplace.

175.

DE CRISTO PREDICANDO EL SERMON DESPUES DE LA CENA
Á SUS DISCÍPULOS.

Puesto el Señor en pié, tras la ecelente
Muestra de su humildad y amor constante,
Al morir, con las obras de gigante,
Y al nacer, con el nombre de valiente,
Al Padre, que en su alma está presente,
Volvió el sereno, virginal semblante,
Como suele, al partir, rendido amante,
Hacer en dones su querer patente.
Santo, le dice, con la eterna lumbre
Que tuve en el principio, y tú me diste,
Esclareceme ahora y dame aliento.
Porque al guiar por la enriscada cumbre,
Estos, que míos para siempre hiciste,
Quiero que gocen de tu sacro asiento.

176.

DE CRISTO ORANDO EN EL HUERTO Y SUDANDO POR LA AGONÍA
SANGRE.

Cristo Señor, en misera agonía,
Triste, turbado y con interno hielo,
Flojo el vigor, que sustentara el cielo,
Revuelta de su alma la armonía,
Cuanto mas los contrarios resistía,
Su fuego entre la lucha bañó el suelo
De sanguino sudor, y el desconuelo
Asido hasta la muerte le tenía;
Cuando, postrado en oración ferviente,
Clama: «Padre ofendido, el cáliz pase
De mí dolor; mas tú querer se haga.»
Y confortado el ánimo doliente,
No habiendo batería que lo arrase,
Por la vitoria desprecia la llaga.

177.

DE LA SANTÍSIMA CRUZ.

Hermosísimo árbol, refulgente,
De la purpúrea piel, real, vestido,
En limpia sangre tu verdor teñido,
Frutífero, robusto y eminente:
Eterno precio en ti estuvo pendiente,
Y cual de dino tronco, así escogido
Fuiste, para tocar el cuerpo herido
Del que pagó la vida de su gente.
¡Oh cruz, salve, esperanza verdadera
Del fin de nuestros males, tú que hiciste
Paces con el despojo del infierno,
Permite, en tu memoria lastimera,
Que el fiero padecer que á Cristo viste,
Cause en mis ojos un perpetuo invierno.

178.

DE CRISTO PENDIENTE EN LA CRUZ.

Este es el santo trono y ensalzado,
Gloria del Salvador, al mundo afrenta,
Lecho de fuerte amor, que lo acrecienta,
Altar para su gran pontificado.
Este, aquel duro y penetrante arado,
Que abrió la tierra estéril y sedienta,
Donde el grano de trigo, muerto, aumenta
A millares el fruto deseado.
Ya cuando la corona ornó su frente,
Todo lo trajo á sí, que á tanta alteza
Estaba prometido el señorío.
Y en acto de jurar un rey potente,
Al descubrir su antigua fortaleza,
Ganó el gentil lo que perdió el judío.

179.

DE RAQUEL MUERTA EN LAS ANGUSTIAS DEL PARTO.

Con negra nube el rojo esmalte bello,
De cristal en pedazos esparcido,
Y las flores, que el prado en honra vido,
Coronar las mejillas y cabello,
Y el oro, que ciñendo el blanco cuello,
Fué en las faldas de la alba recogido,
Y aquel puro alentar de aura bebido,
Para bañar su espíritu con ello;
Todo ofendido y sin ardor, al punto
Que la luz en los miembros delicados
El infelice parto oscurecía,
Cayó en la sombra de la muerte junto.
Cayeron en dolor montes, ganados,
Cayó Jacob, que su Raquel no via.

180.

CONTEMPLACION DE LA MUERTE SOBRE LA SENTENCIA DEL SANTO
JOB: *Peccavi, quid faciam tibi, oh custos hominum.*

Pecando, ¿qué haré para moverte,
Guardador de los hombres, si pusiste
Mi ser contrario al tuyo, y consentiste
Tras un breve pecar tan luenga muerte?
Si en libertad de la mezquina suerte
Colocarás al hombre, vano y triste,
Este, que en polvo y en tiniebla viste,
Pudiera, no deshecho, responderle.
La vida es nada, y en tan cierta mengua
Engrandeces al hombre, y tu cuidado
Pones en él para proballo luego.
Si á pena desató la torpe lengua,
Cuando, como aborreces su pecado,
Le cortas la raíz y echas al fuego.

181.

CONTEMPLACION DE CUÁN ODIOSA SEA LA MUERTE AUN Á LOS
MISMOS JUSTOS, SOBRE LA SENTENCIA DEL APÓSTOL:
Nolimus expoliari, sed supervestiri.

Esta agradable piel, aqúeste nudo
De cuerpo y alma estrechamente asido,
Este vario esplendor de su vestido,
Ante quien el del orbe es flaco y rudo,
Cuanto teme el odioso golpe, crudo,
Sobre la union y vínculo querido,
Siente el despojo misero, atrevido,
Que deja el dulce son de la alma mudo.
Y si por medio deste apartamiento,
Eterna vida espera en la corriente
De bienaventurado y sacro vuelo,
Quisiera el mas desnudo pensamiento,
Sobre el manto del cuerpo, aunque doliente,
Revestirse otro nuevo, inmortal velo.

182.

CONTEMPLACION DEL HORROR DE LA SEPULTURA, SOBRE LAS PALABRAS DEL SANTO JOB: *Antequam vadam (et non reverter) ad terram tenebrosam, etc.*

Pues la pequeña luz de humanos dias,
Brevemente fenece su carrera,
Deja al hombre plañir por tal manera,
Antes que estén la voz y lengua frias.

Cuando preso en el vientre lo tenias,
¿Por qué le consentiste que saliera?

¡Ojalá que de allí desapareciera
Para nunca sentir mas agonias!

Déjale en su partir, si tarde aguarda
Vuelta, que llóre la morada triste
Adonde va á parar, de horrible muerte.

Tinieblas y miseria tiene en guarda;
Orden no hay; espanto y sombra asiste:
Tal es el fin de la mas alta suerte.

183.

DE JOSEF HUYENDO DE LA ADÚLTERA MUJER DE PUTIFAR,
EN CUYAS MANOS DEJÓ LA CAPA.

La Egipto, por Josef en llama ardiendo
De adulterino amor, postrado el velo
De la vergüenza y del respeto al cielo,
Le estaba con blanduras persuadiendo.

Ya que los blancos brazos fué tendiendo,
Del lascivo furor llevada en vuelo,
Aunque tocó el virgineo y casto hielo,
Más el joven gentil la iba encendiendo.

Brotó por las mejillas inflamadas
Y labios de coral ámbar y rosa;
Huyó Josef de tan estrecho trance,
Dejándole en las manos afrentadas
El manto triunfador á la rabiosa
Tigre, que amenazaba un feo alcance.

184.

DE JOSEF, VENCEDOR DE SUS TARAJOES POR SU VIRTUD Y TEMOR
Á DIOS.

Quien vió á Josef en dura cárcel puesto,
Acusado de alevé falsamente,
Esclavo de una bárbara, infiel gente,
Manchado su decoro, limpio, honesto;

Quien en su deshonor, yugo molesto,
Al servicio comun le vió paciente;
Quien mordido de libica serpiente,
Odio y envidia, el agraciado gesto;

No diga, viendo la prudente mano
Gobernar el egipcio señorío,
Alzar en luenga hambre la esperanza,
Ser adorado de su padre anciano,
Llamado Dios á las demandas pío,
Que tanta gloria la bondad no alcanza.

185.

DEL GLORIOSO PUNTO EN QUE CRISTO RESUCITÓ.

Las nubes colorando el puro oriente,
Mas alegre la aurora despertaba,
Al tiempo que el luciente sol mojaba
Los cabellos en bálsamo y la frente.

La guirnalda de lauro refulgente,
Que el oro por su Dafne despreciaba,
Las sienes de la luz hermosa ornaba,
Vestido el manto de esplendor ardiente.

Los caballos aligeros, lozanos,
Mejor que para el mozo mal regido,
La rienda obedecieron, y volaban.

Los campos eran del aljófar canos,
Cuando en el huerto á Cristo esclarecido
De su gloria inmortal todos miraban.

186.

DE CRISTO YA RESUCITADO.

Rosas, brotad al tiempo que levanta
La cabeza triunfal del breve sueño
El sacro vencedor, trocado el ceño,
Y buella el mundo su divina planta.

El cisne entre las ondas dulce canta,
Y el campo, al espirar olor risueño,
Al renovado fénix, sobre el leño
Ve pulirse las plumas y se espanta.

Brotad, purpúreas rosas, y el aliento
Vuestro, mezclado de canela y nardo,
Bañe el semblante de carbuncos hecho.

Mueva el coro la voz y el instrumento,
El coro celestial, si mas gallardo,
¿Puede ofrecerse á mas heroico hecho?

187.

DEL MODO QUE CRISTO UNIÓ LA ALMA Á SU CUERPO DIFUNTO,
Y SE MOSTRÓ GLORIOSO Y RESUCITADO.

Dejando (al punto que la inmortal alma
Unirse quiso al cuerpo desmayado)
Los senos de la muerte, penetrado
Ha con los padres la horrible calma.

Y coronando de elevada palma
Al humano despojo sepultado,
El cuerpo de su alma restaurado,
Ganó en la carne la primera palma.

El sepulcro se abrió, y el huerto vido
Gozarse al Padre, enamorarse al cielo,
Y adorar á Jesus las almas pias.

Y todo el orbe de su ardor herido,
Inflamado en la luz del puro velo,
Resonó con eternas alegrías.

188.

DE LA SALIDA DE LA MADALENA Y OTRAS SANTAS MUJERES Á VISI-
TAR EL SEPULCRO, Á QUIEN DIJO EL ÁNGEL SER YA CRISTO
RESUCITADO.

Con nuevo ardor las cumbres comarcanas
Y el capitel del templo relucian,
Y las torres vecinas descubrian
Las doradas coronas mas lozanas.

Las flores en los prados, tintas, canas,
De luz sobre el color se revestian,
Cuando de la ciudad tristes salian
A ver el real sepulcro las hermanas.

Mas, ¡oh glorioso dia, que no hallaron
Difuntos huesos, sino eterna diestra,
Resucitada y de su honor vestida!

Al rutilante joven contemplaron,
Y él, del amor á la gentil maestra,
Dice cómo volvió á su ser la vida.

189.

DE LA GLORIOSA APARICION DE CRISTO RESUCITADO
Á SU SANTÍSIMA MADRE.

Inclina, excelsa Madre, el blanco cuello
Al ternísimo abrazo y regalado
Que el Salvador glorioso y ensalzado
Te da al mostrarte refulgente y bello.

Tocando húmedo en ámbar el cabello,
Y el rostro, de mosquetas fabricado,
Tus virginales rosas, abrasado
Fué el limpio corazón, de amor en vello.

Puro licor bebiste, y gozo santo
De la inmortalidad; y el Hijo amante
Pegó tus labios á sus sacras llagas.

Creció el ardor y suavidad, en cuanto
El fuego de la lumbre radiante
Con dulcísima union sientes y pagas.

190.

DE LA APARICION DE CRISTO RESUCITADO EN HÁBITO DE HORTELANO A LA MADALENA.

¡Qué enamorada y presurosa al huerto
Una santa mujer va caminando,
Y como fué su fe viva esforzando,
Salióle la esperanza y gozo cierto!
Al hortelano, por su Señor muerto,
Con lágrimas pregunta y mirar blando;
Mas él, la rusticieza despojando,
Cristo se le mostró vivo y despierto.
Quiso tocar el cándido celaje,
Cual suele de improviso entre los brazos
Arrojarse la esposa del marido,
Que la burló con encubierto traje;
Mas detuvo el ardor de sus abrazos,
Para dejalle el pecho derretido.

191.

DE LA APARICION DE CRISTO RESUCITADO Á SUS DISCÍPULOS,
Á QUIEN CONOCIERON EN EL PARTIR DEL PAN.

Conocieron á Dios los caminantes
Que iban á Emaus, con fe turbada,
En el partir del pan; porque es mostrada
Su majestad en obras semejantes.
Las estables estrellas y vagantes,
El fuego etéreo y máquina elevada,
Y la tierra de mil formas preñada,
No son para su gloria así bastantes.
¿Cómo, que el grano podrecido y muerto,
Resucitando en abundante espiga,
Permanezca en vigor y dé hartura?
¿No son en parangon, como encubierta
Dios en el pan, partiéndolo prosiga
Su noticia y amor en la criatura?

192.

DE DINA, HIJA DE JACOB, DESFLORADA DEL PRÍNCIPE
DE SIQUEN.

Dina, extranjera, hermosa y libre dama,
Por Siquen paseaba discurriendo
Calles, plazas y templos, encendiendo
En sus ojos y arreos alta llama.
Vistióse de su traje y luz la Fama,
Y el peregrino honor así esparciendo,
Al Príncipe birió; que amando y viendo
La belleza de Dina, mas se inflama.
Arrebatóla el poderoso amante,
Mozo, rendido, y por su antojo osado,
Con dones, libertad y gentil suerte.
Robó virgínea flor de su semblante;
Y ella la liviandad, y él su pecado,
Uno pagó en deshonra, y otro en muerte.

193.

DE LA MALDICION QUE ECHÓ JACOB Á SU HIJO MAYOR RUBEN,
POR HABER VIOLADO SUS CONCUBINAS.

Cual agua derramada, consumido
Quedes, Ruben, ni crezas en la tierra;
Tus renuevos arrástrelos la guerra,
Sientas flaco y pequeño tu partido.
Mengua contra tu padre has cometido;
De ti la reverencia se destierra,
Y en su lecho tu ardor lascivo encierra
Aleve deshonor y amor perdido.
Tal maldad determina el blando pecho
De un mancebo que sigue su apetito
Y trata sin ningún recato el fuego,
Siendo de lazos y peligros hecho,
En brazos de mujer tierno conlito,
Para dejar de estar vencido y ciego.

ROMANCES.

194.

SOBRE EL EVANGELIO *In principio erat Verbum*,
ACERCA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD.

En el principio moraba
El Verbo, y en Dios vivía,
En quien su felicidad
Infinita poseía.
El mismo Verbo era Dios,
Que el principio se decía;
El moraba en el principio,
Y principio no tenía.
El era el mismo principio:
Por eso dél carecía;
El Verbo se llama Hijo,
Que del principio nacía.
Hale siempre concebido,
Y siempre le concebía.
Dale siempre su sustancia,
Y siempre se la tenía.
Así la gloria del Hijo
Es la que en el Padre había,
Y toda su gloria el Padre
En el Hijo poseía.
Como amado en el amante,
Uno y otro residía,
Y aqúese amor que los une
En lo mismo convenía.
Con el uno y con el otro
En igualdad y valía,
Tres personas y un amado

Entre todos tres había,
Y un amor en todas ellas
Un amante los hacía,
Y el amante es el amado
En que cada cual vivía.
Que el ser que los tres poseen,
Cada cual lo poseía,
Y cada cual dellos ama
A la que este ser tenía.
Este ser es cada uno,
Y este solo las unía
En un inefable nudo
Que decir no se sabía.
Por lo cual era infinito
El amor que las unía,
Porque un solo amor tres tienen,
Que su esencia se decía.

SAN JUAN DE LA CRUZ. — *Obras místicas y espirituales*, etc. — Madrid, 1649, por Gregorio Rodríguez, en 4.º

195.

DE LA COMUNICACION DE LAS TRES PERSONAS.

En aquel amor inmenso
Que de los dos procedía,
Palabras de gran regalo
El Padre al Hijo decía,
De tan profundo deleite,
Que nadie las entendía,

Solo el Hijo las gozaba,
Que es á quien pertenecía.
Pero aquello que se entiende
Desta manera decia :
Nada me contenta , Hijo,
Fuera de tu compañía,
Y si algo me contenta
En ti mismo lo queria.
El que á ti mas se parece ,
A mi mas satisfacía,
Y el que nada te semeja ,
En mi nada hallaría.
En ti solo me he agradado ,
¡ Oh vida de vida mia !
Eres lumbre de mi lumbre ,
Eres mi sabiduría ,
Figura de mi sustancia ,
En quien bien me complacia.
El que á ti te amare , Hijo ,
A mi mismo le daría ;
Y el amor que yo te tengo ,
Ese mismo en él pondría ,
En razon de haber amado
A quien yo tanto queria.

SAN JUAN DE LA CRUZ. — *Obras místicas, etc.*

196.

DE LA CREACION.

Una esposa que te ame ,
Mi Hijo , darte queria ,
Que por tu valor merezca
Tener nuestra compañía ,
Y comer pan á una mesa
Del mismo que yo comía ,
Porque conozca los bienes
Que en tal Hijo yo tenia ,
Y se congrese conmigo
De tu gracia y lozanía .
Mucho lo agradezco , Padre ,
El Hijo le respondia .
A la Esposa que me dieres
Yo mi claridad daría ,
Para que por ella vea
Cuánto mi Padre valia ,
Y cómo el ser que poseo
De su ser lo recibia .
Reclinaria he yo en mi brazo ,
Y en tu amor se abrasaría ,
Y con eterno deleite
Tu bondad sublimaría .

EL MISMO.

197.

SOBRE LA MISMA MATERIA.

Hágase pues , dijo el Padre ,
Que tu amor lo merecia ;
Y en este dicho que dijo ,
El mundo criado habia :
Palacio para su Esposa ,
Hecho en gran sabiduría ,
El cual en dos aposentos ,
Alto y bajo , dividia .
El bajo de diferencias
Infinitas componia ;
Mas el alto hermoseaba
De admirable pedrería .
Porque conozca la Esposa
El Esposo que tenia ,
En el alto colocaba
La angélica hierarquía ;
Pero la natura humana
En el bajo la ponía ,
Por ser en su compostura
Algo de menor valia .
Y aunque el ser y los lugares

Desta suerte los partía ,
Pero todos son un cuerpo
De la Esposa que decia ,
Que el amor de un mismo Esposo
Una Esposa los hacia ;
Los de arriba poseyendo
El Esposo en alegría ,
Los de abajo en esperanza
De fe que les infundia ,
Diciéndoles que algun tiempo
El los engrandecería ,
Y que aquella su bajeza
El se la levantaría ,
De manera que ninguno
Ya la vituperaría .
Porque en todo semejante
El á ellos se haría ,
Y se vendría con ellos ,
Y con ellos moraría .
Y que Dios seria hombre ,
Y que el hombre Dios seria ,
Y trataría con ellos ,
Comería y bebería .
Y que con ellos continuo
El mismo se quedaria ,
Hasta que se consumase
Este siglo que corria ;
Cuando se gozaron juntos
En eterna melodia ,
Porque él era la cabeza
De la Esposa que tenia .
A la cual todos los miembros
De los justos juntaría ,
Que son cuerpo de la Esposa ;
A la cual él tomaría
En sus brazos tiernamente ,
Y allí su amor le diría ,
Y que así juntos en uno
Al Padre la llevaría .
Donde del mismo deleite
Que Dios goza , gozaría ;
Que como el Padre y el Hijo ,
Y el que dellos procedia ,
El uno vive en el otro ,
Así la Esposa seria ,
Que dentro de Dios absorba ,
Vida de Dios viviria .

SAN JUAN DE LA CRUZ. — *Obras místicas, etc.*

198.

DE LOS DESEOS DE LOS SANTOS PADRES.

Con esta buena esperanza
Que de arriba les venia ,
El tedio de sus trabajos
Mas leve se les hacia .
Pero la esperanza larga
Y el deseo que crecia
De gozarse con su Esposo ,
Continuo les afligia .
Por lo cual con oraciones ,
Con suspiros y agonias ,
Con lágrimas y gemidos
Le rogaban noche y dia ,
Que ya se determinase
A les dar su compañía .
Unos dicen : ¡ Oh si fuese
En mi tiempo la alegría !
Otros : Acaba , Señor ;
Al que has de enviar , envia .
Otros : ¡ Oh si ya rompiese
Esos cielos , y veria
Con mis ojos que bajases ,
Y mi llanto cesaria .
Regad , nubes , de lo alto ,
Que la tierra lo pedia ,
Y ábrase la tierra ya
Que espinas nos producía ,
Y produzca aquella flor
Con que ella floreceria .

Otros dicen : ¡Oh dichoso
El que en tal tiempo sería,
Que merezca ver á Dios
Con los ojos que tenía,
Y tratarle con sus manos,
Y andar en su compañía,
Y gozar destes misterios
Que entonces ordenaría!

SAN JUAN DE LA CRUZ.—*Obras místicas, etc.*

199.

PROSIGUE LA MISMA MATERIA.

En aquestos y otros ruegos
Gran tiempo pasado había;
Pero en los últimos años
El fervor mucho crecía;
Cuando el viejo Simeon
En deseos se encendía,
Rogando á Dios que quisiese
Dejalle ver este día;
Y así el Espíritu Santo
Al buen viejo respondía,
Que le daba su palabra
Que la muerte no vería
Hasta que la vida viese
Que del cielo descendía.
Y que él en sus mismas manos
Al mismo Dios tomaría,
Y le tendría en sus brazos
Y consigo abrazaría.

EL MISMO.

200.

LA ENCARNACION.

Ya que el tiempo era llegado
En que hacerse convenía
El rescate de la Esposa,
Que en duro yugo servía,
Debajo de aquella ley
Que Moisés dado le había,
El Padre con amor tierno
Desta manera decía:
Ya ves, Hijo, que á tu Esposa
A tu imagen hecho había,
Y en lo que á ti se parece
Contigo bien convenía.
Pero difiere en la carne
Que en tu simple ser no había.
En los amores perfectos
Esta ley se requería,
Que se haga semejante
El amante á quien quería,
Que la mayor semejanza
Mas deleite contenía.
El cual sin duda en tu Esposa
Grandemente crecería
Si te viese semejante
A la carne que tenía.
Mi voluntad es la tuya,
El Hijo le respondía,
Y la gloria que yo tengo
Es tu voluntad ser mía.
Y á mí me conviene, Padre,
Lo que tu alteza decía,
Porque por esta manera
Tu bondad mas se vería;
Veráse tu gran potencia,
Justicia y sabiduría.
Irélo á decir al mundo,
Y noticia le daría
De tu belleza y dulzura
Y de tu soberanía.
Iré á buscar á mi Esposa
Y sobre mí tomaría
Sus fatigas y trabajos,
En que tanto padecía.

Y porque ella vida tenga,
Yo por ella moriría,
Y sacándola del lago,
A ti te la volvería.

SAN JUAN DE LA CRUZ.—*Obras místicas, etc.*

201.

EL MISMO ASUNTO.

Entonces llamó á un arcángel,
Que san Gabriel se decía,
Y enviolo á una doncella,
Que se llamaba María;
De cuyo consentimiento
El Misterio se hacía,
En la cual la Trinidad
De carne al Verbo vestía.
Y aunque tres hacen la obra,
En el uno se hacía,
Y quedó el Verbo encarnado
En el vientre de María.
Y el que había solo padre,
Ya también madre tenía,
Aunque no como cualquiera
Que de varón concebía:
Que de las entrañas della
El su carne recibía,
Por lo cual Hijo de Dios
Y del hombre se decía.

EL MISMO.

202.

DEL NACIMIENTO.

Ya que era llegado el tiempo
En que de nacer había,
Así como desposado
De su tálamo salía,
Abrazado con su Esposa,
Que en sus brazos la traía,
Al cual la agraciada Madre
En un pesebre ponía,
Entre unos animales
Que á la sazón allí había.
Los hombres decían cantares,
Los ángeles melodía,
Festejando el desposorio
Que entre tales dos había.
Pero Dios en el pesebre
Allí lloraba y gemía,
Que eran joyas que la Esposa
Al desposorio traía;
Y la madre estaba en pasmo
De que tal trueque veía;
El llanto del hombre en Dios
Y en el hombre el alegría,
La cual del uno y el otro
Tan ajeno ser solía.

EL MISMO.

203.

SOBRE EL SALMO *super flumina Babilonis.*

Encima de las corrientes
Que en Babilonia hallaba,
Allí me senté llorando,
Allí la tierra regaba,
Acordándome de ti,
Oh Sion, á quien amaba.
Era dulce tu memoria,
Y con ella mas lloraba.
Dejé los trajes de fiesta,
Los de trabajo tomaba,
Y colgué en los verdes sauces
La música que llevaba,

Poniéndola en el deseo
De aquello que en ti esperaba.
Allí me hirió el amor,
Y el corazón me sacaba.
Díjeme que me matase,
Pues de tal suerte llagaba.
Yo me metía en su fuego
Sabiendo que me abrasaba,
Disculpando á la avecita
Que en el fuego se acababa.
Estábase en mí muriendo,
Y en ti solo respiraba.
En mí por tí me moría,
Y por tí resucitaba;
Que la memoria de tí
Daba vida y la quitaba.
Gozábanse los extraños,
Entre quien cautivo estaba.
Preguntábanme cantares
De lo que en Sion cantaba.
Canta de Sion un himno,
Veamos cómo sonaba;
Decid, cómo en tierra ajena,
Donde por Sion lloraba,
Cantare yo el alegría
Que en Sion se me quedaba?
Échala en olvido
Si en la ajena me gozaba.
Con mi paladar se junto
La lengua con que hablaba,
Si de tí yo me olvidare
En la tierra do moraba.
Sion, por los verdes ramos
Que Babilonia me daba,
De mí se olvide mi diestra,
Que es lo que en tí mas amaba,
Si de tí no me acordare
En lo que mas me gozaba,
Y si yo tuviere fiesta,
Y sin tí la festejara.
¡Oh hija de Babilonia,
Miseria y desventurada!
Bienaventurado era
Aquel en quien confiaba,
Que te ha de dar el castigo
Que de tu mano llevaba.
Y juntará sus pequeños,
Y á mí, porque en tí lloraba,
A la piedra, que era Cristo,
Por el cual yo te dejaba.

SAN JUAN DE LA CRUZ.—*Obras místicas, etc.*

204.

DE LA UNIDAD Y TRINIDAD DE DIOS.

Es una substancia Dios
Increada y sempiterna,
Por ser vida original
De quien las vidas comienzan.
Es una causa forzosa,
Sin causa de quien dependa,
Porque de todas las causas
Es Dios la causa primera.
Es acto puro que forma
Sin que ser formado pueda,
Y un simplicísimo ser
Sin composicion ni mezcla.
Es centro de adonde salen
Todas las circunferencias,
Quedándose en su deidad
Todas las substancias de ellas.
Y es tan peregrino centro,
Que de su segunda esencia
Las líneas de las criaturas
Sacan sus naturalezas.
Es el Criador la médula
Incomutable y suprema,
Porque las criaturas son
Las cáscaras de su ciencia.

Es noticia de sí mismo,
Pues no hay quien le comprenda,
Que para tan alto objeto
Es baja cualquier potencia.
Es libro tan peregrino,
Que tiene mundos por letras,
Pues por las criaturas de ellos
El Criador se deletrea.
Pero aunque es deletreado,
Nadie a decorarlo acierta,
Pues no hay quien junte las partes
Del todo de su grandeza.
Es posesion esencial,
De inexpugnable entereza,
Pues ni un átomo no puede
Perder de sus excelencias.
Es la omnipotencia misma,
Puesto que en él no hay potencia
De ser mas de lo que es,
Pues no hay cosa que no tenga.
Es un mapa de atributos,
De incommutables grandezas,
Que aunque diversas y varias,
En lo infinito concuerdan.
Unidad, que con ser una,
Su ser alcanza de cuenta
Las centenas de los astros
Y los millares de arenas.
No es pasible ni se muda,
Porque su invencible diestra
Es por esencia inmutable
Sin adquirida firmeza.
Es la divina substancia,
Sol sin que eclipse padezca,
Porque a su luz cosa alguna
No puede ser antepuesta.
Y es aqueste sol tan solo
En su peregrina esfera.
Que todo lo que no es Dios
Es sombra de su presencia.
Deidad sin sede vacante
Es Dios, porque no se hereda,
Ni menos se substituye,
La silla en que Dios se asienta.
Ser que no puede no ser,
Que cuando no ser pudiera,
Ó fuera ó no fuera Dios,
Y es absurda contingencia.
Infamia ni senectud
Su infinito ser no alteran,
Porque Dios no tiene edad
Que le aumente ni envejezca.
Es primera perfeccion,
En quien, por ser la primera,
Las perfecciones criadas
Se hallan con eminencia.
Es una razon divina,
Que en razon de conocerla,
Toda razon desfallece
Por ser la razon suprema.
Es Dios sin necesidad
Tal, que en vez de padecerla,
No hay criatura que de Dios
Necesitada no sea.
Es un bien tan suyo propio,
Que en otro que Dios, es fuerza
Ser todos bienes ajenos
Cuantos hay en cielo y tierra.
Es el tribunal adonde
Nadie replica ni apela,
Porque solamente Dios
Es vara sin resistencia.
Es belleza sin principio,
Principio de las bellezas,
Donde es fuerza descubrirse
El fuego por las centellas.
Como es sin principio y fin,
No hay término en su grandeza,
Antes se termina todo
En su potestad inmensa.
No hay ejemplo que lo explique,
Que es una ejemplar idea,

Donde las cosas criadas
 Tienen ser antes que sean.
 Solo es Dios quien no es criatura;
 Que es necesidad eterna
 Haber cosa no criada
 De quien las demás dependan.
 Porque antes que Dios, no hay antes;
 Y si algun antes hubiera,
 Ese fuera el mismo Dios,
 Pues no hay quien á Dios preceda.
 Un Dios no hecho, es principio
 De todas las cosas hechas
 Que en su ser están escritas
 Y en el mismo se conservan.
 Que cuando el ser Dios criado
 Juzgue la torpe agudeza,
 Dicta la razon buscar
 Algun Dios que criador sea.
 Y cuando un millon de dioses
 Unos á otros precedieran,
 Piden primera deidad
 Que ningun principio tenga.
 Esta deidad sin principio
 Es Dios, y es Dios de manera,
 Que su forzosa substancia
 No puede dejar de haberla.
 Y si á las eternidades
 Tiempo preceder pudiera,
 Estuviera Dios en él,
 Que es autor de todas ellas.
 Solo Dios se nombra el que es,
 Pues tiene el ser por esencia,
 Que á tenerle por creacion,
 Fuera como si no fuera.
 Es Dios, al fin, una cosa
 Tal, que por ser tan perfecta,
 Ni en Dios puede ser mejor,
 Ni en lo que no es Dios tan buena.
 Solamente hasta aquí
 Tiene la razon licencia;
 Que misterios de unidad
 Pueden sacarse por ella.
 Mas tres personas y un Dios
 Solo el lince las penetra
 De una fe divina y pura,
 Que no se turba ni ciega.
 No es posible hallar pie
 La vigilante solercia
 En el golfo de un misterio,
 Que es de misterios cabeza.
 Esta es verdad revelada
 De Dios, que es verdad primera;
 Porque haber Dios uno y Trino,
 No hay otro de quien se aprenda.
 Es misterio tan remoto
 A las humanas ideas,
 Que no sin misterio Dios
 Lo introduce por su lengua.
 Este es misterio de triunfo
 Porque vence, triunfa y lleva
 Cautivas en la ignorancia
 Todas las inteligencias.
 Es un misterio de luz,
 Y tan de luz que es tinieblas,
 Pues la luz inaccesible
 Es noche á la vista nuestra.
 Hay tres personas divinas,
 Que son una misma esencia,
 Distintas en relaciones,
 Puesto que no son diversas.
 Que en una substancia sola
 No hay diversidad, porque esta
 En naturalezas varias
 Solo se juzga y se cuenta.
 Hallase en los tres supuestos
 La substancia igual y entera;
 Mas las razones de origen
 Ni se confunden ni mezclan.
 Son tres personalidades,
 Mas no tres naturalezas;
 Que estos supuestos divinos
 Sola una substancia encierran.

Es un plural de personas
 Distintamente perfectas
 Y un singular de substancia,
 Sin que se divida en ellas.
 Cada personalidad
 (A quien llaman subsistencia)
 Constituye á la persona
 En la propiedad que encierra.
 La primera destas tres
 Es Paternidad inmensa,
 Filiacion es la segunda,
 Y Espiracion la tercera.
 En aquestas tres incluyen
 Dos procesiones eternas,
 Una la del Verbo Eterno,
 Substancia que no fué hecha.
 Esta es por generacion;
 Mas la segunda que resta
 Por la Espiracion divina,
 Que en Dios espiritu reina.
 El Espiritu no es hijo
 Ni en generacion se cuenta,
 Porque el entender y amar
 Su distincion representan.
 Que la relacion del Verbo
 No hay mas Verbo á quien se extienda;
 Porque á ser comun de dos,
 La distincion padeciera.
 Solo el Hijo es engendrado,
 Porque su Padre le engendra
 Por acto de entendimiento
 Consustancial á su esencia.
 Mas la tercera Persona
 Es espirada, porque esta
 Por la voluntad procede
 Que el Padre y el Hijo encierran.
 No hay mas que dos procesiones,
 Pues la persona paterna
 No procede de ninguna
 Ni es posible que proceda.
 Y puesto que son un Dios,
 Hay (sin que mezclarse puedan)
 Relativo y absoluto
 En cada persona destas.
 Aunque en Dios lo relativo
 Multiplicidad encierra;
 Pero lo absoluto no,
 Porque es la naturaleza.
 No hay substancia que sea trina;
 Que aunque en tres supuestos queda,
 De tal manera es un Dios,
 Que no se parte ni aumenta.
 Que aunque es fe todo el misterio,
 Fe y razon juzgan y prueban
 Que es en Dios unico y sola
 La substancia sempiterna.
 Que en la esencia no hay plural
 (Pues por singular se cuenta),
 Sino solo en las personas
 Que la embeben y la encierran.
 Su distinta relacion
 Cada su puesto conserva,
 Sin que las dos facultades
 Generalmente las tengan;
 Pues no engendra el engendrado,
 Ni el que es espirado engendra,
 Ni engendada ni espirada
 Es la Persona primera.
 Cada cual de por sí incluye
 Su propiedad y existencia,
 Porque en razon de persona
 Tienen distincion entera.
 Que no fuera trino y uno
 Dios, cuando posible fuera
 La relacion personal
 No gozar de su entereza.
 Mírose el Padre en las aguas
 Del mar de sus excelencias,
 Y con la luz de su sol
 Vió su imagen verdadera.
 En la lámina divina,
 Del Eterno ser que encierra,

Conociéndose, estampó
 La imagen de su belleza.
 Y aunque el Padre es el origen
 De divinidad suprema,
 Su mismo traslado es
 Tan perfecto como ella.
 Pues como el Eterno Padre
 Su ser entiende y penetra,
 Lo que conoce en sí mismo
 Es el concepto que engendra.
 No es concepto imaginario
 Que se olvida ni recuerda,
 Que no está á fragilidades
 La divinidad sujeta.
 Que este concepto es substancia,
 Y no substancia cualquiera,
 Pues se queda en él la misma
 Del que le concibe impresa.
 Concepto tan peregrino,
 Que no hay criatura que pueda
 Formar conceptos que digan
 Lo que para sí reserva.
 Este divino concepto
 En Dios no cesó ni cesa;
 Siempre vive, siempre nace,
 Y siempre en el Padre queda.
 Es tan forzoso haber Hijo,
 Que cuando Hijo no hubiera,
 No es posible hubiera Padre
 Ni Trinidad Sempiterna.
 Forzoso es que el Padre engendre
 Hijo que á su ser entienda,
 Que no fuera, no engendrando,
 Naturaleza completa.
 Que si efectos de su causa
 Son las criaturas y engendran,
 No es perfección que el Criador
 De generación carezca.
 Que es comunicable el bien,
 Y un bien infinito es fuerza
 Que lo comunique Dios
 A un Dios que infinito sea.
 Que aunque hubiera mas criaturas
 Que en el mar granos de arena,
 Si Dios á Dios no engendrara,
 Dios en soledad viviera.
 Solo substancia de Dios
 Dios por su compañía acepta,
 Que la perfecta compañía
 No ha de ser de especie ajena.
 Es el Verbo espejo vivo
 Donde el Padre se contempla,
 Y el sempiterno cristal
 En quien su sol reverbera.
 Es con el Padre coeterno
 El que es consubstancial prenda,
 Pues como el Padre increado,
 Nunca acaba ni comienza.
 La inteligencia del Padre
 Engendra otra inteligencia,
 Sin que de su integridad
 El Padre engendrando pierda.
 No hubo punto en que engendrarle,
 Que de la misma manera
 Le engendró y le engendrará
 El padre Dios que hoy le engendra.
 Que á ser engendrado en tiempo,
 Fuera deidad imperfecta,
 Porque tuviera principio
 Y consubstancial no fuera.
 De todo es principio el Padre,
 Mas cuanto al Hijo que encierra,
 No es principio por creación,
 Sino origen por esencia.
 Parto de luz infinita
 Es esta engendrada ciencia,
 Palabra que no hay palabras
 Con que explicar su grandeza.
 Es un sello del blason
 Del que los orbes gobierna,
 Tan eterno lo sellado
 Como el mismo que lo sella.

Es fuente que siempre mana
 Y nunca crece ni mengua,
 Que como no comenzó,
 No es posible que fenezca.
 Es *non plus ultra* del Padre,
 Pues al Padre no le queda
 Mas que engendrar, ni es posible
 Hacer de sí mayor muestra.
 Que como los dos supuestos
 Son infinitos, es fuerza
 Que al Padre el consubstancial
 Tanta semejanza tenga.
 No precede el Padre al Hijo,
 Ni hay razón por que preceda,
 Que entre la luz y alumbrar
 No hay tiempo que se entremeta.
 El Padre amó su retrato
 Porque no es imagen muerta,
 Sino aquella misma vida
 De su potestad suprema.
 El retrato amó su origen
 Con igual correspondencia,
 Y amándose espiran ambos
 El divino amor que encierran.
 Que como el Padre es un sol
 Y el Hijo su luz eterna,
 Sol y luz espiran fuego,
 Que es cabal naturaleza.
 No truecan las relaciones,
 Ni las facultades truecan,
 Puesto que los dos espiran
 Con una misma potencia.
 Esta espiración divina
 No es tiempo, mas coeterna
 Con los dos, cual lo es el Verbo
 Con la persona primera.
 Es la persona espirada
 El Espíritu, y en ella
 Fecundidad no se incluye
 Que engendrar ni espirar pueda.
 Ni el dejar de ser fecunda
 Le aparta ni desencadena
 De ser Dios, porque en substancia
 Son las personas parejas.
 Es el Espíritu Santo
 Una concordia perpetua
 Y un vínculo de bondad
 De quien Dios tanto se precia.
 Llámase bondad divina
 Porque sus obras son buenas,
 Y amor, porque cosa alguna
 En sus obras no interesa.
 Es una fuente de amor
 Aquel calor que fomenta
 Los partos universales
 De las criaturas diversas.
 Dios es lo que Dios espira
 De su ser y de su esencia,
 Que en el subgeto de Dios
 No hay cosa que Dios no sea.
 Es un soberano ardor
 Que el Verbo y Padre conservan
 En sola una voluntad
 Indisoluble y eterna.
 Es el Espíritu aquel
 Que con soberana lengua
 Del Verbo eterno y del Padre
 Los decretos interpreta.
 Este Espíritu divino
 Es vida del cielo y tierra,
 Y aquel que á todas las cosas
 Las da vital consistencia.
 Padre y Hijo son dos labios
 Por donde sale y recrea
 Este soplo que despiden
 Las entrañas de su ciencia.
 El Padre alumbra en el Hijo
 Porque el Hijo resplandece,
 Y en el Espíritu Santo
 Resplandor y luz calientan.
 El poder se le atribuye
 Al Padre, al Hijo la ciencia,

Y al Espíritu el amor
 Donde Dios se reconcentra.
 Mas como en el ser Divino
 Las tres no se diferencian,
 En cada cual de las tres
 Los tres atributos entran.
 Y aunque distinto atributo
 A cada cual pertenezca,
 Las tres personas concurren
 En las obras de cualquiera.
 Al fin son un solo Dios
 Las tres, porque todas ellas
 En una esencia se incluyen
 Infinita y sempiterna.
 Esto es algo, Dios inmenso,
 De lo que al hombre revelas,
 Que tú solamente sabes
 Quién eres y lo que encierras.

ALFONSO DE BOXILLA.—*Nuevo jardín de flores divinas.*

205.

LA VIDA DE CRISTO, DESDE SU ENCARNACION HASTA
 QUE VUELVA A JUZGAR Á LOS HOMBRES.

(*En metáfora de un reformador de una universidad.*)

El reformador de escuelas
 Entró vispera de Pascua,
 A fin de poner en orden
 La universidad humana.
 Tres personas la fundaron,
 Y á la segunda le cuadra
 La reformation de letras
 Por lo que tiene de sabia.
 Desde la clas de menores
 A las superiores aulas
 Tuvo bien que reformar
 Yerro y doctrinas falsas.
 En la Gramática halló
 Una mala concordancia,
 Que es acusar á quien hizo
 Cielo, tierra, cuerpo y alma.
 Y no es gramática buena,
 Pues de solecismo pasa.
 Donde la persona que hace
 En acusativo se halla.
 Las partes de la oracion,
 Que los preceptores llaman
 Nombre, verbo, participio,
 Con distincion les declara.
 El nombre es el Padre Eterno,
 El verbo el Hijo que encarna,
 El participio su amor,
 Pues de entrambos á dos mana.
 Mas torzamos la clavija
 En definicion tan alta,
 Y bajemos la vigüela
 Al peso que Dios se baja.
 El nombre es el de Jesus,
 El verbo fué su palabra,
 El participio es el hombre,
 Pues participa su gracia.
 Visitó el colegio artista,
 Y entre conclusiones varias
 Oyó al mismo presidente
 Una consecuencia mala.
 El argumento es que Dios
 Hace cosas soberanas,
 Y la consecuencia fué
 Que muriese por obrallas.
 Y si por hacer señales
 Le dan á Dios estas gracias,
 Malos términos estudian
 Los que en estas artes andan.
 En la clas de medicina
 Halló un doctor que probaba,
 Con sofisticas razones,
 Ser toda la fruta sana.
 En su cátedra lo dijo:

Pero diga Adán si mata,
 Pues sabemos que murió
 De achaque de una manzana.
 En la cátedra de leyes
 Dos derogó, que eran falsas:
 El no socorrer al padre,
 Y el no perdonar venganzas.
 En la cátedra de Hebreo
 La resumió, porque andaba
 Por dinero, y no por ciencia
 (Que hay letras en oro y plata).
 Inhabilitó al maestro,
 Y toda su renta pasa
 A la cátedra de prima
 De la teología sacra.
 En lo que es la astrología,
 Reservó la judicaria
 Para su conocimiento,
 Que es el que todo lo alcanza.
 Visitó por su persona
 Los colegios y posadas
 De todos los estudiantes,
 Y en ellos topó mil faltas.
 Hasta el colegio mayor,
 Fundacion deste monarca,
 Con estar tan á la vista,
 Halló imperfecciones hartas.
 La primera fué que yendo
 A visitar si estudiaban,
 Topó tres dellos dormidos
 De los de mas importancia.
 La segunda que el rector
 Hizo cierta trasnochada,
 Y volvió al cantar del gallo
 Corrido de culpa tanta.
 La tercera fué mas grave
 Por ser, si bien se repara,
 Un público latrocinio
 De un colegial de su casa.
 Y fué el caso que en el tiempo
 Que mas el pan importaba,
 Hurtó el trigo del colegio,
 Y lo vendió á gente extraña.
 Por treinta reales lo dió,
 Y aunque excedió de la tasa,
 Respecto de su valor
 Fué dallo por una blanca.
 Quitóle la honrosa beca,
 Y murió en pública plaza,
 Ahorcado como ladron,
 Porque escarmienten mil almas.
 La colegiatura deste
 Poco tiempo estuvo vaca:
 Que al doctor Matías le cupo
 Esta suerte tan honrada.
 En materia de limpieza
 Ningun colegio se escapa;
 Solo el de la Concepcion
 Halló sin culpa ni raza.
 Era afable y amoroso:
 Solo castigó una causa
 Con el azote en la mano
 Por ser hecha en parte sacra.
 Y con ser tal su blandura,
 Tan grandes oprobios pasa,
 Que si no es tirarle piedras,
 Otra cosa no les falta.
 Y sabe Dios si quisieran;
 Mas halláronlas pegadas,
 Que hasta las piedras se hielan
 De ver insolencia tanta.
 Una vez le acuchillaron
 Yendo de ronda y sin armas,
 Tanto, que le hicieron cribas
 Desde el sombrero á la capa.
 Retiróse hasta una cruz,
 Que le guardó las espaldas,
 Donde dijo en altas voces:
 «Que me matan, que me matan,
 Acudieron al ruido
 Dos ladrones de socapa,
 Y en lugar de meter paz,



Le hurtó el uno las entrañas.
 Llegó también al suceso
 Un hidalgo con su lanza,
 Tan ciego, que sin mirar,
 Le dió una mortal lanzada.
 Viérnes Santo fué el motín,
 Y con hacerse probanza
 De que la universidad
 Fué cómplice desta causa,
 Era tan olvidadizo
 De las injurias pasadas,
 Que salió Pascua de Flores
 Con una cara de pascua.
 Cosa de cuarenta días
 Tardó en volver á su patria,
 Haciendo algunas visitas
 A personas señaladas.
 Entre los que visitó
 Fué un colegial de su casa,
 Que dudaba si era vivo,
 Y así le tocó las llagas.
 Despidióse al fin de todos,
 Prometiéndole cuando parta
 Para el colegio Trilingüe
 Un preceptor de importancia.
 Dejó rector del colegio
 A quien sus veces señala,
 Con poder en causa propia
 En los negocios que trata.
 No dejó cuando se fué
 Las escuelas empenadas,
 Antes les dió de su renta
 El pan y vino que gastan.
 Quedó con esto tan rica
 La universidad humana,
 Que no la faltará pan
 Por mas estudiantes que haya.
 Partió un juéves á las doce,
 Y su persona acompañan
 Los doctores jubilados
 Que sin proveer estaban.
 Pero presto ocuparán
 Honrosos puestos y plazas,
 Que desde Luzbel acá
 Hay muchas audiencias vacas.
 Este fué aquel presidente,
 A quien privó de la sala
 Con muchos de sus oidores
 Por traidores á su alcázar.
 Presos los tiene su Padre
 Sin redencion que se salgan,
 Que á delitos sin enmienda
 Da castigos sin mudanza.
 Pero ya con gran clemencia
 A los delinquentes trata,
 Que contra el arrepentido
 Siempre tuvo mano blanda.
 Fué nuestro reformador
 Docto en letras, diestro en armas,
 Prudentísimo en gobierno,
 Y en estado gran monarca.
 Tan hábil fué desde niño,
 Que de doce años estaba
 Leyendo en oposicion
 A mil letrados con canas.
 Sustentó unas conclusiones
 En la materia de gracia
 Tan bien, que en lo de *Peccato*
 Nadie le arguyó palabra.
 Tuvo un acto en tentativa
 Con un doctor de la Mancha,
 Cuyos fuertes argumentos
 Con facilidad desata.
 Desde que entró en las escuelas
 No quiere ceñir la espada,
 Que como viene de paz,
 Son de estudiante sus galas.
 Solamente un día de asueto,
 Apartando la sotana,
 Mostró un vestido bordado
 A tres amigos del alma.
 En esta primer visita

Dió en fiado muchas causas;
 Mas guardense de su fallo
 Cuando vuelva á sentenciarlas.
 Esta es la reformation,
 De que dieron fe jurada
 Juan, Lucas, Marcos, Mateo,
 Secretarios de su casa.

ALONSO DE LEDESMA BUITRAGO (que así le llama el real privilegio para la impresion del libro que se dirá: fecha en el Pardo, á 12 de noviembre de 1611). *Tercera parte de Conceptos espirituales*, con las obras hechas á la beatificacion del glorioso patriarca Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesus, para el colegio de la ciudad de Segovia, dirigido á la misma sagrada y doctísima Religion; compuesto por Alonso de Ledesma, natural de Segovia; año de 1612, en Madrid, por Juan de la Cuesta. Un volumen en 8.º, de 198 hojas. — En esta edicion se halla la siguiente composicion al principio del libro, en aplauso de su célebre autor.

Doña Manuela de Artiaga, religiosa, al tutor.

DÉCIMA.

Cuando algun retrato vemos,
 Decimos: Este es Fulano,
 Que en el pincel, aire y mano
 Del pintor le conocemos;
 Mas deste que aqui tenemos
 Por retrato peregrino,
 Bien puede el mundo adivino,
 Pues su nombre en bronce estampa,
 Decir, mirando su estampa:
 Este es Ledesma el Divino.

Aludiendo al cognomen de *Divino* que había adquirido LEDESMA entre sus contemporáneos.

206.

Á LA PREDICACIÓN DE SAN JUAN BAUTISTA Y VENIDA DEL HIJO DE DIOS AL MUNDO.

(En metáfora de guerra.)

El principe de la paz
 Y rey de los corazones
 Viene á la guerra de amor
 A fin de rendir al hombre.
 La torre del corazon
 Piensa batirle esta noche,
 Armado de su paciencia,
 Armas sencillas y dobles.
 Jura de sacarle el alma
 Que tiene en duras prisiones.
 Ved qué amenaza tan dulce
 Para quien ya le conoce.
 Antes del principe Niño
 Envío sus escuadrones,
 Soldados del tercio viejo,
 Dignos de valor y nombre.
 Muy hombre fué cada uno,
 Pero aqui perdió por hombre,
 Porque ha de ser hombre y Dios
 A quien la vitoria toque.
 Juan Bautista de la Cerda,
 A quien se dió tal renombre
 Por su vestido y nobleza,
 A los del muro dió voces.
 Sin almete y sin escudo
 Se puso al pie de la torre,
 Y sin guardar la cabeza,
 Les dijo aquestas razones:
 Hombre, si el cuerpo mortal
 Es el fuerte do te acoges,
 ¿En qué pertrechos confías,
 Siendo castillo de adobes?
 Minado le tiene el tiempo;
 En juventud no te notes;
 Que es soldado fugitivo,
 Y el paso del tiempo corre.
 Ponte con tiempo en sus manos
 Y porque nada te estorbe,

Con lima de contrición
 Sus largas cadenas rompe.
 Que la voluntad y tú,
 Si en daros estáis conformes,
 Romperéis puertas de acero,
 Limaréis grillos de bronce.
 Y tú, libre voluntad,
 Sujeta á un tirano inorme,
 Rinde tus armas violentas,
 Pues su condicion conoces.
 Ahora viene de paz;
 No le irrites ni le enojas,
 Que son, si blandos sus ruegos,
 Irreparables sus golpes.
 En esta guerra de amor
 Mil medios de paz escoge,
 Que siempre ruega quien ama,
 Aunque mas poder le sobre.
 Tres banderas sacará.
 Todas de varias colores,
 Que declaren su designio,
 Y paz ó guerra pregonen.
 La primera será blanca,
 Que es la Hostia, la cual pone
 Como bandera de paz
 A los que en gracia la comen.
 La segunda es colorada,
 Cuyos rojos arreboles
 Son de su sangre vertida
 A fin de rendir al hombre.
 La tercera será negra,
 Y esta pondrá cuando torne
 A dar el último asalto.
 Sin que á ninguno perdone;
 Cuando despliegue las dos
 Será tiempo de perdonar;
 No aguardéis á la tercera,
 Que á fuego y sangre la pone.
 Esto dijo; y un rey de armas
 A la cabeza asestóle;
 Que por decir las verdades
 Este premio dan los hombres.

ALONSO DE LEDESMA BUITRAGO.

207.

Á LA SANTÍSIMA TRINIDAD.

En el tribunal divino
 De la majestad inmensa,
 Puesto en su trono de gloria,
 Haciendo está Dios audiencia.
 Es Dios un ser sin mudanza,
 Un acto puro sin mezcla,
 Sustancia sin accidente,
 Tres personas y una esencia.
 Que si en las audiencias reales
 En cada sala se sientan
 Tres personas á juzgar,
 Son tres las que están en esta.
 En las tres hay un poder,
 Un querer y una grandeza,
 Un saber, una bondad,
 Una misma providencia.
 El Padre de nadie tiene
 Principio ni dependencia,
 Y al Hijo en su entendimiento
 Eternamente lo engendra.
 El Espíritu divino,
 Que es la persona tercera,
 De entrambos á dos procede,
 Siendo una sustancia mesma.
 Sale dos veces del Padre
 El Verbo, y en él se queda;
 La primera es *ab eterno*,
 Y la segunda á la tierra.
 Tomó en tiempo carne humana
 Por obra divina y nueva,
 Quedándose Dios en Dios
 Y con dos naturalezas.

Al Hijo dan el saber,
 Y á su Padre la potencia,
 Para mostrar ser iguales
 En el poder y en las fuerzas.
 El Amor eterno y puro
 De gracia las almas llena,
 Que como es el Dios de amor,
 Hace amorosas empresas.
 En lenguas de fuego baja
 Sobre las doce cabezas,
 Oradores de la fe,
 Que por eso baja en lenguas.
 A la segunda persona
 Toca el volver á la tierra
 A pedir cuentas al hombre,
 Tomándole residencia.
 No va por menos antiguo
 Como en las demás audiencias,
 Que todos tres son de un curso
 Y de antigüedad eterna.
 Pero tente, pluma mía;
 ¿Adónde volar deseas,
 Si no es que el águila Juan
 Prestarte sus alas quiera?
 Mira que soy muy pesado,
 Y el subir á tanta alteza
 A un águila se permite,
 Y no á quien tan poco vuela.

EL MISMO LEDESMA. — *Conceptos espirituales*. Madrid, 1602, 8.º

208.

DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD.—ROMANCE Á SAN AGUSTIN.

En las riberas del mar
 Se paseaba Agustino.
 Altos pensamientos tiene,
 Hijos de su ingenio altivo.
 Lo que presume entender
 Ningun mortal lo ha entendido:
 Cómo es Dios uno en esencia,
 Siendo en las personas trino.
 Cómo es el Padre increado,
 Y cómo engendra á su Hijo
 Eternamente, y procede
 De los dos, el Santo Espíritu.
 Cómo era al principio el Verbo,
 Y era cerca de Dios mismo.
 Dios era el Verbo, de Dios
 Cerca, y esto en el principio.
 Cómo la primer persona
 Es sin ninguna y ha sido,
 Y que es por generacion
 La segunda, que es el Hijo.
 Cómo la tercera es,
 Quiere entender atrevido,
 Por comun espiracion
 De las dos, Amor divino.
 El ser Hijo y Padre eternos,
 Porque son correlativos,
 Y el Espíritu aquel hizo
 Que en amor los tiene unidos.
 Cuando está pensando en ello
 Volvió el rostro, y vió que un niño
 Sentado estaba en la arena
 A los pies de un pardo risco.
 Ensorijado el cabello,
 Largo, crespo, rubio y rizo,
 Y en dos estrellas por ojos
 Engastados dos zalifros.
 Como marfil terso el rostro,
 Y de rubies ceñidos
 Los labios, que parecían
 Venda de grana de Tiro.
 En coger agua del mar
 El Niño está divertido
 Con una madre de perlas,
 Concha de su nácar limpio.
 ¿Qué haces, dice Agustín,
 Niño hermoso, en este sitio,

Que me da pena, si acaso
 Vas de tus padres perdido?
 Mirándole las espaldas,
 Pensó hallar su nombre escrito;
 Mas solamente en la cruz
 Tuvo su rótulo Cristo. —
 No estoy en vano, responde,
 Que reducir solicito
 El mar inmenso que ves
 A este pequeño resquicio. —
 Agustino le responde :
 No te canses, Niño mío,
 Que es imposible agotar
 El mar inmenso en mil siglos. —
 Pues lo mismo me parece
 Que hacéis vos, padre, le dijo ;
 Porque es saber lo que es Dios
 Proceder en infinito.
 Que como el mar Oceáno
 No es posible reducirlo
 Con esta concha á esta quiebra,
 Ni agotar su inmenso abismo,
 Así vos el mar de Dios
 Eterno y incircunscripto
 Con vuestro ingenio mortal,
 Aunque ingenio peregrino.
 Quedó Agustín admirado
 Y humildemente advertido,
 Que no fuera Dios quien es,
 Si fuera Dios entendido.
 Quiso al Niño responder,
 Y no le halló cuando quiso,
 Desengañado que Dios
 No cabe en mortal sentido.
 Desde entonces escribió
 Que era mas seguro asilo
 El creer que el entender,
 Que Dios se entiende á sí mismo.

LOPE DE VEGA CARMIO. — *Rimas sacras.*

209.

RECOPILACION DE LA VIDA DE CRISTO SEÑOR NUESTRO, DESDE
 SU NACIMIENTO HASTA VENIR Á JUZGAR Á LOS VIVOS Y Á LOS
 MUERTOS.

A toda parte que miro
 Adoro imágenes tuyas.
 Y aunque muchas me parecen,
 Nunca me parecen muchas.
 Aquí te veo nacido,
 Siendo tú, Criador, criatura,
 En un humilde pesebre,
 Entre un buey y entre una mula.
 Allí te veo adorado
 De tres reyes, que apresuran
 Los pasos á obedecerte
 En pobre y humilde cuna.
 Allí la circuncisión
 Padeces; mas es sin duda
 Que á ti te hirieron el cuerpo
 Y á tu madre el alma suya.
 Aquí te veo explicando
 A doctores la Escritura,
 Por ganar almas perdidas,
 Pues perdidas almas buscas.
 Allí te contemplo huyendo
 De un bárbaro rey la furia,
 Que tantas vidas quitó
 Solo por estorbar una.
 Aquí baptizarte veo
 Con humildad muy profunda,
 Que si es de culpas remedio,
 En ti no pudo haber culpa.
 Allí en el desierto estás,
 En donde te veo que ayunas
 Una larga cuarentena
 Cuando el contrario te busca.

Aquí veo que le vences
 Cuando vencerte procura
 Con sagacidad y maña
 Y falsas promesas tuyas.
 Allí te veo á la mesa,
 En donde la carne tuya
 Se da en manjar á los hombres
 En realidad, no en figura.
 Aquí te veo postrado
 Lavando los piés á Judas;
 Pero no basta esta acción
 Para que tú le reduzcas.
 Allí te veo en el huerto
 Lleno de pena y angustia,
 Orando al Padre que pase
 De ti el cáliz de amargura.
 Aquí veo que vas preso,
 Atado con sogas duras,
 Cual llevan á un malhechor
 Con mil afrentas é injurias.
 Allí te veo amarrado
 De mármol á una columna,
 Tan crudamente azotado,
 Que el cuerpo te descoyuntan.
 Coronado aquí te veo
 Con selenta y tantas puntas;
 Pero corona sin cruz
 Es cierto que no hay ninguna.
 Aquí te veo cargado
 En la calle de amargura
 Con el peso de la cruz
 Y de penas y de angustias.
 Allí te veo clavado
 En una cruz por mis culpas,
 Que son yerros, mas que hierros,
 Porque son graves y muchas.
 Aquí te veo bajado
 Despues de muerte tan cruda
 En los brazos de tu Madre
 En lamentable figura.
 Allí te veo llevado
 Al sepulcro ó sepultura,
 Y tu Madre te acompaña,
 Aunque va cuasi difunta.
 Aquí ya resucitado
 Te veo con gloria mucha,
 Y á Tomás muestras las llagas
 Para quitarle las dudas.
 Allí subir á los cielos
 Te veo, sin que te suban,
 Pues que por propia virtud
 Te subes á las alturas.
 Aquí á confortar tu Madre
 Envías por lenguas mudas;
 Pero aunque mudas, de fuego,
 Que encienden, lucen y alumbra.
 Aquí te veo en juicio,
 Juzgando á las criaturas,
 Y á todo el mundo abrasando,
 Eclipsado el sol y luna.
 Aquí te pido, Dios mío,
 Aquí donde á todos juzgas,
 Que no me juzgues á mí
 Como merecen mis culpas.

FRAY PAULINO DE LA ESTRELLA, religioso del orden seráfico, hijo
 de la santa provincia de Arrabida en el reino de Portugal, etc. —
 Libro intitulado *Flores del Desierto*, primera y segunda parte, co-
 gidas en el jardín de la Clausura Minorítica de Londres; impreso
 en Lisboa en la oficina de Antonio Craesbeck, 1675, en 12.^o

210.

Triste estaba el padre Adán
 Cinco mil años había,
 Cuando supo que en Belén
 Era parida María.
 Y en el limbo donde estaba
 De contento no cabía;
 Para los unos andaba,

Para los otros corría,
Y á todos los santos padres
A grandes voces decia:
Dadme albricias, hijos míos,
Que es nacido en este día
Nuestro bien y Redentor,
Nuestro placer y alegría,
Para sacarnos de aquí,
Do estamos por culpa mia.
Ved cuál anda Lucifer
Con toda su compañía;
No le placen estas nuevas
Que Dios Padre les envía.
Sentid las voces del cielo,
Los cantos y melodía.
Ved ya clara la verdad
De la vieja profecía;
Ved la zarza de Moisés,
Que estaba verde y ardía;
Ved aquel templo de paz
Que Roma en tanto tenía,
Y aun lo llamaban eterno,
Porque siempre duraría;
Que no había de caer,
Si una virgen no paría.
Vedlo todo por el suelo,
Cada piedra por su vía.
Ved el bellaco de Heródes
Metido en gran fantasía,
Y amolando sus cuchillos
Para quien no le temía.
Ved los pastores que van,
Cómo corren á porfía
Por llegar al portalejo
Donde está nuestro Mesía.
Ved los tres reyes que parten;
Ved la estrella que los guía;
Ved en un pobre pesebre
Quien mejor estar podía:
De una parte tiene una asna,
De la otra un buey yacía.

BARTOLOMÉ DE TORRES NAHARRO. — *Propaladia*, etc. — Nápoles, 1547, folio vuelto 85; citado é incluido al núm. 47 de la *Floresta de rimas antiguas castellanas*, ordenada por D. J. N. Eoñ de Faber. — Hamburgo, 1821, tomo primero.

211.

DE LA ENCARNACION.

Paseándose anda Dios
Por su eternidad sagrada,
Cuando le vinieron nuevas
De una hija de santa Ana,
Antes santa que nacida,
Ante los cielos criada,
Y en la presencia divina
Ab eterno preservada:
Missus angelus Gabriel
Con soberana embajada,
Ave, dijo, *gratia plena*.
La Virgen quedó turbada:
Con aquel *Ave* tan dulce,
Eva en *Ave* fué tornada.
¿Cómo puede ser aquesto,
Siendo de varon privada?
Vendrá el Espíritu Santo
Otra vez á tu morada.
De la virtud del muy Alto
Tienes de ser alumbrada,
Y la palabra divina
Será en tu vientre encarnada.
Ecce ancilla, respondiera
La Virgen santa humillada;
Hágase en mí, Dios eterno,
Conforme á la tu palabra.
Y en el instante que el *fiat*
Dijo con humildad santa,
Verbum caro factum est
Por la redención humana.

UBEDA. — *Cancionero*.

212.

ROMANCES DEL SANTÍSIMO NACIMIENTO.

I.

Mira el limbo Lucifer,
Do los santos residían;
Gritos dan niños y viejos,
Y él de nada se dolía.
¡Qué tiranía!
En aquella escuridad
Do tiene puesta su silla,
Viéndolos tan humillados
El mas se ensoberbecía.
¡Qué tiranía!
Voces dan los patriarcas,
Que sujetos los tenía;
El clamor de los profetas
Hasta los cielos subía.
¡Qué tiranía!
Un Cordero lo está oyendo
En los brazos de María,
Y con lágrimas muy dulces
Diciendo está: ¡Madre mía!
¡Qué tiranía!
Lucifer el alevoso
Que yo crié en lozanía,
Contra mí se ha rebelado
Con muchos de su valía.
¡Qué tiranía!
Viéndose tan orgulloso
Me quiso usurpar mi silla,
Y no contento con esto,
Al hombre engañado había.
¡Qué tiranía!
Agora por libertalle
Nací yo en noche tan fría,
Y él de jalle libertado
Me ha de costar la vida.
¡Qué tiranía!

UBEDA. — *Cancionero*.

213.

II.

Mal ferido sale Adán,
Mal ferido y lastimado;
Los ojos lleva hechos fuentes,
El rostro al suelo inclinado,
Porque le han precisamente
A destierro condenado
Del terrestre paraíso,
Donde estaba empoderado,
Porque contra el Rey del cielo
Cometiera un gran pecado;
Y es que, estando en tanta gloria,
A mayores se había alzado
Contra el Señor de aquel huerto
Comiendo de lo vedado:
No curó de las mercedes
Ni de tan dichoso estado,
A que Dios le había subido,
Siendo de nada formado.
Después que le echaron fuera
Y de su casa han privado,
Y los bienes de la gracia
Después que le han secuestrado,
Barruntando las miserias
A que quedó sentenciado,
Y mas, viéndose desnudo,
De sí mismo avergonzado
Porque solo piel de bestias
Por vestidura le han dado;
Y esto como sambenito
En pena de su pecado:
Mil veces vuelve los ojos,
Aunque esto le es excusado.
Si con el cuerpo se aleja
El alma dentro ha dejado,

Que donde está su tesoro
El corazón sepultado
Quedará: así el pobre Adam,
De todos desamparado,
Con gemidos se lamenta
El de si estando agraviado:
«Paraíso de deleites,
Lugar bienaventurado,
Dice: ¡Cómo te perdí!
Cómo he sido mal mirado,
Porque desta mancha y culpa
No solo seré manchado,
Mas á mi posteridad
Cundirá, mal de su grado!»
Dios movido á compasión
Limpiarle ha determinado,
Y aunque muy á costa suya
A curarle ha ya abajado.
Nace pobre y sin abrigo
En un lugar desechado;
Donde las bestias albergan,
Dios por palacio ha tomado.
Adam cayó por soberbia;
Tanto Cristo se ha humillado,
Que al infierno y mundo todo
Y al cielo tiene espantado.

UBEDA. — *Cancionero.*

214.

III.

En el soberano alcázar,
Dentro del sacro senado,
Las tres divinas Personas
A Cortes habían llamado.
Dícese que el sumo Rey
Un desposorio ha tratado
Con naturaleza humana:
Las manos se han ya tomado.
El mayorazgo del cielo
Con ella se ha desposado;
En Nazareth son las bodas;
Para allí estaba aplazado.
Un tálamo virginal
Su Padre le ha presentado.
Y porque en él se celebren
Y el caso sea mas sonado,
Dél sale Dios hecho hombre;
Dios y el hombre hoy se han juntado.
Sin dejar lo que tenía,
Ser de mortal ha tomado,
Para que la nueva amante
Se transforme en el amado.
No como rey poderoso
Baja muy acompañado:
Pobre, humilde y manso viene,
A la esposa acomodado.
Los palacios y aposentos,
El preciosísimo estrado
Es un pobre portalejo
Y un pesebre despreciado.
Paños y tapicerías
Son paja, heno el brocado,
Por cortesanos y siervos
Dos bestias tiene á su lado.
Con esto la nueva esposa
Al esposo ha recordado.
Dale nacer y morir;
Trabajos le ha encomendado.

EL MISMO.

215.

IV.

En el consistorio eterno
Una sentencia se ha dado,
Que Adam diese un caballero
Tan valiente y esforzado
Que le libre del tormento
A que estaba condenado

Por la traición cometida
En comer de lo vedado,
Y le saque del destierro
Y de aquella fortaleza
Donde estaba aprisionado,
En que tanto tiempo ha estado
Junto con su descendencia
Por el amargo bocado,
Y venza los caballeros
Que salieran luego al campo,
Y libre de servidumbre
Quedará el género humano.
La grandeza de la empresa
Pide un valor soberano,
Cual es el de un caballero
Que se atreve á rescatarlo;
Que es el Hijo de Dios padre
Aquese Verbo encarnado.
Pero en aquella batalla
Quiere salir disfrazado
Con muy diferentes armas
De las que él ha acostumbrado;
Y para entrar en la lid
Su poder ha renunciado.
Solo y fuera de su reino
Sale á buscar el contrario,
Y al Padre Eterno suplica
Que le señale el campo
En aquel mismo lugar
Donde Adam fué derribado,
Y que le otorgue las armas
Con que Adam estaba armado,
Y que le arme una doncella
De quien anda enamorado,
En cuyas puras entrañas
Sea el arnés fabricado
En que reciba los golpes
Y heridas del contrario.

UBEDA. — *Cancionero.*

216.

V.

En el medio de la noche,
Cuando está mas descuidado
Y puesto en mayor silencio
Todo el mundo sosegado,
Al gran seno de Abraham
Un mensajero ha llegado.
Manda que cesen las voces
Y cese el llanto pasado,
Y le presten atención
Para darles su recado;
Y en medio de todos estos
En alta voz ha hablado:
Cesen, padres, los gemidos,
Descansen el pecho rasgado
De dar voces por remedio
Contra este mal del pecado.
Deje Adam de lamentar
Su ventura y triste hado;
Tome el rey David su arpa,
Y entone un cantar no usado
Que los ángeles del cielo
Hoy en la tierra han cantado.
Mude el llanto Hieremias
Que tanto tiempo ha llorado;
Y si preguntais por qué,
Sabed que agora ha llegado
A la ciudad de Bethlem,
Y en un portal se ha apeado,
Dios que viene á rescatar
De la culpa del pecado.
Levántase un alarido
No triste y desconcertado,
Sino con tanto concierto
Que el infierno está turbado.
Y prosigan la canción
Que el mensajero ha empezado:
Gloria á Dios en las alturas,
Que á su Hijo nos ha dado.

EL MISMO.

217.

VI.

Por el rastro de la sangre
Que Adam de herencia dejaba,
Nace el Hijo de Dios hombre
De una Virgen soberana.
Y á la hora que nacia,
Aunque no es bien de mañana,
Los cortesanos del cielo
Tocan la señal del alba.
Como era mortal la guerra,
Las mortales armas saca,
Solo en la mano derecha
La humildad trae por lanza.
Trae á cuestras una cruz
De dolor engastonada,
Porque vea la hechura
Lo que al Hacedor costaba.
Como miraba la tierra
Del pecado ensangrentada,
Lloraba de compasion
De ver pérdida tamaña
Como es perder la criatura
Lo que su Criador le daba.
Regocijado está el cielo,
Y la tierra que lloraba
De ver al Hijo de Dios
El disface que sacaba,
Puesto entre dos animales
En un pesebre do estaba.
No quede ningun viviente
Que á ofrecelle allí no vaya,
Pues él ofrece su sangre
Y su gloria, y nos criara,
Y ha dado vida al enfermo
Que tan peligroso estaba.

UBEDA.—Cancionero.

218.

VII.

Mañana de Navidad,
Al tiempo que alboreaba,
Gran fiesta hacen pastores
Por Bethlem y su comarca,
Revolviendo sus cayados,
Haciendo bailes y danzas,
Al son de dulces zampoñas
Y de rabeles y gaitas.
El pastor que á Dios ha visto
Oh qué bien se señalaba!
Y el que á velle no ha venido
No saltaba ni bailaba.
Miranselo las virtudes
De la tierra levantadas,
Entre las cuales hay dos
Que de Dios son muy amadas:
La una es Misericordia,
Otra Justicia se llama,
Y por estar diferentes,
Agora no le hablaban.
Es la una piadosa,
La otra rigurosa y brava;
Mas al fin Misericordia
A Justicia preguntaba:
Ay, Justicia, hermana mia,
¿Cómo estás de amor tocada?
¿Cómo ahora rigor no tienes,
Antes te muestras ya mansa?
Justicia no le responde,
Que á disimular probaba;
Mas viendo ser importuna,
Respondió algo turbada:
Importuna eres, amiga,
Aunque discreta, pesada
En querer saber de mi
Una tan nueva demanda;
Y pues lo quieres saber,

Ve do los pastores bailan;
Verás á Dios hecho niño,
Verás su hermosura y gala,
Su gentil disposicion,
Su lindo donaire y gracia,
Del cual siempre fui querida,
Estimada y regalada.
Mas agora que ha nacido
Vestido de carne humana,
Puestos tiene en ti los ojos,
A ti quiere y á ti ama.
Misericordia responde,
La voz amorosa y baja:
¡Ay, Justicia, cuán en vano
Vives en esto engañada!
Que si el niño Dios me quiere
Mucho mas que publicaba,
Por esto no te desecha,
Ni de ti él se apartaba,
Que aunque su misericordia
Sobre todo sojuzgaba,
Tambien es justo juez
Y con rigor castigaba.
Si celos te hacen guerra,
Vive ya desengañada,
Que nunca Dios por mi parte
Te estorbará la demanda.

UBEDA.—Cancionero.

219.

VIII.

La noche de Navidad,
Al tiempo que alboreaba,
Gran fiesta hacen los cielos
Y la tierra se alegraba
Por el parto de una Virgen,
Que Maria se llamaba.
Un Angel vino volando
Y aquesta cancion cantaba:
Gloria in excelsis Deo
Y en la tierra se sonaba:
Paz á los hombres, decia,
Que de voluntad es dada,
Porque es nacido el Mesias
Para redempcion humana.
Los pastores que lo oyeron
Vinieron de su cabaña
A adorar al Rey divino,
Que en un portalejo estaba.
Las rodillas por el suelo,
Cada uno le adoraba,
Dando gracias á la Madre
Medianera de la gracia.

EL MISMO.

220.

IX.

Rogocijo hay en el suelo,
Grande música se oia
En noche serena y clara,
Cuasi la media seria.
Son ángeles los que cantan
Con suave melodia.
Rogocijase una fiesta
Cual nunca visto se habia,
Y es que el Hijo de Dios padre
Al mundo se descubria.
Y aunque suena desde léjos
La letra muy bien se oia:
Gloria sea en las alturas,
Pues el mismo Dios la envia.
Por subir al hombre al cielo,
La gloria al cielo venia.
Y en un pesebre temblando,
Llorando sin alegría,
Siendo Dios vivo y eterno,
Padece por culpa mia.

EL MISMO.

221.

X.

En un portal derribado
Que dentro en Bethem habia
Sollozaba el Verbo eterno,
Dios de Dios que hombre nacia.
Chiquito, recién nacido,
Que apenas llorar podía,
Todo el peso de mis culpas
Sobre sus hombros traía.
Que la alicion entrañable
Que á nuestras almas tenia,
Con fuego de caridad
En vivo amor le encendia.
El atavio en que estaba
No era de oro y pedrería;
Sola la humanidad nuestra
Su divinidad cubría.
Y sujeto á gran pobreza
Que tanto precia y estima,
Su Madre virgen no hallaba
Do abrigallo, y se encogía.
En un pesebre le puso,
Que otro amparo allí no habia.
La tierra le dió por cama,
Y entre el heno le envolvía,
Como era noche serena
Con hielo que padecía.
Así encoge su justicia
Y su clemencia extendía
El verdadero Eliseo
Que á sanar males venía.
Con el grande frio fuerte
Se estrechaba y encogía;
Por nuestros bienes llorando,
Nuestros males padecía.
Y aunque en traje de pobreza,
Riqueza y valor tenia.

UBEDA.—Cancionero.

222.

XI.

Por Bethem gime y sospira
El rey David donde estaba,
Porque dentro della tiene
El sumo bien que esperaba.
Saltos daba de alegría
En el limbo, donde estaba;
Los ojos hacia Bethem,
Desta manera hablaba:
¡Oh ciudad mia querida!
Mi alma en ti se alegraba,
Pues en ti nació el consuelo
Y la salud deseada.
Remedio del alma mia,
¿Cómo estás en tal posada,
Pobre Niño, en un pesebre,
Sin otro abrigo ni cama?
Pues has de ser mi rescate,
Para bien sea tu llegada.
Tu sangre ha de ser el precio;
No ha de ser oro ni plata.

EL MISMO.

223.

XII.

Pobre nace Dios del cielo;
Héle allí tendido queda;
Salid, hombres, á adorarle,
Pues es Dios de cielo y tierra.
Veréis un lloroso niño
Tendido en la seca yerba
Su cuerpo en amor bañado,
La cara de gracia llena.

Tiene una mortal herida
Encubierta por de fuera:
Tanto el corazon le pasa,
Que hasta la muerte le llega.
No se la dió su enemigo
Ni nadie que lo siguiera,
Ni con intencion dañada,
Mas el amor se la dió.
Hallóle el cuerpo sin armas,
Que en su cuerpo no hay defensa.
Llorando canta esta culpa:
Mira, Adam, que tuya era;
Mas el fuego que me abrasa
Mayor que tu culpa fuera;
Pero si quies ver mi amor,
Adam, en la cruz me espera.

UBEDA.—Cancionero.

224.

XIII.

Almastiernas y devotas,
Veis ya bien regaladas
Con el rocío del cielo
Que cayó, y fertilizadas,
Que son lágrimas del Niño
Que derrama aljofaradas
Por sus mejillas hermosas
Que á vos vienen encañadas.
El por sus ojos las vierte
Del corazon destiladas;
Y así el corazon devoto
Las envia encaminadas.
El fuego exprimió su pecho,
Y así las sacó abrasadas,
Aunque en las frias mejillas
Se han hecho por las heladas.
Pero siempre con mas fuerza
Dejan las almas llagadas,
Que si ya son cristal duro
Por ser de fuego arrojadas,
Pasan léjos, y mas hieren
A las almas descuidadas,
Y las abrasa su furia
Con las saetas heladas.

EL MISMO.

225.

XIV.

El Hijo de Dios eterno
Que de amor hijo nacia,
De frio y hambre llorando,
A su amada así decia:
¡Ay, alma mia!
El amor que está encerrado
Mis lágrimas derretía.
Ablanda el corazon duro,
Amame. Dios soy, decia;
Nazco porque tú renazcas,
Moriré por darte vida,
Daré sangre por salvarte,
Lloraré por tu alegría;
Tiembra Dios por esforzarte,
Por tu gloria se encogía;
Por darte el cielo, un pesebre
Toma, y desde él te decia:
¡Ay, alma mia!
Ven, ama á Dios, que es ya hombre;
Ven, esposa amada mia;
Que se ha puesto entre animales
Porque el hombre de él huía.
Por ti el inmenso se abrevia,
Vuelve en llanto la alegría;
Padeczo yo omnipotente;
Amor llorar me hacia.
Soy mas fuerte que tu lloro,

Pues lloro por ti, alma mía;
Llora, alma, que me ofendiste,
Pues llorar hecho me habías;
Llora, enjugaré mis ojos;
Llora, y darte he mi alegría.

UBEDA.—Cancionero.

226.

XV.

Habiendo aquel viejo Adam,
Con porfiada alevosía,
Tratado de rebelarse
Contra quien servir debía,
Quedó, porque fué tirano,
Perdida la monarquía
Que sobre todo este mundo
Visible de Dios tenía,
A la vida, que en merced
Eterna dado le había,
Quedó de la fiera muerte
Subjeto á perder la vida;
Quedó de gloria privado
Y de la eterna alegría.
Pero fuéle Dios tan bueno,
Que olvidó su villanía,
Y trató de su remedio
Por maravillosa vía,
Dejando tiranizarse
Del amor que así debía.
Este amor, que á su bondad
Y nuestro bien Dios tenía,
Dió con él del cielo al suelo
Con extraña valentía;
Y estrechando al infinito
En pesebre le metía,
Puesto en la mesa de bestias,
Pues para bestias venía.
El hombre quedó endiosado,
Que así embrutado se había:
Halla en el heno su pasto
A Dios que perdido había;
Mas el amor de tal suerte
Revocado se lo había,
Que lo ve, y por verle tal,
Le mira y desconocía.
Mas despues que le conoce,
Muy mucho mas conocía
Su poder y su bondad
En verle como le vía.
Y amándole como á carne,
En la carne se subía
Por ella á amar aquel Dios
Que en la carne se encubría.

EL MISMO.

227.

XVI.

En la máquina del mundo,
Perdida por el pecado,
Justa real y torneos
Y una sortija se ha armado,
Y para mas festejarla
Un pregon se ha publicado;
Que el que mejor la corriere,
Saliendo mas disfrazado,
Le darán un rico fuerte,
El mundo menor llamado,
Cuya alteza llega al cielo
En bondas zaujas fundado,
Lleno de ricos tesoros
Y fuertemente artillado.
Nadie se atrevió á salir
Al torneo señalado
Sino un fuerte caballero
De gran linaje y estado.
Viene como aventurero

R. y C. S.

Al torneo pregonado,
Tan gallardo y tan apuesto,
Que todos se han alegrado.
Trae divisa colorada
Y un rico pendon alzado,
Su marlota y su librea
Es un jaez encarnado.
Con tal aire y gracia corre,
Que el rico fuerte ha ganado,
Y queda Dios victorioso
Y el hombre ya remediado.

UBEDA.—Cancionero.

228.

Á LA CIRCUNCISION.

De su mismo amor herido,
Para las almas sanar,
Empieza á derramar sangre
Un Niño de tierna edad.
En lo cual da clara muestra
De lo que adelante hará,
Pues por hacer honra al alma,
Que presa y captiva está,
El se quiere hacer esclavo
Y su cuerpo señalar;
Y ansina se circuncida
Por del todo ejecutar
El mandamiento del Padre
Sin en nada discrepar.
Vistióse en zapato nuevo
De nuestra mortalidad.
Y este día lo ha rompido
Con tal liberalidad,
Que en nada tiene y estima
Cuanto le pudo costar,
A trueco de verme sano
De mi larga enfermedad,
Que me costara la vida,
Que no podía mas costar,
Y ganara muerte eterna,
Si él no viniera á sanar
Mi dolor terrible y fuerte
Por su divina bondad.

EL MISMO.

229.

Á LA TRANSFIGURACION DE CRISTO NUESTRO SEÑOR.

En ese monte Tabor,
Lugar de gloria llamado,
Quiso el Redentor del mundo,
Aun no el término llegado
De su pasión dolorosa,
Que á sufrir había abajado
Por la redencion del hombre,
Sin haberse desviado
Del seno del Padre Eterno,
Que siempre estuvo á su lado,
Delante de aquellos tres
De su sacro apostolado.
Y los que mas juntar quiso
En el lugar señalado,
Aparecelles glorioso
Por un término tan alto,
Que cegados de la lumbre
Que en su cuerpo habian mirado,
Tuviesen por gloria eterna
Y por gozo señalado
El velle en aquel lugar,
Olvidando el soberano
Celestial, divino asiento
Por el temporal humano,
Dándoles esta alegría
Para que en ella cebados,
El alma se levantara
A otro mas alto grado.

EL MISMO.

AL NACIMIENTO DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

I.

Sale del seno del Padre
El Verbo á ser encarnado,
Disfrazado y encubierto
En hombre disimulado.
En forma de pecador
Viene á matar el pecador;
Nuestras altiveces doma
En un portal derribado;
El regalado del cielo
Está en un pesebre echado,
La dura tierra y el heno
Tiene por cama y estrado.
Soberbio, mira á tu Dios
Abatido y humillado;
Rico, mira al gran Señor
Desnudo y desamparado;
Los grandes miren al grande
Encogido y abreviado:
Los afligidos consuela
El Niño desconsolado,
Y siendo pobre, da al pobre
Riqueza, valor y estado.
Temblando desnudo al frío
Abrega al desabrigado,
A grandes, chicos, menores,
Al bajo y al prosperado.

Las obras del famoso poeta GREGORIO SILVESTRE.—Lisboa, 1592, en 8.º

251.

II.

De la corte Celestial
Baja el Rey en romería
A una ermita muy devota,
Llamada Santa Maria.
Viene por cumplir un voto
Que prometido tenía,
Estando Adán á la muerte
De achaque de una comida.
No es voto de nueve horas,
Ni aun de solos nueve días,
Que nueve meses estubo
Sin salir de la capilla.
No vino como romero
Desde la corte á la ermita,
Que dentro della se puso
Su majestad la esclavina.
No de picote de seda
Quiere su padre que vista,
Sino de nuestro sayal.
Que así el voto lo pedia.
Bien pudiera comutarlo
En limosnas y obras pías,
Y cumpliera con su voto
Y en rigor satisfacción.
Mas aunque del Padre santo
Todas las veces tenía,
Quiso cumplir la palabra,
Que es muy de reyes cumplirla.
Grandes peligros le esperan
Si este romero visita
Las devotas estaciones
Que él quiere, aunque no le obligan.
Así temo que enderece
A Jerusalem su via
La peligrosa estacion,
Y corre riesgo su vida.

ALONSO DE LEDESMA.—Conceptos Espirituales.

III.

Sale la estrella de oriente
Al tiempo que Dios dispone
Que el enemigo del día
Pierda la presa que coge,
Y con ella la esperanza
De sus falsas pretensiones,
Tomando Dios carne humana
Para que el hombre le goce.
Por donde santa Maria
Recibe el famoso nombre
De ser madre siendo virgen,
De quien siendo Dios es hombre.
Muy pobremente camina
Con ser tan rico y tan noble,
Que amores de cierta dama
Le traen en hábito pobre;
La cual dicen que le deja
Por un monstruo feo y torpe,
Que goza como tirano
Desta hermosísima torre.
Quejándose viene della
Y de agravio tan enorme,
Viendo que á la real casta
Como debe no responde.
Alma, la dice, mas dura
Que las entrañas de un monte
Y la mas desconocida
Que cielo y tierra conoce.
¿Por qué permites, cruel,
Después de tantos favores,
Que tal prenda como tú
Ajeno dueño la goce?
Por qué tus duros oídos
No prestas á mis razones,
Que harán enternecer
A las piedras que las oyen?
Dejas tu querido esposo
Perdido por tus amores,
Y das la mano á un infame
Que por tu mal le conoces.
Dejas un pobre muy rico,
Y un rico muy pobre escoges;
Que la riqueza del cuerpo
A la del alma antepones.
Yo moriré porque tú
Le aborrezcas y me adores,
Y por el cielo suspires,
Y que en su ausencia me llores,
Y que de noche no duermas,
Y de día no reposes
Hasta ver aquellas fiestas
Que en tu dulce patria goces.
Hasta verlas, no permitas
Que á tus ventanas se asomen
Licenciosos pensamientos
Para que no te alboroten.
Y que tu vida de hoy mas
Con mil virtudes la bordes,
De suerte que sus roturas
Parezcan vistosos golpes.
Para que en la que es eterna
Eternos años me goces,
Que es la mayor bendición
Que te pueden dar los hombres.
Con esto llegó á Belén
A la mitad de la noche,
Do halló un pesebre por cama,
Y unas pajas por colchones,
Y los ángeles alegres,
Que por todas partes corren,
De conformes voluntades
Y con libreas conformes.
Crece el Niño, llega el tiempo
Que ha de morir por el hombre
Enclavado en una cruz
En medio de dos ladrones.
Y arrojándole una lanza,
Aunque muerto la recoge,

Al corazón de su Madre
De parte á parte pasóle.
Amansase el Padre Eterno,
Y envaina luego su estoque;
Y en haciéndose estas paces,
Dios á su patria volvióse.

ALONSO DE LEDESMA. — *Conceptos*, etc.

253.

IV.

Repastaban sus ganados
A las espaldas de un monte
De la torre de Belén
Los soñolientos pastores.
Al rededor de los troncos,
De unos encendidos robles,
Que restallando á los aires
Daban claridad al bosque,
En los nudosos rediles
Las ovejuelas se encogen;
La escarcha en la yerba helada
Beben, pensando que comen.
No léjos los lobos fieros
Con ahullidos feroces
Desafían los mastines,
Que adonde suenan responden,
Cuando las obscuras nubes
De sol coronado rompe
Un capitán celestial
De sus ejércitos nobles.
Atónitos se derriban
De sí mismo los pastores,
Y por la lumbre las manos
Sobre los ojos se ponen.
Los perros alzan las frentes,
Y las ovejuelas corren,
Unas por otras turbadas
Con balidos desconformes,
Cuando el nuncio soberano
Las plumas de oro descege,
Y enamorando los aires
Les dice tales razones:
«Gloria á Dios en las alturas;
Paz en la tierra á los hombres;
Dios ha nacido en Belén
En esta dichosa noche.
Nació de una pura Virgen:
Buscadle, pues sabéis dónde,
Que en sus brazos le hallaréis
Envuelto en mantillas pobres.»
Dijo, y las celestes aves
En un aplauso conformes,
Acompañando su vuelo
Dieron al aire colores.
Los pastores convocando
Con dulces y alegres sonos
Toda la sierra, derriban
Palmas y laureles nobles.
Ramos en las manos llevan,
Y coronados de flores,
Por la nieve forman sendas
Cantando alegres canciones.
Llegan al portal dichoso,
Y aunque juntos le coronen,
Racimos de serafines
Quiéren que laurel le adornen.
La pura y hermosa Virgen
Hallan, diciéndole amores
Al Niño recién nacido
Que hombre y Dios tiene por nombre.
El santo Viejo los lleva
Adonde los pies le adoren,
Que por las cortas mantillas
Los mostraba el Niño entonces.
Todos lloran de placer;
Pero ¿qué mucho que lloren
Lágrimas de gloria y pena,
Si llora el Sol por dos soles?

El santo Niño los mira,
Y para que se enamoren,
Se ríe en medio del llanto,
Y ellos le ofrecen sus dones.
Alma, ofrecédle los vuestros,
Y porque el Niño los tome,
Sabed que se envuelve bien
En telas de corazones.

LOPE DE VEGA CARPIO. — *Rimas Sacras*. — Lisboa, 1638, 8.º —
Romancero espiritual. — Madrid, 1720, en 8.º, cuarta impresión.

234.

V.

La noche de Navidad,
Que ya el alba se acercaba,
Los ejércitos del cielo
Grande fiesta celebraban.
Bajan de las altas sillas
A Bethlem y su comarca,
Con músicos instrumentos,
De que el aire resonaba.
Cantando vienen canciones
Con orden nueva y lozana;
Y como de amores arden,
Cada cual se señalaba.
Volando vienen distintos,
Cercados de una luz clara,
Adonde un Niño ha nacido,
Que es su Dios y su monarca.
Entraron los serafines,
Que mas de su amor se abrasan
Con hermosura increíble,
Que vellos enamoraba,
Con vestidos como nieve,
Que toda blancura pasan,
Sembrados de pedrería,
Una muy vistosa gala.
Las rodillas por el suelo,
Desta manera le hablan:
Bien vengaís, Rey de la gloria,
Buena sea vuestra llegada,
Pues venís á poner fuego
Y abrasar de amor las almas.
Gran razón tiene de amaros
La naturaleza humana,
Y contender en amores
Con la corte soberana,
Pues se vistió en traje humano
Vuestra natura increada.
Tras ellos los querubines,
En traje y beldad que agrada,
Con una gozosa lumbre
Que en derredor los cercaba,
Entran á adorar al Niño,
Que con gracia les miraba.
Dicenle: Luz infinita,
A quien cielo y tierra alaba,
Os adoramos, Señor,
Y os damos inmensas gracias,
Que por vuestro nacimiento
Será la tierra alumbrada,
La infidelidad vencida,
Y la verdad declarada,
Y la noche de la culpa
De las almas desterrada;
Que puso en vos los tesoros
Dios de su saber y gracia.
Entraron luego los tronos
En una lucida escuadra;
Con humildad y con gozo
Postrados todos le alaban:
Niño y rey nuestro, le dicen,
La progenie está obligada
Del primero padre Adán,
En quien quedó lastimada,
A entregar sus corazones
A Rey que tanto los ama,

Pues que por tronos reales
De hoy mas elegis sus almas.
Vienen las dominaciones
Con majestad que admiraba,
Y al comun Señor adoran
De la máquina criada.
Principados y poderes
Muy dulces himnos le cantan;
Por su Rey le reconocen,
Poderoso en las batallas.
¡Oh qué gozo era el oílos
Y el ver sus trajes y galas!
La tercera hierarquia
No menos vistosa entraña,
Y hecha su adoracion
Con muy graciosa elegancia,
Cantan los heróicos hechos
Y las gloriosas hazañas
A que ha de dar fin el Niño,
La virilidad llegada;
Y su mas alta victoria,
Sobre todas señalada,
Solo con armas de amor,
No con lanza ó con espada.
Mirábanlo las virtudes,
Con gozo maravilladas,
De ver la virtud de Dios
En un pesebre cifrada:
Maravilla extraña y nueva
Que todas las otras pasa.
Los arcángeles exultan
Con la divina embajada
Que trae el Niño inocente
De la salud deseada.
Los angélicos ejércitos
¡Oh qué gozosos miraban
Al Angel del gran consejo
Que en su rostro los regala,
Por la salud de los hombres
Hecho su pastor y guarda!
Exultan los nueve coros,
Mirando al Niño la cara,
Que con una luz divina
El diversorio alumbraba.
Y queriendo alzar el vuelo
A la corte soberana,
Toda la milicia junta
Saluda á la Virgen santa.
Ella los mira gozosa,
Al pesebre recostada,
Como que los agradece
Fiesta tan regocijada.
El santo Viejo de gozo
Su faz de lágrimas baña,
Y vuelto á la Virgen pura,
Desta manera le habla:
Esposa y señora mia,
Gran gozo siente mi alma
En esta dichosa noche
Que á toda luz se aventura;
Pues hoy han visto mis ojos
Lo que tanto deseaban,
A Dios de infinita gloria
Vestido de carne humana.

FRAY ARCÁNGEL DE ALARCÓN. — *Vergel de plantas divinas.*

ROMANCES A LA PASION Y MUERTE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO Y LA REDENCION DEL GENERO HUMANO.

255.

Á LA DESPEDIDA DE CRISTO, NUESTRO BIEN, DE SU SANTÍSIMA MADRE.

I.

Los dos mas dulces esposos,
Los dos mas tiernos amantes,
Los mejores madre y hijo,
Porque son Cristo y su Madre,

Tiernamente se despiden,
Tanto, que solo en mirarse
Parece que entre los dos
Se están repartiendo el cáliz.
Hijo, le dice la Virgen,
¡Ay, si pudiera excusarse
Esta llorosa partida,
Que las entrañas me parte!
A morir vas, hijo mio,
Por el hombre que criastes;
Que ofensas hechas á Dios
Solo Dios las satisfice.
No se dirá por el hombre
Quien tal hace que tal pague,
Pues que vos pagais por él
Al precio de vuestra sangre.
Dejadme, dulce Jesus,
Que mil veces os abraze,
Porque me déis fortaleza
Que á tantos dolores baste.
Para llevaros á Egipto
Hubo quien me acompañase,
Mas para quedar con vos,
¿Quién dejais que me acompañe?
Aunque un ángel me dejeis,
No es posible consolarme;
Que ausencia de un hijo Dios
No puede suplirla un ángel.
Ya siento vuestros azotes
Herir vuestra tierna carne;
Como es hecha de la mia,
Hace que tambien me alcance.
Vuestra cruz llevo en mis hombros,
Y no hay pasar adelante,
Porque os imagino en ella,
Y aunque soy vuestra, soy madre.
Mirando Cristo á Maria
Las lágrimas venerables,
A la emperatriz del cielo
Responde palabras tales:
Dulcísima madre mia,
Vos y yo dolor tan grande
Dos veces le padecemos,
Porque le tenemos antes.
Con vos quedo, aunque me voy;
Que no es posible apartarse
Por muerte ni por ausencia
Tan verdaderos amantes.
Ya siento mas que mi muerte
El ver que el dolor os mate;
Que el sentir y el padecer
Se llaman penas iguales.
Madre, yo voy á morir,
Porque ya mi Eterno Padre
Tiene dada la sentencia
Contra mí, que soy su imagen.
Por el mas errado esclavo
Que ha visto el mundo ni sabe,
Quiere que muera su Hijo;
Obedecerle es amarle.
Para morir he nacido:
El me mandó que bajase
De sus entrañas paternas
A las vuestras virginales.
Con humildad y obediencia
Hasta la muerte ha de hallarme.
La cruz me espera, Señora,
Consuélalos Dios; abrazadme.
Contempla á Cristo y Maria,
Alma, en tantas soledades,
Que ella se queda sin hijo,
Y que él sin madre se parte.
Llega, y dile: Virgen pura,
¿Queréis que yo os acompañe?
Que si te quedas con ella,
El cielo podrá enviarte.

LOPE DE VEGA. — *Romancero espiritual.*

256.

AL LAVATORIO DEL FALSO APÓSTOL.

II.

Besando está Jesucristo
De un hombre infame los piés,
Después de haberlos lavado
Y regalado también.
Como eran los piés autores
De aquella traición cruel,
Con la boca está probando
Si los puede detener.
¡Oh besos tan mal pagados!
Mi vida, no los beseis,
Pues solo para que os prendan
Os ha de besar después.
¡Oh estéril planta perdida,
Que regada por el pié,
Y dándole el sol de Cristo,
No tuvo calor de fe!
Los piés le lavais, Señor;
Pero, si os han de vender,
¿Cómo pueden quedar limpios,
Aunque vos se los laveis?
De aquellos que vos lavais,
Decía un Profeta rey,
Que mas que nieve serían,
Y en estos piés no lo fué.
Mas no lo quedar el dueño
No estuvo en vos, sino en él,
Que mal puede sin materia
Imprimir la forma bien.
¡Oh soberana humildad!
¿Quién no se admira que esté
El infierno sobre el cielo,
Que es mas que el mundo al revés?
Nunca en la Iglesia de Cristo
Los hombres pensaron ver
Que esté el pecado sentado
Y el sacerdote a los piés.
Hoy parece un falso apóstol
Mas soberbio que Luzbel;
Que el otro quiso igualarse,
Y este mas alto se ve.
Amigo, entre sí le dice,
¿Cómo me quieres poner
En manos de mi enemigo
Por tan pequeño interés?
La forma tengo de siervo,
Porque le dijo a Gabriel
Mi Madre que ella lo era,
Y desde allí lo quedé.
Pero es el precio muy poco,
Y partes en mí se ven,
Que al fin por treinta dineros
Es lástima que las des.
Hijo soy de Dios eterno,
Y tan bueno como él,
De su sustancia engendrado,
Y con su mismo poder.
Con las gracias que hay en mí
Mudos hablan, ciegos ven,
Muertos viven; que tú solo
No quieres vivir ni ver.
Mi hermosura aquí la miras,
Mis años son treinta y tres,
Que a un dinero por año
No has querido que te den.
Aunque es mi Madre tan pobre,
Que te diera, yo lo sé,
Mas que aquellos mercaderes
De la sangre de Josef.
¿Cómo diste tan barato
Todo el trigo de Belén,
Pan que la tierra y el cielo
Se han de sustentar con él?
¿Qué cordero aquestas pascuas
Para la ley de Moisés
No valdrá mas que yo valgo,
Siendo de gracia mi ley?
Dulce Jesus de mi vida,

Mas inocente que Abel,
No laveis mas estas plantas:
Piedras son, que no son piés.
Quitad la boca, Señor,
De este bárbaro infiel,
Y esas manos amorosas
En nuestras almas poned.
Porque labradas de vos,
Vayan con vos a comer
Ese Cordero divino
A la gran Jerusalén.

LOPE DE VEGA.—*Romancero espiritual.*

257.

A LA ORACION DEL HUERTO.

III.

Una noche tenebrosa,
En el campo y apartado,
Con unos grandes temores
Está Cristo congojado.
Como hombre verdadero,
De su vision lastimado,
Que, como Dios infinito,
Ve que Judas ha tramado,
Y a su Padre ruega y pide,
Si es posible, sea librado.
Con las ansias de la muerte
Sangre viva ha trasudado
Por su cuerpo sacrosanto,
Que con ella se ha bañado,
Aunque su carne así teme,
Su corazón se ha esforzado
Con el decreto del Padre,
Que dice que hará de grado.
El que da firmeza al cielo
Por mí está debilitado,
Y ha menester su flaqueza
Ser de un ángel esforzado.
Limpia el ángel los sudores,
Y el aljófár destilado,
Y aquellas preciosas gotas
Mas que el algalia preciado.

UBEDA.—*Capcionero.*

258.

AL MISMO ASUNTO.

IV.

Hincado está de rodillas
Orando a su Padre inmenso
El que a su diestra sentado
Juzgará vivos y muertos.
Como ha de morir en monte,
En el monte está el Cordero,
Para ver, pues dió la hostia,
El cáliz donde la ha puesto.
A las palabras que dice
Las penas se enternecieron,
Que a penas de Dios las penas
Saben hacer sentimiento.
De ver a Dios de rodillas
Se está deshaciendo el suelo,
Aunque a los rayos del Padre
Se huelga de verle en medio
Si dice Dios que su alma
Tristeza está padeciendo,
¿Cómo ha de ver cosa alegre
En la tierra ni en el cielo?
Que para verificarse
Que era hombre verdadero
Fue menester que su carne
Tuviese a la muerte inmenso.
Al fervor de la oración
Sudó sangre todo el cuerpo;
Que sus delicados poros

Quedaron todos abiertos.
 Aquel bálsamo precioso
 Cogió la tierra en su seno;
 Que como es hijo del hombre,
 Quiere guardar su remedio.
 Echóse en la tierra Cristo,
 Su rostro la deja impreso;
 Que es de amantes dar retratos
 Cuando se están despidiendo.
 Al Padre vuelve la espalda
 Para que en sus hombros tiernos
 Dé los rayos de su ira,
 No al suelo que está cubriendo.
 En fin, volviendo la cara,
 De su mismo Padre espejo,
 Movié el cielo con la voz
 A lástima y á silencio.
 Pase este cáliz de mí,
 Si es posible, Padre eterno;
 Mas no se haga la mia;
 Tu voluntad obedezco.
 Crecieron tanto las ansias,
 Que fué menester que luego,
 Rompiendo un ángel los aires,
 Bajase á darle consuelo.
 ¡Ay Jesús de mis entrañas!
 ¿Cómo habeis venido á tiempo
 Que os consuelen, siendo Dios,
 Las criaturas que habeis hecho?
 ¿Adónde estais, Virgen pura?
 Que á falta vuestra, los cielos
 Un ángel á Cristo envían;
 Llegad y esforzarle presto.
 Decidle: Dulce hijo mío,
 Cuando ayunásteis vinieron
 Mil ángeles á esforzaros
 Con soberano sustento.
 Cuando nacisteis bajaron
 Dos mil ejércitos bellos;
 Y cuando vais á morir,
 Uno solo viene á veros.
 Limpiadle, Virgen piadosa,
 La sangre con los cabellos;
 Y pues le deja su Padre,
 Vea á su Madre á lo menos.
 Id vos con ella, alma mia,
 Entrad también en el huerto,
 No sospechen que os quedais
 Con el que viene á prenderlo.
 Decidle: Dulce Jesús,
 Aquí estoy al lado vuestro
 Para padecer con vos,
 No para negaros luego.
 Vámonos presos los dos,
 Pues vais por mis deudas preso.
 Cinco mil son los azotes:
 Muchos son, partir podemos.

LOPE DE VEGA.—*Romancero espiritual.*

239.

AL MISMO ASUNTO.

V.

Ya se parte el Rey del cielo
 De aquella santa ciudad,
 Y vase para el arroyo,
 Que Cedron suelen llamar,
 Donde está el monte Olivete,
 Que es un áspero olivar,
 Y en aquel huerto se aparta
 Cuasi solo para orar.
 Solo tres tomó consigo,
 Que mas no quiso llevar,
 Á san Pedro y á Santiago
 Y á su querido san Juan,
 Para que fuesen testigos
 Deste rescate humano:
 Y destos tres apartado
 En un decente lugar,
 Las rodillas en la tierra,

Con muy profunda humildad,
 Sus sacros ojos alzados
 A su Padre celestial,
 Abre su divina boca,
 Comienza de suplicar:
 Padre mío, si es posible
 Que yo no haya de pasar
 Este cáliz temeroso
 De mi muerte corporal.
 Porque la carne es enferma,
 Suplico á tu majestad
Transeat à me calix iste,
 Si hay posibilidad;
 Y si no puede ser menos,
 Hágase tu voluntad.
Spiritus quidem promptus;
 Mas esta carne mortal
 Me compele, Padre mío,
 Esta muerte rehusar.
 Estando en esta agonía
 Desta batalla mental,
 La oración continuaba
 Con mayor prolijidad.
 De la angustia que sentía
 Comienza de trasudar;
 Un sudor de viva sangre
 Contra todo natural
 Por su rostro reverendo
 Comiénzase á destilar.
 Aquellas gotas sanguíneas
 A la tierra van á dar,
 Y deste sudor cubierto
 De allí se fué á levantar.
 Vido un angelico paje,
 Vestido de claridad,
 Que el sumo Padre le envía
 Del cielo á le confortar.
 Con la embajada del Padre
 Le comienza á esforzar;
 Va á buscar su compañía
 Con ardiente caridad.
 Donde los había dejado,
 Allí los vino á hallar,
 Absortos en grave sueño,
 Causado de gran pesar.
 Nuestro Dios con mansedumbre
 Se llegó á los recordar,
 Diciendo: ¿Nunca podiste
 Un poco tiempo velar?
 Levantad, queridos míos,
 No es tiempo de reposar;
 Levantaos, que viene cerca
 Aquel que me ha de entregar
 Con ministros pontificios
 Y sceptro sacerdotal.
 La turba de fariseos
 Y la mano popular,
 Todos con mano muy fuerte
 Llegan á le aprisionar.
 Pregúntales: ¿A quién buscan?
 Que á Jesús van á buscar,
 Responden á una voz;
 Y él dice sin se negar:
 Yo soy; si á mí me buskais,
 Dejad estos ir en paz,
 Y llevadme solo á mí,
 Y en prisiones me echad.
 Estas palabras diciendo,
 Sin dejarlas acabar,
 Judas muy apresurado
 Se comenzó á adelantar;
 Y el traidor, falso, engañoso
 Les había dado señal,
 Diciendo: A quien yo besare
 Poned en captividad.

UBEDA.—*Cancionero.*

240.

A LA PRISION.

VI.

Un ejército furioso,
 Todo de testigos falsos,
 Donde es capitán la envidia,
 Y el alférez es engaño;
 De acero, miedo y mentiras,
 Para solo un hombre armados,
 A Cristo presenta Anás,
 Puesto á la garganta un lazo.
 ¿Quién eres, hombre? le dice.
 ¿De qué vives? ¿Qué es tu trato?
 ¿Qué discípulos te siguen?
 ¿En qué ciencias eres sabio?
 Jesus, de paciencia ejemplo,
 Responde, los ojos bajos,
 Con ser el mas alto espejo
 De su Padre soberano:
 Yo siempre hablé claramente,
 Con mi doctrina enseñando
 En público; que en secreto
 No es la comisión que traigo.
 ¿Qué me preguntas á mí?
 Pues que puedes preguntarlo
 A tantos que me han oído,
 Que ellos saben lo que trato.
 ¿Así respondes? le dijo.
 Alza la mano un soldado,
 Y dió á Cristo un bofetón
 Que dejó el cielo temblando.
 Si hablé mal, da testimonio,
 Responde el Cordero manso,
 Y si bien, ¿por qué me hieres?
 ¡Ay, cielos, vengad mi agravio!
 Angeles, ¿cómo no fuisteis
 Juntos á tenerle el brazo,
 Pues por menores ofensas
 Quitásteis la vida á tantos?
 Por un arca abrasó el cielo
 A los sacerdotes sacros,
 ¿Y por la cara de Cristo
 No se mueve solo un rayo?
 Ni la cara se defiende,
 Con ser tan extraño caso
 Poner la mano en el sol,
 Sin abrasarse la mano.
 Cayó del cielo Luzbel,
 Pero no subió tan alto,
 Que lo que hizo con Cristo,
 Fué no querer adorarlo.
 ¡Ay, serenísima Virgen!
 ¿Con qué amor, para estorbarlo,
 Pusierades vuestro rostro
 A la sacrilega mano?
 Cómo dijérades vos:
 Si mi Hijo te ha enojado,
 Amigo, hiere mi rostro,
 No toques su rostro santo!
 ¡Oh hermosa Reina del cielo!
 ¿Si vierades vos los labios,
 A quien vuestra leche disteis,
 Todos de sangre bañados!
 Y aquellos hermosos dientes
 Al fiero golpe temblando,
 ¿Qué sintiera vuestro pecho
 Si se rompen los de marmol!
 A vos os dieron tambien,
 Que golpe de aquel ingrato
 Fué trono al rostro de Cristo
 Y á vuestras entrañas rayo.
 Porque vos y vuestro hijo
 Sois instrumentos templados,
 Que cuando tocan al uno
 El otro está resonando.
 Cristo mío de mi vida,
 ¿Cómo, si yo soy esclavo,
 Señalan tu hermoso rostro
 Los dedos de aquella mano!
 Bendiga tu amor el cielo,

Que yo, mi Jesus, no basto;
 Pues siendo los yerros míos,
 Quieres tú tener los clavos.
 Bien mío, yo te prometo,
 Si es tu bofetón agravio,
 De vengarle en mi persona,
 Tus azotes imitando,
 Y de perdonar por tí
 A quien me hubiere injuriado,
 Imitando la respuesta
 De tus labios soberanos.
 Dejónos Adam un libro,
 A quien del duelo llamaron
 Sus miseros descendientes,
 Que por él tuvieron tantos.
 Con esas mortales iras
 Dan los errores humanos
 En vestir de honor al mundo
 La venganza del agravio.
 Mas ya, divino Señor,
 Que el libro nos ha dejado
 De tu soberano rostro
 Abierto de aquella mano,
 Perdonarémos injurias,
 Pues tú nos has enseñado
 A pedir que nos perdonen
 Del modo que perdonamos.

LOPE DE VEGA. — *Romancero Espiritual.*

241.

A LA COLUMNA.

VII.

En un mármol duro y frío,
 Para habelle de azotar,
 De fieros y hambrientos lobos
 Se deja el Cordero atar.
 Con encendidos sopiros
 Así comienza á hablar:
 ¡Vosotras, oh almas mías,
 Sois causa deste mal!
 Acordáseos debiera,
 Que cuando vine á encarnar,
 Nací desnudo llorando,
 Y empecé á derramar
 Mi sangre inocente y pura
 Solo por os rescatar;
 Mirad qué amor es el mío,
 Que á mas no pudo llegar,
 Porque con amor queráis
 Mis beneficios pagar,
 Que solo amor pidió en cuenta,
 Pues por amor quiso dar
 El contento y alegría
 De que pudiera gozar.

UBEDA. — *Cancionero.*

242.

A LOS AZOTES.

VIII.

Miró Juan por la ventana
 De la casa del juez
 Puesto en la columna á Cristo,
 Su maestro y nuestro bien.
 Las manos, que el cielo hicieron,
 Atadas con un cordel
 En un aldaba de hierro,
 Que yerro del hombre fué,
 Y que porque á las espaldas
 El hierro no alcanza bien,
 Tiene los brazos cruzados
 Para que sin cruz no estén.
 Mira que vuelve el Cordero
 La piedra en jaspé, después

Que con cinco mil azotes
Le desollaron la piel.
Y que enternecido el mármol
Cera se quisiera hacer,
Y pues es mas duro el hombre,
Ataran á Dios á él.
Razon el mármol tenia,
Porque cuantos le ofendeis,
Mármoles sois, en que azotan
A Cristo santo otra vez.
Viendo pues al sacerdote,
Divino Melchisedech,
Cubierto de cardenales
De la cabeza á los piés,
Con tierno llanto le dice
Su secretario fiel:
«¿Qué es aquesto, Jesus mio?
¡Ay de los ojos que os ven!
De azucena os habeis vuelto
Tan despojado clavel,
Que os valeis del ser de Dios
Para teneros en pié.
Pensé llamar vuestra Madre;
Mas, Señor, ¿cómo podré
Dar á sus tiernas entrañas
Un cuchillo tan cruel?
Aunque de su fortaleza
No tenga yo que temer,
Que si estais en la columna,
Columna es ella tambien.
Porque vuestro eterno Padre,
Con su divino saber,
De tales columnas hizo
La puerta de Ezequiel.
¡Qué bien hicistes, Señor,
Que fuese muerto José,
Que con ser padre adoptivo,
No hubiera fuerzas en él!
De veros en un pesebre
Lloraba el Viejo en Belén:
¿Qué hiciera si tales viera
Vuestros años treinta y tres?
Gran crueldad hizo el amigo,
Que cenó con vos ayer,
Pues todo el valor del cielo
Dio por tan poco interés.
Los que ayudaros juraron,
Lo cumplen tan al revés,
Que hasta los gallos que cantan
Dicen que les falta fe.
Si en vuestro pecho dormí,
Hacedme, Señor, merced
Que vele con él ahora
Y me regale con él.
Que si bebí vuestra sangre
Y vuestro cuerpo cené,
Cuando querais darla toda,
Razon será que os la dé;
Pues soy el mas regalado,
Y en fin, el que mas quereis,
Beba del cáliz agora,
Que vos sabeis si podré.
Cumplir quiero mi palabra,
Que agora no me diréis
Que no sé lo que me pido,
Pues morir, no reinar es.»
Esto dijo á Cristo Juan.
Alma, llorad, y tened
Lástima de ver que azotan
Por los esclavos al Rey.

LOPE DE VEGA.—*Romancero Espiritual.*

243.

Á LA CORONA.

IX.

Coronado está el Esposo,
No de perlas ni zafiros,
Ni de claveles ni flores,
Sino de juncos y espinos.

Su santísimo celebro
Le traspasan atrevidos,
Fruto que nos dió la tierra,
Desde que Dios la maldijo.
Mas lo que causa dolor,
Es ver que se hayan subido
Desde las plantas de Adán
A la cabeza de Cristo.
De zarzas está cercado
Aquel soberano trigo,
Que el espíritu de Dios
Sembró en el campo virgineo.
Entre las espinas verdes,
Para mayor sacrificio,
El cordero de Abrahán
Está esperando el cuchillo.
Ya las damas de Sion
Al rey Salomón han visto
Con el día de sus bodas,
Coronadas de jacintos.
¡Ay, divino Dios de amor!
Cupido santo, escupido
De aquellas infames bocas,
Mas fieras que basiliscos.
Venda os ponen en los ojos,
Que quieren, Rey infinito,
Que seais Jesus vendado.
Pues fuisteis José vendido.
Para daros golpes fieros
Os cubren, porque imagino
Que como sois tan hermoso,
No se atreven sin cubriros.
Los hombres, Señor, os niegan,
Que piensan que sus delitos
No verá, quien siendo Dios,
Ve los pensamientos mismos.
Para daros bofetones
El hombre os hace adivino,
Pues dice que adivineis
Las manos que os han herido.
Yo he sido, dulce Jesus,
Yo he sido, dulce bien mio,
Quien en vos puso las manos
Con mis locos desatinos.
Yo soy por quien os arrancan
Esos cabellos benditos,
Que diérase el cielo por ellos
Todos sus diamantes ricos.
Si viera, dulce Señor,
La Virgen, que cuando niño
Los peinaba y regalaba,
Arrancallos y escupillos,
Mas que cabellos os quitan
Diera tan tiernos suspiros,
Que los ángeles lloraran
Y temblara el cielo impíreo.
Una vez os vió la esposa,
Como las rosas y lirios,
A sus puertas con el alba
Coronada de rocío.
¿Cómo llamaréis ahora
Al alma que está en sus vicios,
Lleno de sangre que corre
Sobre los ojos divinos?
¿Cómo podrá responderos
Ni dejará de seguiros,
Si estais de sangre cubierto,
Porque tiene los piés limpios?
Llorad, alma, que los ojos
Que han de miraros benignos,
Sangriento eclipse padecen
Que en el sol muestra castigo.
Mirad que quieren sacarle,
Y que dice el pueblo á gritos:
Muera Jesus, viva el hombre
Con mil hurtos y homicidios.
No seais tan dura fiera
Que entre tantos enemigos,
Pidais que viva un ladrón,
Y que den la muerte a Cristo.

LOPE DE VEGA.—*Romancero espiritual.*

244.

AL ECCE-HOMO.

X.

El juez mas lisonjero
Que á su príncipe lo ha sido,
Por interés de su gracia
Y por no perder su oficio,
En un balcon de su casa,
Azotado y escupido,
Para que el pueblo le vea,
Puso al inocente Cristo.
Después de noche tan fiera,
Amaneció el sol teñido
De sangre, y en vez de rayos,
Puntas de juncos y espinos.
A las llagas de su cuerpo
Pegado un rojo vestido,
Que también le hicieran rojo
Si fueran blancos armiños.
Veis aquí, les dice, el Hombre,
A quien desde el cielo dijo
Con su voz el Padre Eterno,
Este es mi Hijo querido;
¡Aquí le traigo enmendado!
¡Oh qué extraño desatino!
Enmendar su hijo á Dios,
Tan bueno y tan infinito.—
Quita, quita, le responden
Viejos, mancebos y niños;
Muera, muera muerte infame,
Pues hijo de Dios se hizo.
—¡Ay Jesús, hijo de Dios!
Que este nombre y apellido
No le teneis vos hurtado,
Pues sois igual con Dios mismo.
Virgen santa, decid vos
Lo que el ángel os ha dicho,
Y de Cristo los profetas
Dijeron por tantos siglos,
Y que ese preso azotado
Es aquel que cuando niño
Adoraron los tres Reyes,
Y vos llevasteis á Egipto.
Abonadle, Virgen bella,
Decid que de Dios es hijo;
Que puesto que sois su Madre
Bien valeis para testigo.
Abonada sois, Señora,
Todo el bien de vos nos vino;
Bienaventurada os llaman
Cuanto son, serán y han sido.
Decid vos que es el Cordero
Bautista, aunque sois su primo,
Que quien por verdades muere,
Bien merece ser creído.
Decid, ángeles hermosos:
Este es el mismo que vimos
Nacer, de amor abrasado,
Aunque temblando de frío.
Decid, Pedro, Juan y Diego,
Que á su Padre habeis oído,
Que es su Hijo, en el Tabor,
Si el miedo os deja decillo.
Llegad presto, que dan voces
En aquel falso concilio,
Para que la vida muera,
Que es Dios sin fin ni principio.
¡Ay Virgen! mirad que quitan
A un fiero ladrón los grillos,
Y á Jesús ponen al cuello
La soga de mis delitos.
Páreceme que decís:
Gloria de los ojos míos,
Mas quiere el mundo un ladrón
Que á vos, Cordero divino.
Mientras le dan la sentencia,
Alma, con tristes suspiros,
Decid á su Padre eterno
Que se duela de su Hijo.
Señor, aquí está el esclavo,

Y soy de la muerte digno;
Pero está cerrado el cielo,
No querrá su Padre ó ros.
Y mas que si vos causais
Su muerte, estará ofendido
De que habéis por su inocencia,
Siendo dueño del delito.
Volved á la Virgen santa
Y acompañad su martirio,
Que también mata el dolor
Donde no llega el cuchillo.

LOPE DE VEGA.—Romancero espiritual.

245.

Á NUESTRO SEÑOR CON LA CRUZ Á CUESTAS.

XI.

Cansado iba el buen Jesús,
Su cuerpo va desangrado,
Y su amor mas encendido
Cuanto él mas debilitado.
La cruz de nuestras ofensas
En sus hombros ha cargado;
Pregonan que es malhechor,
Y á todos ha remediado.
¡Oh, qué bien que pastorea
El buen Pastor su ganado,
Llevando sobre sus hombros
Un tan molesto cayado!
Oh, que cae, la cruz á cuestras,
Oh, que queda arrodillado,
Pidiendo á Dios de rodillas
Remedio de mi pecado!
El imperio y mando lleva
Sobre sus hombros cargado,
Por descargo de nosotros
La subjeción del pecado.
Corona de espinas duras
El para sí ha tomado,
Que lleva las blandas rosas
Con que nos ha coronado.

UBEDA.—Cancionero

246.

Á LA CRUZ Á CUESTAS.

XII.

La leña del sacrificio
Lleva en sus hombros Isaac,
Aunque no ha de bajar ángel
A detener á Abraham.
Que el puro manso Jesús,
Que el Bautista en el Jordán
Llamó Cordero de Dios,
Se quiere sacrificar.
El que, entre Moisés y Elías,
Vieron Pedro, Diego y Juan,
En las cumbres del Tabor,
Lleno de luz celestial;
Ese mismo á un monte triste,
No lejos de la ciudad,
Porque piensen que es ladrón,
Entre dos ladrones va.
Un madero al hombro lleva,
Lugar que ha de pisar,
El solo racimo fértil
De aquella vid virginal.
En su delicado cuello
Lleva el príncipe de Paz
De dos pesadas columnas
Su imperio y cetro real.
Al son de trompetas tristes
Pregones injustos dan:
Esta es la justicia, dicen,
Pero no dicen verdad.
Si, esta es la envidia, dijeran

Bien pudieran acertar;
Mas siempre se vale el mundo
De las disculpas de Adán.
Dicen que al César hurtaba
La romana majestad,
Por hacerse rey quien era
Hijo de Dios natural.
Mucho le pesa la cruz,
Los pecados mucho mas;
Con ellos ha dado en tierra,
Que no los puede llevar.
Llevadlos, Jesús querido,
Que si vos no los lleváis,
Esclavos serémos todos
Del tirano Leviatan.
Cayó Cristo, y por la frente
Con el golpe desigual
Se le entraron las espigas
Lo que faltaban de entrar.
Cegó el polvo los ojos,
Si el sol se puede cegar;
La boca llena de sangre
Se estampó en un pedernal.
Suspira el manso Cordero;
Ayuda pidiendo está,
Y á palos, golpes y coces
Le vuelven á levantar.
Como tiraron la sogá,
Volviendo el cuerpo hácia atrás,
Miró al cielo enternecido,
Pero vió sin piedad.
¡Ay, virginales entrañas!
Los pasos apresurados,
Y el angélico decoro
Si le quereis consolar.
Para conocer su rostro
Desfigurado y mortal.
La imagen del Padre Eterno
Con vuestras tocas limpiad.
Abrazadle, Virgen santa,
Porque si vos le abrazais,
Al regalo desos pechos
Consuelo el suyo tendrá.
Mas el descomedimiento
Desa gente desleal
Atropellará furioso
Vuestra santa honestidad.
Mejor es, alma, que vos
Con vuestra cruz le sigais,
Porque quien tras él la lleva
Ese le viene á ayudar.
Que si de vuestros pecados
El peso á la cruz quitais,
Haréis que le pese menos,
Y Cristo camine mas.

LOPE DE VEGA.—*Romancero Espiritual.*

247.

LA PASION.

Á NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO EN LA CRUZ.

XIII.

De amores estaba Cristo
Mal herido y mal llagado,
En una cruz extendido
Por mas mostrar su cuidado:
El ánima se lo dice
De quien está enamorado.
Mira, ánima, lo que digo,
Advierte lo que te hablo:
Si tú, ánima, me amases,
Gozarías mi reinado;
Ángeles y potestades
Te sirvieran muy de grado;
Los mas altos serafines
Con un amor abrasado.
Si lo has por la hermosa
En todo soy acabado.
Tengo la Madre doncella;
Que sobre el poder humano
Ab eterno preservada

De mácula de pecado,
Hermosa como la luna,
Huerto de olores cerrado,
Escogida como el sol
Sobre todo lo criado;
Poderosa en fortaleza,
Como ejército ordenado;
Fuerte ventana en el cielo,
Ciudad de Dios puesta en alto;
Estrella del mar luciente
Para aqueste mar mundano,
Como paloma sin hiel
Y como un cristal cendrado,
Esposa de Dios eterno,
Madre del Verbo encarnado.
Pues si lo has por amores,
De amores estoy llagado;
Mira mis manos abiertas,
Asómate á este costado,
Verás el alma mas linda
Que mi Padre ha fabricado.
De las batallas de amor
Aquesta corona traigo.
Estas palabras diciendo,
Con un suspiro abrasado
Se despide de su Madre
Y de san Joan regalado.
Adios, mi Madre querida,
Adios, discípulo amado,
Adios, fuerte Magdalena,
Adios, caro apostolado.
Solo vos iréis conmigo,
El mi nudoso cayado,
Que para salvar las almas
Tambien me habeis ayudado.

UBEDA.—*Cancionero.*

248.

XIV.

Mal herido Jesucristo,
Se sale de la batalla;
Déjala toda rompida,
Rompida y desbaratada.
Porque le llevó el amor
A morir á una montaña.
La sangre que dél corria
Todo aquel campo bañaba.
Vido á Joan, su amado primo,
Cómo su muerte lloraba,
Tambien á su Madre vido,
Que queria dar el alma;
Con las palabras que dice
Los corazones traspasa.
Dicele, Joan mi querido,
Ya es el fin de la batalla:
Preso queda el enemigo;
La muerte muerta quedaba.
Yo saqué cinco heridas,
Todas el cuerpo me pasan.
Lo que os ruego, primo mio,
Lo postrero que os rogaba,
Que despues que yo sea muerto
Y mi ánima apartada,
Tengais por madre á mi Madre,
Y de vos sea acompañada;
Consoladla de mi parte,
Servidla y reverencialda.

EL MISMO.

249.

XV.

Enfermo está el Rey del cielo
De vivir sin esperanza;
Su herida es amor fuerte
Que al corazon le llegaba;
Y el dolor tan excesivo
Las entrañas le abrasaba.

No sufre ropa su cuerpo,
Una cruz tiene por cama,
Muchas sangrias le han hecho,
Y el calor las aplacaba.
Ambos brazos corren sangre
Que la tierra se bañaba;
Los piés tiene agujereados,
La espalda toda sajada.
Crescia el fuego todavía,
Y fuerte sed le aquejaba.
Viéndose morir de hecho
El buen Rey que nos amaba,
Alzó los ojos al cielo
Enclavado como estaba;
Con un tierno sentimiento
Un grande suspiro daba.
Bien puede faltar la vida,
Pero amor no me faltaba.
Abrióronle el lado enfermo
Con una fuerte lanzada,
Y vierte liberalmente
La sangre que le quedaba.
¡Ay de mí, cuán caro cuesta
A aquel que tanto me amaba!
Recoge, Señor, pues mueres,
En ese seno mi alma;
Dentro en él seami descanso,
En él esté mi esperanza.

UBEDA.—Cancionero.

250.

XVI.

Por el rastro de la sangre
Que Jesucristo dejaba
Va caminando su Madre:
Quiebra el corazón miralla.
Las palabras que decía
Son de mujer lastimada.
¡Ay, Hijo, redemptor dulce!
¿Dónde está tu linda cara?
¿Dónde está tu perfección?
¿Y tu virtud extremada?
Y cuando mira la sangre
Por el suelo derramada,
Acrecienta los suspiros
Con dolor y ansia extraña.
Dicen que va con prisiones
Y con soga á la garganta,
Y como ciervo herido
Que con sed va á buscar agua.
Va la Virgen presurosa
Allá al Calvario, do estaba;
Mas no pudo caminar,
Que el llorar la desmayaba.
¡Oh, quién pudiera, Señora,
Poner su vida y su alma
Para darte algún consuelo,
Aunque de sí la quitara!
Y cuando hubo llegado
Oyó las voces que daban
Los pregoneros delante.
Decían y publicaban
Haber sido malhechor,
Y por tal lo sentenciaban
A que muera en una cruz
Y que la tenga por cama.
Con sus ojos hechos fuentes
Sollozando lamentaba,
Diciéndole: ¡Ay, Hijo mío,
Bien del bien de quien te amaba!
Y tirándola del manto
La gente desatinada.
Está mirando á su Hijo,
Que el alma se le arrancaba,
Que casi no le conoce
La cara desfigurada.
Dícele desta manera
Con la voz llorosa y mansa:
¡Oh Cordero sin mancha!
Oh luz, que das vida al alma!

Oh sumo Señor inmenso,
Oh cordero que quitabas
Los pecados con tu muerte
Del mundo que tanto amabas!
Y estando en la cruz clavado,
Vió á su Madre fatigada,
Y no la pudo hablar
Sino sola una palabra.

UBEDA.—Cancionero.

251.

XVII.

El Hijo de Dios eterno
Desde la cruz, do moría,
De amor ardiente abrasado,
A su amada así decía:
¡Ay, alma mía!
Alma, ven; aunque ofendiste,
Goza de la bondad mía,
Pues abiertos por salvarte
Mis brazos de amor tenía.
Ven al talamo amoroso;
Con ti me desposaría;
Darme has en dote trabajos,
Darte he en arras mi alegría.
¡Ay, que esposo sois de sangre!
El alma le respondía.
Ven, que si yo la derramo,
Tus venas la recibían.
Convidáisme á vuestra muerte:
Yo luego me moriría.
Al dulce morir sin hierro
Ven, alma, que esa es tu vida;
Aquí hallarás descanso
En mi cansancio, y cumplida
Tu vida, que está en mi muerte,
Yo contento en tu venida.
No te espanten tus pecados,
Pues yo tanto padecía.
Si es que á tu Dios ofendiste,
Dios por ti llora y moría.
Tal hijo con un tal padre,
Alma, ¿qué no alcanzaría?

EL MISMO.

252.

XVIII.

Miraba desde la cruz
El Rey soberano un día,
Miraba el mar de pasiones
Cómo en su Madre crecía.
Mira sus lágrimas tristes:
Unas van, otras venían;
Unas salen de sus ojos,
Otras del alma salían.
Miraba su dulce Joan
Cómo lloraba y gemía,
Y á la Magdalena ansiosa
Las lágrimas que hacía.
Mas son las que su Madre hace
Cuanto mas que ella sentía.
Miraba la gran ciudad
Por quien la pasión sufría;
Llorando de los sus ojos
Con grande fuerza, decía:
¡Oh, ciudad, cuánto me cuestas
Por culpa tuya y no mía!
Cuéstasme muchos profetas
Que yo á ti enviado había,
Y otros muchos patriarcas,
De donde yo descendía.
Al gran Baptista, mi primo,
Que por hijo le tenía,
Y otros muchos escogidos,
Por quien por mí cuenta había.
Cuéstasme treinta y tres años,

Sin tener descanso un día.
 Cuéstatme muchos trabajos
 De pena, sin alegría,
 Y al fin, la mi carne santa,
 Que pena no merecía.
 Cuéstatme espinas y azotes,
 Y esta cruz do padecía;
 Sangre, corazon y entrañas
 Y la vida en que vivía,
 Y despues me costarás
 Parte de la Iglesia mia.

UBEDA.—Cancionero.

253.

XIX.

«Moriros quereis, mi Dios,
 Vuestro Padre el alma os haya;
 Mandasies las vuestras tierras
 A quien bien os agradara.
 Al ladron distes la gloria,
 Esta fué la primer manda,
 Y heredero le hecistes
 De vuestra gloria sagrada.
 Y á san Juan, vuestro querido,
 Dejastes la Madre santa;
 Distes la vista á Longinos,
 Ese que os dió la lanzada,
 Y á mi, porque soy mujer,
 No me encomendaste nada.»
 El Señor vuelve los ojos
 Para conocer quién habla,
 Y conocido, responde
 Con cara amorosa y mansa,
 Antes que á su Padre Eterno
 Hobiese entregado el alma:
 «Calles, calles, Magdalena,
 Y no digas tal palabra,
 Que allá en mi resurreccion
 No te tengo yo olvidada;
 Que tú serás la primera
 Que verás resuscitada
 Esta mi carne sangrienta,
 Con la pasion afeada,
 Toda transformada en gloria
 Sobre toda orden humana;
 Y para mas gloria tuya
 Serás allí confirmada
 En la fe santa y divina,
 Como de mi tan amada;
 Que ansi como en los dolores
 Has sido la apasionada,
 En el gusto y alegría
 Has de ser aventajada.
 Y el cómo y de qué manera
 Se ha de ver verificada
 Esta obra milagrosa,
 A ninguno es revelada,
 Sino es á mi Padre solo,
 Que le es manifiesta y clara,
 O á quien por su bondad
 Le pluguiere demostrarla.»
 Y diciendo estas razones,
 En voz temerosa y alta,
 Dijo: Consumado es todo
 Lo que de mi dicho estaba;
 Y con voz muy dolorosa
 Desta suerte al Padre habla:
 «Amoroso eterno Padre,
 A ti encomiendo mi alma,
 Y en tus manos la recibe
 «Tú que quisiste ampararla.

EL MISMO.

254.

XX.

En un monte alto y fragoso,
 Viérnes, cuando anocheceia,
 Vi un muerto tan desangrado,
 Que todo el campo tenía.
 En su triste muerte fueran
 Aun los de su compañía,
 Porque, con ser inocente,
 Reciamente padescia,
 Y para matar al justo
 Todo el pueblo se movía.
 Su triste Madre llorando,
 Sobre el cuerpo se tendia;
 Ya se desmaya sobre él,
 Ya revive, ya sospira;
 Con sollozos y sospiros
 Toda turbada le mira.
 Ve turbada la figura
 Del que antes resplandecia;
 Contempla el rostro cubierto
 De sudor vivo y saliva.
 Sale denegrido y lleno
 De sangre cuajada y fria.
 Ve la cabeza abollada
 De los golpes que tenía,
 Y la corona sangrienta
 Por la cabeza metida,
 Las llagas y cardenales
 Que el cuerpo todo tenían.
 Ve las espaldas abiertas;
 Por allí los huesos vía;
 Mira la cruel lanzada
 Que el corazon descubria.
 Ve las venas agotadas,
 La cruz con sangre teñida.
 Con vistas tan dolorosas
 La Virgen triste decia:
 ¿Quién os ha parado tal,
 Hijo, en este santo día?
 Padesciera yo por vos,
 Fuera yo por vos vendida;
 Pero ya que vos sois muerto,
 ¿Por qué me dejastes viva?
 Por qué os vais, Hijo, sin mí,
 Pues yo con vos padescia?
 ¿Cómo vivirá sin vos
 La que antes con vos vivia?

UBEDA.—Cancionero.

255.

Á LA MUERTE DE CRISTO, NUESTRO SALVADOR.

XXI.

En el árbol de la cruz
 Estaba Cristo pendiente,
 Y el cielo, el mar y la tierra
 Cada cual su muerte siente.
 Tiene su cuerpo sagrado
 Hecho de sangre una fuente,
 Con la cual fué redimida
 La misera y pobre gente.
 Culpas ajenas pagaba
 Aquel Cordero inocente,
 Que fué por salvar al hombre
 Hasta morir obediente.
 En madero fué la ofensa
 De nuestro primer pariente,
 Y en madero la redime
 El que es todo omnipotente.
 Mirandole está su Madre
 Y llorando amargamente,
 Y el sagrado Evangelista,
 Que tambien está presente.
 Consolando el desconsuelo
 De aquel dolor tan urgente,
 Que vida en ninguno dellos
 Ni permite ni consiente.

La naturaleza humana
 Fué al morir correspondiente,
 Que puesto que allí Dios hombre
 Con divino amor ardiente
 Estuviese padeciendo
 Por el hombre delincuente,
 En cuanto hombre padecía,
 Que en cuanto Dios no es paciente.
 Por el divino costado
 Tiene el corazón patente,
 Y de allí sangre divina
 Con soberana corriente
 Sale lavando la culpa
 De su siervo inobediente.
 Y al tiempo que ya espiraba
 Con el mortal accidente,
 Los rayos del sol perdieron
 Su lumbré resplandeciente.
 Las piedras uñas con otras
 Combaten áspicamente;
 Muriendo el Sol de justicia,
 No quedó cosa viviente
 Que no mostrase dolor
 Lo sensible y que no siente.
 Cesó la ley de Escritura
 Celebrada antiguamente,
 La de gracia comenzando
 Tan suave y apaciente.
 Quedó el hombre desde allí
 De nuevo convallescente,
 Capaz de merecer gloria
 Si viviere justamente.

FRAY PEDRO DE PADILLA. — *Jardín Espiritual*.

256.

XXII.

Tierra y cielo se quejaba,
 El sol triste se escondía,
 La mar sañosa bramando
 Sus ondas turbias volvia
 Cuando el Redentor del mundo
 En la cruz puesto moría.
 Palabras dignas de lloro
 Son aquestas que decía:
 «Yo, Señor, en las tus manos
 Encomiendo el alma mía.»
 ¡Oh mancilla inestimable!
 Oh dolor sin compañía,
 Que el Criador no criado
 Criatura se hacía
 Por salvar aquellos mismos
 De quien muerte recibía!
 ¡Oh Madre excelente suya,
 Sagrada Virgen María!
 Vos sola desconsolada,
 Estabais sin alegría.

ANÓNIMO. — *Cancionero general* (de Castillo). — Valencia, 1511, fol. 14. incluido al núm. 8, t. 1 de la *Floresta de rimas antiguas castellanas*, ordenada por don Juan Nicolás Bohl de Faber, de la Real Academia Española, impreso en Hamburgo en 1821, en 4.º

257.

A LA MUERTE DE NUESTRO REDENTOR.

XXIII.

En los mas altos confines
 De aquel acerbo madero
 Padecía el Soberano
 Culpas del padre primero,
 Do fueron todas lavadas
 En la sangre del Cordero:
 Presente la triste Madre
 Hasta lo mas postrimero,

Y el que le fué dado su hijo
 En cambio del heredero,
 Y la que fué perdonada
 De Jesu tan lisonjero:
 Los clamores que explicaba
 Aplacaban al mas fiero;
 Las palabras eran tales
 Cual aquí las refiero:
 «¡Oh piadosa virtud!
 »Hijo de Dios verdadero;
 »Todo vos veo trocado
 »En aspecto de extranjero;
 »Vuestro vulto glorioso
 »No aquel cual de primero,
 »Ni el color rubicundo
 »Como fulgor de lucero;
 »Y ese cuerpo delicado
 »De tierna carne entero,
 »Todo lo veo fuscado
 »Como de un pobre romero;
 »En lo alto del tormento
 »De ladrones aparvero,
 »De pinturas sanguinosas
 »Ocupado todo el cuero;
 »Vuestros sacros piés y manos
 »Puestos en clavos de acero,
 »En vuestra santa cabeza
 »Guirlanda de nuevo fuero,
 »Con setenta y dos merletes
 »No de flores de rosero,
 »Mas de agujas inventadas
 »De algun cruel carnicero.»
 Los arroyos de la sangre
 Arroyaban el terrero,
 Do la santa cruz estaba
 Acuña en el otero.
 En estas penalidades
 Espiró el Mesías vero,
 Y así quisiera la Madre
 Por llevar tal compañero,
 Sino por el esperanza
 Y fe del día tercero.

MOSEN TALLANTE. — *Cancionero general* (de Castillo). — Valencia, 1511, fol. 5, incluido al núm. 13 en dicha *Floresta de rimas antiguas castellanas*, t. 1 del citado señor Bohl de Faber.

258.

XXIV.

¡Inmenso Dios perdurable!
 Que el mundo todo criaste
 Verdadero,
 Y con amor entrañable
 Por nosotros espiraste
 En el madero;
 Pues te plugo tal pasión
 Por nuestras culpas sufrir,
 ¡Oh, Agnus Dei!
 Llévanos do está el ladrón
 Que salvaste, por decir
 Memento mei!

DEL MISMO TALLANTE. — Inlcuido al núm. 12 de dicha *Floresta* del señor Bohl de Faber.

259.

AL PONER A CRISTO EN LA CRUZ.

XXV.

En tanto que el hoyo cavan,
 Adonde la cruz asienten
 En que al Cordero levantan
 Figurado por la sierpe.
 Aquella ropa inconsutil
 Que de Nazareth ausente
 Labró la hermosa María
 Despues de su parto alegre,
 De sus delicadas carnes.

Quitán con manos alevés
 Los camareros que tuvo
 Cristo al tiempo de su muerte.
 No bajan á desnudarle
 Los espíritus celestes,
 Sino soldados que luego
 Sobre su ropa echen suertes.
 Quitáronle la corona,
 Y abriéronse tantas fuentes,
 Que todo el cuerpo divino
 Cubre la sangre que vierten.
 Al despegarle la ropa
 Las heridas reverdecen:
 Pedazos de carne y sangre
 Salieron entre los pliegues.
 Alma pegada en tus vicios,
 Si no puedes ó no quieres
 Despegarte en tus costumbres,
 Piensa en esta ropa, y puede.
 A la sangrienta cabeza
 La dura corona vuelven;
 Que para mayor dolor
 Le coronaron dos veces.
 Asíó la soga un soldado,
 Tirando á Cristo de suerte,
 Que donde va por su gusto
 Quiere que por fuerza llegue.
 Dió Cristo en la cruz de ojos,
 Arrojado de la gente,
 Que primero que la abraza
 Quieren que también la bese.
 ¡Qué cama os está esperando,
 Mi Jesús, bien de mis bienes,
 Para que el cuerpo cansado
 Siquiera á morir se acuete!
 ¡Oh qué almohada de rosas
 Las espinas os prometen!
 ¡Qué corredores dorados
 Los duros clavos crueles!
 Dormid en ella, mi amor,
 Para que el hombre despierte,
 Aunque mas dura se os haga
 Que en Belén entre la nieve.
 Que, en fin, aquella tendría
 Abrigo entre las paredes,
 Las tocas de vuestra Madre
 Y el bano de aquellos bueyes.
 ¡Qué vergüenza le daría
 Al Cordero santo en verso,
 Siendo tan honesto y casto,
 Desnudo entre tanta gente!
 ¡Ay, divina Madre suya!
 Si ahora llegais á verle
 En tan miserable estado,
 ¿Quién ha de haber que os consuele?
 Mirad, Reina de los cielos,
 Si el mismo Señor es este,
 Cuyas carnes parecían
 Azucenas y claveles.
 Mas ¡ay, Madre de piedad,
 Que sobre la cruz le tienden
 Para tomar la medida
 Por donde los clavos entren!
 ¡Oh terrible desatino!
 Medir al lumenso quíeren;
 Pero bien cabrá en la cruz
 El que cupo en el pesebre.
 Ya Jesús está de espaldas,
 Y tantas penas padece,
 Que con ser la cruz tan dura,
 Ya por descanso la tiene.
 Alma de pórvido y mármol,
 Mientras en tus vicios duermes,
 Dura cama tiene Cristo:
 No te despierte la muerte.

LOPE DE VEGA.—*Romancero Espiritual.*

Vuestro Esposo está en la cama:
 Alma, siendo vos la enferma,
 Partamos á visitarle,
 Que dulcemente se queja.
 En la cruz está Jesús,
 Adonde dormir espera
 El postrer sueño por vos:
 Bien será que estéis despierta.
 Llegad, y miradle echado,
 Esfugadle la cabeza,
 Que el rocío desta noche
 Le ha dado sangre por perlas.
 Mas ¿cómo podría dormir?
 Que ya la mano siniestra
 La clava un fiero verdugo:
 Nervios y ternillas suenan.
 Poned, alma, el corazón,
 Si llegar á Cristo os dejan,
 Entre la cruz y la mano,
 Porque os la claven con ella.
 Mas ¡ay Dios! que ya le tiran
 De la mano, que no llega
 Al barreno, que en la cruz
 Hicieron las suyas fieras.
 Con una soga doblada
 Atan la mano derecha
 Del que á desatar venía
 Tantos esclavos con ella.
 De su delicado brazo
 Tiran todos con tal fuerza,
 Que todas las coyunturas
 Le desencajan y quiebran.
 Alma, lleguemos ahora
 En coyuntura tan buena,
 Que no la hallaréis mejor.
 Aunque está Cristo sin ellas.
 Ya clavan la diestra mano
 Haciendo tal resistencia
 El hierro, entrando el martillo,
 Que parece que le pesa.
 Los pies divinos traspasan,
 Y cuando el verdugo yerra
 De dar en el clavo el golpe,
 En la santa carne acierta.
 Hasta los pies y las manos
 De Jesús los clavos entran,
 Pero á la Virgen María
 Las entrañas le atraviesan.
 No dan golpes los martillos
 Que en las entrañas no sean
 De quien fué la carne y sangre
 Que vierten y que atormentan.
 A Cristo en la cruz enclavan
 Con puntas de hierro fieras,
 Y á María crucifican
 La alma con clavos de penas.
 Al levantar con mil gritos
 La soberana bandera
 Con el Cordero por armas,
 Imágen de su inocencia,
 Cayó la viga en el hoyo,
 Y antes de tocar la tierra,
 Desgarrándose las manos,
 Dió en el pecho la cabeza.
 Salió de golpe la sangre
 Dando color á las piedras,
 Que pues no la tiene el hombre,
 Bien es que tenga vergüenza.
 Abriéronse muchas llagas,
 Que del aire estaban secas,
 Y el inocente Jesús
 De dolor los ojos cierra.
 Pusieronle á los dos lados
 Dos ladrones por afrenta:
 Que á tanto llega su envidia,
 Que quieren que lo parezca.
 Poned los ojos en Cristo,

Alma, este tiempo que os queda,
Y con la virgen Maria
Estad á su muerte atenta.
Decidle: Dulce Jesus,
Vuestra cruz mi gloria sea.
Animo, á morir, Señor,
Para darme gloria eterna.

LOPE DE VEGA.—*Romancero Espiritual.*

261.

A CRISTO EN LA CRUZ.

XXVII.

¿Quién es aquel caballero,
Herido por tantas partes,
Que está de espirar muy cerca
Y no le socorre nadie?
Jesus Nazareno dice
Aquel rótulo notable:
¡Ay, Dios, que tan dulce nombre
No promete muerte infame!
Después del reino y la patria,
Rey dice mas adelante;
Pues si es rey, ¿cuándo de espinas
Han usado coronarse?
Dos cetros tiene en las manos,
Mas nunca he visto que claven
A los reyes con los cetros
Los vasallos desleales.
Unos dicen que si es rey,
De la cruz descienda y baje;
Y otros, que salvando á muchos,
A si no puede salvarse.
De luto se cubre el cielo
Y el sol de sangriento esmalte;
O padece Dios, ó el mundo
Se disuelve y se deshace.
Al pié de la cruz Maria
Está en dolor tan constante
Mirando al Sol, que se pone
Entre arreboles de sangre.
Con ella su amado primo
Haciendo sus ojos mares,
Cristo los pone en los dos
Mas tierno porque se parte.
¡Oh lo que sienten los tres!
Juan, como primo y amante,
Como Madre la de Dios,
Y lo que Dios, Dios lo sabe.
Alma, mirad cómo Cristo
Para partirse á su Padre.
Viendo que á su Madre deja,
Le dice palabras tales:
Mujer, veis ahí á tu Hijo;
Y á Juan, ves ahí á tu madre.»
Juan queda en lugar de Cristo.
¡Ay Dios, qué favor tan grande!
Viendo pues, Jesus, que todo
Ya comenzaba á acabarse,
«Sed tengo», dijo; que tiene
Sed de que el hombre se salve.
Corrió un hombre y puso luego
A sus labios celestiales,
En una caña, una esponja
Llena de hiel y vinagre.
En la boca de Jesus
Pones hiel, hombre; ¿qué haces?
Mira que por ese cielo
De Dios las palabras salen.
Advierte que en ella puso,
Con sus pechos virginales,
Una ave su blanca leche,
A cuya dulzura sabe.
Alma, sus labios divinos
Cuando vamos á rogarle,
¿Cómo con vinagre y hiel
Darán respuesta suave?
Llegad a la Virgen bella
Y decidle con el Angel:
Ave, quitad su amargura,

Pues que de gracia sois ave:
Sepa al vientre el fruto santo,
Y á la dulce palma el dátil;
Si tiene el alma á la puerta
No tengan hiel los umbrales.
Y si dais leche á Bernardo,
Porque de madre os alabe,
Mejor Jesus la merece,
Pues Madre de Dios os hace.
Dulcísimo Jesus mio,
Aunque esos labios se bañen
En hiel de mis graves culpas,
Dios sois, como Dios habladme.
Habladme, dulce Jesus,
Antes que la lengua os falte,
No os descendan de la cruz
Sin hablarme y perdonarme.

LOPE DE VEGA.—*Romancero Espiritual.*

262.

AL BUEN LADRON.

XXVIII.

Angeles que estais de guarda
En los presidios eternos,
Al arma, al arma, á la puerta,
Que quieren robar el cielo.
Qué importa que de diamantes
Os viese Juan, muros bellos,
Que estando Cristo clavado,
¿Cómo podrá defenderlos?
Si Cristo santo es la puerta,
Ya se la rompen tres hierros,
Cuyas llaves sangre bañan
Porque den vuelta mas presto.
Acechando está un ladron
Por los mismos agujeros,
Si á la casa del tesoro
De Dios puede dar un tiento.
Como de su Eterno Padre
Es el escritorio el Verbo,
Adonde guarda sus joyas
Ganñas de fe le ha puesto.
Por las paredes humanas,
Que hizo de Dios el dedo,
En el vientre de Maria
Escalas pone á su pecho.
Por la humanidad de Cristo
Entra á Dios el ladron diestro,
Porque llegando con fe,
Dicen que no es sacrilegio.
Robar quieren la custodia
De su mayor sacramento;
Con ver la hostia en el cáliz
Y el cáliz de sangre lleno.
Mas no lleno, aunque parece
Que todo él se está vertiendo,
Que anda revuelta la casa
Como ya se muda el dueño.
¿Qué mucho que anden ladrones
Si ha de ser, Cristo muriendo,
Ganancia de pescadores
Andar el rio revuelto?
Como se abraza la casa
Y dice Dios, fuego, fuego,
Todas las joyas arroja
Por las ventanas del Verbo.
No le defiende Maria,
Que tambien su pecho tierno
Está clavado en Jesus,
Aunque se le arranque el pecho.
Como se le muere un hijo
No tiene á la hacienda duelo,
Que desde que le parió
Le cuesta tantos tormentos.
Tampoco Juan le defiende,
Que quien se durmió en su pecho,
Mal podrá guardar tesoros
Que mal se guardan durmiendo.
Pero ya el Ladron famoso,
Como otros muchos han hecho,

Quiere acabar predicando
Al que está con él diciendo :
«Este padece sin culpa,
Y culpados padecemos;
Jesus, hijo de David,
De mi te acuerda en tu reino.—
Conmigo, responde Cristo,
Estarás hoy, te prometo.»
Que como ve que se parte,
Hace barato del cielo.
Alma, llegad á la cruz
Que está todo Cristo abierto,
Liberal y manioto,
Como se le acaba el tiempo.
No os quedeis por vuestra culpa
Sin los tesoros inmensos :
Dios lleva un ladrón consigo ;
Mirad cuál anda el deseo.
Como todos le han dejado
No se espante el mundo desto ,
Que hacer caso de ladrones
Es á falta de hombres buenos.
Agora que el cielo roban,
Es buena ocasión, entremos,
Que podrá ser que despues
Le pongan candados nuevos.

LOPE DE VEGA. — *Romancero Espiritual.*

265.

Á LA MUERTE DE CRISTO.

XXIX.

La tarde se oscurecía
Entre la una y las dos,
Que viendo que el Sol se muere
Se vistió de luto el sol.
Tinieblas cubren los aires,
Las piedras de dos en dos
Se rompen unas con otras,
Y el pecho del hombre no.
No cesan los serafines
De llorar con tal dolor,
Que los cielos y la tierra
Conocen que muere Dios.
Cuando Cristo está en la cruz
Diciendo al Padre : Señor,
¿ Por qué me has desamparado ?
¿ Ay Dios, qué tierna razón !
¿ Qué sentiría su madre
Cuando tal palabra oyó,
Viendo que su hijo dice,
Que Dios le desamparó ?
No lloreis, Virgen piadosa,
Que aunque se va vuestro amor,
Antes que pasen tres días
Volverá á verse con vos.
Pero como las entrañas
Que nueve meses vivió,
Verán que corta la muerte
Fruto de tal bendición,
« ¡ Ay hijo ! la Virgen dice :
¿ Qué madre vió como yo
Tantas espadas sangrientas
Traspasar tu corazón !
¿ Dónde está vuestra hermosura ?
¿ Quién los ojos eclipsó,
Donde se miraba el cielo
Como de su mismo autor ? »
Partamos, dulce Jesus,
El cáliz de esta pasión,
Que vos le bebedis de sangre
Y yo de pena y dolor.
« ¿ De qué me sirvió guardaros
De aquel rey que os persiguió,
Si al fin os quitan la vida
Vuestros enemigos hoy ? »
Esto diciendo la Virgen,
Cristo el espíritu dió.
Alma, si no sois de piedra,
Llorad, pues la culpa sois.

EL MISMO.

264.

Á LA ESPIRACION DE CRISTO.

XXX.

Desamparado de Dios,
Del hombre puesto en un palo,
El alma tiene Jesus
En sus santísimos labios.
A su eterno Padre mira
Abriendo los ojos santos,
Que ya cerraba la muerte
Atrevida al velo humano.
Con voz poderosa dice
(Cielos y tierra temblando),
« Mi espíritu, Padre mío,
Pongo en tus sagradas manos. »
Abajando la cabeza
Sobre el pecho quebrantado,
A la muerte dió licencia
Para que flechase el arco.
Espiró el dulce Jesus,
Y del sangriento holocausto
Sale aquella alma obediente
Dejando el cuerpo entre clavos.
Desnudo y muerto sin honra
Mira el Padre soberano
A su dulcísimo Hijo
Por un miserable esclavo.
No manda que de la cruz
Los espíritus alados
Le desprendan y le entierren
En urnas de jaspe y mármol ;
Manda al sol que se retire,
Y él lo hiciera sin mandarlo,
Por no ver desnudo á Cristo
Hecho á tormentos pedazos.
Manda que se vistan luto
Los celestes cortesanos,
Y que se apaguen las luces
De estrellas, planetas y astros ;
Que la tierra y mar se turben,
Y que los hombres ingratos
Sepan que ha muerto por ellos
Un hijo que quiere tanto.
Rompióse el velo del templo,
Cayeron los montes altos,
Abriéronse los sepulcros,
Y hasta las piedras hablaron.
Mas llamando encantamientos
El pueblo tales milagros,
Quebrarle quieren los huesos
Que solo quedaban sanos.
Y como le hallaron muerto
Por ir seguro un soldado,
Puso la lanza en el ristre
Arremetiendo el caballo.
Y abrió por el santo pecho
Tal herida á Cristo santo,
Que se le vió el corazón
Como buen enamorado.
El corazón que los hombres
Vieron en obras tan claro,
Quiso que también se viese
Dar agua, de sangre falto.
Alma, á la virgen Maria
Considera en este paso,
Pues la traspasa el dolor,
Si á Cristo el hierro inhumano.
¿ Que quereis á un hombre muerto ?
Le diría el lirio casto ;
Mas bien haceis, pues yo vivo,
Que soy de Cristo retrato.
Ya del nuevo Adán dormido,
Y de su abierto costado,
Sale la Iglesia, su esposa ;
Para en uno son entrambos.
Ya salen los sacramentos,
Ya el bautismo y el pan santo,
Que como es horno de amor,
Sale el pan Dios abrasado.
En la ventana del cielo

Ha quitado Dios el marco,
Para que vean los hombres
Que no tiene mas que darlos.
Pues, dulcísimo Jesus,
Si despues de piés y manos
Tambien dais el corazon,
Quién podrá el suyo negaros?

LOPE DE VEGA. — *Romancero Espiritual*.

265.

AL BAJAR DE LA CRUZ.

XXXI.

Las entrañas de Maria
Con nuevo dolor traspasan
Los martillos que á Jesus
De la alta cruz desenclavan.
¿Quién dijera, dulces prendas,
Para tanto bien halladas,
Que para alcanzar el cielo,
Hubiera en la tierra escalas?
Mas ¿qué mucho que la alcancen
A la cruz santa animadas,
Ni que hecho pedazos venga
Si el cielo á la tierra baja?
Ya no cae sangre de él,
Porque si alguna quedara,
Otra lanzada le dieran;
Mas fué desengaño el agua.
Junto al sangriento cabello,
Formando una esponja helada,
Devanando en las espigas
Aquella madeja santa,
Los clavos baja á la Virgen
Nicodemus, porque vayan
Desde el cuerpo de su hijo
A crucificar el alma.
Con trabajo y con dolor,
José la corona saca,
Por estar en la cabeza
Por tantas partes clavada.
A la Virgen la presenta,
Que las azucenas blancas
De sus manos vuelve rosas,
Y de su sangre las baña.
Ningun martirio de Cristo,
Sino es la corona sacra,
Tocó en el cuerpo á la Virgen,
Pues la hirió para tomarla.
Sacan sangre las espigas
A sus manos delicadas,
Que junta con la de Cristo,
Para mil mundos bastara.
Y aunque del Hijo una gota
Para muchos mas sobraba,
Parece que aqui la Virgen
Con deseos le acompaña.
Tambien le pone en la boca,
Porque á su esposo le agrada
Que sea lirio entre espigas
La que fué venda de grana.
Ahora, hermosa Maria,
Pareceis la verde zarza,
Que aunque el fuego os bajan muerto,
Bien arden vuestras entrañas.
Recíidle, gran Señora,
Que de la sangrienta cama,
Juan, Magdalena y José,
A vuestros brazos le pasan.
En ellos estuvo el Niño
Haciendo y diciendo gracias,
Las de su padre tenia,
Que fué su misma palabra.
Tomad estas manos frias,
Y diréis, viendo las palmas,
¿Qué hombre tan manirote!
No es mucho, si reinos daba.
Tomad los piés, y veréis
Qué bien el mundo le paga,

R. y C. S.

Treinta y tres años que anduvo
Solicitando su causa.
Poned en vuestro regazo
La cabeza soberana,
Y veréis que vuestro esposo
Ya no os alegra y regala.
Y si el costado mirais,
Y aquella profunda llaga,
Dios os dé paciencia, Virgen,
Porque consuelo no basta.
Alma, por quien Dios ha muerto,
Y muerte de tanta infamia,
Mira á tu Madre divina,
Y dile con tiernas ansias:
«Desnudo, roto y difunto,
Os lo vuelven, Virgen santa,
Naciendo, os faltaron paños,
Muriendo, mortaja os falta.»
Pidámosla de limosna,
O entérrele en pobres andas
La santa misericordia,
Pues ella misma le mata.

LOPE DE VEGA. — *Romancero Espiritual*.

266.

AL ENTIERRO DE CRISTO.

XXXII.

A los brazos de Maria,
Y á su divino regazo,
Vienen á quitarle á Cristo
Los que á la cruz le quitaron.
Porque en entrambos fué cierto
Que estuvo crucificado,
En Maria con dolores,
Y en la cruz con fuertes clavos.
Sus camas fueron las dos,
Al oriente y al ocaso,
La una para la muerte,
Y la otra para el parto.
Hincáronse de rodillas
Los venerables ancianos,
A la Madre muerta en Cristo,
Y á Cristo muerto en sus brazos.
«Dadnos, le dicen, Señora,
Dadnos el difunto santo,
Que en la tierra ni en el cielo
Hay ojos para mirarlo.
Dádnosle, pues nos le disteis,
Que queremos enterrarlo,
Para que diga la tierra
Que tuvo al cielo enterrado.
Y porque sepan los hombres
Que estuvo el cielo tan bajo,
Que ya pueden si ellos quieren
Alcanzarle con las manos.—
Tomad, responde Maria,
Madre suya y mar de llanto,
El cuerpo que entre los hombres
Pasó mayores trabajos.
Escondedle en el sepulcro,
Porque le persiguen tantos,
Que aun allí no está seguro
De que vuelvan á buscarlo.
Nueve meses solamente
Que estuvo en mi virgen claustro,
De la envidia de los hombres
Le pude tener guardado.
Que el Bautista que le vió
Lo dijo con sobresaltos,
Y en voz expresa despues
Pasados treinta y dos años.
Tomad y enterradle, amigos:
Las piedras sabrán guardarlo
Mejor que el pecho del hombre
Que le vendió como ingrato.»
Mientras para su mortaja
La Virgen está rasgando
Las telas del corazon,

Velo de su templo casto.
Cielo y tierra previnieron
El triste entierro enlutado:
La tierra los edificios,
Y el cielo los aires claros.
Todas las hachas del cielo
Iban delante alumbrando,
Pero el luto de la tierra
No dejaba ver sus rayos.
Sol y luna sangre vistien,
Porque el cielo en tanto agravio
Mostró sangre en sus dos ojos,
Para señal de vengarlos.
Levantándose los muertos
De sus sepulcros helados,
Que como entierran la vida,
La que quisieron tomaron.
Las cajas fueron las piedras
Unas con otras sonando,
Que era Cristo capitan,
Y con cajas lo enterraron.
Hízose el velo del templo,
No sin causa, dos pedazos,
Para que hubiese bandera
Que llevasen arrastrando.
No vinieron sacerdotes,
Aunque estaban consagrados,
Que siendo Dios el difunto,
No eran menester sufragios.
El se llevaba la ofrenda,
Pan y vino soberano,
La misa y el sacrificio
Que él consumió espirando.
Iba su Madre detrás,
Y un mozo, su primo-hermano,
Que se le dejó por hijo
En su testamento santo.
Llegaron con el difunto,
Y la ballena del mármol
Recibió, para tres días,
Aquel Jonás sacrosanto.
¡Alma! la Virgen se vuelve,
A acompañarla volvamos,
Pues con ella volveremos
A verle resucitado.

LOPE DE VEGA. — *Romancero Espiritual.*

267.

A LA SOLEDAD DE NUESTRA SEÑORA.

XXXIII.

Sin Esposo, porque estaba
José de la muerte preso;
Sin Padre, porque se esconde;
Sin Hijo, porque está muerto;
Sin luz, porque llora el sol;
Sin voz, porque muere el Verbo;
Sin alma, ausente la suya;
Sin cuerpo, enterrado el cuerpo;
Sin tierra, que todo es sangre;
Sin aire, que todo es fuego;
Sin fuego, que todo es agua;
Sin agua, que todo es yelo;
Con la mayor soledad
Que humanos pechos se vieron,
Pechos que hubiesen criado,
Aunque virginales pechos,
A la cruz, de quien pendía
Un rojo y sangriento lienzo,
Con que bajó de sus brazos
Cristo sin alma, y Dios muerto,
La Sola del Sol difunto
Dice, con divino esfuerzo,
Estas quejas lastimosas
Y estos piadosos requiebros:
«¡Oh, retrato victorioso,
Donde el Capitan Eterno,
Por dar á los hombres vida
Venció la muerte muriendo!

Oh, escala de otro Jacob,
Mas con tres pasos de hierro,
Tan alta, que por subirla
Piés y manos puso en ellos!
Oh, caja de mis cuchillos!
Oh, mesa en que estuvo puesto
Aquel soberano Pan
Atravesado en el leño!
Pues solos nos han dejado,
Yo sin Hijo y vos sin dueño,
Consolémonos los dos,
Pues los dos nos parecemos.
Hízome Dios cruz divina
Para nacer de mi pecho,
Y á vos por mayor favor
Para morir en el vuestro.
Pues como á Dios os adoran
Ángeles, hombres y cielos,
Morir en vos fué lo mas,
Y nacer de mi lo menos.
Mas merecen vuestros brazos
Las horas que le tuvieron,
Que los años que los míos
Le dieron dulce sustento.
Madre suya parecéis
En darle al mundo aunque muerto;
Pero daisle mil dolores,
Y yo le parí sin ellos.
Leona sois en el parto,
Aunque yo os le di Cordero,
Mas pues que blanco os le di,
¿Por qué me le dais sangriento?
Cuando mi parto no os vi,
Y vos me veis en el vuestro,
Aunque pues fué sobre tablas,
Bien puede pensar maderos.
Bien me llamaron Maria
Por la amargura que tengo,
O porque vos, nave santa,
Habeis pasado mi estrecho.
Pero puesto que soy mar,
Tanta ventaja os confieso,
Que desde que fuisteis fuente
En vuestras aguas me anego.
Fué del Espíritu Santo
Mi virgen vientre cubierto,
Para que estando á su sombra
Sufriese el Sol tan inmenso.
Y aquí á la sombra de un árbol
Vivo de mi Sol tan lejos,
Que con ser del cielo gloria
Amanece en el infierno.
Huerto me llamó mi esposo,
Mas no pensé que mi huerto
Hubiera un árbol tan fuerte
Que tuviera á Dios en peso.
Aquel fruto soberano
Fué de mi vientre primero;
Nació como trigo en pajas;
Racimo me le habeis hecho.
¡Oh, dulce leña de Isaac,
Llevada en hombros mas tiernos!
Dadme esa estampa de sangre,
Pues que no me dais el cuerpo!»
Dijo la Virgen Maria,
Y dándole dulces besos,
Dió rosas y tomó rosas
La zarza verde en el fuego.
Corazon de piedra dura,
Quedad llorando deshecho,
Que la muerte de Dios Hombre
Las piedras parte por medio.

LOPE DE VEGA. — *Romancero Espiritual.*

268.

EL ALMA, A CRISTO NUESTRO SEÑOR EN LA CRUZ.

Entre estas cinco llagas,
Oh Cristo soberano,
Y al son de sus corrientes
Comenzaré mi llanto:
¿Cómo estais de esa suerte,
Decid, Cordero casto,
Pues, naciendo tan limpio,
De sangre estais bañado?
La piel divina os quitan
Las sacrilegas manos,
No digo de los hombres,
Pues fueron mis pecados.
Aquella blanca Niña
Tan virgen en el parto
Como antes y despues,
Mas pura que el sol claro,
Parió vuestra hermosura
De solos catorce años,
En un pesebre humilde
Como a cordero manso.
Y desde el mismo día
Siempre os está mirando
Vertiendo por el hombre
La sangre que os ha dado.
Jesús, de María
Cordero santo,
Pues miro vuestra sangre,
Mirad mi llanto.
Bien sé, Pastor Divino,
Que estais subido en alto
Para llamar con silbos
Tan perdido ganado.
Ya os oigo, Pastor mio,
Ya voy a vuestro pasto,
Que como vos os dais
Ningun pastor se ha dado.
Pelicano amoroso,
Con sangre estais llamando,
Que corre á toda prisa
De piés, costado y manos.
Esclava vuestra soy,
Ponedme vuestros clavos,
Quitadlos, vida mia,
Descansaréis los brazos.
¡Ay de los que se visten
De telas y brocados,
Estando vos desnudo
En un desierto campo!
Ay de aquellos que comen
Manjares delicados,
Porque la fénix sola
Se escapa de su plato!
Ay de aquellos que beben
En cristales nevados
Vinos de aromas llenos,
Gustosos y preciados,
Cuando hiel y vinagre
Les ponen por regalo
En una amarga esponja
A vuestros dulces labios!
Ay de aquellos que ponen
En plática de manos
Las sangrientas venganzas
De injurias y de agravios,
Estando vos, Dios mio,
Al Padre Soberano,
Por vuestros enemigos
Con dulce voz rogando.
Jesús, de María
Cordero santo, etc.
¿Qué piedra ó bronce duro,
Qué acero, jaspé ó mármol,
Qué basilisco fiero
Os puede estar mirando,
Sin destilar el alma
Por los ojos turbados
Como quien es la culpa
En amoroso llanto?
¡Tenedme, Señor mio,

Mirad que me desmayo!
¡Mas, ay, que estás asido
Con esos fuertes clavos!
Nadie tendrá disculpa
Diciendo que cerrado
Hallo jamás el cielo,
Si el cielo va buscando.
Pues vos con tantas puertas
En piés, costado y manos,
Estais á todas horas
Llamando y aun rogando.
¡Ay, si los clavos vuestros,
Para llegarme tanto,
Clavaran á Vos mismo
Mi corazón ingrato!
Ay, si vuestra corona,
Por este breve rato,
Pasara á mi cabeza
Y os diera algun descanso!
Ay, si me deshicieran
Esos divinos rayos
En fuego de amor vuestro
En que por vos me abraso!
Jesús, de María
Cordero santo,
Pues miro vuestra sangre,
Mirad mi llanto.

LOPE DE VEGA.— *Romancero Espiritual.*

269.

EL ALMA ENCOMENDÁNDOSE Á DIOS.

Sospiros que al cielo ides,
Por Dios hombre preguntad,
Y decid que un alma triste
Se le envíe á encomendar;
Y que se acuerde, si es tiempo,
De llevarla á descansar
Deste valle de amargura
Do vive con soledad,
En la prision detenida
De un pobre cuerpo mortal;
Y decidle juntamente
Que se le debe acordar
Lo que padeció por ella
De su propia voluntad.
Y pues tan caro le cuesta,
Que no la debe olvidar;
Porque fortaleza humana
Es fácil de conquistar,
Y fuertes los enemigos
Que la procuran entrar.
Y que si no la socorre
La podrán tanto estrechar,
Que se hagan dueños della
Los que procuran su mal;
Y para mas obligalle
Le podréis asegurar
Que es la que agora padece
Extrema necesidad;
Porque los mas que la sirven
Se le quieren revelar,
Del demonio persuadidos
Con engaño y falsedad;
Y del regalo que el mundo
Les ha prometido dar
En carne y sangre librado
Tan malo de renunciar.
Y como el flaco sentido
Es tan fácil de engañar
(Y lo que se ve presente
Muere con facilidad)
Sin hacer discurso en ello
Ni mirar la calidad
Del bien que se les ofrece
Ni su mal considerar,
Acoge los mensajeros
Que le suelen enviar.
Y al fin alcaide que escucha,

La fuerza quiere entregar;
Que aunque á su cargo no tiene
Sino el foso y arrabal,
Es fuerza, si los entregan,
Notables daños causar;
Porque á las mas altas torres
Podrá el corazon llegar,
Donde estarán mas seguras
La razon y voluntad.
Y por estas causas todas
Con instancia suplicad,
Sospiros, al que lo puede
Con su favor remediar,
Que esta morada defiende,
Pues la quiso fabricar,
Y tan caro le ha costado
Quererla reedificar.
Porque como en templo suyo
En ella pueda morar
Por gracia en todos los siglos,
Que nunca se han de acabar.

PADILLA.—*Jardín Espiritual.*

270.

EL ALMA Á SU ESPOSO JESUCRISTO.

Lágrimas que al cielo ides,
Por mi Esposo preguntad,
Y decidle que su esposa
Se le envía á encomendar.
Subid, lágrimas, subid,
Contra vuestro natural,
Porque cuanto el llanto sube
Tanto baja la piedad.
Que como esta sobre el cielo
De misericordia el mar,
No es mucho que siendo rios
A la mar vais á parar.
No hayais miedo que mi Esposo
Se admire que al cielo vais,
Pues él las lloró por mí
Cuando me vino á buscar.
No volveréis á mi pecho,
Sin que el suyo enternecais;
Lágrimas sois, Cristo es piedra,
Y en piedras haceis señal.
Llorad, lágrimas, mis culpas,
Y creed que el sol saldrá,
Porque sale mas sereno
Después de la tempestad.
Decidle, lágrimas mías,
Al Príncipe de la Paz,
Que en el Argel de la tierra
El alma cautiva está.
Servid de cartas á Cristo,
Pues mis tormentos cifrais,
Que le rasgarán el pecho
Y no las podrán rasgar.
Decidle que lloro ausente
De mi patria celestial
La vida que ella tenía
Y la que agora me dan.
Y que escribir no me dejan,
Hablar dél, ni aun suspirar,
Que en viendo que digo Esposo,
La prision me hacen doblar;
Que de envidia que me tienen
De que le vuelva á gozar,
Me quieren quitar la vida
Siendo mi vida inmortal.
Decidle cómo pretenden
Mi entendimiento engañar,
Dar olvido á mi memoria,
Y cegar mi voluntad.
Y pues que son prendas tuyas,
No se las deje llevar,
Siquiera porque las tres
Fingia su Trinidad.
A sus falsas alegrías

Me convidan, sin mirar
Que estando ausente del cielo,
¿Cómo me puedo alegrar?
Entrad por su sangre á Cristo,
Que en el pecho que mirais
No sois el agua primera,
Pues agua salió de allá.
Decidle, si está enojado,
Y ya no me piensa hablar,
Que mire su pecho abierto
Y el enojo perderá.
O que se acuerde de aquellos
Que mas limpios que el cristal
Le sirvieron de almohada
En la cruz y en el portal.
Y si durare el enojo,
Le diréis en puridad,
Que ¿para qué se hace fuerte
Si luego me ha de rogar?
Que bien sé yo que es Cordero,
Enseñado á perdonar,
Y que todos sus deleites
Entre los hombres están;
Y que tiene condicion,
Que si le olvido, estará
Toda la noche á mi puerta
Tan cierto como galán;
Mas que le doy mi palabra
De seguirle si se va,
Aunque me maten á golpes
Los guardas de la ciudad.
Decidle que se acuerde
Que viniéndome á librar,
Sufrió cinco mil azotes,
Y aun no dijo: bueno está.
Y que clavado en un palo
Vido tanta soledad,
Que aun el hombre no le quiso,
Y Dios le dejó, que es mas.
Y que no puede olvidarse,
Que con capa de disfraz
Se quiso quedar conmigo
En accidentes de pan.
Porque me quiere de suerte,
Que toda su Majestad,
Por las calles muchas veces,
En cuerpo le toparán.
A los ángeles tambien
Demi parte visitad,
Que ha días que no os han visto,
Y yo sé que se holgarán.
Decidles que á Dios os lleven,
Porque del se sabe ya,
Que en manos de ángeles come
Vuestro sabroso manjar.
Hablad tambien á los santos
Que bien os conocerán,
Pues si lágrimas no hubiera,
Muchos no fueran allá.
Mayormente que á la puerta
Hallaréis quien por llorar
Tiene la llave del cielo;
Pues mirad si os abrirá.
Esto á sus lágrimas dijo
Viéndolas, el alma, estar
De camino para el cielo,
Y que partir se llegar.

LOPE DE VEGA.—*Romancero Espiritual.*

271.

AL LLANTO DE ADÁN.

Los ojos tristes, llorosos,
Viéndose ya desterrar
Del terrenal Paraíso,
Donde murió por pecar,
Estaba el padre primero,
Pensativo en soledad.
A ningún cabo los vuelve

Donde halle que mirar,
Porque ningún bien tenía
De los que solía gozar;
Y al cabo de un gran espacio,
Cansado ya de llorar,
Entre sí consigo mismo,
Así comenzó á hablar:
«Pues tengo á Dios ofendido,
¿Qué me queda que esperar?
Tan justamente padezco
Que no me puedo quejar
Si el mayor bien que tenía
Me le han querido quitar.
Pudiera yo el buen estado,
Si quisiera, conservar,
Sin dar crédito á ninguno
Que me viniera á engañar.
Mas con el mal que padezco,
No quiero desconfiar;
Haga el demonio su hecho,
Use de su crueldad.
Muestre todo el poder suyo,
Ejerza su voluntad;
Que por contrario que sea,
Lo mejor me ha de dejar:
Que es la esperanza que tengo
De que Dios ha de enviar
Del alto cielo quien pueda
Mi pérdida remediar.
Y con esta confianza
Teniendo alivio mi mal,
Pasaré la triste vida
Con mucho menos pesar,
Hasta que llegue la hora
En que se haya de trocar
Esta fatiga en descanso
Y en regocijo el penar.

PADILLA.— *Jardín Espiritual.*

272.

Á LA REPARACION DE LA CULPA DEL PRIMER HOMBRE.

El que de veras ha sido
Del divino amor tocado,
Para que entienda el exceso
Con que de Dios es pagado,
Y la gran fuerza que tiene
Estar Dios enamorado,
Oía la mayor grandeza
Que jamás amor ha obrado:
Que siendo Dios ofendido
Del primer hombre criado,
Y faltándole caudal
Con que dejarle pagado,
Estando ya por su culpa
A la muerte condenado,
La bondad de Dios inmensa
Y el amor demasado
Puso en el hombre los ojos,
Y viendo tan mal parado
Al que poco antes había
A su imagen fabricado,
Del consistorio divino
Salió luego decretado
Que se hiciese Dios hombre.
Ved, medio tan acertado,
¿Quién le supiera pedir
Si Dios no le hubiera dado?
Acepta el Verbo el partido
Como fué determinado,
Y desde el trono divino
Baja á la región del llanto.
Mirad si es grande la obra,
De reparar un pecado,
Pues tan grandes maravillas
Para ello se han juntado.
¡Bajar el Verbo del cielo
A tan miserable estado,
Y nacer de Madre virgen
En medio el invierno helado!

Hombre, mira lo que debes
Al que tanto le has costado;
Y si con amor le pagas,
Se dará por bien pagado,
Con ser infinito el suyo,
Y el tuyo breve y tasado.

PADILLA.— *Jardín Espiritual.*

273.

AL NACIMIENTO DE NUESTRO SALVADOR.

Toda la corte del cielo
Gran regocijo ha mostrado;
Todos están muy contentos,
Como jamás lo han estado;
El sol, la luna y estrellas
Diferente luz han dado;
Hállanse nuevas grandezas,
Como nunca se han hallado,
Que sea visto Dios del cielo
Vestido del traje humano,
En el portal de Belén
Sobre un pesebrillo echado,
Desnudo, llorando al frío,
De animales rodeado,
Sufriendo pena sin culpa
El Señor por el criado.
Tomando la carga en sí
De aquel primero pecado,
Y con él la Virgen Madre,
De quien ha sido engendrado,
Que lo bajó desde el cielo
Rendido y enamorado,
Con aquel si tan humilde,
Que tanto le ha levantado,
Que pudo ser hija y madre
Del mismo que lo ha formado,
Y en sus entrañas le tuvo
Nueve meses encerrado.
Y el claro sol de justicia
Estuvo en ella oculto,
Hasta que ahora ha salido
A dar luz á lo criado,
Y á morir, para dar vida
Al mundo desconsolado.
Y en el invierno terrible,
Tan desabrido y helado,
Estando pobre y desnudo,
En el heno recostado,
Gobierna el cielo y la tierra
Que sus manos han formado.
A los soberbios confunde
El verle tan humillado:
La riqueza de la tierra
Toda la ha menospreciado,
Pudiendo también tenella
El que á todos nos la ha dado.
Escogió humilde la madre;
Y por librar al culpado,
Desde el seno paternal
Mira dónde se ha bajado,
Y mirad por otra parte
De quién está acompañado:
Ángeles y querubines
Por el uno y otro lado,
Cantando *Gloria in excelsis*,
En un motete acordado,
Que, si como hombre padece,
Como Dios es adorado.
Acudieron los pastores,
A quien les fué revelado,
Y con fe sencilla y pura
Por su Dios le han confesado;
Mostrándonos de qué suerte
Ha de ser reverenciado
El Rey que nace á morir
Porque no muera el vasallo.

EL MISMO.



274.

AL NACIMIENTO DEL SOBERANO JESUS.

Mas graciosa que la aurora
 Cuando de Oriente venia,
 Tocada de rayos de oro
 Que el ardiente sol envia,
 Está la Virgen mas pura
 Que el universo tenia,
 En Belen, ciudad muy clara,
 Do David nacido habia;
 Parida del Verbo eterno,
 Autor del cielo y del dia:
 Como á Dios adora al Verbo,
 Y como á rey le servia.
 Dale el pecho como á hijo
 Que muy mas que á si queria;
 En los brazos virginales
 Lo regala y lo traia,
 Gustando en verlo su alma
 Sumo dulzor y alegria.
 En pobres paños lo envuelve,
 Que ricos no los tenia,
 Ni tiene tapices de oro,
 Ni preciosa pedreria;
 Y así en pesebre entre heno
 Al divine Rey ponía.
 El castisimo Josef,
 Sacro esposo de Maria,
 Que por suma providencia
 A su servicio asistia,
 Viendo de carne vestido
 A Dios que el cielo regia,
 Le adora rendido en tierra,
 Y alma y cuerpo le ofrecia.
 Escuadras de serafines
 Bajan del cielo á porfia,
 Y adoran á Dios y hombre,
 Y honoran la Virgen pia,
 De cuyas entrañas puras
 La humana carne tenia.
 Cantares cantan del cielo
 Con dulcísima armonia;
 Del Niño sale tal luz;
 Que la noche vuelve en dia,
 Tal llaga le dió el amor
 Que el corazon le partia.
 Por amor viene en demanda
 Del hombre á quien bien queria
 Libertar del cautiverio
 Tan duro en que lo tenia
 El soberbio capitán
 Que en fieras llamas ardia.
 Para entrar con él en lid
 Traje mortal se vestia,
 La cruz señala por campo,
 El plazo cuando seria
 En su mas florida edad,
 Porque antes no convenia.

DIEGO CORTÉS. — *Discursos del varon justo, y conversion de la Madalena con otras flores espirituales.* — Madrid, 1592, en 8.º, por P. Madrigal.

275.

Á LA PURIFICACION DE LA VIRGEN, Y PRESENTACION
 EN EL TEMPLO DE SU HIJO AL JUSTO SIMEON.

Del sagrado nacimiento
 Siendo el cuarenteno dia,
 Por el templo del Señor
 Que en Jerusalem habia
 Entra la preciosa Virgen,
 Serenisima Maria;
 Limpia mas que las estrellas,
 Cual el sol resplandecia.
 En sus brazos virginales
 Su dulce hijo traia;
 Hijo es del Padre eterno,
 Dios y hombre allí venia.
 En forma viene de siervo,

Aunque los cielos regia,
 Para remediar al hombre
 Del daño que padecia;
 Y aunque á grande costa suya,
 Abrirle celestial via.
 Para cumplir con la ley
 Su Madre á Dios le ofrecia,
 Y por él da en sacrificio
 Dos aves que allí traia.
 Al templo fué Simeon,
 Un justo que á Dios temia,
 En el cual moraba Dios,
 De quien respuesta tenia
 Que al Verbo eterno encarnado
 Con sus ojos lo veria.
 El cual postrado por tierra,
 Recibió al sacro Mesia
 De los brazos de la Virgen
 Que en sus manos lo ofrecia.
 Tomado pues en sus brazos,
 Todo lleno de alegría,
 Cantó aquel divino canto
 Que la Iglesia referia,
 Y así se cumplió lo escripto
 En forma de profecía:
 «El viejo llevaba al mozo,
 Y el mozo al viejo regia.»

DIEGO CORTÉS. — *Discursos etc.*

276.

AL NIÑO PERDIDO.

La Princesa, á quien la tierra
 Reverencia en mil altares,
 Va buscando sola y triste,
 Por una y por otra parte,
 Al Niño perdido, Dios,
 Que se le perdió al bajarse
 De aquellas fiestas del templo
 Tan públicas como graves.
 Y como madre piadosa,
 Vuelve de nuevo á buscarle,
 Preguntando á quien encuentra
 Si de su querido saben.
 ¿Quién ha visto un Niño, dice,
 Perdido desde ayer tarde,
 Con unos cabellos de oro,
 Al mesmo sol semejantes,
 Frente blanca y espaciosa,
 Ojos rasgados y graves,
 Rostro modesto y alegre,
 Condición blanda y suave?
 Tiene amorosas palabras,
 Y divinas obras hace;
 Regala en la casa que entra,
 Mas ¡ay della! cuando sale.
 Come enteros corazones,
 Que como es el Niño grande,
 Si no se le dan entero,
 No es posible que se harte.
 Donde le quieren se llega,
 Y do le desechan vase,
 Que no quiere ser señor
 De forzadas voluntades.
 Unos y otros la responden
 Que Niño de señas tales
 No le han visto, y que holgarian
 Que Dios se le deparase.
 Desconsolada la Virgen,
 Al templo de nuevo parte,
 Para ver si por ventura
 Al perdido Niño hallase.
 Entró dentro, y vióle estar,
 Enmedio de los mas graves,
 Preguntando y respondiéndolo
 A las dudas mas notables.
 ¿Cómo lo habeis hecho así,
 Ojos míos, en dejarme?
 Y él la responde, que ha estado
 En negocios de su Padre.

ALONSO DE LEDESMA. — *Conceptos espirituales.*

277.

A LA TRANSFIGURACION Y MUERTE DE CRISTO.

Aquel perulero rico,
 Que para nuestro remedio
 Desembarcó de las Indias
 En Santa Maria del Puerto;
 Aquel que trajo la piedra
 De sumo valor y precio,
 Cuya virtud milagrosa
 Da salud á los enfermos,
 Viene por un deudo pobre,
 Y aunque es de bajos respetos,
 Le quiere pagar sus deudas,
 Honrándole como á deudo.
 En su desgracia ha vivido,
 Mas él tiene tan buen pecho,
 Que en medio de mil agravios
 Reconoce el parentesco.
 Y así, le viene á llevar
 A que goce de aquel reino,
 Que vivir en tal miseria
 Es para vivir muriendo.
 También trajo por acá
 Joyas de valor inmenso,
 Que exceden en resplandor
 A los rayos del sol bellos.
 Cuyas piedras son tan finas,
 Que el lapidario mas diestro
 No sabe bien lo que valen,
 Que él solo conoce el precio.
 Tres testigos hay contestes,
 Que son Pedro, Juan y Diego,
 Que en el Tabor las han visto,
 Y les encargó el secreto.
 Quedaron tan admirados
 En verlo, que dijo Pedro:
 Indias por Indias, Señor,
 Bien es que aquí nos quedemos.
 Echó luego la cubierta
 Algo enfadado su dueño,
 Que olvidados de las Indias,
 Se contenten con aquesto.
 Quedó cual un hombre pobre
 Este nuestro perulero,
 Y es la causa que el tesoro
 Le trae de tierra cubierto.
 Y no fué por usurparle
 Al Rey lo que es sus derechos,
 Que en nuestra contratacion
 Pagó muy bien y á su tiempo.
 Antes anduvo tan largo,
 Que aunque diere mucho menos
 De la cantidad que dió,
 Quedara el Rey satisfecho.
 Ni por temor de ladrones
 El oro cubre, pues vemos
 Que entre dos dellos se pone
 Con oro y abierto el pecho.
 Antes quiere que le roben,
 Pues en un monte y entre ellos
 Hizo dos mandas tan grandes,
 Que la menor es un reino.
 Llegad á desbalijarle,
 Alma mía, muy sin miedo,
 Que á un árbol le tengo atado,
 Y tan rico como os cuento.

ALONSO DE LEDESMA.—*Conceptos espirituales.*

278.

TESTAMENTO DE CRISTO NUESTRO SEÑOR.

En una cama de campo
 Estaba Cristo á la muerte,
 Que en cama de campo nace,
 Y en cama de campo muere.
 Es la cama tan angosta,
 Que revolverse no puede,
 Pues para caber en ella
 Un pié sobre el otro tiene.

Hacer quiere testamento
 De sus adquiridos bienes,
 Que lo que es lo vinculado
 Ya se sabe á quien le viene.
 Presente estaba su Madre,
 Que pudo hallarse presente,
 Por ser testamento abierto,
 Y ser á quien mas compete.
 Pasó ante Juan escribano,
 Y porque mejor herede
 Cierta manda que le toca,
 Firman cuatro las siguientes.
 Primeramente encomiendo
 A mi Padre omnipotente
 Mi alma con tanta gloria
 Como la que tuvo siempre.
 Mi cuerpo mando á la Iglesia,
 Y es mi voluntad se entierre
 En las entrañas del hombre,
 Pues dármele tierra deben.
 Y si el cuerpo que sepultan
 Comerle la tierra suele,
 Mando al hombre, pues es tierra,
 Que me coma, pues me tiene;
 Mas mire cómo me come,
 Que, puesto que el cuerpo muere,
 Tiene de comerme vivo.
 Cuerpo y alma juntamente.
 Item. Mando que mi Esposa
 Usufructuaria quede
 De todo cuanto yo tengo,
 Sin que nada se le escete.
 Y los bienes gananciales,
 Que no serán pocos bienes,
 La parte que me cabia
 Quiero que también le dejen,
 Con carga de que en su casa,
 Todo el tiempo que viviere
 El hombre, pues es mi hermano,
 A mi costa le alimente.
 Y pues él vive tan pobre,
 Que cuanto tiene me debe,
 Declaro, que tales deudas,
 En muriendo yo, fenecen.
 Item. Es mi voluntad,
 Que cuanto al hombre le viene,
 Si en tiempo no lo acetare,
 No lo goce aunque lo aceté.
 Item. Que Juan escribano
 Por testamentario quede,
 Que es quien sabe bien mi pecho,
 Y hará lo que mas conviene:
 A quien mando una encomienda
 Blanca y pura como nieve,
 Que encomienda de San Juan
 Blanca tiene de ser siempre.
 Acabó Cristo sus mandas,
 Por ver que espera la muerte,
 Que hasta que él mismo la llame,
 A llegarse no se atreve.
 Con la cabeza la llama,
 Que con la mano no puede,
 Y en bajando la cabeza,
 Ella vino y Cristo muere.

ALONSO DE LEDESMA.—*Conceptos espirituales.*

279.

A LA ASCENSION DE CRISTO NUESTRO SEÑOR.

Aquel peregrino Rey,
 Que á nuestra Señora vino
 A solo cumplir el voto
 Que ante su Santidad hizo,
 Despues de haber visitado
 Con grandísimo peligro
 Las devotas estaciones
 Que por mas devocion quiso,
 Hoy vuelve á su reino y corte
 En traje de peregrino,
 Que en fe de la romería
 Se queda con el vestido.

Cinco veneras que lleva
 Pueden servir de testigos
 De los pasos en que ha andado,
 Y si cumplió con su oficio.
 No están blancas, sino rojas,
 Señal de que en el camino
 Ha vertido sangre real,
 Pues las tiñó todas cinco.
 El bordon se deja acá,
 Para que sirva de alivio
 En tan larga romería
 Al pasajero mendigo.
 Por aquesta cruz de Dios,
 Que es bordon y estoque fino,
 Bordon para caminar
 Y arma contra el enemigo.
 Es espada de dos manos,
 Y tales las ha tenido,
 Que en un monte, con él solo,
 A un bandolero ha rendido.
 Cortó su infame cabeza,
 Y quitóle mil cautivos,
 Que en una mazmorra oscura
 Tuvo gran tiempo metidos.
 Eran grandes de su corte,
 Que, muertos y no vencidos,
 Pelearon por su Rey
 Con noble coraje y brío.
 Con este acompañamiento,
 Bien á su grandeza digno,
 Entra en la corte triunfando,
 Lleno de despojos ricos.
 Como á su Rey natural,
 Desde el mayor al mas chico,
 Le salen á recibir
 Con fiestas y regocijos.
 El cielo y tierra se alegra,
 Y el Padre abraza á su Hijo,
 Dándole el cetro y corona,
 Y sentándole consigo.

ALONSO DE LEDESMA. — *Conceptos Espirituales.*

280.

Á LA MUERTE DE CRISTO NUESTRO SEÑOR.

Cristo, soberano Codro,
 Para morir se disfrazó
 Con las ropas que tomó
 De naturaleza humana.
 Es guerra campal la vida
 Y por sus peligros pasa,
 Sin que le respete brazo
 Ni le reconozca bala.
 Con mas de cinco mil golpes
 Pasó las hueses contrarias,
 Y al espirar sobre un monte,
 Dijo al campo estas palabras:
Muriendo por la fe ganaréis fama.
Al arma, al arma, cierra, cierra;
Y en muriendo Jesus en esta guerra,
Escurecióse el sol, tembló la tierra.
 No desmayéis, campo mío,
 Si vieres rotas mis armas,
 Desagrado todo el cuerpo,
 Y atravesada una lanza.
 No por verme baldonar
 De la enemiga canalla,
 Te cuentas por afrentado,
 Viendo que á tu rey agravian.
 Que en mi escarnio está tu gloria,
 En mi dolor tu esperanza,
 En mi sangre tu remedio,
 Y en mi muerte vida larga.
 Disfrácame por morir,
 Que la muerte fiera y brava
 No se atreviera, á no verme
 En esta figura baja.
 Aunque en parte me conoce
 Al morir, pues no me falta
 Corona, aunque fué de espinas,
 Y cetro, aunque fué de caña.
 Y pues las muertes de reyes

Un cometa las señala,
 Cielos, mostrad sentimiento,
 Pues muere vuestro Monarca;
Con esto ganaréis eterna fama.
Al arma, al arma, cierra, cierra,
Y en muriendo Jesus en esta guerra,
Escurecióse el sol, tembló la tierra.
 Al cielo parto triunfante,
 Pero, puesto que me parta,
 Aquí quedo con vosotros,
 Haciendo cuerpo de guardia.
 Nadie se me de por hambre,
 Cuando cerquen sus murallas,
 Pues tiene de provision
 Pan que á los angeles harta.
 Los despojos que gané
 Os dejo con mano franca,
 Que no quiero de esta guerra
 Mayor premio que el ganarla.
Al arma, al arma, cierra, cierra,
Y en muriendo Jesus en esta guerra,
Escurecióse el sol, tembló la tierra.

ALONSO DE LEDESMA. — *Tercera parte de conceptos espirituales.*

281.

A LA SOLEDAD DE NUESTRA SEÑORA.

Sola con sola la cruz,
 Los tiernos ojos en ella,
 Y en sus virginales manos
 Clavos y espinas sangrientas;
 Vuelto dos fuentes sus ojos
 Que derraman vivas perlas,
 Llorando muerta su vida
 Dice así una viva muerta:
 «¡Ay cruz, que en mi soledad,
 Como amiga verdadera,
 Sola, á la sola acompañas;
 Sola, á la sola consuelas!
 Dame tus abrazos, cruz,
 Abraza esta Madre tierna,
 Que á falta de los de Dios
 Solos los tuyos suplieran.
 Quiero abrazarte, cruz mía;
 Pero ¿qué sangre es aquesta?
 Que pues que sin fuego hiere,
 Sin duda es mi sangre mesma.
 ¡Ay sangre de mis entrañas,
 Vertida por tantas puertas,
 Pues de mis venas salistes,
 Volved á entrar en mis venas!
 Ay sangre que vertió Dios!
 Ay sangre que Dios desea,
 Pues con esta sangre cobra
 Dios de Dios todas las deudas!
 Ay engañosa manzana!
 Ay mentirosa culebra!
 Ay enamorado Adán!
 Ay mal persuadida Eva!
 Llevó aquel árbol vedado
 Fruta de culpas y pena,
 Mas vos, cruz, una granada
 Coronada y pechibierta.
 Como fué fruta de invierno
 Y cogida en una huerta,
 Colgaronla por el hombre
 Que trae la salud enferma.
 Ya á los dos nos desfrutaron
 De la dulce fruta nuestra;
 Pues la llevamos los dos,
 Yo sin dolor, tú con pena.
 Cruz, vuelve á crucificarme,
 No hayas miedo que lo sienta,
 Que mal sentiré sin alma,
 Pues el sepulcro la encierra.
 La lanza que le hirió muerto
 A mi alma me alancea,
 Que estaba en su pecho el alma,
 Que el mío estaba sin ella.
 Crucifícame de pechos
 Y no de espaldas, cruz bella,

Que pues las de Dios guardaste
No es justo que te las vuelva.
Juntemos brazos y pechos,
Que juntos es bien se vean
Brazos y pechos que á Dios
En vida y muerte sustentan.
A Dios tuvistes los brazos
Atándole de manera
Que pudo el ladrón del hombre
Llegar á hurtar sus riquezas.
Pues á Dios tuviste en peso,
Cruz, muy grandes son tus fuerzas,
Pues le hiciste dar en sí
Cuanto pudo y cuanto era.
Contigo me crucifica,
Y si por clavos lo dejas,
Aquí están aquestos tres
Que hasta el alma me atraviesan.
¿Cómo siendo arco de paz,
Para mí lo eres de guerra?
Pues son de mi corazón
Aquestos clavos tres flechas.
¡Ay, Hijo! si nunca herrastes
¿Cómo con clavos os hierran?
Pues vuestra Madre es la esclava,
Hierren á la madre vuestra.
¡Oh ensangrentadas espinas,
Que os subís á la cabeza,
A que mi rosa encarnada,
Como rosa, espinas tenga!
¡Ay espinas de mis ojos,
Que á sacar sangre estais hechas!
En ellos quiero ponerlos
Porque también sangre viertan!
¡Ay dolorosos despojos
De la victoria sangrienta,
Venid á ser haz de mirra
De mi pecho y mi paciencia!
Herid el pecho que os ama,
Herid la boca que os besa,
Estos brazos y estos ojos.»
Dijo: y quedóse suspensa.
Con lágrimas acompaña
Alma, á su Madre y su Reina,
Que sola al pié de la cruz
Llora su muerte y su ausencia.
El templo rompe su velo,
La luna en sangre se anega,
Gime el aire, brama el mar,
Llora el sol, tiembla la tierra.
Alma, tiembla, gime y llora,
Que hasta las piedras te enseñan,
Pues quiebran sus corazones,
Cuando el tuyo se hace piedra.
Los muertos, á quien dió vida,
Sienten su pasión acerba,
Y tú, que se la quitaste,
Ni la lloras ni la piensas.

VALDIVIELSO.—*Romancero Espiritual*.—Madrid, 1648-8°.

282.

A LA VENIDA DEL ESPÍRITU SANTO.

En lenguas baja de fuego
El Espíritu abrasado,
Sobre aquel sacro colegio
Que el Verbo trujo á su lado,
Mientras en el mundo estuvo
Su doctrina predicando.
Desata sus torpes lenguas,
Gracia infusa les ha dado
Con que puedan predicar
El Evangelio sagrado.
Por el universo mundo
Sin ningún temor humano
De que podrán ser vencidos
Yendo el Espíritu Santo
Siempre en su favor y ayuda,
Como cumplida la ha dado.
Hace á cada cual que entienda

Del reino que es enviado
La lengua obscura y cerrada
Con nunca haberla estudiado.
Y así se parte contento
Cada uno á reino extraño
A cumplir enteramente
Del Espíritu el mandado.
Unos entran mansamente,
Otros, grandes voces dando,
Penitencia áspera y dura
Al principio predicando:
A unos los llevan presos,
Otros se ofrecen de grado
A pasar la cruda muerte,
Al capitán imitando,
Dios y hombre verdadero,
Que ejemplo les ha dejado.
Para seguir su estandarte,
Como á fieles soldados,
A unos ponen en cruz
Las cabezas hacia abajo,
Por la subida humildad
Que con su Dios han mostrado;
Otros á crudas lanzadas,
Otros mueren degollados;
Unos en cárcel obscura,
Otros mueren arrastrados;
Porque conviene en la gloria
Entrar así maltratados,
Para después justamente
Ser por ello coronados.

ÚBEDA.—*Cancionero*.

283.

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

I.

El día que el nuevo Adán
Sanó el mal de la manzana,
Con el bendito bocado
Que todos los males sana,
Gran fiesta hacen las almas
Por la vega soberana
De la mesa gloriosa
Donde todo el bien nos mana.
Ricas virtudes vestían
Con fe limpia, pura y sana;
La que mas limpieza tiene
Esa viene mas galana,
Y la que sin ella viene
Es loca, perdida y vana;
La una gana la gloria,
La otra el infierno gana,
Que es manjar que al caminante
Hace la carrera llana,
Y es el mismo Dios que hizo
La reparación humana.
Llega, y prueba esta comida,
Alma devota cristiana,
Que es guisada por la Hija
De la bendita santa Ana.

GREGORIO SILVESTRE.—Lisboa, 1592, en 12.°—Granada, 1599, en 12.°

284.

II.

(Traducción de la Epístola de San Pablo.)

Lo que he recibido os doy,
Yo Pablo, apóstol de Cristo,
Que Jesús aquella noche
Que fué entregado y vendido,
Tomó el pan, y, haciendo gracias,
Partióle y «comed» les dijo,
«Que este es mi cuerpo, y por vos
»Seré á morir conducido.

»Haced esto en mi memoria.»
 Y con el cáliz lo mismo,
 Despues que cenó, diciendo:
 «Este cáliz es, amigos,
 »En mi sangre testamento
 »Nuevo; que bebais os digo
 »Cada vez en mi memoria:
 »Comemoracion que os pido.»
 Y así cada vez, hermanos,
 Que el pan y caliz divino
 Recibais en mi memoria,
 Anunciáis su muerte á Cristo.
 Mas mirad que quien el pan
 Y el cáliz recibe indigno,
 Reo de su muerte y sangre
 Será por grave delito.
 Mírese á sí mismo el hombre,
 Y si puro, humilde y limpio
 Está, beba deste cáliz,
 Coma deste pan bendito.
 Esto ahora digo al mundo
 En tu figura contrito;
 Lo demás sabréis despues.»
 —¡Qué bien la Epistola ha dicho!
 Responded: «Gracias á Dios.»

LOPE DE VEGA CARPIO.—Auto sacramental del Misacantano.

285.

III.

Del sacro pecho divino
 Bajó el Verbo, enamorado
 Del hombre, que en ofendelle
 Puso todo su cuidado.
 Y del vientre virginal
 Saliendo disimulado,
 Antes de padecer muerte
 Por el ajeno pecado,
 Teniendo de amor el pecho
 Con dulce fuego abrasado,
 Quiso á los de su colegio
 Escogido y regalado
 Dar su santísimo cuerpo
 A comer en un bocado,
 Para nunca verse dellos
 Eternamente apartado,
 Y para dejar al mundo,
 Con aquello, asegurado
 El reparo de sus culpas,
 Y al demonio despojado
 De todas las preeminencias
 Que le dió el hombre culpado.
 Y cubierto de aquel velo,
 Quiere por su convidado
 A cualquiera que quisiere
 Comer su cuerpo sagrado;
 Que llena el alma de gracia,
 Y al hombre deja endiosado,
 Y es sustento al peregrino
 De su patria desterrado;
 Que porque no desfallezca
 Y desmaye de cansado,
 Con este pan le socorre,
 De los santos adorado, —
 Hasta subirle en la gloria,
 Para donde fué criado.

PADILLA.—Jardin espiritual.

286.

IV.

A la mano de su Esposo
 La turbada mano asida,
 Sobre el divorcio pasado
 El alma sus paces firma.
 Vino á su casa la pobre
 Muerta de hambre y mal vestida,
 Mas él la coje y abraza,

Diciéndole estas caricias:
 «Las galas que tú dejaste
 Las guardé por si volvías;
 Ves aquí que te las vuelvo,
 Vístete bien y anda limpia.
 ¡Ay, cara prenda mia,
 Ya no eres pobre, no, sino muy rica!
 Mirate bien al espejo,
 Y con cuidado te mira;
 Que quiero verte á la mesa
 Bien tocada y bien vestida.
 Come de lo que yo como,
 Mira que te da la vida
 Comer manjar de sustancia,
 Y no groseras comidas.
 No comas como quien fuiste,
 Que eras la miseria misma;
 Mas come como quien soy,
 Pues es Dios quien te convida.
 ¡Ay, cara prenda mia,
 Ya no eres pobre, no, sino muy rica!

ALONSO DE LEDESMA.—Conceptos espirituales

287.

V.

Una ingrata dama,
 Que tu alteza tiene
 Tan ennoblecida
 Cual rica de bienes,
 Prometió de darte
 La obediencia siempre,
 Y ahora, la falsa,
 Negártela quiere.
 Débete su vida,
 Pues por tí la tiene,
 Y si tú le dices
 Que pague, pues debe,
 El alma se duerme;
 ¿Si lo hace adrede?
 Rondaste su calle
 Como si ella fuese
 Tan bella criatura
 Como tú mereces;
 Llamas á su puerta
 Una y cien mil veces,
 Diciéndole amores
 Por ver si te abriese.
 Ya dice la ingrata
 Que bajar no puede,
 Ya deja que llames,
 Que, porque la dejes,
 Hace que se duerme;
 ¿Si lo hace adrede?
 Tú callas y esperas,
 Por lo que la quieres;
 Que el fino amador
 De nada se siente;
 Antes la sustentas,
 Y á tu mesa siempre,
 Haciéndola el plato,
 Muy como quien eres;
 Y con que la dices
 Que de dormir deje
 Despues de comer,
 Pues ve que la ofende,
 La necia se duerme;
 ¿Si lo hace adrede?

EL MISMO. — Id.

288.

AL MISMO ASUNTO.

VI.

Cuando en el golfo de vicios,
 Do el mas cosario se anega,
 El navichuelo del hombre
 A vela y remo navega;

Cuando va mas viento en popa,
Sin temerse de tormenta,
De la capitana real
Su general la vocea:
Amaina, amaina la vela.
Sin duda que vas perdido
Por la derrota que llevas;
Que no pide este descuido
Navegacion tan incierta.
Si á puerto de salvacion
Llegar seguro deseas,
Mal gobernado navio,
Para que no te me pierdas,
Amaina, amaina la vela.
O no conoces del cielo,
O por él no te gobiernas,
Pues no le quieres creer
Advirtiéndote que yerras.
Guárdate no des á fondo,
Que vas cargado de tierra,
Y con notable peligro,
Por lo que sabes que pesa.
Amaina, amaina la vela.
Lleva buen matalotaje,
Si es que á las Indias navegas,
Que el bizcocho estoy haciendo
Con que sustentarte puedas;
Mira que es largo el camino,
Y temo que de hambre mueras,
Y cuando mas lo desees,
Podrá ser que no le tengas.
Amaina, amaina la vela.

LEDESMA.—Conceptos espirituales.

289.

AL MISMO ASUNTO.

VII.

En la cena del Cordero,
Habiendole ya cenado,
Acabada la figura,
Comenzó lo figurado
Por mostrar Dios á los suyos
Cómo está de amor llagado,
Todas las mercedes juntas
En una las ha cifrado.
Pan y vino material
En sus manos ha tomado,
Y en lugar de pan y vino,
Cuerpo y sangre les ha dado.
¡Oh qué infinita distancia,
Y qué amor tan extremado
Es manjar Dios, y convida,
Y es el hombre el convidado!
Si un bocado nos dió muerte,
La vida se da en bocado;
Si el pecado dió el veneno,
La triaca Dios la ha dado;
Haga fiesta el cielo y tierra,
Y alegrese lo criado,
Pues Dios, no cabiendo en ello,
En mi alma se ha encerrado.

UBEDA.—Cancionero.

290.

AL MISMO ASUNTO.

VIII.

Ese sacerdote grande,
Que Jesus por nombre habia,
Ya que en sí aquel sacrificio
De cruz celebrar queria,
Con el mismo amor llagado,
Con que por todos moria,
Un manjar de vida eterna
Para los hombres hacia.
Muere porque viva el hombre,
Por su bien dél se partia;

Quédase por no dejarle,
Mas qué hacer por él no habia.
¡Quién viera aquel Rey divino,
La noche que se partia,
Quedarse en pan con nosotros,
Y cómo se repartia;
Y al pelicano sagrado,
Que á sus hijos mantenía
Con la sangre de su pecho,
Con la vida que él vivía!
Todo á todos se reparte
El que por todos venia,
Y por cada uno de ellos
A la muerte se partia.

UBEDA.—Cancionero.

291.

AL MISMO ASUNTO.

IX.

En la gran Jerusalem,
En un palacio sagrado,
Estaba el Rey de la gloria
En favor del hombre, armado,
Y desarmado á su amor,
Pues le tiene tan llagado,
Con hombre y Dios en la cena
Convidando y convidado.
Con él estaban los doce
En escuadron ordenado,
Puesto que el uno faltó,
Pues vendió al que lo ha criado;
Dales Cristo tal banquete,
Que á sí mismo da en bocado,
Tan entero y verdadero,
Como de tal mano dado.
Notad el amor de Dios,
Y su humildad no ha llegado,
Que se empeña porque el hombre
Viva rico, y no empeñado;
Dando su cuerpo y su sangre
Con fuego de amor guisado,
Hecho cordero en la mesa,
En la defensa leon bravo,
Para que le quiera el alma
Tener por enamorado.
¡Oh gran bondad del Señor,
Que habiendo de ser rogado,
No le rueguen, y él que ruegue
Al hombre necesitado,
Estando en Dios la riqueza
Y todo el bien encerrado!

EL MISMO.

292.

AL MISMO ASUNTO.

X.

Abre, cristiano, los ojos,
Y no vivas descuidado;
Mira que está allí tu Dios,
Cubierto y disimulado,
Vestido de tu sayal,
Escondido su brocado,
Para dársete en manjar,
Si llegares sin pecado;
Que amores de esa tu alma
Le tienen enamorado,
Tanto, que del alto cielo
Hasta la tierra ha bajado,
Y determina tomar
Tus entrañas por estrado,
Dándosete en pan y vino,
Manjar de todos usado.
Llega vivo, pecador,
A comer el pan sagrado.

EL MISMO.

295.

AL MISMO ASUNTO.

XI.

Ángeles, si vais al mundo,
 Por mi Esposa preguntad,
 Y diréisle que su Esposo
 Se le envía á encomendar;
 Diréisle que se le acuerde
 Cuando me fui á desposar,
 Como con mi sangre y vida
 La quise entonces dotar,
 Y en prendas de mi amor puro,
 Y para la remediar,
 Me quise quedar con ella
 En un sabroso manjar.
 Diréisle que sus trabajos
 Muy bien se saben acá,
 Y que se consuele mucho,
 Que presto se han de acabar,
 Y que va se llega el tiempo
 De las bodas celebrar
 Y sentarse á la mi mesa
 Y en mi gloria celestial.

UBEDA. — Cancionero.

294.

AL MISMO ASUNTO.

XII.

Los esclavos de la tierra,
 Muertos de sed y de hambre,
 De ambiciones, de gobiernos,
 De oficios y dignidades,
 Ni están hartos ni contentos,
 Porque el mundo miserable
 Les da por sustento polvo,
 Y para bebida aire;
 Mas quien es esclavo vuestro,
 Sacramento venerable,
 Anda tan harto y contento,
 Que puede el cielo envidiarle.
 Sois pan que bajó del cielo,
 De bendiccion admirable,
 Que dió hartura, y cubrió
 Del mundo las cuatro partes;
 Pan de leche, que masaron
 Las entrañas virginales
 De una soberana niña
 De los ojos de su Padre.
 Sois pan sobresustancial,
 Y sois soberana carne
 Del cordero de Sion,
 Que los siete sellos abre;
 Cordero que asó el amor
 Aquel viérnes en la tarde
 Para su gran Padre eterno;
 Que comen tarde los grandes.
 Sois bebida en que les dió
 Tan divino oro potable,
 Que de sus entrañas Cristo
 Sus pelicanos los hace.
 Sois confeccion de jacintos,
 De perlas y de corales,
 La humanidad son rubies,
 La divinidad diamantes;
 Que, aunque diamantes en polvo
 Por veneno suelen darse,
 Al que no le prueban bien,
 Bien puede ser que le maten.
 Dichosos esclavos son
 Los que las cadenas traen
 De vuestro amor, Pan de vida,
 Pues les daís hasta la sangre.
 Por amores de los hombres
 Forma de esclavo tomasteis;
 Profecía que nos dijo,
 Cuando lo fué, vuestra Madre.
 Que era esclava del Señor

Dijo la Virgen al ángel;
 Pues si de esclava nacisteis,
 Tened por bien que os lo llamen;
 No por serlo, porque sois
 Vos y vuestro Padre iguales,
 Que no habréis hurtado el ser
 De vuestro divino Padre,
 Sino porque vos quisisteis
 Que tanto se aniquilase,
 Que quien no pudo pecar,
 Representase su imágen.
 Pan de vida, pues que sois
 Sello de ser inmutable
 De Dios, y en cerco pequeño
 Su divina esencia cabe:
 Selladnos de vuestras letras,
 Para que ellas nos aparten
 De los esclavos del mundo
 Con diferencia notable,
 Y porque cuando la muerte
 Las prisiones nos desate,
 Nos deis libertad en vos,
 Que es la vida perdurable.

LOPE DE VEGA. — Romancero espiritual.

295.

VILLANESCA AL MISMO ASUNTO.

XIII.

Caballero disfrazado,
 Aunque mas disimuleis,
 No digo yo que os verán,
 Mas que os han de conocer.
 Que tenéis cara de pascua
 Me dijo la de Ginés,
 Como si os hubiera visto
 Con vuestra Madre en Belen.
 Pues al sol mira á la cara,
 Buena vista tiene Inés;
 Que estando vos de rebozo,
 No entiendo cómo la ve;
 Porque á quitáros la capa
 Toda la aldea, pardiez,
 Os viera como en el cielo,
 Que fuera mucho de ver.
 Todos vieran cómo estáis
 En ese blanco *Agnus Dei*;
 Que, aunque mos lo diga el cura,
 Nadie lo puede entender,
 Y él lo entiende menos, siendo
 Por Alcalá bachiller;
 Que aunque sabe el *Tantum ergo*,
 No sabe qué *tantum* es.
 Nunca habeis dicho á ninguno
 Si estáis sentado ó en pie;
 Lo que de cierto se sabe
 Es que estáis como quereis.
 A piés juntillas lo creo,
 Que no es muy mucho el creer
 Lo que dice Dios, que es Dios,
 Si creo á un hombre de bien.
 ¡Qué viéramos de angelitos,
 Que, como al cuerpo del Rey,
 Os hacen cuerpo de guardia
 Con chuzos blancos tambien!
 Como abejas os rodean,
 Que sois colmena de miel,
 Pan del cielo, y pan con tantos
Delectamentos in se.
 Que puesto que soy villano,
 De veros mas de una vez
 Encerrar en la custodia,
 Aquellos latines sé;
 Porque tambien voy los juéves
 Donde se celebran bien,
 Cordero de ley de gracia,
 Vuestro divino Phasé,
 Y donde los griegos cantan
 Una vez y dos y tres:
Ave verum corpus natum

De Maria Virgine;
Y unos angeles responden,
Que están detrás de una red:
Verè passum immolatum
In cruce pro homine;
Y luego responden muchos
(Por vuestra sangre á la fe):
Cujus latum perforatum,
Unda fluxit sanguine.
En Caballero de Gracia
Os he visto cada mes
Hacer mas gracias que el Papa
Y mas perdones que el Rey;
Unos que llaman esclavos
Vos hacen alli poner,
Aunque quien es como vos
Mas es que conde y marqués.
Alli os cantan romances
Puestos en sol, fa, mi, re,
Porque de tantos latines
Alguna vez descansen;
No digo yo que os cansédes,
Mas porque gracias os den
Todas las lenguas del mundo,
Pues que todas las sabeis.
Con justa causa os celebran,
Alto misterio de fe;
Que en ninguno tantos deben,
Ni vos tanto nos debeis;
Vos en daros á vos mismo,
Y ellos en creer que estén,
Cuanto en Dios y cuanto es hombre,
Donde ninguno lo ve.
Mas siendo verdad que un dia
Verbum caro factum est,
Quien dió su palabra en carne,
No es mucho que en pan se dé.

LOPE DE VEGA.—*Romancero espiritual.*

296.

AL MISMO ASUNTO.

XIV.

Corred, alma, al estafermo,
Dios cubierto y Dios de amor;
Porque quien está tan firme,
¿Quién puede ser sino Dios?
Firme le llamó su abuelo
En una dulce cancion,
Cuando en el arpa cantaba:
«Todo se muda, y Dios no.»
Múdanse cuantos nacieron
Desde el rey al labrador;
El que mas poder alcanza
No es mañana lo que hoy.
No corrais lanzas al mundo,
Estafermo de traicion,
Porque daréis en la sombra,
Vos ciega y perdido yo.
Corred al blanco divino,
Acertaremos los dos
Al estafermo del cielo,
Que en la tierra se quedó;
Corred con las tres potencias
Tres lanzas con tal primor,
Que ameís, sepais y tengais
Memoria de su pasion.
Corred lanzas los oídos,
Los otros sentidos no,
Que los engaña en el blanco
El sabor, color y olor.
Mirad que sus blancas armas
Blancos accidentes son;
En ellos hay cuerpo de hombre
Y divinidad de Dios.
La persona que está dentro
Dios inmenso la engendrò,
Cuyo nacimiento eterno
Jamás el tiempo le vió,
Aunque por la parte humana,

De la porcion inferior
Nació en tiempo de una virgen
Mas limpia y pura que el sol.
Corred, que aguarda en la tela
De su mismo corazon;
Que quiso cubrir en pan
Lo que en la cruz descubrió.
Alli dicen que un soldado
Con una lanza le dió,
Pero que él se estuvo firme,
Aunque la tierra tembló.
Pero aquesto no fué mucho,
Pues dándole un bofetón,
Tan firme estuvo, que el cielo
Del golpe se estremeció;
Mas firme que la columna,
Sin que se oyese su voz,
Sufrió cinco mil azotes;
¿Qué firmeza y qué dolor!
Con tres dedos hizo el mundo,
Y el que no lo conoció,
Pensando que no era firme,
Con tres clavos le afirmó;
Mas, como vió que su Padre
Tuvo al mundo tanto amor,
Con él se quedó tan firme,
Que nunca de él se apartó.
Corred pues, alma dichosa,
Y diciendo: «Indigna soy,»
Con la lanza de la fe
Daréis al blanco mejor.
Dé la vista en la cortina
Que cubre el mantenedor;
Que cuando las corra el cielo,
Veréis cara á cara á Dios.

LOPE DE VEGA.—*Romancero espiritual.*

297.

AL MISMO ASUNTO.

XV.

Quiere partirse á su Padre
El Hijo dos veces hijo,
Y antes de partirse, quiere
Convidar á sus amigos.
Previéneles una cena
De gusto, y gusto infinito,
Pues se ha de empeñar en ella,
Con ser sumamente rico.
Es el pan toda sustancia,
Hecho del virginal trigo,
Que en las eras de Belén
Se vió cercado de lirios;
Es el vino de los cielos,
Que embriaga á lo divino,
Y tal, que pueden cantar
Con él los angeles mismos.
El cordero que ha de dar,
Con leche está mantenido
De los pechos de la madre
Que almagró su vellocino.
Las lechugas son amargas,
Mas serviran de principio;
Que el ante de comulgar
Es que amarguen los delitos.
Siéntanse los doce pares
Del magno emperador Cristo,
Y entre ellos un Galalón,
Que ya le deja vendido.
Tomando el pan en las manos,
Que están llenas de jaciños,
Alzando al cielo los ojos,
Dando gracias, lo bendijo;
Y diciendo: «Este es mi cuerpo,»
Al punto fué lo que dijo,
Porque el decir y el hacer
En él viene á ser lo mismo.
Tomó el cáliz, y otra vez
A su Padre gracias hizo,
Y en él, con ciertas palabras,

Transustanciación en sangre el vino.
 «Esto que parece pan
 (Les dice) es el cuerpo mío,
 Y esto que vino parece
 Es ya mi sangre, y no vino.
 En la hostia y en el cáliz
 Que mirais, Dios y hombre asisto,
 Tan hombre, que á morir voy,
 Tan Dios, que los cielos rijo.
 Prometió hacer Dios al hombre,
 Si comiese su enemigo,
 Y no solo le hizo dios,
 Mas menos que hombre le hizo;
 Mas yo con este bocado
 Cumpló lo que no ha podido,
 Pues al hombre le hago dios,
 Uniendo al hombre conmigo.
 Ea, mis doce de la boca,
 Comed este dulce hechizo;
 Será un Cristo cada uno,
 Y los doce solo un Cristo.
 Dioses os hace este pan,
 Regid esos cielos míos;
 Y pues que sois lo que soy,
 Venid y reinad conmigo.»
 Hombre, llega á aquesta mesa,
 Pero no llegues indigno,
 Porque el que indigno viniere,
 Comerá muerte y juicio.
 Lávate, mira á Jesús,
 Que lava á sus escogidos,
 Porque aun el mas limpio apóstol
 Para este pan no está limpio.
 Mira que dice el adagio:
 «A buen bocado buen grito;»
 Pon los del alma en el cielo,
 Y serás del cielo mismo.
 La salsa de aqueste pan
 Es hacer los ojos ríos,
 Porque hace á Dios mas sabroso
 Un corazón derretido.

EL MAESTRO JOSÉ DE VALDIVIELSO.—*Romancero espiritual.*

298.

TRADUCCION DEL *Ave maris Stella.*

Salve, del mar Estrella,
 De Dios hermosa Madre,
 ¡Oh Virgen siempre virgen!
 Puerta del cielo, salve.
 Tú, la que el *Ave* oíste
 De la boca del ángel,
 En paz nos funda, y muda
 El nombre de Eva en *Ave*.
 Da libertad al reo,
 Lumbre al ciego ignorante;
 Procura los bienes,
 Destierra los males.
 Madre de Dios te muestra,
 Y acepte por su madre
 Nuestros ruegos, pues somos
 Por quien tomó en ti carne.
 Haznos, singular Virgen,
 Sobre todos afable,
 Mansos y castos, libres
 De nuestras culpas graves.
 Vida pura nos presta,
 Senda segura y fácil,
 Porque alegres veamos
 A Jesús, nuestro amante.
 Salve, arca de Noé,
 Que entre mil tempestades,
 Preñada de la vida,
 A la vida salvaste.
 Salve, del pan del cielo
 Bien artillada nave,
 Que, con el viento en popa,
 Puerto en Belén tomaste.
 Salve, nube de nieve,

De enrizados plumajes,
 En quien puso el sol trino
 El arco de las paces.
 Salve, hermosa paloma,
 Que, sin perderla, hallaste
 La gracia por la oliva,
 Con que hasta Dios volaste.
 Salve, rosal gracioso,
 Que entre hojas virginales,
 A Dios, rosa encarnada,
 Al hielo aljofaraste.
 Salve, risa del cielo,
 Pues la desenojaste
 Con el sí poderoso
 De los vivos corales.
 Salve, arca de oro toda,
 Que no abierta encerraste
 La ley, vara y maná,
 Que es Dios, aunque á pan sabe.
 Salve, santa raíz,
 Que, virgen, germinaste
 El árbol de la vida,
 Nunca vedado á nadie.
 Salve, capaz esfera,
 Que lo eterno encerraste,
 Y al que era sin medida
 La medida tomaste.
 Salve, sangre de Dios,
 Pues que tomó su sangre
 Para que, en él unida,
 En él se deificase.
 Salve, de Dios principio,
 Pues al que sin él nace,
 Del Padre en el principio
 De ti le originaste.
 Salve, la mejor virgen,
 Salve, la mejor madre,
 Toda virginidad,
 Toda clemencia, salve.
 Salve, sola del sol,
 Desde el primero instante
 De tu concepción pura
 Mas pura que mil ángeles.
 Salve, de Dios segunda,
 Con quien el Hijo parte,
 Engendrándole el Dios,
 Tu Dios-hombre engendrándole.
 Salve, toda de Dios,
 Pues puedes alabarte
 Que en tu virgineo gremio
 Dios fué de ti una parte.
 Sea alabanza y gloria
 Al Amor, Hijo y Padre,
 Igual honra a los tres,
 Pues son los tres iguales.

VALDIVIELSO.—*Romancero espiritual.*

299.

OTRA TRADUCCION DEL MISMO HIMNO.

Ave, Estrella de la mar,
 Madre de Dios soberana,
Ave, maris Stella,
Dei mater alma;
 Ave, siempre virgen pura,
 Feliz puerta de la gloria,
Atque semper virgo
Foelix coeli porta;
 Ave, oh tú, que concebiste
 Creyendo á Gabriel las voces,
Sumens illud, Ave,
Gabrielis ore;
 Tú, que para nuestra paz,
 Mudaste á Eva en Ave el nombre,
Funda nos in pace
Mutans Aevae nomen;
 Ave, y dando al ciego luz,
 Los lazos al reo disuelve,
Solve vincula reis
Profer lumen caecis;

Y para que nuestros males
Con tus bienes se mejoren,
Mala nostra pelle
Bona cuncta posce,
Muéstrate ser madre, haciendo
Por ti nuestro ruego acepte,
Monstra te esse matrem,
Sumat per te preces,
El que de tu vientre quiso
Ser el mas bendito fruto,
Qui pro nobis natus
Tullit esse tuus.
Dése al Padre la alabanza,
La honra al Hijo Cristo, y luego
Sit laus Deo Patri,
Summo Christo decus,
Al Espíritu la gloria,
Porque sea en este triunfo,
Spiritu Sancto
Tribus honor unus.

DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA. — *Auto sacramental* A María el corazón.

300.

OTRA TRADUCCION DEL MISMO HIMNO.

Salve, del mar Estrella,
Salve, Madre sagrada
De Dios y siempre virgen,
Puerta del cielo santa.
Tomando de Gabriel
El Ave, Virgen alma,
Mudando el nombre de Eva,
Paces divinas trata.
La vista restituye,
Las cadenas desata,
Todos los males quita,
Todos los bienes causa.
Muéstrate madre, y llegue
Por ti nuestra esperanza
A quien, por darnos vida,
Nació de tus entrañas.
Entre todas piadosa,
Virgen, en nuestras almas,
Libres de culpa, infunde
Virtud humilde y casta.
Vida nos presta pura,
Camino firme allana;
Que quien á Jesus llega,
Eterno gozo alcanza.
Al Padre, al Hijo, al Santo
Espíritu alabanzas;
Una á los tres le demos,
Y siempre eternas gracias.

LOPE DE VEGA. — *Romancero espiritual.*

301.

EL LLANTO DE LA VIRGEN, Ó TRADUCCION DEL HIMNO

Stabat Mater dolorosa.

La Madre piadosa estaba
Junto á la cruz, y lloraba
Mientras el Hijo pendía;
Cuya alma triste y llorosa,
Traspasada y dolorosa
Fiero cuchillo tenía.
¡Oh cuán triste, oh cuán afita
Se vió la Madre bendita,
De tantos tormentos llena,
Cuando triste contemplaba
Y dolorosa miraba
Del Hijo amado la pena!
Y ¿cuál hombre no llorara
Si la madre contemplara
De Cristo en tanto dolor?
Y ¿quién no se entristeciera,
Piadosa Madre, si os viera

Sujeta á tanto rigor?
Por los pecados del mundo
Vió á Jesus en tan profundo
Tormento la dulce Madre,
Y muriendo el Hijo amado,
Que rindió desamparado
El espíritu á su Padre.
¡Oh Madre, fuente de amor,
Hazme sentir tu dolor
Para que llore contigo!
Y que por mi Cristo amado
Mi corazón abrasado,
Mas viva en él que conmigo;
Y porque á amarle me anime,
En mi corazón imprime
Las llagas que tuvo en sí;
Y de tu Hijo, Señora,
Divide conmigo ahora
Las que padeció por mí.
Hazme contigo llorar,
Y de veras lastimar
De sus penas mientras vivo;
Porque acompañar deseo
En la cruz, donde le veo,
Tu corazón compasivo.
Virgen de vírgenes santas,
Llore yo con ansias tantas,
Que el llanto dulce me sea;
Porque su pasión y muerte
Tenga en mi alma de suerte,
Que siempre sus penas vea.
Haz que su cruz me enamore,
Y que en ella viva y more,
De mi fe y amor indicio;
Porque me inflame y me encienda,
Y contigo me defienda
En el día del juicio.
Haz que me ampare la muerte
De Cristo cuando en tan fuerte
Trance vida y alma estén;
Porque cuando quede en calma
El cuerpo, vava mi alma
A su eterna gloria. Amen.

LOPE DE VEGA. — *Romancero espiritual.*

302.

ROMANCE DE TODOS SANTOS.

Aquel soberano Rey,
Monarca de los tres mundos,
Que, aunque en persona distinta,
Es rey solo y es Dios uno;
El Padre, que es sin principio,
Principio del Hijo suyo,
Y el Santo Espíritu, que es
De Hijo y Padre lazo y jugo;
Aquella Trinidad una,
De igual ser y poder sumo,
Tan sin fin, que no le tiene,
Como principio no tuvo;
En su casa de placer,
Que cercan dorados muros,
El día de Todos Santos
Quiere hacer fiesta á los suyos.
La mesa les tiene puesta,
Que *ab initio* se la puso,
Cifrando solo en tres platos
Una infinidad de gustos.
El iris de tres colores,
Que paz á los hombres trujo,
Es tapete de sus pies,
Y con él, el sol oscuro.
La silla en que ha de sentarse
No es de encendidos carbuncos,
De topacios y zafiros,
Mas de mil luceros juntos.
Sentado á la cabecera,
Descubrió el rostro seguro,
Ordenando que se asiente

En su lugar cada uno.
 Siéntanse los convidados
 En asientos de oro puro,
 De los que dejó vacíos
 El angélico infortunio.
 Cantan: «Santo, Santo, Santo;»
 Y en solos estos tres puntos
 Hacen soberanas glosas
 Cantores buenos y muchos.
 De los pajes que le sirven
 No hay de mal rostro ninguno;
 Que el menos bueno es un ángel,
 Y hay serafines algunos.

Nuestra Señora de los Ángeles.

Asentó luego á su lado
 A la hermosa reina Ester,
 Que es hija, madre y esposa
 De una de personas tres.
 Sentó al lado de su Esposa
 A su marido José;
 Que no es justo que se aparten
 Tal marido y tal mujer.
 Sentóse luego el Bautista,
 Que es grande y primo del Rey,
 Por quien dicen que su alteza
 Hombre señalado fué.
 Daba su asiento el Bautista
 Al vencedor Micael;
 Mas él, como buen criado,
 Se quiso quedar en pie;
 Alcalde es de casa y corte
 Con alta vara y poder,
 Con que á los mas entonados
 Pudo en palacio prender.
 A su lado se llegó
 El fuerte y bello Gabriel,
 Con quien, despues de un mensaje,
 Está la Reina muy bien.
 Los de la cámara real
 Se ponen junto al dosel
 Apinados á millares,
 Gozando cuanto hay que ver.

Apóstoles.

Sentóse del otro lado
 El clavero mayor, Pedro,
 Lugarteniente del Rey
 Y castellano del cielo.
 El evangelista Juan
 Tiene adquirido derecho
 De sentarse con su alteza,
 Y reclinóse en su pecho.
 Diego, que allá en el Tabor
 Juró al Príncipe heredero,
 Tomó su asiento, y fué bien.
 Pues por él murió el primero.
 Aunque Pablo llegó tarde,
 No ocupó el lugar postrero,
 Pues se sentó con Andrés,
 Que es el mas cristiano viejo.
 Entró Tomás, no dudoso
 De ver vivo al que huyó muerto;
 Verdad es que decir pudo:
 «Yo lo vi por estos dedos.»
 Felipe, que cinco panes
 Pocos juzgó en el desierto
 Para hartar cinco mil hombres,
 Ya come y calla suspenso.
 Sentóse Jacobo el Justo,
 Por quien la señal del beso
 Dió Judas, por ser á Cristo
 Parecido por extremo.
 Sentóse Bartolomé,
 Pero con vestido nuevo;
 Que mudó en la piedra Cristo
 Como culebra el pellejo.
 Con su cédula de cambio
 Al blanco llegó Mateo
 A que, pues está aceptada,
 Le paguen por uno ciento.
 Llegó Simon el celoso,
 Pues tuvo de Elias el celo,

Pues idolos derribó,
 Y bajó llamas del cielo.
 Tadeo toma su lado,
 Porque siempre los dos fueron
 En las penas y en las glorias
 Muy partidos compañeros.
 Matías, como dichoso,
 Tuvo suerte en el asiento,
 Pues por una que le cupo
 Se aventaja á muchos buenos.
 Bernabé se sentó, alegre
 De que, sanando á un enfermo,
 Confesó que no era Dios,
 Y por Dios al verdadero.
 Lucas, humilde y alegre,
 Se acomodó junto á ellos,
 Pintor que fué de la Reina
 Y secretario del reino.
 Sentóse Marcos, y pudo
 Pensar seguro y contento,
 Pues á Dios dió mesa y cama,
 Que ha de hacer con él lo mesmo.
 Sentóse la Madalena
 A los piés de su Maestro,
 Pues desde que los lavó
 Confiesa que son su cielo.

Patriarcas y Profetas.

Asentóse el viejo Adam,
 Y á su lado su costilla,
 Que ya sin temor pretenden
 Comer del árbol de vida;
 Noé con los patriarcas
 Ceñido de blanca oliva;
 Entre el tentado Abraham,
 Con él la obediente risa;
 El perseguido Jacob
 Por la escala levadiza,
 Y sin la capa José
 A que otra de oro le vistan;
 Moisés arrimó la vara,
 Que era vara de justicia,
 Y gozó tras el desierto
 De la tierra prometida;
 Con el Tobías mayor
 La misericordia iba,
 Y el Arcángel Rafael
 Con el mas mozo Tobías;
 Con ellos van los profetas,
 Con ingeniosos enigmas,
 Que se llamarán mejor
 Infalibles profecias;
 En el trono, sin la niebla,
 Gozó de Dios Isaías,
 Y de la vara con ojos
 Sin lágrimas Jeremías.
 Ezequiel le hace ojos,
 Porque lleno de ojos mira
 Los alados animales
 Que del carro de Dios tiran.
 Aquél árbol misterioso
 Del bello Daniel se arrima;
 Que el que se arrima á buen árbol,
 Buena sombra le cobija.
 De lo que escribió David
 Fué á ser testigo de vista,
 De que el Señor al Señor
 Le dió á su diestra la silla.
 Job, que entre la parda lepra
 El alma conservó limpia,
 Entró, pero remozado,
 Entre su paciencia misma;
 Con los profetas menores
 Entró el mudo Zacarías,
 Ya con voz, porque en el cielo
 Siempre el *Benedictus* diga.
 Matronas, Sara y Rebeca,
 Susana, Raquel y Lia,
 Ester, Judit, Isabel,
 Y Ana, madre de María.

Mártires.

Entró el inocente Abel,

Que es protovirgen y mártir,
Y los fuertes Macabeos,
Acompañando á su madre;
El perdonador Estéban,
Con su rostro como un ángel;
Dionisio, Ignacio, y Eugenio,
De Toledo en la fe padre;
El invencible Vicente,
Que vió desgarrar sus carnes,
Y aquel Laurel español,
Entre las llamas constante.
Entró hecho Sebastian
Aljaba del Dios amante,
Con Blas, Cosme y Damian,
Todos tres médicos grandes.
Entró Acacio con Mauricio,
Que son del Rey generales,
Con lucida infantería,
Toda de muy buenas partes.
Algunos soldados viejos
Fué justo que descansasen,
Y que á mil diestros bisonios
El Rey los aventajase.
Los mártires que vinieron
Fuera imposible sentarse
A no ser tan grande el cielo,
Y Dios quien las fiestas hace.

Virgenes.

De los ángeles al lado
Las virgenes se pusieron,
Porque unos con otros tienen
Muy cercano parentesco.
Con tres premios Catarina
Ocupó el lugar primero,
Luego Agata y Lucia,
Ya con ojos, ya con pechos.
Engracia al Rey cayó en gracia,
Mirando en su frente el hierro
Con que el amor la hizo esclava.
Pues la herró con sangre y fuego.
Entró bizarra Cecilia.
La niña Inés en cabello,
De Toledo una Leocadia,
Y una Bárbara del cielo.
Con once mil Amazonas
Y una saeta en el pecho,
Ursula, la capitana,
A ocupar entró su asiento.
Justas, Doroteas, Eulalias
Hacen un número inmenso,
Que con palmas y coronas
Siguen al manso Cordero.
Clara, que es madre y es virgen,
Y trajo á Cristo en sus pechos,
Con sus hijas se asentó
A comer con el Rey mesmo.

Pontífices y Doctores.

Pontífices y doctores
Con misterios ingeniosos
A la mesa se asentaron,
Llenos de alas, llenos de ojos.
Jerónimo, cardenal,
El pontífice Gregorio,
El ingenioso Agustino,
Con el suavísimo Ambrosio;
Cirilo, Basilio, Anselmo
Y el llamado Boca de oro,
Bernardo, Buenaventura
Y el gran Tomás é Ildefonso.
Sentóse Martín, seguro
De que el Rey le haria buen rostro,
Porque con su media capa
Le cubrió mendigo y roto.
Clemente, Cleto, León
Y Nicolás el piadoso,
Todos á comer se asientan;
Que es la mesa para todos.

Fundadores.

Llegan otros patriarcas,
Vencedores de sí mismos,

R. y C. S.

Ricos que se hicieron pobres,
Pobres que se hicieron ricos.
Entró Benedicto el casto,
Que es con razon benedicto,
Pues goza las bendiciones
Del fruto de tales hijos.
Al cuello con su rosario
Llegó el ilustre Domingo,
Que es en la guerra del cielo
Guzman del capitán Cristo.
Con las insignias del Rey
Entró el rey de armas Francisco,
Descubriendo en campo blanco,
Ardiendo, topacios cinco;
Los soldados que le siguen
Son tantos y tan lucidos,
Que pueden á sangre y fuego
Conquistar el paraíso.
Entró el profeta Eliseo
(Porque Elias se está vivo)
Con las flores del Carmelo,
Rosas, claveles y lirios.
Entró aquel mudo cartujo,
Que comer carne no quiso,
Para quitar esforzado
Las fuerzas á su enemigo.
Entró el mínimo de Paula,
Mas de luceros vestido;
Que Dios al humilde ensalza,
Como humilla al presumido;
Entró Ignacio de Loyola,
Que con ingenio divino
Puso con Dios compañía,
Y ganó en ella infinito.
Muchos otros fundadores
De otros órdenes distintos
Se sentaron á la mesa
Con todos sus escogidos.

Eremitas.

Del yermo y la soledad
Mil valentones llegaron,
Que poblaron los desiertos,
Y los pueblos despoblaron.
Con mil gloriosos despojos
Llegó el venerable Pablo,
Que en las guerras de la carne
Siempre anduvo muy soldado.
Luego el invencible Antonio,
Que fué un hombre desgarrado,
Que con el demonio mismo
Muchas veces salió al campo;
Panuncio, Hilarion, Egidio,
Simeon, Onofre y Macario,
Con todos los desta clase,
Que se preciaron de bravos.
Muchos castos continentes
A aquestos acompañaron,
Muchos parcos confesores
Y muchos buenos casados.
Los meninos de su alteza
A la mesa se sentaron,
Que se nacieron de piés.
Pues en flor se los llevaron.
Ninguno quedó en la corte
Que no fuese convidado;
Porque todos santos son,
Y es fiesta de Todos Santos.
Después de sentados todos,
La bendición les echó,
Y todos le bendijeron;
Que allá todo es bendición.
Es el pan todo sustancia,
Pan de la harina de flor;
Que, como es pan de la boda,
De alegría lo llenó.
El vino todo es del santo;
Mas el solo santo es Dios,
Cuya divina dulzura
Embriaga en su afición.
Los principios son sin él,
Y frutas de un árbol son;

Que es el árbol de la vida,
Que doce al año llevo.
Apenas su Majestad
Un plato les descubrió;
Cuando con un plato solo
Los convidados hartó.
Sirvióles el ave fénix,
Ave de que no hubo dos;
Que, aunque son tres las personas,
Todas tres solo un Dios son.
Un corderico de leche
Tras aquesto les sirvió;
Pero con clavos asado,
Porque les sepa mejor.
Tras esto les sirvió lenguas,
Que las lampreó el amor,
Desde que á su amada Esposa
Por Pascua las envió.
En solos estos tres platos
Cuanto pudo dar les dió,
Pues ellos no desean mas,
Ni tiene mas que dar Dios.
A todos sabe igualmente,
Digo, el esencial sabor,
Si bien come el menor menos,
Y come mas el mayor.
Comen vida, comen gloria,
Comen paz, comen amor,
Comen á Dios, y comiendo,
Cada uno se hace un Dios.
El postre desta comida
Ni se verá ni se vio,
Porque jamás hubo postre
En lo que no se empezó.
Almas, á este real banquete
Todas convidadas sois;
Venid con ropas de boda,
Ved que os va la salvacion.
Del Esposo que os aguarda
Oid la divina voz;
Que la mesa os tiene puesta
Y abierto su corazón.

VALDIVIELSO.—*Romancero espiritual.*

303.

Á SAN PEDRO APÓSTOL.

Queriendo el Señor del cielo
Su iglesia edificar
En medio del mar del mundo,
Porque firme pueda estar,
Sin que sea contrastada
Ni se pueda derribar,
Escoge de su colegio,
El, como piedra angular,
A Pedro, pescador pobre,
Vista su fe singular,
Para piedra de su Iglesia,
Que siempre ha de pelear
Con los fieros enemigos
Que la quieren asolar.
Dale las llaves del cielo,
Para que pueda cerrar
Y abrir á todas las almas
Que allá quisieren entrar.

UBEDA.—*Cancionero.*

ROMANCES EN LOOR DE LOS SANTOS APOSTOLES.

304.

DE LA NEGACION Y LÁGRIMAS DE SAN PEDRO.

Vendido entre sus contrarios
Y atado está el Dios de amor,
Padeciendo como hombre
Y sufriendo como Dios.
Entre los golpes y azotes
Del atrevido escuadron,

Oye que le niega Pedro,
Y volvió el rostro á la voz.
Clavó los ojos en él,
Y clavóle el corazón,
En vez que él hizo de un poste
Cruz en que á Cristo enclavó.
Encontráronse los ojos,
Y sin hablarse los dos,
Cristo dió quejas á Pedro,
Pedro se las confesó.
De la tierra de su pecho
Sube uno y otro vapor,
Que, hechos nubes, se resuelven
En agua de contricion.
El pecho de Pedro, piedra,
En cera se convirtió,
Y comenzó á derretirse,
Como daba en él el sol.
Huyó Pedro de palacio
Por huir de la ocasión
Y por ver que fuera de él
Culpas se lloran mejor.
Hizo de una cueva cárcel,
Potro de su confesion,
De la memoria verdugo,
Que siempre le atormentó;
Fué de lágrimas su pan,
Su bebida de dolor,
El plato sus blancas canas,
En que cada día comió;
A la voz del ronco gallo
Come Pedro su ración,
Y á pan y agua cada día
De sus ojos ayunó.
Hechas dos lenguas sus ojos,
Y en ellos su corazón,
Lo que negó con la una,
Confiesa así con las dos:
« ¡Ay, ofendido Dios mio!
Ay, mi negado Señor!
Ay, pan mal agradecido,
Y mas que sé que el pan sois!
Temo, Dios desconocido,
Aunque yo solo lo soy,
Como á las cinco no cuerdas,
Que me desconozcais vos.
Quejoso estáis, Jesus mio,
Y sé que teneis razon,
De que os niegue el mas amigo
En el peligro mayor.
Señor, que os vendiera Júdas,
Hizo en fin como ladrón;
Pero que os negara Pedro,
Que os conoció en el Tabor;
Pedro, el que solo entre todos
Declaró en su confesion,
Ante escribano y testigos,
Que érades Hijo de Dios;
Pedro, á quien vos, obligado
Por esta declaracion,
De la Iglesia universal
Le hicistes un vice-Dios.
¡Echaréisme fuera de ella,
Como indigno poseedor,
Sin que me valga la iglesia,
Siquiera por malhechor?
¿Qué sentirá vuestra Madre
Cuando la digan que yo,
Como siervo desleal,
Negué al Hijo que parió?
¿Qué pena que sentirá
Quien me mostró tanto amor,
De que en mi seso y mis canas
Cupiese tan gran traicion!
Dirá que esto se merece
El que de mí se fió,
Y que, pues soy hombre bajo,
Que hice al fin como quien soy.
Dirá: « ¿Qué podía esperarse
De un desaucho pescador,
Sino que habia de negaros
En la primera ocasion? »

Dirá: — ¿Es posible que Pedro,
Pedro, aquel que blasonó,
El que lavaste los pies,
El que vuestro pan comió? —
Dirá: — ¿No bastaba un Judas,
Sin que, juntándose dos,
Uno os venda Dios y hombre,
Y otro niegue que lo sois? —
Dirá: — Si Pedro fué piedra,
Que no era fina mostro,
Pues al golpe de una esclava
Su falsedad descubrió. —
¿Dirá aquesto vuestra Madre?
Bien sé que diréis que no;
Que es de cándida paloma
Su paciencia y condicion;
Antes parece que suena
En mis orejas la voz,
Para que perdon os pida
Alentando mi temor.
Parece que dice: — Pedro,
Si negaste á tu Señor,
Mas vale vergüenza en cara
Que mancilla en corazon;
Y si tú no lo conoces,
Yo le conozco mejor;
No mueras en negativa,
Llega, pídele perdon.
En el poste que le ves
Su espada aguda embotó,
Y mas, que en almas que lloran
Nadie dirá que cortó.
Y cuando el poste sacara
Los filos de su rigor,
¿Qué fuerza tendrán las manos
Del que atárselas dejó? —
Pues vuestra madre Maria
Alenta mi turbacion;
Y para con vos, Dios mio,
Me asegura su favor;
Y si por no tener manos,
Con vuestros ojos, Señor,
Parece que de la capa
Me estáis deteniendo vos,
Pequé, Jesus, Jesus mio;
Pequé, ofendido mi amor;
Pequé, y de lo que pequé
Solo sabeis mi dolor;
En esas manos atadas,
Señor, á ponerme voy,
Que lo están para el castigo,
Aunque no para el perdon.
Si os desconoci, Rey mio,
Dáos á conocer por Dios;
Ved que en perdonar mis culpas
Conoceré que lo sois;
Y si es, Dios, que en mi caída
Quereis que tome leccion
De perdonar las ajenas,
Pues que pontífice soy,
No digo yo siete veces,
Como ya os pregunté yo,
Ni siete veces setenta,
Como respondistes vos;
Mas cuantas veces viniere
A mis pies el pecador,
Aunque venzan las estrellas,
Tendré dellos compasion;
Que sé que os haré tisonja
En ser gran perdonador,
Y en serlo pareceré
Mas substituto de Dios.
Señor, hablad á esta piedra,
Pues en dureza lo soy,
Porque brote vivas fuentes,
Cual la que Moisés hirió.
Sal y piedra me llamastes,
Y llevo á sospechar hoy
Si me he convertido en piedra,
Como la mujer de Lot.
Temo por piedra pesada,
Que, imitando á Faraon,

Que ha de sepultarme el mar
Donde á él le sepultó.
Siete ojos de una piedra
Un profeta descubrió;
¡Ay Dios, si para llorar
Tuviera otros tantos yo!
Piedra de escándalo he sido;
Pero ya tan otro soy,
Que he de serlo de refugio
Al tímido pecador. »
Desta suerte lloró Pedro,
Y tan buena la alcanzó,
Que supo de la justicia
Que por vencida se dió.
En sus lágrimas sin duda
Estuvo su salvacion,
Porque á lágrimas jamás
Supo Dios decir que no.

VALDIVIELSO. — *Romancero espiritugl.*

305.

Á SAN PABLO.

Bravo, furibundo y fuerte,
De un loco furor guiado,
Guiado de su apetito,
Y de su Dios olvidado;
Con furia que espanta al suelo,
Los cielos amenazando,
El fuerte Pablo se parte
A la ciudad de Damasco
Con intencion de asolalla
Sin ningun temor humano.
No mirando que el que huye
De Dios va mas cerca al daño.
Hacia temblar la tierra
El espumoso caballo;
Para la ciudad aguija;
Pero Dios, que le ha mirado
Con sus piadosos ojos,
Y no le tiene olvidado,
Y allá en su mente divina
Le tiene predestinado
Para que fuese en el mundo
Rico y escogido vaso,
Dióle luz al alma ciega,
Y los ojos le ha alumbrado,
Y no sin misterio grande
En tierra le ha derribado,
Para levantarle luego
A su sacro apostolado,
Y hacerle, como le hizo,
Entre ellos bien señalado.

UREDA. — *Cancionero.*

306.

Á SAN PEDRO Y SAN PABLO.

Ese Neron cruel, tirano,
Que en Roma entonces tenia
La silla, renombre y fama
De toda la tirania;
Como siempre tales hechos
Y otros mas fieros hacia,
No sabiendo estar ocioso,
Buscaba modos y vias
Cómo derramar la sangre
Del que no lo merecia;
Y así prende á Pablo el fuerte,
Y á Pedro, que le seguia;
A entrambos juntos ordena
Dalles la muerte en un dia.
Pablo degollado muere,
Que de nobles descendia,
Y á Pedro crucificado,
Que así pedido lo habia
Para morir de la suerte.

Que el buen Jesus muerto habia.
 Allí las dulces razones
 Que á la santa cruz decia,
 Los amorosos requiebros,
 El contento y alegría
 Que de pasar el martirio
 Dentro del alma sentia,
 Al mas duro corazon
 Cual blanda cera volvia.
 Dicele : « ¡ Oh cruz ! dulce palo
 De inmenso precio y estima,
 Donde murió el inocente
 Que al mundo á pagar venia
 Por los pecados y ofensas
 Que él cometido no habia ;
 A este discipulo suyo,
 Aunque no lo merecía,
 Soberana Cruz preciosa,
 Recibe en su compañía,
 Arbol celestial divino,
 Que diste fruto de vida. »

UBEDA. — *Cancionero.*

307.

Á LOS MISMOS SANTOS.

Montes altos de la Iglesia,
 Veaisos aljofarados
 Con el rocío del cielo,
 Gruesos y fertilizados,
 Pues que en vosotros murieron
 Tantos fuertes y afamados
 Apóstoles, y os dejaron
 De sangre suya bañados,
 Que della suben al cielo
 Unos vapores sagrados,
 De los cuales ama Dios
 De su gracia los fiublados ;
 Pues dichoso nuestro suelo,
 Que ya no verá apartados
 Los ojos deste Señor
 De sus valles y collados,
 Pues que él mismo le envía
 Los que son del tan preciados,
 Por quien encaminará
 Gracia y dones estimados,
 Si no le somos ingratos,
 Por tan buenos abogados.

EL MISMO.

308.

Á SAN ANDRÉS.

Miraba con grande amor
 Cristo á san Andrés un día ;
 Mirábase echar las redes
 Con que el pescado prendia ;
 Llámale presto á que venga
 A otra pesca mas crecida.
 Dejó luego aquel oficio,
 Y siguió su compañía,
 Do fué muy aventajado
 En cantidad y doctrina,
 Y fué gran predicador
 En Tracia y la tierra argiva,
 Do convirtió mucha gente
 A la santa fe divina
 Con ejemplos y milagros
 Y perfectísima vida ;
 Pero en Geas un tirano
 Su predicar resistía,
 Y ruégale sacrifique
 A ídolos que tenía ;
 Antes quiere Andrés morir,
 Porque en solo Dios confía.
 Mandóle sacrificar
 Con soberbia y fantasía ;

Luego con la cruz el Santo
 Al martirio se ofrescía,
 Y con ella su requiebro.
 « ¡ Oh cruz santa ! le decia,
 ¡ Oh cruz querida y amada !
 Oh cruz de muy grande estima !
 Muy admirable entre todas,
 Pues has sido enriquecida
 Del cuerpo de mi Señor,
 Y de su sangre teñida ;
 Cruz muy mas hermozeada
 Que con esmeraldas finas,
 Recibe mi cuerpo presto,
 Porque vaya el alma mia
 A ver la divina Esencia
 Y eterna Sabiduria. »

UBEDA. — *Cancionero.*

309.

Á LOS SANTOS APÓSTOLES.

Aquellos once pilares
 En nuestra fe sacrosanta,
 En el divino colegio
 Con caridad extremada,
 Despues que vieron la lumbre
 Del Sol divino eclipsada,
 Y que su Maestro y Señor
 Del huerto preso llevaban,
 Como ovejas sin pastor,
 Que se van de la manada,
 Se salen huyendo todos
 De aquella gente malvada.
 Desea Pedro seguir
 De su Maestro las pisadas ;
 Con la Virgen queda, él virgen,
 Para haber de acompañarla.
 Tómé, Andrés, Diego y Felipe,
 Simon y Matias andan
 Con gran temor y recelo
 Y con una pena extraña
 De ver preso á su Señor,
 A quien todos tanto amaban ;
 Confusos, sin alegría,
 De Hierusalem se apartan.

EL MISMO.

310.

AL GLORIOSO APÓSTOL SANTIAGO.

Dios te dé ventura, España,
 Sobre las aguas del mar ;
 Dios te dé pecho invencible
 Y esfuerzo en el batallar ;
 Déte capitanes viejos,
 Que te sepan amparar ;
 Déte á tu patron Santiago,
 Que te quiera gobernar ;
 Bien solia en las batallas
 Él el primero se hallar,
 Y en medio de la morisma
 Tu estandarte levantar.
 No temas, buen rey Felipe,
 Con tus soldados marchar
 A ese ciego paganismo
 A rendirle y sujetar.
 Contigo será Santiago
 En te regir y ayudar ;
 La delantera en tus guerras
 El la tiene de llevar.
 Los pifanos y atambores
 Comiencen á resonar ;
 Hágase gente lucida
 Y animosa en pelear ;
 Armense galeras gruesas,
 Para en ellas navegar ;
 Júntese una armada fuerte,
 Que al Turco haga temblar ;

Y aunque nos exceda en gente
No debemos desmayar.
Démole una rociada
Con un gentil disparar
De bombardas y arcabuces
Al tiempo del asomar;
Sepan que de artillería
Sabemos muy bien jugar.
Santiago, á ellos vamos,
Que no osarán esperar;
Si la fe de Dios quisieren,
Las vidas podrán salvar.

UBEDA.—Cancionero.

314.

EN ALABANZA DEL MISMO SANTIAGO, EN SU DÍA, ESTANDO
DESCUBIERTO EL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

Muy de caballeros es,
Diego, servir á las damas,
Y mas si por parentesco
Les toca ser de su casa.
Ana, madre de la Reina,
Hace una fiesta mañana,
Y siendo suya la fiesta,
Os toca regocijarla.
El Príncipe sale en cuerpo,
Vestido de tela blanca;
Que gusta de hallarse en ella
Descubierto por honrarla.
Para fiesta tan solemne
Apercibid vuestras galas;
Ved que es razon que esta tarde
Haya carrera en la plaza.
De los doce de la boca,
Diego, el primero pasalda,
Porque en palacio sin duda
Por veros harán ventana.
Pues que sois de los privados
Que el Rey á su lado saca,
Del Tabor para sus glorias,
Del huerto para sus ansias;
Pues que teneis en el Rey
Pretensiones tan honradas,
Que con parientes en corte
Aun moris para alcanzarlas;
Pues que pretendéis su copa
Y empenais vuestra palabra
De hacer tan buenos servicios,
Que el Rey la merced os haga;
Pues prometéis por cubrillos
Hacer tan nobles hazañas,
Que cubrillos y sentaros
Lo merezcáis por la espada;
Pues prometéis, como noble,
Sin miedo echaros al agua,
Y pasar por el martirio,
Por mas que os dé á la garganta;
Honrad estas fiestas, Diego,
Como digno nieto de Ana,
Pues por otro nieto suyo
La corte la trae con palmas.
El hábito y encomienda
Me dan segura esperanza
Que perderéis la cabeza
Para ganar del Rey gracia.
Mirad, segundo Jacob,
Que el cielo os echa otra escala,
Para que subais por ella
A la silla deseada.
Toda la corte os espera,
Santiago, cierra España,
Pues que su alteza el primero
Solo la carrera para.
Alegrad á vuestra abuela,
Que se alegrará en el alma
Que corrais tras vuestro primo,
El primero de su casa.

VALDIVIELSO.—Romancero espiritual.

312.

AL MISMO SANTO, PATRON DE ESPAÑA.

Con la cristiana cuadrilla
El valiente español entra,
Armado de punta en blanco,
Por divisa su encomienda.
A los muros de Coimbra
Con el ejército llega,
Y entre la enemiga gente
Pasa como una saeta;
Y las campanas de la tierra
Al arma tocan apriesa.
Vitoria, España, vitoria;
Que tienes en tu defensa
Uno de los doce pares,
Mas no de nacion francesa.
Hijo es tuyo, y tantos mata,
Que parece que su fuerza
Excede á la de la muerte
Cuando mas furiosa y presta;
Y las campanas de la tierra
Al arma tocan apriesa.
Sobre el sol las del oriente,
Al tiempo que cien mil puertas
En los enemigos pechos
Deja con su lanza abiertas,
A todas partes acude;
Que con sola su presencia
Hace que el amigo viva
Y que el enemigo muera;
Y las campanas de la tierra
Al arma tocan apriesa.

ALONSO DE LEDESMA.—Conceptos espirituales.

313.

Á SAN JUAN EVANGELISTA.

De la humana tierra y baja,
Inculca por el pecado,
Una águila caudalosa
Tan alto vuelo ha tomado,
Que, penetrando los cielos,
En la Trinidad ha entrado,
Y dentro el pecho de Cristo
Sus ansias han descansado;
El cual, como estaba ardiendo,
De fuego de amor tocado,
A Joan, que reposa en él,
De tal suerte le ha abrasado,
Que de si mesmo le saca,
Y en fuego le ha transformado;
Con el cual tanto ama á Cristo,
Y de Cristo así es amado,
Que si él es de Cristo preso,
Tiene á Cristo aprisionado;
Y de allí tan encendido
Este pebete sagrado
Sale, que por todo el mundo
Suave olor ha sembrado.
Vase con pública voz
Ya del amor gloriando;
Hónrase con ser vencido
Del que á Dios ha derribado;
Pregónasen de Cristo
Ser publico enamorado.

UBEDA.—Cancionero.

314.

Á SAN JUAN BAPTISTA.

En esa gran Palestina,
Junto á un desierto arriscado,
Riberas del río Jordan,
Yace un pastor desgrefado,

El cabello nazareno,
 Rubio, crespo, envejecido,
 La barba espesa y crecida,
 Que nunca se la ha cortado;
 El rostro hermoso en facciones,
 Aunque moreno y tostado;
 La frente grande y rugosa,
 De la nariz afilado,
 La boca graciosa y chica;
 Su lenguaje es soberano;
 De pelambre de un camello
 Tejido trae un zamarro,
 Aspero, yerto, cerdoso.
 Con que el cuerpo trae domado,
 Con un pellejo de fiera
 A sus lomos apretado.
 Mas prodigioso en su arreo
 Que aquel rústico villano,
 Apenas andar sabia
 Cuando aborreció el poblado.
 Un yermo elige por casa,
 Por mullida cama un prado,
 Por colchon la grama y bemo,
 Y por cabecera un canto.
 El manjar que le alimenta
 Al mundo pone en espanto:
 Langostas y miel silvestre;
 No bebe sino de un charco.
 Para otear las ovejas
 De Israel á su rebaño
 Comienza á cantar un día
 Sobre una peña sentado,
 Y al son de su caramillo
 El mundo trae embelesado.
 En este santo ejercicio
 Está el pastor ocupado,
 Cuando vió venir al yermo
 Un escuadrón denodado;
 La custodia era de Heródes,
 Aquel sangriento tirano.
 A guisa viene de guerra,
 Hacia el pastor se ha llegado.
 Asenle por los cabellos,
 No se atreven al zamarro,
 Porque los ásperos pelos
 No lastimasen las manos.
 «Traidor, dicen, sois Baptista,
 Y por traidor encartado;
 El Rey os manda prender
 Y poner á buen recaudo
 Porque osastes poner lengua
 En su persona y estado,
 Diciendo que tenía cuenta
 Con la mujer de su hermano.»
 Métenle en un calabozo,
 Gravemente aprisionado;
 No pasaron muchos días
 Que Heródes ha celebrado
 Fiesta de su nacimiento
 (¡Si nunca fuera engendrado!);
 Ellos estando en aquesto,
 Un sarao se ha ordenado,
 En el cual danzó una infanta
 Con pensamiento dañado;
 Hija era de Herodias,
 Combleza de su cuñado.
 De ver danzar á la infanta
 Está el Rey regocijado;
 Dijole: «Pide mercedes;
 Nada te será negado,
 Aunque pidieses, la infanta,
 La mitad de mi reinado.»
 La rapaza, con consejo
 Que de su madre ha tomado,
 Pide luego la cabeza
 Del Precursor en un plato.
 Mandar llamar á un sayon,
 La cabeza le han cortado.

UBEDA. — Cancionero.

AL MISMO ASUNTO.

En el abismo profundo
 De su ser no limitado,
 En lo oculto de su esencia,
 De su eternidad cercado,
 Cuando Dios de sí gozaba,
 Antes del mundo criado,
 En el sacro entendimiento
 Fuistes, Joan, muy estimado;
 Allí tuviste este nombre
 Antes que fueses formado,
 Y antes que esta luz gozases
 Ni diceses aliento humano,
 En las maternas entrañas
 Fuiste, Juan, santificado.
 Diste de la luz noticia,
 Nuncio del alto Enviado,
 Voz clara que precedía
 Al Verbo Dios encarnado,
 Aposentador supremo
 Del Señor de lo criado,
 Padrino del mismo Dios,
 En el Jordan baptizado.
 Mayor fuistes que profeta,
 De humildad sacro dechado;
 Testigo fué verdadero
 Del Redentor deseado;
 Angel, mártir, penitente,
 Virgen, santo sin pecado,
 Predicador del Mesias,
 Por ejemplo al mundo dado;
 Fuistes el que en las naciones
 Sus rayos ha derramado.
 A Dios en ti conocemos,
 Por ti es Dios glorificado;
 De ti queremos favores
 De aquel reino sublimado.
 Gloria al Padre celestial,
 Gloria al Hijo mucho amado,
 Y al Espíritu amoroso,
 Que las almas ha guardado.

UBEDA. — Cancionero.

Á SAN FELIPE, APÓSTOL.

Cuando el sacro Verbo vino
 A remediar el pecado
 De nuestros primeros padres,
 De inobediencia causado,
 De los que antes escogió
 En su sacro apostolado
 Fuistes vos, Felipe, uno,
 De Dios, para Dios llamado,
 Haciéndoos puerta el cielo
 En quicio tan bien fundado.
 El amor que siempre os tuvo,
 Siempre le habeis declarado,
 Y el que vos á él tuvistes
 También se le habeis mostrado.
 Pues como el ingrato pueblo
 Hubo á Dios crucificado,
 Dando con su muerte vida
 A nos y muerte al pecado,
 Fuistes vos, divino apóstol,
 A los scitas enviado,
 Donde tan bien predicastes
 El Evangelio sagrado,
 Que convertistes al pueblo,
 Que antes estaba obstinado;
 De allí pasastes á Frigia,
 Donde, habiendo predicado
 Entre la gente cruel,
 El pueblo precipitado,
 Fué vuestro sagrado cuerpo
 Por ellos apedreado;

Moristes despues en cruz;
Cruelmente atormentado.

UBEDA. — *Cancionero.*

517.

A SANTA MARÍA MADALENA.

Triste, amarga y afligida
De haber contra Dios pecado
La bendita Madalena,
Visto del error pasado
La breve enmienda presente,
El corazon traspasado
De aquella aguda saeta
De Cristo, su enamorado,
Con que el alma hiere y llaga
Del que no tiene olvidado;
Cual suele la cierva herida
Del cazador ir buscando
De la fresca fuente el agua
Para su alivio y descanso;
Tal va en rastro de su Esposo
La pecadora llorando;
Y como el que mal ha hecho,
Y de vergüenza afrentado,
No osa parecer delante
De aquel que tiene enojado,
Por detrás llega, y se humilla
La que estaba en rico estrado,
Y los piés de Cristo riega,
Sus ojos fuentes tornando,
Y con sus rubios cabellos,
Con que á tantos ha enlazado,
Los regala, enjuga y limpia;
Y así perdon ha alcanzado,
Por su fe viva y eterna,
De sus culpas y pecados,

EL MISMO.

518.

Á SAN ESTÉBAN.

Estéban, un lapidario,
Muerto por recoger piedras,
Y no de las orientales,
Sino de las desta tierra,
Hoy á la corte divina
Por mas ganancia las lleva,
Porque allá piedras que lleve
Tiene de vender Estéban.
Acá le tenían por loco,
Visto el precio por que merca
Toscos cantos mal labrados,
Duras piedras gujarreñas;
Y bien sabe lo que compra,
Pues le vemos hacer dellas
Rubies finos y hermosos,
Gruesas y lucientes perlas.
Una ventana rasgada
En el cielo tiene abierta
Con milagroso artificio
Para que mas luz le venga;
Que siempre los lapidarios
Trazan su luz de manera,
Que las sombras ni vislumbres
No les estorben ni ofendan;
Y como á Estéban le viene
Pura, medida y perfeta,
Saca sus piedras preciosas
Con mas valor y fineza.
Y no las laba con hierros;
Que este artifice profesa
Ni tomar hierro en sus manos
Ni colgarlo de su tienda;
Solo las laba con sangre,
Y de tal suerte las deja,
Que, siendo toscas y bastas;

Las vuelve lisas y tersas;
Y como es obra prolija,
Tanto espíritu le cuesta,
Que muere por Dios del cielo,
Segun lo que pasa en ellas.

ALONSO DE LEDESMA. — *Conceptos espirituales.*

519.

Á LOS GLORIOSOS MÁRTIRES SAN JUSTO Y SAN PASTOR, PATRONES
DE ALCALÁ DE HENÁRES.

Sospira el humilde Justo,
Que se le arrancaba el alma,
Y Pastor, su tierno hermano,
Que al martirio le acompaña;
Y aunque están sus cuerpos presos,
Mas los crece la esperanza
De ganar la vida eterna
Mediante la fe y la gracia.
El corazon les lastima
Ver que la muerte se tarda,
Por gozar de aquella gloria
Que por momentos aguarda.
Viéndolos el Padre eterno,
Que es el que fuerza les daba,
Socorriendo con su ayuda,
Desta manera les habla:
«No desmayéis, niños tiernos,
Ni hagáis agora mudanza,
Que si hoy padecéis tormento,
Tendréis descanso mañana,
Pues nadie fué coronado
Sin vencer en la batalla;
Que en los negocios del cielo
Tras morir viene la paga.»

UBEDA. — *Cancionero.*

520.

Á LOS MISMOS SANTOS.

Mientras Justo y Pastor viven
Se está muriendo Daciano,
Ese Daciano que tiene
Por sobrenombre Tirano.
Toda la saña y enojo
Que tiene con los cristianos
La muestra agora, cruel,
Con Justo y Pastor, su hermano.
Manda que les den la muerte
Juntos en un mismo campo,
Porque en la sangre del uno
El otro se esté volcando;
Y porque el fiero verdugo
Ejecute el cruel mandado,
Tienen los cuellos los niños
Encima de un duro mármol.
No le mueven ni le ablandan
Estas muertes al tirano,
Aunque ve que sus cabezas
La dura piedra ablandaron.

EL MISMO.

521.

Á SAN SEBASTIAN.

En aquel tiempo que á Roma
Todo el mundo obedecía,
Diocleciano y Maximiano
Imperaban y regian
La república gentil
Con gentil sabiduría.
Un caballero en la corte
Sobre todos florecia,
De sangre ilustre y muy clara,
Sebastian por nombre habia.
Con los dos emperadores

Muy gran privanza tenia;
 Pero, alumbrado del cielo,
 La vanidad conocía
 De las privanzas del mundo;
 Y así, con fe pura y viva
 Al Emperador eterno
 Ofrece su alma y vida;
 Ofrece el pecho animoso,
 Encendido en llama viva
 De amor de su Criador,
 Por quien con grande alegría
 Al tormento y al martirio
 Determinado partía.
 A do Marco y Marcelino
 Están ha allegado un día;
 Vió que padres y mujeres
 Les rogaban á porfia
 Dejasen la ley de Cristo,
 Por los tormentos que había.
 Entendió que los hermanos
 Muestra de flaqueza hacían,
 Y lleno de amor divino,
 Desta suerte les decía:
 «¡Oh caballeros de Cristo!
 Este es vuestro dulce día;
 No temais las amenazas
 De aquesta gente perdida;
 Que por esta breve muerte
 Gozaréis de eterna vida
 Con nuestro muy dulce Esposo,
 En la nueva hierarquia.»
 Oyendo aquestas palabras,
 Con esfuerzo y osadía
 Los dos hermanos desechan
 La parentela prolija;
 Y así, los martirizó
 Luego la inicua justicia.
 Por estas y otras obras
 Semejantes que hacía
 El caballero de Cristo,
 Por la fe que mantenía,
 Vivo le asietearon
 Con crueldad brava, esquivia;
 Tiranle tantas saetas,
 Que el cuerpo no se le via;
 Dejado le habían por muerto,
 Pero no lo permitía
 El Señor, por quien padece;
 Y así, librado le había.
 Volvió con mayor fervor,
 Sebastian, que antes solía,
 A exhortar á los cristianos;
 Pero la gente maldita
 A palos duros, crueles,
 Le privaron de la vida;
 Mas á gozar de la eterna
 Con Dios el alma subía.

UBEDA. — Cancionero.

522.

Á SAN JERÓNIMO.

En fuego de amor deshecho,
 De divina luz tocado,
 El alma y el pecho ardiendo,
 Por vivir desocupado
 De los trabajos del mundo,
 Y estar en Dios transformado,
 En oraciones continuas
 Días con noches juntando,
 Se va á vivir al desierto
 El glorioso ermitaño,
 Hierónimo, cuya vida
 Cielo y tierras ha espantado;
 Cuya aspera penitencia
 Era mas que de hombre humano,
 Cuyas lágrimas tenían
 El suelo de agua bañado,
 Cuyo blanco y tierno pecho
 Un duro y fiero guijarro,
 De los golpes y heridas,

Le había en piedra tornado.
 Este es aquel vivo ejemplo,
 Este el natural traslado
 De aquel rigor y aspereza
 Que ha de hacer por el pecado
 El que allá en la vida eterna
 Quisiere ser coronado.

UBEDA. — Cancionero.

523.

Á SAN ILDEFONSO, ARZOBISPO DE TOLEDO.

Armando están caballero
 A Ildefonso toledano
 En el templo de la Virgen,
 En un altar soberano.
 Arnés tranzado le visten,
 Hermoso, rico y dorado;
 Con la sobrevesta roja,
 Yelmo y plumas va galano.
 Capitan era famoso,
 Ilustre y muy señalado,
 Que las armas de la Iglesia
 Las usó de muy temprano;
 Prudente y diestro guerrero,
 Venturoso y esforzado,
 Que mató dos fieras bravas
 Por su persona y su mano.
 Caballero es de la Virgen,
 Y ella misma le ha arreado
 Con un arnés de valía,
 Celestial y mas que humano.
 Hácele grandes favores
 A su capellan sagrado,
 Para que sea temido
 Del judío y del pagano.
 Hácele su tesorero,
 Y entre todos mas privado.
 Honrado queda Ildefonso,
 El venerable y anciano;
 Si saliere á alguna guerra
 Contra lo que él ha impugnado,
 A ella saldrá Ildefonso,
 Armado á lo cortesano;
 El tomará la bandera
 Y el estandarte cristiano,
 Y al infiel paganismo
 Lo deja todo asolado.

EL MISMO.

524.

Á SAN BERNARDO.

Por su virtud y limpieza,
 El melituo san Bernardo,
 Por su devoción tan alta
 La Virgen un don le ha dado.
 Hizole su capellan
 Muy querido y regalado,
 Y estando ante él un día
 En oración trasportado,
 Puso la Virgen la mano
 En su pecho consagrado,
 Y con su divina leche
 Los labios le ha rociado,
 Y de su precioso Hijo
 También fuera muy amado,
 Tanto, que estando de hinojos
 Ante un crucifijo hincado,
 Por el bien de nuestra Iglesia
 Con gran dolor sospirando,
 Y sus hermosas mejillas
 Con mil lágrimas bañando,
 Al punto el brazo derecho
 El Cristo ha desenclavado,
 É inclinando todo el cuerpo,
 A Bernardo le ha abrazado;
 Pero no era nada ingrato
 A aquestos bienes Bernardo,

Porque siempre procuraba
Vivir á Dios allegado.
Era tan lindo y hermoso,
De tantas gracias dotado,
Que llegando á una posada,
Después de haberse acostado,
Una dama de la casa
En su aposento se ha entrado,
Vencida de amor lascivo;
Blandamente le ha hablado.
Mas con ánimo Bernardo
Grandes voces había dado,
Diciendo que había ladrones,
Y luego se había tornado
La triste dama huyendo;
Mas otra vez ha probado,
Y otra, mas no le aprovecha;
Que el glorioso san Bernardo
Con aquel mismo remedio
De la dama se ha librado.
Al punto que amanecía
Del lecho se ha levantado,
Dando á Dios dos mil loores
Porque así le ha librado
De tentación tan terrible
Con triunfo tan sublimado.

UBEDA. — *Cancionero.*

325.

AL SERÁFICO PADRE SAN FRANCISCO.

Francisco, dulce, amoroso,
Del mundo y de sí olvidado,
Toma cuidados de amor,
Que el corazón le han llagado;
Cual al blanco, amor de Dios
Al corazón ha tirado;
Desque le vió bien herido,
Piés y manos le ha enclavado.
Cristo le hirió con su llaga,
Abrióle el mismo costado,
Porque sus dos corazones
Con nada se han apartado.
Hincóle sus clavos mismos,
Dejóle consigo atado
Con clavos de tal amor,
Que morirá, y no apartado.
Aquel asirse con Dios,
El ser del aprisionado,
Aquel no querer soltarle,
Aquel dulce ser amado,
Aquella bondad de Cristo,
De sí le tiene olvidado;
Trocóse en Cristo Francisco,
Amó y quedóse llagado.

EL MISMO.

326.

AL MISMO ASUNTO.

Un mancebo mercader
Quiso casarse en su tierra;
Dos casamientos le traen
De dos hermosas doncellas.
La Humildad llaman la una,
La otra llaman la Pobreza,
Damas que Dios quiso tanto,
Que nació y murió con ellas.
La Humildad le ha prometido
La silla que por soberbia
Perdió en el cielo Luzbel,
Para que se siente en ella.
La Pobreza le promete
En dote la vida eterna;
Que después de darse Dios,
No tiene mayor riqueza.
Con entrambas se desposa,
Habiendo sido tercera
Del dichoso casamiento

La castidad que profesa.
Cristo viene á ser padrino,
Dando á Francisco por prenda
Del dote sus cinco llagas,
Que es cuanto ganó en la tierra.
Hácese las escrituras,
Y escribe Dios de su letra
En sus piés, costado y manos
Lo que ha de haber de su hacienda.
¡Oh, qué rico mercader,
Pues Cristo mismo confiesa
Con cinco firmas de sangre
Que está pagada la deuda!
¡A la boda, á la boda,
Virtudes bellas;
Que se casa Francisco,
Y hay grandes fiestas!

LOPE DE VEGA. — *Romancero espiritual.*

327.

Á LAS LLAGAS.

Al tiempo que el alba llora
Sobre azucenas y lirios,
Y con letras de diamantes
Hojas escribe en jacintos;
En las montañas que Alberno
Corona de ásperos riscos,
Que para llegar al cielo
Forman de nieve obeliscos,
Dando silencio á las aves,
Ya en las ramas, ya en los nidos,
Que para aprender amores
Suspenden sus dulces silbos;
Enmudeciendo las fuentes
Aquel sonoro ruido,
Porque impedir los amantes
Nunca fué de pechos limpios;
Francisco á Cristo pedía
(Enamorado de Cristo)
Le diese sus mismas penas,
Por ser su retrato vivo;
Cuando rompiendo los aires
Un serafín crucifijo,
Llegó á su pecho seis alas,
Aunque eran sus llagas cinco.
Francisco, dejando el suelo
Todo en éxtasis divino,
A cinco flechas de amor
Rinde los cinco sentidos.
A las tres de los tres clavos
Dar sus tres potencias quiso,
Que para el costado el alma
Le parece el propio sitio.
Entonces con fuego ardiente
El serafín encendido,
Haciéndose todo un sello,
Con ser su ser infinito.
Imprimióle como estampa,
Viéndole papel tan limpio,
En el cuerpo á Cristo muerto,
Y en el alma á Cristo vivo.
Tal suele obediente cera
Mostrar el blason antiguo
Sobre la nema á su dueño,
En un instante esculpido.
Quedó Francisco sagrado
Como aquel lienzo divino,
Que si allí imprimió su sangre,
Aquí sus dolores mismos.
Y para mayor favor,
Mas honrado en el martirio,
Pues le dió el hombre las llagas,
Y el mismo Dios á Francisco.
¡Oh serafín soberano,
Glorioso aun estando vivo,
Pues la llaga del costado
Se la dieron muerto á Cristo!
Si vivo las cinco muestra,

Es cuando glorioso vino,
Ya triunfador de la muerte,
Con los despojos del limbo.
Si la silla que en el cielo
Perdió Luzbel por altivo,
Por humildad ocupastes,
Luz sois en el cielo impíreo.
Vos os hicisteis menor,
Pero Dios tan grande os hizo,
Que el sol, pisado de vos,
Piensa que lo pisa Cristo.
Ajustado Dios con vos,
Como Elías con el niño,
Resucitó la humildad
Que profesan vuestros hijos.
¡Qué ejemplo un Buenaventura,
Un Antonio, un Bernardino,
Un Diego, un Julian y tantos
Pontífices y arzobispos!
Cielo es vuestra religion,
Y como sol habeis sido;
Quereis que haya luna clara
Mas que su mismo apellido;
Pues si sus muchas estrellas
Son mártires infinitos,
Como las llagas parece
Que el imperio habeis partido;
Y por eso tantos reyes
Sobre sus brocados ricos
Pusieron vuestro sayal
Por mas precioso vestido.
Vuestro cordon es la escala
De Jacob, pues hemos visto
Por el ruido de sus pasos
Subir sobre el cielo impíreo,
No gigantes, sino humildes,
Porque su brazo divino
Levanta rendidos pechos
Y humilla pechos altivos.

LOPE DE VEGA. — *Romancero espiritual.*

528.

Á SANTO DOMINGO.

Como á caballero os trata,
Gran Domingo, vuestro amo,
Puesto que tirais sus gajes
Como los demás criados.
Con un recado os envía
Una noche, y quiérecos tanto,
Que un paje con una hacha
Hace que os vaya alumbrando.
Es noche oscura este mundo,
Donde nada se ve claro;
Que vapores de la culpa
Han todo el cielo añublado.
Es la calle de esta vida,
Por donde todos pasamos,
Desempedrada y dolosa,
Con mil hoyos y pantanos;
Y como naturaleza
Es torpe de piés y manos,
Si no tiene quien la adiestre,
Es imposible dar paso.
Vos llevais quien os alumbre
Para no recibir daño;
Que en tal noche y por tal calle
Es menester alumbraros.
Haced, Domingo, *dos luces*,
Váyase el paje despacio;
Que vienen muchos tras vos,
Y caerán *desalumbrados*.
Alumbrad al gran Tomás,
Y á Jacinto y sus hermanos,
Que á la luz de aquesta antorcha
Van siguiendo vuestros pasos.
Ya la calle desta vida
Habeis sin riesgo pasado,
Y llegado á vuestra casa,

Libre de peligro tanto.
Haced que se vaya el hacha
Con los que agora pasamos,
Siquiera por cortesía,
Pues sois caballero y santo.
Encargádsela á Tomás;
Que á fe que él sepa llevarnos
Por el mas limpio camino
Hasta ponernos en salvo.
Ya no será rodear;
Que, puesto caso que vamos
Por tan diferentes sendas,
Todos vamos á palacio.

ALONSO DE LEDESMA. — *Conceptos espirituales.*

529.

Á SAN AGUSTIN.

Desnudos cuadernos de hojas,
Que verdades manifiestan,
Sofisticos argumentos,
Largo estudio, vanas letras;
Ciencia que la luz me ascondes,
Mal estudiadas materias,
Interpretaciones falsas,
Dioses mudos, vida ciega;
Huyendo fui de vosotros,
Cargada el alma de ofensas,
Buscando quien me sanase
De semejante dolencia.
Hallé por mi bien la fuente,
Do me limpié de mi lepra;
Que tienen virtud sus aguas,
Por nacer de viva piedra.
Abriéronseme los ojos,
Y saqué por experiencia
Que en estas se salva el hombre
Y en esas vuestras se anega.
Bien sé que esta mi mudanza
Llamaréis pretension necia,
Y juzgaréis á locura
La cosa mas sana y cuerda;
Que, como no teneis luz,
No veis mi ventura cierta
Ni los regalos que tuve
En dejando vuestra seta.
Pedi perdón, y alcancéle;
Que mi ley suave y nueva
Este alivio dió á mis daños,
Y á mi mal esta respuesta.
Un tiempo me aborreció,
Mas ya me quiere y me precia;
Que es propio de un venturoso
Hallar quien le favorezca.

EL MISMO.

530.

Á SANTA MÓNICA, MADRE DE SAN AGUSTIN.

De lo hondo del abismo
En que estaba sepultado,
El alma, la virtud muerta,
El corazon obstinado,
De la salvacion eterna
Y de su Dios olvidado,
Al bien eterno dormido,
Y despierto al mal y daño,
Con los importunos ruegos
Que la madre le ha enviado,
Le saca, de amor movido,
Con su poderosa mano.
El que rige cielo y tierra,
Y el que todo lo ha criado,
Y dale luz con que vea
En la ceguedad que ha estado,
Y hácele entre los suyos
Muy rico y aventajado.
Hácele que gozar pueda

De lo que por su pecado
Del todo había perdido,
Si no lo hubiera ganado
Con su conversión divina
Augustino el esforzado,
Doctor de la Iglesia santa
Entre todos señalado.

UBEDA. — Cancionero.

551.

Á SAN JOAQUIN.

Ya se acercaba Joaquín
A aquella puerta dorada,
Donde tuvo á su querida
Tan dulcemente abrazada,
Y para mayor consuelo,
Un ángel les acompaña,
Para que el divino efecto
Divinamente se haga;
Cobró allí lo que no pudo
En toda la edad pasada,
Y la vieja planta estéril
Nuevos pimpollos echaba,
De cuya flor sale el fruto
Que la tierra deseaba,
Para sanar la dolencia
Que nos causó la manzana.

EL MISMO.

552.

Á SANTA INÉS.

Gritos se dan en Tarpeya,
Por toda Roma se oía,
Que á una niña de trece años
El Pretor prender hacía.
¡Qué tiranía!
Es hija de nobles padres,
La hija Inés se decía,
Es de rostro muy hermoso,
Mas en fe respandecía.
¡Qué tiranía!
Por Jesucristo, su esposo,
A la muerte se ofrecía;
No teme al fiero tirano,
Que á morir la desafia.
¡Qué tiranía!
Antes con santas razones
Al Pretor le confundía;
Mándala el fiero tirano
Llevar á la mancebia.
¡Qué tiranía!
Y con pecho generoso
Estas injurias sufría;
Inflamada en santo amor,
En Jesucristo confía.

EL MISMO.

553.

Á LA MISMA SANTA.

Por el rastro de la sangre
Que de Inés virgen corría
Toda la Iglesia romana
Mostraba gran alegría;
Dije, que es rubi hermoso
De inestimable valía;
Y al cortarle la cabeza
Estas palabras decía:
«¡Oh, mi hermana Emerenciana!
Lo postrero que os pedía,
Que desde yo sea muerta
Me imitéis á mi en la vida.
Tomaréis mi corazón,
Que Jesús en él vivía;

Que esta es la prenda mejor
Que á tal hermana debía;
Que mi alma es del Cordero,
Cuyas pisadas seguía.»

UBEDA. — Cancionero.

554.

Á SANTA ÚRSULA.

En la ciudad de Colonia
Esperando Julio estaba
A Úrsula casta y pura
Para dale muerte airada,
Cual suele el hambriento lobo
Esperar la oveja mansa;
Y así, la virgen se ofrece
Con su virginal compañía.
Once mil lleva consigo,
Todas entran en batalla,
Y salen, aunque mujeres,
Con la empresa soberana,
Porque en su favor y ayuda
Al Padre Eterno llevaba,
A quien se había ofrecido
Antes de ser desposada.

EL MISMO.

555.

Á SAN IGNACIO DE LOYOLA.

Cuando esa grande Alemania
De herejes toda se ardia,
Que aquel perverso Lutero
Por ella esparcido había;
Cuando Africa y Europa,
Asia y los que en ella había
Irritan á todo el cielo
Con su grande tiranía,
Persiguiendo á nuestra Iglesia
Con su grande apostasia,
Inficionando á sus hijos
Con peste de rebeldía,
Se levanta un caballero,
Que Ignacio por nombre había,
Ilustre y de noble sangre,
Diestro en la caballería,
De un ánimo invencible
Cual esta empresa pedía.
Discurre por ese mundo
Por ver si en él hallaría
Caballeros y soldados
De fuerzas y valentía
Que la bandera de Cristo
Defiendan en compañía.
Hace luego se eche bando,
Que en todo el mundo se oía,
Que cualquiera que quisiere
Llevar á Jesús por guía,
Que su divisa y renombre
Luego al tal se le daría,
Y por dalles mayor brio,
De sí mencion no hacía.
Acuden muchos soldados
De gran precio y valentía
Con las armas y atambores
A lo que el bando decía;
Gente ilustre y valerosa
En letras y prelacia,
De toda suerte y estado,
Cual el bando lo pedía.
Cuando Ignacio vió á su lado
Juntarse tal compañía,
Con ánimo valeroso
A todos así decía:
«Caballeros esforzados,
A quien corazón dolía,
Mirad y tended los ojos
A los heridos que había;

Por tanto, gente esforzada,
Pues esta empresa no es mía,
Libertemos á los hombres
De tan grande tiranía. »

UBEDA.—*Cancionero.*

336.

AL MISMO SAN IGNACIO.

Siempre lo tuviste, Ignacio,
Seguir la caballería,
Siempre las grandes hazañas
Fueron de tu animosía,
Siempre ese pecho animoso
De mas alto fin se guía,
Siempre en toda cuanta empresa
Tu gran prudencia fué guía,
Siempre fué tu fortaleza
La que todo lo vencía,
Siempre en lo perdido, medio
Tu sagacidad ponía.
Nunca desmayaba Ignacio,
Nunca victoria perdía
Por falta de buen consejo,
Ni menos de valentía;
Pero nunca tan ilustre,
Nunca así acertado había
Como en la postrer jornada
Y nueva capitania.
Jesus le dió los soldados
De noble caballería,
Nuevo capitan le hace
De la santa Compañía;
Armale Jesus sus armas,
Y en su pecho se escribía,
Y á su costa y en su nombre
A él conquistar le envía.
Siempre va Ignacio el mas pobre,
Siempre sus gastos hacia
De aquella rica pobreza
Que á Dios prometido había;
Siempre el mas obediente,
A su obediencia regia
Un ejército tan noble,
Y con él cuanto quería.
Siempre el primero en las armas,
Y el postrero en despedirlas,
El que en las armas mas hizo,
Y aquel que mas lo encubría.
Siempre los graciosos hechos
Por su consejo se hacían,
Pero siempre el buen suceso
Ignacio á Dios refería.
Siempre su saber profundo
Y las ventajas que hacia
Con una risa severa
Su santidad encubría.
Siempre en todo mas que todos,
Solo en poco él se tenía,
Y con paternal clemencia
Hermano á todos se hacia.

EL MISMO.

337.

Á SAN IGNACIO DE LOYOLA, CUANDO COLGÓ LA ESPADA EN MONSERRATE.

En aquel monte serrado,
Donde gusta de vivir
Aquella serrana hermosa,
Mas bella que Abigail,
A cuyo niño le ponen
Una sierra, por decir
Que instrumentos de Josef
No los aparta de sí;
Un soldado vizcaino,
Y cansado de servir

Guerras del mundo, en Navarra,
Contra las flores de lis,
La espada al altar ofrece,
Porque se quiere ceñir
Armas que conquistan almas;
Que Dios se lo manda así.
Mirándole está Jesus,
Y la boca de rubí
Baño de risa y de gloria
Sobre tu blanco marfil;
Porque ver que un vizcaino
La dorada trueque allí
Por una cruz de madera,
Los niños hará reír.
Mas dicen que fué alegría
De ver que quiere esculpir
Su santo nombre en los pechos
Del mas bárbaro gentil;
Porque ha de hacer compañía
Que por él vaya á morir,
Desde la dichosa España
Hasta las islas de Olir;
Que adonde el fiero Luzbel
Sembraba torpe maíz,
Han de sembrar pan del cielo
Con ricas aguas de abril.
Mucho le pesa al soldado
De verse cojo al salir
A guerra tan peligrosa,
Que se han vuelto mas de mil;
Pero díjole una voz:
« Ignacio fuerte, partid;
Que no ha menester los piés
Quien ha de ser querubín.
Cubrid con alas la Iglesia,
Que el Jacob á quien servis,
De todas las religiones
Os quiere hacer Benjamin.
No se ha de preciar España
De Pelayo ni del Cid,
Sino de Loyola solo,
Porque á ser su sol venís.
El nombre teneis de fuego,
Mas no es mucho presumir,
Quien á Jesus acompaña,
De abrasado seráfin.
Haced vuestra compañía,
Y tomad el nombre aquí;
Que os esperan enemigos
En el Japon y el Brasil.
Los principios no os espanten,
Pues con tal nombre salís;
Que donde Dios da el principio,
Seguro teneis el fin.
A la envidia, aunque es tan fuerte,
Pisad la dura cerviz;
Que si es gigante la envidia,
Vos sois piedra de David. »

LOPE DE VEGA.—*Romancero Espiritual.*

338.

Á LA PURÍSIMA CONCEPCION DE NUESTRA SEÑORA.

Aquella flor espléndida,
Verde honor al jardín,
Suave lisonja al céfiro,
Rubia pompa al abril;
Rosa que supo, cándida,
En un punto exprimir
Puros fragmentos, ámbares
Del azar infeliz;
Leyes da al pensil diáfano
En solio de zafir,
Sobre esmeralda nitida,
Majestad de rubí,
Y á toda flor en nácares
Enciende su matiz,
Porque en respeto tímido
Le hace el color salir.

De verla, el clavel pálido,
Y corrido el jazmin,
Aquel, nevada es púrpura,
Y este es rojo marfil.
Da lo alegre en las márgenes
Que admiran al pensil,
Y en las fuentes lo músico
Da al alba que reir.
Sirena es dulce el pájaro,
Si no alado violín,
Que aquí florece citara,
Y suena flor allí.
Culto es á la flor mística,
Que, fénix carmesí.
Arde en pira aromática
Plumas de oro y carmin.

EL LICENCIADO VICENTE SANCHEZ. — *Lira poética; Lira sacra.* —
Zaragoza, 1688; 4.º

Porque teniendo tal saco,
Ya nada reste á tus glorias?
Quién eres tú, que desprecias
El noble estado que gozas
Para que tu salvacion
En mas buen estado pongas?
Quién eres, que al ver á tantos
Que en mar de ambicion zozobran,
Para ti un establo es tabla
Que te libra de sus ondas?
Quién eres? Mas no lo digas,
Que decir tu nombre sobra,
Pues tus heroicas virtudes
Que eres Isabel pregonan.

VICENTE SANCHEZ. — *Lira poética; Lira sacra.*

341.

Á NUESTRA SEÑORA, EN SU NACIMIENTO.

Ya la obscura y negra noche,
Llena de tristeza y miedo,
Huye por las altas cumbres
Y por los riscos soberbios;
Yo, con ser recién nacida,
Deste mundo la destierro,
Porque ya en mí reverberan
Los rayos del sol inmenso;
Y aunque me mirais tan niña,
Soy mas antigua que el tiempo,
Mucho mas que las edades
Y que los cuatro elementos.
Del principio fui criada,
Que es el sumo Dios eterno,
Y el primero lugar tuve
Después del sagrado Verbo.
Infinitos siglos antes
Que criara el firmamento,
Ya él á mí me había criado
En mitad de aquel silencio.
Su primogénita dice
Que soy el Santo y perfecto;
De su propia boca oí
Este divino requiebro.
Adornóme de virtudes,
Ricos tesoros del cielo,
Y en mí se estarán estables
Deste siglo al venidero.
Entonces vendré triunfante,
Pues al que es sol verdadero
Le di mis pechos y entrañas,
Y encendió de amor mi pecho.
Servile con grande amor,
Dile el corazón sincero
En la santa habitacion
Del limpio y santo Cordero.
Cubiertos tuve sus rayos,
Y aunque los tuve cubiertos,
Él mostró su inmensidad,
Yo mi limpieza y buen celo;
Premió tan bien mis servicios,
Que en el santo monte excelso,
Con él quiere que descanse
En el alcázar supremo.
Pisé sus piedras preciosas,
Y hollé sus dorados suelos,
Y á mí sola dieron silla,
Como Reina de aquel reino.
Recíbeme con aplauso,
Cantándome himnos y versos,
Diciendo que por antigua
Merezo el lugar primero;
Por antigua en la creacion
Y en ser de virtud ejemplo,
Por la primera en vencer
Al demonio torpe y feo,
Y porque fui la primera
Que me vestí el ornamento
De la limpia castidad,
É infinitos me siguieron.
Por mi humildad sacrosanta,

339.

Á LA NATIVIDAD DE NUESTRA SEÑORA.

Los balcones del oriente
Solicitaba una vez
El sol, mas no, sino el alba,
Envidia primera dél.
Nace, siendo flor luciente,
En la esfera del vergel,
Para ser florida estrella
En el empirio Aranjuez.
El cano estéril boton
Cándido rompe al nacer,
Siendo setiembre su abril;
Que hay flor que burla su mes.
No fueron lienzo los siglos
De su imagen, que el pincel
De Dios la pintó tan antes,
Que la madrugó en su ser.
Tan luciente la formó,
Que arrestado en luz cortés,
Se vió, siendo (no imperial)
Aguila empirea, Gabriel.
Laminas de firme plata
Calza la luna á sus pies,
Que hasta esmaltarlos, no tuvo
Su metal firmeza ó ley.
El sol en su pelo hermoso
Tempestad de soles ve;
Que en mar de tan altos rayos
Fuera un sol poco bajel.
Diadema de luces ciñe,
Porque no pudieran ser
Para un sol menos que estrellas
Las hojas de su laurel.

EL MISMO. — *Id., id.*

340.

Á SANTA ISABEL, REINA DE HUNGRÍA.

¿Quién eres, Judit cristiana?
Quién eres, húngara heroica?
Quién eres, pasmo á la envidia?
Quién eres, blason de Europa?
Quién eres, que cuando llegas
A ser de un príncipe esposa,
De un desprecio á toda gala
Haces gala en tales bodas?
Quién eres, que á sierva pobre,
De rica reina, te postras,
Aunque en ser de Dios esclava
Ningun yerro se te nota?
Quién eres, mujer divina?
Quién eres, di, que me asombra
En verte dejar la alteza
Por la merced que en Dios logras?
Quién eres, que á un saco humilde
La altiva limitas pompa,

Que á los mas humildes venzo,
Y por aquesta humildad,
Fui de Dios custodia y templo;
Porque fui claustro cerrado,
Donde Dios tuvo aposento
Para que el género humano
Saliese del cantiverio.
Haced fiesta, mis cofrades,
Que el nombre de Antigua quiero;
Estimadle y celebradle,
Que yo os daré el justo premio.
Y al templo antiguo y famoso
Que alcanza tal epíteto,
Enriquecedle vosotros,
Que vaya siempre en aumento.
Perseverad hasta el fin
En ser mis devotos rectos;
Que yo prometo de daros,
Por uno que me deis, ciento.

DON FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS.—*Urania*, Musa IX.

342.

Á SAN PABLO, ERMITAÑO.

Recostado en un bordon,
Que el flaco cuerpo sustenta,
Teniendo entre él y el pecho
Ambas manos sobrepuestas;
Torcidos y descompuestos
El cabello y barba luenga,
Si bien de color de nieve,
Insignia de su pureza;
Cubiertos los lasos miembros
De una túnica de jerga,
Los piés en el duro suelo,
La cabeza descubierta;
Arrugado el viejo rostro,
Cargada la frente y cejas,
Las mejillas tan sumidas,
Que una con otra se pegan;
La color anticipada
De la muerte que se acerca,
Mientras estos mensajeros
La posada le aparejan;
Con los ojos muy hundidos,
Mas la vista muy atenta
En un apacible arroyo,
Un ermitaño contempla;
Y viendo la mansedumbre
Con que al mar sus aguas lleva,
Sin que la furia del viento
Acá y allá las revuelva;
Ayudando con sus ojos,
A la corriente serena
Dice, temblando la voz,
Estas palabras discretas:
«Dichoso y manso arroyuelo,
Que desde tu fuente amena
Hasta que llegas al mar
No te turbas ni inquietas,
Llevando en ti retratadas
Las verdes plantas que riegas,
¡Qué mal juzgaran los ojos
Cuáles son las verdaderas!
Allá dentro de tus aguas,
Las avecillas que vuelan,
Parece que están tan vivas
Como están en la ribera.
Solo con su compañía
Te adornas y te contentas,
Porque á nadie falta mas
Que á aquel que mucho desea;
Sirviendo de claro espejo
Al que se mira en tus venas,
Satisfaces al sediento,
Y al caluroso recreas.
De la vida solitaria
Eres un dechado y muestra.
¡Venturoso el que te imita

Y le es grata tu llaneza,
Y como tú mansamente,
Sin agravio y sin ofensa,
Pasa la vida seguro,
Teniendo el alma quieta!
Que como tú en claras aguas
Cualquiera cosa se muestra,
Todo lo ve claramente
La pacífica conciencia.
En ti se retratan fieles
Sol y luna y las estrellas,
Y en el alma del humilde
Muestra Dios mas sus grandezas.
Nunca arrojas á la orilla
Escorias y cosas muertas,
Como el turbulento mar
Al tiempo que se inquieta.
El airado es como el mar
Cuando en cólera se ciega,
Que echa de sí mil secretos,
De que despues se avergüenza;
El humilde y solitario
No se enoja ni se altera,
Porque no se enciende el fuego
Cuando falta la materia.
Tiene el mar en sí mil peces
Que unos de otros se sustentan;
Unos se ofenden á otros,
Unos hacen á otros guerra.
Es figura del soberbio,
En quien continuo no cesa
Dentro de su pensamiento
Una reñida contienda.
No os perturba á vos aquesto,
Ni al humilde que os semeja,
En que solo un pensamiento
Hay, que es la vida eterna.
Yo me tengo por dichoso
De estar en vuestra presencia;
Que por gozarme con vos
Dejé mundo y parentela.
Soy Pablo... pero ¿qué digo?
¿Cómo el nombre se me acuerda,
Si no ha habido voz humana
De quien le oigan mis orejas?
Quiero callar, manso arroyo,
Que se me seca la lengua,
Y pagar con vuestras aguas
A la sed la justa deuda.»
Esto dijo, y abajado,
Con una concha pequeña
Sacó agua, y en bebiendo,
Otra vez mira y contempla.

FRAY ALVARO DE HINOJOSA Y CARVAJAL.—*Libro de la vida y milagros de santa Inés*.

343.

ROMANCES DE ALGUNOS PERSONAJES DE LA LEY ANTIGUA.

I.

Muy viejo estaba ya Isaac,
Y en una cama yacia;
Ciego estaba de los ojos,
Que ninguna cosa via;
Llamó al mayor de sus hijos,
Esaú, el que mas queria,
Y con una voz temblorosa
Estas palabras decia:
«Toma tu arco, mi Lijo,
Véte á cazar este dia,
Pues sabes que de tu caza
Con gran sabor yo comia;
Porque con mayor contento
Mi ánima te bendiga.»
Tomando el arco Esaú,
Por el campo se salia;
Lo cual oyó bien Rebeca,
Que á Jacob mucho queria.
Con gran prieta lo llamó,

Que en esta sazón dormía;
 Dijo: «Toma mis consejos,
 Hijo, y haz lo que diría;
 Y así habrás el mayorazgo
 De tu hermano, y mejoría.»
 Madre y hijo concertados,
 Un cabrito muerto habían,
 Guisarlo sabrosamente
 Como el viejo lo quería,
 Y pusieron el pellejo
 Queste cabrito tenía
 En las manos de Jacob,
 Y el pescuezo le cubría.
 Vistiose la vestidura
 Que su hermano Esaú tenía;
 Llevándole aquel potaje,
 A su padre le decía
 Con voz muy disimulada,
 Que á Esaú contrahacia:
 «Come, Padre, de la caza
 Que tu hijo te traía,
 Y bendígame tu alma,
 Y dame tu mejoría.»
 No sin gran sospecha, Isaac,
 Que la voz desconocía,
 Dijo: «Llégate acá, hijo,
 Porque tentarte quería.»
 Y tentándole las manos
 Que los pellejos cubrían,
 Porque las manos Esaú
 Muy bellotas las tenía,
 Dijo: «Por cierto estas manos
 De Esaú me parecían;
 Mas parece de Jacob
 Aquesta voz que yo oía.»
 Quitada aquesta sospecha,
 El potaje le pedía,
 Y después que hubo comido,
 Muy contento le decía:
 «Légate á mí, hijo mío,
 Porque besarte quería.»
 Llególo á besar Jacob,
 Y el viejo con alegría,
 Sintiendo el olor muy bueno
 De la ropa que traía,
 Dijo: «Aqueste es el olor
 Del hijo que yo quería,
 Como del campo muy lleno,
 Al que mi Dios bendecía.
 Déte Dios de su rocío
 Y la tierra en demasía,
 Gran abundancia de trigo,
 Aceite y vino á porfía;
 Todos los tribus te adoren,
 Porque bien lo merecias,
 Y también de tus hermanos
 Señor de todos serias;
 Los hijos de la tu madre
 Ante ti se humillarían,
 Y aquel que te maldijere,
 Maldición de Dios sería;
 Quien te bendijere, hijo,
 Aquel Dios lo bendiría.»
 No bien habiendo acabado
 Isaac esto que decía,
 Jacob, con muy gran contento,
 Del palacio se salía,
 Cuando entró Esaú corriendo,
 Que muy cansado venía,
 Diciendo á su viejo padre,
 Que desto nada sabía:
 «Toma, padre, de mi caza,
 Que agora cazado había,
 Porque luego el alma tuya
 Con nuestro Dios me bendiga.»
 Isaac fué muy espantado,
 Y dijo con agonía:
 «Di, ¿quién eres de mis hijos,
 Que tal cosa me decías?»
 Respondió: «Soy Esaú,
 Tu hijo que mas querías.»
 Díjole Isaac, espantado:
 «Dime, hijo, ¿quién sería

Uno que há muy poco rato
 Que desa suerte venía,
 Y díome á comer su caza,
 Porque ser tú me decía,
 Al cual di mi bendición
 Y principal mejoría?
 El cual, cierto era Jacob,
 Que escarnecido me había;
 Mas no puedo hacer al
 De lo que ya hecho había.»
 Esaú, desesperado,
 Con gran fatiga decía:
 «¡Oh hermano muy engañoso,
 Lleno de gran villanía!
 ¿No estabas bien satisfecho
 De haberme comprado un día
 Con un poco de potaje
 Mi primera mejoría,
 Sino otra segunda vez
 La bendición que tenía?»
 Sintiendo Isaac el pesar
 Que su hijo Esaú tenía,
 Le dijo: «No te congojes;
 Que también te bendiría.
 Yo te bendigo en los frutos
 Que la tierra producía,
 Y en las otras bendiciones
 Las cuales darte podía.»

ALFONSO DE FUENTES.—*Libro de los Cuarenta Cantos.*

344.

II.

Laván á Jacob, su yerno,
 Muy gran odio le tenía,
 Por ver cómo sus riquezas
 Crecían de cada día;
 Sintiendo aquesto Jacob,
 A sus mujeres decía:
 «No nos mira nuestro padre
 Con el rostro que solía;
 Dejemos aquesta tierra,
 Vamos á la tierra mía.»
 Muy contentas fueron desto
 Su mujer Raquel y Lia.
 Parten de Mesopotamia,
 Caminando con porfía,
 Y en la ciudad de Salem
 Jacob acabó su vía,
 Que es tierra de Canaán,
 Y un campo comprado había
 Por precio de cien corderos,
 Porque menester lo había;
 Y teniendo aquí su estancia,
 Acaso sucedió un día
 Que una hija de Jacob,
 Y también hija de Lia,
 La cual Dina se llamaba,
 Mas no de aqueste mal digna,
 Salió de casa del padre
 Con deseo que tenía
 De ver todas las mujeres
 Que en aquella tierra había;
 La cual encontró Siquem,
 Que admirado se había
 De ver su gran hermosura,
 Que muy bien le parecía.
 Encendido en sus amores,
 Mil requiebros la decía;
 Pero la casta doncella
 Cosa no le respondía;
 Lo cual visto por Siquem,
 Hizo una gran villanía,
 Que forzó aquesta doncella
 Con el ardor que tenía.
 Venida Dina á su casa,
 A su padre lo decía,
 El cual lo dijo á sus hijos,
 Con gran pesar que sentía.

Luego el padre de Siquem,
El cual Emor se decia,
Príncipe de aquella tierra,
La doncella les pedia
Para mujer de su hijo,
Porque mucho la queria;
Mas Jacob, disimulando,
Deste modo respondia:
«¿Cómo daré yo á Siquem
Por mujer la hija mia,
No siendo circuncidado,
Que en mi ley se prohibia?»
Siquem, con el grande amor,
Circuncidóse este dia,
Y su padre y todo el pueblo,
Con ruegos que les hacia.
Después de aquesto pasado,
Venido el tercero dia,
Cuando los circuncidados
La mayor pena sentian,
Dos hermanos desta moza,
Con enojo que tenian,
Entraron en la ciudad,
Donde nadie parecia;
Con el dolor de las llagas
Cada cual se retraia;
Donde mataron los hombres
Que en esta ciudad habia,
Y los bueyes y ganados,
Y todo cuanto tenian;
Y las mujeres y niños
En captiverio ponian.

ALFONSO DE FUENTES.—Libro de los Cuarenta Cantos.

343:

III.

A Josef, niño pequeño,
Los otros sus diez hermanos,
Por ser de Jacob, su padre,
Sobre todos muy amado,
Porque en su edad postrimera
Hubo este hijo engendrado
En la hermosa Raquel,
Por quien sirvió tantos años,
Muy gran envidia le tienen,
Odio grande le han tomado.
Estando un dia comiendo,
Josef dijo á sus hermanos:
«Escuchad, hermanos míos,
Un sueño que hube soñado,
En que vi todos nosotros
Hacer haces en el campo,
Y el manojo que yo hice
En alto se ha levantado,
Y estaban vuestros manojos
Al rededor humillados.»
Al cual los hermanos suyos
Respondieron enojados:
«Soñabas lo que querías,
Muchacho desvergonzado,
Si piensas ser por ventura
Rey de todos adorado.»
Y aquesto causó que fuese
El odio multiplicado.
Luego dende á pocos dias
En que aquesto hubo pasado,
Otro sueño les contó,
Diciendo: «Oid, que he soñado
Que el sol y tambien la luna
Ante mí se han humillado,
Y con otras once estrellas
Que me estaban adorando.»
Dijole Jacob, su padre,
Con rostro disimulado,
Porque á sus hermanos vido
Que estaban muy indignados:
«¿Que quiere decir, Josef,
Este sueño que has contado?

¿Habérmoste de adorar
Yo y tu madre y tus hermanos?»
Después de pasado esto,
Fuese Josef para el campo,
Do sus hermanos estaban
Apacentando el ganado;
Hallólos en Dothaim,
Donde llegó muy cansado;
Los cuales, desque le vieron,
Antes que fuese llegado
Ayuntáronse ocho dellos,
Diciendo muy enojados:
«Ya viene el ensoñador,
Que nuestro rey se ha soñado;
Bien será que le matemos,
Y será bien adorado;
Y allí en aquella cisterna
Podrá ser su cuerpo echado,
Y esta será la sultura
De los sueños que ha contado.»
Esto oido por Ruben,
Les dijo mucho turbado:
«No ensuciéis las manos vuestras
Con sangre de vuestro hermano,
Sino echadlo en la cisterna,
Pues que ya quereis matarlo.»
Esto decia Ruben
Con intento de salvarlo
Y de volverlo á su padre;
Que mucho de él era amado.
Tomaron luego á Josef,
La saya le han desnudado,
Y echaronlo en la cisterna,
Haciendo del gran escarnio.
Volviéndose á sus estancias,
Una recua han encontrado,
Que venia de Galaat,
Con sus camellos cargados,
Con ingüentos y resina,
Hacia Egipto encaminados.
Dijeron unos á otros:
«Vendamos á nuestro hermano,
Que pues se soñaba rey,
Bien será que sea esclavo;
Que muy menos ganaremos
En acabar de matarlo.»
Aqueste nuevo consejo
Fue por todos aprobado.
Sácanlo de la cisterna;
Los merchants han llamado,
Diciéndoles si querian
Comprárlas aquel esclavo.
Los mercaderes, contentos
De ver tan lindo muchacho,
Les dieron veinte dineros,
Porque en tanto fue igualado.
Tomando su vestidura,
Toda la han ensangrentado;
Llévanla á su viejo padre,
Fingiéndole que iban llorando,
Diciendo que bestia fiera
Les despedazó á su hermano.

ALFONSO DE FUENTES.—Libro de los Cuarenta Cantos.

346.

IV.

Durmiendo está Faraon,
En su palacio acostado;
Con gran contento dormia,
Con reposo sosegado;
Y unos temerosos sueños
Grave fatiga le han dado,
Porque soñó que veia
Cerca de un hermoso prado,
En la ribera de un rio,
De gran frescura cercado;
Vió salir del siete vacas
Con un paso apresurado,
Tan gruesas y tan hermosas,

Que quedó muy admirado;
Y luego otras siete vacas
Tras estas se habían mostrado,
Paciendo orilla del río
En un lugar abastado,
Muy flacas, con tal postura,
El cuerpo muy descarnado;
Y aquestas vacas hambrientas
Tras de las gordas han dado,
Y comiéranse las todas;
Con lo cual fué recordado.
Y pensando en este sueño,
Estuvo un poco turbado;
Pero tornando á dormirse,
Otro tal sueño ha soñado:
Que veía siete espigas
De una macolla en un campo,
Muy hermosas y muy llenas,
Todas preñadas de grano;
Y que de la misma mata
Otras siete habían brotado
Muy delgadas, casi secas,
El cuerpo como quemado,
Las cuales á las primeras
Todas las han derribado,
Y toda su hermosura
Estas se la han quitado.
Despierto ya Faraon,
Y estos sueños contemplando,
Mandó llamar los scientes
De su corte y mas letrados
Y expondores de sueños,
A quien su sueño ha contado;
Pero la exposicion de él
Por ninguno le fué dado.
Viendo el copero mayor
A su señor fatigado,
Dijo, puesto de rodillas:
« Señor, oye á tu criado;
Yo soy digno de gran culpa
De haberme tanto olvidado
De un mancebo judío,
Ques de Putifar esclavo,
Porque yo le prometí
Que por mí sería librado;
Porque estaba muy mal preso,
Injustamente acusado;
Porque estando tú, Señor,
Un tiempo de mí enojado,
Y también del panetero,
Fuimos en prision echados,
Adonde estaba Josef,
Este mozo que he contado;
Y soñamos unos sueños
Que él nos hubo declarado.
Dijo que yo volvería
A servirte á tu palacio,
Y al panetero le dijo
Que moriría ahorcado;
Y aquesto fué todo así
Como fué pronosticado;
Y sabe, Señor, si es vivo,
Porque estaba maltratado;
Porque es un sabio mancebo,
Y en esto muy avisado.»
Con gran prisa Faraon
Ha por Josef enviado;
El cual, venido ante él,
Le dijo: « Vén acá, hermano,
Yo he soñado graves sueños,
Que grave pena me han dado,
Porque mis sabios no saben
Darles su significado.
Yo sé que eres muy gran hombre,
Y en aquesto has acertado.»
Contóle entrambos los sueños
Que la noche había soñado;
Al cual respondió Josef:
« Señor, bien considerado,
Las vacas y las espigas
Todo una cosa han mostrado,
Y es que vernán siete años

Por todo extremo abastados
En esta tierra de Egipto,
Y otros siete muy menguados;
De modo que todo el reino
Se verá muy apretado.»
Oyendo aquesto los sabios,
Quedaron muy espantados;
Pero el remedio de aquesto
Por Faraon preguntado,
Le dió Josef un consejo
Por donde fuese librado.
Oyéndole Faraon,
Lo puso todo en su mano,
Haciéndole, despues dél,
Su mayor adelantado
Y mandó quel Salvador
Fuese por todos llamado.

DON ALFONSO DE FUENTES.—*Libro de los Cuarenta Cantos.*

347.

V.

Perseguido anda David
De Saul, y maltratado:
Fuése con los filisteos,
Y al rey de Get se ha llegado,
El cual se llamaba Achis,
Muy poderoso y dudado,
Y David con gran congoja
Su fatiga le ha contado.
El rey Achis prometió
Su ayuda de muy buen grado,
Y un gran número de gente
En una hueste ha llegado.
Vanse á buscar á Saul
Con camino apresurado;
Lo cual por Saul sabido,
Mucho le hubo turbado,
Y de un nuevo y triste miedo
Su corazón fué ocupado;
Muy fuera de lo que siempre
Había Saul mostrado;
Porque era un hombre animoso
Y por extremo esforzado;
El cual fué el primer prodigio
De su fin tan desastrado.
Pidiendo está á Dios consejo,
Como lo había acostumbrado;
Muchas víctimas le ofrece
En holocausto sagrado;
Pero Dios ninguna cosa
Por ello le hubo mostrado
Por palabras ni por sueños,
Ni tampoco fué avisado
Por ningún otro profeta,
De lo cual quedó espantado;
Pero con muy gran presteza
Un ejército ha juntado.
Iba á buscar con gran ira
El ejército contrario,
Y en campos de Gelboe
Las huestes se han encontrado,
Y cuando entrambos suspensos,
Sus reales asentados,
Dijeron al rey Saul
Que en un pequeño poblado,
Muy cerca de donde estaba,
Una mujer han hallado,
La cual era pitonisa,
Y estaban certificados
Que con sus mágicas artes
Había pronosticado
Muy grandes cosas ocultas,
Antes que hubiesen llegado.
Luego se partió Saul,
Para verla, disfrazado,
Con solos dos hombres suyos,
Por ir mas disimulado;
Llegó á la pitonisa,

Con gran amor le ha rogado
 Le diga el fin de la guerra,
 Y que le sería pagado;
 Y asimesmo le rogó
 Un caso bien excusado:
 «Que el profeta Samuel
 Fuese allí resucitado,
 Que habia poco que era muerto,
 Para ser aconsejado.»
 La maga le respondió
 Con aspecto muy airado:
 «Dime, ¿vienes por ventura
 A tentarme? Di, soldado,
 ¿No sabes que el rey Saul
 Há poco que hubo mandado
 Que magos y hechiceros
 Fuesen todos desterrados?»
 Saul, con mil juramentos
 Habiéndola asegurado,
 La maga, ya satisfecha,
 Sus cercos ha comenzado,
 Y al profeta Samuel
 Hubo allí resucitado.
 Unos tienen que fué él propio,
 Otros que espíritu dañado;
 Y sabido que Saul
 Era el que le había hablado,
 La maga con grande miedo
 Dijo que la había engañado.
 Dijo el Rey que no temiese,
 Y le contase de grado
 Todo lo que habia visto;
 Y la maga le ha contado:
 «Señor, yo veo unos dioses,
 De hermosura dotados,
 Que de la tierra han subido.»
 Y Saul le ha preguntado
 Qué forma tenía el mayor
 De aquellos, si habia mirado.
 Ella dijo: «Es ya muy viejo,
 Cubierto de un rico manto.»
 Conociendo á Samuel
 Saul, en tierra se ha echado;
 Hincado en ella de hinojos,
 A Samuel ha adorado;
 Pero Samuel le dijo:
 «¿Por qué me has inquietado
 Para que resucitase?
 Lo cual estaba excusado.»
 El rey Saul respondió,
 Con gran pesar muy turbado:
 «Mi grande necesidad
 Dió causa de haber errado;
 Los filisteos pelean
 Contra mí, y Dios me ha dejado,
 Y no quiere responderme,
 Y por esto te he llamado,
 Para que tú me aconsejes
 Cómo sea remediado.»
 Respondióle Samuel:
 «¿Para qué me has fatigado?
 Dios se apartará de tí,
 Y será con tu contrario,
 Y te quitará tu reino.
 David será coronado,
 Porque no le obedeciste
 Ni hiciste su mandato;
 El cual contra Abimalech
 No quisiste ejecutarlo;
 Y mañana tú y tus hijos
 Seréis conmigo llevados.»

ALFONSO DE FUENTES.—*Libro de los Cuarenta Cantos.*

348.

VI.

Joab y el lindo Absalon
 En Efraim se han hallado
 Con dos poderosas huestes;
 Una batalla se han dado,

Donde estuvo la vitoria
 Muy dudosa vacilando;
 Y fueron en ella muertos
 Veinte mil hombres armados,
 Y aquí fué muerto Absalon,
 Su ejército destrozado.
 Joab, con grande alegría
 De hallarse en tal estado,
 Contento con la victoria
 Que aquel día habia ganado,
 Fué á presentar á David
 Esta nueva apresurado,
 Creyendo hallarlo alegre
 Por hallarse ya librado
 De su inobediente hijo,
 Que le quitaba su estado,
 Y que otras mil afrentas
 La habia hecho y perpetrado;
 Al cual halló Joab triste,
 Llorando, muy lastimado,
 Rasgada su vestidura,
 Sobre sí polvo sembrando.
 «¡Oh hijo mio Absalon!
 Decia muy acuitado;
 ¡Oh Absalon, hijo mio,
 De gran belleza dotado!
 Oh rostro maravilloso,
 El cual por Dios fué formado,
 Para que su gran poder
 Por todos fuese alabado!
 ¡Cómo ya la triste muerte
 Te le habrá desfigurado,
 Y sus hermosas colores
 Todas las habrá robado!
 ¡Oh dolor muy lastimero
 Para el padre desdichado,
 Ver tan bellísimo hijo
 Tan presto tierra tornado!»
 No cesaba de llorar
 Ni queria ser consolado;
 Tanto, que sus caballeros,
 Que venian regocijados
 Con la reciente vitoria,
 Eran muy tristes tornados,
 Y casi como vencidos,
 Quedaban muy desmayados.
 Lo cual visto por Joab,
 Mostróse muy enojado;
 Con un áspero semblante
 Dijo á David, indignado:
 «Confundido has hoy, Señor,
 Cuanto habemos trabajado
 Para asegurar tu vida.
 Mujeres, hijos y estado.
 Los que te aborrecen mas,
 Los tuyos has desamado;
 Cierto en cuán poco nos tienes
 A todos has hoy mostrado,
 Y que holgaras trocar
 A nosotros y tu estado,
 Y tu propio vencimiento,
 Y quedar desheredado
 Por la vida de Absalon,
 Que tanto mal te ha causado.»

ALFONSO DE FUENTES.—*Libro de los Cuarenta Cantos.*

349.

VII.

El rey Joran, de Israel,
 Estaba muy indignado
 Del rey de los moabitas,
 Que las parias le ha negado;
 Y para hacerle la guerra
 Un ejército ha ayuntado,
 Y por ir con mas poder
 Unas cartas ha enviado
 A Josafat, rey de Judá,
 Porque era su aliado;
 Y lo mismo al rey de Edon

Por otra parte ha llamado;
Y juntos estos tres reyes,
Con gran priesa han caminado,
Y á la ciudad de Moab
Todos tres la han sitiado,
Aunque estaba muy confuso
El réal, y fatigado,
Por causa que en el camino
Ningun agua habian hallado,
Ni tampoco allí la habia
Do estaba el réal sentado.
Aqueste grande peligro
Por Joran considerado,
Con una confusa risa
A los reyes ha hablado:
«Mirá do nos ha traído
Dios para ser castigados,
Y aqueste pagano rey
Quede á su placer vengado.»
Estando en esta congoja,
Fué el rey Joran informado
Que el gran profeta Eliseo
Estaba cerca del campo.
Fueron allá los tres reyes
Para ser aconsejados,
Y en la presente fatiga
Cómo serian remediados.
Llegados ante Eliseo,
Le dijo muy enojado
Al rey Joran que se fuese,
Que no quiere consejarlo;
Y al enojo que mostró,
Y al profeta habia tomado,
Era porque el rey Joran
Habia idolatrado.
Mas siendo por Josafat
El profeta ya aplacado,
Mandóles que le sacasen
Su salterio de un palacio,
Y comenzando á tañer,
Fué de Dios espiritado,
Y con voz muy temerosa
Les dijo: «No estéis turbados,
Porque mañana veréis
Todas las cavas del campo,
Sin nubes, viento ni lluvia,
Llenas de agua rebosando,
Do beberá vuestra gente
Y todos vuestros caballos,
Y os dará al rey Moab
El Señor en vuestras manos.»

ALFONSO DE FUENTES.—*Libro de los Cuarenta Cantos.*

350.

VIII.

En la ciudad de Betulia
Estaba Ozias cercado
Del capitán Holofernes,
De hambre muy fatigado;
Con gran sed que padecía,
El pueblo está desmayado;
Que la fuente do bebían
Holofernes ha cegado.
Temiendo su perdición,
Ante el Rey se han humillado,
Diciendo que se rindiesen,
Y ofreciese de su grado
A la merced de Holofernes,
Y hiciese su mandado,
Porque todos no muriesen,
Siendo por fuerza tomados.
Ozias, con gran tristeza,
Muy agramente llorando,
Un plazo de cinco días
Al pueblo ha demandado,
Y si Dios no socorria
En el término asignado,
Prometiéndoles de entregarse,

Como lo habian suplicado.
De aqueste triste concierto,
Ya por la ciudad sonado,
Tuvo noticia Judit,
Viuda de grande estado.
Mujer fué de Manasés,
De tres años há finado;
Moza y de hermoso rostro,
Aunque honesto y encerrado;
Muy temerosa de Dios,
Sirviéndolo con cuidado.
Desque supo este concierto,
Con el ánimo indignado,
Al sacerdote Chabri
Y Carmi hubo llamado.
Venidos delante de ella,
Con gran enojo ha hablado:
«¿Qué disparate ó concierto
Es este que habeis tomado
Vos y el pueblo, con Ozias,
Siendo tan mal consejados?
Deci, ¿qué esperais vosotros
De Dios, pues quereis tentarlos?
Cierto, con vuestro concierto
No será Dios aplacado,
Porque en ello es deservido
Y ofendido en sumo grado,
Pues que á su misericordia
Poneis tiempo limitado
Del modo que os pareció,
Término habiendo asignado;
Por lo cual habeis caído
En gran error y pecado.»
Los sacerdotes, confusos,
Esta respuesta le han dado:
«Suplicámoste, Señora,
Que, pues que Dios te ha alumbrado,
Que le ruegues por nosotros
Y por el pueblo cuitado.»
Siendo aquestos despedidos,
Judit se ha aderezado
De las mas hermosas ropas,
Y puesto el mejor tocado;
Con sola una sierva suya
Se fué luego para el campo.
Las guardas, como la vieron,
A Holofernes la han llevado,
Y vista su hermosura,
Fué de ella mucho pagado.
Puesta Judit de rodillas,
A Holofernes ha hablado,
Respondiendo á muchas cosas
Con un reposo acertado.
Holofernes con aquesto
Gran afición la ha tomado;
Requiriéndola de amores;
Por ella le fué aceptado,
Y por esto aquella noche
Una gran cena ha ordenado,
Creiendo alcanzar en ella
Lo que habia deseado.
Hizo á Judit que cenase
Junto sentada á su lado;
Mas él, con el regocijo,
Bebió muy demasiado;
Vencido de vino y sueño,
Luego en su cama fué echado,
Y de un sueño muy profundo
Estaba todo ocupado.
Viendo Judit cuál estaba,
La cabeza le ha cortado,
Con un puñal, á Holofernes,
Que al acaso halló colgado;
Y dándola á su criada,
A la ciudad se ha tornado,
Y por este noble hecho
Fué su pueblo descercado.

ALFONSO DE FUENTES.—*Libro de los Cuarenta Cantos.*

351.

IX.

El poderoso rey Dario
Una gran fiesta hacia,
Donde la principal gente
De todo el reino venia;
Y haciéndole la fiesta,
Acaso sucedió un día
Que en su palacio real,
En tanto que el Rey dormía,
Tres donceles muy preciados,
Que en su cámara tenía,
Que siempre al Rey aguardaban
Cuando así se retraía,
Movieron una cuestion
Mientras que Dario dormía,
Que cuál era la mas fuerte
Cosa que en el mundo había.
Dijeron unos á otros,
Para ver quién mas sabía,
Que pudiesen por escrito
Cada cual lo que diría,
Porque se pudiese ver
Quién mejor acertaría,
Y le diesen á Dario,
Que mucho se holgaria,
Y al que mejor acertase
Mercedes grandes haria;
Porque de ricos vestidos
Luego el Rey los vestiria,
Que seria seda morada,
Que púrpura se decia,
Y que beberia con oro,
Y otras joyas le daria,
Y lo llamaria pariente
Por su gran sabiduría.
Y siguiendo su cuestion,
Cada cual dellos decia,
Sobre la cosa mas fuerte
El parecer que tenía:
El uno dijo que el vino
Mas fuerte le parecia;
Dijo el otro que el Rey era
Muy mas fuerte en demasia;
El tercer doncel de aquellos,
Zorobabel se decia,
Dijo que eran las mujeres
Mas fuertes, segun se via;
Y por mas fuerte que á todo
El á la verdad tenía.
Escrita aquesta cuestion,
Y tambien lo que decian,
En levantándose Dario,
El caso se le decia;
Y le dieron el escrito
En que esto se contenia.
Leido por el rey Dario,
Mostró en sí grande alegría,
Por ver el noble ejercicio
Que sus donceles tenían;
Y lo que se prometieron
Dijo que él lo cumpliría,
Y demás, otras mercedes
Sobre aquello les haria.
Mandó juntar los mas sabios
De su consejo otro día;
Presente toda su corte,
Donde mucha gente había,
Mandó á todos tres donceles
Relatasen su porfia,
Y dijesen su opinion
Cada uno que tenía,
Y sobre qué se fundaba
Cada cual lo que decia.
Los donceles propusieron,
Diciendo lo que sabian,
Para fundar la opinion
Que cada uno tenía;
Pero aquel Zorobabel,

Que el postrero proponia,
Que dijo que á la verdad,
Por la mas fuerte tenía,
Dijo razones tan altas,
Que gran espanto ponía,
Y quedó por vencedor
Por los sabios que allí había.
El rey Dario, muy contento,
Le dijo con alegría
Que le pudiese mercedes,
Porque él se las prometía,
Aunque le pudiese un reino
Y todo cuanto tenía.
Dijo el doncel con vergüenza:
«La merced que te pedia,
Es que te acuerdes, Señor,
Como prometido habias,
Que á toda Jerusalem
Muy bien reedificaras.
Cuando á reinar comenzaste
Lo dijo tu señoría,
Y al templo de Salomon
Los vasos le volverias,
Que eran de los santuarios
Con que el templo se servia;
Y te acuerdes que dijiste
Que tambien repararias
El templo de Salomon,
Que muy perdido yacia;
Porque desde los caldeos
Tomaron la señoría
De aquel reino de Judea,
Los idumeos, que iban
Con los caldeos, quemaron
El templo con gran porfia.»
Luego el Rey, sin mas tardar,
Unas cartas escribia
A los pueblos de sus reinos,
Y en ellas se contenia,
Fuesen con Zorobabel,
Porque él así lo queria,
Y que hiciesen las obras
Queste doncel mandaria;
Y así, fué reedificado
El templo por esta via.

ALFONSO DE FUENTES.—Libro de los Cuarenta Cantos.

352.

X.

Sañoso está el rey Asuero,
Con gran enojo; indignado
Está de la reina Vasti,
Por no cumplir su mandado.
Ante todos los mejores
Caballeros de su estado
Divorcio hizo con ella:
Por esto la ha repudiado;
Y para tomar mujer,
Mandó á ciertos sus criados
Que inquiriesen por sus reinos
Y fuesen bien informados
De las mas lindas doncellas,
No mirando sus estados,
Y todas se las trujesen;
Que estaba determinado
Con la mas hermosa dellas
Ser de presente casado,
Y esotras por sus amigos,
Quedasen en su palacio.
Traidas ya las doncellas,
La que mejor se ha mostrado
Fué Ester, una bella moza,
De rostro muy agraciado,
Sobrina de Mardoqueo,
Que en aquel pueblo ha habitado;
Con esta, por mas hermosa,
Asuero se hubo casado;
Y sucedió en este tiempo

Que Aman, un grande privado
De Asuero, muy sin razon
Muy grande enojo ha tomado
Deste dicho Mardoqueo,
Por no haberle respetado
Como los otros del pueblo
Lo habian acostumbrado;
Y por esto al rey Asuero
Un mal consejo le han dado,
Que matase á los judios
Que habia en todo su estado,
Para ser de Mardoqueo
Por esta via vengado.
El cual lo dijo á la Reina,
Y Ester al Rey ha rogado
Coma con ella otro dia,
Con Aman su muy privado;
Lo cual, con gran voluntad,
Asuero le hubo otorgado,
Y despues que cenó Asuero,
Mandó leer á un criado
Algunos de los anales
Del tiempo que habia reinado,
En lo cual permitió Dios
Que el primero que han hallado,
Y que leyeron allí,
Fué un servicio señalado
Que le hizo Mardoqueo
Contra ciertos sus criados,
Porque de matar al Rey
Estaban determinados,
Y cómo por este aviso
El Rey se habia librado,
Y cómo aqueste servicio
No le habia el Rey pagado;
Lo cual visto por Asuero,
Hallándose muy culpado,
Llamando á Aman ante sí,
El cual vino apresurado
A Palacio, donde vido
A la puerta estar sentado
A su mortal enemigo
Mardoqueo, descuidado,
El cual nunca le habló
Ni hizo dél ningun caso.
Aman, callando su enojo,
Porque habia concertado,
Y hecho una horca alta,
Adonde fuese ahorcado:
Llegado á do estaba el Rey,
Asuero le ha preguntado:
Dime, Aman, sabio varon,
Pues eres tan avisado,
Al que quiere honrar el Rey
En extremo y sumo grado,
¿Por qué via mejor puede
Ser por el Rey muy honrado?
Creiendo Aman que por él
El Rey lo habia hablado,
Dijo: «Conviene, Señor,
Cabalgar en tu caballo,
Y con tu corona puesta,
De tu gente acompañado,
Y por toda la ciudad
De este modo se ha mostrado,
Llevándolo por la rienda
El mejor de tu palacio,
Y vaya diciendo á voces:
—Así ha de ser honrado,
A quien el Rey quiere honrar,
Para ser muy acatado.»
El Rey, desto muy contento,
Dijo: «Aqueso que has hablado
Quiero que luego se haga
En un hombre muy honrado,
Que se llama Mardoqueo,
Que á la puerta está sentado,
Y tú le llesves de rienda,
Esas cosas pregonando;
Lo cual con sobrada angustia
Aman hubo ejecutado.
Sentado el Rey á comer,

La Reina le ha suplicado
Mandase llamar á Aman;
El cual desde fue llegado,
La Reina descubrió al Rey
Lo que Aman habia ordenado,
De matar á los judios
Para poder ser vengado
De su tio Mardoqueo,
Que en nada le habia errado;
Lo cual por el Rey oido,
Por extremo se ha indignado
De ver tan grande traicion,
Y entróse muy enojado
En un pequeño vergel;
Y Aman, que estaba turbado,
Llegóse hacia la Reina,
Para ser della amparado;
Lo cual visto por el Rey,
Mandó que fuese tomado,
Y llevándolo así preso,
La alta horca han mirado,
Hecha para Mardoqueo,
Y en aquesta fué ahorcado;
Y así, fueron los judios
Por esta via librados.

ALFONSO DE FEENTES.—*Libro de los Cuarenta Cantos.*

353.

SOBRE EL SALMO *Super flumina*, etc.

Allá en la gran Babilonia,
Qué confusion se decia,
Cuando el pueblo de Israel
Cautivo en ella yacia,
Porque el rey de los asirios,
Con su osada tiranía,
Lo mas fuerte y mas hermoso
Y gente de mas valia
De Judea habia llegado,
Y en cautividad tenia;
Al templo de Salomon,
Al cual fino oro cubria,
Echado todo por tierra,
Que gran lástima hacia;
El pueblo santo allí puesto,
Con gran dolor que sentia,
Sobre sus corrientes rios
Y en los sauces que allí habia,
Sus órganos suspendieron,
Que música ya no habia,
Doliéndose del gran daño
Que su ciudad rescebia,
Sintiendo, como es razon,
El gran mal que se seguia;
Pero mucho mas les duele
Porque el gran Dios se ofendia;
Y así, dejaron cantares
Y toda su alegría,
Llorando de los sus ojos,
Porque mucho les dolia
Ser privados de sus patrias,
Que ser su gloria solia;
Y viéndose entre enemigos,
A quien cada uno servia;
Y aunque el pueblo babilonio
Que cantasen les decian,
Como allá en Hierusalem
Y en Sion también hacian.
«¿Cómo podremos cantar,
A lo dicho respondian,
El cántico del Señor
En tierra que á Dios perdia,
En tierra ajena, do el mal
Y el pecado florecia.
Y continuo Dios se ofende,
Creciendo el mal cada dia?»
Y volviendo en su memoria
Hierusalem destruida,
Gimiendo y llorando dicen:

« ¡Oh ciudad de Dios querida,
 Mi diestra olvidada sea
 Si te olvidare en mi vida,
 Y si memoria perdiere
 De ti, sea de mi perdida,
 Y mi lengua, si callare
 Tu gloria, sea enmudecida,
 Y á mi paladar se pegue,
 Y se quede entorpecida.
 Siempre tú, Hierusalén,
 Serás de mi engrandecida,
 Y serás tú mi consuelo
 Y alegría muy crecida.
 Pues volviendo á Dios sus ojos
 Con alma muy afligida,
 Descando castigarle
 Ofensa tan desmedida,
 Acuérdate, todos dicen,
 De la tu gente escogida.
 Mira, Señor, cuánta sangre
 Fué en Hierusalén vertida
 Cuando la gente idumea
 Con asirios fué unida,
 Porque con fuerzas mayores
 Toda fuese destruida
 La santa ciudad de Dios,
 Ciudad tan esclarecida;
 Y dicen sin fundamento,
 La dejad y destruida.
 ¡Oh hija de Babilonia,
 En vicios toda sumida,
 Miserable y desgraciada,
 Para siempre ya perdida!
 Cual retribución nos diste,
 Tal te sea retribuida.
 ¡Dichoso el que no dejare
 Los tus hijuelos á vida,
 Mas sus cabezas quebrare,
 Dándoles mortal herida
 En una piedra muy fuerte
 Con virtud y valentía.»

UBEDA. — *Cancionero.*

354.

Á JEPTÉ.

Las victoriosas banderas
 Al aire claro arrebolan,
 Y, aunque ufanas, echan luto
 A la tierra con sus sombras.
 Rastrando van las vencidas,
 Y lejos ya de la propia,
 Besando el suelo enemigo,
 Le dan paz, si hay paz forzosa.
 Juega el viento con las plumas
 Azules, blancas y rojas,
 Sobre los yelmos dorados
 Formando visos de estofa.
 De espejo sirven las armas,
 Adonde el sol se transforma,
 Como bajando del cielo
 A celebrar la vitoria.
 De las palmas palestinas
 Las largas y verdes hojas
 Sobre despojos de guerra
 Dos mil carros enarbolan;
 A cuyos largos costados
 Sirven de pintadas orlas,
 Ya el peto sin espaldar,
 Ya la celada sin gola,
 Ya el estoque de Damasco
 Pendiente de la manopla,
 Ya la casaca de grana,
 Ya el escudo y grevas rotas.
 En los senos de la tierra
 Suena el eco de las trompas,
 Porque el estruendo del aire
 No cabe en su esfera angosta.
 Al son del pífano vivo
 Los caballos se alborotan,

Llevando el tiple á las cajas
 Con mil relinchos que entonan.
 Ya divisan los soldados
 Las almenas que coronan
 El muro de Galaad,
 Y á voces gritan: ¡Vitoria!
 El valeroso Jepté
 Entre las lucidas tropas,
 Con mas colores que el alba,
 Gallardo y brioso asoma,
 Sobre una yegua persiana
 Que de la crin á la cola
 Parece, en las manchas tigre,
 Y en las bravezas leona;
 Del rico y grabado arnés
 Vivas centellas arroja,
 Como si de fraguas de oro
 Sacaran un ascua hermosa.
 Las hojas del lauro verde
 En sus sienes vencedoras
 Van contentas y lozanas
 Mas que entre sus ramas propias.
 Mas ¡oh fortunas amargas,
 Suertes del mundo azarosas!
 Poco le duró á Jepté
 El gozo de tanta gloria.
 Que acordándose de un voto,
 Vino á ser suerte forzosa
 Hacer sacrificio al cielo
 De una hija amada y sola.
 El gozo se trocó en luto,
 En lutos la fiesta toda,
 Destempláronse las cajas,
 Las trompas sonaron roncadas;
 La bellissima hebrea
 Solo pide en tal congoja
 Dos meses para llorarse,
 Y el padre se los otorga.
 De mil doncellas cercada,
 Tan bellas como llorosas,
 Se salió de la ciudad
 Al campo y selvas remotas.
 Gritos daban por los montes
 Hasta estremecer las rocas,
 Desgreñando sus cabellos
 Y á un compás llorando todas.
 El oro hilado de Tíbar,
 Mas propio para corona,
 De su madeja arrancado,
 Por el suelo andaba agora.
 Aunque lastimado el viento
 Por decencia mas hermosa,
 A los árboles le alzaba
 Y le enredaba en sus copas.
 Lloraban los ojos bellos,
 Y á ser cuajado el aljófar,
 Excediera con ventajas
 Al que se coge en las conchas.
 Desta manera pasaron
 El plazo y las treguas cortas,
 Y Jepté sacrificó
 La víctima dolorosa.

FRAY BARTOLOMÉ DE SEGURA. — *Amazona cristiana, Vida de la venerable madre Teresa de Jesús.*

355.

Engaño de engaños bravos,
 Yerro de yerros inmensos,
 No mirar, que mira Dios
 Cuando el hombre está durmiendo.
 ¡Qué importan cortes pobladas,
 Calles y plazas de pueblos,
 Lonjas públicas, teatros,
 De quien los ojos tememos,
 La majestad de los reyes,
 La autoridad de los viejos,
 El rigor de la justicia
 Y la malicia del tiempo?
 Todo es fantasma sin manos:

Si dan honra, es embeleco;
 Si dan vida, no es al alma,
 Y si dan muerte, es al cuerpo!
 ¡Ay de esos ojos divinos!
 (Mas ¡ay de mí! que no de ellos)
 Ay ojos, de cuya luz
 Es borron el sol soberbio!
 Con solo mirar dais vida,
 Matais con solo torceros.
 ¿Quién no os teme, si no os ama?
 ¡Ay, que ya os amo y os temo!
 ¿Dónde os fuistes, soles míos?
 Que os busco, y no sé si os pierdo
 Para templarme á esos rayos;
 Que un fuego mata otro fuego.

FRAY BATOLOMÉ DE SEGURA. — *Amazona cristiana.*

356.

BATALLA ANGÉLICA DE SAN MIGUEL CONTRA LUZBEL.

Érase un ángel que apenas
 Era lo que era un hora,
 Cuando mirándose en Dios,
 Pensó que era Dios su sombra;
 Pintura en que poner pudo
 Su firma la mano autora,
 Si fuera á Dios necesario
 Poner su nombre á sus obras.
 Y dijo: «Adorar un hombre
 Que de tierra el nombre toma,
 ¿Será bien, siendo yo estampa
 De Dios, que me dió la forma?
 No lo verá Dios, ni quiero
 Que esa humildad me proponga,
 Y que yo me humille á quien
 Humillarse á mí le toca.
 ¿Estos son cabellos, estos,
 Para que sueltos descojan
 Su diadema á piés humanos,
 Si al mismo Dios enamoran?
 Mejor es que Dios y yo,
 Pues mas á razon conforma,
 Dividamos el imperio
 Y partamos la corona;
 O verá con tantas armas
 Mis banderas belicosas
 El monte del Testamento;
 Que tiemble si se desdoblan.
 Prorrumpe el Ángel apenas
 Estas voces animosas,
 Cuando sin número estrellas
 Rebeldes se le aficianan.
 Había un hermoso arcángel,
 De presencia generosa,
 Cuyo esplendente cabello
 Cinta de diamantes borda
 Con dos esmeraldas vivas
 Que adornan la faz lustrosa
 De aquella color que el nácar,
 Adonde nace el aljófar.
 Este bizarro, aunque humilde,
 Miguel en nombre y en obras
 (Que es fortaleza de Dios
 El título que le adorna),
 Oyendo lo que el lucero
 Soberbiamente blasona,
 De estas valientes palabras
 Baña el clavel de la boca:
 «¿Quién como Dios?» Y al instante
 Le siguen diversas tropas,
 De leales á su Dios,
 Para la batalla prontas.
 Entre espíritus presume
 La guerra, puesto que importa
 Que, como las de la tierra,
 Corporal la pinte ahora;
 No de otra suerte que cuando
 Las banderas enarbolan
 Dos campos, que determinan

Vencer ó morir con honra;
 Que opuestos el uno al otro,
 Cajas, clarines y trompas
 Tocan al arma, y al arma
 No hay monte que no responda.
 En un espejo de acero
 Se mira el sol, y tremolan
 En las celadas las plumas,
 Inquietamente vistosas.
 Parte una selva de lanzas;
 Resuena en pedazos rota;
 Relumbran espadas blancas,
 Para ser tan presto rojas.
 Así los dos escuadrones
 Angélicos se confrontan,
 Y en el reino de la paz
 Sembró guerra la discordia.
 Los polos se estremecieron;
 Enmudeció la sonora
 Música, que solo escuchan
 Las esferas luminosas.
 Cubrió silencio el teatro,
 Y de la tierra en su alombra
 Temblaron los montes altos,
 Callaron del mar las ondas.
 Ya resplandece Miguel,
 Armado del pié á la gola
 De una esmeralda, esmaltadas
 De oro y diamantes las orlas.
 Comiénzase la batalla,
 Y en un punto se transforma
 En un dragon formidable
 El que fue luciente aurora.
 Ya se desnuda, vencido,
 Alba blanca, rota estola,
 Y sobre caja de escamas
 Se viste de verdes conchas.
 Ya, como vuelta á la tierra,
 Se mata encendida antorcha;
 Derretida su soberbia,
 Cayó en su luz y matóla.
 Ya le siguen sus parciales,
 Ya precipitadas cortan
 Tantas rebeldes estrellas
 La region caliginosa.
 Ya premia Dios los leales
 Con la gracia de que gozan,
 Ya por el zafir celeste
 Siembran olivas y rosas;
 Pero el soberbio Luzbel
 Ni se arrepiente ni postra
 A la humanidad de Cristo,
 Por quien se canta victoria.

LOPE DE VEGA. — *La Siega*, auto sacramental.

357.

En el principio era el Verbo,
 Cerca estaba de Dios mismo,
 Dios era el Verbo de Dios,
 Esto era en el principio.
 Todo lo hizo, y sin él
 Nada que fuese se hizo;
 En él estaba la vida,
 La vida fué sol divino.
 Del hombre lució en la noche,
 Que no le cubrió su olvido.
 De Dios fué un hombre enviado;
 Llamóse Juan; este vino
 Por testigo de la luz,
 Porque diesen fe al testigo.
 No era la luz este Juan;
 Solo testimonio ha sido,
 Para que al mundo le diese
 De la pura luz que digo
 Era la luz verdadera
 Que alumbró todo hombre vivo.
 En el mundo estuvo, en él
 No le conoció, y le hizo;
 Vino á lo que suyo era,

Pero no fué recibido;
Mas dió á los que le admitieron
Poder de ser de Dios hijos;
Y á aquellos que le creyeron,
Y que no fueron nacidos
De carne y sangre y varon,
Sino de Dios. (Presto, amigos,
Poned la rodilla en tierra
A misterio tan divino;
Pues que se arrodilla Juan,
Grande la palabra ha sido;
Y todo el cielo se humilla,
La tierra, el profundo abismo.)
VERBUM CARO FACTUM EST,
Vivió con nosotros; vimos
Su gloria, cual de su Padre,
Que era unigénito Hijo.

LOPE DE VEGA. — *Auto sacramental del Misacantano.*

358.

¿Quién sois, sonoros hechizos?

MÚSICA.

La Música soy, que sacra,
Del cielo tuve principio,
Pues en él, cuando Miguel
Lidiaba con el vestiglo
Que el aire abolló, rompiendo
Los cóncavos del abismo,
De donde en ansiosas iras,
Dando rabiosos bramidos,
Enluta el cielo á bostezos,
Abrasa el aire á suspiros,
Entonaba: *Santo, Santo;*
Y Dios construyó conmigo
Esta máquina visible,
Pues sol, luces, astros, signos,
Aire, fuego, tierra y agua,
Plumas, llamas, montes, rios,
En música puestos
Por su Autor divino,
De cláusulas constan,
De número y ritmo.

POESÍA.

Yo soy la dulce Poesía,
En cuyo acorde ejercicio
Don celestial es lo infuso,
Siendo ciencia lo adquirido,
Cuanto Dios de mí se paga,
Diganto los repetidos
Salmos de David sonoros,
Y digalo el mismo Cristo,
Pues la noche de la Cena
(Antes que en mortal conflicto,
Agonizando en temores
Y desmayando en deliquios,
Sangre exhalase, anteviendo
Sus últimos parasismos),
Prorumpió en un himno en prueba
De que, habiendo instituido
El mas alto sacramento,
Se glorifica á sí mismo,
Mandando que siempre
Le aplaudan festivos
En métricas voces
De célebres himnos.

DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA. — *Loa para el auto sacramental intitulado El Sacro Parnaso.*

359.

UN PECADOR CONTRITO.

Los que fuistes pecadores,
Y á Dios os habeis tornado,
Oid las justas querellas

De un pecador lastimado,
De su remedio enemigo,
De su salud olvidado,
En culpas envejecido,
En maldades obstinado;
Tan perverso, que no es ya
Pecador, sino pecado;
Que pasó la ley de Dios
Y quebrantó su mandato;
Dejó la carrera cierta,
Fué por el camino errado,
De las ortigas herido,
De los abrojos llagado,
Donde no puede escapar
De perdido ó despenado;
Mal á mal y yerro á yerro,
Y culpa á culpa ha juntado;
No hay bondad que haya hecho,
Ni maldad que no haya obrado.
Yo soy este pecador,
Que tengo á mi Dios airado,
Con mis vicios ofendido,
Con mis obras indignado;
Y así, falto y desvalido,
De miserias rodeado,
De gracia menesteroso,
De ayuda necesitado,
Pido favor á vosotros,
Que á Dios teneis agradado,
Que me dé un ánimo limpio
Y un corazon renovado.
Misericordia, Señor,
En tan peligroso estado;
Que si tú no me socorres,
Yo me doy por condenado.

GREGORIO SILVESTRE. — *Sus obras.*

360.

AL MISMO ASUNTO.

Levantarse quiere el hombre
De la cama del pecado,
Que hasta ahora solo tiene
El corazon levantado.
Sed su báculo, Memoria;
Dadle, Confesion, la mano;
Que sin vos y Penitencia
Es imposible dar paso.
Y vos, enfermo dichoso,
Ya que os habeis aliviado
Del lecho de vuestras culpas,
Que es duro y parece blando,
Para que no recaigais
Y quedeis del todo sano,
Oid un régimen cuerdo
Del médico Desengaño.

Receta.

Lo primero comeréis
Del manjar que os ordenaron,
Que es el *Ave, Maria*,
Comida de gran regalo;
Pero no por ser tan buena,
Comais sin saber el cuándo;
Que si no es á vuestras horas,
No estaréis dispuesto ni apto.
Usad de dieta en los gustos;
Que un pecho tan delicado
Es estómago de niño,
Que está muy sujeto á embargos.
Escarmentad de la fruta
En vuestro padre ó padrastro;
Que recairéis facilmente
Siendo el sugeto tan flaco.
Tened vida concertada,
Y recogedlos temprano;
Que el sereno del deleite
Destempla el cuerpo mas sano.
En sintiendo algun achaque
De pensamientos livianos,

Llamad luego quien os cure,
Y no queráis dilatarlo;
Que aunque en las convalecencias
Suceden á cada paso,
A descuidos veniales
Se siguen mortales daños.
No llameis á la Esperanza,
Curandera de palacio,
Porque, esperando á buen tiempo,
Deja pasar el verano;
Ni al charlatan del deseo
Llameis, en fe de ser blando;
Que este médico de pobres
Siempre cura sobre falso.
Al conocimiento propio
Llamad en sintiendoos malo,
Que os sabe la compulsion,
Y es amigo de hablar claro.—
Esto recetó á un enfermo
El médico Desengaño,
Graduado en experiencia;
Que por eso sabe tanto.

ALONSO DE LEDESMA.—*Tercera parte de conceptos espirituales.*

361.

AL APARTAMIENTO DEL CUERPO Y EL ALMA.

En casa de cuerpo y alma
Lutos y cera previenen,
Porque destos dos casados
El uno queda á la muerte.
El cuerpo, como mortal,
Paga la deuda que debe;
Que el alma, como coeterna,
Es fuerza que viuda quede.
Todos lloran en su cuarto:
El cuerpo, el dolor que siente,
El alma, su caro esposo,
La tierra, el hijo que pierde.
Ya murió (Dios le perdone);
Hágale un clamor solemne
La voz de su buena fama,
Que es campana del que muere;
Y si al nacer y al morir
Desnudo se va y se viene,
Amortájenlo en sus obras,
Porque algun adorno lleve.
Vista Caridad los pobres,
Y á la Vanidad deseche,
Mujer que en muchos entierros
Hacha pide y manto quiere.
Vos, naturaleza humana,
Haced que al difunto entierren
Como á esposo de quien fué,
Pues casó tan noblemente.
Es el linaje del alma
Tan antiguo, que desciende
De la misma casa real,
Como dirán sus papeles.
Caballeros de palacio,
Pues sois tan ilustre gente,
Convidad para este entierro
A los que en la corte hubiere,
Y suplicad á su alteza
Que le honre como debe,
Pues de parte de su madre
Era el muerto su pariente.
Por dos partes era deudo
Del difunto (si se advierte),
Pues es pariente del alma
Y del cuerpo juntamente.
Vengan los santos del cielo,
A quien el mundo en sus bienes
Tuvo por desamparados,
Para que este cuerpo lleven;
Y pues en entierros suelen
Hacer las órdenes suelen
El oficio en la novena
Por sus días diferentes,

Bajen los ángeles todos,
Y cada coro celebre
Las obsequias funerales,
Pues son nueve, y ellos nueve.
Haya música, formada
De virtudes excelentes;
Que do faltan estas voces,
No hay capilla que bien suene.
El bajon de la humildad
Con la paciencia se temple,
Que es el mejor contrabajo
Que la iglesia de Dios tiene.
El pecador convertido
El *Parce mihi* comience,
Voz que en la capilla real
La cantó David mil veces.
Las oraciones del justo,
En lugar de incienso, quemen,
Que en vigilijs de finados
Es oloroso pebete.
Las limosnas que dió en vida
El negro túmulo cerquen;
Que estas hachas con escudos
Son las que lucen en muerte.
La Iglesia, mi madre, ponga
La ofrenda toda al corriente,
Pues mi Padre la dejó
Pan y vino que pusiese.
Lutos, vigilijs, clamores,
Hachas, ofrendas, parientes,
Honrad al alma que vive,
Llebad al cuerpo que muere.

LEDESMA.—*Tercera parte de conceptos espirituales.*

362.

AL JUICIO FINAL Y PARTICULAR DEL HOMERE.

Glosando este pié: *Que será la cuenta estrecha.*

En el consejo supremo
Se ha decretado que venga
Uno de los tres olores
Por juez de residencia;
Otra vez vino este propio
A meter paz en la tierra,
Y agora vuelve á juzgarla
Y á visitar sus audiencias;
Y pues viene cual juez,
Tema la vara mas recta,
Tiemble la pluma mas limpia;
Que será la cuenta estrecha.
Al mismo tiempo y efecto
Salió en consejo de guerra
Un general comisario
Que reforme sus banderas.
Es guerra campal la vida,
Y sus bienes son boletas
Que reparte á sus soldados
El rey de naturaleza;
Y pues jineta y baston
Sus alojamientos llevan,
No se les pruebe cohecho;
Que será la cuenta estrecha.
La gran botica del mundo,
Donde tantos simples entran,
Y tantos compuestos dañan,
Tambien habrá quien la vea.
Tabletas de *manus Christi*
Hallará que no sean buenas,
Y verá falsificadas
Mas de dos quintas esencias.
Los escrúpulos del peso,
Con ser tan menudas pesas,
Contará si están cabales;
Que será la cuenta estrecha.
Consejos, congregaciones,
Capítulos, asambleas,
Cabildos y cofradías,
Gobiernos y preeminencias,
Esperan visitador,
A fin de que todos teman,
Eclesiástico y seglar,

Una superior cabeza ;
 Bonete, capilla, gorra,
 Hábito, garnacha, beca,
 Temed á vuestro juez;
Que será la cuenta estrecha.
 La sangre del justo Abel
 Está clamando que venga
 Un juez pesquisidor
 Que á los delincuentes prenda.
 Toda la casa de Adán
 Y cuantos hay de su cepa
 Son cómplices del delito,
 Excepto el rey y la reina.
 Antes que venga el juez,
 Todos los de la querrela
 Se concierten con la parte;
Que será la cuenta estrecha.
 Aquel rico mercader,
 Que á sus criados entrega
 Los talentos con que tratan
 En aquesta humana feria,
 Ha de venir y alcanzar.
 Dé cuenta al que mas entienda;
 Que si es rey en la persona,
 Es ginovés en la cuenta;
 Hagan avanza de todo,
 Y recorran bien su hacienda,
 Miren á quién han fiado;
Que será la cuenta estrecha.
 Cuando el padre de familias
 Se fué, nos dejó tarea
 (Que en el sudor de su rostro
 Come su pan el que peca),
 Y pues ha de volver cuando
 A pagar jornales vuelva,
 Y ha de ver lo que está hecho
 En haza, en viña y en huerta,
 No huelgue mientras hay día,
 Azadon ni podadera,
 Hoz, arado, trillo y bieldo;
Que será la cuenta estrecha.
 Mas dejando alegorias,
 Y diciéndoos á la letra
 La certeza del juicio,
 Hecho para gloria y pena,
 Aviso que viene Dios
 Cual juez de residencia,
 Cual protomédico real,
 Cual comisario de guerra,
 Cual pesquisidor del crimen,
 Cual visitador de iglesias,
 Cual mercader de cobranzas
 Y cual labrador de rentas.
 Y pues el Hijo del hombre,
 Que es el que todo lo encierra,
 Viene á pedir cuenta al mundo
 De su sangre y de su hacienda,
 Todos hagan sus descargos,
 Todos compongan sus deudas,
 Todos ajusten sus libros;
Que será la cuenta estrecha.

ALONSO DE LEDESMA. — Tercera parte de conceptos espirituales.

363.

Á LA CONVERSION DE UN PECADOR.

El cuarto del alma mia,
 Que yo le alquilé al pecado,
 Le dejó tan destruido,
 Que ha menester mil reparos.
 Entrad, Consideracion,
 Ved por los ojos el cuarto,
 Que Memoria irá con vos
 Para dar cuenta del caso.
 Mirad, ojos, boca, orejas,
 Puertas que pedían candados,
 Cuál las dejó este vecino,
 Sin llave, puerta ni marco.
 La memoria de la muerte,
 Pozo que estaba en el patio,

Cegó con tierra el olvido,
 Porque no caigan los años.
 La fuente del merecer,
 Que por Cuaresma adobaron,
 No corre despues que están
 Los arcaduces quebrados.
 En el jardin de la vida,
 Hermoso por ser tan vario,
 Solo hay verdes esperanzas,
 Yerba que sembró el Engaño.
 La escalera principal
 De los mandamientos santos,
 Por calentarse la Culpa,
 La quemó todos diez pasos.
 El pajar del Apetito,
 Caballeriza del cuarto,
 Hizo cuadra de visita,
 Y á la razon hizo establo.
 La sala de Entendimiento,
 Con sus balcones rasgados,
 Parece ya calabozo,
 Por la luz que le taparon.
 Las paredes de Memoria
 Sirvieron de papel blanco,
 Donde el Ocio bosquejé
 Mil gustos imaginados.
 La torre del Pensamiento
 Otro Atlante por lo alto
 Derribó; porque no toque
 Al cielo del Desengaño.
 Pedradas arrojadas
 De juicios temerarios,
 Como muchachos traviesos,
 Tienen perdido el tejado;
 Son las tejas de la Honra
 Mas de vidrio que de barro:
 Ved qué tejado de vidrio
 Saldrá libre, entero y sano.
 Goteras de pensamientos,
 Morosos por descuidados,
 Y graves por consentidos,
 Piden continuos reparos;
 Que como gotera en piedra,
 Así el pensamiento vano
 Destruye la voluntad,
 Y mas si cae de ordinario.
 En la chimenea de Amor
 Hizo lumbre mi pecado,
 Y salió su llama en lenguas,
 Y no de Espíritu Santo.
 Yo, que entré dentro de mí,
 Y vi cuál tenia mi cuarto,
 Le despedí de mi casa,
 Y la alquilé al Desengaño.

LEDESMA. — Tercera parte de conceptos espirituales.

364.

Á LA ENMIENDA DE LA VIDA PASADA.

Mudándose está la Culpa
 De mi casa, calle y barrio,
 Que la despidió Razon
 Por su paga y por su trato;
 Confesion y Contricion
 A su pesar la mudaron,
 Echándola por justicia
 En la calle todo el bato.
 Al ganapan de Apetito
 Hacen que lleve los cargos,
 Que es el mesmo que á esta casa,
 Cuando se pasó, los trajo.
 ¡Oh qué despacio los lleva,
 Que se le hicieron los fardos
 Livianos á la venida,
 Y á la vuelta muy pesados!
 Solo dejó por pasar
 Un viejo y podrido escaño,
 Asiento de inclinacion,
 Y almacén de mil engaños.
 A la Ocasion le encargó,
 Y el Deseo, su criado,

Pasando por la Memoria,
Le abría de cuando en cuando.
Mas Desengaño, que vió
El corazón ocupado,
Que es lo mejor de la casa,
Determinó de quemarlo.
Hizo barrer y regar
A los ojos, sus esclavos,
Y trayendo materiales,
Comenzó a reparar daños.
Lo primero trajo cal
Del horno del amor sacro,
Hecho de la piedra Cristo,
Que se coció a fuego manso.
No dirán que no es cal muerta,
Que peones farisáicos
Mataron aquesta cal
Para dar al alma un baño.
La arena son nuestras obras,
Que, si no se van mezclando
Con aquesta cal del Verbo,
No fragua edificio humano.
Las paredes enlució
Con aqueste estuque blanco,
Y bruñólas con la piedra
Que trae Jerónimo el santo.
Limpió el pozo del olvido,
Y dió la Memoria llanto;
Que haber agua donde hay obra,
Ya se ve que es necesario.
Hizo embetunar la fuente
De arcaduces ya quebrados,
Para que el agua de gracia
Corra limpia por sus caños.
Y para echar buenos suelos,
Cerner la tierra ha mandado
Al conocimiento propio,
Que sabe mucho de barro.
Bardó el buerto con espigas
De las que en él se criaron,
Para que sirva de guarda
Lo que sirvió de pecado.
Arrancó flor de esperanzas,
Y sembró frutales varios,
Porque no se vaya en flor
El fruto de los trabajos.
Hizo portada de piedra,
Con su escudo relevado;
Que el buen ejemplo exterior
Hace gran provecho al malo.
Volvio á levantar la torre;
Que los pensamientos altos,
Si no son desvanecidos,
Descomponen viles tratos.
En el balcon de los ojos
Puso nuevos encerados,
Porque miren los sentidos
Con modestia y con recato.
Yo servi de sobre-estante,
Porque no se estén holgando
Mis haraganes sentidos
En día que es de trabajo.
Hasta acabar esta obra,
Tragué polvo, pisé barro,
Y con mis propios deseos
Tuve pleitos, sufrí embargos.
Es el mundo un mal vecino,
Que, sin hacerle algun daño,
Cualquier obra de virtud
Embarga con pleitos largos.
Gracias á Dios, que la mia
No detendrá porque cargo
Sobre sus flacos cimientos,
Ni en heredad suya labro;
Sobre Cristo, piedra viva,
Fundo las obras que saco,
Y en su solar edilicio,
Que es la tierra de los santos.
Este es el cuarto tercero,
Aunque mejor diré el cuarto (1).

(1) Tercera parte y cuarto libro en orden, con el de los Juegos de Noche-buena.

Que con mi corto caudal
Dentro en mi casa he labrado.
Y porque en cuartos de casas
Es buena traza juntallos,
Para que se manden todos
Por una puerta y á un paso,
Prometo, en alzando de obra
De la labor deste cuarto,
Ponerlos todos á un peso,
Aunque me cueste trabajo.
No faltará qué enmendar,
En luciendo ó derribando,
Y por estar harto de obra
Doy fin al libro y al caso.

ALONSO DE LEDESMA.—Tercera parte de conceptos espirituales.

365.

DE LAS EXCELENCIAS DEL AYUNO.

Atiende á mi voz, cristiano;
Verás un espejo y muestra
De los males de la gula
Y bienes de la abstinencia.
Si en Adán por la comida
Quedó toda carne muerta,
Hoy por darte vida Dios
El ayuno te receta.
Si fuiste nacido en carne,
Hombre por naturaleza,
Ángel por gracia serás
Si de tu carne te alejas.
Vió Baltasar en convite
De su muerte la sentencia,
Porque mata cuerpo y alma
Una comida sin rienda.
Lot, con haber sido justo,
Manchó la casta limpieza
De sus hijas; que es el vino
De castidad pestilencia.
Abrasada fué Sodoma
Por sus nefandas torpezas,
A causa de los manjares
De que tuvo copia inmensa.
Venturoso fuera Amon
Si, convidado, advirtiera
En convidarse á ayunar,
Pues dejó la vida en prendas.
De la justicia divina
Ninive domó las fuerzas,
Domando las de sus cuerpos
Con peregrina abstinencia.
Moisés, al bajar del monte,
Cegaba con luz la tierra,
Porque en su rostro esta luz
Ayunando quedó impresa.
Con el ayuno Judit
Dió á Holofernes muerte acerba,
Porque cuando duerme el vino,
La templanza está disperta.
Y pues la templanza santa
Cortó á un gloton la cabeza,
Escarmentar los glotonos
Podrán en cabeza ajena.
No estaba indignado Heródes
Con Juan, pero sobre mesa
Descubrió su destemplanza
En la culpable sentencia.
A Daniel en el lago
Respetan fieras hambrientas;
Que en presencia del que ayuna
Los leones son ovejas.
El horno de Babilonia
Con los que ayunan se tiempla,
Porque el mismo fuego ayuna,
Poniendo á su furia rienda.
Ayunando siete días,
Job se trocó de manera,
Que halló felicidad
Entre montes de miserias.

De una madre ayunadora
 Sacó Sansón grandes fuerzas,
 Porque de padres glotones
 Frágiles hijos se engendran.
 Por el santo ayuno Elías,
 En dulce y blanda marea,
 Alcanzó ser visitado
 De la soberana Esencia.
 Finalmente, el mismo Dios
 Entre montes de aspereza
 Ayunó para vencer
 Aquella indómita bestia;
 Y en tanto estimó el ayuno,
 Que por solo un día de fiesta
 Que en el Tabor esperaba,
 Tuvo de ayuno cuarenta;
 Que con ser la gloria él mismo,
 No quiso su omnipotencia
 Desayunarse de gloria
 Sin que ayunase en la pena.
 La carne del penitente
 Resucita á vida eterna,
 Pues por ser mortificada
 Se redime de ser muerta.
 Si resucitar pretendes
 De la culpa, ayuna y vela,
 Porque no hay resurrección
 Sin que preceda cuaresma.
 Dirigete á la templanza;
 Que si tu cuerpo no templas,
 Serás un cuerpo de libro
 Descuadernado en la Iglesia.
 Deja el alma que levante
 Tu carne, y la rinda y venza;
 Será un Hércules el alma,
 Y tú el hijo de la tierra.
 No temas, hombre, el ayuno;
 Mira que es la penitencia
 Vara de Moisés divina
 Con aspecto de culebra.
 Empuña esta santa vara,
 Y podrás abrir carrera
 Por entre el mar de la culpa,
 Cuyas aguas son sangrientas.
 Si padecieres desmayos,
 No te asombres ni los temas,
 Pues proceden de sangrias,
 Que alcanzan salud eterna.
 De tu estado te caíras,
 Mas yo sé que Adán y Eva
 No cayeran, si ayunaran,
 De el estado de inocencia.
 Quedarte en los puros huesos
 No te cause horror ni pena;
 Que los huesos de los puros
 Por reliquias se veneran.
 Y en esto no ganas poco;
 Que en la militante Iglesia
 La carga del Evangelio
 Hombres de hueso la llevan:
 Si lo hilares delgado
 En tu ahilada presencia,
 En el telar de la gloria
 Esa hilaza se precia.
 Si el rostro se te afilare,
 Ese es filo que Dios temple,
 Con que de los siete vicios
 Cortes las siete cabezas.
 Y si del ayuno el hartó
 No tiene duelo, se advierta
 Que Dios, que es ayunador,
 Lo tendrá de su abstinencia.
 Si pretendes caridad,
 Y quieres que en ti se entienda,
 Presto se emprende su fuego
 En la carne enjuta y seca.
 Seco estarás como un palo,
 Mas tendrás verdes tus fuerzas
 Para que le puedas dar
 Palo á la concupiscencia.
 Procura enfrenar tu carne
 Con tiempo; mira que es bestia

Que suele enfrenarse mal
 En cerrando los cuarenta.
 Guárdate no te dé cox,
 Que es como cox de escopeta,
 Con que desbarata el punto
 Del que á la virtud asesta.
 En los cuerpos, ayunando,
 Los malos humores cesan,
 Porque gastan buen humor
 Los que se curan con dieta.
 Conserva la hermosura
 Ayunar, pues la belleza
 Eclipse su resplandor
 En actos de gula envuelta.
 La temporal vida al hombre
 El ayuno santo aumenta,
 Porque el calor natural
 No se ofusca ni se apremia.
 Y como el prolijo ayuno
 Al justo el sueño cercena,
 Vive mas, porque el dormir
 Se cuenta por vida muerta.
 Los que ayunan son de noche
 De sus almas centinelas,
 Cantando himnos á Dios,
 Que es la señal de la vela.
 Y no es mucho que á deshora
 A Dios le canten mil letras,
 Porque los ayunadores
 Son los gallos de la Iglesia.
 Son reyes de sus pasiones,
 Y no es mucho que lo sean,
 Si por la pasión de Cristo
 Hacen tan preciosa ofrenda.
 No hay entre el ángel y el hombre
 Mas distancia que materia,
 Porque la forma del alma
 Está del ángel muy cerca.
 Y cuanto mas consumieres
 Esta materia terrena,
 Mas cerca estás de ser ángel,
 Pues tienes menos de tierra.
 Y ya que es ángel tu alma,
 No la turbes las potencias;
 Déjala en tu cuerpo obrar
 Segun su naturaleza.
 Porque entre el bruto y el hombre,
 Hombre, no hay mas diferencia
 Que el alma, y si no discurre,
 Con el bruto se empareja.
 Si con la flaqueza el cuerpo
 Te descubriere sus cuerdas,
 Son cuerdas que toca Dios,
 Con cuyo son se deleita.
 Si flaco como una caña
 Quedares, en eso medras,
 Pues de ese cañaveral
 Saldrá un cedro de pureza.
 La excelencia del ayuno
 Es de animosos empresa,
 Y un santanton de cobardes,
 Que de su memoria tiemblan.
 Apela del ocio injusto,
 Sacrifica á Dios tus fuerzas,
 Que entre algodones, la vida
 Mal hará á su carne guerra.
 Es el ayuno un teatro
 Donde con afrenta quedan
 Los vicios, desgraduados
 De sus antiguas potencias.
 Es un paso estrecho y fuerte,
 Donde el alma, cuando entra,
 Del viejo Adán se desnuda,
 Cual de la piel la culebra.
 Son los viciosos del mundo
 Como arrayanes de huerta,
 Verdes, pero no seguros
 De tresquilar su belleza.
 Limita tus colaciones,
 Advirtiéndote que el que juega,
 Si por un punto se pasa,
 Es ley que su resto pierda.

Y en tan alto sacrificio
Huye la opinion terrena,
Que es tocar campana á pino
Para empinarte en la tierra.
Mira que el vanaglorioso
Que ayuna á voz de trompeta,
Es un mártir mal logrado
Por la inútil penitencia.

BONILLA. — *Nuevo jardín de flores divinas.*

366.

A LA MUERTE.

Alma, pues eres criada
Para mejor vida que esta,
Escúchame este discurso
De vida humana y eterna.
Por la puerta de la culpa
Entró la muerte en la tierra;
Que no viéramos su cara,
Si no la abrieran tal puerta.
Era la vida hijadalgo,
Pero perdió su nobleza,
Que la empadronó su culpa,
Y ha quedado por pechera.
Todos pagan esta culpa,
Hasta Cristo, con que prueba
Antigüedad infinita;
Quiéren que, pues nace, muera.
Es la muerte ejecutor,
Que á nuestra naturaleza
Cita al nacer, y al morir
Por remate saca prendas.
Las edades son los plazos
De la ejecutada deuda,
Cuyos días son contados,
Pues la mayor llega á ochenta.
Es la muerte un mirador
De donde claro se otea
Lo profundo de la culpa
Y lo largo de la pena.
Asómate aquí, Memoria;
Que, por alta que te veas
En estado y dignidad,
No temo te desvanezas.
Es la muerte noche oscura
De un día que es de Noruega,
Adonde el sol de la vida
Sale tarde, y presto se entra.
Marchando va por la posta,
Puesto que ricos sospechan
Que es Josué deste sol
Salud, contento y riqueza.
Es muerte piedra del toque,
En cuyas rayas nos muestra
El vicio su falsedad,
Y la virtud su fineza.
Vos, conocimiento propio,
Ensayad esta moneda,
Que á veces suele ser falsa,
Y en vida pasar por buena.
Es muerte estrecho de mar
Donde la vida se anega,
La cual náda propiamente,
Y nada mas náda que ella.
Arrojaldá á buena parte,
Olas de congoja llenas;
Que la muerte es como el mar,
Que echa los cuerpos á tierra.
Es la muerte un claro espejo
Que descubre á la conciencia
Las motas de cualquier culpa,
Por muy sutiles que sean.
No te toques, alma hermosa,
Sin que delante le tengas;
Que la muerte es un espejo
Que avisa y no lisonjea.
Es la muerte, para el rico,
Campana que toca á queda,
Y en dando, le quitarán

Las armas de su moneda;
Sus escudos y armas reales
Hasta aquí pueden traerlas;
Que, aunque ellas dicen *Plus ultra*,
Sepan que miente la letra.
Es muerte reloj de sol,
Cuyas sombras nos enseñan
Las horas que van pasando,
Y las cortas que nos quedan;
No quites los ojos dél,
Ten con sus rayas gran cuenta,
Que se pasará la hora,
Pues no es campana que suena.
Es la muerte amargo acibar
Que pone al pecho la Iglesia,
Para destetar al alma
De sus gustos y ternezas;
Acuérdate de quién eres,
Pues tu madre te desteta
El miércoles de Ceniza,
Poniéndola en tu cabeza.
Es muerte desnudo estoque
Pendiente sobre la mesa
De tus gustos y deleites,
A quien el viento menea.
Alza los ojos del alma,
Mira que de un hilo cuelga,
Y es tan laso el de la vida,
Que cualquier soplo le quiebra.
Es la muerte un propietario
De mi casa solariega,
Que solo la sepultura
Tengo por morada cierta;
Entra, Consideracion,
Algunas veces á vella;
Mira que es tu casa propia,
Y no tienes mas hacienda.
Es la muerte un artillero
Que á todas edades llega:
A la cuna, que está lejos,
Y al ataúd, que está cerca;
Es el blanco de sus tiros,
Donde de ordinario asesta.
Las cuatro edades del hombre,
Y es justo que todas teman;
Que, puesto que son castillos
Que distan algunas leguas,
A todos llega su bala
Y alcanza su dura flecha.
Ponte, Tiempo, de por medio,
Sé de mis muros trinchera,
Que peto á prueba de muerte
No hay estado que le tenga.
Mas ¡ay! que huyes de mí, y ella se acerca;
Que si la muerte corre, el tiempo vuela.

ALONSO DE LEDESMA. — *Tercera parte de conceptos espirituales.*

367.

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

¡Oh corta y cansada vida,
Qué de males te rodean!
Qué de enemigos te siguen!
Qué de tiros que te asestan!
La muerte viene en tu alcance,
Mas ten al miedo la rienda;
Que ya tienes nueva vida,
Si tú sabes usar della.
Ya la muerte es pura muerte,
Nadie sin culpa la tema;
Que á manos de Dios, que es vida,
Sabemos que quedó muerta.
Por la puerta de la gracia
Entró la vida en la tierra,
Porque sin gracia no hay vida,
Ni muerte sin culpa fea.
Alhóndiga y armería
Es la militante Iglesia,
Donde hay pan que te sustente,

Y armas con que te defiendas.
 Es este pan celestial.
 Para lo que toca á guerra,
 Peto á prueba de la muerte,
 Si en su gracia se conserva.
 «Comed, y no moriréis,»
 Dijo la antigua culebra;
 Y á decirlo deste pan,
 Fuera infalible sentencia.
 Es espada que te adorne;
 Pero, si bien no la juegas,
 Es arma en manos de loco,
 Con que se hiere ó degüella.
 Por lo que toca á manjar,
 Es mana, que si le pruebas,
 A todas las cosas sabe:
 A honor, á gusto y hacienda.
 Es ración que tiene el alma,
 Y es tan rica su prebenda.
 Que á darla menos que á Dios,
 No fuera ración entera.
 Es un alto mirador,
 Desde donde la fe otea
 Lo distante y lo profundo
 De la eternidad inmensa.
 Es sol entre pardas nubes,
 Y aunque sus rayos no veas,
 En sus efectos verás
 Que vivifica y calienta.
 Es Océano del Padre,
 Y tanto en cáliz se estrecha,
 Que se puede en un instante
 Pasar á la vida eterna.
 Es fina piedra de toque,
 Adonde ser Júdas muestra
 Falso doblon de á dos caras,
 Y Tomé, tomé de cuenta.
 Es sepulcro de hombre y Dios
 Vivo y muerto, tal, que encierra
 Un cuerpo aquí sepultado,
 Porque le coma la tierra.
 Es leche dulce y suave
 Que tiene al pecho la Iglesia,
 Con que cria una criatura
 A la imágen de Dios hecha.
 Es espejo cristalino,
 Donde su luna te enseña,
 La vida si vas en gracia,
 La muerte si vas sin ella.
 Es reloj que da la una,
 Y son las dos si se cuentan;
 Que la persona de Cristo
 Tiene dos naturalezas.
 Es quinta esencia de bienes,
 Pero no es sino primera;
 Que aunque Dios es uno y trino,
 Es solamente una esencia.
 Es *plus ultra*, *et non plus ultra*,
Non plus ultra si contemplas
 Su sustancia, y es *plus ultra*
 Si en los accidentes quedas.
 Es vida de nuestra vida
 Y es alma del alma nuestra,
 Porque vivir sin comer
 Repugna á naturaleza.
 Es en la torre de amor
 Campana que toca á queda,
 Porque en gustando de Dios,
 Cualquier deleite se deja.
 Y aunque muerte y sacramento
 Parecen cosas opuestas,
 La muerte suele dar vida,
 Y la vida muerte fiera;
 Porque, así como la muerte
 Para el justo es vida quieta,
 Así este manjar de vida
 Es muerte para el que peca.
 Pero de aquí se colige
 Que el mudar naturaleza
 Es de partes del sugeto,
 Y no de su propia esencia.
 Y pues este es pan de vida,

Llámesse quien no le prueba
 Homicida de sí mismo,
 Pues la tiene y la desprecia.
 Mas ¡ay vida del alma y gloria excelsa!
 ¿Quién será digno de gozar tal mesa?

ALONSO DE LEDESMA.—Tercera parte de conceptos espirituales.

568.

EN LOOR DE LA ESCLARECIDA VIRGEN, EN SU SANTA CASA, SITA
 EN LA SIERRA DE CAÑAVETE, EN EL OBISPADO DE CUENCA.

Su luz la rosada aurora
 Da tan pura y clara al día,
 Que muestra que hay en el suelo
 Nuevas causas de alegría;
 Los altos cielos se alegran,
 La tierra resplandecía,
 Escuadras de querubines
 El Verbo encarnado envía,
 Que cubren los aires claros,
 Bajando á dulce porfía
 De los cielos á la sierra,
 Do la sacra Virgen pia
 Milagros tan gloriosos
 Por divino don hacía
 En tristes necesitados
 Que toda Iberia le envía.
 Ángeles vienen con ellos,
 Y cantan con armonía
 Mil cantares celestiales
 La noche entera y el día,
 Y entre sus canciones sacras
 Celebran con melodía
 Ser madre del Verbo eterno,
 Luz que alumbra al sol y al día,
 Que en su santa concepcion
 Preservó y libró á María.
 Por ella se alegre el mundo,
 Pues del suelo al cielo es guía,
 Estrella de la mañana,
 Y reina de gran valía,
 Mas hermosa que las flores,
 De cielo y tierra alegría.

DIEGO CORTÉS.—Discursos del varón justo.

569.

LETANÍA DE NUESTRA SEÑORA.

Fuente de gracia y pureza,
 Inmenso mar, donde brillan
 Como espejos tantas luces,
 Como el sol rayos de vida;
 Amorosísima madre,
 Dulce abogada, María,
 Reina en los cielos y tierra,
 Y luz en las jerarquias.
 A quien voces, labios, plumas
 Alaban y glorifican
 Por hija del Padre eterno,
 Por pura y por escogida,
 Por madre del Verbo Cristo
 Y por esposa querida
 Del Espíritu divino,
 Gozosa luz y alegría,
 Veladora de los hombres,
 Pues tu intercesion los libra
 De la muerte del pecado
 Y el rigor de la justicia,
 Y así te aclaman felices
 Por amante, dulce y pia;
 Y con la Iglesia, Señora,
 Tan notables rogativas
 Como se cantan dichosas,
 Y como la fe publica
 En diversas oraciones

Que á tu devocion se arriman;
 Invocacion una y otra
 Para que de ti, Maria,
 Tengamos por ella gracia,
 Y perdon por nuestra dicha.
 Siendo á vos, dulce Señora,
 Aceptas las letanias,
 De quien hoy mi intento quiere
 Explicarlas y decirlas,
 Para que todos las sepan
 Y entiendan de construirlas,
 Y por ser invocacion,
 Os la recen cada dia,
 Entonando en altas voces
 A la Trinidad divina,
 De tres en un solo Dios
 La misericordia misma,
 Y despues de esto clamar
 Y decir *Sancta Maria*,
 Santa entre todas las santas,
 Santisima y preferida.
Sancta Dei Genitrix canta,
 De Dios amada y querida;
Virgo Virginum tambien,
 Virgen de virgenes rica;
Mater Christi, que sois madre
 De Cristo, quedando limpia,
 Y *Mater divinæ gratiæ*,
 Madre de la gracia misma;
Mater purissima, bella,
 Pura, hermosa, dulce y limpia;
Mater castissima, siendo
 Tu pureza tan crecida,
 Tan casta y libre del mal,
 Que en los hombres abomina;
 Que sois *Mater inviolata*,
 Vuestra pureza lo diga,
 Pues pariendo á Jesucristo,
 No violaron tus caricias.
 Sois *Mater intemerata*,
 Que dice que sois temida
 Del infierno y sus secuaces,
 De ángeles obedecida;
Mater amabilis, pues,
 Madre amable y muy querida,
 Y que *admirabilis* sois,
 Por la admiracion se mira,
 Como lo canta el Esposo,
 Que tanto en verte se admira,
 Porque sois tan admirable,
 Cielos y tierra lo digan;
Mater Creatoris, si
 Del Criador *Mater pia*,
Mater Salvatoris, pues,
 Del Salvador madre limpia,
 Pues nació para salvarnos
 De muerte á la eterna vida;
Virgo prudente, y te llama
Prudentissima Maria,
 Y todo el colegio canta
 Tu prudencia tan crecida.
Virgo veneranda, dice,
 Virgen venerada, estima
 De tanto cristiano que
 A tu devocion se arrima;
Virgo prædicanda, pues
 El mundo todo os predica
 Por madre de Dios, y sois
 Quien el bien nos comunica;
 Y *Virgo potens* te dice,
 Virgen poderosa y rica,
 Y *Virgo clemens*, que sois
 Clemente, amorosa y pia;
Virgo fidelis, que sois
 Fiel á quien os dedica
 A el amparo y proteccion
 De tu devocion divina;
 Y que *Speculum justitiæ*,
 Espejo de la justicia,
 Pues en ti luce lo justo,
 Como Dios nos notifica;
Sedes sapientiæ, sois

Silla de sabiduria,
 Pues en ti se aposentó
 Toda la gracia infinita;
 Y *Causa nostræ lætitiæ*,
 Causa pues de nuestras dichas,
 Para que glorifiquemos
 A Dios por tus maravillas;
 Y *Vas spirituale*,
 Que sois, divina Maria,
 Vaso en que encarnó el Señor
 Del espíritu de vida;
Vas honorabile, pues,
 Vaso que de honor se mira
 Tan lleno, que no se ve
 Alguna parte vacia;
Vas insignæ devotionis,
 Que es tu devocion tan rica,
 Que provoca á que los hombres
 Todos devotos te sirvan;
Rosa mystica, que sois
 Hermosa rosa escogida,
 Rosa pura, matizada
 Con la gracia tan crecida;
Turris davidica, torre
 Que el templo de Dios sublima,
 Como sublimó el linaje
 De David tantas familias;
Turris eburnea, la torre
 Que siempre se mira fija,
 Que jamás no se ladea,
 Pues hasta el cielo se anima;
Domus aurea, que sois casa
 Dorada, en quien Dios habita,
 Pues con su divinidad
 Dotó tu gracia divina;
Fœderis Arca, que sois
 Arca fiel donde se mira
 Por el Viejo Testamento
 Lo que el Nuevo se acredita;
Janua Coeli, que sois
 Puerta del cielo, y tan pia,
 Que no se cierra jamás
 A quien por ti se encamina;
Matutina Stella, pues,
 Estrella del Norte fija,
 Y entre todos los luceros,
 Como el sol hermoso, brillas.
 Canta *Salus infirmorum*,
 Que sois, divina Maria,
 La salud de los enfermos
 A que tu amor sollicita.
 Y *Refugium peccatorum*,
 Porque sois, Madre benigna,
 Refugio de pecadores
 Contra todas las malicias;
Consolatrix afflictorum,
 Que sois por gracia divina
 El consuelo de afligidos,
 Como del triste alegría.
Auxilium sois christianorum,
 Que sois, divina Maria,
 Auxilio de los cristianos
 Que el pecado debilita;
 Luego *Regina angelorum*,
 Reina de las jerarquias,
 Reina de ángeles bella,
 De quien hoy te ves servida.
 Y *Regina patriarcharum*,
 Reina adorada y servida
 De todos los patriarchas
 Que por ti favor tenian;
 Y *Regina prophetarum*,
 Porque así tus profecias
 Excedieron poderosas
 A las mayores que habia;
 Y *Regina apostolorum*,
 Será adorada y servida
 De los apóstoles todos,
 Que por ti favor tenian.
Regina martyrum siempre;
 ¿Quién mas que tú ser podia
 Más mártir en la pasion

De Cristo, cuando lo vías?

Regina, pues, *confessorum*,

Porque sois madre lo enigma,

Pues ninguno mas que tú

A Dios confesado habia;

Regina virginum, reina

De las virgenes lucidas,

Pues entre todas tu sola

Reina de virgenes miran;

Regina sanctorum omnium,

Reina adorada y servida

De cuantos santos hay hoy,

Y habrá, como el mundo viva.

Luego la gran religion

De los padres carmelitas

Añade, dulce Señora,

Cantando las letanias:

Virgo sois *carmelitarum*,

Virgen y flor escogida

Del Carmen, que es tan hermosa

Y de belleza tan rica;

Y *Regina flor Carmeli*,

Reina entre las flores mismas,

Pues tú sola eres la flor

Que en ramos no se marchita.

Thesaurum carmelitarum,

El mundo todo lo diga,

Que sois tesoro del Carmen,

Que pone a las almas ricas.

Y la ilustre religion

De las Mercedes invictas,

Cuyo hábito vestistes,

Gloriosamente divina,

Redemptrix, pues, *captivorum*,

Que sois redentora pia

De los captivos que están

En esclavitud indigna;

Cuyos raros atributos

La gran religion afirma

Del patriarca Domingo.

Diciéndoos siempre *Regina*

Sacratissimi rosarii,

Del rosario Reina, y brilla;

Que, como lucientes rayos

De luces y maravillas,

A vos, divina Señora,

Os ruegan y os lo suplican

Alma, pecho y corazon,

Cuerpo, luz, sentido, vida,

Plumas, labios, letras, ojos,

Rayos, clamores, y tiran,

Como á blancos, los suspiros,

Que para vos se encaminan.

Oid mas, dulce Señora,

Por aquestas letanias,

Nuestro clamor, nuestras voces,

Lágrimas, penas crecidas,

Que de Dios nos alcanceis

Bien para esta monarquía.

La gloria á Fernando Sexto,

Que pasó ya á mejor vida;

Exaltacion de la fe;

Que eterna la Iglesia viva;

Que el hereje se confunda,

Y que todos pues se rindan

A ser cristianos, loando

A Dios y santa Maria

Por los siglos de los siglos,

Sin cesar noche ni dia;

Porque á esos piés humillado,

Merezca con toda dicha

Hoy Lucas del Olmo Alfonso

Sus auxilios, gracia y vida.

Pliego suelto, impreso en Córdoba por don Luis de Ramos y Coria. S. n. l. a.

570.

ESTACIONES DE LA VIA SACRA.

Oid atentos, mortales,
Cristianos y redimidos

De la esclavitud pasada

Ya por la sangre de Cristo,

El que es verdadero Dios,

Aquel que los cielos hizo,

Tachonandolos de estrellas,

Planetas y astros lucidos;

Atónito estoy y absorto,

Y tan fuera de mi mismo,

Que de mi afecto llevado,

En el corazon imprimo

Con caracteres del alma

Aqueste nuevo prodigio.

Nací en la excelsa ciudad,

Del mundo portento rico,

La que siempre aclama a voces

Con lenguas y metal fino,

La gran ciudad de Jerez,

Frontera del mar altivo.

Tiene esta excelsa ciudad,

Por mano del cielo mismo,

En la ancha plaza un convento

Del seráfico Francisco,

Aquel serafin llagado,

Cuyos cinco hermosos lirios

De manos, piés y costado

Imprimió con rayos Cristo.

Paseándome por sus claustros,

Iba yo tan divertido,

Que la vista me llevaba

La fabrica y edificio,

Cuando en un claro rincon

Reparé; grave prodigio!

Vi una imagen de Jesus

Que representaba al vivo

La imagen del Nazareno,

Pues de morado vestido,

Una túnica cubria

Su sacro cuerpo divino;

Sobre una losa, que juzgo

Que el diciembre helado y frio

Escarchó nevada plata,

Asienta sus piés divinos.

La cruz sobre el hombro tiene.

Pecadores, ¿habeis visto

El mar de misericordia

Cargado con un navio?

Pues aquí presente hallo

La cruz, nave, mar y Cristo.

Ya los ojos y pestañas,

Que eran luceros bruñidos,

Con las lágrimas y el polvo

Eclipsados soles miro;

Los labios carmin morado,

Pues siendo corales finos,

Son desmayados claveles,

De la púrpura teñidos;

Tendido todo el cabello,

Cuyas hebras de oro fino

Son rayos que el sol esparce

Sobre su rostro alligido.

Mirándolo estaba atento,

Dando el corazon latidos,

Como el alma y cuerpo á un tiempo

Problemas y silogismos.

Entonces, cielos, entonces,

Ni bien muerto ni bien vivo,

Todo neutral y confuso,

Me pareció que me dijo:

«¿Cómo tan ingratamente,

Hombre, contra mí has vivido?

Cómo me pagas tan mal

Las obras y beneficios?

Caballo sin rienda eres,

Pues, desbocado, has querido

Correr por la culpa tuya

A tu mayor precipicio.

Treinta y tres años por tí

Vivi en el mundo, abatido,

Con pobreza y humildad,

Solo por hacerte rico,

Y en perpetua esclavitud

Estabas, hombre, metido,

Y esclavo, por culpa tuya,
De tu mayor enemigo;
Pero para tu rescate,
Siendo quien soy, fui vendido,
Y bastaron treinta reales
Para tu rescate mismo;
Y sobre aquesta fineza,
Obré otra mayor contigo,
Pues quedé sacramentado,
Y entre los hombres asisto.
Abre los ojos del alma,
Despierta si estás dormido,
Sal del confuso letargo
Y sueño en que estás metido;
Toma la cruz en los hombros,
Y por este claustro mio
Imita en la *Via-sacra*,
Con el corazon contrito,
Los pasos de mi pasion,
Y quedarás bien conmigo.»
Asustado todo el pecho,
Y en el alma arrepentido
De ofender á un Dios tan bueno,
Y en lágrimas desleído,
A la Devocion llamé;
Pero acudiendo al proviso,
Ella mis pasos guió
Con el impulso divino.
A la primera estacion
Llegué. — Auditorio mio,
Prestame un rato silencio,
Y oiréis la pasion de Cristo.
En esta estacion primera,
Es la del pretorio mismo
Y la casa de Pilato,
Adonde el redentor Cristo,
Por mano de seis soldados
Inclementes y atrevidos,
Cruelmente fué azotado
Con garfios de hierro finos
Y con cordeles nudosos,
Y en ellos abrojos vivos.
Aqui Pilatos habló,
Y desta manera dijo:
«A Jesus de Nazaret,
Ese que se llama Cristo,
Sedicioso y embustero,
Facineroso y malquisto,
Despojado y amarrado,
Y con los juncos marinos
Coronadle su cabeza,
Pues dice que es rey divino.»
En la segunda estacion,
De veinte y un pasos mismos,
Es lugar donde á Jesus,
Sobre sus hombros divinos,
La cruz santa le pusieron
Los alevosos judios;
Y para ponerla entonces,
Le mudaron de vestido,
Quitáronle la corona,
Abriendo mares y rios
Por donde tu alma navegue
Con bonanza hasta el impireo;
Volviéronsele á poner
Con nuevo rigor impio.
En la tercera estacion,
De ochenta pasos medidos,
Es lugar donde el Señor,
Caminando y afligido
Con el peso de la cruz,
Cayó, y de nuevo se vido
Herido por muchas partes,
Maltratado y dolorido.
Esta es la cuarta estacion,
Que sesenta pasos mido;
Es lugar donde el Señor
Encontró, yendo afligido,
Con su Santísima Madre;
Mirándose de improviso,
Quedaron sus corazones
Tristes del dolor partidos.

Esta es la quinta estacion,
Setenta y un pasos mido:
Es lugar donde alquilaron,
Sin ser de piedad movidos,
Al buen Simon Cirineo,
Pues en tan grande conflicto
Su Majestad caminaba
Lento el paso y todo herido.
Esta es la sexta estacion,
Que consta, segun he visto,
Ciento noventa y un pasos
Dolorosos y temidos;
Lugar donde le salió,
Compasiva y con cariño,
La Verónica mujer,
Y viéndole que afligido
Iba y el rostro sudado,
Con el blanco y terso lino
Limpió su rostro, quedando
En tres partes esculpido.
En la séptima estacion,
Que consta, segun lo miro,
Trescientos y treinta y seis
Pasos, siendo aqueste el sitio
De la puerta Judiciaria,
Adonde Cristo, bien mio,
Con el peso de la cruz,
Llagado el hombro y herido,
Segunda vez cayó en tierra,
Despreciado y abatido,
Queriéndole levantar
A empujones excesivos.
Esta es la octava estacion,
Que consta, de largo tiro,
De trescientos y cuarenta
Y ocho pasos doloridos;
Lugar donde le salieron,
Llorando de hilo en hilo,
Unas piadosas mujeres,
Y mirando á ellas, dijo:
«Hijas de Jerusalem,
No lloréis; lo que os suplico
Es que sea por vosotras
Y vuestros queridos hijos.»
En la novena estacion,
Que consta, como lo admiro,
Ciento y setenta y un pasos,
Donde nuestro Dios propicio,
Ya faltándole la fuerza,
Totalmente escaneado,
Tercera vez cayó en tierra,
Ya tan cansado y rendido,
Que queriendo levantarse,
No pudo, antes caído
De nuevo, se hirió su cuerpo
Con dolores excesivos.
En la décima estacion,
De diez y ocho pasos mismos,
Es lugar donde al Señor
Le quitaron el vestido,
Renovándole sus llagas
Aquellos crueles ministros.
En la undécima estacion,
De doce pasos medidos,
Es lugar donde en la cruz
Le tendieron los judios,
Adonde enclavado fué
En el madero divino,
En donde, al oír los golpes
Del inclemente martillo,
Maria, madre de Dios,
Fué como hincarla un cuchillo.
La duodécima estacion,
De catorce pasos mismos,
Es lugar donde de tropa
Le llevaron atrevidos
Clavado en la cruz, dejando
Caerla de golpe impio,
Desconyuntando su cuerpo,
Todo de sangre teñido.
Decimatercia estacion;
Es este lugar el mismo

Donde bajaron el cuerpo
 Del crucificado Cristo,
 Y sobre los sacros brazos
 De su Madre, con suspiros,
 Lo pusieron, traspasando
 Su corazon afligido.
 Y porque en junto sepamos
 De nuestro gran padre Cristo
 Los pasos de la Pasion,
 Segun los santos han dicho,
 Fueron siete las caidas
 Desde aquel huerto florido
 De Getsemani á la casa
 De Anás, pontifice indigno.
 Los puntapiés fueron ciento
 Y cuarenta y cuatro mismos,
 Ciento y veinte las puñadas
 Sobre su cuerpo divino,
 Bofetadas ciento y dos
 En aquel rostro afligido;
 Los golpes del pecho fueron
 Veintiocho, ¡ay Jesus mio!
 Y en las espaldas ochenta.
 Setenta veces han sido,
 Y ocho mas, las que tiraron
 De la soga los judios,
 Y trescientas y cincuenta
 Veces con rigor impio
 Repelaron el cabello
 De la cabeza de Cristo.
 Setenta veces tiraron
 Tambien los pelos benditos
 De aquella sagrada barba,
 Que tan venerable ha sido.
 Los azotes que le dieron
 Sobre su espalda, atrevidos,
 Pasaron de cinco mil.
 Llegó en aqueste conflicto
 Al tránsito de la muerte
 Tres veces, ¡oh Padre mio!
 Y la corona de espinas
 De mil punzadas ha sido.
 Tres veces en tierra dió
 Con la cruz por el camino;
 Fué su corazon sagrado
 Cubierto, segun se ha escrito,
 Con setenta y dos angustias.
 Escupieron los malignos
 En su santísimo rostro
 Setenta y dos veces; quiso
 Por nosotros padecer
 Tormentos tan excesivos.
 Al enclavarlo en la cruz
 Las manos, con el martillo
 Veinte y seis golpes le dieron,
 Treinta y seis á los piés mismos,
 Y en su sagrada pasion
 Dió ciento y nueve suspiros.
 Tuvo en su cuerpo sagrado,
 Segun san Juan nos dió escrito,
 Cinco mil y cuatrocientas,
 Y añadió setenta y cinco,
 Heridas chicas y grandes
 En todo su cuerpo mismo,
 Sin las mil de la cabeza.
 Las gotas de sangre han sido
 Doscientas y treinta mil
 Que de su cuerpo ha vertido.
 Las lágrimas de sus ojos
 Fueron, segun he entendido,
 Seiscientas mil y doscientas
 Por nuestros pecados mismos.
 Bendito seas, Señor,
 Amado Dios infinito,
 Que por el hombre pasaste
 Tantas penas y martirios.
 Cristiano, pues de mi labio
 La pasion santa has oido,
 El acto de contricion
 Hazlo en tu pecho contrito,
 Y pidele á Dios en él
 Perdon de nuestros delitos;

Y Lucas del Olmo Alfonso
 Suplica humilde y rendido
 Que le perdoneis las faltas
 Que este romance ha tenido.
 Pliego suelto, sin lugar ni año.

371.

EXCELENCIAS DE LA SANTA CRUZ.

Madero excelso de Cristo,
 En quien la fabrica toda
 Depende siempre de Dios,
 La mas suñtiosa obra;
 Palma encumbrada, y que siempre
 Anuncio da de victoria,
 Pues á un coronado Rey
 Le diste la laureola;
 Arbol de cuyas dos ramas
 Mas encumbradas y hermosas
 Dependió el fruto que fué
 Nuestra redencion dichosa;
 Espada contra el infierno,
 Que tanto enemigo asombra,
 Pues empuñándola Dios,
 En ellos destruye y corta;
 Altivo muro de cuatro
 Almenas que le coronan,
 Cuyas cuatro letras dicen
 El dueño que las abona;
 Fuente cuyas aguas vivas
 En tinto coral se glorian,
 Cuyos cinco caños fueron
 Siete dones con tal honra;
 A ti, soberana Cruz,
 Ara de Dios, siendo joya
 Que, con su sangre esmaltada,
 Oro fué, que tanto monta,
 Mi humilde pluma dedica,
 Como cálamo, esta obra,
 Si bien con rústicos versos,
 Con elocuencia bien poca.
 Pero alcanzando la gracia
 De aquel que la perfecciona,
 Que por ser de gracia tú,
 Te quiero hacer mas graciosa,
 Podré á este píelago hondoso,
 A aqueste mar sin zozobra
 Arrojarne, á este prodigio,
 Sin peligro, de esta forma.
 En el año de tres mil,
 Segun dicen las historias,
 Y novecientos y uno,
 Se vió por muy cierta cosa
 Que Salomon, aquel rey
 Único sabio, la obra,
 A Dios dedica, del templo.
 Empezó con tanta costa
 De materiales y gente,
 Que admirando á las personas,
 A la fama le dió vuelo
 Para fijar las memorias,
 Mandando cortar del monte
 Las maderas olorosas,
 Los libanos, los cipreses,
 Los cedros y las caobas;
 Entre los cuales cortaron
 Un ciprés de cuyas hojas
 Los ámbares respiraban
 Olor que el ébano gozan.
 Lleváronlo para el templo
 Ajustado, y fué de forma,
 Que puesto, sobró madera,
 Y cortado, nada importa.
 Sacáronlo pues de allí,
 Y como sobrada cosa,
 Sin hacer pues caso de él,
 Pisábanlo á todas horas.
 De allí al arroyo Cedron
 Lo llevaron, y en sus ondas
 Servia de puente á cuantos

Pasaban á la redonda.
 Pasó aquí trescientos años,
 Sin ver que á ninguna obra
 Lo llevase la codicia
 O la ambicion sediciosa.
 Y despues que fué forzoso
 Hacer la cruz misteriosa
 Para que Cristo muriese
 En muerte tan afrentosa,
 Trajeron este madero
 De ciprés, como se nota,
 Y con los brazos de cedro,
 La cruz á Cristo le forman.
 Cargáronse en sus hombros;
 Fué decir que en ellos toma
 El peso de nuestras culpas,
 Que ya con su sangre borra,
 Y con Cristo en el Calvario
 Bandera ilustre enarbola,
 En señal que fué de Cristo
 La mas singular victoria;
 Donde un rótulo le ponen
 En tres lenguas ó idiomas,
 Latina, griega y hebrea,
 Que dicen de aquesta forma:
 «Jesús Nazareno, rey
 De judíos;» y esta propia
 Tablilla de palma fué,
 Adonde las letras forjan.
 Otra en que fijó los piés,
 Para que los clavos rompan,
 Fué de oliva, que la paz,
 Como á gran rey, se le postra.
 Habló aquí siete palabras;
 Y la primera es: «Perdona,
 Padre, áquestos ignorantes,
 Que aquesto que han hecho ignoran.»
 La segunda fué: «Hoy serás
 En mi paraíso ó gloria;»
Domine, memento mei,
 Pidiendo misericordia.
 La tercera fué: «Mujer,
 (A su Madre dolorosa),
 Ve ahí tu hijo;» y á Juan
 La cuarta: «Es tu madre sola.»
 La quinta dijo: «Sed tengo,»
 Y le aplicaron la esponja;
 Cuando fué sed de que el mundo
 Se salvase á tanta costa.
 Sexta: *Consummatum est,*
 Que aquí dieron fin las cosas
 De todas las profecias,
 Y muriendo, pagó á todas.
 Séptima es: «*In manus tuas*
 (Todo lleno de congojas)
 Mi espíritu os encomiendo;
 Recibidlo, Padre, ahora.»
 Bajáronlo de la cruz,
 Pasadas despues tres horas,
 Para enterrarlo, dejando
 La cruz de Cristo y las otras;
 Y resucitado ya,
 Viendo que todos se enojan,
 Fuera del lugar hicieron
 Una cava angosta y honda
 Junto al sepulcro de Cristo,
 Adonde las tres arrojan,
 Tapando todo aquel foso
 Con inmundicia asquerosa.
 Pasaron trescientos años,
 Sin que ya hubiese memoria
 De la cruz ni del sepulcro
 Que tanto bien atesora.
 Al cabo la emperatriz
 De la gran Constantinopla,
 Elena, de Constantino
 Madre feliz y piadosa,
 La reveló Dios que fuese
 Muy atenta y cuidadosa
 A Jerusalem, y en ella
 Buscase la cruz dichosa.
 Hizolo así, y apremiando

Con fuerza muy rigurosa
 Los judíos mas antiguos
 En una cárcel penosa
 Para que en ella dijese
 Dónde la cruz atesoran,
 Negaron todos, y viendo
 El mal trato, y que es forzosa
 La declaracion, so pena
 De muerte si no la informan,
 Le dijeron á la Reina,
 Que desvelada se postra
 Al cielo, que ella mandase
 Prender (aunque se alborota
 Toda la ciudad) á un Judas,
 Que él dirá la verdad toda.
 Hizolo la Reina, y luego
 Prendió á Judas, y gozosa,
 Hizo largar á los otros,
 Por dar fin á lo que importa.
 Tuvolo así muchos dias,
 Sin comida ni otra cosa,
 Aherrojado con grillos
 Y una cadena penosa;
 Viendo que allí moriria,
 Y que era su culpa propia,
 Dijo á su reina: «Sacadme
 De aquesta prision, Señora,
 Y vamos al sitio donde
 Esa cruz que cuidadosa
 Buscáis, que, segun he oido,
 No hay duda de hallarla ahora.
 Sacáronlo, y con la Reina
 Fué compañía populosa
 Donde, señalando el sitio,
 Acudieron cien personas
 Con palas y con azadas,
 Con espuestas y otras cosas,
 Adonde en muy poco tiempo
 Que trabajaron celosas
 Descubrieron el sepulcro
 Dónde estuvo Cristo; ahondan
 Hasta que dan con las tres
 Cruces enteras y hermosas.
 Quedaron en confusion
 Al descubrirlas, que ignoran
 Cuál seria de las tres
 La que ha de ser mas honrosa.
 Llamaron pues al Obispo,
 Que con presteza animosa
 Llegó, para que supiesen
 La que era de Cristo sola.
 Tocaron á una difunta
 Con las dos, no hicieron cosa,
 Hasta llegar la tercera,
 Que apenas la mujer toca,
 Cuando con velocidad
 Se levantó, abrió la boca,
 Y bendiciendo al gran Dios,
 Da á la cruz eternas glorias.
 Lleváronla en procesion,
 Y en un altar la colocan,
 Dándola allí adoracion,
 Como á Cristo, tan forzosa.
 Y por ella Constantino
 Venció una batalla en honra
 De la cruz, que la llevaba
 En su defensa preciosa.
 Y despues, pasando tiempo,
 Quisieron llevarla á Roma,
 Y sabido del persiano,
 En el camino la roba;
 Dónde estuvo largo tiempo
 Sin librtar la preciosa
 Reliquia, á quien luego Heraclio,
 De la gran Constantinopla
 Emperador, la sacó
 En su exaltacion dichosa,
 Queriendo tambien robarla
 En el camino Mahoma.
 Entrarla en Jerusalem,
 Y despues por órden propia
 De Lino Toscano, papa,

Se repartió misteriosa
 En toda la cristiandad,
 Donde de cierto se goza,
 En honra y gloria de Dios
 Y bien de la Iglesia toda.
 Esto es, en suma, contar
 De la santa cruz la historia,
 Para que todo cristiano
 Lo sepa y que lo conozca.
 ¡Oh sacro madero santo!
 Oh luz de la vida propia!
 Oh iman de los corazones!
 Oh vida la mas dichosa!
 Oh monte y preciosa sangre!
 Oh muerte de Cristo sola!
 Oh pena amarga y cruel!
 Oh llagas muy lastimosas!
 Oh corazon traspasado!
 Oh cruz, de Cristo corona!
 Oh cama del buen Jesus,
 Y oh gloria de todas glorias!
 ¿Adónde estará la cruz,
 Que con decencia devota
 No sea muy adorada,
 Y estimada por dichosa?
 Y así como en nuestra crisma
 Fijada queda y gloriosa,
 Esté en nuestros corazones,
 De sus luces mariposas,
 Para que á Lucas del Olmo
 Dé el cielo con mano pronta
 Auxilio, luz y saber
 Para alabarte dichosa.

Pliego suelto, sin lugar ni año.

372.

Á LA SANTA CRUZ, DESPUES DE HABER DESCENDIDO DE ELLA
 NUESTRO REDENTOR JESUCRISTO.

Al espectáculo grande
 De un Dios, por borrarlos todos,
 Muerto en ti á hierro, volvía,
 Árbol santo, y te hallo solo.
 Fervientes del sol las ondas
 Que erizó el bermejo golfo,
 Te ostentan coral reciente,
 Medio verde y medio rojo.
 Muy poco había que del fruto
 Y peso enviudaste, honroso,
 Que ardiente aun nieve la sangre,
 Desata encendidos copos.
 Deja que logrando el labio
 La ventura de los ojos,
 Vida usurpe á sus cortezas,
 Alma defraude á sus poros;
 Corriendo voy, que amenaza
 A la tierra el don precioso
 No le admita; y pido al cielo
 Justicia en quejidos roncós;
 O venérete á ti mismo
 Nuevo amante religioso,
 Trofeo de quien pendió
 El vencedor por despojos.
 Crudamente lidia amor,
 Preciándose del destroz;
 Y del ajeno pasara,
 Mas ¿quién pensó tal del propio?
 Grande fué el del Hijo cuando
 Le hicistes espalda, tan otro,
 Que si no le dejó el Padre,
 Él se lo dijo quejoso.
 Soledad te hará su ausencia;
 Que fuiste en tiempo tan corto,
 Si larga ausencia á su pena,
 Inmenso efecto á sus votos.
 Leño en las selvas naciste,
 Número á tu patria bronco,
 Sin deberle al caminante
 El menor volver del rostro.

Ya suplicio á los esclavos,
 Venganza infame á los ocios
 La miro, y vi á tu Dios mismo
 Entre tan viles estorbos.
 Préciaste que le tuviste
 (Por mas que lo puede todo),
 Si pocas horas suspenso,
 Muchos siglos cuidadoso.
 De todo un Dios las finezas,
 Madero, ocupaste toco;
 Que cuando el amor es mucho
 No desdénate objeto poco.
 Planta, enamoraste al sol,
 Que atrasando el curso hermoso
 Diez lineas, descansó en ti,
 Ya á deseos y ya á enojos.
 Bien que acaso holló gigantes,
 Si tálamo buscó esposo;
 Que es del amar el morir
 En el trueco el lance heróico.
 No al árbol que supo mas
 Cortó el femenil antojo
 Las ramas, cuando ya Dios
 Notaba al remedio el tronco,
 Para que el ángel soberbio
 Que le desmintió envidioso
 Saliese á palos del mundo
 Con pena mayor, mas loco;
 Siendo en el árbol vencido
 En que triunfó victorioso,
 Vuelta á su pecho la lanza
 Que tanto ensangrentó en otros.
 ¡Quién viera al jayan divino
 Jugar al baston nudoso,
 Huyendo luz las tinieblas,
 Buscando noche los monstruos!
 Tanto se empeñó en la accion,
 Que hizo el madero dos trozos,
 Y con rasgarse ambas manos,
 Ninguna soltó animoso.
 Doble á sus puertas los clavos
 El Padre, y el querub docto
 Tiña el fulminante acero,
 Ya en envidias y ya en odios;
 Que hoy una llave de palo
 Las abre con dulce asombro,
 Si no es que la llave es viga,
 Y el abrir vencer airoso;
 Porque con ella en los brazos
 Así pone el Hijo el hombro,
 Que ni puertas oigan mudas
 Ni umbrales respondan sordos,
 Sino el ariete ó carnero,
 Desmantelado hasta el globo
 Impireo, ¿qué maniatado
 Ladron no le hará un gran robo?
 Camina por ese atajo
 Al hurto Dimas famoso,
 Si es hurto escalar murallas
 Por una pica un bisoño.
 Llega á cobrar lo que es tuyo;
 Que aquesos papeles rotos
 La escritura son contraria
 Que clava el fiador famoso.
 En vital sangrienta espuma
 Inunda la tierra el Ponto;
 Coge esa tabla, que á un Dios
 Delin le fué riguroso.
 Sella en la arena la quilla
 Del leño que afrentó notos;
 Que al que naufraga en las ondas
 Harto puerto es un escollo.
 Al afirmarse en la tierra,
 Señal santa, el breve fondo,
 Ignorada luz dió al limbo,
 Que huyó los presos medroso.
 Por ti está el mundo, la tierra
 Gracias ofrece á su trono,
 Tristezas rinde el infierno,
 El cielo consagra gozos.
 En un cementerio torpe,
 Mejorado capitolio,

Tremolas, y á tu obediencia,
 Nuevo iman, llamas los polos.
 A quien infamaba el hierro,
 Reverente atiende el oro,
 Coronándose á su imagen
 Ya frontispicios, ya solios.
 Admite en victorias tantas
 Los hierros que á tu pié arrojo;
 Entre aparatos triunfales
 Estruendo serán glorioso.

El maestro fray HORTENSIO FÉLIX PARAVICINO. — *Parnaso español*, tomo V.

375.

TRADUCCION DE LA SECUENCIA DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

Alma, en himnos y cantares
 Alaba á tu Salvador,
 Alaba á tu capitán
 Y á tu divino pastor.
 Cuanto alabarle pudieres,
 Tanto alejes el temor,
 Que excede á tus alabanzas
 Y no es bastante tu voz.
 Mas para tema especial
 Que solicite el loor,
 El pan que vive y da vida
 Solo te proponen hoy;
 El cual de la mesa sacra
 De la cena que hizo Dios,
 A la fraternal docena
 No hay duda que se le dió.
 Sea entera la alabanza,
 De apacible y claro son,
 Y respondan castos ecos
 Al gozo del corazón.
 Hoy es el día solemne
 Cuyo feliz resplandor
 De aquella primera mesa
 Acuerda la institucion.
 En esta mesa de ley
 Nueva y de nuevo Señor,
 Con el viejo fasé ó paso
 La nueva pascua cumplió.
 Da la novedad de mano
 A la antigua tradicion,
 Huye á la verdad la sombra,
 Destierra á la noche el sol.
 Lo que hizo Cristo en la cena,
 Eso mismo hacer mandó
 En ceremonias expresas,
 En memoria de su amor.
 Enseñados por el orden
 Sagrado que nos dejó,
 Consagramos pan y vino
 En hostia de salvacion.
 Dase á los cristianos dogma,
 Que pasa del pan la flor
 A ser carne, y sangre el vino,
 En la transubstanciacion.
 Lo que no miran los ojos
 Ni lo alcanza la razon,
 Animoso lo asegura
 La fe, en orden superior.
 Debajo de diferentes
 Especies, de cosas no,
 Sino de señales solas,
 Grande cosa se escondió.
 Bebida sola ó vianda
 La sangre ó la carne son,
 Pero Cristo todo queda
 En una y otra oblacion.
 No le parte el que le come;
 Sin quiebra ni division
 Entero á Cristo se lleva
 Aquel que le recibió.
 Uno le recibe, y mil;
 Cuanto llevan de valor
 Los mil, tanto lleva el uno,

Ni comido se gastó.
 Los buenos como los malos
 Llegan á su comunión,
 Pero con desigual suerte
 De vida ó mortal horror.
 Es muerte para los malos
 Quien vida á los buenos dió;
 Advierte en una comida
 El fin desigual de dos.
 Y al fin, al partir la hostia
 No vaciles de temor;
 Que tanto encierra el pedazo
 Cuanto el todo en sí encerró.
 No hay quiebra de cosa allí;
 Que fué sola la fraccion
 De la señal, lo encerrado
 Nada se disminuyó.
 Mira de ángeles el pan,
 Ya vianda al viador,
 Sin duda pan de los hijos,
 No para los perros, no.
 Señalóse en la figura
 Cuando ensayó Isaac la accion,
 Comióse el pascual cordero,
 Maná á los padres llovió.
 Buen pastor, pan verdadero,
 Tenos, Jesus, compasion,
 Tú nos acude y sustenta,
 Señor, y defiendenos.
 Tú en la tierra de los vivos,
 Libres de humana pasion,
 Nos haz ver aquellos bienes,
 Que ellos solos bienes son.
 Tú, que todo cuanto hay sabes,
 Omnipotente Señor,
 Y nos sustentas acá
 En la mortal condicion,
 Ponnos á tu mesa, y haz
 Que heredando igual favor,
 De tus ciudadanos santos
 Gocemos la comunión.

PARAVICINO. — *Parnaso español*.

374.

EL SACERDOTE DE VALENCIA Y AUDALÁ.

Sacro, eterno, incomparable,
 Alto Espíritu divino,
 A mi entendimiento humilde
 Enviad vuestro rocío,
 Porque de esta suerte pueda
 Explicar con claro estilo,
 Dando gusto á los oyentes,
 Un suceso peregrino.
 Dentro en Valencia nació
 Un mancebo noble y rico,
 Que á las letras se inclinó,
 Y salió ingenio lucido;
 Los estudios frecuentaba,
 Tan aplicado á los libros,
 Que á los demás estudiantes
 Grande ventaja les hizo.
 Partió de su patria á Roma,
 Y así que llegó al proviso,
 Alcanzó de sacerdote
 El estado esclarecido.
 Despues, hallando ocasion,
 Dar vuelta á su patria quiso,
 Y en un navio pequeño
 Entró con gran regocijo.
 Mas la fortuna cruel
 Trocó el gusto en llanto esquivo,
 Que de Argel ocho galeras
 Le salieron al camino;
 Y aunque se puso en defensa,
 En vano fueron sus brios,
 Porque por fin lo apresaron,
 Llevándole á Argel cautivo.
 Cuarenta cristianos iban

En la nave, y repartidos
 Fueron entre aquellos moros
 Que la presa habían cogido.
 Tocó en suerte el sacerdote,
 Con otros doce cautivos,
 A Audalá, valiente arraez,
 Que así Dios lo ha permitido.
 Era Audalá muy piadoso,
 Mancebo afable y benigno,
 Y á sus cautivos un día
 Convite honroso les hizo.
 A cada cual preguntó,
 Después que hubieron comido,
 Por su patria y por su estado,
 Por su ocupación y oficio.
 Al sacerdote llegó
 A preguntarle lo mismo,
 El cual, viendo el noble trato,
 De esta suerte ha respondido:
 «Soy humilde sacerdote,
 Que es soberano ejercicio,
 Pues baja Dios á las manos
 Del sacerdote, aunque indigno.»
 Y un día llamando aparte
 Audalá á cierto retiro
 Al sacerdote, le dice
 Estas palabras: «Cautivo,
 No sé qué cosa en mí siento
 De imperio tan peregrino,
 Que me obliga á descubrirte
 Ocultos secretos míos.
 Cristiano soy bautizado,
 Que me cautivaron niño
 Con mi padre: él renegó,
 Y á mí me crió en lo mismo.
 Fué mi padre un gran corsario,
 Del rey de Argel muy querido;
 Seis meses ha que murió,
 Me dejó próspero y rico.
 Por él tengo aquí gran fama,
 Aunque en Toledo he nacido,
 Y por eso á los cristianos
 Quiero, agasajo y estimo.
 De verte celebrar misa
 Tengo deseo excesivo.
 Lo necesario se traiga,
 Que quiero ver lo que has dicho.—
 Un cautivo hay en tu casa
 (El clérigo ha respondido)
 Que en el hospital de Argel
 Tiene parientes y amigos.
 Ese ira, y con tu licencia
 Traerá todo lo preciso.—
 Pues vaya, dijo Audalá;
 Que la noticia te estimo.»
 Trajeron los ornamentos,
 Y ya el altar prevenido,
 Con silencio los tres fueron,
 Por evitar el peligro.
 Se santiguó el sacerdote,
 Dió á revestirse principio,
 Teniendo Audalá suspensos
 De admiración los sentidos.
 Nota las insignias santas
 Desde el sagrado introito
 Hasta la postrer palabra
 Con que acabó el sacrificio.
 Viendo ornamentos y acciones,
 Audalá al clérigo dijo:
 «Dime lo que significan
 El alba santa, el amito,
 El manipulo, la estola,
 El pan, el agua y el vino,
 El cingulo y la casulla,
 Y las palabras que has dicho.—
 Sabrás, dijo el sacerdote,
 Que el clérigo revestido
 Representa el Verbo eterno,
 De humano traje vestido.
 Por el amito se entiende
 Cuando, de juncos marinos
 Fabricando una corona,

Taladraron los sentidos
 Del Redentor de las almas
 Fieros sayones inicuos.
 El cingulo representa
 Cómo los perros judíos
 A Cristo en el huerto ataron,
 Dándose á prisión él mismo;
 Y la estola es otra soga
 Que al Cordero sacro y pio
 Le echaron á la garganta,
 Y lo llevaron asido.
 Otro cordel significa
 El manipulo ceñido
 Al brazo, que á la columna
 Ató al Cordero bendito.
 El alba que cubrir miras
 El ordinario vestido,
 Es aquella vestidura
 Que Heródes le puso á Cristo.
 Por la casulla, la cruz
 Figura que llevó Cristo
 Hasta el Calvario, y en ella
 Fué el sacrificio ofrecido.
 También la púrpura explica
 Con que Pilatos maldito
 Sacó ilagado al Cordero.
 Y *Ecce Homo* al pueblo dijo.
 El *Introito ad altare*
 Declara cuando en el limbo
 Las ánimas de los justos
 Clamaron al Rey divino.
 Las cinco veces que vuelve
 El rostro al pueblo, contrito
 El sacerdote, demuestra
 Que se apareció otras cinco
 Resucitado y glorioso
 A su colegio escogido,
 A la Virgen, madre suya,
 Y á las Marias lo mismo.
 Las tres oraciones santas
 Que se dicen al principio,
 Acuerdan que oró tres veces
 Al Padre en el huerto, Cristo.
 La epístola nos demuestra
 La predicación que hizo.
 Cuando al evangelio mudan
 A la izquierda parte el libro,
 Es que Dios, dador de leyes
 Del pueblo de los judíos,
 Al de los gentiles pasa
 El soberano ejercicio
 De la nueva ley de gracia,
 Que es el Evangelio mismo.
 Cuando el *Credo* se pronuncia,
 Se ha de notar con aviso
 La multitud de los pueblos
 Que al Señor creyeron finos.
 El ofertorio denota
 Cuando de su grado quiso
 Ofrecerse por nosotros,
 Mostrando su amor divino.
 Al decir *Orate, fratres*,
 Cuando en el huerto, afligido,
 A sus discípulos santos
 «Velad y orad», les ha dicho.
 Cuando el prefacio se dice,
 Has de notar que el domingo
 De Ramos entró triunfante
 El Rey que á dar leyes vino.
 Cuando en el primer *Memento*
 Queda el preste enmudecido,
 Toda la pasión contempla
 Desde el fin hasta el principio.
 Cuando la hostia levanta,
 Denota que los judíos
 Levantaron en el monte
 A Cristo en la cruz tendido:
 En el segundo *Memento*
 Es de notar cuando al limbo
 Bajó á quebrantar las puertas
 Por librar á sus amigos.
 Al decir el *Pater noster*,

Es cuando la Virgen hizo
Oracion al verse ausente
Por tres dias de su Hijo.
El *Pax vobis* representa
Que resucitó divino,
É intimándoles la paz,
Los llenó de regocijo.
Cuando el *Agnus Dei qui tollis*,
Es que al Cordero bendito
Que nuestros pecados quita,
Misericordia pedimos.
Cuando el *Pax tecum* pronuncio,
Es la paz que el Verbo quiso
Que se conserve en el mundo,
Pues á darla al mundo vino.
La comunión lo demuestra
Cuando en propia virtud hizo
Jesus ascension sagrada,
Y se subió al cielo empireo.
El pan denota la carne
De Jesus, mi bien, y el vino
La sangre, y esto es de suerte,
Que al pronunciar el ministro
Para la consagracion
Las palabras, improviso
Transubstancianse en la carne
Y sangre de Jesucristo,
Quedando los accidentes.
Solo en el pan y en el vino.
Cuando á la diestra se muda
Del sagrado altar el libro,
Es de notar que vendrá
Cristo el dia del Juicio,
De Josafat en el valle,
A juzgar muertos y vivos,
Dando al bueno dulce premio
Y al malo amargo castigo.
Cuando el *Ite, missa est*,
Se considera que vino
El sacerdote enviado
De Dios para el sacrificio.
La bendicion nos denota
Cuando el dia del Juicio
Premiará Cristo á los buenos
Que con amor le han servido,
Y castigará á los malos
Por los siglos de los siglos. »
Atento escuchó Audalá

Los misterios peregrinos
De la sacrosanta misa,
Del cielo favorecido.
Y lo que hasta allí ignoraba
Habiendolo ya entendido,
Así dice: « Padre eterno,
De vos y de vuestro Hijo
Y del Espíritu Santo
Me valga el favor y auxilio.
Yo soy el hijo ignorante,
Pródigo, triste, afligido,
Que á vos vuelvo avergonzado;
Perdonadme, Padre mio,
Madre Iglesia, consoladme;
Pues me crié en vuestro auxilio,
A vos vuelvo confiado,
Como la piedra á su sitio.
Entre los tres que aqui estamos
El secreto esté escondido,
Mientras trato la partida
Que efectuar solicito. »
Así juraron de hacerlo,
Atentos y agradecidos;
Y Audalá desde aquel dia
Su tesoro ha recogido.
Mandó armar una galeota,
Metió en ella sus cautivos,
Que eran por todos noventa,
Y estando ya prevenido
Lo necesario, una noche,
Procurando no hacer ruido,
A vela y remo se engolfan
Con su piadoso designio,
Y en pocos dias llegaron
A Roma con regocijo.
A su santidad dan cuenta
De todo lo sucedido,
Y con gran solemnidad
Su reconciliacion hizo,
Y sirve á Dios muy de veras,
Y de la Virgen muy fino
Promete ser su devoto,
Y que alcance de su Hijo
Que le dé una buena muerte,
Y despues el cielo empireo.

ANÓNIMO. — Pliego suelto. — Córdoba, imprenta de don Rafael García Rodríguez.

JUEGOS DE NOCHES BUENAS

A LO DIVINO,

DE ALONSO DE LEDESMA (1).

375.

El juego de *Corran, caballeros, corranse ellos*,
¿con cuántos escuderos?

AL NACIMIENTO DE CRISTO NUESTRO SEÑOR.

Despues que Dios ha encarnado,
No hay corazon que no quiebre
Verle puesto en un pesebre,
Pobre, desnudo y helado.
Y pues hay tanto criado
En la casa de su padre,
Y es bien que al Hijo y la Madre
Vengan á servir ligeros,
Corran, caballeros.
Cuadrilla angelical
Corra por ver á María,

Que siendo criatura, cria
Al Criador siendo inmortal;
Y la gavilla infernal
Vuelvan corridos de vellos;
Corranse ellos.
Ya que teneis dulce amor
A la majestad del Rey,
Entre una mula y un buey
Siendo universal Señor;
Ya que al Monarca mayor
En un pesebre poneis,
¿Con qué archeros le teneis?
Y si no hay guarda de archeros,
¿Con cuántos escuderos?
Ocho á ocho, diez á diez,
No ciento, sino millares,
Pues de cada tribu y coro
Hay *decem militia signati*.
Nueve coros, doce tribus
Están sirviendo al Infante,

(1) Natural de Segovia. — Impresos en Barcelona, por Sebastian Cormellas. Año de 1603.



Patriarcas de escuderos,
Y querubines de pajes;
Y pues hay nueve linajes,
Nobles, galanes, guerreros,
¿Con cuántos escuderos?
Cuenta en el Apocalipsi
El evangelista Juan,
Que vió veinticuatro viejos
Ante el Cordero pascual.
Este Cordero es aquel
Que el Bautista en el Jordan
Nos enseñó con el dedo
Como á Señor natural;
Así que en este portal
Está, cuando mas en cueros,
Con veinticuatro escuderos.

376.

El juego de *Los propósitos*.

Á LOS ÁNGELES.

El juego de conceptos
A los ángeles tocó,
Pues por conceptos se entienden
Desde el mayor al menor.
El primer concepto fué
La eterna generacion,
Donde el Padre engendra al Hijo,
Y dellos procede Amor.
El segundo es, cuando el Verbo
En la Virgen encarnó,
Tomó la palabra carne,
Y Juan le sirvió de voz.
Buen concepto erró Luzbel
Cuando no reconoció
Al que es en concepto padre,
Por su Rey y su Señor.
Echadle, Miguel, del juego;
Que en el lugar que él dejó
Entrará el hombre á jugar;
Que por eso muere Dios.
Otro concepto hay humano,
Que es el de la confesion;
El hombre lo dice al hombre,
Y á Dios lo dicen los dos.
Llegad, penitente santa;
Que hoy en casa de Simon
Quieren jugar un concepto,
Y le habeis de empezar vos.
¡Oh, qué bueno que ha salido!
Aunque el fariseo erró:
Vos empezais en *pequé*,
Y Dios acaba en *perdon*.

377.

El juego de *De codin, de codon*,
¿cuántos dedos tienes en tu corazon?

Á LOS DIEZ MANDAMIENTOS Y SIETE PECADOS MORTALES.

Son los dedos de las manos
Un simbolo verdadero
De los mandamientos santos,
Brazos del místico cuerpo.
Yo de aquí pienso que vino
El decir con juramento,
Trabándose dos las palmas,
Por estos diez mandamientos.
Estos son dedos del alma,
Y el guante de aquestos dedos
Es el corazon del hombre,
Que es donde tiene su asiento.
Y tú, cristiano violento,
De tí mismo sé juez;
Dime: ¿Cuántos destos diez
Pones en ejecucion?
De codin, de codon.
¿Cuántos dedos tienes en tu corazon?

378.

MANDAMIENTOS CONTRAPUESTOS Á LOS SIETE PECADOS
MORTALES.

Soberbio, que á Dios te opones,
Airado, blasfemador,
Avariento, que el dinero
Guardas, y las fiestas no;
Inobediente á tus padres,
Y al mas natural, que es Dios;
Homicida de tu alma,
Carnal, de puro gloton;
Murmurador, de envidioso,
Ladron de hacienda y honor,
Perezoso en la virtud,
Y en los vicios camaleon;
Si en vez de diez mandamientos,
Falsa guarda de el Señor,
Siete pecados mortales
Pastas en tu corazon;
Cuando digan cuántos guardas,
Y respondas que diez son,
Dirante con gran razon
Ángeles, hombres y fieras:
« Si siete dijeras no mintieras; »
De codin, de codon.
Si á Dios vuelves las espaldas,
Y el rostro á tu mala vida,
¿Qué mucho te alcance en ellas
El brazo de su justicia?
¡Ay de tí, si tu malicia
La mide su indignacion!
De codin, de codon.
¿Cuántos dedos tienes en tu corazon?

379.

El juego de *¿Conoceis á la Pero-Gil, la que tiene la boca así?*

Á LA FEALDAD DE LA CULPA.

Es culpa una perlesia,
Que el rostro del alma muda,
Y tanto, que desconoce
El Criador á su criatura.
Dinoslo tú, virgen loca,
Pues siendo su ciencia infusa,
Jura que no te conoce,
Y dos veces te lo jura.
La belleza de la gracia
Es el sol, y el alma luna,
Con crecientes y menguantes
Al paso que el sol la alumbra;
Y porque mejor se vea
La oposicion de la culpa,
Quiero decir sus facciones,
Eclipse de la hermosura.
Esta hinchado de ambicion
Un privado de fortuna;
Es sordo para verdades,
Y las lisonjas escucha.
Tiene las manos tan gafas,
Que al pobre jamás ayuda,
Y sé de qué pie cojea
Quien da secretas usuras.
Tuerce la boca hasta el mal
Quien del prójimo murmura;
Es lince para mis faltas
Y topo para las suyas.
Y para que ya concluyas
Pecador, con tu mal trato,
Quiero mostrar tu retrato
Porque se espanten cien mil.
¿Conoceis á la culpa vil,
La que tiene la boca así
Y el ojo así?
Conoceis al alma vos
El tiempo que en gracia está,
De cuyo cabello va

Herido de amores Dios?
Mirad los extremos dos,
Pues en pecando la vi
La boca así y el ojo así.

580.

El juego de *Vestir al soldado.*

Á LAS OBRAS DE VIRTUD.

De la guerra del pecado
Desnudo el hombre salió,
Y pues en cueros quedó,
Vistamos á este soldado.
La naturaleza humana
Vista á su Dios lo primero;
Que él dará, pues es cordero,
Para vestírnos, su lana.
Y vos, rico descuidado,
Que veis al pobre mendigo
Sin calor y sin abrigo,
¿Qué mandáis para el soldado?
Si por lo que el mundo diga
Obras de virtud no haceis,
Haced vos lo que debeis,
Y dad al mundo una higa.
Vestid al pobre, por Dios;
Que si lo venis á dar
Por vuestro particular,
Una higa para vos.

581.

El juego de *Tira y afloja.*

AL CUERPO Y ALMA.

Al juego de tira, afloja,
El alma y el cuerpo juegan;
Que razon y voluntad
Una y mil veces se encuentran.
Es Apetito y Razon
Dos personas tan opuestas,
Que lo que manda la una,
Esotra al punto lo veda.
Ambas sacaron sus ligas,
De bien diferentes telas;
El cuerpo de seda y oro,
El alma de lana y cerdas.
La seda labró el Deseo,
Gusano de la conciencia,
Las cerdas teje el Dolor
En casa de la Abstinencia.
Con estas el cuerpo y alma
Ciñen, enlazan y aprietan
Los pasos de sus deseos,
Que es lo mismo que sus piernas.
En la virtud y en el vicio,
Efectos de gloria y pena,
Uno tira, el otro afloja,
Aquel tiene y este suelta.
Cuando juega la Razon
Es muy buena la obediencia;
Mas cuando manda Apetito,
Quien juega al revés acierta.
Dice el mundo: «Tira, tira,
Pueblo fariseo, á Estéban;»
Y él, como no sabe el juego,
Mientras mas tira mas yerra.
«Afloja, Estéban, afloja,
Con tu ley divina y cierta;»
Y él tira tanto, que el alma
Los lazos del cuerpo quiebra.
Pablo ni afloja ni tira,
Pero de verles se huelga,
Y para mirar el juego
Sobre las capas se asientan.
Pero presto jugará;

Que su falso celo y secta
Mandan que tire á Damasco,
Porque los cristianos mueran.
Al principio tirarecio;
Pero cayó de su bestia,
Y luego empezó aflojar
En su pretension y tema.
Salió tan diestro en el juego,
Que sabe por excelencia,
Del espíritu y la carne,
Estas dos leyes diversas.

582.

El juego de *¿Quién está acá? quién está allá?*
Quien entrare lo verá.

Á LOS EFECTOS DEL AMOR DIVINO Y DEFECTOS DEL AMOR
MUNDANO.

A puertas de la Memoria
Siento aldabadas de Amor,
¡Ay de mi si llama Celos!
Que me parece su voz.
Mucho temo que me prenda
Este ejecutor mayor,
Porque no hay gloria de amante
Do no trabé ejecución.
El mas rico de favores
Tenga á su vara temor,
Pena de no ser quien debe,
Que es la mayor maldicion.
Déjame, Celos, déjame, por Dios;
Que antes me debes que te debo yo.
Quitad, Amor, el rebozo;
Que bien siento que sois vos
El que está detras de Celos
A título de acreedor.
De la fuerza con que pide,
Tratando mal al deudor,
Se colige claramente
Que venis juntos los dos.
No guarda respeto á nadie,
Porque el mas rico de amor
No le ejecuta en la capa,
Sino en alma y corazon.
Déjame, Celos, etc.
Si por las pasadas cuentas
Me das esta vejacion,
Ya las tengo cameladas,
Sin fuerzas y sin valor.
Y si es nuevo mandamiento,
Ved si sospecha le dió,
Porque este falso escribiente
Miente mas que da por Dios.
Liquida bien el alcance,
Porque tiene condicion
De ejecutar por dos mil,
No debiendo mas de dos.
Déjame, Celos, etc.
Dichoso el que con sus bienes
Dentro en la iglesia se entró
Con ánimo de pagar
Al verdadero deudor.
Dios es quien tiene derecho
A cobrar por anterior;
Que esotra es cédula falsa,
Y la suya obligacion.
Entrese pues en la iglesia
Aquel que al mundo faltó;
Que el casarse con el mundo
Es como alzarse con Dios.
Déjame, Celos, déjame, por Dios;
Que antes me debes que te debo yo.
Aqui si que está seguro
El mas seguido deudor;
Que á todos vale la iglesia
Despues que valió al ladrón.
Ya la puerta del perdon
Abrió amor de par en par;

Procurad todos entrar,
 Porque el bien que dentro está,
Quien entrare lo verá.
 Y tú, mancebo novel,
 Que á puertas de Amor estás,
 Las manos en el aldaba
 Y los piés en el umbral,
 Antes que bajes la mano
 Ni muevas el paso mas,
 Escucha lo que responden
 Al que ya llamando está.
¿Quién está acá?
Quien entrare lo verá.
 Verá en la casa de Amor
 Andar el duende de Celos;
 Que por ser grande y vacía
 Ha tenido este suceso.
 Era palacio habitado
 De mil naciones y reinos;
 Mas ya a casa de Interés
 Se han mudado todos estos.
 Verá su fábrica antigua
 Cómo ya se viene al suelo;
 Que sólo el amor de Dios
 Es casa con fundamento.
 No hay correspondencia ya
 En sus puertas ni aposentos,
 Porque el reciproco amor
 No se usa en nuestros tiempos.
 Verá la corte de ausencia
 Minada por los cimientos;
 Que donde falta la fe
 No hay puntales que sean buenos.
 Solamente la portada
 Parece edificio nuevo,
 Que el exterior desta era
 No dice con lo de dentro;
 Y así, á todos los que encuentro,
 Deste amor le desengaño;
 Y si alguno, por su engaño,
 Poco crédito me da,
Quien entrare lo verá.
 Verá cómo se despidе
 De Amor un discreto mozo;
 Que ni es honra ni provecho
 Servir á un amo tan loco.
 Manda mucho y premia poco,
 Promete gloria y da pena;
 Y el que juzgare por buena
 Esta vida que Amor da,
Cuando entrare lo verá.
 Buscad, Amor, quien os sirva;
 Que yo estoy con Desengaño,
 Hermano del Escarmiento,
 Hijos de Verdad entrambos.
 Por padres los reconozco,
 Do tengo, en vez de salario,
 Para mis años consejo,
 Para mis gustos regalo.
 Dos años viví con vos;
 Pero ¿para qué me canso?
 Que á quien no me ha de pagar
 En balde cuento los años;
 Aunque bien se me debia,
 Pues servi, por agradaros,
 Con las manos de Briareo
 Y con los ojos de Argos.
 Agradeced á Esperanza,
 Que es quien me trajo á palacio,
 La lealtad de mis servicios,
 La presteza de mis pasos.
 Prometiome, si os servia,
 Mejor tiempo, mas descanso,
 Buena suerte, bien seguro,
 Firmes prendas, gloria al cabo;
 Mas ¿qué importa, si sus letras
 No se aceptan en el cambio?
 Que promete mas que cumple,
 Y paga mal de contado.
 Mas, con todo, no me fuera,
 Aunque no cumple á sus plazos,
 Porque, puesto que no paga,

No trata mal al criado.
 Solo quien me echó de casa
 Fué Celos, vuestro padrastro,
 Por ser un turco en la fe,
 Y en malicias un villano.
 Es Celos corto de vista,
 Y con sus antojos falsos,
 Cualquiera cosa que mira,
 Parece á su vista cuatro.
 No deja dormir á nadie;
 Que es tan temeroso y vario,
 Que siempre teme ladrones,
 Y quiere que estén velando.
 Tambien se quejan de vos,
 Que no pagais á criado;
 Si es de pobre ó de tramposo
 Vos podeis averiguarlo.
 Bien servir y andar desnudo,
 Ya se ve que es gran trabajo;
 Mas, cómo ha de andar el mozo,
 Si pintan desnudo al amo?
 Aunque yo os tengo por rico,
 Puesto que os haya usurpado
 El bastardo de Interés
 Los mas de vuestros estados.
 Es oro la voluntad,
 Y no de quilates bajos,
 Que en el crisol de la fe
 Subió á ser de veinticuatro.
 Así que, no por metal
 Dejeis de acuñar, pues hallo
 Que el oro de aquesta mina
 Solo le falta al ingrato.
 Haced moneda y pagad;
 Que siempre los potentados
 Baten moneda en sus reinos,
 Y pagan á sus vasallos.
 Esta es moneda que corre
 En los reinos mas extraños;
 Solo en tierra de Interés
 No dan por ella un cornado.
 Mas yo, que sé lo que vale,
 Me diera por bien pagado
 Si me librarán en ella
 El premio de mis trabajos.
 Y pues honor ni provecho
 De vuestra casa no saco,
 Buscad, Amor, quien os sirva;
 Que yo estoy con Desengaño.
 Escarmienten en mi daño
 Los que os entran á servir,
 Y si alguno quiere ir,
 Por ver si mejor le va,
Cuando entrare lo verá.

385.

El juego de Hon, hon, pásate á mi rincon.

A LA INSTITUCION DE LAS ÓRDENES.

Hay en la plaza del mundo
 Tantos y diversos lazos,
 Que se fué huyendo al desierto
 Pablo, primer ermitaño.
 Hállase mejor que en corte
 Entre fieras y peñascos;
 Que quien conversa con Dios,
 De nada se siente falto.
 Y visto que un bien tan alto
 Se goza en la soledad,
 Movido de caridad,
 Dijo á su querido Anton:
Hon, hon, pásate á mi rincon.
 Benito, Bernardo, Bruno,
 Domingo y los dos Franciscos,
 Carmen, Trinidad, Merced,
 Jerónimo y Agustino;
 Basilio, Norberto, Ignacio,
 Cuyo capitan es Cristo,

Pues este mar habeis visto,
Ya con tormenta, ya en calma,
Decid á voces al alma
Desde vuestra religion :
Hon, hon, pásate á mi rincon.

384.

El juego de *Mazmorreado me han, compañero.*

Á LAS TENTACIONES DE SAN ANTON.

La gente del calabozo,
Mas de rabia que de fiesta,
Con Anton el ermitaño
A los matachines juega.
Varios visajes le hacen,
Aunque, segun su fiera,
Bastara mostrar sus caras
Para espantarle de veras.
Un tiempo no hicieron cocos,
Que fué mucha su belleza;
Mas viruelas de la culpa
El rostro mas bello afean.
Los instrumentos que tocan
Son instrumentos de penas;
¿Qué mucho que suenen mal,
Si eternamente se templan?
Juntos hacen la endiablada
Tantas voces como letras,
Que, como todos son locos,
Cada cual tiene su tema.
Entre cocos y visajes
Algunos porrazos lleva;
Mas él, como cortesano,
Calla, disimula y juega;
Y si alguno á darle llega,
Dice á su Dios, placentero:
Mazmorreado me han, compañero.
Bien le puede á Dios llamar
Compañero en el trabajo,
Pues solo bajó acá bajo
A sufrir y trabajar;
Dulce será de pasar
Cualquiera afrenta y dolor,
Viendo que el Rey, mi Señor,
Por mí lo pasó primero;
Mazmorreado me han, compañero.
Si los trabajos y penas
Tiene Dios por gran tesoro,
Y deste linaje de oro
Me da el mundo á manos llenas,
No son malas, sino buenas,
Estas burlas que me ofrece,
Pues con ellas me enriquece
Quien es tan gran perulero;
Mazmorreado me han, compañero.

385.

El juego de *Sopla vivo te le do, ¿para dó?*

Á LA PRESENTACION DEL TEMPLO.

La caridad excesiva
Inventa juegos de fuego,
Y viendo que el mundo ciego
De tal claridad se priva,
Tomando á Dios, que es luz viva,
Al mismo se le entregó;
Sopla vivo te le do,
¿Para dó?
Para el portal de Belen,
Donde está vivo tu bien,
Y así es justo te le den,
Pues que para ti nació;
Sopla vivo te le do.
La Virgen tomó su Niño,
Y á Simeon se le da,
Mas por cumplir con la ley

Que por ser necesidad;
Que si culpa mata el alma,
Original ó mortal,
Vivo va quien estas dos
Vino á ser tan incapaz.
Bien llaman Presentacion
Aquesta festividad;
Que quien da lo que no debe,
Como presentado va;
Y pues este que aquí está
Sin culpa nació y murió,
Sopla vivo te le do,
¿Para dó?
Para el corazon humano,
Donde se siembra este grano,
Cuyo fruto soberano
En tierra virgen nació;
Sopla vivo te le do.
Tomó Simeon el Niño,
Y dijo, vuelto á su Madre :
« Aqueste será el cuchillo
Que el corazon te traspase;
Y pues conviene que pase
Él la muerte y tú agonía,
En fe desta profecía
Bien puedo decirte yo :
Sopla muerto te le do,
¿Para dó?
Para el último madero,
Antipoda del primero,
Que sirvió de candelero,
Donde esta luz espiró;
Sopla muerto te le do.
El hombre tomó á Dios muerto,
Y á Dios vivo se le ofrece
Por último sacrificio,
A quien dijo desta suerte :
« Amor, médico divino,
Hacerme unos baños quiero
De la sangre de un cordero,
Porque escape de la muerte;
Y pues él su sangre vierte,
Y por mí bien le maté,
Sopla muerto te le do,
¿Para dó?
Para cuando á juzgar vengas,
Clemencia del hombre tengas,
Mirando al fin que te vengas
De quien tanto te costó;
Sopla muerto te le do.

386.

El juego de *¿Qué come el Rey?*

Á LA INTENCION.

Es Cristo rey natural
Por ley, razon y derecho,
A quien debe pagar pecho
El que es vasallo leal;
Y aunque trae corona real,
No tiene, por su pobreza,
Do reclinar la cabeza;
Y pues es razon y ley,
Demos de comer al Rey.
Aunque en una letra sola
Se juega para no errar,
Pues Dios es alfa y omega,
En cualquier letra jugad.
Yo le aposento en el alma,
Sirvele la voluntad,
Doyle á comer corazonas,
Y digole este cantar:
« Este es el plato mejor
Que sabe guisar amor;
El corazon que ha cazado
El azor de contricion,
Tiene gran gusto y sazón
Con el miedo del pecado;
Que si amor le ha perdigado,

Y el temor de Dios herido,
Estará tierno y manido,
Y al gusto de tu Señor;
Que este es el plato mejor
Que sabe guisar amor.»

387.

El juego de Aguinaldo, aguinaldo;
Que Dios nos dé buen año.

Á LOS NIÑOS INOCENTES Y Á LOS REQUIEBROS DEL ESPOSO
Á LA ESPOSA.

Escuchad, dulce memoria,
Los gritos y los golpazos
De los niños inocentes,
Que van pidiendo aguinaldo.
A puertas de Heródes llegan;
Mas este desventurado
Antes les querrá quitar,
En lugar de darles algo.
Si es el agua en la Escritura
Símbolo de los trabajos,
Apartad os de su puerta,
Porque quiere bautizaros;
Y si nueces y piñones
Es colación de muchachos,
Guardad todos vuestras nueces,
Que os las quitará el tirano.
Id á puertas de Dios, niños,
Que es rico y puede dar hábito;
Que el mundo, como está viejo,
Es fuerza que sea un avaro.
Cantad, niños, á dos voces
Vuestros tonos regalados,
Pues os hizo la edad tipos
Y el martirio contrabajos;
Si hacer mal al pequenuelo,
Dice allá el Profeta santo
Que le da á Dios en los ojos,
Bien sentirá esos porrazos.
Y si el golpe del martirio
En su puerta suena tanto,
Al son de sus dulces ecos
Le podeis estar cantando:
Aguinaldo;
Que Dios nos dé buen año.
Pedid, niños, colación
Al Señor del cielo y tierra,
Pues veis que Heródes os cierra
Las puertas del corazón;
Y pues teneis ocasion,
Decid á aqueste cetrino:
«Estas puertas son de pino,
Aquí vive un gran judío.»
Si me decís que es gentil,
Digo que es su natural
Gentil en lo criminal
Y judío en lo civil;
Y pues ha muerto á cien mil
Por tener á un niño miedo,
Con razon decirle puedo,
A lo menos en el brio:
«Aquí mora un gran judío.»
A las puertas de Abrahán
Llegan los niños cantando,
A darle las buenas nuevas
Y pedirle su aguinaldo.
En los golpes y en las voces
Vieron los profetas santos
Ser los meninos del Rey,
Que van por aquí á palacio;
Y como marchan despacio,
Cantó un niño placentero:
«Estas puertas son de acero,
Aguinaldo;
Aquí vive un caballero,
Aguinaldo;
Por sus pecados, pechero,

Aguinaldo;
Que es nuestro padre primero,
Aguinaldo;
Mas, darle por nuevas quiero
Aguinaldo;
Que su bien está cercano,
Aguinaldo.»
Los golpes que el pobre da
La vez que á tu puerta llama,
Es Dios que pide aguinaldo;
Dásele con mano franca.
Dos aldabas tiene Dios
Para llamar en tu casa:
Una es el palo del pobre,
Otra la inspiración santa.
Agora llama con esta,
Y porque mejor le abras,
Entre golpes y requiebros
Te dice aquestas palabras:
Abreme, esposa cara,
De par en par las puertas de tu alma.
A puertas del corazón
A llamar de nuevo pasa,
Cuyos golpes de conciencia
Le sirven á Dios de aldaba.
¡Oh, qué bien se echa de ver
En el modo con que llama,
Que va á dar, y no á pedir,
Quien da tantas aldabadas!
Aprende de mí, le dice,
A responder con mas gracia,
Pues ves que á un golpe de pechos
Te bajo á abrir mis entrañas.
Abreme, esposa cara, etc.
Tú forjaste de tu yerro,
Sirviendo el pecho de fragua,
Esa aldaba con que cierras
A Dios las puertas de casa.
Con lo que se llama y cierra,
Llamamos todos *aldabas*,
Y parece impropiedades,
Por ser cosas tan contrarias;
Mas en estas puertas vivas
Con gran propiedad se habla,
Pues la aldaba con que cierras
Es con la que Dios te llama.
Abreme, esposa cara, etc.
Es hielo, nieve y granizo
Tus culpas amontonadas,
Y todas aquestas nieves
Sobre su cabeza cargan.
¿Qué maravilla que hiele
A do la caridad falta,
Y su dorada cabeza
La traiga llena de escarcha?
Mira cómo te convida
Con músicas regaladas,
Y entre sus dulces cantares
Te ha compuesto esta tonada:
Abreme, esposa cara, etc.
Si por descalza lo dejas,
Mal te excusas si no bajas;
Que antes quiere que su esposa
Ande del todo descalza.
Bájale descalza á abrir;
Que no es cortesía humana
De que guardes mas tus piés
Que Dios su cabeza guarda.
Tantas aldabadas juntas,
Epilogo del que llama,
Es señal que se despide;
Baja presto, no se vaya.
Abreme, esposa cara,
De par en par las puertas de tu alma.

388.

El juego de *Santo Micario*,
Dios me libre de tí como del diablo.

AL HIPÓCRITA.

Pónense dos á rezar,
Fariseo y publicano,
El uno junto á la puerta
Y el otro cabe el retablo:
Este confiesa sus culpas,
Temeroso, humilde y bajo;
Aquel, soberbio y altivo,
Se confiesa por un santo.
Dichoso tú, pecador,
Que conoces tu pecado,
Y tú, *santo Macario*,
Dios me libre de tí como del diablo.
Hipócrita religioso,
Avariento prebendado,
Escribano sin conciencia,
Mercader de doble trato;
Cualquiera de estos que seas,
Si engañas y estás rezando,
Derreniego de tí como del diablo.

389.

El juego de *¿Fué tu padre á moros?—Sí.*
¿Matólos á todos?—Sí.
¿En qué lo veremos?—En los ojos.

Á LA CONFESION SACRAMENTAL.

La espada de confesion
La puso Dios en mis manos
Para que mate con ella
La culpa, que es mi contrario.
Haced alarde, Memoria,
Tocad, Dolor, á rebato;
No quede enemigo vivo,
O contadme por su esclavo.
Acordaos en la ley vieja
De aquel castigo tan bravo
Que hizo Dios al que en la guerra
Dejó vivos no sé cuántos.
Degolladlos, Penitencia,
Para sacrificio santo;
Que, aunque animales inmundos,
Son, muertos, gran holocausto.
Las canales de mis ojos
Dén muestra de aqueste acto;
Que es la sangre de la culpa
Las lágrimas que derramo.
No pareis en el color,
Matad y pasad de largo;
Que también la leche es sangre,
Puesto que el color es blanco;
Y tú, Diligencia, espía,
Mira si alguno ha quedado,
Porque una culpa encelada
Suele hacer notable daño.
No hay enemigo pequeño;
Porque, como dijo un sabio,
El enano mas cobarde
Es grande para contrario;
Y pues las lágrimas son
Las balas con que los mato,
La sangre que sale de ellos
Es agua con que les lavo.
Ojos, llorad hasta el cabo,
Y tú, libre voluntad,
Dime en esto la verdad,
Porque goces tus tesoros:
¿Fué tu padre á moros?
¿Matólos todos?
¿En qué lo veremos?
En los ojos.
Meta vergüenza en sudores
Al enfermo de la culpa;

Que es bonísima señal
Cuando por los ojos suda;
Y vos, Cordero inocente,
Dadle, para que se cubra,
La lana de ese vellón,
Cobertor de las criaturas.
Dos cosas le harán sudar
Si quiere ponerse en cura:
El palo santo, do muere,
Y la zarza, do le busca.
Y el que no suda con fuego
De amor, al temor acuda;
Que pensando en el eterno,
Hará mucho si no suda.
Pedid, corazon, ayuda
Al que en cruz llorando está;
Que él dice que os sanará
Con sus divinos despojos.
¿En qué lo veremos?
En los ojos.
En los ojos podeis ver
Del amor su eterno tuego;
Que no es este el amor ciego,
Vendado para caer;
Un árgos debe de ser
Con cien ojos en la cara,
Que os rige, vela y ampara
Para que nadie os dé enojos.
¿En qué lo veremos?
En los ojos.

390.

El juego de *Al perro muerto*
Echalle del huerto.

Á LA CÚLPA DE ADÁN.

Son efectos de la culpa
Volver al hombre animal,
Hacer esclavo al que es libre,
Dar muerte al que vivo está.
Todos estos tres efectos
Siente nuestro padre Adán,
Muerta el alma, esclavo el cuerpo,
Y el apetito bestial.
Y si al esclavo mas bueno
Perro le llaman los mas,
¿Qué nombre tienen de oír
Quien es tal y sirve á tal?
Pecais, Adán, en el huerto,
Y pues ya perro os llamais,
Cuando os digan: sal ahí,
Os hablan con propiedad.
Por la culpa entró la muerte,
Que es la puerta principal
Por do sale Dios del alma,
Que es el que vida la da;
Y así, por vos se dirá,
Después de tal deséoncierto:
Al perro muerto
Echalle del huerto.
Vuestro Señor os crió
Para la huerta guardar,
Y un ladrón que entró á robar,
Con zarzas os mató;
Harto al dueño le pesó,
Mas dijo, viéndoos ya muerto:
Echalle del huerto.

391.

El juego de *Al perro vivo*
Echalle en el río.

Á SAN JUAN BAUTISTA.

Llama Dios por sus profetas,
Perro mudo al que predica,
Y el vicio del superior

No riñe porque no riña.
 Vos sí que sois perro vivo,
 Gran predicador Bautista,
 Pues que ladrastes al Rey
 La torpeza de su amiga.
 Seréis animoso alano,
 Que á las orejas se arrima
 De un celosísimo toro
 Y de una vaca lasciva.
 Seréis un perro de muestra,
 Que esto es lo que significa
 El decir: *Ecce Agnus Dei*,
 Puesto el dedo á puntería.
 También seréis perro de alba
 Por el nombre y la venida,
 Pues salís, cual alba, al mundo
 Antes del Sol de justicia.
 Seréis mastín de ganado,
 Cuya pintura lo diga,
 Pues al lado de un cordero
 Vuestros devotos os pintan.
 Seréis perro de ayuda,
 Y en una ocasión precisa
 Por defender vuestro dueño
 Os ha de costar la vida.
 Seréis, al fin, perro de agua;
 Que en el Jordán el Mesías
 Manda que le bapticeis;
 Mirad qué presa tan rica.
 Y perro que caza en tierra
 Y pesca en el agua fría,
 Por la caza y por la pesca
 Hace mal quien no le estima.
 Y pues en todo es la prima,
 Para que os pesque, Dios mío,
Echalle en el río.
 Amor, como gran señor,
 Perros y pájaros tiene;
 Que hasta el arco con que viene
 Nos dice que es cazador.
 Es un sacre volador
 El divino Evangelista;
 Perro ventor el Baptista;
 Y pues es perro de brio,
Echalle en el río.

392.

El juego de *¿En qué moneda batis?*

Á LA LIMOSNA.

Es limosna una moneda
 Que el rico en el pobre labra;
 Pero no pasa en el cielo
 Sin la caridad por armas.
 Esta es moneda de ley;
 Que la que en el mundo pasa,
 Dada por vanos respetos,
 Ni será de ley ni marca.
 Señor, título ó monarca,
 Prelados que me oís,
¿En qué moneda batis?
¿Sacastes encarcelados?
¿Casastes huérfanas tristes?
¿Cuándo de limosna distes
 Los cuarenta mil ducados?
 Empeñar vuestros estados
 Para vuestras pretensiones,
 No cumplir obligaciones,
 Y ¿ser limosna decís?
 Mentís.

393.

El juego de *Salta tú y dámela tú.*

Á LA CAIDA DE LUZBEL Y PRIVANZA DEL HOMBRE.

Cae el ángel, sube el hombre
 A la cumbre celestial;
 Trocáronse las privanzas
 Con la sacra Majestad.
 El ángel desvanecido
 Legítimamente cae,
 Pues con tan flaca cabeza
 Tan alto quiere volar.
 No puede sufrirlo el cielo,
 Porque una culpa mortal
 Pesa mas que cielo y tierra,
 Si la queréis bien pesar.
 El hombre prueba á subir;
 Mas, como formado está
 De tierra, y es tan pesado,
 Sin ayuda no podrá.
 Hoy alarga Dios su brazo,
 Que es su hijo natural,
 Y dando al ángel del pie,
 Al hombre la mano da.
 Escuchad que dice ya
 A los dos el buen Jesús:
Salta tú y dámela tú.
 Salta tú, Luzbel del cielo,
 Hasta el centro de miserias;
 Que no pide menos salto
 Quien se opone á tal alteza.
 Dame la mano, Francisco,
 Y en la silla de él te asienta,
 Porque ganes por humilde
 Lo que perdió por soberbia.
 Dame, amigo, entrambas manos,
 Y tanto al subir me aprieta,
 Que la sangre de mis palmas
 En las tuyas quede impresa;
 Y pues de verle te pesa,
 Envidioso Bercebú,
Salta tú y dámela tú.

394.

El juego de *¿Dónde pica la pájara pinta?*
Dónde pica?

AL ESPÍRITU SANTO.

Mil disfraces de amor toma
 Dios, de puro enamorado,
 Hasta su Espíritu ha dado
 En figura de paloma;
 En la cabeza de Roma
 Hace nido celestial,
 Y viendo su vuelo real,
 Su dulce esposa replica:
¿Dónde pica la pájara pinta?
Dónde pica?
 Pica en un corazón sano,
 Donde Dios, como neblí,
 Gusta de cebarse allí,
 Teniéndole de su mano.
 ¿Y en un corazón profano,
 Y en un alma que es viciosa?
 —Ox, que no posa.

395.

El juego de *Ah, fray Juan de las cadenas*.

- ¿Qué mandáis, Señor?
—¿Cuántos panes hay en el arca?
—Veinte y un quemados.
—¿Quién los quemó?
—Ese ladrón que está cabe vos.
—Pues pase las penas que nunca pasó.

Á LOS EFECTOS DEL SACRAMENTO DE LA EUCARISTÍA
Y VENTA DE JÚDAS.

Después que el Rey de la gloria
Coronado en cruz murió,
Ponen á Pedro en cadenas,
Su dispensero mayor.
Por el cargo y las prisiones
Viene bien, decirle amor,
Ah Pedro el de las cadenas!
—¿Qué mandáis, Señor?
Como el padre de familias
Tiene tantos á su cargo,
Y para los jornaleros
Pan y vino importa tanto,
Amor, como mayordomo,
Que es á quien toca el cuidado
De la eterna Providencia,
Que es un excesivo gasto,
Viendo que comen á pasto,
Y que hay tanto jornalero,
Le preguntó al dispensero
Deste supremo Monarca:
¿Cuántos panes hay en el arca?
—Un pan quemado.
Cuece mi madre, la Iglesia,
Del grano de trigo Cristo,
Al fuego de caridad,
Pan para muertos y vivos;
Como son tantas las llamas
De aqueste fuego divino,
Y se coció al primer fuego,
Quemado el pan ha salido;
Y pues al cocerlo ha sido
Por vuestras manos, Amor,
Decídselo al pecador,
Que es el pan que le habeis dado
Un pan quemado.
¿Quién le quemó?
—El fuego de amor de Dios.
Antes ese papecito
Para calenturas es,
Porque templá, como ves,
El fuego del apetito.
Tiempla y calienta infinito;
Que si á Dios en pan me dan,
Y es Dios por esencia fuego,
Cuanto más á Dios me llevo,
Brasas cómo en vez de pan.
Los peregrinos que van
Al castillo de Emaús,
Digan si es fuego Jesús;
Pues yendo claros los dos,
Les quiso Dios comulgar,
Y se sienten abrasar
En fuego de amor de Dios.
¿Quién le vendió?
—Ese ladrón que está cabe vos.
Ruéganle todos á Juan
Pregunte quién ha de ser
El que tiene de vender
Este soberano pan;
Y en las señas que le dan,
Fué como decirle Dios:
Ese ladrón que está cabe vos.
—Pues pase las penas que nunca pasó.
Júdas y amor han salido
A vender pan á la plaza,
Y aunque Júdas vendió en juéves,
Pagó pecho y alcabala.
Entrambos venden un pan,

Mas amor vende á la tasa,
Y Júdas á menos precio;
No le arriendo la ganancia.
Si es el alma sangre real,
Y Dios con ella se paga,
A real le vende el amor,
Pues le da á precio del alma.
Bien parece que ha robado
Júdas este pan que gasta,
Pues vendiendo amor á real,
El á treinta lo despacha;
Y como ve lo que pierde
En lo que los otros ganan,
Está que se quiere ahorcar,
De haber hecho tal contrata;
Mas no se queje de nadie
El que vende de su casa
Lo que tanto ha menester,
Cuando viere que le falta;
Y cuando le vean que salta
Este mal arrepentido
De ver cuán mal ha vendido,
Digan todos como yo:
Pase las penas que nunca pasó.

396.

El juego de *Los alfileres á punta con cabeza*.

Á SAN PEDRO, CRUCIFICADO AL REVÉS.

Es la virtud para el bueno
Honra, riqueza y salud;
Que todas tres, sin virtud,
Son basura, paja y heno.
Estos humanos haberes
Juzga el mundo por Tesoro,
Y la virtud, con ser oro,
No estima en dos alfileres;
Y para mayor certeza
De ser opuestos los dos,
El mundo con Pedro y Dios
Juega á punta con cabeza.

397.

El juego de *Santanton, san Millán*,
Guarda el vino y guarda el pan;
Con el pan pasaremos,
Con el vino viviremos.

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

La lluvia del Verbo eterno
Regando la tierra va,
Cuyo bien nos comunica
La nube de humanidad.
Amor congeló esta nieve
En el cielo virginal;
¡Ay, Jesús, y cómo llueve
Por Pascua de Navidad!
Segun el cielo nos dice,
Será el agua general,
Y tanto, que para el Córpus
Todo será vino y pan.
El Viernes Santo en la tarde
Hubo gran oscuridad,
Estremeciéndose la tierra,
Tronó el cielo, bramó el mar;
Llovió al cabo sangre y agua,
Y al fin de la tempestad
Cayó un rayo, á cuyo fuego
Doce de ellos vi abrasar.
Este divino diluvio,
Alma mía, no temáis;
Que antes por esa razón
Mas frutos se cogerán.
Solo me dice la fe
(Repertorio de verdad)

Que la piedra de la culpa
Es la que puede hacer mal.
¡Oh, qué nublado tan negro
Amenazándome está,
Y el aire del apetito
Hacia el corazón le trae!
Tocad, Contrición, á nubló,
Vos, Confesión, le ayudad.
Pues sois entrambas campanas
De sonoro metal.
Santos que estáis en el cielo,
Pues veis mi necesidad,
Porque coja pan y vino
Ayudadme á repicar.
*Santanton, san Millan,
Guarda el vino y guarda el pan.*
El alma tengo sembrada
Desta semilla del cielo;
Pero nublados del suelo
No me suelen dejar nada.
Vuestro conjuro me agrada,
Humilde, sabia Oración,
Cuyos exorcismos son
Evangelio de san Juan.
*Santanton, san Millan,
Guarda el vino y guarda el pan.*
Si yo prevengo mi daño,
Y á colmo mi fruto llega,
Tendré en mi troj y bodega
Pan y vino todo el año.
Desde el pariente al extraño
Esperan esta cosecha,
Porque, si bien se aprovecha
Cuanto en grano y cierne vemos,
*Con el pan pasaremos,
Con el vino viviremos.*

398.

El juego de *Pasa, pasa*.

Á LAS PALABRAS DE LA CONSAGRACION.

Al juego de *pasa, pasa*
(Hablando con la decencia
Que pide tan gran misterio)
El sacerdote le juega;
Aqueste juego de manos
Del otro se diferencia
En que es verdad infalible
Lo que allá falsa apariencia.
Dice pues el sacerdote
Con intencion pura y recta:
Hoc est enim corpus meum,
Y hace Dios lo que pan era.
Accidentes y sustancia
Tiene el pan que nos sustenta;
Mas entrando Dios en él,
Solos accidentes quedan.
¡Oh divino *pasa, pasa!*
Donde la fe nos enseña
Que la substancia del pan
En carne de Dios se trueca;
Y en fe de que en cada parte
Está su persona entera,
Escuchad este coloquio
Que á puertas del alma suena.

VILLANCICO.

HOMBRE.

Por mas que esté dividido,
Os hallo entero, mi Dios.

DIOS.

*Si, amigo; que entre los dos
Nunca ha de haber pan partido.*

HOMBRE.

¿Qué igualdad se puede dar
Entre la nada y el todo?

DIOS.

¿Quereis saber de qué modo?
Comiendo deste manjar.

HOMBRE.

Luego, despues que he comido,
¿Vengo por gracia á ser Dios?

DIOS.

*Si, amigo; que entre los dos
Nunca ha de haber pan partido.*

HOMBRE.

¿A quién habrá que no asombre
Tan excesivo favor?

DIOS.

Eso es lo que puede amor,
Haceros Dios, y á mi hombre.

HOMBRE.

¿Que á tal alteza he venido,
Y á tanta baja vos?

DIOS.

*Si, amigo; que entre los dos
Nunca ha de haber pan partido.*

399.

El juego de *Moraina vieja*,

Mujer de ruin,

Comistelo, bebistelo,

Y agora que está criado

Demándastelo.

Siquiera cojo, siquiera manco,

Siquiera derrengado,

Enviámelo.

Á LA CULPA DEL HOMBRE Y MISERICORDIA DE DIOS.

Dió á mis padres gran caudal

El cielo con su poder,

Y por comer y beber

Quedaron al hospital;

Sucedió todo su mal

De que mi madre comió,

Y á mi padre convidó

A la fruta del jardín.

Golosa Eva, mujer al fin,

Pobres padres míos,

Que de tanto honor

A tanta baja

Venistes los dos.

Ya que traeis los hijos

A pedir por Dios,

Desnudos y hambrientos

Al hielo y al sol,

Acudi á palacio,

Donde el rey Amor

Os dará las pascuas,

Vestido y racion;

No pidais al mundo,

Porque os dirá un no,

Y en vez de limosna

Os pondrá en prision.

Es un viejo avaro,

Que no da por Dios;

Antes al que llega

Dice por baldon:

Comistelo, bebistelo,

Y agora que lo has gastado,

Demándastelo;

Siquiera cojo, siquiera manco,

Siquiera derrengado,

Enviámelo.

A la cárcel de la vida

Bajó á visitarme Dios,

Y al carcelero del mundo

Le dijo cuando me vió:

«¡Oh mundo, qué mal que tratas

Al pobre del pecador!

Bien parece que no sabes

Lo que él á mi me costó.

En el potro de la culpa

Le tienes puesto á cuestion,

Dándole varios tormentos,

A fin que siga tu error.

Tal está, que te prometo
Que no le conozco yo,
Porque se ha desfigurado
Desde que á mi me dejó.
Cuando salió de mis manos
Era bello como el sol;
Descoyuntado le tienes,
Sin fuerzas y sin valor;
Y aunque pudiera pedirle
Sano, bueno y sin lesion,
*Siquiera cojo, siquiera manco,
Siquiera derrengado,
Envíamelo.*
La cama de los deleites
Vendes por mullido lecho,
Y vese por experiencia
Que es potro de dar tormento.
Todos andan con señales
En el alma y en el cuerpo,
Del tormento que le diste,
Cumpliéndoles sus deseos.
Seco traes al envidioso,
Sin manos al avariento,
Al perezoso sin piés,
Y lisiado al deshonesto;
Y pues así les has puesto,
Alójales los cordeles;
Que sus heridas crueles
Tendrán bálsamo en mi amor.
*Siquiera cojo, siquiera manco,
Siquiera derrengado,
Envíamelo.*

400.

El juego de *Norabuena venga*
El buen oficial á la tierra.

AL NACIMIENTO DE CRISTO NUESTRO SEÑOR, Y MILAGROS
DE SU VIDA.

Aquel arciller del cielo
A nuestros barreros llega,
Y en fe de ser oficial,
Haciendo pucheros entra.
Viene á reparar al hombre,
Obra de sus manos hecha,
Y aunque es imágen de barro,
Es en extremo perfeta;
Pero tal la tiene el tiempo,
Que por puntos la renueva,
Ya los brazos, ya los piés,
Ya los oídos y lengua.
Hoy se pone á hacer los ojos,
Y porque el remiendo sea
Del barro que le formó,
Tierra con saliva mezcla.
Norabuena venga
El buen oficial á la tierra.
Si con saliva ha de ser
Ese barro que amasais,
Segun lo que reparais,
Mucha teneis menester;
Y pues barro se ha de hacer
Para la casa de Adán,
De las salivas que os dan,
Cualquiera en mucho se tenga.
Enhorabuena venga
El buen oficial á la tierra.
Tambien todos los estados
Han jugado á los oficios,
Y á muchos cupo la piedra,
De la dignidad indignos;
Juez, que subiste á serlo
Mas por dicha que por dicho,
En los casos de conciencia,
Que es donde importa el juicio,
Vente á aconsejar, amigo,
Con tu amigo.
A lo que te has de acotar
Puedes decirle al oído

Que el secreto en cualquier cosa
Es un bonísimo arbitrio.
El juez ha menester
En cualquier grave delito
Usar con moderacion
Del perdon y del castigo;
Y tú, pues eres testigo
Desta inefable verdad,
Para mayor claridad
Oye su diñicion:

El Castigo y el Perdon,
Dos hijos de la Justicia,
Cada cual por ser primero
Dentro de su vientre lidian.
Ambos salen abrazados;
No sé yo qué significan,
Si es amistad ó si es lucha,
Mas sus efectos lo digan.
Tienen estos dos mellizos
La complexion tan distinta,
Que uno es colérico adusto,
Y el otro la flemma misma.
El Perdon es blanco y rubio,
De carnes blandas y lisas,
Y el Castigo verdinegro,
Cuyo cuero punza y pica.
Muchos piensan que la madre
Mas al Castigo se inclina,
Por lo que se le parece
En lo que es fisonomia;
Mas el Perdon es tan manso
Y de tan hermosa vista,
Que aun los ojos del Castigo
Se llevan cuando le miran.
Así que, al hermoso y feo
Con igual amor les cria,
A aquel por naturaleza,
Y á aqueste por hidalgua.
Dióles estudio su madre;
Salieron ambos juristas,
Porque el uno sin el otro
Fuera manca la justicia.
Desde el principio mostraron
Su blandura y su acedia
En el parecer que daban
Y en la peticion escrita.
Uno salió por fiscal
De la real chancilleria,
Y al otro hicieron oidor
Para que temple sus iras.
En la sala del Perdon
Bien es que el Castigo asista,
Siendo Razon presidente,
Cuyas causas justifica;
Y aunque las dos son virtudes,
Y vicios cuando declinan,
Haciendo salva á la ley.
Escúchenme esta doctrina.
Tiene la Justicia un peso
Y una vara por divisa,
Porque el perdon y el castigo
Le dé por peso y medida.
Y pues no se vende á ojo
La tela de la justicia,
Quien toma el peso y la vara,
Mire lo que pone y quita.
Cuando Dios toma ese peso,
Con ser la justicia misma,
Da corriente si perdona,
Y muy en fil si castiga.
Iguales son sus balanzas,
Su marco tiene una libra;
Mas las pesas del castigo
Son onzas de la botica.
El rigor y la clemencia
Son diferentes semillas;
Una miden con rasero,
Otra colmada se mida.
Así que, el juez mas recto
Temple la ley en su silla,
Por aquel refran que dice:

Summum jus summa injustitia.
Y tú, caballero mozo,
Menos discreto que rico,
Para conservar tu estado
Y no errar desvanecido,
Véte á aconsejar, amigo,
Con tu amigo;
Acótate al ser cortés,
Serás de todos querido;
Que el ser uno bien criado
Es causa de ser bienquisto.
Y pues que siempre se ha visto
Ser honrado el que es cortés,
Para que tú mas lo estés
Oyeme esta alegoría.

Buen Respeto y Cortesía,
Hijos de Ingenio y Nobleza,
En casa de la Humildad
Aprenden virtud y letras.
Criaronse aquestos niños
A pechos de la Vergüenza;
Ved si serán bien criados
Con tal leche y tal maestra.
Bonete, capilla, gorra,
Manto de lana ó de seda,
En la iglesia, calle ó casa,
Sirven, honran y respetan.
Siempre ganan por la mano
Con este juego á cualquiera;
Que la Cortesía de postre
Yo la condeno á que pierda.
Sus monteras ó sombreros,
Imagino yo que piensan
Que se las dieron por guantes,
Y no para la cabeza.
Apenas sabían hablar
Cuando fueron á la escuela,
Porque hay mucho que aprender,
Y es la vida muy pequeña.
Empezaron por el *Christus*,
Que la cortesía perfecta
Y el respeto verdadero
Ha de empezar de la Iglesia.
El libro de la Virtud
Les dan por cartillas nuevas;
Que no se sabe de dicho
Cuando no se deletrea.
Pusieronles á escribir,
Y ella les hizo materia
Para que imiten su forma;
Que esto es hacer buena letra.
En casa de la Humildad
Ninguno escribió sin reglas,
Ni da margen al papel
Hasta tener su licencia.
Enseñóles á contar
Cualquiera virtud ajena,
Y á multiplicar las propias
Haciéndolas mas secretas.
En guarismo y castellano
Les enseñó, en vez de cuentas,
Las reglas de cortesía
Desde la suma á la prueba.
No saben medio partir,
Ni ella gusta que lo sepan,
Porque el partir por entero
Es la crianza mas cierta.
Vanidad y Vanagloria
Pusieron tambien escuela
De su falsa cortesía
Y de su humildad soberbia.
Enseñóles Vanidad
Que con la rodilla en tierra
Hablen á cualquiera dama,
Debiendo al cielo esta deuda;
Que no digan «Buenas noches»
Cuando las luces enciendan,
Ni menos, «Dios os ayude»
Al que estornuda ó bosteza;
Que no escriba al que enviare
El pliego por la estafeta,

«A Fulano, que Dios guarde,»
Ved qué cortesía tan necia.
Si preguntan cómo estáis,
Que no se dé por respuesta:
«Bueno estoy, gracias á Dios,»
Sino, «Bueno estoy,» á secas.
Esto enseñó Vanidad,
Y Vanagloria lo aprueba;
Y aunque ellas lo dan por ley,
Yo lo condeno por secta.
Y tú, mancebo gallardo,
Menos discreto que rico,
Para no errar la elección,
Y cumplir con tu apetito,
Véte á aconsejar, amigo,
Con tu amigo.
A la virtud y á la honra
Se acote el libre albedrío;
Que para mudar estado
Este es el dote mas rico;
Y así, desde el grande al chico,
Si estima mucho su honor,
Oigame atento el valor
Destas dos hermanas bellas.

Honra y Virtud, dos doncellas,
Hijas de Ley y Razon,
Antes de tomar estado
Entraron en religion.
No estuvieron violentadas,
Como muchas que sé yo,
Porque aqui están en su centro
La virtud y el pundonor.
Ambas siguen coro y celda,
Sin apartarse las dos,
Porque no hay virtud sin honra,
Ni en los vicios hay honor.
Dentro de muy pocos dias
Mostraron su inclinacion:
Honra quedó por seglar,
Y la Virtud profesó.
Es propia para casada,
Segun comun opinion,
Porque honra y mujer propia
Una misma cosa son.
A título de nobleza,
De hermosura y discrecion,
La pretenden por esposa
Desde el indio al español.
Doncella está, y por casar;
Quien la tuviere aficion
Pidásele á la Virtud,
Por ser su hermana mayor.
No la recuesteis á solas
Si pretendéis galardon;
Que sin orden de su hermana
No se casará con vos.
Tan sujeta está la Honra
A la Virtud, que sé yo
Que hasta cuando se despose
Ha de dar el sí ó el no.
Visitad á la Virtud,
Y con aquesta ocasion
Podeis pedirle la hermana;
Que esta es la traza mejor.
Enamorad-ós de entrambas,
Y llamaráse este amor
Aficion á la seglar,
Y á la monja devocion.
No la Virtud, por ser fea,
A ser monja se inclinó,
Que en gracia, belleza y brio
Es mas hermosa que el sol;
Es blanca y es colorada,
Porque jamás le faltó
El blanco de la inocencia,
Y de vergüenza el color.
No son colores postizos;
Que natural se le dió,
Y no como á Hipocresía,
Ques á fuerza de alcanfor.
Por la voz entró, sin dote,

La Virtud en religion;
Que es un serafín del cielo
En la cara y en la voz,
La legítima de entrambas
Ha menester la menor;
Que la honra sin virtud
Es cual pobreza con don.
Con esto quedó tan rica,
Que la envidian mas de dos,
Pues honra y virtud por dote
Es la riqueza mayor.

401.

CUENTO.

*Érase que se era, que norabuena sea;
El bien que viniere para todos sea,
Y el mal váyase á volar.*

Rogó Razon á Memoria
Que en medio de tantos juegos,
Para que hubiese de todo,
Le contase un par de cuentos.
Del Engaño y Desengaño
Uno me contó el Ingenio,
El cual os referiré
Si me estáis todos atentos.
Y pues no es cuento de cuentos,
Sino verdad infalible,
Juzgadlo á cosa posible,
Y que pasa por cualquiera.
*Érase que se era, que norabuena sea;
El bien que viniere para todos sea,
Y el mal váyase á volar.*

En la venta del Engaño,
Si puede llamarse venta,
Donde se vende el cobarde
Por carnero, siendo oveja;
En una cama del huésped
Mentira y Verdad se acuestan;
La Verdad está dormida
Y la Mentira despierta.
No tiene cielo esta cama,
Puesto que cortinas tenga;
Que cielo y cama de Engaño
En ningún caso concuerdan.
Las cortinas son dobladas,
Y á todas horas las cierra;
Que á los ojos de la culpa
Cualquiera luz les inquieta.
Las sabanas son de Holanda,
Pero de tela casera;
Que su mujer, la Mentira,
Es quien las urde y las echa.
Los colchones son de pluma,
De las que en el nido deja
El ave de la lisonja,
Blandas, livianas y huecas.
El cobertor es de grana,
Sobre mantas de vergüenza;
Que la cama del Engaño
Parece mal sin cubierta.
Aquí hallaron acostados
Los Celos con la Sospecha,
Dos amantes de quien fué
La Mentira su alhaueta.
El Logro con la Mohatra
En esta cama se albergan.
Mas no se acuestan desnudos,
Temiendo que no les prendan.
Los huéspedes que aquí posan
Son sin número ni cuenta,
Por estar la venta en parte
Que muchos pasan por ella.
Fabricola la Malicia
En medio de una floresta
Que alinda con el Deleite,
Harto pantanosa tierra.
Las postas del murmurar

Aquí nos las tiene puestas
El correo de la Envidia;
Que corre mucho una lengua.
El Interés y el Favor,
Dos mercaderes de feria,
Si en esta venta no posan,
A fe que pasan bien cerca.
El arriero de Amor
Es el que mas la frecuenta:
El es ciego, y mal camino,
¡Ay de sus cargas y bestias!
El hipócrita de á pie,
Ermitaño en la apariencia,
Como no tiene otra ermita,
Aquí hurta y aquí reza.
El buhonero adulador,
Con sus cartas y sus cuentas,
Aquí tiene la posada
Y allá en palacio la tienda.
Este ventero de Engaño,
Sin Dios, sin ley, sin conciencia,
No hay arancel que no quiebre
Ni pregmática que tema.
El vino de los placeres
No tiene gusto ni fuerza;
Que el arriero del mundo
Nos lo agua en su bodega.
Han nombrado por juez
Que le tome residencia
Al alcalde Desengaño:
Plega á Dios que le obedezca.

La Conciencia por fiscal,
La Verdad por secretario,
Y por juez de la causa
El alcalde Desengaño,
Salen á correr la tierra
Y á deshacer mil agravios
En este mundo pequeño.
Donde quieren mandar tantos.
Es Desengaño un juez
Tan recto como letrado,
Que ni le tuercen promesas
Ni le doblan ruegos blandos.
Hoy llega, con su fiscal,
A la venta del Engaño,
Una milla del Deleite,
Donde hay peste los mas años.
Apeóse, y prendió al huésped,
Y para mejor guardarlo,
No le faltaron prisiones;
Que en la venta hay yerros hartos.
Con la capa de Verdad
Mentira se ha disfrazado,
Por ver si, desconocida,
Puede escapar de sus manos.
Llegó al umbral de la venta,
Pero no se puso en salvo;
Que la desnudó Verdad,
Y la prendió al propio paso.
Desde las hondas bodegas
Hasta los desvanes altos
Visitó por su persona,
Yendo Verdad á su lado.
No se cree de lo que dicen
Sin primero averiguarlo;
Que no quiere ser oidor
El alcalde en este caso.
Al Logro con la Mohatra,
Por disimular su trato,
Les halló en fingidas mesas,
Trocando reales por cuartos.
El delito de los Celos
Casi le pasó por alto,
Porque probó con testigos
Que era loco rematado.
Al ruido de unas cuentas,
De un hipócrita rosario,
Acudieron dos corchetes,
Y prendieron á su amo.
Tentaronle los vestidos,
Y proveyósele un auto:

O que vista como vive,
O que viva como un santo.
Al arriero de Amor
Toda su recua embargaron,
Hasta tanto que dé cuenta
De que tiene tantos machos.
Las postas de sueltas lenguas
Quitólas de aqueste paso;
Que postas en tal camino
Despeñarán al mas sabio.
Al adulador, que labra
Joyeles de alquimia falsos,
Mandan que no dore pieza,
Y mas de metal tan bajo.
Al Interés y al Favor
Ciertos cohechos probaron,
Principalmente en la corte.
Que es donde viven entrambos.
La cama mandó quemar,
Porque en ella, de ordinario,
De la ciudad del Deleite
Durmieron mil apestados.
En el vivar del Temor
Topó mil negros mostachos,
Que siendo mansos conejos,
Aquí se venden por bravos.
Probó el vino del Deleite,
Y dejóse, aunque malo;
Que no hay gusto en esta vida
Que no se nos venda aguado.
El pan sabe todo á tierra,
De donde colijo claro
Que de semejante harina
Saldrán muy pocos salvados.
Puso nuevos aranceles,
Y estos dejó rubricados
De Verdad y de Justicia,
Regidores propietarios.
Al Engaño y la Mentira
Quiso el juez apartarlos;
Mas no pudo hacer divorcio
Entre aquestos dos casados.
Esta es la venta del mundo,
Tan frecuentada de tantos,
Y aquesta es la residencia
Que la tomó el Desengaño.

402.

El juego de Abejon.

AL MURMURADOR Y LISONJERO.

El juego del Abejon
Por entretenerse juegan
El adulador en corte
Y el murmurador en rueda.
¡Oh, cuál llega el lisonjero
A susurrar las orejas
Del que gusta que le adulen
Cantos de falsas sirenas!
Es un diestro esgrimidor,
Que al desvanecido tienta,
Cuando noble, por la sangre,
Cuando rico, por la hacienda.
De hipócritas lisonjeros,
Que predicán ó confiesan,
Y por respetos humanos
No riñen, sino lardean,
No os creáis de sus blanduras
Ni os fieis de sus ternezas,
Porque os darán en el alma
Con entrambas manos puestas.
Otro juego de abejon
Juega la gente plebeya;
Porque yo pienso que el noble
De murmurar no se precia.
Pónese en medio de dos
Una venenosa lengua
A picar en la casada,
Y á tocar en la doncella.

Amigo, que estás al lado,
Si de escucharle te huelgas,
Advierte que te ha de dar
En volviendo la cabeza.
Para jugar este juego
El mismo Dios nos enseña,
Donde dice que seamos
Serpientes en la prudencia.
Una mano en el oído
Ten en las faltas ajenas,
Y esotra en la reprensión,
Para dársela muy buena.
Y aunque puesto en la ocasión,
En esta segura regla,
Huye siempre de su lado,
Porque al mas diestro le acierta.
Y para cerrar la puerta
A cualquier lengua mordaz,
Escucha, si eres capaz,
Esta su difinición.

A LA MURMURACION.

Hoy pone Murmuracion
Cierta paño en su telar,
De las libras que hurta Envidia
En las casas donde está.
Es velarte propiamente;
Que los ojos de un mordaz
Siempre tratan de valerte
Acechando un *haces mal*.
En pocas varas de paño
Muchos vestidos habrá,
Porque tiene grande marca
La tela del murmurar.
Hay hábito para frailes,
Vestido para seglar,
Basquiña para señora
Y capa para galán.
No se viste el cuerdo de él,
Por ser basto y desigual,
Aunque le afine Lisonja,
Que es el mayor oficial.
En Milan se urdió la tela:
No tiene culpa Milan;
Que el maestro solo teje
Lo que á su casa le traen.
Solo debiera advertir
Quien se precia de curial,
De no recibir á ojo
Lo que por peso ha de dar;
Porque tela que urde celos,
Ordinariamente va
Con mas trama de mentira
Que no estambre de verdad.
Los ovillos de la culpa
Devana quien quiere mal,
Sobre cantos de sospecha,
Que pesan y abultan mas.
Así que, pese la tara
El juez mas criminal;
Porque de sospecha á culpa
Quinientas arrobas hay.
Quien se pone á tejer honras
Mire los golpes que da;
Que es la hilaza como pelo,
Y es muy fácil de quebrar.
Tejer tocas de casadas
Arguye dificultad;
Que si se quiebran los hilos
Serán malos de añadir.
Teja dentro de su casa
La reprehension quien la da;
Que solo el murmurador
Saca á la plaza el telar.
Hoy quiere cortar en vida
La tela de la amistad,
Y telas del corazón
Mirad vos si dolerán.
La Murmuracion la mide
Y la vende en su portal
A precio de justo y honra;

Ved qué cara que saldrá.
Es falsa Murmuración
Una tendera que da
Mal peso y mala medida,
Ya de menos, ya de más.
Si hay fieles en el oír
(Que bien pocos pienso que hay),
Visiten aquesta tienda,
Porque á fe que miden mal.
Oficiales de tijera
Hallo que esperando están
A cortaros de vestir;
Que hay mil en cada lugar.
Son los sastres del honor
Al revés de los demás,
Que ponen paño de casa,
Aguja, seda y dedal.
Ya está la tela en la mesa:
Quien la viniere á cortar
Mida las varas que tiene,
Y corte como oficial.
Antes de echar la tijera
Señale, para no errar,
Con el jabon de prudencia
Y la regla de amistad.

La grave murmuración
Es picadura de abeja,
Do el alma su vida deja
A vueltas del aguijón.
Zángano en conversación,
Que comes de la colmena
Del honor la miel ajena,
No piques tan descuidado,
Porque siempre este pecado
Condena á culpa y á pena.

403.

AL NACIMIENTO.

En medio de tantos juegos
Danzó una baja el Infante
Con los pasos que sabeis
Y con la gracia que él sabe;
Y porque en música acabe,
Tomad el arpa, David,
Y sus amores decid,
Contándonos su jornada.

En la nave de María
Viene, por el mar de gracia,
El Principe de la Gloria
A casarse con el Alma.
Y aunque allá en la Concepción
Todas las galeras pasan
Por los bancos de la Culpa,
Esta de María se escapa.
En la ciudad de los Reyes
Tiene el Principe su casa,
Y en Santa María del Puerto
Toma tierra y desembarca.
Bien se llama de los Reyes,
Pues tres personas la mandan,
Aunque en sustancia y esencia
Es un Señor y un Monarca.
El está en nombre de Dios,
Y ella dicen que le aguarda
En la parte donde cae
Cabo de Buena-Esperanza.
El Alma, viéndose ausente,
Con el Mundo se casó;
Que ya en su pecho murió
El que vive eternamente.
Mas dirimirse es forzoso
Matrimonio tan violento;
Que no vale el casamiento
Estando vivo su esposo;
Y vista la mala vida
Que este segundo la da,

A todos dice que está
Casada y arrepentida;
Y como se ve aburrída
Y que la da mil enojos,
Jamás aparta los ojos
De donde espera la armada.
Que miraba la mar
La mal casada;
Que miraba la mar,
Cómo es ancha y larga.
El piélago sin segundo
Del Océano de Dios,
Por donde le midais vos
Es altísimo y profundo.
Hoy nace, cual fuente, al mundo,
Y quedándole en el Padre,
Deja, saliendo de madre,
La tierra fertilizada.
Que miraba la mar
La mal casada;
Que miraba la mar
Cómo es ancha y larga.
Mil veces viene á la playa
A ver si su esposo viene,
Y viendo que se detiene,
De puro amor se desmaya.
Ya no hay pedirle que vaya
Con su adúlterino dueño;
Antes responde con ceño
Al que le quiere llevar:
Dejadme llorar, orillas de la mar.
Baste el tiempo mal gastado
Que con el Mundo he tenido,
Que para esposo fingido
Ya parece demasiado;
Y pues que mi esposo amado
Este puerto ha de tomar,
Dejadme llorar, orillas de la mar.
En esto su esposo viene,
Navegando noche y día,
Y mil suspiros envía
Adonde su dama tiene;
Con músicas se entretiene
Y el propio suele cantar:
Por amores, madre,
Paso yo la mar;
Pero quien bien quiere
¿Qué no pasará?
Bonanza sustenta
Este mar que dejo;
En el mar Bermejo
Será la tormenta.
De muerte y afrenta
Pasaré el estrecho;
Mas haré buen pecho,
Pues es por amar;
Pero quien bien quiere
¿Qué no pasará?
En aquesta nave bella
Van las virtudes bogando,
Y el pirata está temblando
Venir á encontrar con ella.
Y como está en leche el mar,
Que el cosario no le altera,
Cuanto van en la galera
No tienen ningún azar;
Y así, al tiempo del bogar,
Al son de los remos cantan:
«¡Cómo retumban los remos,
Madre, en el agua,
Con el fresco viento
De la mañana!
El Espíritu Divino,
Aire delgado y suave,
Es con el que va esta nave
Su venturoso camino;
Y como sopla continuo
El venticico de amor,
Llega el Rey nuestro Señor
Enamorado á la playa,
Con el fresco viento
De la mañana.

Toda la gente ande lista;
Que ha llegado de improviso
La carabela de aviso,
Llamada San Juan Bautista.
Haced, pensamiento, lista
De cuanto la armada tiene,
Porque en esta nave viene
Una voz que os lo dirá.»

Un perulero de amor
Entra para Navidad,
Que se trae todas las Indias,
Segun las riquezas trae.
No será corto (aunque indiano),
Antes es tan liberal,
Que si al venir vierte perlas,
Al aire rubies dará.
Aparejadle posada,
Y, pues sois pobre, colgad
Las telas del corazon;
Que él ofrece lo demás.
En esto llegó la armada
Haciendo salva á la tierra,
Y bien digo la hizo salva,
Pues se ha de salvar con ella.
Corramos todos á vella,
Porque desembarca ya,
Y toda la chusma está
Rezando la letanía.
Santa Maria. Hiza.
Porta Coeli. Hiza.
Stella Maris. Hiza.
De la capitana real
Nuestro Principe saltó,
Y el mundo le recibió
Como á señor natural,
Y una voz angelical
Le fué cantando esta letra:
«Desembarca en tierra
El Sol del alma;
*Tocan las galeras
Trompas y cajas.»*
Desde rey hasta el pastor
Vienen á reconocer
Su humano y divino ser,
Por ser de todos Señor.
Es Dios, rey y labrador;
Rey de parte de su Padre,
Y labrador, de su Madre,
Pero sin mancha ni raza.
*Tocan las galeras
Trompas y cajas.*
Los pastores comarcanos
Con una gaita vinieron,
Y al son della le ofrecieron
Muchos dones aldeanos;
Y con relinchos villanos
Dijo un chapado garzon:
«Bailad en esta ocasion,
Dichosísimos pastores,
*Bailad con vuestros amores,
Pues os hace la gaita el son.»*
Haga mudanza el villano,
Que lo ha sido en el pecar;
Que si se sabe mudar,
Todo el bien está en su mano.
Salte el corazon humano;
Que son en los pecadores
Las cabriolas mejores
Los saltos del corazon.
*Bailad con vuestros amores,
Pues os hace la gaita el son.*
Tres reyes se han apeado
A besar su mano real,
Y el rey negro en el portal
Cantó al Infante, su amo:
«En Belen estamo,
Branco serémo,
Panderetico toca, bailemo.
*Usiha, sanguarangua,
Gugurú vu, gugurú va.*
Vistamo de cururaro,

Pues á tiempo hemo veniro,
Que el branco será vendiro,
He lu negro el rescatiro.
Dioso viste de encarnaro,
Todos el luto quitmo.
Tamboritico toca, bailemo,
*Usiha, sanguarangua,
Gugurú vu, gugurú va.»*
Ante David quiero hacer
Probanza desta verdad
De los que á su Majestad
Han venido á obedecer,
Y ante Rey tiene de ser,
Pues son reyes los que ois.
*Reges Tharsis, et Insulae,
Munera offerent Regi Domino.*

404.

El juego de *Si quieres ser herrero como yo,
Machaca con un mazo;
Que así hago yo.*

A LAS PENAS DEL INFIERNO.

Hay una fragua infernal,
Donde el demonio es herrero,
Que es el instrumento fiero
Con que se castiga el mal.
Y aunque el triste le obedece,
Mal su gusto satisface;
Que si es la persona que hace,
Tambien es la que padece.
En este inmortal destierro
Siempre habrá que trabajar;
Que mal se podrá holgar
Por lo que es falta de hierro;
Que, como offendistes vos
A la eternidad divina,
Habrá hierro en esta mina
Mientras que Dios fuere Dios.
Pues lumbre no faltará;
Que el carbon que aquí se vende,
De tal manera se enciende,
Que jamás se morirá.
Hoy este herrero tiznado
Sale por hierro y carbon,
Que estos materiales son
El pecador y el pecado.
No estés, Adán, descuidado,
En sus mentiras repára;
Porque te dice su cara,
Ya que sus palabras no:
*Si quieres ser herrero como yo,
Quebranta sus preceptos;
Que así hice yo.*
Haz de este árbol carbon
Con el hacha de la injuria
Y el fuego de la lujuria,
Que abrasa hasta el corazon.
Pondráste como un tizon,
Que con el humo y el fuego
Estarás tiznado y ciego,
En vez de ser como Dios.
*Si quieres ser herrero como yo,
Quebranta sus preceptos;
Que así hice yo.*

405.

El juego de *Saca ruin y mete bueno.*

A LA PERFECCION DE LOS APÓSTOLES Y ELECCION
DE SAN MATÍAS.

La ley de la perfeccion,
Que mejor diré consejo,
Es la que ajusta las almas
Y la que ciñe los cuerpos.

¡Oh qué bien mete en pretina
Mortificación al bueno,
Y qué mal reprime el malo
Sus pasiones y deseos!
En materia de clausura
No le metais en aprieto;
Que no estando muy holgado,
Dejará el malo su asiento.
Judas se puso entre doce
A jugar, y en este juego
Tanto le apretó su culpa,
Que le reventó por medio.
Luego entra á jugar Matías,
A quien el nombre de bueno
Doy, pues al justo José
Ganais la suerte y el premio.
Tomad en vez de ese ruin
La posesion del colegio,
Porque se diga por vos:
Saca ruin y mete bueno.
Hombre, pues la culpa y Dios
Jamás juntos han posado,
Echad de vos el pecado,
Y tendréis á Dios con vos;
Y pues al uno de dos
Has, corazon, de hospedar,
Y está en tu mano el trocar,
Viéndote de Dios ajeno,
Saca ruin y mete bueno.

406.

El juego de *Quiquiriqui*;
Calla, bobo, que no es para ti.

A LA NEGACION Y CONVERSION DE SAN PEDRO.

Muestra el demonio alegría
Viendo que Pedro ha pecado,
Pensando que se le han dado,
Como Judas, este día;
Y por si acaso porfia
De que es suyo, y no de Dios,
Decídselo, gallo, vos,
Cantando, como hasta aquí:
Quiquiriqui;
Calla, bobo, que no es para ti.
Tienes, enemigo, accion
Todas las veces que peco,
En vez de hacer tan mal truco
En mi alma y corazon;
Bien que tomas posesion
Mientras dura mi maldad,
Mas lo que es la propiedad,
Si yo vuelvo sobre mí,
Calla, bobo, que no es para ti.

407.

El juego de *Los cautivos*.

AL ESTADO DE LA GRACIA Y DE LA CULPA, Y REDENCION
DE CRISTO NUESTRO SEÑOR.

A los cautivos jugaron
Las virtudes y los vicios,
Siendo la Culpa y la Gracia
Capitanes elegidos.
De los que estas dos cabezas
Ganaron en sus distritos,
Los que cautivó la Culpa
Son propiamente cautivos.
Corre el malo á rienda suelta
Por su bestial apetito,
Y el bueno corre tambien,
Mas huyendo de sí mismo.
Si el correr tiene sus grados,
Mas corre el justo que el impio;
Que desde correr á huir

Hay un gran trecho excesivo.
Y como los justos traen
A sus pasiones consigo,
Hacen alas del deseo
Para escapar del peligro.
Ninguno á carrera larga
Se lie de su enemigo,
Y mas si corre tras él
La bestia del Apetito.
Corre bien por el Deleite,
Que es prado ameno y florido;
Y así, es bien hurtarle el cuerpo,
Aunque se meta por riscos.
Corrió la Sensualidad
Tras el ligero Benito,
Y metióse por las zarzas
Por volver libre á su sitio.
Corrió por la disciplina
El penitente Domingo,
Y visto que tiene abrojos,
Acuerdan de no seguillo.
Alma, que vienes huyendo
De tan fuertes enemigos,
Si quieres que no te alcancen
Acójete á un Crucifijo;
Que si las espinas son
Antídoto de los vicios,
Coronado está de espinas
Este celestial camino.
Juventud gallarda y bella,
Si quieres templar tus bríos,
Atraviesa por la nieve,
Imitando al gran Francisco.
De la senda de abstinencia
No salgas, mozo lascivo,
Porque sabe que Lujuria
Corre mal por hambre y frío.
Y tú, pecador, no fies
De tus piés ningún delito;
Que vuela el tiempo, y no corre,
Segun sus efectos miro.
Corrió el hermoso Absalon
Por la senda de Alhedrio,
Siguióle Desobediencia,
Y alcanzóle su castigo.
Quedó preso de una rama;
Que desde la encina al pino
Son alguaciles del campo,
Que Dios tiene en sus caminos.
Dos pensamientos del malo
Son cabellos esparcidos;
¡Qué mucho, si van tan sueltos,
Que se enreden en el vicio?
¡Oh qué de cautivos tiene
La Culpa entre duros grillos,
Y nadie que los rescate,
Sino solamente Cristo!
De tres carreras que dió
En su discurso divino,
Rescató generalmente
Cuantos son, serán y han sido.
Desde el Padre corrió al suelo,
Desde el suelo corrió al limbo,
Desde el limbo corrió al Padre,
Como á su centro y principio;
Y porque todos entiendan
Las tres carreras que digo,
Las dió quedando en el Padre,
Porque Dios es uno y trino.

408.

El juego de *Los oficios y mudos*.

A LA ENSEÑANZA DE CRISTO NUESTRO SEÑOR Y Á LA IMITACION
DE LOS FIELES EN SUS VIRTUDES.

Jugaron á los oficios
El Silencio y la Paciencia,
La Religion y Justicia,
La Humildad y la Obediencia.

Este juego de virtudes
 Dios en su vida te enseña,
 Ejercitándolas todas
 Para que tú las aprendas.
 La virtud que á ti te toca,
 En Dios la verás perfecta;
 Mirale al rostro y las manos,
 Que va de juego y empieza:
 La paciencia en los trabajos
 Lee Dios en pública escuela,
 Enseñándonos la práctica
 Desta teórica excelsa.
 Nace en medio del silencio,
 Padece muerte y afrentas,
 Y entre agravios y dolores
 Jamás su boca despliega.
 Colérico en la venganza,
 Impaciente en la dolencia,
 Mal sufrido en el trabajo,
Mira tú si le remedas.
 El culto en la religion,
 Que es una grave materia,
 Nos leyó aqueste maestro
 En cátedra y fuera della.
 Preséntase Dios al templo,
 Y con saber que es la ofrenda
 Símbolo del pecador,
 Hace de la gracia deuda.
 Señor en el mayorazgo,
 Labrador en la cosecha,
 En los diezmos y primicias
Mira tú si le remedas.
 El libro de la justicia,
 Por do todo lo gobierna,
 Y el de la misericordia,
 Dios en su cuerpo encuaderna.
 Dice Dios á los judíos,
 Mostrándole una moneda:
 «Lo que es de Dios dadlo á Dios,
 Lo del César dadlo á César.»
 Provisor de tu distrito,
 Corregidor en tu audiencia,
 Superior en tu convento,
Mira tú si le remedas.
 La virtud de la humildad,
 Desde que nace la muestra,
 Leyéndola cada día;
 Que es una profunda ciencia.
 Pónese Dios á lavar
 En el juéves de la Cena
 Los pies de unos pescadores,
 Siendo Dios la suma alteza.
 Tú, que, puesto en la privanza,
 A los mayores desprecias
 Y á los iguales abates,
Mira tú si le remedas.
 La obediencia hasta la muerte
 La repite, por ser esta
 El Christus de su cartilla,
 Y de las virtudes puerta.
 Dice Dios: «Pase este cáliz,
 Pero en caso que no pueda,
 Hágase tu voluntad
 En los cielos y en la tierra.»
 Hijo de la religion,
 Y de la naturaleza,
 Al Padre humano y divino,
Mira tú si le remedas.
 El silencio verdadero,
 El callar faltas ajenas,
 Y mas siendo sacerdote
 El imperfecto que peca.
 ¡Oh qué bien jugó este juego
 Cristo entre doce de mesa,
 Pues aun la falta de Judas
 Se la dice á Juan por señas!
 Religiosa en locutorio,
 Señora en estrado puesta,
 Murmuracion en corrillo,
Mira tú si le remedas.
 Finalmente, quien imita
 A la Majestad inmensa

En religion y justicia,
 En humildad y paciencia,
 En silencio y oracion,
 En clausura y obediencia,
 Son las religiones sacras,
 Como gente mas perfecta.
 ¡Oh qué bien que juegan todos,
 Los mendicantes pobreza,
 Los monacales clausura,
 Los descalzos penitencia!
 Y aunque todas las virtudes
 En la Cartuja se juegan,
 Este juego de los mudos
 Se sabé por excelencia.

409.

El juego de *Ora, liron, liron,*
Caidas son las puentes,
Mandadlas adobar.

Á LA CUENTA QUE HA DE PEDIR DIOS AL HOMBRE EN EL JUICIO
 PARTICULAR Y FINAL.

Hay desde la tierra al cielo
 Un gran rio que pasar,
 Y para le vadear
 Baja Dios del cielo al suelo.
 Amor la puente trazó,
 De la cruz en que Dios muere;
 Que la viga aquesta quiere
 Que pasemos vos y yo.
 Pase con tiempo la gente,
 Antes que pase la vida;
 Que se espera una avenida,
 Que se llevará la puente.
 Perezoso, descuidado,
 No te duermas en el vicio;
 Que en el día del juicio
 No hallaras puente ni vado.
 El día de su sentencia
 Se llevará tu malicia,
 Del rio de su justicia,
 La puente de su clemencia.
 Acaba de despertar,
 No duermas como liron;
 Que si pierdes la ocasion,
 No tendrás por do pasar;
 Y cuando te vean llegar,
 Te dirán todas las gentes:
Ora, liron, liron,
Caidas son las puentes.
 Si el deleite te convida
 A que excedas de lo justo,
 No hagas puente de tu gusto
 Para pasar esta vida.
 Presto la verás caída;
 Que desde la sepultura,
 Salud, riqueza, hermosura
 Te dicen, si paras mientes:
Ora, liron, liron,
Caidas son las puentes;
Mandadlas adobar.
 Ya José el carpintero
 No quiere mas trabajar;
 Que está vestido de fiesta,
 Y en el cielo es día de holgar.
 Tambien faltan herramientas;
 Que aunque en vuestra pasion hay
 Clavos, tenazas, martillos,
 Ya todo guardado está.
 Tampoco habrá materiales
 Para poder reparar
 El edificio del alma,
 Que por su culpa se cae.
 De la piedra blanca, Cristo,
 No se cuece ya mas cal,
 Puesto que no falta fuego
 En su pecho, que es bernal.
 Los maderos de la cruz

No sirven de puente ya,
Sino de fuertes maromas,
Porque no te vayas mas.
Todos han alzado de obra
En esta vida mortal,
Y en la noche de la muerte
No se permite velar.
Y pues que ya falta día,
Herramientas, oficial,
Materiales y madera,
¿De qué sirve vocear?
Ora, líron, líron,
Caidas son las puentes;
Mandadlas adobar.

410.

El juego de *Pasa, barbado;*
No pases ogaño.

A LA JUVENTUD DEL HOMBRE.

Detened, libre albedrío,
El potro del pensamiento,
Que es caballo desbocado
Y potro de dar tormento.
No corren en él parejas
Los caballos mas ligeros
Que el sol trae en su carroza,
O por sus postas el tiempo.
Cuando trajo freno y silla
De razon y de consejo,
Hícele parar á raya,
Pero ya córrole en pelo.
El herrador deste potro
Es el apetito ciego,
Y mientras mas bien herrado,
Mas hace errar á su dueño.
Subió juventud en él,
Fiado aqueste mancebo
Que en estribos de salud
Llevaba los pies bien puestos.
Por la calle del Amor
Dió brioso mil paseos,
Y á ruego de voluntad
Hartas carreras al viento.
Es calle con mil azares;
Y así, el jinete mas diestro
Es fuerza que caiga en tierra,
Si no corre con gran tiento.
Es potro duro de boca,
Mas ¿qué importa, si los celos
Son acicates del alma,
Que hacen volar al mas lerdo?
Partió de ver á gozar,
Carrera de largo trecho,
Y cuando quiso pararle,
Quebró cincha y faltó freno.
Las riendas de la razon
Son hechas de fuerte cuero,
Pero si tira el deleite,
Quebrará lazos de hierro.
¡Válgate Dios! ¿Cómo vuelas,
Oh mozo, tras tu deseo,
Siendo la calle tan agria,
Y quien la corre tan nuevo?
Tiene, mancebo, á las crines,
No te despeñes corriendo;
Que los riscos de la culpa
Bajan hasta el mismo centro.
Sacad la espada, Temor;
Echadle la capa, Cielo;
Detenedle, Desengaño;
Amenazadle, Escarmiento.
Gracias á Dios, que cayó
A los umbrales del tiempo,
Dando, para mas ventura,
En las manos del Consejo.
Traiganle una jarra de agua
De lagrimas de su pecho;
Que para que vuelva en sí

Ha ménester todo aquesto.
Nadie suba en este potro,
Si no le doma primero;
Porque no hay cuerdo á caballo;
Solo el que cae es el cuerdo.
Ríanse de su caída;
Que, si bien lo considero,
Caer uno de su bestia
Es caída de discretos.
Y pues que ya no eres niño,
Y debes pasar con seso
La carrera de tu vida,
Corre cual hombre perfecto;
Y si vieres que al partir
No quiere arrancar el cuerpo
Del propósito á la enmienda,
Bale rienda y pica recio.
Vé diciendo: «Aparta, aparta,»
Al que estorba tus intentos,
Y diga barba que haga
Cuando corra tu deseo.
No pierdas tan gran empleo,
Pues ves que tu inspiración
Te dice, como á varon,
Viéndote desalentado:
Pasa, barbado.
Si has de pasar, alma mia,
En este potro del cuerpo
La carrera de la vida,
Escúchame estos consejos:
Si te pones á caballo
En lo que es mando y gobierno,
No atropelles al de á pié,
Porque caerás sin quererlo.
No corras jamás parejas
Con nobles, siendo plebeyo;
Que, como no vais iguales,
Estánse todos riendo.
No choques con el vecino
En la carrera del pleito,
Porque del mal que le hicieres
Te cabrá parte á ti mesmo.
No sigas al enemigo;
Porque, si amor es el fuego,
Será hiel de la venganza,
Y es malo correr por hielos.
No corras por siete calles,
Si te precias de discreto;
Que, como son calles reales,
Tienen notables tropiezos.
La puente de la Soberbia
No quieras pasar corriendo;
Mira no te desvanzeas,
Que es alta y sin parapeto.
A las rejas de Avaricia,
Dama de mucho dinero,
No corran los de tu edad;
Que ella es vieja y tú mancebo.
Por la calle de la Ira
No le piques, si eres cuerdo;
Que entiende mucho de espuelas
Y sabe poco de freno.
En la carrera de Amor
Pica y corre como el viento;
Que aquí te importa el correr,
A costa de pasar presto.
Mas no corras, si pudieres,
A la puerta de los Celos;
Que chocarás con tu amigo,
Y aun á veces con tu deudo.
El bocado de la gula
Para su boca no es bueno,
Porque con ese bocado
Corrió muy mal el primero.
La plazuela de la Envidia,
Carrera propia de necios,
No la corras, ni aun la pases,
Porque está siempre con cieno.
No dejes los acicates,
Siendo en la virtud tan lerdo;
Que pereza sobre gula
Mancan al potro mas suelto.

Corre siempre á media rienda
 Por la calle del Deseo,
 Porque está muy cuesta abajo,
 Y no pararás á tiempo.
 Si atravesares los prados
 De los verdes lisonjeros,
 Lleva la rienda tirante;
 Que hay pantanos encubiertos.
 Partes hay por donde corras
 Con mas gusto y menos riesgo,
 Donde hay damas sin azares
 Y carreras sin encuentros.
 La carrera de la Fe
 Puedes pasarla sin miedo,
 Con anteojos el caballo,
 Llevando los piés bien puestos.
 La calle de la Esperanza
 Es de bonísimo suelo,
 Y á fe que es bien ancha y larga,
 Pues tiene á Dios por objeto.
 Al balcón de Caridad,
 Cuando mas vayas corriendo,
 Le puedes soltar la rienda,
 Porque en amar no hay exceso.
 La vardasca de este potro
 Sea, para mas acuerdo,
 La memoria de la muerte,
 Que hiera con solo el equo.
 En la virtud pica y corre,
 Sin hacer parada en medio;
 Que, aunque es larga la carrera,
 Tú llegarás hasta el cielo.
 Y tú, que quieres pasar
 Desde tu buen pensamiento
 A la mudanza de estado,
 Bate el ijar al deseo.
 No pares la voluntad;
 Que se aguará, te prometo,
 Y cuando quieras correr
 No tendrás fuerza ni esfuerzo.
 No fies de otra cuaresma
 Tu justo arrepentimiento,
 Porque es falsa la esperanza
 Y es adulador el tiempo,
 Y en medio del pasatiempo
 Te dirá siempre el engaño!
No pases ogano.

411.

*El juego de Pasa, barbudo,
 No pase ninguno.*

Á LA VEJEZ.

En el barrio de la Vida,
 Allí en las casas postreras,
 Posa la Vejez cansada
 Con su amiga la Dolencia.
 Es Vejez hija del Tiempo,
 Aunque está mas mozo que ella;
 Que no pasa día por él,
 Supuesto que tantos tenga.
 Esta flaca anatomía,
 Imágen un tiempo bella,
 Por estas comparaciones
 Veréis quién es y quién era.
 Es nuestro cuerpo una casa
 Que labró naturaleza,
 Adonde se hospede el alma
 Mientras se parte á la eterna.
 Este bellissimo alcázar
 Ya se viene todo á tierra,
 Y es menester que le apoyen,
 Como á casa que es tan vieja.
 Por mandado de alarifes
 Ciertos puntales la echan;
 Que el báculo en la vejez
 Es puntal que la sustenta.
 Es un día con su noche
 La vida, si bien se cuenta;

Y así, tras el claro día
 Se sigue la noche negra.
 Era sol la juventud,
 Mas exhalaciones densas,
 Congeladas de los años,
 Eclipsaron su belleza.
 Puesto el sol de la hermosura,
 No hay cosa que resplandezca;
 Que en la noche de vejez
 No sale luna ni estrellas.
 Es un jardín deleitoso,
 Y aunque por abril florezca,
 Es fuerza que el sol de agosto
 Seque sus flores y yerbas.
 Las señas de juventud
 En la vejez no son señas;
 Que los claveles son lirios,
 Y los jazmines violetas.
 Miranla, y no la conocen,
 Hablan, y no la respetan;
 Que desfiguran su rostro
 Muerte, vejez y pobreza.
 Es un tintorero el tiempo,
 De quien dice la experiencia
 Que da blanco sobre negro,
 Tinta de los años hecha.
 El rosado carmesí
 En pura gualda le trueca,
 Y lo que es grana de polvo,
 En polvo solo la deja.
 La vejez y la fealdad
 Tienen granas contrahechas;
 Mas este tinte, por falso,
 No sé cómo no le queman.
 Es ensayador la edad,
 No de casas de moneda,
 Mas del oro de hermosura,
 Joyas de naturaleza.
 Con las puntas de los días
 Toca y retoca en su piedra
 Los quilates deste oro,
 Su valor y su fineza.
 Siempre baja de quilates,
 Mientras mas ensayos lleva,
 Tanto, que parece alquimia
 Allí en las rayas postreras.
 Es finalmente la vida
 Aquella estatua compuesta
 De Nabucodonosor,
 De varios metales hecha.
 Las cuatro edades del hombre
 Hallaréis al vivo en ella,
 Oro el niño, plata el mozo,
 Hierro el hombre, el viejo tierra.
 Y para ajustarlo todo,
 Es la muerte aquella piedra
 Que la resuelve en ceniza
 De los piés á la cabeza.
 Esto fuisteis, y esto sois,
 Casa apuntalada y vieja,
 Oscura noche de invierno,
 Seca y agostada huerta,
 Oro de bajos quilates,
 Tinte de colores muertas,
 Estatua con piés de barro,
 Vida de pesares llena.
 Y tú, viejo avaro y verde,
 Pues tienes un pié en la huesa,
 Y vestida la mortaja
 En la barba y la cabeza,
 No pases mas adelante
 En tus coléricas temas,
 En tus lascivos amores,
 En tus codiciosas rentas.
 Ten á tus canas respeto;
 Que me parece vergüenza
 De que á la edad de los niños
 Tus vanos pasos se vuelvan.
 Mira que se pasó el día,
 Y que la naturaleza
 Para todas tus acciones
 Está tocando á la queda.

Y pues el pasar se veda
De vejez á liviandad,
Avisa á los de tu edad,
Y díles uno por uno :
No pase ninguno.

412.

Las tres potencias del alma
Varios instrumentos templan,
Y danzando el cuerpo y alma,
Cantaron aquesta letra :

Casó el Alma con el Mundo
Dentro de su propia tierra;
Que mejor diré adulterio,
Pues vive el esposo della.
Fué su padrino Apetito,
Madrina Desobediencia,
La Culpa madre del novio :
Mirad qué novio y qué suegra.
Acabóse el pan de boda,
Y fué tan corta la fiesta,
Que apenas llegan los gustos,
Cuando los pesares llegan.
Sacóla á bailar el Vicio,
Y á fe que le dió una vuelta
Que para toda su vida
Tiene que acordarse della.
Como se vió mal casada,
Y perdida su belleza,
Haciendo nueva mudanza,
Dijo á su madre la Iglesia :
«Yo me iba Madre
Con el mundo á holgar ,
Mentira;
Pero sus holguras
Todas son azares,
Verdade.
Son sus blandas glorias
Y gustos suaves
Mentira;
Y sus duras penas
Y enconosq's males,
Verdade.
Es cuanto da el mundo,
Cuando mas constante ,
Mentira;
Y cuanto da Dios
Son bienes estables,
Verdade.
Convida con piedras;
Dice que son panes,
Mentira;
Y este pan , que es piedra ,
Dice Dios que es carne,
Verdade.»
Tocó Amor una gallarda,
Y dijo el Conocimiento :
«No toqueis sino una baja,
Que la viene mas á pelo.
¡Oh que gallarda danzó
Cuando estaba en gracia un tiempo!
Mas despues que dió la baja,
Solo la baja la enseño.»
Y mirándola su dueño,
Dijo entre quejas y amores :
«Quien bien tiene y mal escoge,
Por mal que le venga no se enoje.»
Quien trocó el bien por el mal,
Y la vida por la muerte,
Paz segura y feliz suerte
Por una guerra campal;
Quien repudió esposo tal,
Noble , rico y verdadero,
Por un adúltero fiero,
A cuyos brazos se acoge,
Por mal que le venga no se enoje.
Pará salir á danzar
Viose despacio á un espejo

Que previno el Desengaño,
Donde viese sus defectos;
Y hallando que son efectos
De la vida que ha tenido
En poder de tal marido,
Dijo á la Culpa , su suegra :
Duelos me hicieron negra;
Que yo blanca me era.
Notable fué mi beldad ,
Mas robóme el torpe amor
De la vergüenza el color
Y el blanco de castidad.
De aquí nació mi fealdad
Y mi desdicha primera;
Que yo blanca me era.
Salió el Arrepentimiento
A espigarla tras el novio,
Porque siempre en bodas tales
Baila el Pesar tras el Gozo;
Y viendo el suyo en el pozo,
Cantó la eclipsada luna :
De las mal casadas
Yo soy la una ;
Mi culpa lo causa ,
No mi fortuna.
Dióme Dios libre albedrio ,
Que es mi dote natural ;
Y así , del bien y del mal
El daño ó provecho es mio.
¡Oh mal empleado br o
Y mal gastada riqueza ,
Pues siendo luna en belleza,
Vengo á quedarme á la luna.
Mi culpa lo causa ,
No mi fortuna.
Mudó son Entendimiento,
Y rogóla el Desengaño
De que saliese á bailar
Con Contricion de la mano.
Y en fe de ser tan villana,
Que al Rey del cielo ha dejado
Por el villano del mundo,
Saca á bailar un villano.
Y tú , cuerpo torpe y vano,
Pues el pan que has de comer
De tu sudor ha de ser,
Anda , véte á trabajar.
El villano va á sembrar ,
Dios se lo deje gozar.
En una tierra viciosa
Quiere sembrar Contricion
Lágrimas del corazon
Con oracion fervorosa ;
La semilla es milagrosa ,
Si no se le viene á helar.
El villano va á sembrar ,
Dios se lo deje gozar.
Aunque te dejó el Amor
Infinito pan y vino,
Debes trabajar contino,
A ley de buen labrador ;
Y porque logres mejor
El fruto de tu cosecha,
Mano del arado echa,
Y preven buena semilla.

Sembrad , cuerpo , en esta vida
Las obras de caridad,
Semilla que en esta tierra
Ciento por uno dará.
Entre el grano de virtud
Es cosa muy natural
Que erie la inclinacion
La paja de vanidad.
Salía á escardar Memoria
Este decir : Tiempo hay ;
Que mis falsas esperanzas
Es la zizania del pan.
Haced procesiones de agua,
Corazon y Voluntad ,
Y pues tanta es menester
En esta vuestra heredad ,

Llorad, ojos, llorad
Lágrimas vivas, porque crezca mas.
 Echad, Confesion, la hoz,
 Y mis deleites segad,
 Y vos, contricion divina,
 Salid con tiempo á trillar.
 Pedid, Discrecion, los bieltos;
 Que ya es hora de aventar
 La paja de la lisonja
 Del trigo de la verdad.
 Medid, Razon, la cosecha
 Con la media de humildad;
 Que apetito y amor propio
 Siempre miden de demás.
 Y vos, rentero, al Señor
 Parte del feudo pagad,
 Y por la resta que queda,
 Que no es poca cantidad.
Llorad, ojos, llorad
Lágrimas vivas, con que siembre mas.
 La siega de confesion
 Dejan todas concluida,
 Y tienen ya prevenida
 La cena de comunión.
 Escuchad esta cancion
 Mientras de cenar se trata:
Por aquí, que el Amor me mata;
Por aquí, que me mata el Amor.
 El hambre del apetito,
Por aquí, que mata el Amor.
 Con este pan infinito,
Por aquí me mata el Amor.
 Llegad, corazon contrito,
 A comer con tal Señor.
Por aquí, que el Amor me mata;
Por aquí, que me mata el Amor.
 Ya, mundo, ese pan no como,
 Que en vuestra casa me dan,
 Porque en mi parroquia hay pan,
 Y dicen cuando le tomo:
 Panum Angelorum manducavit homo.

413.

El juego de *¿Qué es cosa y cosa?*

*¿Quién es aquel que todo lo abarca,
 Que cabe en el puño y no cabe en el arca?*

Á LA ENCARNACION DE CRISTO NUESTRO SEÑOR.

Varias enigmas tocó
 La Fe con gran majestad,
 Y si va á decir verdad,
 Ella se las acertó.
 Y entre las que refirió,
 Dijo (vuelta al gran Monarca):
*¿Cuál es aquel que todo lo abarca,
 Que cabe en el puño y no cabe en el arca?*
 Acertaron las potencias;
 Quiero decir, que acertaron
 A callar, para no errar
 En un misterio tan alto.
 Primeramente calló
 El Entendimiento humano;
 Que ante la Ciencia divina
 Es ignorante el mas sabio.
 También calló la Memoria,
 Y aunque en discurso abreviado,
 Tan solo la que es eterna
 Puede percibir el caso.
 Calló al fin la Voluntad,
 Porque en bienes soberanos,
 Cuando mas apeteciera,
 No supiera pedir tanto.
 Y visto que todas tres
 Se encogieron y callaron,
 La Fe, como cortesana,
 Dijo con donaire casto:
 «¿Daisos todas por vencidas?»
 Ellas dijeron: «Si damos. —

Pues escuchad la soltura
 Del hieroglífico sacro:
 Hizo Amor á Dios tal guerra
 Con su saber infinito,
 Que cupo en lugar finito
 Quien no cabe en cielo y tierra.
 Dios en la Virgen se encierra,
 Y de tal modo le abarca,
Que cabe en el puño y no cabe en el arca.

414.

El juego de *¿Qué es cosa y cosa,*

Que pasa por el mar y no se moja?

Á LA VIRGINIDAD DE NUESTRA SEÑORA.

Amor, con su gran ingenio,
 Dijo: «Solo me responda
 La discretísima Fe,
 Que es la dama á quien mas toca.
*¿Qué es cosa y cosa,
 Que pasa por el mar y no se moja?*
 Si mar os llama la Iglesia,
 Serenísima Maria,
 Y sol de justicia Dios,
 Por vos se dice este enigma;
 Y porque el ser madre y virgen
 Es cosa tan peregrina,
 Para que todos lo entiendan,
 Estos símiles lo digan.

Como la flor olorosa
 Produce la tierra misma
 En los mas altos collados,
 Donde no cayó semilla;
 Como la perla entre el nácar
 El sol la congela y cria,
 Cuyos bellisimos rayos
 En sus conchas la visitan;
 Como el sol por vidriera,
 Cuando pasa no se eclipsa,
 Antes queda mas hermosa,
 Mas trasparente y mas limpia;
 Como nace de la estrella
 La luz que su sol la envía,
 Y no solo no la daña,
 Mas antes la purifica;
 Como la niña del ojo,
 Con su potencia visiva,
 Concibe en sí los colores,
 Quedando virgen la niña;
 Como el sol, cuando se baña
 En las aguas cristalinas,
 Pasan sus ardientes rayos,
 Sin que las aguas dividan;
 Así de vos, Virgen santa,
 Nace Jesus este día,
 Y por la fuente de gracia
 Pasa este Sol de justicia;
 Y pues el hombre codicia
 Naturalmente saber,
 Procurad, alma, aprender
 Enigma tan misteriosa:
*¿Qué es cosa y cosa,
 Que pasa por el mar y no se moja?*

415.

El juego de *Endónote este árbol,*

Este ave, este refran y esto cantar.

¿Qué árbol y qué ave,

Qué refran y qué cantar es ese?

Á CRISTO NUESTRO SEÑOR Y Á SU MADRE.

Una vara es menester
 Para jugar á este juego;

Dadnosla, Memoria, luego,
 Pues teneis en qué escoger.
 José, Amor y Moisen
 Sus varas han de sacar,
 Y destas podeis mirar
 La que os estuviere bien.
 Moisen la vara sacó
 Que le dió la suma Alteza,
 A quien la naturaleza
 Mil veces obedeció;
 Y segun me dan sus señas,
 Es vara de mucha dura,
 Porque dice la Escritura
 Que puede durar por penas.
 Mas para el juego presente
 No es buena, si se repara,
 Pues puede darla por vara,
 Y volvérsenos serpiente.
 José su báculo ofrece,
 Y en realidad de verdad
 Tiene mucha calidad,
 Pues en sus manos florece;
 Porque si árbol llamais
 El palo con que se juega,
 Vara que á dar flores llega,
 Su propio nombre le daís.
 Mas otra vara mejor
 Tiene Amor que dar al alma,
 Que es una virginal palma,
 Rica de fruta y de flor.
 Pues ave no faltará,
 Porque de la fe he sabido
 Que Amor hizo en ella un nido,
 Y entre sus ramas está.
 Y el ave que aqui se cria,
 De música tan suave,
 Nos afirma que es el ave
 Que Gabriel trajo á Maria.
 Y pues el cielo me envia
 Arbol y ave singular,
*Endónote este árbol, este ave,
 Este refran y este cantar.*
 Ninguno pierda de vista
 Aquesta florida vara,
 Pues hasta el cielo repara,
 Y nos pregunta: *Quae est ista?*
 Por muchos años asista
 Con nosotros á jugar,
 Y se ponga á preguntar,
 Como si no lo supiese:
*¿Qué árbol y qué ave y qué cantar
 Y qué refran es ese?*
 Este es un árbol florido,
 Do el Fénix hizo su nido,
 Y aunque en el verde ha nacido,
 En un tronco seco muere.
 Y el refran y cantar que yo quisiere,
 El refran es; pues que Dios
 Te convida con su mesa,
 Haz lo que tu amo te manda,
 Y á comer con él te sienta.
 El cantar le toca á tres,
 A Dios, al ángel y al hombre,
 Tiple, tenor, contrabajo,
 Cuya solfa Amor compone.
 Canten Hijo y Madre un duo,
 Y aunque disuenen las voces,
 Hombre y Dios, Virgen y Madre,
 La fe las hará conformes.
 El hombre se entone ya;
 Que aunque no se oia entonces,
 De achaque de la garganta,
 Ya tiene gracia y se oye.
 El ángel cante la gala
 Destos divinos amores,
 Y la letra sea en sustancia:
 «Gloria al cielo, paz al hombre.»

416.

El juego de *Arráncate, nabo,*
Que buen azadon traigo.

A LA MUERTE DEL PECADOR.

La compostura del hombre
 Es un árbol al revés;
 Sus cabellos son raíces,
 Sus ramas brazos y piés.
 Plantóle Dios deste modo
 Para que mas fruto dé;
 Que el echar hondas raíces
 Allá en el cielo ha de ser.
 El malo prende en la tierra;
 Que, como de tierra es,
 Inclinanle sus deseos
 Antes al mal que no al bien.
 ¡Dichosa tú, yerba ó planta,
 Que va que en la tierra estés,
 Te descarnas de tus vicios
 Con el legon de la ley.
 Mas ¡ay del chopo sin fruto,
 Que si se arraiga una vez,
 Los fuertes brazos del tiempo
 No le bastan á mover!
 Guárdate del hortelano,
 Que anda á cavar, como ves,
 Con su pala y azadon
 En este humano vergel.
 Es la muerte un jardinero
 Que vive de trasponer
 De una tierra en otra tierra
 Arbol, yerba, flor ó mies.
 Nadie diga: «Estoy florido;»
 Que tan presto arrancar ves
 La flor de la juventud
 Como el tronco de vejez.
 Y si el árbol que da fruto
 El segur puede temer,
 ¿Cuál temerá el leño seco,
 Pues en el fuego está bien?
 Dice el ricazo á su alma:
 «Bien es que contenta estés,
 Si bolsa, trox y bodega
 Revientan en tu poder.
 Mas poco podrás comer
 De aquello que se reviente;
 Que ya te dice la muerte
 En medio de aquel regalo:
*Arráncate, malo;
 Que buen azadon traigo.*
 Es el avariento ciego
 Una piña en sus acciones,
 Que no dará sus piñones
 Si no la entregan al fuego.
 Mira que al pobre te entrego,
 Que es un natural tributo;
 Mas si en vida no das fruto,
 Y estás seco como un palo,
*Arráncate, malo;
 Que buen azadon traigo.*

417.

El juego de *Este peral tiene peras,*
Cuanto pasan comen dellas.
Agudadmele á tener,
Que se me quiere caer;
Y á quien diere, que se lo tenga.

A LA CRUZ.

Es el árbol de la cruz
 Un frutal sabroso y sano,
 Cuya fruta es Dios y hombre
 Divino engerto y humano.
 Ya se puede comer della;

Que Amor la tiene en el árbol
 Tan sazónada y madura,
 Que es un plato regalado.
 Y pues no es árbol vedado,
 Ve de su fruta cogiendo:
 Que ella misma está diciendo:
 «Ea, pecador, ¿qué esperas?
Este peral tiene peras.»
 Si te viste en tu desgracia
 Por ser Dios y por comer,
 Comiéndolo puede ser,
 Pues quedarás Dios por gracia.
 A todos se da de gracia,
 Que por eso está plantado
 En un monte sin cercado;
 Y así, destas peras bellas
Cuanto pasan comen dellas.
 Este palo de la cruz
 Será, cuando tú te mueras,
 O báculo en que te arrimés,
 O palo para tu afrenta.
 Tómale ahora en tus manos,
 Antes que a las de Dios vengas;
 Que será palo de ciego
 Si su justicia le adiestra.
 Virgen, que estáis á su diestra,
Ayúdádsla á tener,
Que se le quiere caer.
 Danos Dios por gran regalo
 Su cuerpo sagrado en pan,
 Porque los hijos de Adán
 Sepan del pan y del palo.
 Coma el bueno y huya el malo;
 Que esto mismo nos declara
 El maná junto á la vara,
 Porque el hombre se prevenga,
Y á quien diere, que se lo tenga.

418.

El juego de *Cocorron, cocorron*
¿Está acá tu señor?
—Esotro lo sabe.

A LA GRACIA.

Es casa de Dios el hombre,
 Y aunque suya propia es,
 Según le despiden della,
 Mas parece de alquiler.
 Este señor de la casa
 Hace san Juan, como veis,
 Luego que la culpa viene,
 Como no se puede ver.
 No quiere casa partida,
 Ni que vecino le dén;
 Que es Dios un huésped muy grande,
 Y toda la ha menester.
 Si dudais cuál es el dueño,
 Verlo en la casa podeis;
 Que el uno la trata mal,
 Y el otro la trata bien.
 Las llaves de aqueste alcázar,
 Vos, Voluntad, las teneis,
 Y si alguno sale ó entra,
 Con vuestro gusto ha de ser.
 Y pues es justo saber
 Lo que dentro de mí pasa,
 Quiere llamar en mi casa
 Y pedir cuenta y razon.
Corazon, corazon,
¿Está acá tu señor?
—Esotro lo sabe.
 Alma, decidmelo vos,
 Pues el corazon lo ignora;
 Que, siendo vos la señora,
 Sabréis si es casa de Dios.
 Cuerpo, Dios y la criatura
 Viven en esta pobreza,
 Dios lo sabe por certeza,

Y el hombre por conjetura.
 Y pues el alma mas pura
 No sabe si en gracia está,
 Discretamente dirá
 En un negocio tan grave:
Esotro lo sabe

419.

El juego de *Luna, que reluces,*
Toda la noche me alumbres,

A NUESTRA SEÑORA.

Es el hombre en esta vida
 Un viandante que no para,
 Ya de día, ya de noche,
 Hasta acabar su jornada.
 El justo y el malo van
 Por dos sendas encontradas;
 El uno marcha de día,
 Y el otro de noche marcha.
 Púsose el Sol de justicia
 Del horizonte del alma
 En la noche de la culpa
 Hasta el día de la gracia.
 Pobre de ti, pasajero,
 Que por una senda pasas,
 Donde los pantanos sobran,
 Y tú como ciego marchas,
 La luz del entendimiento,
 Que tienes por paje de hacha,
 Si no la mató la culpa,
 La dejó como apagada.
 Solo te queda un remedio
 Porque menos veces caigas,
 Y es que la luna María
 Con sus resplandores salga.
 Santos, que servís de estrellas,
 Salid con la luna clara,
 Porque vea el pecador
 En los malos pasos que anda.
 Y pues es justa demanda,
 Y tanto importan las luces,
Luna, que reluces,
Toda la noche me alumbres.
 En el desierto del mundo
 Vos, Virgen, sois la columna
 Que á tierra de promision
 Nos adiestra y nos alumbra.
 Sois farol de navegantes,
 Cuya luz siempre les dura;
 Que si aceite es caridad,
 Vuestra provision es mucha.
 Sois una virgen prudente,
 Que de darnos no se excusa,
 Ya que no la luz de gracia,
 El favor con que te busca;
 Sois luna de gracia llena,
 Y siempre luce esta luna,
 Porque no hay nube en el cielo
 Que la tape y que la encubra.
 Y así, porque yo descubra
 Los peligros de la tierra,
 Tan vecinos del que yerra,
 Y al pasarlos me haga cruces,
Luna, que reluces,
Toda la noche me alumbres.

420.

El juego de *Caracol, col, col,*
Saca tus hijuelos al rayo del sol.

AL MAL ESTADO DE UN PECADOR.

En la cueva de la culpa,
 Donde jamás entró el sol,
 Entre sierpes venenosas

Hallaréis al pecador.
 Sus obras y sus deseos,
 Hijos de su corazón,
 Están durmiendo con él
 Con mas gusto que temer.
 ¡Oh cómo cierra Memoria
 Los ojos de la Razon,
 Y cómo sueña Apetito
 Mil glorias que no lo son!
 Despierta, pobre de tí,
 Des e letargo mayor;
 Que, como no ves el cielo,
 No sabes si amaneció.
 Nacido está en el oriente
 El Sol de justicia, Dios,
 Cuyos bellisimos rayos
 Alumbran y dan calor.
 Es la cueva de la culpa
 Laberinto en caracol,
 Porque es muy propio del malo
 Andar siempre al rededor.
 Bien se llama laberinto
 La vida del pecador,
 Pues halla fácil la entrada,
 Pero la salida no.
 Echadle, Amor, una cuerda
 De las que estirastes vos
 A Cristo puesto en la cruz,
 Porque alcanzase mejor;
 Devanadlas todas juntas,
 Y echadle ese ovillo, Amor,
 Pues veis la distancia que hay
 Desde la culpa hasta Dios.
 Ya el sol está en el poniente;
 Antes que se ponga el sol,
 Y se te pase la vida,
 Que es el día del perdon,
Caracol, col, col,
Saca tus hijuelos
Al rayo del sol.
 Si es fuego la caridad,
 Y sin ella está el culpado,
 Bien sabe que es el pecado
 Símbolo de la frialdad;
 Y pues hielo y ceguedad
 En esta cueva se pasa,
 Y Dios de amores se abraza,
 Que es el verdadero sol,
Caracol, col, col,
Saca tus hijuelos
Al rayo del sol.

421.

El juego de *La gallina ciega*.

¿Qué venden en la tienda?

-- Espadas.

-- ¿Qué venden en la plaza?

-- Escaramojos.

-- Con ellos te saquen los ojos si vieres.

-- Amen.

Á SANTA LUCÍA, VIRGEN Y MÁRTIR.

Entre las vírgenes juega
 La bellisima Lucia,
 A quien le toca este día
 Hacer la gallina ciega;
 Mucho á Dios, que es luz, se llega,
 Y aunque mas tapada esté,
 Parece á mí que ve
 A su dulce esposo, Cristo.
 Mas ¿qué mucho si le ha visto
 Con los ojos de la fe?
 Al mundo tocó taparla
 Con la venda de la muerte,
 Que aprieta, ciega y aflige,
 Por tener tantos dobleces;
 Y con ser aqueste lazo

Nudo ciego propiamente,
 Amor la puso la venda
 Y la dejó desta suerte.
 Con puntas de acero fuertes
Te saquen los ojos si vieres.
 Pintan al mundo vendado,
 Para darnos á entender
 Que el amor no puede ver
 Sino es el objeto amado;
 Bien Lucia lo ha mostrado,
 Pues los ojos se sacó
 Porque no le diga yo,
 Como á las demás mujeres:
Los ojos te saquen si vieres.

En la márgen de tu vida
 Pon, Lucia, esos dos ojos,
 Porque leyendo esa plana
 Noten lo que importa á todos.
 Letor, de faltas ajenas,
 Si ya de puro curioso
 Tus ojos te escandalizan,
Lee su vida y nota el ojo.
 Doncella desvanecida,
 Que á mil pisaverdes locos
 Inquietas con tu mirar,
Lee su vida y nota el ojo.
 Viuda solo en el monjil,
 Que no guardas el decoro
 A tus ojos ni á tus tocas,
Lee su vida y nota el ojo.
 Casada, que eres archivo
 De la honra de tu esposo,
 Para mirar mas por ella,
Lee su vida y nota el ojo;
 Y si por liviano autojo
 Gustares, siendo casada,
 De mirar y ser mirada;
 Si mas que á tu esposo quieres,
Los ojos te saquen si vieres.

422.

El juego de *¿En qué estás, compañero?*

-- En penas.

-- Pues sácode dellas.

Á LA BREVEDAD DE LA VIDA Y MISERIAS DELLA.

De la ciudad de la Vida
 A la villa de la Muerte
 Hay cada día correo
 A la hora que pidieres.
 Por este camino real
 Cruzan sendas diferentes,
 Mas el atajo y rodeo
 Todos á una parte vienen.
 La senda de Juventud
 Tanto del camino tuerce,
 Que á los muros desta vida
 Piensan muchos que se vuelve;
 Y con ser tan gran jornada,
 Algunos llegan en breve,
 Despues que en Villaviciosa
 Puso postas el Deleite.
 La senda de la Vejez
 Es tan fria como estéril,
 Cuyas aguas llovedizas
 Con mil pantanos la tienen;
 De las nubes de sus ojos
 Ordinariamente llueve;
 Y así, los que van á pie
 Llevan un báculo siempre.
 La senda de la Salud
 Un paraiso parece;
 Mas, como está entre arboledas,
 Dentro están y no lo sienten.
 Los chopos de la esperanza
 Encubren sus chapiteles,
 Aunque allá los lleva el tiempo,
 Con ir en carro de bueyes.

La senda de Enfermedad
 Por otra Libia se cuenta,
 Donde perecen de sed
 Por sus calores ardientes.
 Es un desierto sin agua,
 Y no por falta de fuentes;
 Que Avicena y Esculapio
 Hacen hartas cuando quieren.
 La senda de la Tristeza
 Un gran atajo parece,
 Pues desde luego divisan
 Sus murallas y paredes;
 Mil veces su corazon
 Dice al triste que se apee,
 Jurándole que ya pisa
 Los umbrales de la muerte.
 La senda de la alegría
 Es una calzada fuerte,
 Larga, derecha y vistosa,
 Mas pásase fácilmente.
 Iguales son las veredas;
 Que desde el triste al alegre
 Las mismas leguas nos ponen,
 Cante ó lllore quien quisiere.
 La senda de la Pobreza
 El mas discreto la teme,
 Cuyos pasos peligrosos
 A los del morir exceden;
 Y con ir por un camino,
 Que fuera dichosa suerte
 Llegar para descansar,
 Pocos hay que lo deseen.
 La senda de la Riqueza,
 Jornada propia de reyes,
 También tiene sus azares
 Y piedras donde tropiecen.
 No caminan muy despacio;
 Que la Gula les ofrece
 Los caballos de su coche,
 Que caminan á las veinte.
 Entre aquestos dos lugares,
 O por hablar propiamente,
 Barrios de poca distancia,
 Hay ventas donde se hospeden;
 Camas puso el Pasatiempo,
 Pero bien impertinentes,
 Pues en esta ciudad comen
 Y en esotra villa duermen.
 Caza muerta de aquel día
 Hallarás por donde fueres,
 Desde el gazapo mas tierno
 Hasta la mas dura liebre.
 No se veda aquí el cordero
 Ni la ternera de leche;
 Que el carnícero del Tiempo
 Todo lo mata y lo vende.
 Este es el camino real,
 Por do marcha tanta gente,
 Y aunque las sendas van llenas,
 Por milagro es el que vuelve.
 Finalmente, en esta vida,
 Mozo, viejo, triste, alegre,
 Pobre, rico, sano, enfermo,
 Todos mueren y padecen;
 Valle de lágrimas es,
 Y llanamente se infiere
 En que al nacer y al morir
 Lloran todos igualmente.
 Ninguno vive contento
 Con su estado ni su suerte;
 Que dan frutos por pension
 Los mas colmados deleites.
 «Hasta morir todo es vida,»
 Dice el refrán, pero miente;
 Que, según son los trabajos,
 Hasta morir todo es muerte.
 No solo el triste y el pobre,
 No solo el viejo y doliente,
 Podrá decir que está en penas,
 Pero quien mas gustos tiene.
 Sacra majestad del rey,
 Sobre quien fortuna vierte

El néctar de los regalos
 Y el maná de los haberes,
 Cuantos mas dellos cogieres,
 Hablando aquí en puridad,
 ¿Cómo está tu majestad
 Las horas del gusto llenas?
 — *Estoy en penas.*
 — *Pues sácode dellas.*

Á LA CERTIDUMBRE DE LA MUERTE Y AL GOZO QUE HALLA
 EL JUSTO EN ELLA.

Ya que es fuerza, caminante,
 El partir tarde ó temprano
 A la villa de la Muerte,
 Reino natural y extraño,
 Sabed, antes que partais,
 De lo que allá se ven faltos,
 Para llevar provision
 Respetto de vuestro gasto.
 Es provincia de acarreo,
 Y es tan estéril su campo,
 Que no se cogen mas frutos
 De los que aquí se sembraron.
 Haced con tiempo la cuenta
 De lo que llevais á cargo,
 Y tantead bien la costa,
 Porque vale todo caro;
 No os fieis en que está allá
 Vuestro padre ó vuestro hermano;
 Que en el reino de la Muerte
 El mas rico es mas avaro.
 Allá no hay pedir por Dios;
 Porque el Abraham mas largo
 No dará una gota de agua
 Ni por Dios ni por sus santos;
 Así que, vos á vos mismo
 Os habeis de hacer el plato;
 Que solo el ave de tuyo
 Es el manjar cotidiano.
 Pasad en letra el dinero,
 Si quereis aprovecharlo;
 Que es el pobre en esta vida
 Un cierto y seguro cambio.
 Bien se lo podeis fiar,
 Aunque pobre, humilde y bajo;
 Que hasta dar ciento por uno
 Su Majestad le ha fiado.
 También os quiero advertir
 Los fueros y los portazgos
 Que pagan en este reino
 Desde el pechero al hidalgo.
 Es fuero que nadie nazca
 O que muera por el caso,
 Y hasta Dios, porque nació,
 Vino á morir en un palo.
 Es la muerte un puerto seco,
 Do, no solo registramos
 Lo que llevamos allá,
 Sino lo que acá dejamos.
 No hay pasar cosa encubierta
 Por olvido ó por engaño;
 Que á los ojos deste lince
 Todo está patente y claro.
 En la aduana del mundo,
 Puesto que registran hartos,
 Como no ven lo interior,
 Mucho se les va por alto.
 Es secreto de escritorio
 Este corazon humano,
 Do pasa sin registrar
 Nuestro pensamiento vario.
 Mas aquí tiene el registro
 Quien le labró por sus manos,
 Y sabe dó está el secreto
 Mejor que su propia mano.
 Así que, todo lo ve;
 Y pues él tiene asentado
 En su libro de memoria
 Desde el recibo hasta el gasto,
 En papel de corazon

Escribid cargo y descargo,
 Pues ni se excusa la cuenta
 Ni se ignora vuestro trato.
 Y en lo que toca al partir,
 Acostad-los con cuidado,
 Porque á la hora que os llamen
 Podais subir á caballo.
 ¡Oh cómo se alegra el justo
 De que madrugue á llamarlo
 La muerte, mozo de mulas,
 Sin reparar que es temprano!
 Pero ¡qué mucho, si topa
 Quien estaba desterrado
 Retorno para su patria
 Luego que se cumple el plazo?
 Que si la vida es oriente
 De la pena y del trabajo,
 El poniente de la vida
 Será el centro del descanso.
 Y así como ruido manso,
 Al justo llama la muerte,
 A quien dice desta suerte,
 Con un rostro placentero:
¿En qué estás, compañero?
 Y él la dice: *Estoy en penas.*
 — *Pues sácode dellas.*

423.

El juego de *¡Ah buen hombre! tomá ese baston,
 Y dale á esotro buen hombre.*

Á CRISTO ENTRE DOS LADRONES.

Como la antigua serpiente
 Puso Dios en el desierto
 Para sanar los mordidos
 De su regalado pueblo;
 Así, serpiente divina,
 Sobre otro monte os han puesto
 Para salud de los hombres,
 Llenos de mortal veneno.
 La prueba de la triaca
 Haced desde ese madero
 En Adán, que es el mordido
 De la serpiente del huerto;
 Y como allá en la piscina
 El paralítico enfermo
 Por falta de tener hombre
 Se detuvo tanto tiempo,
 Así nuestro viejo Adán,
 Por sus pecados contrhecho,
 No tuvo en sus males hombre
 Hasta venir vos á serlo;
 Y pues podeis socorrerlo,
 Y es vuestra sangre divina
 La serpiente y la piscina,
 Con mas legitimo nombre,
 ¡Ah buen hombre,
 Entre ladrones clavado!
*Tomá ese baston,
 Y dale á esotro tiznado.*
 Toma, Dimas, esa cruz
 Que te dan para tu afrenta,
 Y vuélvete á Dios y hombre,
 Ofreciéndole tus penas;
 Si te dijere: «¿Ah tiznado?»
 Responde tú que ya esperas
 El agua de su costado
 Para lavarte con ella.
 En esta fuente de gracia
 Lavarás tus manchas negras,
 Y saldrán en un momento,
 Por ser mineral de greda.
 Será colirio de un ciego,
 Pócima de una alma enferma,
 Aguamanil de tus culpas
 Y rocío de la tierra;
 Con esto te llamarán
 Todos bueno á boca llena,

R. C. S.

Pues serás bueno por gracia,
 Y Dios bueno por esencia.
 Y pues la fe y la paciencia
 Te confirman con tal nombre,
 ¡Ah buen hombre,
 Que conoces tu pecado!
*Toma ese baston, dos bastones,
 Y dale á esotro tiznado.*
 Y tú, tiznado dos veces,
 Que entrabas yerras el juego,
 Pues eres ladrón en vida,
 Y en muerte cobarde y ciego,
 Por robar y no robar
 Has errado te prometo.
 Pues has dejado el oficio
 Cuando fuera de provecho.
 Bien te llaman mal ladrón,
 Pues viendo el castillo abierto
 Donde está tan gran tesoro,
 No seguiste al compañero.
 Ya me parece que estás
 Hecho un tizon del infierno;
 Que quien tantas veces yerra,
 Es fuerza que pare en esto;
 Y pues tan negro te ha puesto
 El carbon de tu pecado,
 ¡Ah tiznado, y dos veces tiznado,
 Indigno de mejor nombre!
*Toma ese baston, dos bastones,
 Y dale á esotro buen hombre.*
 Dásele á quien tenga luz
 De la cruz en que te vi,
 Pues es horca para ti
 Lo que para esotro cruz;
 Es un armado arcabuz
 Que te dan para cazar,
 Y pues no sabes tirar,
 Y con él te has abrasado,
 ¡Ah tiznado, y dos veces tiznado
 En los hechos y en el nombre!
*Toma ese baston, dos bastones,
 Y dale á esotro buen hombre.*

424.

El juego de *La palmada.*

*Adivina quién te dió,
 Que la mano te asentó.*

Á LA BOFETADA DE CRISTO NUESTRO SEÑOR, Y NEGACION DE
 SAN PEDRO, Y CONOCIMIENTO DEL HOMERE.

Hoy la Majestad sagrada
 Dice al Principe su Hijo
 Que para mas regocijo
 Juegue un rato á la palmada;
 ¡Oh qué mano tan pesada
 Su divino rostro hirió!
*Adivina quién te dió,
 Que la mano te asentó.*
 Pedro por Cristo se queja;
 Aunque en el juego ha terciado,
 Le fué á hablar con un terciado
 Cuatro palmos de la oreja;
 Pero no por eso deja
 De darle á su tiempo él,
 Y fué golpe tan cruel,
 Que hasta el alma le llegó;
*Adivina quién te dió,
 Que la mano te asentó.*
 «Danme Pedro y el sayon,
 Dice Dios (si se repara);
 El sayon me dió en la cara,
 Y Pedro en el corazon;
 Y pues acierto quién son,
 Y sus culpas traigo á cuestras,
 Vos, Pedro, en aquestas fiestas
 Quiero que os pongais por mí
 A morir en cruz aquí,
 Y á ser en Roma otro yo.»

*Adivina quién te dió,
Que tan alto te asentó.
El pecador no se escapa
De ponerse en este juego,
Y bien se ve que esta ciego,
Pues que su culpa le tapa;
Juega Dios á la palmada
En los trabajos conmigo,
Mas es palmada de amigo,
Cuya mano no es pesada.
Tanto su Justicia real
En el darme se templó,
Que la mano le horadó,
Porque suene y no haga mal;
Y porque en efecto diga
Que como á niño me da,
Hecha palmatoria está
La mano con que castiga.
Dame Dios la enfermedad
Quizá por mi conversion,
Y culpo mi complexion
O el temple de mi ciudad.
Es clemencia mi juez,
Y como mal trigo llevo,
Vuélveme á poner de nuevo,
Y dame segunda vez;
Cautivo, que estás en Fez,
Preso en calabozo estrecho,
Enfermo en el duro lecho,
Si quieres salir de aquí,
Échate la culpa á ti,
Para no errar como yo.
Adivina quién te dió,
Que la mano te asentó.
No tienes de qué quejarte
En cárcel, cama ó destierro,
Si Dios hace de tu yerro
Aldaba con que llamarte;
Antes debes alegrarte,
Porque, puesto que no ves,
Podrás conocer quién es
En lo blando que te hirió.
Adivina quién te dió,
Que la mano te asentó.*

425.

El juego de *La miel moja*, y *voyme*.

AL AGRADECIMIENTO Y Á LA INGRATITUD.

Al noble Agradecimiento,
Humilde, cortés y sabio,
Quisieron empadronar
Unos pecheros villanos;
La Ingratitud y el Olvido,
Dos maliciosos ancianos,
Juraron en su hidalguía
(Mirad qué testigos falsos).
Es él un mancebo noble,
Y si quereis verlo claro,
Escuchad su descendencia
Al buen viejo el Desengaño:
«Casó Dar con Recibir,
Y nació del primer parto
El justo Agradecimiento,
Un bellissimo muchacho.
El Dar falleció muy mozo,
Y el Recibir ha quedado
A pedir de puerta en puerta
Con este niño en los brazos.
En lo que toca á nobleza
Son diferentes entrambos,
Que, puesto que el Dar es noble,
El Recibir es muy bajo.
Halló prisiones quien dió;
Luego quien recibe, es llano
Que si está preso por deudas,
Que no puede ser hidalgo;
Mas saldrá con su hidalguía,
A pesar de sus contrarios;

Que, aunque es de madre pechero,
Es el padre noble y franco.
Topóle Honor á su puerta,
Envuelto en humildes paños,
Y hale criado en su casa
Hasta ponerle en estado.
Es en la corte del mundo
Agradecimiento un cambio,
Do paga el pobre sus letras,
Y cobra el rico á sus plazos.
El Honor y la Verdad
Por sus fladores quedaron,
Hipotecando sus bienes,
Porque no quiebre este banco.
Las partidas de su libro
Obligaciones las llamo,
Pues da por reconocidas
Las firmas en cualquier caso.
Las escrituras que otorga
Ante el Tiempo, su escribano,
Nunca alega prescribir,
Puesto que pasan diez años.
Con antojos mira y cuenta,
Y si son bienes extraños,
Los busca de larga vista
Para agradecer doblado.
Con ellos toma el presente
Que recibe de otras manos,
Y al pagarle se los quita,
Por no pagar con engaño.
En oro da cuanto debe,
De lo que el amor le trajo
De las Indias del deseo,
Mal conocidas de ingratos.
El mercader de interés
Jamás acude á sus pagos;
Que en su reino esta moneda
La tienen por cuartos falsos.
Mas no conoce de ley
Este mercader avaro;
Que, pues pasa allá en el cielo,
Peso y valor tienen harto.
Ingrato á Dios y á los hombres,
Correte de ser ingrato,
Pues pecas derechamente
Contra el Espíritu Santo.
Tú, que huyes de tu amigo,
Viéndole necesitado,
Si eres hombre de razon,
Escúchala y detén el paso;
Pues le ayudas á comer
La miel del gusto y regalo,
Mete la mano también
Al acibar del trabajo.
Sin duda que es hombre bajo
El que en la prosperidad
Conserva solo amistad,
Y en la adversidad responde:
Mojo y voyme.

426.

El juego de *Vénte á mí, torillo hosquillo*;
Toro bravo, vénte á mí.

Á LOS SIETE PECADOS MORTALES.

El príncipe de tinieblas
Siete toros encerró,
Porque en el coso del mundo
Corriesen al pecador.
Corrió el toro de Soberbia
Tras el vaquero mayor,
Y con ser tal que volaba,
Del potro le derribó.
La Gula es toro muy grueso,
Pero tan gran corredor,
Que al capearle mi Padre,
Tras un árbol le cogió.
Sigue el toro de la Envidia

A Cain con tal furor,
Que le alcanzó á pocos pasos,
Porque en Abel tropezó.
Salió el toro de la fra
Tras el duro Faraon,
Y tanto le acosa y sigue,
Que en el agua le arrojó.
Entró el toro de Lujuria
Tan ligero y tan feroz,
Que no escapó de sus cuernos
Ni David ni Salomon.
El toro de la Avaricia
Hasta la iglesia se entró,
Y á Júdas, de una barrera,
Entre doce le sacó.
Pereza es un buey cansado,
Mas no os lleguéis mucho vos;
Que si descuidado os coge,
Os ha de matar, por Dios.
De los toreros de á pié
Josef el premio llevo,
Por echar tan bien la capa
Al toro Fornicación.
La musaraña del coso
Es Nabucodonosor,
Pues de hombre racional
En bestia se convirtió.
Dos entraron de á caballo,
De mucha fuerza y valor;
Moisen entró con varilla,
Elias sacó rejon.
De las suertes de la vara
Con que Moisés toreó,
Hasta las piedras darán
Testimonio de quién son.
Y en el rejon tinto en sangre
De Elias el celador,
Se verá las suertes que hizo
En los que á Bahal mató.
Quien entró con grande brío
Es el Rey nuestro señor,
Que es el que tiene mas gracia
En socorrer á sazón.
Matáronle su caballo
En esta fiesta de amor,
Ya que no el cuerno del toro,
El hierro del toreador.
No faltó quien dió lanzada,
Mas era ciega y erró,
Pues en vez de darla al toro,
Al mismo Rey se la dió.
Salió Pablo en un caballo,
Y aunque á la entrada cayó.
Después quebró mil rejonos
Con grande gala y primor.
¡Oh qué vuelta que le da
Su pecado al pecador!
Toro que con el aliento
Dió la muerte á mas de dos.
Mirad, pecador, por vos,
Baste la primer caída;
No arriesguéis así la vida,
Ni le estéis llamando así:
Vénte á mí, torillo hosquillo;
Toro bravo, vénte á mí.
El corre con ligereza,
Y vos no sabéis andar;
Que no en balde veis llamar
A lo que es vicio torpeza;
Y pues la naturaleza
Tiene mala inclinacion,
No os pongais en la ocasion,
Que es decirle desde allí:
Vénte á mí, torillo hosquillo;
Toro bravo, vénte á mí.

427.

El juego de Las colores.

EPÍLOGO Á LA VIDA DE CRISTO Y DE SU MADRE.

Jugaron á las colores
Cielo y Tierra, Limbo, Infierno,
Trocando con grande gala
Las causas por los efectos.
El brocado de tres altos,
Símbolo de grande imperio,
Tomó Dios, que es uno y trino,
Como monarca supremo.
Tomó pardo y encarnado
El Hijo de Dios eterno;
Que encarnar y trabajar
Todo viene á ser lo mesmo.
El Espíritu divino
Tomó morado perfecto;
Que estar el amor en Dios
Es como estar en su centro.
Tomó colorado el hombre,
Vergonzoso de su yerro;
Que las colores del rostro
Culpa y vergüenza las dieron.
Tomó el pecador leonado,
Que jamás tiene sosiego;
Que la inquietud de la culpa
Es congoja de alma y cuerpo.
Tomó el limbo verde claro,
Viendo á su Dios en el suelo,
Y el judío verde obscuro,
Pues hoy le espera protervo.
Tomó el infierno amarillo,
A quien cuadran sus efectos,
Pues es mal sin esperanza,
Y tan firme, que es eterno.
Aunque el demonio no estaba
Ni para burlas ni juegos,
Tomó rojo, y fué tan rojo,
Que se abrasa en vivo fuego.
El cielo tomó lo azul;
Pero viendo á su Dios muerto,
De tal modo se turbó,
Que en vez de azul, dijo negro.
La Virgen nuestra Señora
Será el epílogo desto,
Pues tiene tantas colores
Como virtudes sabemos.
Tomó el blanco de pureza,
El azul de casto celo,
El verde de la esperanza,
El rojo de amor inmenso.
Otro epílogo hará Cristo,
Pues tomó por mi provecho
Desde el pesebre á la cruz
Estos colores diversos.
Tomó encarnado en la Virgen
Cuando tomó carne el Verbo,
Y pajizo en el pesebre,
Pues entre pajas se ha puesto.
Tomó Jesus colorado
En el día de Año nuevo;
Por señas que yerra el hombre,
Y tiznan á Dios por ello.
Tomó blanco en el Tabor,
Y lo pardo en el desierto,
Lo cardeno en la columna,
Y lo leonado en el huerto.
Mucho lo cardeno juega;
Que á lo que en Bernardo leo,
Cinco mil veces y mas
Este color repitieron.
De todas estas colores
Lo blanco tomó de asiento,
Pues se quedó entre nosotros
Debajo de nn blanco velo.
A todos tiznó la culpa
En el discurso del juego;
Solo la Madre y el Hijo
Jamás cometieron yerro.

428.

El juego de *El bien se vende por onzas,*
Y el mal por arrobas.

Á LOS CORTOS BIENES Y LARGOS MALES DESTA VIDA.

De bienes y males gozo;
 Pero en esto se difieren,
 Que son despiertos los males
 Y son soñados los bienes.
 Restituye el día á la noche
 El contento que la debe
 En moneda que no pasa
 Sino el tiempo que se duerme;
 ¡Qué mala restitucion
 Hacer, fortuna, pretendes,
 Pues quitas sólidas glorias
 Y das gustos aparentes!
Y si mas no puedes,
Das soñados los males y los bienes.
 Sueñe tesoros el pobre,
 Salud el convaleciente,
 Amor seguro el celoso,
 Buen despacho el pretendiente;
 Que poco les durará
 Salud, riqueza y deleite,
 Pues un cierra y abre ojo
 Hay de su vida á la muerte.
 El mal es de larga vida
 Y el bien no sale del vientre,
 Si uno pares y otro abortas,
 ¿Qué mucho que mal te heredes?
Y si mas no puedes,
Das soñados los males y los bienes.
 Son los bienes y los males
 Dos metales diferentes:
 El mal es bronce colado
 Y el bien vidrio transparente;
 ¿Qué mucho que las vasijas
 Que destas pastas tuvieres,
 Una dure por mil siglos,
 Y otra por puntos se quiebre?
 Finalmente, el bien que das,
 Cuando moneda, es de duende,
 Cuando vasija, es de vidrio,
 Cuando parto, es vida breve;
Y si mas no puedes,
Das soñados los males y los bienes.
 Mas, ¿por qué pido igualdad
 En tierra que por estéril
 Tiene de cosecha males,
 Y son de acarreo sus bienes;
 Tanto, que la dan licencia
 Que venda, pues mas no puede,
 Por quintales los pesares,
 Por adarmes los placeres?
 No se vende uno sin otro,
 Si es que el contento se vende,
 Porque gustos sin pesares
 Nadie en la vida los tiene.
 Y tú, rico, si te obligas
 Al estanco del deleite,
 Cuantos adarmes tomares,
 Tantos quintales te vienen.
 Reyes y pastores tienen
 El bien y el mal por medida;
 Nadie solos gustos pida,
 Porque en esta vida corta
El bien se vende por onzas,
Y el mal por arrobas.

429.

El juego del *Escondite*.

Á LA VIDA Y MUERTE DE CRISTO NUESTRO SEÑOR, Y DILIGENCIAS QUE HA DE HACER EL ALMA PARA HALLAR Á DIOS.

Muchas veces Dios y el hombre
 Al escondite jugaron,
 Aunque esconderse de Dios,

Ya se ve que es excusado.
 Con diferentes motivos
 Nos escondemos entrambos:
 Dios se esconde por mi bien,
 Yo me escondo por mi daño.
 Escóndese Adán de Dios,
 Y con que le ve tan claro,
 Le pregunta dónde está,
 Para que confiese el caso.
 Esta confesion vocal
 Es un acto judicial,
 Do el que confiesa se salva,
 Y el que niega es condenado.
 Tambien se escondió Cain
 Por la muerte de su hermano;
 Mas descubrióse su culpa,
 Y quedó el triste temblando.
 Escondióse el pecador
 Dentro en su propio pecado,
 Que es el rincón para Dios
 Mas obscuro y apartado.
 Bien podrá salir de allí,
 Si quiere pedir la mano;
 Que mal huirá Dios la suya,
 Pues se la ve con un clavo.
 Tiénele amor en la cruz
 El cuerpo desencajado,
 Haciendo que dé de sí
 Porque alargue mas el brazo.
 Sal, pecador escondido,
 Con tiempo del mal estado;
 Que se va Dios á esconder,
 Y es bien que á buscarle vamos.
 Escondióse lo primero
 En el vientre sacrosanto
 De la celestial Maria,
 Quedando virgen del parto.
 Escondióse allá en Egipto,
 No por excusar trabajos,
 Sino por guardar la vida,
 Para darla con mas gasto.
 Escondióse de sus padres
 Cuando en el templo le hallaron;
 Que por enseñar al hombre
 Pierde Dios de su regalo.
 Escondióse en el sepulcro;
 Que este Orfeo enamorado
 Al infierno bajará
 Por la que ha querido tanto.
 Finalmente, se escondió
 Debajo de un velo blanco;
 Que tras estos accidentes
 Está Dios sacramentado.
 Esposa, si al dulce Esposo
 Buscas con ligeros pasos,
 Donde quiera le hallarás
 Escondido y esperando.
 En varias partes está
 Este galán disfrazado,
 Y en todas ellas de modo
 Que será fácil toparlo.
 Hallarle, si le busca,
 En el pesebre el hinchado,
 En el desierto el gloton,
 En la cruz el injuriado;
 Porque mal podrás, soberbio,
 Siendo polvo, tierra y barro,
 Venir á desvanecerte,
 Viendo á Dios en un establo.
 Y tú, gloton epicuro,
 Aunque te sobren regalos,
 Mal osarás destemplanarte,
 Viéndole á Dios ayunando.
 Y tú, cruel vengativo,
 Si te precias de cristiano,
 Mal tendrás manos ni lengua,
 Viéndole á Dios perdonando.
 Así que, miente cualquiera
 Que dijere: «No le hallo»;
 Pues cuando mas escondido,
 Todos se le están mostrando.
 El Padre eterno le dice:

« Este es mi Hijo muy amado, »
Y el Bautista con el dedo
Le está diciendo: *Ecce Agnus.*
Hasta el mismo se descubre,
Porque mal está encerrado
El fuego con sus centellas
Ni el sol con sus bellos rayos.
Y fuera destes efectos,

Por la voz podrá sacarlo:
Que porque pueda toparlo
Cada cual en su escondite,
A voces dice: *Venite*
Ad me omnes qui laboratis
Et onerati estis, et ego reficiam vos,
Dicit Dominus.

Natt., cap. ii.

ENDECHAS Y CANCIONES CORTAS.

430.

Á LA NATIVIDAD DE CRISTO NUESTRO SEÑOR Y AL PECADOR.

Dulce Madre mia,
Dadme á mi Padre;
Que soy hijo suyo,
Si vos sois madre.
Vos sois madre y virgen,
Cristo es hombre y Dios;
Vos teneis dos hijos,
Justo y pecador;
Y pues el amor
Sus brazos ofrece
A quien no merece
Que tal nombre cuadre,
Dadme á mi Padre, etc.
Del Padre sois hija,
Y madre del Hijo,
Dulce y cara esposa
Del Amor divino;
Es Dios uno y trino,
Padre, Hijo y Esposo,
Y pues, de amoroso
Tal bien me concede,
Y esa mano puede
Que ese bien me cuadre,
Dadme á mi Padre;
Que soy hijo suyo,
Si vos sois Madre.

LEDESMA. — Tercera parte de conceptos espirituales.

431.

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO Y Á LA VENTA DE JÚDAS.

Discípulo ingrato,
Apóstol alevé,
Alza ya la mesa,
No comas con gentes.
Mirate á las manos
Fieras y crueles;
Que las traes manchadas
De sangre inocente.
Lávate primero
Que á comer te sientes;
Pero, si porñas,
Llega, come y véte;
Mal provecho te haga,
Con ello revientes.
Si quieres lavarte,
No por agua quede;
Que presto verás
A Dios hecho fuentes.
Acude al costado,
Y la llave tuerce;
Que es agua de amor,
Y saldrá caliente.
Daráte agua-manos
Quien por ti la vierte;
Mas si tal limpieza

Al comer no quieres,
Mal provecho te haga,
Con ello revientes.
Y tú, pecador,
Otro Judas eres,
Pues vendes á Dios
La vez que le ofendes;
Antes que remates
Al bien de los bienes,
Nota lo que compras,
Mira lo que vendes;
Buen aguamanil
En tus ojos tienes,
Lávate al comer,
Y si ya no vienes,
Buen provecho te haga,
Con ello te aumentes.
Es la confesion
Un caño perene,
Cuya agua de pié
Ha de correr siempre.
Bien de pié la llamo,
Porque, si se advierte,
De piés y de manos
Trajo su corriente.
Leproso de amor,
Inmundo de bienes,
Sangriento de iras,
Si lavado fueres,
Buen provecho te haga,
Con ello te aumentes.

LEDESMA. — Tercera parte de conceptos espirituales.

432.

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

Aunque va entre nubes
Este Sol de amor,
Abrasan sus rayos
Alma y corazon.
El Sol de justicia
Salió de Leon,
Para entrar en Virgo,
Signo de aficion;
Hoy va entre accidentes,
Nubes deste sol,
Por templar su luz,
Mas no su calor.
Esa blanca sombra
Nos le cubre hoy;
Que abrasan sus rayos
Alma y corazon.
Salid, Fe, á mirarle,
Pues águila sois,
Cuya real empresa
Solo toca á vos.
De las pardas alas
Haced pabellon,
Porque á vuestra sombra
Pueda verla yo.
Serán mi abanico

Si batis las dos;
 Que abrasan sus rayos
 Alma y corazon.
 Cristal, y no nieve,
 Eres, pecador,
 Pues no te derriten
 Llamas de aficion.
 Pedid, ojos, agua
 A la contricion,
 Tierra que la exala
 Con tan gran calor.
 En agua de gracia
 Volviera el vapor;
 Que abrasan sus rayos
 Alma y corazon.
 Y tú, enfermo triste,
 Pues te libró Dios
 Del mal de la culpa,
 Que es el mal mayor;
 Ya que te levantas
 En contemplacion,
 Para que te enciendas
 En divino amor,
 Sal, pues convaleces,
 A comer al Sol;
 Que abrasan sus rayos
 Alma y corazon.

LEDESMA.—Tercera parte de conceptos espirituales.

433.

CANCION AL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

(Vuelto á lo divino; río Manzanares.)

Manjar de manjares,
 ¡Quién te gustase,
 Y al Señor que te ofrezca
 Le enamoras!
 Manjar regalado,
 Costoso banquete,
 Tálamo de amantes,
 Comida de reyes,
 Tableta de aljófar,
 Maná celestial,
 Mas rico bocado
 Que de pavo real,
 ¡Quién te gustase,
 Y al Señor del convite
 Le enamoras!
 Botica del hombre,
 Segura y cierta,
 Divino compuesto,
 Gustosa conserva;
 Rejalgar al malo,
 Sustento del justo,
 Pues que solo el bueno
 Te come con gusto,
 ¡Quién te gustase,
 Y al Señor del convite
 Le enamoras!
 Blanco de mi gloria,
 Donde el amor tira,
 Cerrados los ojos,
 Puesta en Dios la mira,
 Con flecha de fe,
 Que todo lo alcanza,
 Tocada en la yerba
 De verde esperanza,
 ¡Quién te acertase,
 Y al amor de mi vida,
 De amor matase!

EL MISMO.—Id.

434.

CANCION EN LOOR DEL SOBERANO Y VERDADERO PASTOR, JESUS.

¡Cuán de grado
 El pastor da pasto y luz
 Al ganado!

De la cumbre
 del cielo mas empinada,
 Con su lumbre,
 Vió el pastor á su ganada
 Cautivada,
 Y en tirana servidumbre
 Tan penada,
 Que el corazon le ha llagado.
 ¡Cuán de grado, etc.
 Vió que á oscuras
 Iba por unos breñales,
 Yerbas duras
 Paciando, de peñascales
 Desiguales,
 Pasando mil amarguras;
 Mas sus males
 Sobre sí los ha cargado.
 ¡Cuán de grado
 El pastor da pasto y luz
 Al ganado!

DIEGO CORTÉS.—Discursos del varon justo.

435.

Á LOS SANTOS MÁRTIRES JUSTO Y PASTOR.

Son puras flores,
 Pastor y Justo, á Dios
 Vuestros dolores.
 Que si sentistes
 Gran pena en el martirio
 Por do pasastes,
 Ya florecistes
 Cual fresco y tierno lirio,
 Y agradastes
 A Dios, que amastes
 Con fe tan clara, digna
 De mil loores.
 Son puras flores, etc.
 ¡Oh almas duras,
 Que la corpórea vida
 Que pasa en vuelo
 Por las dulzuras
 De la inmortal subida
 De ese cielo,
 Acá en el suelo
 Trocastes porque Cristo
 Os dió favores!
 Son puras flores,
 Pastor y Justo, á Dios
 Vuestros dolores.

EL MISMO.—Id.

436.

CANCION EN PERSONA DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.

Soy niña morena,
 Y soy mas hermosa
 Que lilio ni rosa
 Ni flor de azucena.
 Del campo soy flor,
 Que á Dios enamora,
 Y vence á la aurora
 Mi sumo claror.
 De gracia soy llena,
 Y soy mas hermosa, etc.
 Di viva agua pura,
 El pozo soy yo,
 Y de Jericó
 Planta de frescura.
 Soy alba serena,
 Y soy mas graciosa, etc.
 Soy planta florida,
 Cual luna soy bella,
 Del mar soy estrella,
 Cual sol escogida.

Soy dulce, serena,
Y soy mas hermosa, etc.
Soy puerta del cielo,
Ciudad del muy alto,
Y soy quien esmalto
Al oro en el suelo.
Soy algo morena,
Mas soy mas hermosa, etc.
Soy madre escogida
Del Verbo excelente,
Y al mundo soy fuente
Do mana la vida.
De bienes soy llena,
Y soy mas hermosa, etc.
Yo tengo entre bellas,
Por única y sola,
La gran laureola
De claras estrellas.
Del oro soy vena,
Y soy mas hermosa
Que lilio ni rosa
Ni flor de azucena.

DIEGO CORTÉS. — Discursos del varon justo.

457.

IDILIO.

Estábase el alma
Al pié de la sierra,
Del humano engaño
Perdida y contenta;
Sentada en sus culpas,
Guardando sus penas,
Aunque descuidada
De guardarse dellas.
Toca de rebozo
Porque no las vea;
Que los vicios ponen
A los ojos vendas;
Con varios colores
Pellico de seda,
De deleites vanos,
Con que está mas fea;
Jervilla argentada,
Que antes dicen que era
Su razon, que ahora
En los piés la lleva.
Por el verde valle
Bajaba á la selva
Un pastor hermoso,
De rara belleza;
Años treinta y tres,
Barba nazarena,
Y el cabello largo,
Que parte una crencha;
En los ojos garzos
Tiene dos estrellas,
Maña de su gloria,
Cifra de la eterna;
En sus manos albas
Rabel de tres cuerdas,
Porque tres clavijas
Las suyas le templan;
En su bella boca
Son, por mas riqueza,
Perlas sus palabras,
Y sus dientes perlas;
Como vió que el alma
Pasaba la siesta
A la sombra vana
De la edad ligera,
Con la voz mas dulce,
Regalada y tierna,
Quiso enamorarla
Con tales endechas:
«Yo soy el Señor
Del cielo y la tierra,
La verdad segura
Y la vida eterna;
Yo hice los campos,

Las aves y fieras,
Los profundos mares,
Y las altas sierras;
Yo hice los hombres,
Que ocupar pudieran
Las sillas que el ángel
Perdió por soberbia;
Yo bajé por ellos
Del cielo á la tierra,
Dándome una virgen
Sus entrañas tiernas.
Nacer y morir
Todo fué pobreza:
El nacer en tablas,
El morir sobre ellas.
Partime y quedéme
De mi mismo en prendas;
Dime en pan al hombre,
Hice franca mesa.
Ando recogiendo
Perdidas ovejas,
Que, aunque me aborrecen,
Me mueren por ellas.
Si yo soy hermoso,
¿Por qué me desprecian?
Si perdono y amo,
¿Quién hay que no venga?»
El Alma, que via
Que ya se le acerca,
Abiertos los brazos
Y hablando con ella,
A sus piés se arroja,
Donde están las puertas,
Que á nadie que llóre
Dicen que se cierran.
¡Ay, Pastor! le dijo
(Y las azucenas
De los piés divinos
Con dos fuentes riega),
Si buskais perdidos,
No vais tan aprisa;
Que á los piés teneis
Lo que hallar desean.
Yo soy la serrana,
De vicios morena,
La que vais buscando
Con tan dulces quejas;
Engañóme el mundo,
¡Nunca le creyera!
Que os dejase dijo,
¿Qué cosa tan necia!
Cadenas me ha dado,
Que me llevan presa,
Patena y anillos
De fingidas piedras,
Y unas arracadas
Para las orejas,
Porque no escuchase
Las palabras vuestras.
Pequé, Señor mio;
Haré penitencia,
Pues es el camino
De la gracia vuestra.
—Alma de mi vida,
Pues que me la cuestas,
Para bien te halle,
Norabuena vengas.
Este parabien
Para entrambos sea:
Para mi la gloria,
Para ti la enmienda.
Véte á mi cabaña,
Y allí te confiesa;
Que con ese llanto
Me obligas y alegras.
Ves allí el altar,
Ves allí la mesa
De las amistades,
Y las paces hechas.
Cadenas de amor
Te daré, y con ellas
Mi sangre en corales,

Mi cuerpo en patenas.
Comeremos juntos;
Que asando se queda
Aquel Corderito
Que san Juan enseña.
Será como suya,
Alma, la pendencia,
Paz de todo el año,
Pues que ya te pesa.—
Echóle los brazos,
Fuéronse á la iglesia,
Y los serafines
Cantando con ella.
El Pastor divino
Halló ya su oveja;
¿Qué mucho le siga,
Pues que pan le enseña?

LOPE DE VEGA.—*Rimas sacras.*

438.

CANCION.

Cantad, ruiñeñores,
Al alborada,
Porque viene el Esposo
De ver al alma.
Ruiñeñores bellos,
Cuya garganta
En sol, fa, del cielo
Canta alabanzas,
Poned en el libro
De sus hazañas
Los divinos ojos
Que han visto tantas;
Y pues conocéis
Aquella serrana
Que le trae perdido
Para ganarla,
Decid que por verla
Su luz distraza,
Y toda la noche
Ronda su casa.
El sayo vaquero,
Color de nácar,
Rebozado lleva
De capa blanca;
Y aunque verle deja
Sola la capa,
Con la fe le ha visto
La hermosa cara;
Porque cuando el cuerpo
Su esposa abraza,
Le dan otros ojos,
Que el cielo pasan.
Escuchad las señas,
Aves sagradas;
Que son en extremo
Para contarlas.
Cantad, ruiñeñores, etc
Los cabellos de oro
Parecen plata,
Del puro rocío
De la mañana,
Como clavellinas
De hojas doradas,
Que al alba se bordan
De pura escarcha.
Palma parecían,
Y ya son zarzas,
Porque suben espinos
A coronarlas.
Su cándido rostro
Lo rojo esmalta,
Como los matices
De las granadas.
De paloma tiene,
Junto á las aguas,
Los ojos hermosos,
Que roban almas;

Sus labios de lirio
Vierten al alba
La preciosa mirra
De sus palabras;
Jacintos y cielos
Tienen sus palmas,
Mas, rotas, no es mucho
Que se le caiga.
Si en este retrato
Vive ocupada,
Y con estas prendas
Le mira y ama,
Cantad, ruiñeñores, etc.
Amoroso Cristo
Tan bien la paga,
Que deja sus cielos
Para buscarla;
Y por los cancelos
Que hay en su casa,
Alegre contempla
Cómo le aguarda.
En humilde estrado
La ve sentada
Entre sus doncellas,
Virtudes santas.
Puede entrar sin puerta:
Y alegre llama,
Para ver si velan
Sus esperanzas.
Abrele contenta,
Todo le abraza,
Con lágrimas tiernas
Los pies le lava;
Hace sus cabellos
Blanca toalla;
Mientras mas los limpia
Mas se los baña.
En dulces requiebros
La noche pasan;
¡Dichosa la prenda
Que Dios regala!
Vásele su esposo,
Quiere probarla,
Aunque mas se queda
Cuando se aparta.
Cantad, ruiñeñores,
Al alborada,
Porque viene el Esposo
De ver al alma.

LOPE DE VEGA.—*Rimas sacras.*

439.

VILLANCICO.

A la puerta llaman;
¡Ay, Jesús! ¿Quién es?
¿Si sois Dios del cielo,
Que mi bien quereis?
Llaman á la puerta
Por darte consuelo;
Pecador, despierta,
Porque es Dios del cielo,
Hecho hombre en el suelo,
Porque mas le ameis.
¿Si sois Dios del cielo,
Que mi bien quereis?
¿Quién no le abrirá
Al que está llamando?
¿Quién no le amará
Al que llama amando?
Viene trabajando
Porque descansen.
¿Si sois Dios del cielo,
Que mi bien quereis?
Llama con amor
Dios, de amor vencido;
¿Quién con desamor
Será endurecido,
Pobre y abatido,
Siendo Dios quien es?

*¿Si sois Dios del cielo,
Que mi bien queréis?
No nos pudo amar
Mas de lo que amó,
Ni nos pudo dar
Mas de lo que dió,
Pues nos redimió,
Y el fué el interés.
¿Si sois Dios del cielo,
Que mi bien queréis?*

USEDA. — Cancionero.

440.

*Caminad, Esposa,
Virgen singular;
Que los gallos cantan,
Cerca está el lugar.
Caminad, Señora,
Bien de todo bien,
Que antes de una hora
Somos en Belen;
Allá muy bien
Podréis reposar.
Que los gallos cantan,
Cerca está el lugar.
Yo, Señora, siento
Que vais fatigada,
Y paso tormento
Por veros cansada;
Presto habrá posada
Do podréis holgar.
Que los gallos cantan,
Cerca está el lugar.
Señora, en Belen
Ya presto serémos;
Que allí habrá bien
Do nos alberguemos;
Parientes tenemos
Con quien descansar.
Que los gallos cantan,
Cerca está el lugar.
¡Ay, Señora mía,
Si parida os viese,
De albricias daría
Cuanto yo tuviese;
Este asno que fuese,
Holgaria dar.
Que los gallos cantan,
Cerca está el lugar.*

FRANCISCO DE OCAÑA. — Cancionero para cantar la noche de Navidad. — Alcalá, 1603.

441.

*Portalico divino,
¡Cuán bien pareces!
Con el niño chiquito, bonito,
Que nos ofreces.
Dulce portalico,
Lleno de mil perlas,
¡Quién pudiera haberlas
Para quedar rico!
Tus bienes publico,
Pues tan bien pareces
Con el niño chiquito, bonito,
Que nos ofreces.
En tu cuadra bella
Yace el claro sol,
Que con su arrebol
Da gran luz en ella;
Con tan clara estrella
Cielo pareces,
Con el niño chiquito, bonito,
Que nos ofreces.*

*Niño, Dios divino
Vino á ti del cielo,
Debajo de un velo
Raro y peregrino,
Y en este camino
El alma enriqueces
Con el niño chiquito, bonito,
Que nos ofreces.*

FRANCISCO DE AVILA. — Villancicos y coplas curiosas. — Alcalá de Henáres, 1606.

442.

*Piedra levantada,
Vida amenazada,
Lojurias oídas,
Penas repetidas,
El amor ausente
Y el dolor presente.
¿Quién tal sufre, quién?
— Quien quiere bien.
Luces apagadas,
Cayendo pedradas,
Los aires armados,
Cabellos volados,
El llanto en los ojos,
Los pies entre abrojos,
¿Quién tal sufre, quién?
— Quien quiere bien.
El camino estrecho,
Oprimido el pecho,
Triste el corazón,
Del mundo irrisión,
La flor al morir,
El sol sin salir,
¿Quién tal sufre, quién?
— Quien quiere bien.
Suspiros cansados,
Clamores negados,
Lágrimas vertidas,
Glorias escondidas,
Ausencia punzante,
Sin ver al amante,
¿Quién tal sufre, quién?
— Quien quiere bien.
Estrella embozada,
La suerte encontrada,
Caminar penoso,
Temple riguroso,
El puerto perdido,
De todos herido,
¿Quién tal sufre, quién?
— Quien quiere bien.*

MARÍA DOCEO. — Obras, etc. — Madrid, 1744.

443.

*Ojos hace el cielo
Todas sus estrellas
Por mirar con ellas
A Dios en el suelo.
Páranse á mirar
Planetas y signos
Misterios tan dignos
De considerar;
Y ojos hace el cielo
Sus cabrillas bellas, etc.
El norte, admirado,
La bocina toca,
Y á mirar provoca
Al verbo humanado;
Y ojos pide al cielo
Haga sus estrellas
Por mirar con ellas
A Dios en el suelo.*

ANÓNIMO. — Núm. 57 del tomo primero de la *Florresta de rimas antiguas castellanas*, ordenada por don Juan Nicolás Bohl de Faber.

444.

Del mundo y sus flores,
Hombre, no confies;
Mira bien no llores
Lo que agora ries.
Hombre, que te precias
De juguetes vanos
Y de galas necias
Y faustos mundanos,
Manjar de gusanos,
Di, ¿de qué te engries?
Mira que no llores
Lo que agora ries.
Es un halagüeno
Este mundo vano;
Mas como beleño
Mata este tirano;
Mira este, cristiano,
Del mundo no fies;
Mira que no llores
Lo que agora ries.
Oye quien te avisa
Con temor y espanto,
Mira que esa risa
Se volverá en llanto;
Siempre temor santo
En tu alma cries,
Para que no llores
Lo que agora ries.

FRANCISCO DE VELASCO. — *Cancionero de coplas al nacimiento de nuestro Señor Jesucristo.* — Burgos, 1604.

445.

A JESUCRISTO, NUESTRO BIEN.

Vean-os mis ojos,
Dulce Jesus bueno;
Vean-os mis ojos,
Y muérame luego.
Vea quien quisiere,
Rosas y jazmines;
Que si yo os viere,
Veré mil jardines;
Flor de serafines,
Jesus Nazareno,
Vean-os mis ojos, etc.
Véome cautivo
Sin tal compañía,
Muerte es la que vivo
Sin vos, vida mía;
¿Cuándo vendrá el día
Que alceis mi destierro?
Vean-os mis ojos, etc.
No quiero contento,
Mi Jesus ausente;
Que todo es tormento
A quien esto siente;
Solo me sustente
Su amor y deseo.
Vean-os mis ojos,
Dulce Jesus bueno;
Vean-os mis ojos,
Y muérame luego.

Devocionario de Amberes, sin portada, en 12.º

446.

A SAN JUAN BAUTISTA, CUANDO IBA NIÑO TIERNO AL DESIERTO.

¡Hola, Pastorcico!
Dime, ¿dónde vas?
Mira que eres chico,
Y te perderás.
Pastorcico bello,

Niño delicado,
El rubio cabello
Llevas mal peinado;
Todo apresurado
No sé dónde vas;
Mira que eres chico,
Y te perderás.
Huyes al desierto
A paso tendido,
A tu Dios despierto
Y al mundo dormido;
Algo has entendido
De lo que serás;
Mira que eres chico,
Y te perderás.
Padre y madre dejas,
Dejas la ciudad,
Y a vivir te alejas
A la soledad;
Tal en tal edad
No se vió jamás;
Mira que eres chico;
Y te perderás.

El mismo Devocionario de Amberes, sin portada.

447.

VILLANCICO.

Al Niño sagrado,
Que es mi Salvador,
Cada vez que le miro
Me parece mejor.
Los ojos del suelo
Lo humano verán,
Los del alma van
Viendo a Dios del cielo,
Que es vida y consuelo
Para el pecador.
Cada vez que le miro
Me parece mejor.
Porque yo no pene
Está padeciendo,
Solo pretendiendo
Lo que me conviene;
Y viendo que viene
A darme favor,
Cada vez que le miro
Me parece mejor.
La humana figura,
Que muestra y descubre,
Y que a Dios encubre
Con breve clausura,
Por ser cobertura
De mi Salvador,
Cada vez que le miro
Me parece mejor.

PADILLA. — *Jardín espiritual.*

448.

VILLANCICO A LOS REYES.

Ya se ha descubierto,
Reyes, el lugar
Do hallaréis puerto
Para descansar.
Aunque del camino
Llegueis fatigados,
Deste Rey divino
Seréis regalados;
Que el descanso cierto
Puede siempre dar,
Y el seguro puerto
Para descansar.
Cuanto habeis penado
Viniendo a buscallo
Quedará pagado
Solo con miralle;

Que es Dios encubierto,
Que viene á mostrar
A las almas puerto
Para descansar.

PADILLA.— *Jardín espiritual.*

449.

CANCION Á SAN JUSTO Y SAN PASTOR, PATRONOS
DE ALCALÁ DE HENÁRES.

Mártires gloriosos,
Que al martirio os distes,
Que aunque en él moristes,
Quedais victoriosos,
Quedais con victoria
De la muerte dura,
Y en la sepultura
Dejais por memoria
Que en la eterna gloria
Viviréis gozosos;
Que aunque al fin moristes,
Quedais victoriosos.
Corderos sagrados,
Que subis del suelo
Al mas alto cielo
A ser coronados,
Nuestros abogados
Os mostrad gozosos,
Pues ya de la muerte
Quedais victoriosos.

EL MISMO. — Id.

450.

ROMANCE DE UNA ALMA QUE DESEA EL PERDON.

Yo me iba ; ay Dios mio!
A Ciudad Reale ;
Errara yo el camino
En fuerte lugare.
Sali zagaleja
De en cas de mi madre,
En la edad pequeña
Y en la dicha grande ;
Un galan hermoso
Me topó en la calle,
Y el cabello en crencha,
Pude enamorarle ;
Por ser él quien era
Gustó de criarme,
Porque yo de mio
No diz que era nadie.
Llevóme á su casa,
Hizo que me laven
Con agua de rostro,
Que hermosos hacen.
Dióme ropa limpia,
Quedé como un ángel,
Y tal gracia tuve,
Que pude agradecerle.
De palmilla verde
Me hiciera un brial,
Paño de esperanza,
Que gran precio vale.
Dióme unos corpiños
De grana flamante,
Porque en amor suyo
Con ellos me inflame.
De fe unos zarcillos,
Porque se la guarde,
Y en fe de su amor,
Patena y corales.
De oro una sortija,
Y otra de azabache,
De amor y temor,
Porque tema y ame.
Las jervillas justas,
Porque justo calce,
Porque en buenos pasos

Y con gracia ande.
Hizo que á su lado
Con él me asentase,
Para que á su mesa
Comiese y cenase.
Hizo que me sirvan
Sus mismos manjares,
Su plato y su copa,
Su vino y su pane.
El mejor bocado
Tal vez vi quitarse
De su misma boca
Para regalarme ;
Tal vez ; ay Dios mio!
Le vi, por amarme,
Quedarse clavado,
Y muerto quedarse.
Abrióme su pecho,
Donde me asomase
Al corazon suyo,
Adonde me trae.
Dejóme un custodio
Que me vele y guarde,
Y me lleve en palmas
Hasta Ciudad Reale.
Por pecados mios,
Que deben ser graves,
Yo errara el camino
En fuerte lugare.
Ibase mi ausente
Un poco delante,
A hacerme aposento
Donde descansase.
Yo le iba siguiendo,
Cerca de alcanzarle,
Y el ladron del gusto
Salió á saltearme.
Llevóme á un jardin
De frescos rosales,
De inciertos placeres
Y ciertos pesares.
Probé sus deleites
(; Ay Dios, qué mal saben!).
Y mas, que se fueron
Antes que llegasen.
Quedé tan sin gracia,
Que, por no mirarme,
El cielo pudiera
Los ojos taparse.
Robóme mis joyas,
Llevóme á una cárcel,
Donde de mis yerros
Cadenas arrastre.
A otra mas oscura
Diz que ha de llevarme,
A llantos y penas
Que nunca se acaben ;
Y lo que mas siento,
Es que me amenace
Que no he de ver mas
A mi lindo amante.
Dióme mil heridas,
Y todas mortales,
Y al cielo no quiere
Que los ojos alce.
Cegar pretendió
Los manantiales
De mis tristes ojos
Porque no llorase.
En el duro suelo,
Revuelta en mi sangre,
Dejóme y huyóse,
Porque al fin es aire.
Por un fácil gusto,
Como mujer fácil,
Errara yo el camino
En fuerte lugare.
; Ay ausente mio!
Permitid que os llame ;
Que á quien bien me quiere
Es justo quejarme.
Sin vos, ; oh luz mia!

¿Qué mucho que errase,
Y me falte todo
Si vos me faltastes?
Mi culpa os enoja.
Mi llanto os aplaque,
Pues sé que mi llanto
Hará vuestras paces.
Volved, Jesús mío,
Siquiera á mirarme;
Que si me miráis,
No he de condenarme.
No os cuesta tan poco
Quererme y hallarme,
Que pueda pensar
Que habeis de olvidarme.
Aunque estáis gozando
Bienes á millares,
Ya sé que echais menos
Que una oveja os falte.
No sois, dueño mío,
Como otros amantes,
Que nunca perdonan
Si injurias les hacen.
Pues de vos no dudo
Que por perdonarme
Estáis reventando
Por cinco mil partes.
En piés, pecho y manos
He visto señales
De que deseais
Nuestras amistades.
Pienso, ausente hermoso,
Si no es que me engañe,
Que de nuevo el pecho
Mi dolor os abre.
Galan de mi alma,
Mi Dios, perdonadme,
Porque, en vuestro nombre,
Mi Jesús, me salve.
Llevadme con vos
Hasta Ciudad Reale;
*Que errara yo el camino
En fuerte lugare.*

ÚBEDA.—Cancionero.

451.

LETRA DE NATIVIDAD, DESCUBIERTO EL SANTÍSIMO SACRAMENTO

*En la santa iglesia
Tocan á maitines,
Y los seis del cielo
Los laudes dicen.
En la iglesia, adonde,
Entre blancos cisnes,
A volverla cielo
Descendió la Virgen;
Donde el pan de vida,
Con que el cielo vive,
Está entre las pajas,
Que son sus viriles,
A la media noche
Tocan á maitines, etc.
De encarnadas rosas
Sotanas se visten,
Siendo de azucenas
Las sobrepellices.
Hallan en el coro
Niño al Dios terrible,
Ven que con su Madre
Gozoso se ríe.
En tanto en la torre
Tocan á maitines, etc.
Son en hermosura
Unos serafines,
Que el Ave, Regina,
A su Reina dicen.
Villancicos cantan
Los divinos tiple,
Y Te Deum laudamus
Con los ministriles,*

*Y al son las campanas
Tocan á maitines, etc.
La misa del Gallo
Solemne se dice,
Y con los pastores
La gloria prosiguen;
Homo factus est,
El coro repite,
Y póstranse todos,
Alegres y humildes;
Y en la santa iglesia
Tocan á maitines,
Y los seis del cielo
Las laudes dicen.*

VALDIVIELSO.—Romancero espiritual.

452.

ROMANCE AL DÍA DE LA EPIFANÍA, DESCUBIERTO EL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

*Atabales tocan
En Belén, pastor,
Trompeticas suenan,
Alégrame el son.
De donde el aurora
Abre su balcon,
Y saca risueña
En brazos del sol,
Vienen Baltasar,
Gaspar y Melchor,
Preguntando alegres
Por el Dios de amor.
Todos traen presentes
De rico valor,
Oro, incienso y mirra,
Al Rey hombre y Dios.
Atabales tocan, etc.
La virginal madre
Del rey Salomon,
Para la visita,
De fiesta salió;
De estrellas se puso
Un apretador,
Y un manto de lustre
Con puntas del sol;
Para los chapines,
Que borda los son,
Virillas de plata
La luna le dió;
Atabales tocan, etc.
De la tierra y cielo
Sacó lo mejor
En el Agnus Dei
Que al cuello colgó.
Llora el niño hermoso,
Del hielo al rigor;
Mas dándole el tres,
Luego le acalló.
Aunque le ven pobre
Y le dan por Dios,
Saben que juez
Volverá mejor.
Atabales tocan
En Belén, pastor,
Trompeticas suenan,
Alégrame el son.*

EL MISMO. — Id.

453.

LETRA AL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

*Aunque mas te disfraces,
Galan divino,
En lo mucho que has dado
Te han conocido.
Rey enamorado,
Que, de amor herido,
Vestiste en la sierra*

El blanco pellico;
 Las sienas coronas
 De espigas de trigo,
 Entre ellas mezclado
 Olorosos lirios.
*Aunque mas disfrazado,
 Galan divino, etc.*
 Sacaste un gaban
 En Belen al frio,
 De perlas y estrellas
 Todo guarnecido;
 Montera de campo,
 De cabellos rizos,
 Con mil corazones
 Entre ellos asidos.
*Aunque mas disfrazado,
 Galan divino, etc.*
 Quieres en tu mesa
 Los amantes limpios,
 Sal de tu palabra,
 De dolor cuchillos.
 Es tu carne el pan,
 Es tu sangre el vino,
 Y en cada bocado
 Se come infinito.
*Aunque mas disfrazado,
 Galan divino,
 En lo mucho que has dado
 Te han conocido.*

VALDIVIELSO.—Romancero espiritual.

454.

AL MISMO ASUNTO.

*La ingrata se duerme,
 ¿Si lo hace adrede?*
 Un galan amaute,
 Que de reyes viene,
 Liberal y hermoso,
 Discreto y valiente;
 Que es tan gran Señor,
 Que le sirven reyes,
 Y el que mas le sirve
 Por mejor se tiene;
 Que su vida y alma
 A una ingrata ofrece,
 Que el alma y la vida
 Sabe que le debe;
 Con vestido ajeno
 A su calle viene,
 Hácese dormida,
 Dice desta suerte:
*La ingrata se duerme,
 ¿Si lo hace adrede?*
 A la media noche,
 Entre el hielo y nieve,
 Por verla, la corte
 Me hallo en un pesebre.
 Perdime por ella,
 Y ella injustamente,
 Por darme en los ojos,
 Por otro se pierde.
 Como por mi madre
 Soy muy su pariente,
 Y la sangre dicen
 Que sin fuego hierve,
 A buscarla vengo,
 Hablo á sus paredes;
 Duérmese la ingrata
 Por no hablarme ni verme.
*La ingrata se duerme,
 ¿Si lo hace adrede?*
 Quise que en mi plato
 La mano metiese,
 Y dél alcanzase
 Cuanto bueno hubiese;
 Mas, el pan comido,
 Como decir suelen,
 Con nuevos agravios
 Trató de ofenderme.

Siempre en perdonarla
 Fui manso y clemente,
 Porque desde niño
 Lo mamé en la leche.
 Mudóse y huyóse
 Donde, aunque lo advierte,
 Duerme á sueño suelto
 Sobre sus placeres.
*La ingrata se duerme,
 ¿Si lo hace adrede?*
 Díome por su causa
 Un sudor de muerte;
 Prendióme la ronda,
 Metióme en un brete;
 Vistióme de loco,
 Por loco me tienen,
 Porque mis amores
 Locuras parecen.
 Como á salteador
 Que en el campo prenden,
 Me ofrecen saetas
 Con que me asaeten;
 Pónenme en un palo,
 De mi no se duele,
 Pues del otro lado
 A dormir se vuelve.
*La ingrata se duerme,
 ¿Si lo hace adrede?*

VALDIVIELSO.—Romancero espiritual.

455.

AL MISMO ASUNTO.

*¿Para qué son disfraces
 Para conmigo?*
*Sepa que te conocen
 Por Jesucristo.*
 Aunque rebozado,
 Galan repulido,
 Mas que el jazmin blanco,
 Mas que el clavel lindo,
 Que es el mismo Rey
 Me han dicho al oído,
 Y en la iglesia, todos
 Cuando le han visto.
*Sepa que te conocen
 Por Jesucristo.*
 Dicen que por vernos
 El amor le hizo
 Tomar de un villano
 Prestado el vestido;
 Y como en Dios creo
 Que verdad me han dicho,
 No se nos reboce
 Tanto, Rey mio;
*Sepa que te conocen
 Por Jesucristo.*
 Ya se sabe todo
 Lo del pan y el vino,
 Que se va y se queda
 Con cierto artificio;
 Que está descubierto
 Y que está escondido,
 Y que entre él y el hombre
 Ya no hay pan partido.
*Sepa que te conocen
 Por Jesucristo.*

EL MISMO.—Id.

456.

AL MISMO ASUNTO.

Venga con el día
 El alegría,
 Venido ha el alvore,
 El Redentore.
 El alba lozana

Nazca entre arreboles,
Con frente de plata,
Con boca de flores;
Vistanse las nubes
Ricos tornasoles,
Los valles de perlas,
De nácar los montes.
Echen contrapunto
Tiernos ruiseñores,
Del cristal que corre
Al Redentore.

Al Principe eterno,
Vida de los orbes,
Amor de las almas,
Padre de los pobres;
Al Sol que amanece
Y nunca se pone,
Al hombre hecho Dios,
Al Dios hecho hombre;
Al Rey que madruga
A ver los amores,
Pues si justos ama,
Busca pecadores,
Al Redentore.

Que es un maniroto
Se dice en la corte,
Y que está empeñado
Por dar á los hombres;
Que no hay ningun dia
Que no se reboce,
Sus ventanas mire
Y sus puertas ronde;
Que anda tan humano,
Que mesa les pone,
Que bebe con ellos,
Y con ellos come,
El Redentore.

Consigo los sienta,
Sin que se lo estorbe
Saber que le cuestan
No pocos azotes.
En medio de todos
En cuerpo se pone,
Y un tiempo se puso
Entre dos ladrones.
Sábelo su Padre,
Y blando responde
Que no hay que espantar
De excesos de amores,
El Redentore.

VALDIVIELSO. — *Romancero espiritual.*

457.

AL MISMO ASUNTO.

Unos ojos bellos
Adoro, Madre;
Téngolos ausentes,
Verélos tarde.
Unos ojos bellos,
Que son de paloma,
Donde amor se asoma
A dar vida en ellos;
No hay, madre, sin vellos,
Bien que no me falte;
Téngolos ausentes,
Verélos tarde.
Son dignos de amar,
Pues podeis creer
Que no hay mas que ver
Ni que desear.
Hicelos llorar,
Y llorar me hacen;
Téngolos ausentes,
Verélos tarde.
Yo sé que me vi
Cuando los miré,
Que en ellos me hallé
Y en mí me perdí;
Ya no vivo en mí,

Sino en ellos, Madre;
Téngolos ausentes,
Verélos tarde.

VALDIVIELSO. — *Romancero espiritual.*

458.

A UNA CONVERSION.

Lágrimas del alma
Ya se despeñan
De las altas torres
De su dureza.
Vila endurecida
Mas que un mármol fuerte,
Buscando su muerte
Y huyendo su vida.
Dios, que no la olvida,
Llama á la puerta
De las altas rocas
De su dureza.
A su puerta llama,
Y dejando el lecho,
Del mármol del pecho
Dos fuentes derrama;
Y Dios, que las ama,
Llega á beberlas,
De las altas rocas
De su dureza.
Entre el blanco velo
Dios la viene á ver,
Tráela de comer
El pan de su cielo;
Convierte su hielo
En lágrimas tiernas,
De las altas rocas
De su dureza.
Lágrimas decinden
Sobre sus enojos,
Y desde sus ojos
Los de Dios encienden;
Las manos le prenden,
Porque hasta Dios llegan,
De las altas rocas
De su dureza.

EL MISMO. — *Id.*

459.

SEGUIDILLA.

Libre ser solia,
Vendido muero;
Nadie fle, Madre,
De ingratos pechos.
Con fingido trato,
Madre, un falso amigo,
Que cenó conmigo
En mi mismo plato,
Me vendió el ingrato
Como un cordero;
Nadie fle, Madre,
De ingratos pechos.
Dábale mi lado,
El plato le hacia,
Con él repartia
El mejor bocado;
Mas en buen mercado
Vendió al Hijo vuestro;
Nadie fle, Madre,
De ingratos pechos.
Sus plantas desnudas
Lavé con mi llanto,
Con ser Juárez Santo,
Fué conmigo un Júdas;
Con entrañas crudas
Me dió traídor beso;
Nadie fle, Madre,
De ingratos pechos.

EL MISMO. — *Id.*

460.

OTRA.

*Galan rebozado
De mi corazón,
Mal se disimulan
Finezas de amor.
Sobre el encarnado
De blanco os vestis,
Y allí os descubris
Mas enamorado;
Salis rebozado,
Porque bien quereis,
Y aunque os reboceis
Muy bien, sé quién sois.
Galan rebozado, etc.
Quien de veras ama,
Mal su amor encubre,
Porque le descubre
Del fuego la llama;
Y tanto os inflama
La con que venis,
Que en cuerpo salis
De casa, Señor.
Galan rebozado
De mi corazón,
Mal se disimulan
Finezas de amor.*

VALDIVIELSO.— *Romancero espiritual.*

461.

OTRA.

Mi divino amante,
Detrás de ese velo,
Aunque os reboceis,
Os conozco y veo;
¿Cómo os ausentais?
— Aunque te parezco,
Alma, que me voy,
Contigo me quedo.
Tal vez de tus puertas
Hago que me ausento,
Y me quedo á ver
Qué es lo que en ti tengo.
De verte llorar,
¡Ay, cómo me alegro!
Por ver que me amas;
¿Cómo te merezco!
Siéntate á mi mesa,
Y juntos cenemos,
Y mientras cenamos
Te cante mi celo:
*Venga enhorabuena
La flor de mayo,
Venga enhorabuena
La mas linda flor.
Venga enhorabuena
La mas linda flor;
La que es tan hermosa,
La mas linda flor;
La hermosa morena,
La mas linda flor;
Morena graciosa,
La mas linda flor;
La hace Dios el plato.
Venga enhorabuena
La flor de mayo,
Venga enhorabuena
La mas linda flor.
Venga del desierto
La mas linda flor;
De riquezas llena,
La mas linda flor;
Al Dios que encubierto,
La mas linda flor;
Se le da en la cena,
La mas linda flor;
De si la enajena,*

*La mas linda flor;
Con este bocado.
Venga enhorabuena
La flor de mayo,
Venga enhorabuena
La mas linda flor.*

— Pues que ya os hallé,
Y en mi pecho os tengo,
No os he de dejar
Hasta entrarme al vuestro.
— Vos mi cielo sois.
— Y vos sois mi cielo.
— Vos sois centro mio.
— Y vos sois mi centro.
— ¡Ay Dios, lo que os amo!
— Alma, ¡ay cuanto os quiero!
— En vos me trasformo.
— Y yo en vos me quedo.
— Tomad mis brazos.
— Y dadme los vuestros.
— ¡Ay dulce Jesus!
— ¡Ay Dios, que me muero!
Galan de mi alma,
*Cercadme de flores;
Que, de amores enferma,
Muero de amores.
Cuando considero,
Dulce enamorado,
Que en solo un bocado
Me dais cuanto quiero,
De amores me muero;
Cercadme de flores;
Que, de amores enferma,
Muero de amores.*

VALDIVIELSO.— *Romancero espiritual.*

462.

SEGUNDILLA AL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

La puerta me ronda
Mi amado Esposo;
*Lindo cuerpo tiene,
Su gracia adoro.*
Aunque mas me encubra
Su divino rostro,
En su mucha gracia
Bien le conozco.
Mal se disimula
Su fuego amoroso;
Que salen las llagas
Por el pecho roto.
Ajeno es lo blanco,
Lo encarnado propio;
*Lindo cuerpo tiene,
Su gracia adoro.*
De cuantos me rondan
A él le quiero solo,
Porque es el mas lindo
De los hombres todos.
Es cristal su frente,
Sus cabellos oro,
Rosas sus mejillas
Y soles sus ojos;
Panales destilan
Sus labios hermosos;
*Lindo cuerpo tiene,
Su gracia adoro.*
Del blanco vestido
Con razon me asombró,
Pues de loco, un tiempo,
Le pusieron otro;
Pero de su boca
Parece que oigo
Que á poder, por mí,
Pareciera loco.
¡Ay Dios, si me dejan,
Y cuál me le como!
*Lindo cuerpo tiene,
Su gracia adoro.*

EL MISMO.— *Id.*

463.

DIALOGO DE SAN JUAN BAUTISTA Y EL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

En el nacimiento
Del bello doncel,
En plato de plata
Da colacion el Rey.
Toca y tañe las castañuelas,
Repicalas bien,
Y baila á la gaitilla con Andrés.
Del Angel divino
Las gracias pregona
La Reina en persona,
Que á su parto vino;
Por quien al sobrino
Dios le vino á ver,
Y en plato de plata
Da colacion el Rey.
Toca y tañe, etc.
Dél en muesa aldea,
Dijon mas de dos
Que tien de ser Dios
Quien mayor que él sea;
Y es bien que se crea,
Pues por el doncel
En plato de plata
Da colacion el Rey.
Toca y tañe, etc.
Diz que ha convidado
Hoy, que nace Juan,
A un gran mazapan,
Que es todo alcorzado;
Donde está encerrado
El blanco *Agnus Dei*;
Y en plato de plata
Da colacion el Rey.
Toca y tañe las castañuelas,
Repicalas bien,
Y baila á la gaitilla con Andrés.

VALDIVIELSO.— *Romancero espiritual.*

464.

AL MISMO ASUNTO.

Pastora del alma,
Escucha mi voz;
Que á tu puerta en cuerpo
Me tiene el amor.
Hermosa como la luna
Y escogida como el sol,
Escucha mi voz;
Con uno de tus cabellos
Me has herido el corazon,
Escucha mi voz;
El Rey tienes á tus puertas
En traje de labrador,
Escucha mi voz;
Enrame dentro y verás
Que en mí vino á verte Dios;
Escucha mi voz;
Pastora del alma, etc.
Mas noble soy que David,
Mas sabio que Salomon,
Escucha mi voz;
Mas rico soy que Abraham
Y mas galan que Jacob,
Escucha mi voz;
Soy mas que Absalon hermoso,
Y mas fuerte que Sanson,
Escucha mi voz;
Que aquellos fueron mi sombra,
Pero yo solo el que soy,
Escucha mi voz;
Pastora del alma, etc.
Abreme, paloma mia,
Y cenaremos los dos
Escucha mi voz;
Pan y vino que en el cielo

Nadie le come mejor,
Escucha mi voz;
En mí te quedarás tú,
Y en ti me quedaré yo,
Escucha mi voz;
Dios soy, alma, y si me comes,
Serás lo mismo que soy,
Escucha mi voz;
Pastora del alma,
Escucha mi voz;
Que á tu puerta en cuerpo
Me tiene el amor.

VALDIVIELSO.— *Romancero espiritual.*

465.

NATIVIDAD.

Yo me iba, Bartolo,
A mi cabañuela,
Al son de los dientes
Danzando las piernas.
Los copos de nieve
Tan lanudos eran,
Que pudiera hilallos
Belilla á su rueca.
Bellos rodeado,
Si temblar me vieras,
Cantimplora pienso
Que te pareciera.
Fáltome la bota,
Sobróme la pena,
Porque no era bota,
Sino compañera.
Acórdeme entonces,
Mas ¿quién no se acuerda
De las buenas migas?
¡Ay Dios, y qué buenas!
No quiero decirte
Si lloré por ellas;
Pero ¿quién no llora
Por lo que desea?
En medio estas cuitas
Por los aires suenan
Unas como voces,
Que turban y alegran;
Si ellas eran de alma,
No lo era en pena;
Que si alguna habia,
Bartolo, yo era.
Por entre el zamarro
Saqué la cabeza,
Como la tortuga
Entre sus cortezas.
Nunca la sacara,
Pues la saqué apenas,
Cuando doy al punto
Con la carga en tierra;
Los ojos cerrados,
Y la boca abierta,
Me zomí en la nieve
Hasta la cabeza.
Fuime de mí huyendo,
Y halléme á la vuelta
Hechas las narices,
Pero muy mal hechas.
Vi unos sacristanes
De oro y azucenas,
Sus caras al uso
No de muesa aldea.
Escuché sus voces,
Yaunque mucho buenas.
Yo les perdonara
El tomo y la letra.
De Diosregonaban
Que entre unas pajuelas
Estaba muy otro
Del que antes era;
Que en un pesebruelo,
Con gloria y con pena,

El ángel le canta,
 El diablo le tiembla;
 Que en medio del hielo
 Le abrigan dos bestias,
 Y quedeme entonces
 Como si lo fuera.
 Díjeles turbado :
 « Norabuena sea,
 Aunque para mí
 No ha sido muy buena;
 Porque derrengado
 Estoy de manera,
 Que tendrá que hacer
 Conmigo el albeitar;
 Si piden albricias
 De las buenas nuevas,
 No tengo qué darles,
 Si un dolor de muelas;
 Mas no le querrán
 Sus perliquitencias;
 Que para quien canta
 Es cosa perversa. »
 Fuéronse volando,
 Como unos cometas,
 Por entre las nubes,
 Tirándose estrellas;
 Al mismo momento,
 Levantar me vieras
 Mas tieso que un ajo
 Y que una cabeza.
 « ¡Voto al soto! dije;
 Que esto va de veras,
 Y que es gente honrada
 Esta que aporrea.
 Bestias le regalan,
 Y bestia por bestia,
 Bien puedo mi cara
 Traer descubierta.
 Ser virgen su madre
 No sé cómo sea,
 Empero con Dios
 Ninguno se meta;
 Porque á verlos vamos,
 Tu vena apareja,
 Harás unas coplas
 Que al chicote leigas;
 Que otras del zon, zon
 Y de la morena
 Traigo componidas;
 Tú me las enmienda. »
 Si á tan dulces pechos,
 Morena,
 El niño duerme,
 ¡Qué sabroso he de hallarte,
 Morena,
 Cuando te recuerde!
 Zon, zon;
 Misericordioso,
 Morena,
 Adán lo espere,
 Zon, zon;
 Porque misericordias,
 Morena,
 Mama en la leche,
 Zon, zon;
 Temblábele el cielo,
 Morena,
 De puro bravo,
 Zon, zon;
 Y ya tamaño,
 Morena,
 Le está temblando.
 Si el recién nacido,
 Morena,
 Llorar de amores,
 ¡Qué piadoso le tienen,
 Morena,
 De hallar los hombres!
 Zon, zon.
 Tierra sois, María,
 Morena,
 Mas de pan llevar,

Zon, zon;
 Que la tierra morena,
 María,
 Lleva el mejor pan,
 Zon, zon.
 La Iglesia le espera,
 Morena,
 Porque dél, Señora,
 Zon, zon,
 Para todas las misas,
 Morena,
 Quiere hacer hostias,
 Zon, zon.

VALDIVIELSO. — *Romancero espiritual.*

466.

LETRA DE NATIVIDAD.

Al parto de la Zagala
 Treinta zágales vinieron,
 Y bailaron y tañeron,
Pero Anton llevó la gala.
 Trajo un salterio Pascual,
 Un caramillo Llorente,
 Una bandurria Clemente
 Y una flauta Foncarral;
 Y en el portal
 Bailó Anton
 El dongolondron,
 Y Blas, gañan,
 La cebolla con el pan,
 Y Cantueso
 El rabanico con queso;
 Gil en todo se señala,
Pero Anton lleva la gala.
 Anton, con gracioso aliño,
 Con el pellico abrigó
 Al Niño, que pareció
 Un elavel entre un armiño.
 Rióse el Niño,
 Cantó Antona
 Mi vida bona,
 Valdestacas
 Danzó guárdame las vacas,
 Martín danzó
 Matachín que no te di yo,
 Con gala, y fué Martín Gala,
Pero Anton llevó la gala.
 El escolar Cariharto
 Por la parida apostaba,
 Virgen como antes del parto.
 Danzó Esparto,
 Como mona,
 Canaria bona;
 Pabro Ensancha,
 Déjame Periquito Sancha,
 Y Maripa,
 A la gala de Medina,
 Que hasta allá llegó su gala,
Pero Anton llevó la gala.
 Mingo, que mira entre el heno
 Aquel grano soberano,
 Dijo: « Con solo este grano
 Ha de ser el año bueno. »
 Cantó Moreno,
 Viendo el pan,
 Al villano se lo dan,
 Y Andrés de Cubas,
 Peranton come de mis uvas,
 Y Bras Taray
 Dijo al Niño el ay, ay, ay,
 Con que le alegre y regala;
Pero Anton lleva la gala.

EL MISMO. — *Id.*

467.

VILLANCICO AL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

Dios, de amor llagado,
 Por el alma muere,
Y ella busca y quiere
Nuevo enamorado.
 Quiere Dios y ordena
 Dar al alma vida,
 Viéndola perdida
 Y de culpas llena;
 Y hásele entregado,
 Si en pan le quisiere,
Y ella busca y quiere
Nuevo enamorado.
 Amor á Dios llaga,
 Y el fiel amador
 Solo el mismo amor
 Pide en cuenta y paga,
 Y mi Dios le ha dado
 Con que en ella espere,
Y ella busca y quiere
Nuevo enamorado.

UBEDA. — Cancionero.

468.

Á LA PURIFICACION DE NUESTRA SEÑORA.

Si aquí da consuelo
 Dios con su presencia,
¿Qué hará su esencia,
Vista allá en el cielo?
 Si en lugar penoso,
 De lloro y tormento,
 Da tanto contento
 Dios, y es tan gustoso;
 Si hace tan dichoso
 Al hombre en el suelo,
¿Qué hará su esencia,
Vista allá en el cielo?
 Si á los desterrados
 Y en prision metidos,
 Aquí guarescidos
 Son y libertados,
 Con Dios recreados,
 Se olvida su duelo,
¿Qué hará su esencia,
Vista allá en el cielo?
 Simeon bendito,
¿Qué es lo que sentistes
 Cuando á Jesus vistes?
 —Un gozo infinito.
 —Pues si en tan poquito
 Distes tan gran vuelo,
¿Qué hará su esencia,
Vista allá en el cielo?

EL MISMO.

469.

VILLANCICO Á LA NATIVIDAD DEL SEÑOR.

¿Quién podrá no amaros,
 Niño Dios, agora,
Que el alma que os ama
A Dios enamora?
 Quién no os amará,
 Niño, Rey del cielo,
 Si aquí sois consuelo,
 Y la gloria allá?
 Quien al alma os ama,
 Y por vos hoy llora,
 Tanto cuanto os ama
A Dios enamora.
 Cuanto en ser de Dios
 Sois uno con él,

Y es quererlo á él
 Quererlos á vos;
 Que hay entre los dos
 Tal concierto agora,
Que el alma que os ama
A Dios enamora.

UBEDA. — Cancionero.

470.

VILLANCICO AL NIÑO JESUS RECIENTE NACIDO.

Soles claros son
 Tus ojuelos bellos,
Oro los cabellos,
Fuego el corazon.
 Rayos celestiales
 Echan tus mejillas,
 Son tus lagrimillas
 Perlas orientales,
 Tus labios corales,
 Tu llanto es cancion,
Oro los cabellos,
Fuego el corazon.

JUAN DIAZ RENGIFO. — Arte poética española.

471.

Cuando el sol se hacia
Era yo morenica,
Y antes que el sol fuera
Era yo morena.
 En la eterna mente
 Que me predestina,
 Todo en mí era lumbre,
 Todo en mí era día.
 Rosa soy del campo,
 Pompa de la vista,
 Reina de las flores,
 Con guarda de espinas
 Que, como mi amado
 Para sí me estima,
 Entre ellas me ampara,
 Y entre ellas me cria;
 Y como abrasada
 Ya en sí me tenían
 Los rayos eternos
 Del Sol de justicia,
Cuando el sol salia
Era yo morenica,
Y antes que el sol fuera
Era yo morena.

ANDRÉS CLARAMONTE. — Villancicos, etc. — Sevilla. 1621.

472.

Cubridme de flores,
Que muero de amores;
 Porque de su aliento el aire
 No lleve el amor sublime,
Cubridme;
 Sea, porque todo es uno,
 Alientos de amor y olores
De flores;
 De azucenas y jazmines
 Aquí la mortaja espero;
Que muero;
 Si me preguntais de qué,
 Respondo en dulces rigores:
De amores.

MARÍA DOCEO. — Sus obras.

473.

*Si quereis
Que os ronde la puerta,
Alma mia
De mi corazon,
Seguidme despierta,
Tenedme aficion;
Veréis como arranco
Un álamo blanco,
Y en vuestro servicio
Le pongo en el quicio;
Que vuestros amores
Mios son.
Si quereis
Que os enrame de gracia,
Alma mia
De mi corazon,
Tened aficion
En vuestra oracion;
Veréis que un espino
Sangriento y divino
Os pongo por palma
Al quicio del alma;
Que vuestros amores
Mios son.
Si quereis
Que os enrame de gloria,
Alma mia
De mi corazon,
Tened en memoria
Mi muerte y pasion;
Veréis que os da luz
Un árbol de cruz
Con fruta y comida;
Que vuestros amores
Mios son.*

LOPE DE VEGA.—Auto sacramental de los Cantares.

474.

*Caminad á Egipto
Con el Niño, Madre,
Que ha mandado Heródes
Buscarle y matarle;
Pero, ya que es hombre,
Dad lugar que pase,
Para nuestra vida,
De su muerte el cáliz,
Pues que ya nos deja
Su cuerpo y su sangre
En el pan y en vino
Que á todos reparté;
Ya en la cruz le enclavan,
Y á su eterno Padre
Su espíritu envía,
Y el cielo nos abre.
Que de noche le mataron
Al caballero,
A la gala de María,
La flor del cielo.
Como el sol que arde
Tanto se encubria,
Noche parecia,
Aunque era la tarde.
La muerte cobarde
Mató, aunque muerto,
Al caballero,
A la gala de María,
La flor del cielo.*

EL MISMO.—Id., id.

475.

*A la Esposa divina
Cantan la gala
Pajarillos al alborada,*

*Que de ramas en flores,
Y de flores en ramas
Vuelan y saltan.
A la Esposa bella,
Linda y agraciada,
Que le dió el Esposo
Toda su gracia,
Cantan pajarillos
Al alborada,
Y de ramas en flores,
Y de flores en ramas
Vuelan y saltan.*

LOPE DE VEGA.—Auto sacramental La Siega.

476.

*Pastorcico nuevo,
Dulce niño Dios,
No sois vos, vida mia,
Para labrador.*

EL MISMO.—Id., id.

477.

*Viene en el invierno
La primavera,
Venga enhorabuena;
Viene á media noche
La aurora florida,
Sea bien venida.
Albricias, zagales;
Que nacido ha
El mas bello niño
De nuestro lugar;
El que al hombre preso
Viene á libentar,
Y este es paraíso
Dél segundo Adán.
El soldado fuerte,
Diestro capitán,
Que de los abismos,
Muerto, triunfará;
Por quien Eva en Ave
Se pudo mudar
Para que Dios coma;
¡Oh fenix manjar!
El Principe noble
De la casa real,
De David pimpollo,
Fruto de Abraham;
¡Qué de profecias
Escritas están
Que en la tierra ingrata
El Niño ha de obrar!
Su rostro divino
Quisiera pintar,
Mas los serafines
Apenas podrán.
Sus cabellos de oro,
Frente de cristal,
Cada ceja suya
Iris celestial;
Sus ojos estrellas
Y nortes del mar,
O soles que al cielo
Siempre han de alumbrar;
En sus dos mejillas
Compitiendo están
Clavel y jazmin
Con gloriosa paz;
Su boca es de nácar,
Que perlas dará
Entre los dos labios
De fino coral.
Parió una doncella
A este humilde Isaac
Que al monte en sus hombros
Leña llevará;
Virgen, cuya planta*

Fuerte ha de pisar
El cuello soberbio
Del vil Léviatan;
Judit invencible,
Ester en piedad,
Hermosa Raquel
Y casta Abisag.
¡Ay Dios, quién le viera
En aquel portal
Producir el trigo
Para darnos pan!
Que á no conocer
Al Dios de Judá,
Por Dios le adorara:
Tal es su beldad.
Seguidme, pastores,
Vamos á besar
Los pies á la Reina
Y Rey celestial.
Yo toco el salterio,
Celia tocará
Su adufe, y albogues
Toque el buen Pascual;
Sus perlas hermosas
Vamos á enjugar,
Y al Niño de perlas
Alegres cantad:
«Zagalejos, venid á Belén;
Que nos da el invierno en abril,
A media noche dos albas,
Y en una flor flores mil.»

El licenciado COSME GOMEZ TEJADA DE LOS REYES.—*Noche Buena*, autos al nacimiento del Hijo de Dios, con sus loas, villancicos, bailes y sainetes para cantar al propósito. — Madrid, 1661; en 8.º

478.

¡Hola, aho, pastores
Del humilde valle,
Que esmeraldas visten,
Guarnecen cristales!
¡Hola, pastorcico,
Que los cielos guarden
Entre cedros altos
Y peñascos graves!
¡Sabeis de un Cordero
Que esta noche nace,
Blanco mas que nieve
Que el invierno esparce?
De ese Corderito,
Por misterio grande,
Huyen sus balidos
Los lobos cobardes.
¡Quién ha visto, pastores,
Prodigios tales,
Que el Leon prometido
Cordero nace?
El ganado seguro
Vive en el valle;
Que es cordero valiente
Leon afable.
Si es leon tan fuerte,
¿Quién podrá esperarle,
Pues su voz humilla
Cielo, tierra y mares?
Tambien es cordero
Del eterno Padre,
Que pecados quita
Con su misma sangre.
Dejaré los riscos,
Viviré los valles;
Que este Leon-Cordero
Hoy los hace iguales.
Al imperio suyo
Los cetros reales
Postren obediencias,
Rindan majestades.
¡Quién ha visto, pastores,
Prodigios tales,

*Que el Leon prometido
Cordero nace?*

COSME GOMEZ TEJADA. — *Noche buena*, etc.

479.

Hagamos un pellico
Al Niño Dios,
Que nace corderico,
Que vive pastoreico,
Y muere por amor.
Hagamos un pellico
Al Niño Dios.

EL MISMO.

480.

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

El Santo Espiritu
Y el Hijo amparenos,
Y al Padre pidase
El pan por viático.
Manjar angélico
Hoy, Señor, dánoslo,
Pan de quien símbolo
Fueron los ácidos,
Emblema físico
Y enigma cándido.
¡Oh pan de ángeles,
Tu gracia sálvenos!
A los que débiles
Por estos ásperos
Valles de lágrimas
Peregrinaremos,
¡Oh pan de ángeles,
Tu gracia sálvenos!

DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.—Auto sacramental *El año santo de Roma*; autos sacramentales, etc.—Madrid, 1759, tomo primero, pág. 196.

481.

Dios en el principio
Crió el cielo y tierra,
Dividiendo iguales
Luces y tinieblas.
¡Qué maravilla
Tan rara y tan nueva,
Ver sombras y luces
Amigas y opuestas!
Dividió las aguas,
Repartiendo en ellas,
Con el cielo unas,
Otras con la tierra.
¡Qué maravilla
Tan rara y tan nueva,
Que el fuego y el agua
Juntos se mantengan!
Su faz mostró el mundo
Triste, árida y seca
Hasta que las plantas
Le dieron belleza.
¡Qué maravilla
Tan rara y tan nueva,
Ver presto la edad
De la primavera!
Viéronse los dos
Mayores planetas
Que el día y la noche
Presiden é imperan.
¡Qué maravilla
Tan rara y tan nueva,
Que noches y días
Sus lámparas tengan!

Pájaros y peces,
En sus dos esferas,
Páramos poblaron
De golfos y selvas.
¡Qué maravilla
Tan rara y tan nueva,
Ver peces que nadan,
Ver aves que vuelan!
Las fieras y brutos
De especies diversas,
Por pequeño mundo
Al hombre respetan.
¡Qué maravilla
Tan rara y tan nueva,
Que al bruto, pez y ave
El hombre sujeta!
Y pues Dios descansa
De tantas tareas,
Quien se alegra en Dios,
Felice se alegra,
Y ostente hoy sus obras
La naturaleza,
Mientras que la gracia
Las suyas ostenta.

DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.—Loa para el auto sacramental intitulado: *El segundo blason del Austria*.—Tomo III de los Autos.

482.

Nace el alba Maria,
Y el sol tras ella,
Desterrando la noche
De nuestras penas.
Nace el alba clara,
La noche pisa,
Del cielo la risa
Su paz declara;
El tiempo se para
Por solo vella,
Desterrando la noche
De nuestras penas.
Para ser Señora
Del cielo, levanta
Esta Niña santa
Su luz como aurora;
El canta, ella llora
Divinas perlas,
Desterrando la noche
De nuestras penas.
Aquella luz pura
Del sol procede,
Porque cuanto puede
Le da hermosura;
El alba asegura
Que viene cerca,
Desterrando la noche
De nuestras penas.

LOPE DE VEGA.—*Pastores de Belén*, prosas y versos divinos.—Valencia, por Jusepe Casch, 1645; en 8.*

483.

¿Dónde vais, Zagala,
Sola en el monte?
Mas quien lleva el sol
No teme la noche.
¿Dónde vais, Maria,
Divina Esposa,
Madre gloriosa
De quien os cria?
¿Qué haréis si el día
Se va al acaso?
Y en el monte acaso
La noche os coge?
Mas quien lleva el sol
No teme la noche.
El ver las estrellas

Me causa enojos,
Pero vuestros ojos
Mas lucen que ellas;
Ya sale con ellas
La noche oscura,
A vuestra hermosura
La luz se esconde;
Mas quien lleva el sol
No teme la noche.

LOPE DE VEGA.—*Pastores de Belén*.

484.

Zagala divina,
Bella labradora,
Boca de rubies,
Ojos de paloma,
Santisima Virgen,
Soberana aurora,
Arco de los cielos,
Y del sol corona,
Tantas cosas cuentan
Sagradas historias
De vuestra hermosura,
Que el alma me roban.
Que teneis del cielo,
Morena graciosa,
La puerta en el pecho,
La llave en la boca.
Vuestras gracias me cuentan,
Zagala hermosa;
Mientras mas me dicen,
Mas me enamoran.
Dícenme que sois
De las tres Personas
El trono divino
En que asisten todas;
Que ya el Padre eterno
Hija suya os nombra,
El Hijo su madre,
Y el Amor su esposa;
Que ya el vellocino
De la tierra asombra,
Lloviendo las nubes,
De perlas se borda;
Que teneis guardada
En vos una joya,
Que de Dios el pecho
Dignamente adorna.
Vuestras gracias, etc.
Que teneis la cara
Como cuando llora
Sobre blancos lirios
La mañana aljófár;
Que sois nieve pura,
Sobre quien deshojan
Púrpúreos claveles
O encarnadas rosas.
Yo no sé quién sirve
Hermosuras locas,
Flores de la tierra,
Que la muerte corta;
Y deja de amaros,
Divina Señora,
A cuya belleza
La luna se postra.
Vuestras gracias, etc.
Cuéntanme que al templo
Fuistes, Niña hermosa,
Cuyas quince gradas
Las subistes sola;
Que en él ofrecistes,
Para tanta gloria,
Casta vida y alma,
Palabras y obras;
Que, aunque sois casada,
La misma victoria
Tendréis hoy que antes,
Y despues que agora;
Seréis madre y virgen,

Porque os hizo sombra
El Amor divino,
De quien sois esposa.
*Vuestras gracias me cuentan,
Zagala hermosa;
Mientras mas me dicen,
Mas me enamoran.*

LOPE DE VEGA.—*Pastores de Belen.*

485.

Hoy se cumplen años
Que nació la Reina,
La reina María,
Del cielo y la tierra,
Y hoy con justa causa
Todos hacen fiestas
Al dichoso día
Que sus años cuentan.
Por su sol el cielo,
El mar por su estrella,
Y por su señora
La tierra contenta.
Ceñidos de oliva
Los dos labios entra
Al arca del mundo
El Ave que espera.
*Venga norabuena
La Paloma bella,
Norabuena venga.
La zarza divina
Que el fuego respeta,
Vellochino blanco
Sembrado de perlas;
La Reina vestida
De tan varias sedas,
Que asiste en su trono
Del Rey á la diestra;
La vara de almendro
Con sus flores bellas,
Que tiene en su fruto
Tan divina almendra,
Que han juntado en una
Su verde cubierta
De humano y divino
Dos naturalezas.
Venga norabuena, etc.
La serrana hermosa,
Puesto que es morena,
Color para trigo
De la buena tierra;
Trigo de Belen,
Que tantos profetas
Han llamado casa
Deste pan que esperan;
Tierra virgen que ara
Del amor la flecha,
Que es el mismo Dios
El pan y el que siembra,
Hoy viene á poner
A la antigua bestia
La planta de nieve
Sobre la cabeza.
Venga norabuena
La Paloma bella,
Norabuena venga.*

EL MISMO.—Id., id.

486.

Después que atrevido
Adán, codicioso
De ser como Dios,
Tuvo á Dios en poco,
Pues que por cumplir
Los necios antojos
De su bella esposa
Perdió tal tesoro,

Aquella locura
Nos dijo á nosotros
Que el ajeno gusto
Es el nuestro propio.
Adán fué formado
De ceniza y polvo;
Que el polvo de Adán
Nos puso de lodo.
No hay quien á su Eva
No vuelva los ojos,
Y de Dios los quite,
Atrevido y loco.
Por comer manzanas,
Veneno con oro,
Dejamos del alma
El sustento solo.
*Todos somos locos,
Los unos de los otros.*
Cual sigue el palacio
Rico y suntuoso,
Cercado de envidia,
Que es terrible monstruo,
Y el servir al hombre
Por extraños modos
Prefiere al servicio
De Dios poderoso;
Cual pone al gobierno
De la tierra el hombro,
Sin ver que á la tierra
Al fin viene todo;
Cual anda ocupado
En dos mil negocios,
Y los de su alma
Encomienda á otro;
Cual bebe los vientos
Triste y ambicioso,
Que aun para comer
Tiene mil estorbos;
Cual buscando pasa
De la mar los gorfos,
Los indios partos
Del metal sonoro.
*Todos somos locos,
Los unos de los otros.*
Cual sigue el camino
Ancho y deleitoso,
Y el de la virtud
Le parece angosto;
Sigue las costumbres
Del amigo mozo,
La blasfemia, el juego,
Y el decir de todos;
Quién por la belleza
De un hermoso rostro,
Que en la sepultura
Le ha de dar asombro,
Anda desvelado,
Ciego, mudo y sordo,
Comiendo deseos
Y bebiendo enojos;
Cual por dulce fama,
Entre cuerpos trancos,
Trepas las murallas
Y ciega los fosos;
Cual pasa la vida
En deleite y ocio,
Sin ver que la muerte
Dice lo que somos.
*Todos somos locos,
Los unos de los otros.*

LOPE DE VEGA.—*Pastores de Belen.*

487.

*Norabuena vengas al mundo,
Niño de perlas;
Que sin vuestra vista
No hay hora buena.
Niño de jazmines,
Rosas y azucenas,*

Niño de la niña,
Después dél, mas bella,
Que tan buenos años,
Que tan buenas nuevas,
Que tan buenos dias
Ha dado á la tierra.
Parabien merece,
Parabienes tenga,
Aunque tantos bienes
Como Dios posea;
Mientras os tardastes,
Dulce gloria nuestra,
Estábamos todos
Llenos de mil penas;
Mas ya que venistes,
Ya la tierra alegra
Ver que su esperanza
Cumplida en vos sea.
Digan los pastores,
Respondan las sierras,
Pues hombre os adoran
Y Dios os contemplan:
Norabuena vengais, etc.
Que os den parabienes
Y que os hagan fiestas,
A voces lo cantan
El cielo y la tierra.
En el limbo dicen
Reyes y profetas
Que ha venido el bien
Que su mal remedia.
Aves celestiales
Los aires alegran,
Pacifica oliva
Vuelven las adelfas,
Las montañas altas,
Las nevadas sierras,
Aguas en cristales,
Nieve en flores truecan.
Los ecos del valle
«Cristo nace» suenan,
Las fieras se amansan,
Los corderos juegan,
Bajan los pastores
Y serranas bellas,
Y cantando á coros,
Dicen á las selvas:
Norabuena vengais al mundo,
Niño de perlas;
Que sin vuestra vista
No hay hora buena.

LOPE DE VEGA.—*Pastores de Belen.*

488.

Manso Corderito,
Que en viles despojos
De animales rudos
Buscáis socorro;
Blanco trigo en pajas,
Panal sabroso,
Que en la cera virgen
Cupistes todo;
Pajarillo en nido,
Que cantais quejoso,
Porque de alba os cubren
Nevados copos;
Perla de aquel nácar
Que al salir Apolo
Recibió el rocío
Intacto y glorioso;
Almendra en invierno,
Con la flor al tronco,
Blanca y encarnada,
Helado y hermoso;
Pastorcico nuevo,
Que á tantos lobos,
Cruzando el cayado,
Venceréis solo;
Del valle profundo

Terrible asombro,
Por quien los ganados
No temen robos;
Cubiertos de aljófar
Cabellos de oro,
De nacer en tiempo
Tan riguroso;
Boca de claveles,
Del cielo gozo,
Ojos soberanos,
Cielos piadosos,
Callad un poco;
Que me matan, llorando,
Tan dulces ojos.
Niño, á los cristales
Que verteis hermosos,
Mi pecho abrasado
Y el alma pongo;
Pero no merecen
Márgenes toscos
Fuentes celestiales,
Puros arroyos.
Caigan en los rayos
Del sol luminoso,
Y ensarten su aljófar
Sus trenzas de oro,
O en fuentes que cubran
Claveles rojos
Reciban sus perlas
Celestes coros;
Y si son los cielos
Engastes cortos,
Y ángeles y estrellas
Pobres tesoros,
De una Virgen santa
Los pechos solos
Sean destas perlas
Nácar precioso;
Que si os dan sustento,
Podrán con decoro
Ese aljófar puro
Pagar con otro.
De los ojos caigan
Al pecho amoroso,
Y del pecho al labio
Por virgíneos poros.
Mas ¡ay! que llorando
Por mis enojos,
Las rosas se quejan
Del bello rostro.
Callad un poco;
Que me matan, llorando,
Tan dulces ojos.

LOPE DE VEGA.—*Pastores de Belen.*

489.

A mi Niño combaten
Fuegos y hielos;
Solo amor padeciera
Tan gran tormento.
Del amor el fuego,
Y del tiempo el frío,
Al dulce amor mio
Quitan el sosiego,
Digo cuando llevo
A verle riendo:
Solo amor padeciera
Tan gran tormento.
Helarse algun pecho,
Y el alma abrasarse,
Solo puede hallarse
Que amor lo haya hecho;
Niño satisfecho
De fuego y hielo,
Solo amor padeciera
Tan gran tormento.

EL MISMO.—Id., id.

490.

Hoy al hielo nace
En Belén mi Dios,
*Cántale su Madre,
Y él llora de amor.*
Aquel Verbo santo,
Luz y resplandor
De su Padre eterno,
Que es quien le engendró,
En la tierra nace
Por los hombres hoy.
*Cántale su Madre,
Y él llora de amor.*
Como fué su Madre
De tal perfección,
Un precioso nácar
Solo abierto al sol.
Las que llora el Niño
Finas perlas son.
*Cántale su Madre,
Y él llora de amor.*
«No lloréis, mi vida;
Que me dais pasión,»
Le dice la Niña
Que al Niño parió.
Téplanse los aires
A su dulce voz;
*Cántale su Madre,
Y él llora de amor.*

LOPE DE VEGA.—Pastores de Telen.

491.

De una Virgen hermosa
Celos tiene el sol,
*Porque vió en sus brazos
Otro Sol mayor.*
Cuando del oriente
Salió el sol dorado,
Y otro Sol helado
Miró tan ardiente,
Quitó de la frente
La corona bella,
Y á los pies de la Estrella
Su lumbre adoró,
*Porque vió en sus brazos
Otro Sol mayor.*
«Hermosa María,
Dice el sol, vencido,
De vos ha nacido
El Sol que podía
Dar al mundo el día
Que ha deseado.»
Esto dijo, humillado,
A María el sol,
*Porque vió en sus brazos
Otro Sol mayor.*

EL MISMO.—Id., id.

492.

No lloréis, mis ojos,
Niño Dios, callad;
*Que si llora el cielo,
¿Quién podrá cantar?*
Si de hielo y frío,
Niño Dios, llorais,
Túrbase el cielo
Con tal tempestad;
Serenad los soles,
Y el hielo podrá
Deshacer los hielos
Que os hacen llorar.
Cantarán los hombres:
En la tierna paz;
*Que si llora el cielo,
¿Quién podrá cantar?*
Vuestra Madre hermosa,

Que cantando está,
Llorará también,
Si ve que llorais.
O es fuego ó es frío
La causa que os dan:
Si es amor, mis ojos,
Muy pequeño amais;
Enjugad las perlas,
Nácar celestial;
*Que si llora el cielo,
¿Quién podrá cantar?*
Los ángeles bellos
Cantan que les dais
A los cielos gloria
Y á la tierra paz;
De aquestas montañas
Descendiendo van
Pastores, cantando
Por daros solaz;
Niño de mis ojos,
Ea, no haya mas;
*Que si llora el cielo,
¿Quién podrá cantar?*

LOPE DE VEGA.—Pastores de Belén.

493.

Zagalejo de perlas,
Hijo del alba,
*¿Dónde vais, que hace frío,
Tan de mañana?*
Como sois lucero
Del alma mía,
A traer el día
Naceis primero;
Pastor y cordero,
Sin choza y lana,
*¿Dónde vais, que hace frío,
Tan de mañana?*
Perlas en los ojos,
Risa en la boca,
Las almas provoca
A placer y enojos;
Cabellitos rojos,
Boca de grana,
*¿Dónde vais, que hace frío,
Tan de mañana?*
Que teneis que hacer,
Pastorcico santo,
Madrugando tanto
Lo dais á entender,
Aunque vais á ver
Disfrazado al alma.
*¿Dónde vais, que hace frío,
Tan de mañana?*

EL MISMO.—Id., id.

494.

Una Niña y un Niño
Vengo de ver,
*Que Dios ve con ellos
Todo cuanto ve.*
De catorce años
Vi yo una Niña,
Y un Niño divino
De solo un día,
Aunque en sí otra vida
Sin principio tiene,
Que á quien verlos puede
No queda que ver;
*Que Dios ve con ellos
Todo cuanto ve.*
En sus ojos santos
Por niñas los tiene,
Y con ellos mira
Cuanto puede y quiere;
Dichoso mil veces

Quien verlos merezca
Con tanta belleza,
Luz, gloria y poder;
Que Dios ve con ellos
Todo cuanto ve.

LOPE DE VEGA.—*Pastores de Belen.*

495.

Pues andais en las palmas,
Ángeles santos,
Que se duerme mi Niño,
Tened los ramos.
Palmas de Belen,
Que mueven, airados,
Los furiosos vientos
Que suenan tanto,
No le bagais ruido,
Corred mas paso;
Que se duerme mi Niño,
Tened los ramos.
El Niño divino,
Que está cansado
De llorar en la tierra
Por su descanso,
Sosegar quiere un poco
Del tierno llanto;
Que se duerme mi Niño,
Tened los ramos.
Rigurosos hielos
Le están cercando;
Ya veis que no tengo
Con qué guardarlo;
Ángeles divinos,
Que vais volando,
Que se duerme mi Niño,
Tened los ramos.

EL MISMO.—Id., id.

496.

La aldeana graciosa,
Recien parida,
Visitándola reyes,
No les da silla.
Una oscura noche,
Del sol envidia,
Parió la aldeana
De nuestra villa;
Fuimos sus parientes
A ver de día
De riquezas pobres
Claros enigmas.
Hallámosla sola,
Pero tan linda,
Que bajaba el cielo
Todo á servilla;
Mas aunque su madre
Fué un tiempo rica,
Ella estaba pobre,
Mas siempre limpia.
No tuvo en la cama
Ricas cortinas.
El cielo era cielo
Que la cubria;
La cuna fué pajas,
Y las mantillas
Lirios, azucenas
Y clavellinas;
Eran los cristales
Y celosías
Pedazos de hielo,
Por donde mira.
Reyes de Oriente
Tambien caminan,
Oro le presentan,
Incienso y mirra;
Como no las tiene

La hermosa Niña,
Visitándola reyes,
No les da silla.
Columnas, pilastras,
Frisos, cornisas,
De antiguo edificio
Rotas ruinas,
Vacíos descubren,
Donde fabrican
De nieve los vientos
Paredes frias;
Dentro telarañas
Son telas rizas,
Hielos por defuera
Pizarras lisas.
Hacen los pastores
Como que se admiran
De ver que el Inmenso
Se encoge y cifra,
Para las paredes
Donde se arriman,
En tapices que andan,
Figuras vivas.
Ella casa tiene,
Y esta, familia,
Que en este aparato
Reyes reciba;
Reyes que, cubiertos
De oro de Tibar.
Arrastran brocados
Que el mundo estima;
Sillas le han faltado,
Nadie las pida
Adonde los cielos
Ven de rodillas;
Y aunque las promete
Para otro día,
Visitándola reyes,
No les da silla.
No se quejan ellos,
Que antes se humillan;
De mayores reyes
Viene María;
David era santo,
Dios lo confirma;
Sabio Salomon,
Bueno Ecequias.
Mas no fué la causa
No haber quien sirva
Sillas á los reyes
En la visita;
Pajes hay que vuelan,
Y sillas ricas
En otros palacios
Que tiene arriba.
Ser el Rey tan grande
Será por dicha,
Pues basta la gloria
Del que le mira.
No se sientan reyes
Donde él habita;
Que alguno que quiso,
Perdió la silla.
Desde su soberbia
Se están vacías;
Que las humildades
A Dios obligan.
María lo sabe,
Pues es bendita
Por las que en su alma
Los cielos miran.
Como el ser humilde
Tanto la estima,
Visitándola reyes,
No les da silla.

LOPE DE VEGA.—*Pastores de Belen.*

*Venga con el día
La alegría,
Venga con el alba
El sol que nos salva.
Vengan los pastores,
Vengan norabuena,
De adorar al Sol
Y la blanca Estrella;
De ver en el arca,
Jamás abierta,
El maná sabroso
Que nos sustenta,
Y el precioso nácar
Adonde engendra
Aquel alba virgen
Tan blanca perla;
Aquel zagalejo
De la melená,
Que el oro de Tíbar
Por hebras peina,
De quien tantos lobos
Que nos rodean
Dejarán medrosos
La humana selva;
Los montes se alegran
Con su venida.
Venga con el día, etc.
El David valiente
A cuyas piedras
Gigantes armados
Miden la tierra;
Que las humildades
Estima y premia,
Y le ofende tanto
De la soberbia;
El que nace en pajas,
Que tales deudas
Paga á Dios el hombre
Con pajas secas.
Decidnos, pastóres,
Si llora y tiembla
De ver que la muerte
Su cuna ácecha,
O si está contento
De padecerla.
Será lo mas cierto,
Pues la desea;
Y aunque á morir venga,
Si es nuestra vida,
Venga con el día, etc.
El dátil hermoso
Que en ramos cueiga
De la blanca palma,
Victoria nuestra;
Aquel dulce Niño,
Panal de cera,
Que de flores hizo
Tan linda abeja;
El cordero blanco
De la ovejuela,
Que nació de Adán
Sin la mancha negra;
¿Qué dice, qué hace?
Que aquellas quejas
Rasgan corazones,
Y entrañas quiebran.
Mas si en él estriba
Que todos tengan
La vida y remedio
Que de él esperan,
Trate norabuena
De darnos vida.
Venga con el día
El alegría,
Venga con el alba
El sol que nos salva.*

LOPE DE VEGA.—*Pastores de Belén.*

*Buscaban mis ojos
La Virgen pura;
Con el sol en los brazos,
No vi la luna.
Fuera yo á Belén
La noche segunda
Del dichoso parto
Que el mundo ilustra;
Mas decir no puedo,
Que en noche oscura,
Aunque tantas lumbres
La vista ofuscan,
Porque fué tan clara,
Que está en disputa
Si es día ó si es noche
Quien tanto alumbrá.
Portal derribado,
Rotas columnas,
De techos deshechos
Basas difuntas;
Como á nave sola
Que el puerto busca,
Y entre varios vientos
Las ondas sulca,
El puerto y el parto
Juntos se anuncian,
Quedando en su margen
Mi nave surta;
Mas cuando os miraba,
Virgen fecunda,
Con el sol en los brazos,
No vi la luna.
Esa luz divina
Tanto deslumbra,
Que ciega los ojos
Y el alma turba.
Tantos resplandores
Del sol resultan,
Tanta luz esparce
Su frente rubia,
Que la luna hermosa
Ver dificultan,
Con no haber estado
Menguante nunca.
Y aquella Cordera
Sin mancha alguna,
Que ser toda hermosa
De Dios escucha,
Un fértil racimo
La vid oculta,
Un dátil la palma
Que virgen triunfa.
El Ave que de Eva
Quitó la culpa
Y que dió á su Fénix
Purpúreas plumas,
Iba yo á mirarla,
Y estando junta,
Con el sol en los brazos,
No vi la luna.
La que deshiciera
Las blancas puntas
De cuantas estrellas
El cielo ocupan,
Y á la inteligencia
Que á tanta furia
Los nueve primeros
Revuelve y muda,
No vieron mis ojos,
Y amor me acusa,
Mas un sol en otro
Me da disculpa.
La que á la respuesta
De una pregunta
Con sí tan humilde,
Fe tan profunda,
Al Verbo divino
Que amarnos gusta,
Trujo á las entrañas
Divinas suyas;*

Tierra y vellocino
Que el cielo enjuga,
Y que baña en perlas
Celeste lluvia,
Aunque della el mundo
La luz redunde,
Con el sol en los brazos,
No vi la tuna.

LOPE DE VEGA.—*Pastores de Belén.*

499.

Sea bien venida
La blanca Niña,
Venga norabuena
El Niño de perlas.
Esta blanca Niña
Mas que azucena,
Que hace su blancura
La nieve negra,
Porque solo pudo
Tocar en ella
El sol, cuya lumbre
La deja entera;
Que no la deshizo
Con tanta fuerza,
Porque de sus rayos
Fué vidriera;
Esta blanca Aurora
Que lava y peina
Con sus puras manos
Del sol las hebras,
Fugitiva viene
De las tinieblas
Del mayor tirano

Que ay en la tierra,
Que pensó, atrevido,
Con su violencia
Eclipsar la gloria
De vuestra vida.
Sea bien venida, etc.
El Niño amoroso,
Que sin ofensa
De tan bello nácar
Su gloria muestra;
El Niño esperado
De los profetas
Por tantas edades
Que le desean;
El Niño gigante,
Que en la pelea
Matara á la muerte
Que agora reina;
David pastorcillo,
Que las ovejas
Con honda de palo
Guarde y defienda;
El Emperador
De tan grandes fuerzas,
Que en sus mismos hombros
Su imperio lleva;
El fuego divino,
Que no le quema
A la verde zarza
Donde se muestra,
Trae la Princesa
Que nos dió la vida.
Sea bien venida
La blanca Niña,
Venga norabuena
El Niño de perlas.

LOPE DE VEGA.—*Pastores de Belén.*

VILLANCICOS.

500.

AL NACIMIENTO DE CRISTO NUESTRO SEÑOR.

I.

Rendid, hombre pertinaz,
Las armas á vuestro Dios;
Que el Hijo está entre los dos,
Y el ángel metiendo paz.
Viendo el Hijo al Padre airado,
Y al criado sin remedio,
Vistióse y púsose en medio
Porque no muera el criado;
El solamente es capaz
A desenojar á Dios,
El cual está entre los dos,
Y el ángel metiendo paz.
«Paz,» el Hijo y ángel dijo,
Y el Padre, que al Hijo vió,
Brazo y espada blandió,
Y dió el golpe sobre el Hijo.
Bien haya tan buen disfraz
Como tomaste, mi Dios,
Pues quedaréis muerto vos,
Y el hombre vivo y en paz.

LEDESMA.—*Tercera parte de conceptos espirituales.*

501.

II.

Alma, pues os veis mortal,
Dad el pecho al Niño Dios,

Que le tomará de vos,
Y os chupará todo el mal.
Vuestra contagiosa plaga
No le causará lesión;
Que á su fuerte complexion
Nada le empee ni estraga;
Y pues halláis cura tal,
Dalde vuestro pecho á Dios,
Que le tomará de vos,
Y os chupará todo el mal.
Aunque no es bien que deseche
Tal ama como María,
A quien la sabiduría
La da por la mejor leche,
Dalde el vuestro, aunque sea tal;
Que es tan amoroso Dios,
Que le tomará de vos,
Y os chupará todo el mal.

LEDESMA.—*Conceptos espirituales.*

502.

III.

Sin duda, Señor, que amais,
Pues llorais;
Porque tan grande Señor
Y Rey por naturaleza,
Fuera notable flaqueza
El llorar, si no es de amor.
Si el ser eterno de Dios
Es solo el que está en un ser,
¿Qué suceso puede haber

Que os quite ni ponga á vos?
Y pues en un ser estáis,
Y llorais,
Teniendo tan gran valor,
Tal estado y tal grandeza,
Vuelvo á decir que es flaqueza
El llorar, si no es de amor.
Si os sentís de ingratitud,
Alegría de los cielos,
Llorad, que llorar de celos
No es flaqueza, mas virtud;
Ternisimamente amais,
Pues llorais;
Porque tan grande Señor
Y Rey de suprema alteza,
Fuera punto de bajaça
El llorar, si no es de amor.

LEDESMA.—*Conceptos espirituales.*

503.

IV.

Los hombros traigo cargados
De graves culpas, mi Dios;
Dadme esas lágrimas vos
Y tomad estos pecados.
Yo soy quien ha de llorar,
Por ser acto de flaqueza;
Que no hay en naturaleza
Mas flaqueza que el pecar;
Y pues andamos trocados,
Que yo peço y llorais vos,
Dadme esas lágrimas vos,
Y tomad estos pecados.
Vos sois quien cargar se puede
Estas mis culpas mortales,
Que la menor destas tales
A cualquiera peso excede;
Y pues que son tan pesados
Aquestos yerros, mi Dios,
Dadme esas lágrimas vos,
Y tomad estos pecados.

EL MISMO.—Id.

504.

V.

Alma dormida, despierta,
Y escucha el dulce clamor;
Porque esta noche el amor
Te ha echado un niño á la puerta.
No es bastardo, aunque está al hielo,
Ni pobre, aunque á puertas va,
Ni huérfano, con que está
Rico su Padre en el cielo;
Y pues tu dicha es tan cierta,
Estima mucho el favor,
Pues esta noche el amor
Te ha echado un niño á la puerta.
A puertas del corazón
El amor te le ha colgado,
Visto el tiempo que has estado
Sin hijos de bendición;
A sus clamores despierta,
Y escucha el dulce clamor,
Porque esta noche el amor
Te ha echado un niño á la puerta.

EL MISMO.—Id.

505.

VI.

Si en tal peligro he vivido
Antes de ser hombre vos,
Puesto que nacíis, mi Dios,

Yo soy quien hoy ha nacido.
Vine á puertas de la muerte,
Y para mayor desgracia,
Halléme sin vuestra gracia,
Que es la mas infeliz suerte;
Vine del todo perdido,
Sin bien, sin gusto, sin Dios;
Y pues lo cobro por vos,
Yo soy quien hoy ha nacido.
Halléme en cautividad
De la culpa, un gran tirano,
Y vi que sola esa mano
Me pudo dar libertad;
Y pues tal dicha he tenido,
Que sois Redentor y Dios,
Puesto que nacíeis vos,
Yo soy quien hoy ha nacido.

LEDESMA.—*Conceptos espirituales.*

506.

VII.

*Agua, Dios, agua;
La tierra la demanda.*
Es nuestro cuerpo mortal
Tierra que pide sembrarla,
Y es menester cultivarla
Para que dé fruto tal,
Y pues es tan natural
Querer la tierra rocio,
Y vuestro llanto, Dios mío,
Es agua que pide el alma,
Agua, Dios, agua, etc.
Es un bochorno el pecado,
Que desmaya al pecador;
Corred, ábrego de amor,
Porque llueva en su sembrado;
Que si el mes mas abrasado
Se refresca con llover,
Con esta podrá coger
El hombre fruto de gracia.
Agua, Dios, agua, etc.
El alma por si no tiene
Humor con que sustentarse,
Y será fuerza secarse
Si tal lluvia no le viene;
Procesiones de agua ordene
La humilde y sabia Oración,
Y cante en la procesion
La naturaleza humana:
Agua, Dios, agua, etc.
También os toca llover,
Ojos de mi corazón;
Que nubes de contrición
Bien pródigas suelen ser;
Mas agua clara ha de ser,
Con la que la tierra medra.
Porque será envuelta en piedra
Si de mas respetos mana.
*Agua, Dios, agua;
La tierra la demanda.*

EL MISMO.—Id.

507.

AL DULCÍSIMO JESUS.

¿Por qué lágrimas tan puras
Derramais?
Por mi es, Dios, á quien amais.
Veo estaros adorando
Ángeles y serafines,
Y los altos querubines
Vuestro poder alabando;
¿Por qué están ellos cantando,
Y vos llorais?
Por mi es, Dios, á quien amais.
Ese grito dulce y puro,

Dado con tanta afición,
Ablandará el corazón
Mas empedernido y duro;
Vuestro lloro es un seguro
Que me dáis;
A mí es, Dios, á quien amais.
Está el alma enterneciendo
Vuestro llorar tan suave
A la Reina y Virgen grave
Que os está en brazos teniendo;
¿Por qué, rey del cielo siendo,
Así tembláis?
Por mí es, Dios, á quien amais.
Venís, siendo Dios, al suelo,
Y en fuego de amor ardeis,
Porque, como Dios, quereis
Darme gloria allá en el cielo;
Mas ¿por qué en tan tierno velo
Acá os mostráis?
Por mí es, Dios, á quien amais.
Era imposible morir
Siendo vos Dios soberano,
Y tomastes traje humano,
Mi Dios, por me redimir;
La muerte habréis de sufrir,
Que buscáis;
A mí es, Dios, á quien amais.

DIEGO CORTÉS. — *Discursos del varon justo, etc.*

508.

AL DIVINO VERBO NACIDO.

Hombre, mira á Cristo al hielo,
Do el amor lo está abrasando,
Dulces lágrimas llorando
Por llevarle al alto cielo.
De la mas sublime altura
Voló del seno del Padre,
Y nace de virgen madre
En esta tierra tan dura.
Como hombre siente el hielo,
Mas amor lo está abrasando,
Dulces lágrimas llorando
Por llevarle al alto cielo.
Viene en traje de mortal
Encubierto y disfrazado,
Aunque es Dios, con gran cuidado
A dar remedio á tu mal;
Mira debajo aquel velo
Cómo amor lo está abrasando,
Dulces lágrimas llorando
Por llevarle al alto cielo.
Sacará de cautiverio
Del infernal capitán
Los descendientes de Adán,
Opresos del crudo imperio;
Viene con divino celo
A la muerte amenazando,
Dulces lágrimas llorando
Por llevarle al alto cielo.
La oveja descarriada
Hallará, aunque esté perdida,
Mas costará la vida
Hazaña tan afamada.
Mira al dador del consuelo
En un pesebre llorando,
Dulces lágrimas llorando
Por llevarle al alto cielo;
Mira á la Virgen entera
Cómo da el virgineo pecho
Al heredero derecho
De la celestial esfera;
Mira al que enriquece al suelo,
De flores lo matizando,
Dulces lágrimas llorando
Por llevarle al alto cielo.

EL MISMO. — *Id.*

509.

AL DULCÍSIMO JESUS EN EL DIVERSORIO DE BELEN.

Pues siendo tan gran señor,
Teneis corte en una aldea,
¿Quién hay que claro no vea
Que estáis herido de amor?
No es menos de que en el suelo
Hay prenda que mucho amais,
Pues el temblor que le dáis
Jamás le distes al cielo;
Y pues por darle favor
Teneis corte en una aldea,
¿Quién hay que claro no vea
Que estáis herido de amor?
Esas lágrimas tan puras
Y ese grito enternecido,
¿Qué son sino de un subido
Amor regalo y dulzura?
Y pues ya, de amantes flor,
Teneis corte en una aldea,
¿Quién hay que claro no vea
Que estáis herido de amor?
Teneis con vos la mas grave
Virgen de las que han nacido,
Que de cuantas son y han sido
La mas bella es que se sabe;
Y pues de tal resplandor
Teneis madre en una aldea,
¿Quién hay claro que no vea
Que estáis herido de amor?
Hallan-os los cortesanos
De vuestro reino eternal,
Hombre y Dios en un portal,
De amor ligadas las manos;
Pues el rústico y pastor
Que quiere os halla en aldea,
¿Quién hay que claro no vea
Que estáis herido de amor?
Puesta corte, incontinentemente
Mandastes venir á ella
Ángeles, Reyes y estrella
Del cielo y del rojo oriente;
Y pues, humano amparador,
Haceis cortes en aldea,
¿Quién hay claro que no vea
Que estáis herido de amor?

DIEGO CORTÉS. — *Discursos, etc.*

510.

AL NACIMIENTO TEMPORAL DE JESUS.

Allá á la mitad del cielo
La muda noche subía,
Cuando el que el cielo regia
De virgen nace en el suelo.
Despierta y orando estaba
La alta Reina en un portal,
Y su parto virginal
A mas andar se acercaba;
Mas cuando en mitad del cielo
La muda noche subía,
El que los cielos regia
De virgen nace en el suelo.
Vido de mil resplandores
Vencida la noche oscura,
Y el cantar y hermosura
De seráficos cantores;
Y cuando en mitad del cielo
La sacra noche subía,
El Rey que cielo regia
De virgen nace en el suelo.
«Hijo del eterno Padre,
Dijo aquella pulcra Aurora,
¿Si se llega ya la hora
En que os vea vuestra Madre?»
Mas ya que en mitad del cielo

La dulce noche subía,
Aquel que el cielo regia
De virgen nace en el suelo.
Lleno de gran resplandor,
En aquel divino instante
Nació el poderoso Infante,
Todo abrasado de amor;
Fué cuando en mitad del cielo
La alegre noche subía,
Al tiempo que de María
Nace el Verbo en este suelo.

DIEGO CORTÉS.—Discursos, etc.

511.

AL MISMO ASUNTO.

Alégrese tierra y cielo,
Pues el Verbo que ha nacido
Viene, siendo Dios, vestido
De carne en humano velo.
De la raíz de Jesús
Salió la graciosa vara
De mas frescor y mas clara
Que en jamás será ni fué;
Della hizo el Verbo cielo,
Y fué tan esclarecido,
Que sale de allí vestido
De carne en humano velo.
De esta tan sublime planta,
Por ser de tanta beldad,
Tomó la suma Bondad
Su carne preciosa y santa;
Hoy se regocija el suelo,
Pues en tanto lo ha tenido
Dios, que en él sale vestido
De carne en humano velo.
En supuesto soberano,
Por María, virgen pura,
Junta Dios con gran dulzura
Lo divino con lo humano;
Muéstrase el Verbo en el suelo,
Del alto cielo venido,
De amor llagado y herido,
Debajo de humano velo.
Por amor se eclipsará
Esta clarísima luz,
Cuando muriendo en la cruz,
A la muerte vencerá.
La nieve siente y el hielo,
Aunque es Dios de Dios venido,
Porque Dios está vestido
De carne en humano velo.
En traje de humanidad
Nace el Verbo con cuidado
Por destruir el pecado
Y dar á Dios su heredad;
Quiere dar al hombre el cielo
Por ser su amor tan subido;
Y así, se muestra vestido
De carne de humano velo.

EL MISMO.—Id.

512.

¿Que sentis, oh Virgen pia,
Nacida de vos tal flor?
—Sácame de mí el amor,
Viendo la corona mia.
—Viendo que el Verbo ha tomado
De vos la carne tan pura,
¿Que sentis?—La grande altura
En que Dios me ha sublimado.
—¿Y qué en ver, oh Virgen pura,
En vuestros brazos tal flor?
—Sácame de mí el amor,
Viendo la corona mia.
—¿Que sentis, Virgen graciosa.

Viendo carne tan sagrada,
En el Verbo dedicada
Por vía tan gloriosa?
—Siento divina alegría.
—¿Y qué en ver tan gran favor?
—Sácame de mí el amor,
Viendo la corona mia.
—¿Que sentis, sellada Fuente,
Entendiendo á qué ha venido
El Verbo de amor herido
Con tanta luz vuestra mente?
—Siento dolor y alegría,
Mas en medio del dolor,
Sácame de mí el amor,
Viendo la corona mia.
—¿Que haréis, Puerta del cielo,
Torre de David muy fuerte,
Cuando en cruz hiele la muerte
La flor de vuestro consuelo?
—Enturbiaré mi alegría
Con la fuerza del dolor,
Y anublarse ha allí el calor
Del consuelo y alegría.
—¿Que haréis, Fuente de huertos,
Ciprés del monte Sion,
Cuando en la resurreccion
Salga el Verbo dentre muertos?
—Será eternal mi alegría,
Y esperando tal dulzor,
Sácame de mí el amor,
Viendo la corona mia.

DIEGO CORTÉS.—Discursos, etc.

513.

Callá, mi Niño, callá;
No lloreis, callad ahora,
Porque no digan que llora
Un niño que es hombre ya.
El hielo os trata de modo
Que no es mucho que os asombre;
Pero ya, Señor, sois hombre,
No hay sino pasar por todo.
Mal el tiempo os tratará,
Pero sufrid por acá,
Porque no digan que llora
Un niño que es hombre ya.
Sepamos de qué llorais;
Porque si amores teneis,
No me espanto que lloreis,
Aunque mas hombre seais.
¿Son amores? Pues llorá;
Que ni me espanta que llora
Ni de ver que se enamora
Un niño que es hombre ya.

LEDESMA.—Concejos espirituales.

514.

Esclavos y fugitivos,
Presto tendréis libertad;
Que uno de la Trinidad
Viene á rescatar cautivos.
Bueno está de conocer
De adónde es y á lo que viene,
En el hábito que tiene
Y en la cruz que ha de traer.
Ea, esclavos, andad vivos,
Apellidada libertad;
Que uno de la Trinidad
Viene á rescatar cautivos.
No perdais la coyuntura
De tan felice ocasion;
Que es general redencion,
Y no quedara criatura.
En los precios excesivos
No pondrán dificultad,
Porque trae gran cantidad
Para redimir cautivos.

EL MISMO.—Id.

515.

En un monte desta sierra
Hoy se descubre un tesoro,
Y con ser subido el oro,
Sale con mezcla de tierra.
No trae su propio color
Por la mezcla con que viene,
Pero sus quilates tiene
Sin perder de su valor;
Y la mina desta sierra
Tan precioso es su tesoro,
Que á mi me viene de oro
Que traiga mezcla de tierra.
Para que con su caudal
Ser señor del cielo pueda,
Harán del una moneda
Con armas de Portugal;
Y aunque tal valor encierra,
No le guardarán decoro,
Pues conociendo ser oro,
Han de querer que sea tierra.

LEDESMA. — *Conceptos*, etc.

516.

No penseis, piadosos cielos,
Que por verse Dios acá,
Llorando, cual-veis, está,
Sino que es un llora-duelos.
No por verse deste modo
Entre animales metido
Está Dios arrepentido;
Que aquí se lo goza todo.
La gloria de aqueles cielos
La tiene donde él está;
Que el llorar cual-veis acá,
Es por ser un llora-duelos.
Es Dios quien ha de pagar
Mis duelos y mis quebrantos,
Y como ve que son tantos,
Ya los empieza á llorar.
Alegria de los cielos,
Llorá, si quereis, llorá;
Que todo mi bien está
En ser vos el llora-duelos.

EL MISMO. — *Id.*

517.

Mi Padre me envía, Madre,
A que me vistas aquí,
Y aunque me veis así,
No me he ido de mi Padre.
Sabed que vengo á un mandado,
Y aunque solo me he venido,
Dios es mi padre, que ha sido
El propio que me ha enviado.
Vestidme, querida Madre;
Que me vengo á estar aquí,
Y aunque me veis así,
No me he ido de mi Padre.
No me está el vestido mal,
Que para invierno y aldea
Yo me contento que sea
De un limpio y pardo sayal.
No lloreis, señora Madre,
De verme vestido así;
Que pienso rasgarle aquí
En servicio de mi Padre.

EL MISMO. — *Id.*

518.

Dios nos ama tan de veras,
Que entre animales está;
Señal de que es hombre ya,

Que aun hará vida entre fieras.
Bien que Dios era primero
Terrible de condicion,
Mas ya, de un bravo leon,
Se ha vuelto un manso cordero;
Y sus cóleras primeras
Enfrenado se las ha;
Señal de que es hombre ya,
Que aun hará vida entre fieras.
No temais que por Dios quiebre,
Pues cuando el mundo le hospeda
No le da cama, y se queda
A dormir en un pesebre;
Aqueste es amor de veras,
Pues entre bestias se va;
Señal de que es hombre ya,
Que aun hará vida entre fieras.

LEDESMA. — *Conceptos*, etc.

519.

Llorad, mi Niño y mi luz,
Pues sin hacer travesura,
Hoy señor Padre os la jura
Y os está haciendo la cruz.
Aunque sabe vuestro Padre
Quien pudo en la huerta entrar,
Os manda á vos azotar,
Sin que os valga vuestra Madre.
Seréis, mi Niño y mi luz,
Quien pague la travesura;
Que hoy vuestro Padre os la jura
Y os está haciendo la cruz.
Llorar, mi Niño, podeis,
Pues á tal tierra venistes,
Que lo que vos no comistes,
Quieren que vos lo pagueis;
Y aunque el mundo tiene luz,
Que es suya la travesura,
El mesmo mundo os la jura
Y os está haciendo la cruz.

EL MISMO. — *Id.*

520.

Niño, que por darme vida
Te pusiste mi vestido,
Bien que te viene nacido,
Mas no es hecho á tu medida;
Aunque eres, si bien se apura,
Tan grande como tu Padre,
Hoy te da señora Madre
Un vestido de criatura;
Traerásle toda la vida,
Sin mudar otro vestido,
Mas andarás encogido,
Por ser hecho á mi medida.
No te vendrá nada holgado;
Que, aunque paño baladi,
Primero que dé de sí
Le tendrás todo rasgado;
Y aun te costará la vida
El habértele vestido,
Porque te traerá molido
El ser hecho á mi medida.

EL MISMO. — *Id.*

521.

Aquel salir como sale,
Y el venir Dios como viene,
No hay misterio que le iguale
De cuántos el mundo tiene.
Estar el placer llorando,
El fuego temblar de frio,
La fortaleza sin brio,
La justicia perdonando,

Con leche se sustentando
El que á todos nos mantiene,
No hay misterio que le iguale
De cuantos el mundo tiene.
Querer la Divinidad,
La suprema y grande alteza,
Tomar tan débil bajeza
Como nuestra humanidad;
La suprema Eternidad
Venir por nos, como viene,
No hay misterio que le iguale
De cuantos el mundo tiene.

UBEDA.—*Cancionero*. — El anterior villancico es una imitacion del que dice: *Aquel si sale, no sale*.

522.

El venir Dios como viene,
Y el salir Dios como sale,
No hay misterio que le iguale
De cuantos el mundo tiene.
El concebir sin varon,
Parir á su Hijo y Padre,
Quedar virgen y ser madre
No tiene comparacion;
Venir el bravo Leon
Tan humilde como viene,
No hay misterio que le iguale
De cuantos el mundo tiene.
Querer la Divinidad
La suprema y grande alteza,
Bajar á tanta bajeza
Como nuestra humanidad;
Querer la suma Bondad
Venir mortal, como viene,
No hay misterio que le iguale
De cuantos el mundo tiene.
Ver hechura al Hacedor,
Y saber de bien y mal,
Y ver nacido mortal
Al inmortal Criador;
Y salir de sí de amor
El que todo lo sostiene,
No hay misterio que le iguale
De cuantos el mundo tiene.

EL MISMO.—Id.—Imitacion del que dice: *Aquel si viene, no viene*.

523.

¿Sabes las nuevas, Miguel,
Que se suena allá en la villa?
Que una virgen pastorcilla
Hoy ha parido un doncel.
—¿Cómo del seno del Padre
Ha abajado el Hijo eterno,
Hoy nacido niño tierno,
Quedando virgen su madre?
—¿Qué te parece, Miguel,
De tan alta maravilla,
Que una virgen pastorcilla
Hoy ha parido un doncel?
—Paréceme, Anton hermano,
Que es Dios eterno impasible,
Pues hoy nace hecho pasible
Por dar vida al ser humano.
—No dudes dello, Miguel,
Pues se suena por la villa
Que una virgen pastorcilla
Hoy ha parido un doncel.

EL MISMO.—Id.

524.

Pastorcico, tú, que vienes
Donde mi Señora está,
Di, ¿qué nuevas hay allá?
—Hay maravillas que ver,
Que perturban el sentido;
Digoos que Dios es nacido
Esta noche, de mujer.
Vi cantar y vi tañer
Donde la Virgen está;
Y estas nuevas hay allá.
Oí cánticos divinales
En el pobre portalejo;
Cantan la Madre y el Viejo
Con los coros celestiales.
Puesto entre dos animales
Todo nuestro bien está;
Y estas nuevas hay allá.
Hay tantos de musicorios,
Que es para maravillar;
Tanto danzar y bailar,
Que parecen desposorios,
Y llena de relumbrorios
Aquella casilla está;
Y estas nuevas hay allá.
Pastores de mil maneras
Le van á besar las manos,
Juan y Mingo y sus hermanos,
Y Pabros, el de las eras;
Tantas mozas cantaderas,
Que placer os tomará;
Y estas nuevas hay allá.

FRANCISCO DE OCAÑA.—*Cancionero*.

525.

Pastorcico enamorado,
Enhorabuena vengaís,
Pues tal alborada daís
De gloria á vuestro ganado.
Hácese hombre el Redentor,
Encendido en viva llama,
Por dar jaque con su dama
Y mate al competidor;
Bien mostráis estar llagado
En el pesebre do estáís,
Pues tal alborada daís
De gloria á vuestro ganado.
Da al alma tanta alegría
Vuestra voz, y es tan suave,
Que bien mostráis ser el Ave
Que el ángel trujo á Maria;
De pobre estáís disfrazado,
Pero muy rico os mostráis,
Pues tal alborada daís
De gloria á vuestro ganado.
Hay tanta humildad en vos,
Que amais á los pecadores
Con saber que son amores
Tan peligrosos, mi Dios;
Bien mostráis donde han llegado
El aficion con que amais,
Pues tal alborada daís
De gloria á vuestro ganado.

UBEDA.—*Cancionero*.

526.

Aquejado del amor,
Envía Dios su Hijo eterno
A que en medio del invierno
Se curta para pastor.
Dios, divino mayoral,
Muy diestro en guardar ganado,
A su Hijo hoy ha asentado
Desde niño por zagal;

Y porque cuando mayor
Le ha de dar todo el gobierno,
Quiere en medio del invierno
Se curta para pastor.
Trae un pellico vestido
De lana de su ganado,
Que por ser del mas amado
Por librea lo ha escogido;
Mas aunque en lana y color
Se muestra cordero y tierno,
Es Dios, que aunque mas eterno,
Se curte para pastor.
El pastor que no ha probado
A sufrir el recio frio,
No tiene valor ni brio
Cual pide un garzon chapado;
Mas Dios, que de puro amor
Se hace al hielo muy tierno,
Sin duda saldrá este invierno
Curtido para pastor.

UBEDA. — Cancionero.

527.

Los ojos del Niño son
Graciosos, lindos y bellos,
Y tiene un no sé qué en ellos,
Que me roba el corazon.
Lo que mas suele robar
En el verdadero amor,
Y descubrir mas favor,
Es un alegre mirar;
Pues que si las vistas son
De quien tiene ojos tan bellos,
Envia un no sé qué en ellos,
Que traspasa el corazon.
La blanca frente y su vuelo,
La ceja tan bien sacada,
La boquita colorada,
Cierto son cosas del cielo;
Pero sobre todos son
Los ojos, que en solo vellos,
Un no sé qué que hay en ellos
Me captiva el corazon.
Bien alcanzo yo á sentir
Que me roban, mas no siento
El con qué, ni el sentimiento
Da lugar á lo decir;
Y esta es toda la razon
Del decir, tratando dellos,
Que tiene un no sé qué en ellos
Que me roba el corazon.
Pidole quiera mirarme,
Porque viéndose él en mí,
El mirar y amarse allí
Es mirar por mí y amarme;
Nunca yo le di ocasion
Para que sus ojos bellos
Quiera el Niño no ponellos
Sobre mí de corazon.

EL MISMO.—Id.

528.

Los ojos del Niño son
Graciosos, lindos y bellos,
Y tiene un no sé qué en ellos,
Que me roba el corazon.
Todo el Niño está manando
De todas partes amor,
Y de celestial olor
Suave fragancia dando;
Mas sus ojos bellos son
Soles que muero por vellos,
Por tener no sé qué en ellos,
Que me roba el corazon.
Solian irse mis ojos
Tras un trapo colorado,
En sangre y carne cebado,

R. y C. S.

Y en cumplir con mis antojos;
Ya se me van con razon
Tras los del Niño por vellos;
Que tiene un no sé qué en ellos,
Que me roba el corazon.
Estármelos he mirando
Continuo sin descansar,
Siquiera por me pagar
De lo que he estado ayunando;
Que hallan gran trabazon
Estos mis ojos con ellos,
Porque no sé qué hay en ellos,
Que me roba el corazon.

UBEDA. — Cancionero.

529.

Pastores, doy-os por nueva
Que tenemos en la villa
La flor de la maravilla.
Es flor tan maravillosa,
Que en el mundo es la mas bella,
Y por ser tan olorosa,
Quiso Dios ser fruto della;
Tal Madre, siendo doncella,
Con razon podrán decilla
La flor de la maravilla.
De todas las maravillas
No hay cosa que tanto asombre
Como, por poblar las sillas,
Dios eterno hacerse hombre;
Por eso le dan por nombre
A la que dió tal semilla,
La flor de la maravilla.
El sol que bajó del cielo
Alegro esta flor bendita,
Y cuando muera en el suelo
Quedará mística y marchita;
Mas viendo que resucita,
Será rosa, y no pardilla,
La flor de la maravilla.

EL MISMO.—Id.

530.

Enojado está Luzbel
Y aquella infernal cuadrilla
Porque ha nacido en la villa
Quien ha de privar mas que él.
Pena, Tormento y Dolor
Con Luzbel así combaten,
Que no hay duda que le maten,
Naciendo este gran Señor;
Y es la causa, que hay en él
Y en los suyos tal rencilla
Porque ha nacido en la villa
Quien ha de privar mas que él.
De tormento duro y fuerte
El alma tiene afligida,
Porque hoy nasce la vida,
Causa de su eterna muerte;
Que es el sagrado Emanuel,
Señor de la eterna silla,
Que hoy ha nacido en la villa
Para que muera Luzbel.
Anda todo alborotado
Porque á él se le semeja,
Que para sanar la oveja
Nasce el pastor disfrazado;
Y así, bebe amarga hiel
El y toda su cuadrilla
Porque ha nacido en la villa
Quien ha de privar mas que él.

EL MISMO.—Id.

531.

Una Virgen y un Cordero
Hoy sin abrigo se ven,
Porque no quiso Belen
Mas que abrigar el dinero.
No hay orden que los alojen;
Que en materia de alojar,
Tan solo para pelar,
Gente de pelo recogen.
Solo al cierzo helado y fiero
En noche oscura se ven,
Pues no hay abrigo en Belen
Mas que abrigar el dinero.
En posadas de Interés
Solo al dinero se adula;
Que para gente de á mula,
Posta el mas pesado es;
Y al mismo Dios verdadero,
Si en traje pobre le ven,
No abrigarán en Belen,
Porque abrigan el dinero.

ALFONSO DE BORILLA.—*Nuevo jardín de flores divinas.*

532.

Si quereis ver dónde está
Dios-hombre, llegad, Benito,
Al portal, y al mas chiquito
Que preguntéis, lo dirá.
Es tan pequeño á lo humano,
Que súbdito vino á ser,
Y en forma quiso nacer
De miserable gusano.
Dios hecho gusano está;
Id á buscarlo, Benito,
Al portal; que al mas chiquito
Que preguntéis, lo dirá.
José y una Virgen pura
Adoran á un tierno Infante,
Que, aunque en potencia es gigante,
Es mínimo en la estatura;
Y si porque en carne está
No da muestras de infinito;
Buscadle; que al mas chiquito
Que preguntéis, lo dirá.

EL MISMO.—Id.

533.

No vais de aquí, doncella,
Pues hace la noche fria;
Posada aquí os daría.
Decidme, ¿dónde venis,
Doncella linda y graciosa?
¿Para qué tierra partís?
No parecéis sino rosa;
Véos toda hermosa.
Si sois vos santa Maria,
Posada aquí os daría.
Yo sé que es profetizado
Que ha de venir á encarnar
El Mesías esperado,
Para habernos de salvar;
Yo lo creo sin dudar,
Que en vuestro vientre venia;
Posada aquí os daría.
La noche es muy temerosa
De agua, frio y viento;
Del todo es muy espantosa,
Sin ningún abrigamiento;
Otra posada no siento
Por aquí sino la mía;
Posada aquí os daría.
Veo que venis preñada,
Y en los dias de parir;
Yo os daré esta posada,
No os queráis de aquí partir;
Yo vos prometo servir
Con muy grande alegría;

Posada aquí os daría.
Al buey y á la borriquilla
Daréis un poco de heno;
Daréis la cebadilla
Y algun pan de centeno;
Todo lo tengo muy bueno,
Beberán del agua fria;
Posada aquí os daría.
Las puertas están cerradas
De todo aqueste lugar,
Y no hallaréis posadas
Ni quien os quiera albergar;
Aquí os podeis quedar
Hasta que sea de día;
Posada aquí os daría.

LOPE DE SOSA.—*Villancicos*.—Sin lugar de impresion, inserta al núm. 31 del tomo primero de la *Foresta* de don Juan Nicolás Böhl de Faber.

534.

Nacer el sol de una estrella
Solo se vió en este día,
Que nace Dios de Maria,
Quedando madre y doncella.
En la Virgen con tal arte
Usó Dios de su primor,
Que lo mas en lo menor,
Y el todo encerró en la parte;
Y grandeza como aquella
Hoy muestra lo que encubria,
Y nace Dios de Maria,
Quedando madre y doncella.
Que el Sol de justicia salga
Donde le podamos ver,
Y que sola una mujer
A tan gran efecto valga;
Extrañeza como ella
Hoy solo ver se podia,
Que nace Dios de Maria,
Quedando madre y doncella.
Solo desta Virgen pura
Esto se puede esperar,
Que por humilde alcanzar
Mereció tan gran ventura.
Llegad con su Hijo á vella,
Y allí veréis, alma mia,
Que nace Dios de Maria,
Quedando madre y doncella.

FRAY PEDRO DE PADILLA.—*Jardín espiritual, etc.*

535.

Si el amor no lo trazara,
¿Quién supiera
Pedir á Dios que bajara
Do para morir naciera!
Amor le hizo bajar
Del seno amado del Padre,
Y amor escogió la madre
Que á Dios se le pudo dar;
Y si amor no lo ordenara,
Nadie hubiera
Que á Dios del cielo bajara
Do para morir naciera.
De ninguna cosa creo,
Sino del divino amor,
Que en sí tuviera valor
Para tener tal deseo;
Que si aquel no lo intentara,
¿Quién pudiera
A Dios que al suelo bajara,
Y para morir naciera!
Por amor, alma, os compuso
Este niño celestial,
Que con amor sin igual
Hoy á nacer se dispuso;
Que si tanto no os amara,

¡Quién tuviera
Fuerzas con que le bajara
Do para morir naciera!

FRAY PEDRO DE PADILLA.— *Jardín espiritual*, etc.

536.

Niño sagrado y bendito,
Nazcais norabuena acá;
Que con vos nuestro delito
Desculpado quedará.
Del trono vuestro sagrado
Os baja el amor rendido,
Para que el hombre perdido,
Por vos quede reparado;
Y ese poder infinito
En esto se mostrará,
Que con vos nuestro delito
Desculpado quedará.
A no estar vos de por medio,
Nunca el hombre libre fuera;
Que sin vos nadie pudiera
Darle bastante remedio;
Que aunque os mostrais pequeñito,
Tal grandeza en vos está,
Que con vos nuestro delito
Desculpado quedará.
En el nombre descubris
Lo que pretendéis hacer,
Jesus dulce, y que á nacer
Para salvarnos venis;
Y en solo este sobrescrito
Esperanza se nos da
Que con vos nuestro delito
Desculpado quedará.

EL MISMO.—Id.

537.

El que á darnos vida viene,
Y tan pobre al mundo sale,
El cielo todo no tiene
Riqueza que se le iguale.
Este, que en pobres pañales
Veis envuelto, niño tierno,
Es vida, ser y gobierno
De los coros celestiales,
Y con su poder sostiene
Lo que mas y menos vale;
El cielo todo no tiene
Riqueza que se le iguale.
Alma, para que se cobre
El bien que perdistes vos,
Todo el tesoro de Dios
Nace de una virgen pobre;
Y él sabe que así conviene
Que el divino amor señale,
Puesto que el cielo no tiene
Riqueza que se le iguale.
La soberana grandeza
Tan pobre quiere nacer,
Solo para enriquecer
Con esto nuestra pobreza,
Y porque al pobre que pene
Tal desnudez le regale;
Mas tierra y cielo no tiene
Riqueza que se le iguale.

EL MISMO.—Id.

538.

La corte está en el aldea,
Pues de los reyes el Rey
Entre un asnilla y un buey
Nace en Betlem de Judea.
El que á los reyes del suelo

Da los reinos y el poder,
Quiso venir á nacer
Desde la corte del cielo;
Y siendo supremo Rey,
Mi salud tanto desea,
Que entre un asnilla y un buey
Nace en Betlem de Judea.
Mirá el amor soberano
Que os tiene el Rey celestial,
Que la persona real
Cubre del sayal humano;
Y con dar á toda ley
Cuanto el sol mira y rodea,
Entre un asnilla y un buey
Nace en Betlem de Judea.
Una Reina le ha tenido
En sus entrañas cerrado,
De do sale disfrazado
Con el rústico vestido;
Y aunque es del cielo la grey
Que en su servicio se emplea,
Entre un asnilla y un buey
Nace en Betlem de Judea.

FRAY PEDRO DE PADILLA.— *Jardín espiritual*, etc.

539.

Buen Jesus, por quien suspiro,
Duelan-os ya mis enojos,
Pues sois el Dios de los ojos,
De los ojos con que os miro.
Sois el bien de mi querer,
Sois mi descanso y mi gloria,
Sois el bien de mi memoria,
Sois por quien yo tengo el ser;
Sois el blanco donde tiro
Para no tener enojos,
Y sois el Dios de los ojos,
De los ojos con que os miro.
Sois, mi Dios, suma hermosura,
Sumo bien, sumo primor;
Sois todo un suave amor,
Vos sois la mesma dulzura;
Y pues soy vuestra figura,
Mi Jesus, por quien suspiro,
Mirad no quiteis los ojos
De los ojos con que os miro.
Solo sois el que alegráis
Aquestos ojos llorosos,
Si con esos tan graciosos
Alguna vez me miráis;
Y es cierto, si os olvidáis
De mirarme, que yo espiro,
Porque dan vida esos ojos
A los ojos con que os miro.
Y pues solo con miraros
Quedo yo rico y dichoso,
No queráis, Niño gracioso,
De tal consuelo privarme;
Porque esos ojos quitarme
No hay para mi mayor tiro,
Que son niñas de los ojos,
De los ojos con que os miro.

UREDA. — *Cancionero*. — Es un villancico imitando al que dice:
Niña por quien yo suspiro.

540.

En brazos de una doncella
Un Infante se adormía,
Y en su lumbre parecia
Sol nacido de una estrella.
Estando el niño durmiendo
En los brazos virginales,
Cortesianos celestiales
Le guardan y están sirviendo.
Los cielos está rigiendo
En brazos de una doncella,

Y en su lumbre parecía
Sol nacido de una estrella.
En pesebre reclinado,
Muestra tan alta grandeza,
Que en la mas baja pobreza
Dios y hombre es adorado;
Al mundo tiene admirado
Tal Infante y tal doncella,
Que en su lumbre ha semejado
Sol nacido de una estrella.

UBEDA. — *Cancionero.*

541.

Carillo, vamos los dos
A ver la gloria en el suelo;
Que está Belen hecho cielo
Ya por el cielo de Dios.
En un pesebre nos llama
Quien solo cabe en su ser,
Y su gloria pienso ver
Por el cielo de la cama.
Vamos a verle los dos,
Que (aunque en pesebre y al hielo)
El portal está hecho cielo
Ya por la gloria de Dios.
Llorar por el hombre tanto
Es indicio singular
Que le habemos de gozar
Por vida del cielo santo.
Vamos; que pues de los dos
Es vida, gloria y consuelo,
Carillo, el portal es cielo
Ya por el cielo de Dios.

BONILLA. — *Nuevo jardín de flores, etc.*

542.

Virgen, ¿tal paristes vos
Entre una mula y un buey?
¡Qué lindo hombre para Rey!
Qué lindo Rey para Dios!
En este mundo incapaz,
Por la original comida,
Sin Dios no puede haber vida
Ni sin Rey puede haber paz;
Mas hoy, Virgen, distes vos
Deidad, carne, vida y ley;
¡Qué lindo hombre para Rey!
Qué lindo Rey para Dios!
Aunque en cielo y tierra basta
Dios con su oculto poder,
Quiere el hombre conocer
Un Dios y Rey de su casta;
Y en un subgeto dais vos
Hombre y Dios a toda ley;
¡Qué lindo hombre para Rey!
Qué lindo Rey para Dios!

EL MISMO. — *Id.*

543.

Pues Dios quiso que se iguale
El hombre con su deidad;
Ya es Dios nuestra humanidad;
Que oro es lo que oro vale.
Porque su cuerpo de tierra
Está en Dios incorporado,
Subió al hombre a tal estado,
Que es Dios, pues a Dios encierra;
Y es justo el nombre se iguale
De el hombre con la deidad,
Pues es Dios la humanidad;
Que oro es lo que oro vale.
Cuando la pobre aldeana
Casa, por dicha, con rey,
Por justa razon y ley

Título de reina gana;
Y así, es justo que se iguale
Con infinita deidad
Su esposa la humanidad;
Que oro es lo que oro vale.

BONILLA. — *Nuevo jardín de flores, etc.*

544.

No se hablaban los dos,
Dios y el hombre, pero ya
El hombre de poco acá
Es uña y carne de Dios.
Amor las paces ha hecho
Con potente autoridad,
Y es tanta ya la amistad,
Que es un parentesco estrecho.
Ya se abrazaron los dos,
Y Dios tan humano está,
Que el hombre de poco acá
Es uña y carne de Dios.
Eran enemigos tales,
Que no se vió en sus porfías
El darse los buenos días
Ni atravesar los umbrales;
Mas la amistad de los dos
Tan en crecimiento va,
Que ya el hombre en Dios está
Y es uña y carne de Dios.

EL MISMO. — *Id.*

545.

A la hé, que estas jocundo;
Di, ¿qué has visto, Pascualejo?
—Anoche vi un zagalejo
El mas garrido del mundo.
—Cuéntame esas maravillas;
Que me da gusto el oílo.
—Yo le ofrecí un corderillo,
Y Anton, leche y mantequillas.
El es blanco y rubicundo,
Y limpio como un espejo;
Nunca se vió zagalejo
Tan garrido en todo el mundo.
Quedé tan embelesado
Mirando el lindo doncel,
Que me estuviera a par dél
Un mes sin comer bocado.
¡Quién fuera entonces facundo
A cantar con rabelejo,
Festejando al zagalejo
El mas garrido del mundo!
Si vieras al Niño, Gil,
Te prendaran sus amores;
Nunca vi prado de flores
Tan lindo por medio abril.
Es como vergel fecundo;
Duéleme que de él me alejo,
Porque cierto es zagalejo
El mas garrido del mundo.
Tanto holgaba en su presencia
De ver garzon tan bonito,
Que di de amores un grito
Al hacelle reverencia.
De alaballo me confundo,
No hay en mi tal aparejo
Para alabar zagalejo
Que es hermosura del mundo.
Diga agora Juan Serrano
Cuán gracioso el Niño es,
Pues que le besó los pies
Y es zagal mas palanciano.
En misterio tan profundo,
Carillo, falta consejo,
Por ser este zagalejo
El mas garrido del mundo.
Cuando contemplé aquel niño,

Vi en él tanta perfeccion,
Que me abrasa el corazón
Cuanto mas de él escudriño.
No tiene par ni segundo,
En prendas la alma le dejo;
Que es tan lindo el zagalejo,
Que no le hay mas en el mundo.
Tiene de oro los cabellos,
La frente blanca y hermosa,
Las mejillas como rosa,
Los ojos matan en vellos.
Es lo de acá todo inundo,
Si á este niño lo cotejo;
Tal beldad de zagalejo
Jamás se vido en el mundo.
Los labios como coral
Que está de nieve cercado;
Un niño tan acabado
Cual nunca vido mortal.
Mas ¿para qué me difundo?
Era cielo el portalejo,
Pues el tierno zagalejo
Es Dios que gobierna el mundo.
Vime como nave en calma
Mirando esta nueva estrella,
Diciendo: Niño, si es bella
Tu carne, ¿cuál será el alma?
Este es piélago profundo,
No son las ondas de Tejo,
Ver hecho á Dios zagalejo,
Y luz y vida del mundo.
Y si en el pesebre admira,
Y á los pechos de su madre,
¿Qué hará á la diestra del Padre,
Al que por su amor sospira?
En tí mis riquezas fundo,
Con la Esposa y santo viejo,
Pues nunca tal zagalejo
Que fuese Dios tuvo el mundo.

FRAT ARCÁNGEL DE ALARCÓN.—*Vergel de plantas divinas.*

546.

Caido se le ha un clavel
Hoy á la Aurora del seno;
¿Qué glorioso que está el heno,
Porque ha caído sobre él!
Cuando el silencio tenia
Todas las cosas del suelo,
Y coronada de hielo,
Reinaba la noche fria,
En medio la monarquía
De tiniebla tan cruel,
Caido se le ha un clavel.
De un solo clavel ceñida
La Virgen, aurora bella,
Al mundo le dió, y ella
Quedó cual antes florida.
A la púrpura caída
Siempre fué el heno fiel;
Caido se le ha un clavel.
El heno, pues que fué dino,
A pesar de tantas nieves,
De ver en sus brazos leves
Este rosicler divino,
Para su lecho fué lino,
Oro para su dosel;
Caido se le ha un clavel.

DON LUIS DE GÓNGORA (*Obras de*).—Madrid, 1634; 4.º

547.

Este Niño y Dios. Anton,
Que en Belén tiembla y suspira,
Con unos ojuelos mira
Que penetra el corazón.
Este Niño celestial
Tiene unos ojos tan bellos,
Que se va el alma tras ellos

Como á centro natural:
Ya es cordero, y no es león,
Y como dejó la ira,
Con unos ojuelos mira
Que penetra el corazón.
Antiguamente miraba
En nube, monte y en fuego,
Y en ofendiéndole, luego
Del ofensor se vengaba;
Mas despues que vino, Anton,
Donde como hombre suspira,
Con unos ojuelos mira
Que penetra el corazón.
No se dejaba mirar,
Envuelto en nubes y velos;
Ahora en pajas y hielos
Se deja ver y tocar,
Y como ve á los que son
La causa por que suspira,
Con unos ojuelos mira
Que penetra el corazón.

LOPE DE VEGA CARPIO.—*Pastores de Belén.*

548.

Pastorcico venturoso
De los campos de Belén,
Que viste la obscura noche
Con galas de rosicler,
Cuando se rompió el empireo,
Y vino á tí el ángel fiel,
Nuncio que no ha merecido
Aun la majestad de un rey;
Y lo que es mas de admirar,
Y de envidiarlo tambien,
Viste, de Abel sombra antigua
La luz en el niño Abel,
Que adoraste en el portal
A Jesús, María y Josef;
Dime pues: la caridad
¿Es difusiva del bien?
¿Con qué luz á Dios veré?
—Con luz de fe.
—¿Quién me dará confianza?
—La esperanza.
—¿Quién me asegura favor?
—El amor.
—Entraré ya sin temor
A gozar el bien perfeto,
Pues solo Dios es objeto
De fe, esperanza y amor.
Ya la tiniebla molesta
De la ley antigua huyó,
Y Dios, que en sombras se vió,
En luces se manifiesta;
Mi caridad será presta,
Si tu obediencia lo fué.
¿Con qué luz á Dios veré? etc.
Vióle Moisés entre nubes,
En relámpagos y truenos;
Mas ya los cielos serenos,
Le vemos entre querubes.
Humildad, pues tanto subes,
No me dejes, siguemé;
¿Con qué luz á Dios veré?
—Con luz de fe.
—¿Quién me dará confianza?
—La esperanza.
—¿Quién me asegura favor?
—El amor.
—Entraré ya sin temor
A gozar el bien perfeto,
Pues solo Dios es objeto
De fe, esperanza y amor.

El licenciado COSME GÓMEZ TEJADA DE LOS REYES.—*Noche buena, autos al nacimiento del Hijo de Dios.*

549.

OTRA.

¿Adónde bueno, zagal?
 —A un portal.
 —¿Hay algo bueno que ver?
 —Un clavel.
 —¿Quién nos le ha brotado agora?
 —El aurora.
 —Y ¿de qué color le ha dado?
 —Encarnado.
 —Hagamos guirnalda de flores
 Para ir, zagalejo, á Belen;
 Que á la rica corona de estrellas
 Hoy desluce un hermoso clavel.
 Tan alta grandeza abona
 A un clavel hoy en el suelo,
 Que rinde á su luz el cielo
 Los astros de su corona.
 Ya es abrasada zona
 La que el hielo hizo cristal.
 ¿Adónde bueno, zagal? etc.
 Si este clavel la cabeza
 Le ilustra con sus favores,
 Vencerán tus resplandores
 Al firmamento en belleza.
 De justicia y de pureza
 Tendrás corona inmortal.
 ¿Adónde bueno, zagal?
 —A un portal.
 —¿Hay algo bueno que ver?
 —Un clavel.
 —¿Quién nos le ha brotado agora?
 —El aurora.
 —Y de qué color le ha dado?
 —Encarnado.
 —Hagamos guirnalda de flores
 Para ir, zagalejo, á Belen;
 Que á la rica corona de estrellas
 Hoy desluce un hermoso clavel.

GOMEZ TEJADA DE LOS REYES.—Noche buena, etc.

550.

Que si voy, y no vengo, vengo,
 No me lo preguntéis, zagalejo.
 Vengo de ver á Dios Niño,
 Mas cándido que el armiño,
 Que no mancha el mortal cieno;
 Que si voy, etc.
 Vengo del heno y la paja,
 Carne mortal donde baja
 Jesús, que es la flor del heno;
 Que si voy, etc.
 Vengo de un pobre portal,
 Adonde en sombra mortal
 Vi toda la luz del cielo;
 Que si voy, etc.
 Vengo de ver en la tierra
 Un sol, á quien hace guerra
 La escarcha, la nieve y hielo;
 Que si voy, etc.
 Vengo de ver á María,
 Alba que hizo mediodía
 La noche en su curso medio;
 Que si voy, etc.
 Vengo de Belen, y allí
 Al divino José vi,
 Virgen, padre, esposo bello;
 Que si voy, y no vengo, vengo,
 No me lo preguntéis, zagalejo.

EL MISMO.—Id.

551.

Zagal, ¿dónde está mi bien?
 —En María, Jesús y José.
 —¿Adónde está mi alegría?

—En Jesús, José y María.
 —¿Adónde toda la luz?
 —En María, José y Jesús.
 —¿Qué nuevo prodigio es?
 —Igual no se ha visto alguno,
 Tres soles parecen uno,
 ¿Un sol, y parece tres?
 Es tan grande el resplandor
 De Jesús, José y María,
 Que no vió mas claro día
 En sus finezas amor.
 Este soberano ardor
 Abrasa todo desden.
 Zagal, ¿dónde está mi bien? etc.
 Crece tanto la intension
 Cuando el amor la acrisola,
 Que de tres una luz sola
 Parece por reflexion.
 No hay helado corazon
 De los que sus rayos ven.
 Zagal, ¿dónde está mi bien?
 —En María, Jesús y José.
 —¿Adónde está mi alegría?
 —En Jesús, José y María.
 —¿Adónde tanta luz?
 —En María, José y Jesús.
 —¿Qué nuevo prodigio es?
 —Igual no se ha visto alguno:
 Tres soles parecen uno,
 ¿Un sol, y parece tres?

GOMEZ TEJADA DE LOS REYES.—Noche buena, etc.

552.

Dime, pastor, así el cielo
 Tus corderillos aumente,
 ¿Quién es tan hermoso niño,
 Que honra el humilde pesebre?
 —El Mesías prometido
 De profetas, cuyas leyes,
 Escritas con sangre propia,
 Darán salud á las gentes.
 —Segun eso es Dios y hombre,
 Rey que vive eternamente;
 Temo tanta majestad,
 Aunque me consuela verle.
 —No temas, pastor amigo,
 Pues la gracia de Dios tienes;
 Que desde el cielo á Belen
 A dártela solo viene.
 —No temo lobos cobardes,
 Por mucho que se desvelen;
 Que este Cordero divino
 Con un balido los vence.
 —Piedad á todos publica
 Naciendo tan pobremente;
 Aunque así le ves, es justo,
 Y el mismo cielo le teme.

EL MISMO.—Id.

553.

¿Cómo perdido, zagal,
 Dejas el hato en el prado?
 —Seguro queda el ganado;
 Que ha venido el Mayoral.
 —Vive, zagal, con recelo;
 Que suceden muchos robos.
 —Contra los sangrientos lobos
 Viene el Mayoral del cielo.
 —Por eso ha nacido al hielo,
 Que es guarda muy cuidadosa.
 —Hazaña ha sido gloriosa
 Vestir el tosco sayal.
 —¿Cómo perdido, zagal, etc.
 —Riesgo mortal he temido,
 Por ser cordero inocente.
 —Cordero, mas tan valiente,

Que huye el lobo su balido.

—Como á vencerle ha balido,

Mayoral nace en Belén.

—Muera cordero también,
Por darnos vida inmortal.

—¿Cómo perdido, zagal, etc.

—Pascual, ¿cómo puede ser

Que siendo Dios sea pastor?

—Efectos son del amor,

Que es de infinito poder.

—Si quereis, vámosle á ver

Con ánimo agradecido.

—A darnos paz ha venido

En nuestra guerra mortal.

—¿Cómo perdido, zagal,

Dejas el hato en el prado?

—Seguro queda el ganado;

Que ha venido el Mayoral.

GOMEZ TEJADA DE LOS REYES.—Noche buena, etc.

554.

Molinito, ¿por qué no muelas?

—Porque me beben el agua los bueyes.

Molinito, mucho siento

Que sin causa y fundamento,

Si acaso no eres de viento,

Parado en calma te quedes.

Molinito, ¿por qué no muelas? etc.

Molinito, ingrato has sido,

Pues seco, no has ofrecido

Al trigo en Belén nacido

Ruedas de virtudes fieles.

Molinito, ¿por qué no muelas? etc.

Molinito, tú solías

Moler las noches y días;

Ya tus ruedas están frías

Como las aguas que tienes.

Molinito, ¿por qué no muelas? etc.

Molinito de la vida,

¡Oh qué furiosa avenida

Al alma tiene impedida

Con raudal de falsos bienes!

Molinito, ¿por qué no muelas? etc.

Molinito, buena harina

Hacias, y tan divina,

Que era pan y medicina

Contra el mal de que ahora mueres.

Molinito, ¿por qué no muelas? etc.

Molinito, bueyes fueron

Los que tus aguas bebieron,

Pero bueyes que nacieron

Con tus pasiones crueles.

Molinito, ¿por qué no muelas? etc.

Molinito, en fervorosa

Oración, harina hermosa

Hacias, y ya no hay cosa

Que tu curso no detiene.

Molinito, ¿por qué no muelas? etc.

Molinito, imperfecciones

De tus no muertas pasiones

Te agotan con tentaciones

El amor que tener sueles.

Molinito, ¿por qué no muelas? etc.

Molinito, bueyes malos

De tus gustos y regalos

Echalos del alma á palos;

Que te beberan tus bienes.

Molinito, ¿por qué no muelas? etc.

Molinito, gran desgracia

Será que, en aguas de gracia

No recibas su eficacia;

Mira el fuego, no te queme.

Molinito, ¿por qué no muelas? etc.

Molinito, ¿quién te humilla?

Que, del mundo maravilla,

Todo eres tarabilla,

Y flor de harina no tienes.

Molinito, ¿por qué no muelas?

—Porque me beben el agua los bueyes.

EL MISMO.—Id.

555.

VILLANCICO EN LOOR DEL GLORIOSO SAN JUAN BAPTISTA.

Baptista santificado,

¿Qué dirá el hombre de vos,

Habiéndoos loado Dios?

Queremos, Baptista santo,

Decir vuestros actos buenos,

Y hallamos que lo menos

Nos emudece de espanto;

Porque lo que sois es tanto,

Que coronista de vos

Convino que fuese Dios.

Hombres y ángeles callemos;

Que mejor será dejaros;

Que si sabemos loaros,

Lo que Dios dijo dirémos.

Aquel señalar miremos,

Vos al Cordero de Dios,

Y el Cordero Juan á vos.

Dice Dios que sois aquel

De los santos sin segundo,

Y dice que sois el mundo

El que menos supo dél;

Pues ¿qué lengua habría en él,

Si no es guisada por Dios,

Que acierte á decir de vos?

Vos al mundo predicastes,

Vos, el profeta mas cierto,

Las casas haceis desierto,

Y á los desiertos poblastes;

En el Jordan baptizastes

A Cristo, Hijo de Dios,

Y el Hijo de Dios á vos.

El doctor DIEGO RAMIREZ PAGAN.—Floresta de varia poesia.

556.

Debajo el sayal hay al,

Se dirá, Niño, por vos,

Pues cubris el ser de Dios

Con la capa de mortal.

Venis tan disimulado,

Que el astuto Lucifer

Aun no os pudo conocer,

Viéndoos, Niño, pobre, helado.

Encúbrese con el mal

Tanto bien como hay en vos,

Pues cubris el ser de Dios

Con la capa de mortal.

Encubre la humanidad

Vuestro ser Dios algun tanto,

Porque es corta capa y manto

Para tan gran majestad;

Y así, debajo el sayal

Se conoce quién sois vos,

Que encubris el ser de Dios

Con la capa de mortal.

GREGORIO SILVESTRE.—Obras, etc.

557.

No desesperes, Carillo;

Esfuerza y ten confianza;

Que ha nacido un Pastorcillo

Por quien el vivir se alcanza.

Del cielo bajó un Pastor

De tan soberano engaste,

Que si por amor pecaste,

Te sanará por amor.

Pierde, Carillo, el temor;

Esfuerza y ten confianza;

Que es nacido un Pastorcillo

Por quien el vivir se alcanza.

Pecador, espera en él;

Que viene á morir Jesú,

Y quedas comprado tú

Con la propia sangre dél;

Recibe muerte cruel
 Por tu bienaventuranza,
 Y muriendo el Pastorcillo,
 Resucita la esperanza.
 En fuego se está abrasando
 El Niño que temblar ves;
 El gozo del cielo es,
 Y allí donde está temblando.
 El cielo le está adorando
 En aquella semejanza;
 Que, aunque es pobre, es pastorcico;
 Todo el bien por él se alcanza.
 No te haga tu maldad
 Que vivas desesperado;
 Que si es grande tu pecado,
 Mayor es su piedad,
 Y mayor la voluntad
 Que le metió en esta danza,
 Por do el pobre Pastorcillo
 A la muerte se abalanza.

GREGORIO SILVESTRE.—*Obras*, etc.

558.

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

*Hombre y Dios, manjares dos,
 Uno son, y en tal comida
 Con su vida me convida,
 Por mi vida, el que es mi Dios.*
 Dos naturalezas son,
 Y un manjar sencillo fué,
 Y echadle salsa de fe;
 Que no vale aquí razon.
 Si no os diere gusto á vos,
 Enferma teneis la vida;

Que esto es vida, y nos convida
 Con su vida el que es mi Dios.
*Hombre y Dios, manjares dos,
 Uno son, y en tal comida
 Con su vida me convida,
 Por mi vida, el que es mi Dios.*

El licenciado LUIS BARAHONA DE SOTO. — En las obras del famoso poeta Gregorio Silvestre. — Lisboa, 1592; pág. 352.

559.

¿Cómo pudo ser cordero,
 Verbo del Padre engendrado,
 En la cruz descoyuntado,
 Y en la hostia todo entero?
 Pudo ser, y así convino,
 Pagar por el hombre insano,
 Dando allí al morir lo humano,
 Aquí lo humano y divino;
 Porque el desamor primero
 Fuese con amor pagado,
 En la cruz descoyuntado,
 Y en la hostia todo entero.
 Y como alcanzáis victoria
 De todo con mano llena,
 Convertir aquella pena
 En estas prendas de gloria;
 Y con amor verdadero
 Os habeis siempre entregado,
 En la cruz descoyuntado,
 Y en la hostia todo entero.

UBEDA.—*Cancionero*, etc.

COLOQUIOS PASTORILES.

560.

AL NACIMIENTO SANTÍSIMO DE NUESTRO SALVADOR.

Bras y Gil.

¿Cómo llaman al infante
 Que ha nacido de María?
 — Llamésmole señoría.
 — Pasa, Gil, mas adelante.
 — Ilustre es buena manera,
 Pues ilustra cielo y suelo.
 — Mira bien, que yo recelo
 Que lo llaman a cualquiera.
 ¿No ves que sale triunfante
 De la gloriosa María?
 — Llamésmole señoría.
 — Pasa, Gil, mas adelante.
 — Pues llamésmole excelencia,
 Que es excelente y gentil.
 — No lo aciertas, Anton Gil;
 Mira si es mas reverencia.
 — Reverencia no es bastante;
 Que bien se lo llamaría.
 Llamésmole señoría.
 — Pasa, Gil, mas adelante.
 — Merced no es autoridad,
 Que es realengo y de nobleza.
 — ¿Puédese llamar alteza?
 — Mejor será majestad.
 — Busquemos nombre bastante;
 No estemos mas en porfia.
 — Llamésmole señoría.
 — Pasa, Gil, mas adelante.

— Es hidalgo y bien nacido,
 Noble, de espuela dorada,
 Tiene la cruz por espada,
 Y es mayorazgo escogido.
 Por mucho que yo discante,
 Muy corto me quedaría.
 — Llamésmole señoría.
 — Pasa, Gil, mas adelante.
 — De la parte de su Padre
 Es sumo Dios eternal,
 Noble y de casta real
 De la parte de su madre:
 Mirad quién es el infante
 Que ha nacido de María.
 — Llamésmole señoría.
 — Pasa, Gil, mas adelante.
 — No curemos de invenciones
 Ni títulos cortesanos,
 Cumplimientos, besamanos,
 Salvas, grandezas y dones;
 Postrados allí delante,
 Es la mejor cortesia;
 Que, pues le adora María,
 No hay pasar mas adelante.

UBEDA.—*Cancionero*.

561.

Blas y Guillen.

En el portal de Betlen
 Una virgen vi parida

De un niño que nos trae vida,
Nacido por nuestro bien.
Una virgen vi parida,
Quedando virgen y madre,
Para madre de su padre
Desde *ab aeterno* escogida.
— Cosa es esa nunca oída.
¿Hasla tú visto, Guillen?
— *Sí, le vi recién nacido,*
Y en un pesebre metido,
Nacido por nuestro bien.
— Y ese niño que ha nacido
¿Tiene padre acá en el suelo?
— No, no, sino allá en el cielo,
Que es Dios, de Dios producido.
— Nunca tal hemos oído.
¿Hasle tú visto, Guillen?
— *Sí, le vi recién nacido,* etc.
Dios es su propio apellido,
Y el sobrenombre es de Hombre,
Porque el hombre no se asombre
Con oír que es Dios nacido.
— ¿Has tú tan dichoso sido,
Que le hayas visto, Guillen?
— *Sí, le vi recién nacido,* etc.
El ser de Dios tan subido
Cubre con carne mortal,
Y un sayo deste sayal
Sobre el suyo trae vestido.
— Búrlasnos, pastor garrido.
¿Has tú visto, Guillen?
— *Sí, le vi recién nacido,* etc.
— Y dínos : ¿A qué ha venido?
— A librarnos de prision
Con sufrir muerte y pasión
Sin haberlo merecido.
— Alegrías, que es venido;
Que ya le ha visto Guillen.
— *Sí, le vi recién nacido,*
Y en un pesebre metido,
Nacido por nuestro bien.

UBEDA. — Cancionero.

562.

Vicente y Miguel.

Vénte conmigo, Miguel,
Y verémos un chiquito
Que es mil veces mas bonito
Que Juanito, el de Isabel.
— Si es Juanito mas pulido,
Vinole el ser tan lozano
Ser hechura de la mano
De el niño recién nacido.
— No te engañes pues, Miguel,
Mirale muy bien de hito;
Que es mil veces mas bonito
Que Juanito, el de Isabel.
— Cuando Isabel y Maria
Se visitaron las dos,
Juanito conoció á Dios
En el vientre do venia;
Y regocijado él,
Reconoció el Infinito
Ser mil veces mas bonito
Que Juanito, el de Isabel.
— El Niño, verbo del Padre,
Le dió á Juanito renombre,
Visitándolo Dios y hombre
En el vientre de su madre.
Y allí el niño Emanuel,
Yendo en el vientre chiquito,
Le dió el ser de ser bonito
A Juanito, el de Isabel.
Juanito, el de Zacaria,
Fué entre los nacidos uno;
Pero él ni otro ninguno
Como el Niño de Maria;
Echa los ojos en él,

Y verás que es el chiquito
Cien mil veces mas bonito
Que Juanito, el de Isabel.

UBEDA. — Cancionero.

563.

Bras y Tomás.

De la zagala, Tomás,
¿Qué dices, que Dios te vala?
— Que es en extremo su gala,
Mas el zagalejo es mas.
Como ella, yo imagino
Que jamás nació otra tal.
— Si, mas llévale el zagal
Gran ventaja en lo divino.
— Mira lo que dices, Bras;
Que ninguna se le iguala.
— Que es en extremo su gala,
Mas el zagalejo es mas.
— En lo hermoso á la madre
No pierde punto el zagal,
Y en lo vivo, al natural
Es un traslado del padre;
No hay medida ni compás
Con la gala de su gala.
— No tiene par la zagala,
Mas el zagalejo es mas.

EL MISMO. — Id.

564.

Gil y Lúcas.

Lucifer cierre la puerta
De su cárcel tenebrosa,
Porque la Virgen gloriosa
Tiene la del cielo abierta.
— Eva con su mal aviso
Cerró la puerta al vivir.
— Maria la vino á abrir,
Que es puerta del paraíso.
Ofreció á Dios de su huerta
Otra fruta mas sabrosa,
Y á su voluntad no hay cosa
Que en el cielo no esté abierta.
— El Verbo sacro humanado
Abrió la puerta del cielo,
Y sin abrir la del suelo,
Se entró en el huerto cerrado.
— Quitada es ya la reyerta
De la manzana amargosa.
— Sí, pues la Virgen gloriosa
La dió mejor de su huerta.

EL MISMO. — Id.

565.

Bras y Gil.

¿Qué suena, Gil, en el hato?
— Que nacido es un doncel,
Que Juanito, el de Isabel,
Aun no le llega al zapato.
— Mira lo que dices, Gil,
Y no digas boberías;
Que el niño de Zacarias
Es escogido entre mil.
— Mas lindo es este, buen rato;
Tanto, que puesto á par dél,
Juaniquito, el de Isabel,
Aun no le llega al zapato.
— Juanito es como una sal,
Gracioso, lindo y chapado.
— Digoos que es como pintado

Respecto deste zagal.
 Suena música en el hato,
 Que dice que este doncel,
 Juaniquito, el de Isabel,
 Aun no le llega al zapato.
 —Juanico diz que ha de ser
 El mayor que hay entre nos.
 —Este otro dicen que es Dios,
 Mirad qué tiene que ver.
 Andan por somo del hato
 Angeles que dicen dél
 Que Juanico, el de Isabel,
 Aun no le llega al zapato.
 —¿No ves, Gil, que Juan nació
 De una estéril y mañera?
 —Este otro, quedando entera
 La madre que le parió;
 Lléguese Juanico al hato,
 Vendrá á confesar por él
 Que Juanito, el de Isabel,
 Aun no le llega al zapato.
 —No le hay en toda la sierra
 Otro mayor que Juanito.
 —Ni tal como este chiquito
 En el cielo y en la tierra.
 Pues quitenos de rebato,
 Pregúntenlo al de Isabel,
 Que él mismo confiesa dél
 Que aun no le llega al zapato.
 —Lleven los dos á la aldea,
 Y apostemos un cabrito
 Que es Juanico mas bonito,
 Por lindo que este otro sea.
 —La mejor res de mi hato
 Apuesto por el doncel,
 Que Juanito, el de Isabel,
 Aun no le llega al zapato.

UBEDA. — *Cancionero.*

566.

AL NACIMIENTO DE CRISTO NUESTRO SEÑOR.

Hombre y Dios.

Soberano cazador,
 ¿Qué fiera quereis cazar?
 —La culpa vengo á matar,
 Y dar vida al pecador.
 —Mirad que es sierpe enroscada
 Al cuello desa criatura,
 Y que el matarla es ventura,
 Sin hacer al niño nada.
 —Aquese blanco me agrada,
 O negro diré mejor,
 Que es el que pienso salvar,
 Pues la culpa he de matar
 Sin herir al pecador.
 —Está tan emponzoñado,
 Que no le conoceréis;
 Y así, temo que acerteis
 A la culpa y al culpado.
 —Ya el Amor se ha desvendado
 Para tirar con primor
 Y no le poder errar;
 Que él la culpa ha de matar,
 Y dar vida al pecador.

ALONSO DE LEDESMA. — *Tercera parte de conceptos espirituales.*

567.

AL MISMO ASUNTO.

Dios y el Hombre.

Decid, rico mercader,
 ¿Qué venistes á feriar?
 —A vos os vengo á comprar,
 Y á mí me vengo á vender.

—Ved que es trueco desigual
 En calidad y valor.
 —Esta mercancía de amor
 Siempre se da tal por tal.
 —Y ¿si es tal el mercader,
 Que os la quisiese cargar?
 —A fe que os he de comprar,
 Si me pienso á mí vender.
 —En poco me compraréis,
 Pues tan inútil me hallais.
 —Como vos no os estimais,
 No sabeis lo que valeis.
 —¿Que vuestro crédito y ser
 Por mí quereis arriesgar?
 —A fe que os he de comprar,
 Si me pienso yo vender.

ALONSO DE LEDESMA. — *Tercera parte de conceptos espirituales.*

568.

AL MISMO ASUNTO.

Hombre y Dios.

¡Tanto llanto y tanta pena
 En Noche buena, mi Dios!
 —¡Oh qué bien lo entendéis vos!
 Y aun por eso es Noche buena.
 —Ved que siente el alma mia
 Pena de veros llorar.
 —Dejadme vos derramar
 Estas, que son de alegría.
 —Templad, con todo, la pena
 Por esta noche, mi Dios.
 —¡Oh qué bien lo entendéis vos,
 Y aun por eso es Noche buena!
 —Con tal lloro y tal ruido
 Buena noche me daréis.
 —Antes porque despertéis
 Lloro; que andais muy dormido.
 —Dejad el llanto y la pena;
 Que es Noche buena, mi Dios.
 —¡Oh qué bien lo entendéis vos,
 Y aun por eso es Noche buena.

EL MISMO. — *Id.*

569.

AL MISMO ASUNTO.

Hombre, Virgen.

Acallad, dulce Señora,
 Al Hijo tierno, que llora.
 —Vos, naturaleza humana,
 Podeis al niño acallar,
 Pues que le hicistes llorar
 Por quitarle la manzana.
 —Bien sabeis, Señora, vos
 Lo que por ella he pagado.
 —Y ¡cómo si os ha costado!
 Costóos la gracia de Dios.
 —Vos, que la teneis, Señora,
 Acallá al Niño, que llora.
 —Vos, naturaleza humana,
 Procurá al niño acallar,
 Pues que le hicistes llorar
 Por quitarle una manzana.
 —¿Qué le pondré yo en su mano,
 Parecido en la ocasión?
 —Dalde vuestro corazón,
 Como la manzana sano.
 —Ya se lo ofrezco, Señora,
 Y me parece que llora.
 —Dádsele de buena gana,
 Si le quereis acallar,
 Pues que le hicistes llorar
 Por quitarle una manzana.

EL MISMO. — *Id.*

570.

AL MISMO ASUNTO.

Hombre y Dios.

¿Venir de noche al lugar,
Y en hábito de mendigo
Buscar á vuestro enemigo?
Temo que os quereis vengar.
—Muy bien se puede fiar
De que soy su amigo fiel;
Que, puesto que soy Abel,
Y él Cain, por lo que yerra,
No pide mi sangre guerra,
Sino hacer paces con él.
—Aunque vos, Señor, sois padre,
De vos huye el pecador;
Que son la culpa y temor
Hermanos de padre y madre.
—No hay cosa que mas le cuadre
Que tal nombre á culpas tales;
Mas no le obliguen sus males
A faltar de mi presencia;
Que son perdon y clemencia
Hijos de Dios naturales.
—Abrazad, Dios inmortal,
Al hombre, vuestro enemigo,
En señal que sois su amigo
Y que no le quereis mal.
—Si el abrazo da señal
De mi paz, amor y fe,
Mirad vos si le abracé;
Pues con este prosupuesto,
Hombre y Dios en un supuesto
En la encarnación junté.

ALONSO DE LEDESMA.—Tercera parte de conceptos espirituales.

571.

AL MISMO ASUNTO.

Fe, Hombre.

Hombre, ese niño que ves,
Es señor de tierra y cielo.
—Este que vemos al hielo
Verbum caro factum es.
—Mucho me admiran los dos,
Ques el Hijo y Madre bella.
—Pues ella es madre y doncella,
Y el zagal es hombre y Dios;
Y aunque en la tierra le ves,
Es Señor de tierra y cielo.
—Este que vemos al hielo
Verbum caro factum es.
—Quiero santiguarme, Fe,
De lo que os oigo decir.
—Cuando en cruz le veas morir,
Tendrás mas con qué y por qué;
Y aunque entre pajas le ves,
Tiene su trono en el cielo.
—Este que vemos al hielo
Verbum caro factum es.

EL MISMO.—Id.

572.

AL MISMO ASUNTO.

De veros nacer así
Lástima tengo, mi Dios.
—Mas las tengo yo de vos;
Que antes por eso nací.
—Yo siento que helado estáis,
Y yo muy bien arropado.
—Eso me tiene á mi helado,
Que estáis tal que no sintáis.
—Pues ¿quién de veros así
No os ha lástima, mi Dios?

—Mas la tengo yo de vos;
Que antes por eso nací.
—Mi mal es culpa mortal,
Y el vuestro pena y dolor.
—De aquí saca el pecador.
Cuál debe ser mayor mal.
—Yo confieso que es así;
Tened lástima, mi Dios.
—Tanta la tengo de vos,
Que no la tendré de mí.

ALONSO DE LEDESMA.—Tercera parte de conceptos espirituales.

573.

Á LA ADORACION DE LOS TRES REYES MÁGOS.

¿Qué vais, oh reyes, buscando
Por naciones extranjeras?
—Un reino que sea de veras;
Que los nuestros son burlando.
—Si ninguno os mueve guerra,
¿Qué pretendéis en el suelo?
—Ganar el reino del cielo,
Donde todo el bien se encierra.
—¿De veras? ¿Qué vais buscando
Por regiones extranjeras?
—Un reino que sea de veras;
Que los nuestros son burlando.
—¿Qué reino pensáis hallar
Entre una mula y un buey?
—Un reino de tan gran rey,
Que el servirle sea reinar.
—Y ¿á quién estáis adorando
Entre pajas y entre fieras?
—A un niño que es rey de veras;
Que los otros son burlando.

EL MISMO.—Id.

574.

Á LOS MISMOS REYES.

¿Que dejen su casa y ley
Por este niño tres reyes!
—¿No ves que son sus vireyes,
Y traen parias á su rey.
—¿A rey coronado están
Estos reyes adorando?
—Aquestos le están jurando,
Y otros le coronarán.
—Pues ¿por qué su propia ley
Quieren dejar estos reyes?
—Porque son sin ley sus leyes,
Y ser cual es la del rey.
—Harto venturosos fueron
En gozar tal coyuntura.
—El no es caso de ventura,
Mas buena estrella tuvieron.
—Y ¿no es dicha hallar al rey
En un pesebre de bueyes?
—Estrella fué de los reyes
Hallar tal rey y tal ley.

EL MISMO.—Id.

575.

AL NACIMIENTO DE NUESTRO REDENTOR JESUCRISTO.

Bras y Gil.

¿Qué suena, Gil, en el hato?
—Bras, que es nascido un doncel,
Que Juanito, el de Isabel,
Aun no le llega al zapato.
—Mira, Gil, que es Juan gracioso,
Que por eso Juan se llama.
—Todo le nace de que ama

A estotro niño hermoso.
 —Tiene de dones un hato
 Juaniquito, el de Isabel.
 —Estotro tiene mas que él,
 Escondido so el zapato.
 —Es blanco como el armiño
 Juaniquito, y colorado.
 —Ese arrebol ha causado
 En él la luz de mi niño.
 Mas blanco es Jesus buen rato,
 Pues no cabe mancha en él;
 Tiene al chico de Isabel
 Debajo de su zapato.
 —Mira que es santo Juanito
 Desde el vientre de su madre.
 —Destotro Dios mismo es padre,
 Mira si será bonito.
 —¡Oh qué de almas trae en trato
 Juaniquito, el de Isabel!
 —Jesus da caudal á él
 Con el lazo del zapato.
 —¡Oh! que Juanito es tan justo,
 Que apenas fué pecador.
 —Estotro es salvador.
 Que por él calzó tan justo;
 Y le hizo tal barato
 A Juanico, el de Isabel,
 Que vino á costarle á él
 Romper por él su zapato.
 —No hay mayor que Juaniquito
 Niño alguno en perfeccion.
 —No entra en comparacion
 Jesus, que dista infinito.
 —Juri á San, que yo no cato;
 Que mas tengo á estotro que él.
 —Que cuanto Joan tiene es
 Del colmo de su zapato.
 —Que Juaniquito ¿quién puede
 En el mundo mayor ser?
 —Estotro, cuyo poder
 A cielos y tierra excede.
 No seas, Bras, insensato;
 Mira bien que el de Isabel,
 Ni otros docientos como él,
 No le llegan al zapato.
 Este con su pié gobierna
 Cuanto su poder crió;
 Por nuestro amor hoy nació
 En carne frágil y tierna;
 Y estrechado en tal zapato,
 Corre, y corren ya tras dél,
 Juaniquito, el de Isabel,
 Y de santos un gran hato.
 Daba pasos de gigante
 Antes, que no habia alcanzalle,
 Ya calzado á nuestro talle,
 A vista nos va delante.
 A todos lleva gran rato,
 Mas pueden correr tras dél
 Ya de santos gran tropel,
 Por calzar nuestro zapato.

UBEDA. — *Cancionero.*

576.

Silvestre y Bras.

Pregúntame, hermano Bras,
 Lo que vi;
 Porque no se vió jamás.
 —¿Qué viste, Silvestre? Di.
 —Un pastor que cura mas
 De la oveja que de sí.
 Este buen pastor ha hecho
 Una cosa nunca oída.
 —Y ¿cuál es?
 —Que sin buscar su provecho
 Ni interés,
 Por la oveja da la vida.
 —Bendita sea la venida

Del pastor
 Que sirve por solo amor.

UBEDA. — *Cancionero.*

577.

Pascual y Gil.

Anda acá, Gil compañero.
 —¿Dónde me llevas, Pascual?
 —A que veas el cordero
 Que es zagal y mayoral,
 Señor de todo el apero.
 —Cosa dices nunca oída;
 No sé cómo puede ser
 Cordero de tal poder,
 Que al lobo pone en huida.
 —¿Quieres verlo, compañero?
 —¿A quién he de ver, Pascual?
 —Al Hijo de Dios, Cordero,
 Que es zagal y mayoral,
 Señor de todo el apero.
 —Dame mas declaracion,
 Si quieres mi compañía;
 Que en verte tanta alegría
 Me ponés gran confusion.
 —Bajemos ya del otero.
 —¿Dó quies que vamos, Pascual?
 —A que veas el Cordero
 Que es zagal y mayoral,
 Señor de todo el apero.

EL MISMO.—Id.

578.

Dios y el Hombre.

Niño Dios, ¿quién os da guerra?
 Quién os hace así llorar?
 —Amores me han de matar;
 Por ellos vengo á la tierra.
 —Si venis preso de amor,
 ¿Cómo estáis, mi Dios, llorando?
 —Estoyme considerando
 Las ansias del pecador.
 —Muy gran misterio se encierra,
 Mi Dios, en vuestro llorar.
 —Si, que amor me ha de matar,
 Y por él vengo á la tierra.
 —Frio, lágrimas, nobleza
 Teneis, mi Dios soberano.
 —Por dar al linaje humano
 Calor, placer y riqueza.
 —Amor, mi Dios, os destierra,
 Amor os trajo á penar,
 Amor os hace llorar,
 Amor os tiene en la tierra.
 —Por amor vengo del cielo,
 Do estoy con mi eterno Padre,
 Y de la Virgen mi Madre
 Por amor nazco en el suelo.
 Amores me hacen guerra,
 Y me hacen tanto amar,
 Que al cabo me han de matar,
 Pues me han traído á la tierra.

EL MISMO.—Id.

579.

Hombre y Dios.

¿Quién os trae, mi Redentor,
 A haceros hombre en el suelo?
 —Sabed que me trae mi celo,
 Pecados, Maria, amor.
 —Decid: ¿quién pudo bajar
 Tanta majestad y alteza?

—Amor, que es su fortaleza
Entre los fuertes sin par.
—¿Quién detiene su furor?
Quién pudo abatir su vuelo?
—Sabed que pudo mi celo,
Pecados, Maria, amor.
—Los pecados y Maria
Pelean desde la tierra,
El amor hacia la guerra
Desde el cielo con porfia;
Tuvieron tanto valor
Los tres desde el suelo al cielo,
Que le bajaron al suelo
Pecados, Maria, amor.

UBEDA. — *Cancionero.*

580.

Dios y el Hombre.

Si á cobrar venís á mí,
Señor, mal podréis cobrar.
—No te pienso ejecutar;
Que yo pagaré por ti.
—Teneis, Señor, por escrito
Lo que debo de mi cuenta?
—Todo en mi libro se asienta,
Con que debes infinito.
—Pues tanto, ¡pobre de mí!
¿Como lo podré pagar?
—No te pienso ejecutar;
Que yo pagaré por ti.
—Mis padres, Dios los perdone,
Sacaron eso fiado.
—Gracias á Dios, que has hallado
Quien lo pague y quien te abone.
—Luego ¿mas fiaréis de mí,
Aunque no os puedo pagar?
—Mi vida te he de fiar;
Mira si fiaré de ti.

ALONSO DE LEDESMA. — *Conceptos espirituales.*

581.

Señor, ¿pajas por alhajas
Sacais por prenda al deudor?
—Si; que del mal pagador
Cobrar, y siquiera en pajas.
—Sobre su hacienda, de hecho
Os echais sin mas contienda.
—Mirad qué gentil hacienda,
Que sobre pajas me echo.
—Por cierto ¿en ricas alhajas
Ejecutais al deudor?
—Si, mas del mal pagador
Cobrar, y siquiera en pajas.
—Yo sé que ha tenido fama
De rico y bien hacendado.
—Ya por deudas le han sacado
Aun las pajas de la cama.
—Vos sacais esas alhajas,
Con ser la deuda mayor.
—Si, que del mal pagador
Cobrar, y siquiera en pajas.

EL MISMO. — *Id.*

582.

Mundo, ¿vino aquí á posar
Dios, si le habeis conocido?
—Un solo pobre ha venido,
Y ese duerme en el pajar.
—¿A tal huésped tal ultraje,
Teniendo el poder que tiene?
—Quien en ese traje viene
No espere mas hospedaje.

—¿Adónde fuera á posar,
Que fuera así recibido?
—Yo por pobre le he tenido,
Y así duerme en el pajar.
—Si vos le tratais así,
Bien pagará la acogida.
—Pues pagará, por mi vida,
Antes que salga de aquí.
—Y ¿qué le pensais llevar,
Si en un pajar ha dormido?
—El ¿a casa no ha venido?
No se me irá sin pagar.

ALONSO DE LEDESMA. — *Conceptos espirituales.*

583.

AL SANTÍSIMO NACIMIENTO DE CRISTO, PARA LA CALEND.

¿Dónde vais, Virgen? — A dar
Tributo al Emperador.
—Paso; que antes de pagar,
Otro monarca mayor
Vuestro pecho ha de cobrar.
—¿No sois hidalga, Maria,
En la soberana idea?
—Si; mas no es tiempo que sea
Notoria mi hidalguia.
—Pues ¿qué es vuestro intento? — Dar
Tributo al Emperador.
—Paso; que antes de pagar,
Otro monarca mayor
Vuestro pecho ha de cobrar.
—¿Tributo ha de ser cobrado
De Madre de Dios y Rey?
—Lo que es de César, por ley
A César ha de ser dado.
—Pues ¿qué pretendéis? — Pagar
Al romano emperador.
—No debéis tributo dar,
Porque otro mayor señor
Vuestro pecho ha de cobrar.

ALONSO DE DONILLA. — *Nuevo jardín de flores divinas.*

584.

AL MISMO ASUNTO.

Sin duda qué es Dios nacido,
Gil, pues la gloria cantando,
Anda por Belen volando
Un ejército lucido.
—Bien el caso has advertido;
Que esos que vuelan, pastor,
Son águilas que al olor
De la carne han descendido.
—Pues las águilas del cielo
¿Carne del Verbo apetece?
—Si, y al mundo la encarecen
Con la envidia de su vuelo.
—Bien muestran ser Dios nacido,
Pues desalados, volando,
Mil nuevas glorias cantando,
Roban del hombre el sentido.
—Es que, como el hombre unido
Está al Verbo por su amor,
Las águilas al olor
De la carne han descendido.
—Pues siendo esta carne viva,
¿Cómo el olor las despierta?
—No apetece carne muerta
Estas águilas de arriba.
—Hambre sin duda han tenido
Del manjar que están gozando,
Pues que se abaten volando
Tan remotas de su nido.
—Como noticia han tenido
De su excelencia y sabor,
Las águilas al olor
De la carne han descendido.

EL MISMO. — *Id.*

585.

Hola, zagal, ¿qué hay de nuevo
 Hoy, que me puedas decir?
 —Que nace Dios á morir
 Por la muerte que á Dios debo.
 —¿Al profetizado has visto,
 Que la ley tanto pregona?
 —Viendo estuve su persona
 Delante de Jesucristo.
 —¿Es ese el tierno renuevo
 Que gloria ha de producir?
 —Es Dios, que nace á morir
 Por la muerte que á Dios debo.
 —¿Que el mundo quiso tocar
 Con naturalezas dos?
 —Digo que nace hombre y Dios,
 Por Dios que me ha de juzgar.
 —Luego ¿aqueste es el Dios nuevo
 Que al hombre ha de redimir?
 —Es Dios, que nace á morir
 Por la muerte que á Dios debo.
 —¿Que en nuestra mortal region
 Está ya el Dios de Israel?
 —Digo sin duda que es él,
 Zagal, por mi salvacion.
 —¿Se ha visto caso mas nuevo,
 Ni jamás se pudo oír?
 —Nueva cosa es Dios morir
 Por la muerte que á Dios debo.

ALONSO DE BONILLA.—*Nuevo jardin de flores divinas.*

586.

¿Por qué os encogeis, Dios mio,
 De frio, si sois calor?
 —Ese es milagro de amor,
 Encogerse el sol de frio.
 —¿De qué os encogeis, si el nombre
 Vuestro no tiene medida?
 —Tengo carne de hombre unida,
 Y es muy encogido el hombre.
 —Pues en la deidad ¿no hay brio
 Contra el hielo y su rigor?
 —Si; pero por ley de amor
 El sol se encoge de-frio.
 —No os encogais, pues no es dado
 Limite á vuestro poder.
 —Muy bien me puedo extender,
 Mejor que el mas estirado.
 —Pues, si sois fuego, Dios mio,
 Extended vuestro calor.
 —Hoy por las leyes de amor
 El sol se encoge de frio.
 —¿Cómo la luz soberana
 De ese sol no se descubre?
 —Porque la nube la encubre
 De esta mortal carne humana.
 —Pues ¿no podeis dar, Dios mio,
 A la carne resplandor?
 —Si; pero manda el amor
 Encogerse el sol de frio.

EL MISMO.—Id.

587.

Pablo y Gil.

Gil, si es cielo ya el lugar
 Del pesebre, ¿con qué vuelo
 Salieron bueyes al cielo,
 Y á Dios pudieron cercar?
 —Eso es ya mucho ignorar,
 Pablo; ¿no echais de ver vos
 Que es mas ver en carne á Dios
 Que ver los bueyes volar?

—Entre serafines, bueyes
 ¿Quién lo oyó ni verlo pudo?
 —Mas es ver hombre y desnudo
 Al divino Rey de reyes.
 —¿No echas de ver que el lugar
 Del pesebre es puro cielo,
 Y que un animal sin vuelo
 Es mucho el cielo escalar?
 —Pablo, no hay que preguntar,
 Que mas es por mi y por vos
 Ver en carne al mismo Dios
 Que ver los bueyes volar.
 —Rumiá junto al leon fiero
 Un buey ¿no es admiracion?
 —Mas es dar ese leon
 Balidos como un cordero.
 —¿Que no te puede admirar,
 Gil, ver bueyes en el cielo,
 No pudiendo humano vuelo
 Tan alta cumbre escalar?
 —Pablo, caso es singular;
 Pero mas que yo y que vos
 Veamos hecho hombre á Dios
 Que ver los bueyes volar.

ALONSO DE BONILLA.—*Nuevo jardin de flores divinas.*

588.

Blas y Gil.

Brava noche de agua ha sido,
 Gil; cinco mil años ha
 Que otro tanto no ha llovido.
 —Blas, como ya Dios está
 De nuestro barro vestido,
 A cántaros llueve ya.
 —Con tal sequedad la gente
 No ha visto una flor nacida.
 —Pues ya nació por tu vida
 Flor y fruto juntamente.
 —No dudo que haya nacido,
 Pues cinco mil años ha
 Que otro tanto no ha llovido.
 —Es que, como Dios está
 De nuestro barro vestido,
 A cántaros llueve ya.
 —La tierra seca no daba
 Fruto, sino hambre y guerra,
 Y aun en sus grietas la tierra
 Los hombres vivos tragaba.
 —Extraña mudanza ha sido
 La del cielo, pues nos da
 Tanta agua como ha llovido.
 —¿No ves tú que, como está
 Dios entre barro nacido,
 A cántaros llueve ya?

EL MISMO. Id.

589.

Dios, ¿para tu nacimiento
 Buscas choza? ¿Qué es tu intento?
 —Tiemblo, como hombre, de frio,
 Y un temblor de tierra mio
 Derriba torres de viento.
 —¿No eres rey superior
 En tu alcázar peregrino?
 —Si soy rey á lo divino,
 A lo humano soy pastor.
 —Busca un real aposento,
 Dios, para tu alojamiento.
 —¿No ves que tiemblo de frio,
 Y un temblor de tierra mio
 Hunde las torres de viento?
 —Un rey que deidad encierra,
 ¿De un fuerte alcázar no goza?
 —Mas segura es una choza
 Para un gran temblor de tierra.

—Busca un palacio opulento
Con fuerte torre y cimientio.
—Mas de una choza me fio;
Que un temblor de tierra mio
Hunde las torres de viento.

ALONSO DE BONILLA.—*Nuevo jardin de flores divinas.*

590.

La Virgen y un alma.

¿Cuál de las personas tres,
Virgen, de carne has cubierto?
—Es la palabra. — Por cierto,
Dios habla como quien es.
—¿Cuál de las tres ha tomado
Tu engendrada humanidad?
—Aquel que en su eternidad
Fué sin principio engendrado.
—Luego ¿al Verbo, de las tres,
Virgen, de carne has cubierto?
—Es la palabra. — Por cierto,
Dios habla como quien es.
—Pues ¿por qué quiso humanarse
Esta palabra engendrada?
—Porque es palabra empeñada,
Y baja á desempeñarse.
—Y esta ¿hablará despues
Con el hombre al descubierto?
—Sí, que es palabra. — Por cierto,
Dios habla como quien es.

EL MISMO.—Id.

591.

¿Qué hora es, Gil?—Saberlo has
Por el sol, sin faltar nada:
La una, por Dios, es dada.
—¿Sol de noche? Loco estás.
—No te maravilles, Blas,
De que el sol salga á deshora,
Pues por mostrar esta hora
Diez líneas ha vuelto atrás.
—Dime, Gil, ¿quién es, patente,
Esta hora peregrina?
—Una palabra divina,
Engendrada eternamente.
—Pues ¿quién dió, no me dirás,
Esta palabra engendrada?
—Por el Padre Dios fué dada.
—Pues ¿no tuvo qué dar mas?
—No tuvo ni pudo, Blas;
Que esta es el sol y es la hora,
Que por dar luz á deshora,
Diez líneas ha vuelto atrás.
—Y en reloj tan peregrino
¿No hay sombra que lo señale?
—Del mismo sol sombra sale,
Que es su espíritu divino.
—Y este bello sol ¿de hoy mas
Hará de noche jornada?
—Sí; que es la noche acabada.
—¿No ha de anochecer jamás?
—Ya es muerta la noche, Blas;
Porque el sol que en carne llora,
Para nacer á deshora
Diez líneas ha vuelto atrás.

EL MISMO.—Id.

592.

¿Por el hombre bajáis vos,
Dios, en carne suspirando?
—Aun plega Dios que bajando,
Quiera subirse con Dios.
—¿Por qué bajáis hombre hecho,
Dios, por los hijos de Adán?

—Por probar la piedra iman
Contra su acerado pecho.
—Pues para subirlos vos,
¿Bajáis en carne llorando?
—Aun plega Dios que bajando,
Quieran subirse con Dios.
—Pues al esclavo, Señor,
¿No es mejor darle cruja?
—No es mejor; que eso sería
Dar un crujido el amor.
—Pues si ve que bajáis vos,
¿Se os andará regalando?
—Aun plega Dios que bajando,
Quiera subirse con Dios.

BONILLA.—*Nuevo jardin de flores divinas.*

593.

¿Por qué entre el heno reclinás,
Niño, tus carnes divinas,
Y no en cama de riquezas?
—Soy muy niño, y mis ternezas
No sufren cama de espinas.
—¿Mi culpa no te obligó
A espinas duras por mí?
—A espinas de muerte sí,
Pero de riquezas no.
—Luego tus carnes divinas
¿Por eso en heno reclinás,
Y no en cama de riquezas?
—Sí, que no son mis ternezas
Para entre cama de espinas.
—Una cama regalada,
Dime, ¿qué rey no la tiene?
—Soy semilla, y no conviene
Ser entre espinas sembrada.
—Gocen tus carnes divinas
De seda cama y cortinas;
Deja el heno y sus bajezas.
—Soy muy niño, y mis ternezas
No sufren cama de espinas.
—Porque vida eterna cobre,
El alma te doy por lecho.
—Habrá espinas en tu pecho,
Si de espíritu no es pobre.
—¿Tanto á ser pobre te inclinas,
Que el alma en quien te reclinás
Punza si piensa en riquezas?
—Si punza; que mis ternezas
No sufren cama de espinas.

EL MISMO.—Id.

594.

El hombre y el niño Jesus.

Flor sin sembrar producida,
¿Por qué en pesebre á luz sales?
—Quieres que esos animales
Te pazcan recién nacida?
—No debo ser abscondida
De animal que pisa y pace,
Pues la flor del campo nace
A ser pisada y pacida.
—¿Nacer no fuera mas justo
En los jardines de un rey?
—Soy flor que tengo por ley
No florear en mi gusto.
—¿No ves, flor recién nacida,
Que esos toscos animales
Son brutos, y por ser tales
Podrán pacerte la vida?
—No me excluye mi venida
De animal que pisa y pace,
Pues la flor del campo nace
A ser pisada y pacida.
—¿No es mejor que tus olores
A serafines los dieras?
—No soy, si lo consideras,

Flor que gasto el tiempo en flores.
 —Pues ¿es razón que nacida
 Hoy, entre brutos te iguales,
 Donde estrados celestiales
 Son cortos á tu medida?
 —Si el campo es patria y guarida
 De animal que pisa y pace,
 Toda flor del campo nace
 A ser pisada y pacida.

BONILLA. — *Nuevo jardín, etc.*

595.

Niño, ¿de qué temblais vos,
 Si al cielo temblor causais?
 —De que de Dios no temblais
 Tiemblan las carnes de Dios.
 —De temblar estoy remoto,
 Estremeced vos mi pecho.
 —Temedme, y estaréis hecho
 Un perpetuo terremoto.
 —Haced que tiemble por vos,
 Pues por mi temblando estáis.
 —Temblad, pues mirando estáis
 Temblar las carnes á Dios.
 —Pues ¿de Dios no he de temblar,
 Que es potente por esencia?
 —No temblais de su potencia,
 Si no temblais de pecar.
 —Pues ¿tanto os va en ello á vos,
 Que por mi temblando estáis?
 —Sí; que porque no temblais
 Tiemblan las carnes á Dios.

EL MISMO. — *Id.*

596.

Ya Dios, por su amor profundo,
 Nuestra carne unida tiene.
 —Por Dios del cielo, que viene
 Al mejor tiempo del mundo.
 —En mejor tiempo pudiera,
 De virtudes, Dios venir.
 —Es Dios médico, y salir
 Dejó el tabardillo afuera.
 —Luego ¿nuestro daño inmundo
 Que todo salga conviene?
 —Sí; que Dios por eso viene
 Al mejor tiempo del mundo.
 —Pues ¿por qué al mundo ha dejado
 Estar de miserias lleno?
 —Porque el socorro es mas bueno
 Cuando está mas deseado.
 —Ya fuera el hombre al profundo
 Si un poco mas se detiene.
 —No importa; que agora viene
 Al mejor tiempo del mundo.

EL MISMO. — *Id.*

597.

Hoy, Niño, de verte helado
 Tengo el corazón partido.
 —Como al sol estoy unido,
 Antes vengo asoleado.
 —¿No ves que en tu cuerpo tierno
 Mil copos de nieve dan?
 —De esos copos para Adán
 Hilaré un vestido eterno.
 —Niño, no seas porfiado,
 Que estás del hielo aterido.
 —Como al sol estoy unido,
 Antes vengo asoleado.
 —¿Como al hielo en tal rigor
 Naces en el duro suelo?
 —¿No ves que el nacer al hielo
 Nace de fuego de amor?

—Pues tendrás el cuerpo helado
 Y el espíritu encendido.
 —El sol de Dios me ha traído
 Alma y cuerpo asoleado.

BONILLA. — *Nuevo jardín, etc.*

598.

Seais bien venido, Señor,
 Del cielo á darme favor.
 —Pues aun me faltan jornadas,
 Porque me tengo calzadas
 Las espuelas del amor.
 —¿Jornadas en tiempo fuerte?
 No paseis de aquí, mi Luz.
 —He de ir dende aquí á la cruz;
 Que lo siento á par de muerte.
 —Pues para ser salvador,
 ¿No basta encarnar, Señor?
 —Fáltanme otras dos jornadas,
 Porque me tengo calzadas
 Las espuelas del amor.
 —Y la jornada postrera,
 ¿Cuál ha de ser de las dos?
 —Irme á la diestra de Dios
 Por darte la gloria entera.
 —Señor, ¿pues tanto dolor
 Os cuesta el ser redentor?
 —Aun despues destas jornadas
 Se me han de quedar calzadas
 Las espuelas del amor.

EL MISMO. — *Id.*

599.

Á LA VIRGEN.

Al Niño que está en el heno,
 Virgen, ¿por qué no acallais?
 —Llora porque no le dais
 Lo que teneis en el seno.
 —Virgen, decid, por mi vida,
 ¿Con qué le puedo acallar?
 —Para no verle llorar,
 Dalde el corazón que os pida.
 —¿Pensais que tengo algo bueno?
 Vedme el seno, si gustais.
 —El callará si le dais
 Lo que teneis en el seno.
 —¿Las lágrimas que despiden
 Del pecho no enfrenará?
 —Un punto no callará
 Si no le dan lo que pide.
 —Pues le arrojaré entre el heno
 El corazón, si gustais.
 —El callará, si le dais
 Lo que teneis en el seno.

EL MISMO. — *Id.*

600.

Virgen, ¿si querrá conmigo
 Ese Niño? Dalde acá.
 —Toma, llévate ya;
 Que llora por ir contigo.
 —Llévámelo tengo á fe,
 Pues que por mí está llorando.
 —De continuo está aleando
 Por irse con cuantos ve.
 —Luego, si quiere conmigo,
 ¿También con otros querrá?
 —Sí; mas llévate ya;
 Que llora por ir contigo.
 —Perderse os ha cuando ande,
 Si á tantos gustos atiende.
 —No se perderá; que entiende
 Como una persona grande.

—Pues dejad venga conmigo,
Y en mis brazos callará.
—Toma, llévatelo ya;
Que llora por ir contigo.

BONILLA.—*Nuevo jardín, etc.*

601.

Mi Dios, ¡galán salís hoy
Con esa jerga de Adán!
—No es sino perpetuo,
Pues hombre perpetuo soy.
—Pues ¿tanto os agrada á vos
El traje deste gusano?
—Tanto, que he de ser humano
Mientras que Dios fuere Dios.
—Luego ¿al hombre haceis hoy
Dios con la jerga de Adán?
—No es sino perpetuo,
Pues hombre perpetuo soy.
—¿De la vil jerga del hombre
Estáis tan aficionado?
—Unida con mi brocado
Tendrá mas ilustre nombre.
—Pues ilustrada vos hoy
La basta jerga de Adán.
—No es sino perpetuo,
Pues hombre perpetuo soy.

EL MISMO.—Id.

602.

¿Por qué, Dios, entre tal hielo,
Pues desnudo y pobre estáis,
Solamente os abrigais
Hoy con la capa del cielo?
—Porque este avariento suelo
No del pobre se adolece.
Ni á Dios en que nazca ofrece;
Que en Belén los potentados
Todos son hombres honrados,
Y mi capa no parece.

EL MISMO.—Id.

603.

Virgen, cuando miro y peso
Que al nacer y al concebir,
Con entrar Dios y salir,
Quedas virgen, pierdo el seso.
—Dios solo sabe el suceso
De el entrar y el salir Dios,
Hombre; que no teneis vos
Que entrar ni salir en eso.

EL MISMO.—Id.

604.

Los Reyes y Heródes.

¿Dónde vais, determinados
Reyes?—A buscar un Rey
Que ha venido á darnos ley.
—¿Es cierto? ¿Estáis informados?
—Todos los orbes criados
Dan voces á mi y á vos;
Que no nace un rey que es Dios
A cencerros atapados.
—¿Qué! ¿Tan grande majestad
Un Rey en carne contiene?
—Sí; que por esencia tiene
Calidad y cantidad.
—Pues ¿á reyes potentados
Hay Rey que les ponga ley?
—Sí, que es el supremo Rey.

R. y C. S.

—Mirad no vais engañados.
—Cielo, tierra, montes, prados
Dan voces á mi y á vos;
Que no nace un Rey que es Dios
A cencerros atapados.
—¿Es posible que su nombre
Rinde á un corazón humano?
—Dejar de besar la mano
No está en la mano del hombre.
—Pues los reyes coronados
¿Besan mano á nuevo Rey?
—Somos súbditos por ley.
—¿Fuistes dese Rey citados?
—Mil espíritus alados
Nos citan á mi y á vos;
Que no nace un Rey que es Dios
A cencerros atapados.

BONILLA.—*Nuevo jardín, etc.*

605.

¿Quieres hoy conversacion,
Querida esposa?—Si quiero,
Esposo del corazón.
—Pues en el jardín te espero.
—¿A qué hora?—A la oracion.
—A la oracion no me niego;
Que esta es la perfecta hora
En que á las almas me entrego.
Y ¿si á la oracion no llego?
—Haz por llegar á tal hora:
Goza tan buena ocasion;
Alma, ¿no quieres?—Si quiero,
Esposo del corazón.
—Pues en el jardín te espero.
—¿A qué hora?—A la oracion.
—Si acaso te determinas,
En mi pecho hallarás
Jardín de flores divinas.
—¿Y alguna flor me darás?
—Darte he flores peregrinas,
Esposo del corazón.
—Pues en el jardín te espero.
—¿A qué hora?—A la oracion.

EL MISMO BONILLA.—*Pensamientos peregrinos.*—Baeza, 1614; en 4.º

606.

¿Qué buscáis en noche helada,
Gloria y lumbre de mi vida?
—Busco la oveja perdida
Que falta de mi manada.
—Fin es ese inestimable,
Mas ved que sois niño y tierno.
—También soy de allá *ab aeterno*
Dios fortísimo, admirable.
—Pues ¿cómo en la noche helada
Venís, luz de nuestra vida?
—Busco la oveja perdida
Que falta de mi manada.
—¿Por qué, divino Cordero,
Tomáis tan subida empresa?
—Por hacer dejar la presa
Con tiempo al tirano fiero.
—¿Cómo venís con la helada
De noche oscura, afligida?
—Busco la oveja perdida
Que falta de mi manada.
Está la triste balando
Por mi con grandes gemidos;
Su voz hiere en mis oídos.
Y amor me está lastimando.
—Dejad pues pasar la helada,
La nieve y noche encogida.
—Busco la oveja perdida
Que falta de mi manada.
Anda por fieros breñales,
Penada, á oscuras, sin luz,
Y vengo á librarla en cruz

Del gran peso de sus males.
—¿Por qué á la region helada
Venís de la muy florida?
—Busco la oveja perdida
Que falta de mi manada.

DIEGO CORTÉS.—Discursos del varón justo.

607.

Antes que á Belen partamos,
Dime por tu vida, Blas,
¿A qué viene de los cielos
Este infante celestial?
—A traer al mundo paz,
Que es de todos los humanos
La mayor felicidad.
—¿A qué viene desde el trono
De su excelsa majestad
Al límite de un pesebre,
Al estrecho de un portal?
—A traer al mundo paz,
Que es de todos los humanos
La mayor felicidad.
—¿A qué viene, siendo eterno,
Disfrazado en lo mortal,
Quien solo para su gloria
Hizo la inmortalidad?
—A traer al mundo paz,
Que es de todos los humanos
La mayor felicidad.
—Pues si á darnos paz viene,
Vamos, pastor, allá;
Que no hay mayor ventura
Que una dichosa paz.

VIOLANTE DO CEO.—*Parnaso lusitano*.—Lisboa, 1727; en 8.º, tomo primero.

608.

Dios y san Juan Bautista.

Hola, Juan.—¿Qué queréis, Dios?
—¿Sabéis qué quiero?—No sé.
—Que el bautismo se me dé,
Y quiero me le deis vos.
Quiero á vuestros piés poner,
Humilde, mi majestad.
—Señor, aqueha humildad
No me ha de ensoberbecer.
—Hacedlo, Juan.—¿Ay mi Dios!
—Baptizadme.—No osaré.
—Por esa humildad que sé,
Lo he de recibir de vos.
—No estéis, Juan, dello admirado;
Que conviene hacerse así.
—¿Dios mío! Pues ¿vos de mí
Habeis de ser baptizado?
—¿Haréislo, Juan?—No, mi Dios.
—¿Y si os lo mando?—Sí, haré.
—Pues quiero que se me dé
Este bautismo por vos.

UEEDA.—*Cançonero*.

609.

Á LA CIRCUNCISION DE CRISTO.

La ley del circuncidar,
A nuestros cuellos atada,
Desatad; que es tan pesada,
Dios, que nos causa pesar.
—Mi carne podeis cortar
Por desatarla de vos,
Porque tanto monta en Dios
Cortar como desatar.

BONILLA.—*Nuevo jardín de flores divinas*.

610.

Con esa sangría que os dan,
Niño, ¿no os desmayáis hoy?
—No, porque mi sangre doy
Para el desmayo de Adán.
—Si acaso estáis desmayado,
¿Queréis un rocío, mi Dios?
—Antes volveréis en vos
Con mi sangre rociado.
—Pues vuestros miembros ¿no están,
Niño, desangrados hoy?
—Sí, pero mi sangre doy
Para desmayo de Adán.
—¿No dan á la sangre nombre
Del asiento de la vida?
—Sí, mas la que doy vertida
Es por la vida del hombre.
—Luego ¿las vidas están
En la sangre que dais hoy?
—Sí, porque á beber la doy
Para el desmayo de Adán.

BONILLA.—*Nuevo jardín, etc.*

611.

La circuncision será
Hoy muerta, porque á Dios hiere.
—Muérase si se muriere;
Que muerto se lo tendrá.
—De su corte bien sé yo
Que el morir será la paga.
—La ida del humo haga,
Que se fué y nunca volvió.
—Sentenciada á muerte está,
Y morirá, si Dios quiere.
—Muérase si se muriere;
Que muerto se lo tendrá.
—Hoy con toda su braveza
Sin duda que al traste ha dado.
—Ya la habian de haber echado
En el pilar de cabeza.
—No herirá á nadie ya,
En pago de que á Dios hiere.
—Poco importa si muriere;
Que muerto se lo tendrá.

EL MISMO.—Id.

612.

A Dios, que las almas limpia,
Hoy han sangrado por vos.
—¿Sangre le han sacado á Dios?
Plega á Dios que sea agua limpia.
—Su propia Madre lo vió,
Y consintió en que se sangre.
—Cuerpo de Dios con la sangre
Y con quien tal consintió.
—¿No veis que con sangre alimpia
Dios las manchas que hay en vos?
—Sí, mas la que hoy vierte Dios
Plega á Dios que sea agua limpia.
—Fué el oficial tan cruel,
Que sacó de sangre un río.
—De esa suerte algun judío
Se podrá sangrar con él.
—¿No veis que la sangre alimpia
Las manchas de mí y de vos?
—Sí, mas la de un niño Dios
Plega á Dios que sea agua limpia.

EL MISMO.—Id.

613.

¿Que por un esclavo tal
Tanto, mi Dios, habeis dado?
—Pues agora no he pagado;

Que esto les doy por señal.
—A vuestro Padre sirvió,
Y se fué cual fugitivo.
—Por malo que es el cautivo,
Gusto de comprarle yo.
—Pues á fe que siendo tal,
Le pagais demasiado.
—Mirad lo que me ha costado,
Pues esto doy por señal.
—Bien podeis, Señor, comprarle;
Que nada habréis menester.
—Pues téngame de vender
Por acabar de pagarle.
—Y la paga principal
¿Para cuando os la han fiado?
—Para la Pascua ha quedado;
Que esto solo es dar señal.

LEDESMA.—Tercera parte de conceptos espirituales.

614.

¿Que morirá, decís vos,
El zagal de aquesta herida?
—Que morirá por mi vida,
Mas ha de vivir por Dios.
—Mirad que es hombre, y sé cierto
Que es el zagal de mas nombre.
—Vos ¿no me decís que es hombre?
Pues contádmelo por muerto.
—Y ¿qué? ¿osaréis jurar vos
Que morirá desta herida?
—Que morirá por mi vida,
Mas ha de vivir por Dios.
—Si es hombre y Dios el zagal,
¿Cómo vencido ha de ser?
—Como Dios podrá vencer,
Y morir como mortal.
—Desa suerte entre los dos
La cuestion está sabida:
Que morirá por mi vida
Y que ha de vivir por Dios.

EL MISMO.—Id.

615.

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

Alma y Cuerpo.

¿Qué me decís, Alma, vos?
¿Que si tengo á mi amo ley,
Podré comer como un rey?
—Sí, por este pan de Dios.
—Páreceme que es morir,
Servir, segun lo que pasa.
—Sí, mas vivir en tal casa
Es propiamente vivir.
—¿Y juraréis, Alma, vos,
Que si guardo á mi amo ley,
Podré comer como un rey?
—Sí, por este pan de Dios.
—¿Qué salario es el que dan
En casa tan proveida?
—Tu boca será medida;
Mira si te pagarán.
—Y tras esto ¿decís vos
Que si guardo á mi amo ley,
Podré comer como un rey?
—Sí, por este pan de Dios.

EL MISMO.—Id.

616.

Amor y Hombre.

Dios es el que viene aqui;
Que la fe lo dice así.
—Decid, Amor, por mi fe,

¿Sois desta verdad testigo?
—Sí; que lo digo, lo vide y lo sé.
—¿Cómo sabeis que Dios va
Debajo de un blanco velo?
Y ¿cómo estando en el cielo,
En todas partes está?
De lo que el ojo no ve,
¿Quién servirá de testigo?
—Yo, que lo sé, que lo vi, que lo digo;
Yo, que lo digo, lo vide y lo sé.
—¿Cómo, si parece pan,
Es carne y Dios verdadero?
Y ¿cómo se queda entero
En la parte que me dan?
Referidnos como fué,
Pues os preciais de testigo.
—Yo, que lo sé, que lo vi, que lo digo;
Yo que lo digo, lo vide y lo sé.

Respuesta de Amor á todas tres cosas.

Por haber Adán pecado,
Digo que el Verbo encarnó,
Y vi que en la cruz murió,
Y sé que en pan se ha quedado.
—Si vos de todo dais fe,
No hay que buscar mas testigo.
—Sí, que lo sé, que lo vi, que lo digo;
Sí, que lo digo, lo vide y lo sé.

LEDESMA.—Conceptos.

617.

Bras, de solo vino y pan,
¿Qué puedo al huésped deber?
—¿Ay Dios! si dan de comer
A la cuenta os lo dirán.
—Pan y vino solamente
Me han dado en esta posada.
—¿Eso os parece que es nada?
Veréislo cuando se os cuente.
—Pues de un pedazo de pan,
¿Qué puedo al huésped deber?
—¿Ay Dios! si cuesta el comer
A la cuenta os lo dirán.
—Sepamos, por Dios, amigo,
Lo que vale y lo que cuesta.
—¿Ay Dios! os doy por respuesta,
Y así lo que cuesta os digo.
—Pues si á Dios en pan me dan,
Gran caudal he menester.
—¿Ay Dios! si cuesta el comer
A la cuenta os lo dirán.
—¿Qué cuenta es la que decís?
Que dais de rigor indicio.
—Es la cuenta del juicio;
Mirad vos cómo vivis.
—Pues si tanto cuesta el pan,
Gran juicio es menester.
—¿Ay Dios! si cuesta el comer
A la cuenta os lo dirán.

EL MISMO.—Id.

618.

Razon y Contricion.

A puertas del corazon
Mil aldabadas oí.
—¿Quién está acá?
—¿Quién está ahí?
—¿Si está?
—¿Quién es?
—La razon.
—¿Qué quieres, amiga fiel?
—Vengo de parte de Dios,
Que el alma lleveis con vos,
Y os vais á comer con él.
—Mirad que desnuda está;

Que él tiene sus joyas bellas.
 —Vaya Confesion por ellas;
 Que al punto se las dará.
 —Luego, si ya fuere fiel,
 ¿Bien podrá comer con Dios?
 —Si va con ella y con vos,
 Bien puede comer con él.
 —¿Qué señas podrá llevar,
 Qué obligacion ó qué prenda?
 —Un propósito de enmienda
 De no volver á pecar.
 —Pues yo sé que está con él;
 Que lo tratamos las dos.
 —Pues vaya; que espera Dios
 Debajo de su dosel.

LEDESMA. — *Conceptos.*

619.

Vamos á comer los dos,
 Si estáis, cual yo, convidado.
 —Id á Dios; que ando ocupado,
 Pues voyme á comer á Dios.
 —Hace banquete su alteza,
 ¿Y vos no quereis venir?
 —Tengo un pleito á que acudir,
 Que es á probar mi limpieza.
 —Queda con Dios, porque vos
 Andais muy bien ocupado.
 —Y vos, pues vais despachado,
 Idos á comer á Dios.
 —¿Qué falta para el suceso
 De tan dichosa ocasion?
 —Tomarme la confesion,
 Y sentenciar el proceso.
 —Luego ¿mañana iréis vos,
 Que estaréis ya sin cuidado?
 —Sí, que no hay comer bocado
 Hasta despachar por Dios.

EL MISMO. — *Id.*

620.

Cristo y el Hombre.

En esta forma preciosa
 Te doy, hombre, el cuerpo mio.
 —Vive Dios, que es un judío
 El que dijere otra cosa.
 —Aunque en carne no me has visto,
 Aquí me verás por fe.
 —Eso yo lo probaré
 Por la fe de Jesucristo.
 —En este manjar reposa
 La sangre y el cuerpo mio.
 —Vive Dios, que es un judío
 El que dijere otra cosa.
 —Aquí vive mi deidad,
 Dando á las almas sosiego.
 —Estas manos en un fuego
 Pondré por esta verdad.
 —Y el alma pura se endiosa
 Comiendo este cuerpo mio.
 —Vive Dios, que es un judío
 El que dijere otra cosa.
 —Aquí echó el amor el sello,
 Honrando al linaje humano.
 —Digo que, á fe de cristiano,
 Que no pongo duda en ello.
 —Y para el alma alevosa
 Es ponzoña el cuerpo mio.
 —Vive Dios, que es un judío
 El que dijere otra cosa.

BONILLA. — *Nuevo jardín de flores divinas.*

621.

SOBRE EL EVANGELIO DE LAS VÍRGENES.

Alma y Cristo.

Dulce Esposo, si procuras
 Virgenes para tus bodas,
 ¿Por qué á las virgenes todas
 No admites á tus dulzuras?
 —Quiero que las almas puras
 A quien mi cuerpo he de dar,
 Tengan luz para cenar;
 Que no han de ser cena-escuras.
 —¿Por qué estrañas las doncellas
 Solo porque luz no tienen?
 —No es mucho, si á escuras vienen,
 Que deje de conocellas.
 —Pues ¿de diez que las dulzuras
 Quieren gozar de sus bodas,
 Las cinco desacomodas,
 Y de sus voces no curas?
 —Si no llevan luces puras
 No se les permite entrar
 Con el Esposo á cenar;
 Que no han de ser cena-escuras.
 —¿No podrán las vigilantes
 Dar olio á las negligentes?
 —No es tiempo que las prudentes
 Den luz á las inconstantes.
 —Pues ¿desdenes y amarguras
 Se permiten en tus bodas?
 Da, Señor, la puerta á todas,
 Porque gocen tus dulzuras.
 —No han de entrar mas de las puras;
 Que estas, por velar y orar,
 Conmigo podrán cenar;
 Que no han de ser cena-escuras.

BONILLA. — *Nuevo jardín, etc.*

622.

¡Ay Dios! ¿Cómo entrar podrán
 Los hombres en vuestro cielo?
 —Por la inocencia y el celo
 Hechos niños, entrarán.
 —¿No veis, Señor, que andarán
 Siempre llorando tras vos?
 —Esos niños quiere Dios
 Que anden llorando por pan.
 —¿Para entrar en tal morada,
 Niños por fuerza han de ser?
 —No podrán grandes caber;
 Que es muy pequeña la entrada.
 —¿Qué! ¿Los grandes no podrán
 Entrar por puertas del cielo?
 —No, si en la inocencia y celo
 Vueltos en niños no van.
 —¿No veis que os enfadarán
 Niños llorando tras vos?
 —Esos niños quiere Dios
 Que anden llorando por pan.
 —¿Vuestros gozos infinitos
 A niños han de ser dados?
 —Ellos son los bien parados,
 Por vida de los chiquitos.
 —Luego ¿niños se harán
 Los que han de ir á vuestro cielo?
 —Si por la inocencia y celo
 No son niños, no entrarán.
 —Y si muchos niños van,
 ¿Querréis mantenerlos vos?
 —Nadie en el reino de Dios
 Anda llorando por pan.

EL MISMO. — *Id.*

623.

En forma me holgaría,
 Mi Dios, de ver vuestra forma.
 — Hombre, en esa blanca forma
 Podrás ver la forma mía.
 — ¿De forma, Señor, que vos
 En forma queréis que os vea?
 — Sí, mas para que esto sea,
 Haste de informar de Dios.
 — Pues informadme este día
 Cómo he de ver vuestra forma.
 — La fe, en esa blanca forma
 Descubre la forma mía.
 — ¿Informarme la razón
 No podrá de forma tal?
 — Vive en forma de animal
 Quien busca esta informacion.
 — De esa forma, mal podría
 Ver yo clara vuestra forma.
 — No, pero la fe te informa
 Que esa forma es forma mía.

BONILLA.—Nuevo jardín, etc.

624.

Gil, por la razón camino,
 Y no llego, aunque trabajo,
 A ver que haya pan divino.
 — Es ese el camino bajo;
 Echad (ganaréis camino)
 Por la fe, que es el atajo.
 — Si á Dios voy por la razón,
 ¿No es camino carretero?
 — Vais por el despeñadero,
 Como el carro de Faeton.
 — Si la razón no es camino,
 ¿Por dónde iré, que un trabajo
 No pierda tan peregrino?
 — Deja ese camino bajo,
 Y echad (ganaréis camino)
 Por la fe, que es el atajo.
 — ¿No es la razón el imperio
 Del discurso y discreción?
 — No es camino la razón,
 En razón deste misterio.
 — Pues luego en vano camino
 Si por la razón trabajo
 En misterio tan divino?
 — Si; que es el camino bajo,
 Y se gana mas camino,
 Por la fe, que es el atajo.

EL MISMO. — Id.

625.

Gil, no entiendo tus extremos:
 ¿Cómo dices que es pan Dios?
 — Vamos al cielo los dos;
 Que allá nos entenderemos.
 — Dime, ¿cómo puede ser
 Que Dios en el pan se halle?
 — No es menester que en la calle
 Nos oigan por el comer.
 — Pues ¿el modo no sabrémos
 Cómo en el pan está Dios?
 — Vamos al cielo los dos;
 Que allá nos entenderemos.
 — Pues ¿cómo está Dios presente
 En hostia entera y partida?
 — Digo que no vi en mi vida
 Hombre mas impertinente.
 — Declárame estos extremos
 Para entenderte, por Dios.
 — Al cielo iremos los dos,
 Y allá nos entenderemos.

EL MISMO. — Id.

626.

Quedáos á comer, haréis
 Con nosotros penitencia.
 — Ya he comido en mi conciencia.
 — Mirad no nos engaños.
 — Quedáos á comer, hermano;
 Que Dios lo ha de proveer.
 — No he hecho sino comer,
 Señor, en ley de cristiano.
 — Si por vergüenza lo haceis,
 Mirad que es impertinencia.
 — Ya he comido en mi conciencia.
 — Mirad no nos engaños.
 — No hay cumplimiento con vos,
 Ni es de burla este convite.
 — No comeré ni un confite
 Despues de comer por Dios.
 — ¿Que en efecto no queréis
 Hacer acá penitencia?
 — Ya he comido en mi conciencia.
 — Mirad no nos engaños.

BONILLA.—Nuevo jardín, etc.

627.

¿Que al fin, Pablo, decís vos
 Que es vida el pan que hoy recibo?
 — Sí, por Jesucristo vivo,
 Y así me perdone Dios.
 — ¿Que la divina virtud
 Al hombre en manjar se da?
 — En el sacramento está
 Por vida de mi salud.
 — ¿Y os han dado vida á vos
 En este pan que hoy recibo?
 — Sí, por Jesucristo vivo,
 Y así me perdone Dios.
 — ¿Que es el que en el pan se encierra
 Dios que á los justos ampara?
 — De no ser, no lo jurara
 Por el cielo ni la tierra.
 — Y ¿en efecto, adoráis vos
 Al que adorando recibo?
 — Sí, por Jesucristo vivo,
 Y así me perdone Dios.

EL MISMO. — Id.

628.

Dios, si vuestra carne en pan
 Sustenta hijos de Adán,
 ¿No causa sed la comida?
 — Sí, pero mi sangre os dan,
 Que es verdadera bebida.
 — Quien tanta substancia encierra,
 Fuerza es que cause sequía.
 — Causa sed la carne mía,
 Pues es la sal de la tierra.
 — Y los que á comerla van,
 Decid, ¿sedientos se irán,
 Siendo sal vuestra comida?
 — No; que mi sangre les dan,
 Que es verdadera bebida.
 — Pues ¿cómo sed causais vos,
 Si sois infame gusto?
 — No le da molestia al justo
 La sed de beberse á Dios.
 — Luego ¿si justos no van,
 Muertos de sed quedarán,
 Sin prestarles la comida?
 — Sí, porque se ahogarán
 Con tan celestial bebida.

EL MISMO. — Id.

629.

Aprisa la comunión
Me den, que al alma reforma.
— Paso, varón;
Que podrás llegar de forma
Que sea esa blanca forma
Carta de descomunión.
— Pues ¿la comunión sagrada
Descomulga á hombre viviente?
— Si comes indignamente,
Tenla por notificada.
— Padre, pues la comunión
¿No purifica y reforma?
— Es la razón
Que el justo en Dios se transforma,
Y es para el torpe esta forma
Carta de descomunión.
— Decid: pues ¿Dios no está allí
Para los hijos de Adán?
— Si no llevas luz, podrán
Matar candelas por ti.
— Padre, ¿y si mi corazón
Con Dios vive y se transforma?
— Come, varón,
Si es que llegas de esa forma,
Pues para el malo es la forma
Carta de descomunión.

BONILLA.—Nuevo jardín, etc.

630.

Advierte que ha entrado en tí,
Hombre, quien te redimió.
— El corazón me lo dió,
Que es Dios, cuando le comí.
— Mira que ha entrado en tu seno
Hoy la persona de Cristo.
— En los efectos lo he visto;
Así me haga Dios bueno.
— Por entrar en mí y en tí
Del seno eterno salió.
— El corazón me lo dió,
Que es Dios, cuando le comí.
— Esta hostia consagrada
Es mas que yo te encarezco.
— No soy digno ni merezco
Que entre en mi pobre morada.
— Dios, para ajustarse en tí,
Hoy en pan se disfrazó.
— El corazón me lo dió,
Que es Dios, cuando le comí.

EL MISMO.—Id.

631.

Anton, ¿habrá quien me apueste
A conocer este pan?
— No tienes que apostar, Juan;
Que en mi tierra Dios es este.
— Pues ¿hay oculto valor
En este manjar que ves?
— Digo que el señor Dios es,
Como Dios es mi señor.
— Pues ¿no ganaré, aunque apuesto,
A conocer este pan?
— No tienes que apostar, Juan;
Que en mi tierra Dios es este.
— Si eres á Dios tan fiel,
Ganarás de fe la palma.
— Así ángeles por mi alma,
Como conozco que es él.
— Luego ¿no hay para qué apueste
A conocer este pan?
— No tienes que apostar, Juan;
Que en mi tierra Dios es este.

EL MISMO.—Id.

632.

Cristo y el Hombre.

Socorredme, nuevo Adán;
Que me amenaza Satan
Con mil gustos depravados.
— Como esos amenazados
En la tierra comen pan.
— Amenazado mi pecho,
Tiembra del daño que traza.
— Hay del golpe á la amenaza
Lo que va del dicho al hecho.
— ¿Cómo huiré de Satan,
Si amenazando me están
Por él mil torpes cuidados?
— Como esos amenazados
En la tierra comen pan.
— Hacen que el ánimo pierda
Las amenazas que hace.
— No importa que te amenace;
Ladre el perro y no te muerda.
— Mirad, soberano Adán,
Que amenazados están
Mis huesos descoyuntados.
— Como esos amenazados
En la tierra comen pan.

BONILLA.—Nuevo jardín, etc.

633.

Á LA VIRGEN SANTÍSIMA.

¿Cómo nunca ha hecho lance,
Virgen, la serpiente en vos?
— Como tengo alas de Dios,
No hay demonio que me alcance.
— Con vuelo tan peregrino,
Garza seréis, digo yo.
— Solo el sacre me alcanzó
Del sacro Verbo divino.
— ¿Luego Satan erró el lance,
No haciendo presa en vos?
— Como tengo alas de Dios,
No hay demonio que me alcance.
— Mirad que de rabia vierte
Rabiosos fuegos y espumas.
— Un cuchillo de mis plumas
Basta para darle muerte.
— Volad; que no hará lance
El infierno contra vos.
— Como tengo alas de Dios,
No hay demonio que me alcance.
— ¿Cómo es ignorante y flaca
Con vos su ciencia bisona?
— Porque contra su ponzoña
He de ser yo la triaca.
— ¿Cómo en todos hizo lance,
Virgen, sin hacerlo en vos?
— Como tengo alas de Dios,
No hay demonio que me alcance.
— La serpiente del infierno
¿Ya tiembra de vos, María?
— Es que ha quedado muy fría,
Aunque vive en fuego eterno.
— Pues ¿cómo murió en su lance,
Quedando triunfante vos?
— Como tengo alas de Dios,
No hay demonio que me alcance.

EL MISMO.—Id.

634.

Cristo, la Magdalena y el Autor.

MAGDALENA.

¡Ay de mí,
Qué buen Señor que perdí!

¿Sabeis vos
Quién me ha llevado á mi Dios?

CRISTO.

Di, mujer: ¿qué te ha faltado?
Qué buscas con tal dolor?

MAGDALENA.

Decidme: si habeis llegado,
Hortelano, á mi Señor;
Decid, si
Lo pusistes por aquí,
¿Quién, si vos,
Pede llevar á mi Dios?

AUTOR.

El hortelano que habia,
Era Dios disimulado;
A sus piés se va á besallos,
Porque allí cobró su vida,
Y así no puede olvidallos.
¡Ay! aquí, dice, hallé lo que perdi.
Ya con vos,
¿Qué me faltará, mi Dios?
Cristo está su corazón
Con dulzuras recreando;
Ella con grande afición
El tocarle deseando.
Basta así,
Dentro en sí tocarme á mí;
Basta, Dios,
Desde allí veros á vos.

UBEDA. — *Cancionero.*

635.

Magdalena y Cristo.

Digas, hortelano,
¿Quién llevó de aquí
El santo difunto?
¡Ay triste de mí!
Di, fiel hortelano,
Que guardas el huerto,
¿Quién llevó el difunto
Que estaba aquí muerto?
Yo le dejé, cierto,
Yo le dejé aquí;
¿Quién me le ha escondido?
¡Ay triste de mí!
—Respóndeme, dueña,
Que Dios te consuele,
¿Quién es el difunto
Que tanto te duele?
Dios te lo revele,
Como tú desees,
Porque tú le veas
Y él te vea á ti.
—¡Ay! si tú lo sabes,
Di quién le llevó;
Consuela la triste
Que tal bien perdió;
¿Quién te me escondió?
¡Triste y afligida,
Que fuerza ni vida
Ya no queda en mí!
—Ya, pues que le amabas,
¿Por qué le dejaste
En lugar tan yermo,
Do le sepultaste?
Por qué no velaste
Aquestos tres días,
Pues tanto temias,
De dejarle aquí?
—La piedra pusimos
En la sepultura,
Por ir con la Madre,
Llena de amargura.
¡Triste y sin ventura!
¿Dónde irá á buscalle?
Que no sé dónde halle
El bien que perdi.

—Un cuerpo ya muerto,
Tú, ¿qué le harías?
Si yo te le muestro,
Dueña, ¿qué darías?
Que tú no podrias
En cobro ponerle;
Que solo moverle
No es posible á ti.
—Yo podré llevarle,
Segun tú verás;
Que mujer tan fuerte
Nunca fué jamás;
Porque amor me fuerza.
Segun es mi fuerza,
Poco es para mí.
—Solo verle muerto
Te desmayará;
Que está sepultado
De tres días ya;
Y hombre que así está,
A quien quiera espanta.
No es tu fuerza tanta
Cual piensas de ti.
—Debes saber poco
De ciencia de amor;
Que el amor, do mora
No sufre temor.
Si tú á mi Señor
Tienes encubierto,
Hallar yo tal muerto
Vida es para mí.
—¿En qué te podrás
Gozar con un muerto,
Tan descuyuntado
Y el costado abierto;
Encallado y yerto,
Los ojos cerrados,
Tres días ya pasados,
Que fué puesto aquí?
—En estos mis hombros
Yo le llevaré,
Y de mi congoja
Ya descansaré;
Y así cumpliré,
Cuando yo le viere,
Lo que el amor quiere,
Pues lo quiere así.
—Será como dices;
Que al fin mujer eres,
Y ese blasonar
Propio es de mujeres;
Que cuando le vieres
Tendido en el suelo
No habrás mas consuelo
Que de verme á mí.
—Como quier que sea,
Puedo responderte
Que el amor no es hembra,
Mas varon muy fuerte;
Y ese amor convierte
En fuerte varon
Todo corazón,
Como hace á mí.
—¡Oh, que nunca es fuerte
Amor en mujer,
Que muy de ligero
Se suele perder!
Do falta saber
Todo bien perece;
Solo permanece
Presumir de sí.
—Bien puedo decir
¡Ay nombre terrible!
Que el amor perfecto
Nunca fué movable;
Que si amor falible
Se desmaya presto,
El firme y honesto
No lo hace así.
—Aun eso que dices,
Yo lo sé mejor;
Que há mas de mil años

Que soy amador.
Mas perfeto amor
En mujer ninguna
(Salvo en sola una)
Yo nunca le vi.
—Responde con tiento,
Hombre, que me espantas;
Que hay en la Escritura
Mujeres muy santas.
Habla de tus plantas
Y tus hortalizas;
Que, ó tú profetizas,
Ó burlas de mí.
—Las mis hortalizas,
Arboles y plantas,
Son las mis sentencias
Y palabras santas;
Mas, pues que te espantas
En que así me muestro,
Yo soy tu Maestro.
Cata, vesme aquí.
—¡Oh santo Maestro!
Señor de señores,
Desatan mis hierros
Tus dulces favores;
Porque los errores
Que el saber no excusa,
Muy segura excusa
Tienen ante tí.

JUAN TIMONEDA.—*Cuatro obras muy santas.* La primera, un *Diálogo de la Madalena*; la segunda, *La pavana de nuestra Señora*; la tercera, *El chiste de la monja*; la cuarta, *Un chiste á la Asunción de nuestra Señora*. — Impresa en Alcalá, en casa de Andrés Sanchez de Ezpeleta, año de 1611.— Pliego suelto, en 4.º

636.

Á LA MISMA MADALENA.

—¿Quién os lleva de esa suerte,
Maria, en cas de Simon?
—Voy á dar á Dios la unción,
Por verle que está de muerte.
—¿De qué dicen que es su mal,
Si habeis venido á saber?
—Mal de amor debe de ser
Lo que le tiene mortal.
—¿Qué es posible que es tan fuerte
Una amorosa pasión?
—Pues que le traigo la unción,
Bien se ve que es mal de muerte.
—¿Vos tambien estáis tocada
De esa pasión amorosa?
—Es la mia contagiosa,
Y ha menester ser curada.
—¿Cómo curan mal tan fuerte,
Si me sabeis dar razón?
—A quien yo llevo la unción
Le preguntad de qué suerte.

LEDESMA.— *Conceptos, etc.*

637.

CRISTO Y SAN PABLO EN SU CONVERSION.

—Di: ¿por qué me has perseguido,
Pablo, y á los que incluido
Tienen mi cristiano sello?
—Señor, no he caído en ello
Hasta agora, que he caído.
—¿No ves tú que á mi me afrenta
El que afrenta á mi vasallo?
—A no caer yo del caballo,
Jamás cayera en la cuenta.
—Advierte que está afligido
Mi colegio perseguido,
Donde yo me imprimo y sello.
—Señor, no he caído en ello

Hasta agora, que he caído.
—Pues te puedo derribar,
Deja mis cristianos vivos.
—Aunque hoy pierdo los estribos,
En la fe pienso estribar.
—Recobra lo que has perdido,
Mira que por ofendido
Los ángeles atropello.
—Señor, no he caído en ello
Hasta agora, que he caído.

BONILLA.— *Nuevo jardín.*

638.

AL MARTIRIO DEL APÓSTOL SAN ANDRÉS EN UN ASPA.

—Andrés, ¿seréis hombre vos
Á seguirme por do iré?
—Y ¿cómo si os seguiré!
Sí, por esta cruz de Dios.
—El camino que elegí
Es tan agrio como estrecho.
—¿Vos la trocha no habeis hecho?
Yo marcharé por ahí.
—Mirad que vamos los dos
Con sendos palos y á pié.
—Y ¿cómo que os seguiré!
Sí, por esta cruz de Dios.
—Para vos camino habrá
Mas seco y mas descansado.
—Bien es que vaya el criado
Por donde su dueño va.
—Tomad vuestro palo vos;
Que yo por la cruz saldré.
—Y ¿cómo que os seguiré!
Sí, por esta cruz de Dios.

LEDESMA.— *Tercera parte de conceptos.*

639.

EN ALABANZA DE LOS APÓSTOLES.

(*El maestrescuela desta universidad es Cristo nuestro Señor, y el rector della el doctor san Pedro, y las tres virtudes Fe, Esperanza y Caridad las damas que cuentan los cuentos.*)

Cuento primero, á san Pedro.

CARIDAD.

Cuantas veces veo al Retor
Se me acuerda un cuento suyo,
Del cual llanamente arguyo
Su pecho y su gran valor;
Al Maestrescuela sirvió;
Mas, puesto que era criado,
Fué cual hijo regalado
Lo que en su casa vivió;
Tal voluntad le tenía
Y tanto con él se holgaba,
Que á veces le preguntaba
Que qué tanto le quería.

ESPERANZA.

Preguntas de padre á hijo,
Mas que de amo á criado,
Me parecen, bien mirado.

FE.

Y él, en efeto, ¿qué dijo?

CARIDAD.

Un gran coloquio pasó
Entre los dos, amoroso,
Y Pedro, de amor celoso,
Desta suerte respondió:
«Téngoos amor excesivo,
Y tengo tal fe con vos,
Que os adoro.—¿A mí por Dios?
—Sí, por Jesucristo vivo.»

Cuento segundo, á san Juan y Santiago.

ESPERANZA.

Los dos hermanos son estos.

CARIDAD.

Juntos el doctor san Juan
Y el doctor Santiago van;
Pues ¿á qué lado van puestos?
No les lleva el premio á el lado,
Como la Madre pedía.

ESPERANZA.

Yo os prometo que hoy en día
Se acuerdan de ese recado.
Al Maestrescuela llegó
Su Madre á pedir por ellos,
Mas no á ella, sino á ellos
El primo les respondió:
«No saben lo que se piden,
Si estriban en tal favor;
Que el estudio da el honor,
Y los trabajos le miden.»
Honra de escuelas no viene
Por parentesco ó prianza;
Que solamente la alcanza
El que mas estudio tiene.
Así les he de tratar;
De pundonores no curen,
Que son mozos, mas procuren
De acabarse de ordenar;
Que si, como dicen, meten
La barba en el cáliz ellos,
Yo prometo de ponellos
Donde todos le respeten.

CARIDAD.

Mucho les debe querer,
Aunque no les muestra halago.

ESPERANZA.

Si, mas á fe que ese trago
Que se le ha dado á beber.

Cuento tercero, á san Andrés.

CARIDAD.

Veis al dotor Santander,
El hermano del Retor,
Tambien era pescador,
Y ya tiene de comer.
Los dos se han puesto en buen punto;
Que al fin de lacería sale
Quien de las letras se vale,
Que es honra y provecho junto.
Santander vino á estudiar,
Como mayor, el primero;
Mas no pasó curso entero
Sin á su hermano llamar.
Persuadióle á que viniese,
Y con el amor de hermano,
Asentóle de su mano
Donde estudiase y sirviese.
Ya sabeis con quién estuvo,
Y la vida que tenía.

ESPERANZA.

Bien se lo agradece hoy día
Aquel cuidado que tuvo.

CARIDAD.

Al fin Santander es hombre
De gran vaso y gran prudencia,
Y así en virtud como en ciencia
En escuelas tiene nombre;
Tiene mucha caridad,
Que es hermano del Retor,
Y el mas antiguo dotor
De aquesta universidad.
Es tan grande limosnero,
Que al primer hombre que ve
No hay cosa que no le dé,
Sea pan ó sea dinero.
El es santo llanamente,
Pues por dar por Dios trabaja

Tanto, y á cosas se abaja,
Que se espanta mucha gente.

FE.

Bien lo sabemos las dos,
Que una vez en un lugar
Vimos al dotor aspar
Por tener que dar por Dios.

Cuento cuarto, á san Bartolomé.

ESPERANZA.

Ya sabréis lo que pasó
Con Bartolo esotro día.

FE.

Contaldo, por vida mía;
Que le quiero mucho yo.

ESPERANZA.

Quiso un trampista letrado
Ver lo que Bartolo sabe;
Mas á fe que no se alabe
De haberse con él tomado.
Sobre dar entendimiento
A dos leyes de que hablaron,
Entrambos se repuntaron,
Pero con diverso intento;
Que Bartolo con voz baja
Arguye, y verdad refiere,
Y esotro matar le quiere
A voces porque le ataja;
Y como vió que salía
De todo con gran trabajo,
Una falsa ley le quiere
Por si engañarle podía.
A la palabra primera
Le entendió, porque es de modo,
Que sabe el derecho todo,
Y la ley que es verdadera,
Y dijo: «Vos habeis hecho
Tal de vuestro motivo,
Que á mí me desuellen vivo
Por la que tiene el derecho.

FE.

Siempre ha sido entre estudiantes
Por gran letrado tenido,
Y siempre á su casa han ido
Infinitos pleiteantes;
Mas tiene una cosa buena,
Que aunque sea al mismo Rey,
Luego le muestra la ley
Que le salva ó le condena.

CARIDAD.

No dirán que por codicia
Les entretiene y engaña;
Que luego los desengaña
De que no tienen justicia;
Y puesto que álguien quisiese
Seguir pleito por su gusto,
No abogará, siendo injusto,
Si todo el mundo le diese.

FE.

De aquesta resolución
Muchos pleitistas se quejan;
Otros, vista la ley, dejan
El pleito y la pretension.

CARIDAD.

Así no dirán por él
Que desuella á quien ayuda.

ESPERANZA.

Antes tengo por sin duda
Que le desuellan á él;
Porque yo he visto jurar
Al que á consultarle viene,
No que pagárselo tiene,
Mas que él se lo ha de pagar.

Cuento quinto, á santo Tomé.

FE.

Si de escucharme gustais,
Os diré un cuento galano

Del dotor Tomás Indiano,
De que gustéis y riais;
Por Pascua de Flores era,
Y fué que en aquellos días
Hizo unas nieblas tan frías
Y hubo lluvias, de manera
Que desde aquel terremoto
Que hubo viérnes de la Cruz,
Ni el sol nos mostró su luz
Ni cesó aquel alboroto.
Púsose el sol aquel día
De color de sangre todo;
Fué la turbación de modo,
Que espanto y miedo ponía.
Todo el sábado duró
Este tiempo riguroso,
Y el Dotor, de temeroso,
Muy temprano se acostó.
Salió con nuevo arrebol
Otro día el sol lucido,
Pero Tomás no ha creído
Que hubiese salido el sol;
Hartos fueron á avisarle,
Y aun el día se pasara,
Si hasta su cama no entrara
El sol para despertarle.
Tan adormecido estuvo,
Que con los ojos le vido,
Y piensa que no ha salido;
Mirad qué miedo que tuvo.
Y estos sueños ó estos miedos
Duraron, como está llano,
Hasta que alargó la mano
Y le dió el sol en los dedos.
Luego empezó á despertar,
Y pesaroso de aquesto,
Hizo un grande presupuesto
De madrugar y estudiar;
Dejó el regalo y la cama,
Y pasó tan adelante,
Que fué un perpetuo estudiante,
Como lo dice su fama.
Creyónos desde aquel día,
Y fe, cual todos, mantuvo;
Que antes de aquesto, vez hubo
Que á su padre no creyera.

CARIDAD.

Y aun de verse tan corrido
Desto que cuenta la Fe,
Él á las Indias se fué,
Mirad lo que le ha valido;
Porque tal contratacion
Aun hasta ahora la tiene;
De donde siempre le viene
Mucha plata y cargazon.
Preguntaréisme las dos:
¿Qué llevó de por acá,
Que tanto le traen de allá?
Llevó la gracia de Dios.
Mucho llevó, pero ¿cúyo?
Dios, señores, me es testigo,
Que me dió un gran su amigo
Que no llevó nada suyo.

Cuento sexto, á san Mateo.

ESPERANZA.

El dotor Mateo de Feria
Tiene muy bien de comer.

CARIDAD.

Pues yo le vi padecer
Harta pobreza y lacéria.

ESPERANZA.

Fué cambio, y como tenía
Poco crédito y caudal,
Pasaba el pobre tan mal,
Que sabe Dios cuál vivía.
Vióle tal el cancelario,
Que del cambio le sacó,
Y en las escuelas le dió
Título de secretario.

Estudió con tal calor,
Que atendiendo á su ejercicio,
Junto con hacer su oficio,
Se graduó de dotor;
Pagó sus deudas muy presto,
Y ahora tan rico está,
Que mil gracias á Dios da
De que le puso en tal puesto.
Ya se aceta su libranza,
Monte poca ó mucha suma;
Que por palabra ó por pluma
Muy grande crédito alcanza.

Cuento sétimo, á san Felipe.

ESPERANZA.

Del dotor Felipe sé
Un cuento bien de reir;
Mas la Fe lo ha de decir.

FE.

Yo, señoras, lo diré.
Ya sabeis que de ordinario
Infinitos pobres van
A la limosna que dan
En casa del cancelario;
Pues un día, como él vió
Los pobres que se llegaban
Que de cinco mil pasaban,
En efeto se espantó,
Y dijo: «A mi parecer,
No hay en docientos ducados,
Segun los que veo llegados,
Para darles de comer.»
Al fin Felipe se estuvo
Hasta que todos se fueron,
Y visto cómo comieron,
A gran milagro lo tuvo.

CARIDAD.

Si lo es, mas es su renta
Tal cual sabeis todas tres.

ESPERANZA.

¿Poder de Dios, si lo es!
Y ¿cómo de esos sustenta?

FE.

Otro cuento le pasó
Con el Principe una vez,
Do se vió su sencillez,
Segun lo que preguntó.
Dijole al Principe un día,
Viendo de él su humanidad:
«Muéstreme á su Majestad,
Porque yo verle querría.»
Su Alteza, que siempre fué
Tan cuerdo, le dijo así:
«Quien me ve, Felipe, á mí,
Tambien á mi Padre ve.»

LEDESMA.—Conceptos espirituales.

640.

Á SAN PABLO, EN VEJÁMEN.

Vejador, Fe, Caridad, Religion y Constancia (la
cuatro, damas que están á las ventanas oyendo dar el
vejámen).

VEJADOR.

Cúbranme la cabeza
A ese señor dotorando,
Mientras de él estoy contando
Su valor y su nobleza:
Este, cuanto á lo primero,
Por sus pecados ha sido
Hidalgo desvanecido,
Que picó de caballero;
Harto se preciaba ser
Un gran hombre de á caballo,
Y delante de Dios, hallo
Que no se sabía tener.

Aunque no quiero apretalle
Ni decir aquí quién era
Cuando cayó en la carrera,
Ni apurar si fué en la calle
O si junto á la ciudad
De Damasco; que es amigo;
Mas este cuento que digo
Ya se sabe que es verdad.
Junto á Damasco cayó,
Y á fe que fué maravilla,
Cuando voló de la silla,
El vivir como vivió.
Gracias á Dios, que le quiso
Librar de peligro tal;
Mas bien le fué con tal mal,
Porque le sirvió de aviso.
Al fin desde aquesa día
Vivió vida diferente,
Y juró solemnemente
Que de la Iglesia sería.
Dejó el hábito de lego
Luego que á tal se dispuso,
Y el de clérigo se puso,
Y dió en ordenarse luego.
Quedó tal de la caída,
Que, puesto que tuvo nombre
Un tiempo de gentilhombre,
No lo será ya en su vida.
Pues mas hay, que se picaba
De tratar con valentones,
Y en todas sus ocasiones
Mas que todos braveaba.
Nombre de valiente tuvo,
Y en oficio semejante,
No anduvo como estudiante,
Muy á lo del diablo anduvo.
Vistió como valenton,
Y aunque muchos le temían,
Mas de cuatro le tenían
Por grandísimo lebron;
Y bien mereció tal nombre,
Pues él y gran camarada
Vinieron con mano armada
A descalabrar á un hombre.
Mirad qué gran valentía
De los que con él se hallaron,
Pues á un mozo apedrearon,
Viendo que solo venía;
Y en esta pendencia brava
No se quiso aventurar;
Que, por mejor se guardar,
Todas las capas guardaba.
Y supuesto que es así,
Este valiente no huyó;
Que en las capas se asentó,
Y no se movió de allí;
Por lo cual he mal hablado
Si por travieso le noto,
Que antes en este alboroto
Fué un hombre muy asentado;
Pues por Dios, en quien adoro,
Que el estudiante que fué,
Nunca les hizo por qué,
Que era un mozo como un oro.
Murió Estéban mal logrado
(Que aqueste nombre tenía),
Estudiante en teología,
Y de evangelio ordenado.
Dirán: « Querelló de aquellos,
Pues supo quien le mató; »
No solo no querelló,
Mas antes rogó por ellos.
Y puso tanto cuidado
En que no se les pidiese,
Que antes que el mozo muriese
Se lo tuvo negociado;
Y así, la universidad
Celebra con gasto extraño
Sus honras en cada un año
Por pascua de Navidad.
Mas volvamos al Doctor,
Y vayan dos cuentos buenos,

Uno en materia de truenos,
Y otro en materia de amor.

FE.

Esto será muy gracioso,
Porque nos querrá contar
Lo que teme del tronar;
Que es de rayos temeroso.

VEJADOR.

Es el cuento, que cayó
En el suelo y sin sentido,
De un relámpago que vido,
Y un solo trueno que oyó;
Muy grande caída fué,
Pues le llevaron de mano;
Pero yo, como cristiano,
Os confieso que me holgué.
Pensó dar en el profundo,
Segun que el caer temió;
Diránme: « Nadie lo vió; »
Viólo Dios y todo el mundo.
Antes de los que lo vieron,
Fuera de lo que se holgaron,
En la corte lo contaron,
Y en extremo lo rieron.
De santiguarse no acaba
Desde el trueno de aquel día,
Que antes, como no temía,
De nada se santiguaba;
De relámpago cegó,
Y como ciego se vido.
Oraciones ha aprendido,
Y á la Iglesia se acogió.
Tal maña se supo dar
Después que en la Iglesia estaba,
Que de ordinario rezaba,
Sin faltar por quién rezar.
No tuvo mas que su capa
Con excesiva pobreza;
Pero ya, después que reza,
Come tan bien como el Papa.
Quiero decir sus amores,
Y no he de nombrar con quién;
Mas son tales, que sé bien
Que es hacerles mil favores;
Porque es una dama bella,
Que cualquier honra merece;
Y así, diré, pues se ofrece,
Lo que ha pasado por ella.

ESPERANZA.

Yo sé la dama que fué,
A quien por mil años goce;
Diránme: « No se conoce, »
Si se conoce, á la fe.

CARIDAD.

No habeis dicho por mal modo
Que es la Fe por quien él muere.

FE.

Yo confieso que me quiere,
Y qué yo le quiero y todo;
Que, puesto que ya se sabe
Que en sus amores no pierdo,
En un sugeto tan cuerdo
Cualquier honra y favor cabe.
Y saben muy bien las dos
El celo que me ha tenido,
Y si mucho amor ha habido,
Que fué para lo de Dios.

VEJADOR.

Este nuestro enamorado
Siguió con tanto teson
Las leyes de su afición,
Que en cosa no ha reparado;
En la cárcel le tuvieron,
Metido en el calabozo;
Mas lleno de risa y gozo.
Visto por quien le prendieron,
El rondaba cierta calle,
Y bellacos le espionaron,
Y una vez le apedrearon
Con intencion de matalle.

Pues mas adelante pasa;
Que por descubrir su amor
El propio corregidor
Fué á prenderlo en cierta casa;
Y cierto que le prendiera,
Que era la justicia brava,
Si aquesta casa en que estaba
Junto al muro no cayera.
Pero púsose en seguro;
Que viendo guarda en la puerta,
Se descolgó en una espuerta
Por lo mas alto del muro.
Bajó firme en la esportilla;
Que, como le rigió amor,
Túvose mucho mejor
En la espuerta que en la silla;
Y él estaba, según esto,
De suerte que parecia
Niño expósito, á fe mia,
A puerta de iglesia puesto.

ESPERANZA.

El apodo fué galano;
Parecía infinito,
Y mas si llevara escrito:
«Este niño va cristiano.»

VEJADOR.

Cuanto se suben aquí
Sus vejámenes rematan
Diciendo que lo que tratan
Que ni fué ni pasó así;
Y esta vaya artificiosa,
Tan en uso recibida,
De propósito es fingida
Porque salga mas graciosa.
Mas aquesto imaginad:
Que en cuanto digo al dotor,
Es, por Dios nuestro Señor,
Evangelio de verdad.

LEDESMA.—*Conceptos espirituales.*

641.

Á SAN JUAN BAUTISTA.

¿Viene el Rey nuestro señor,
Anton, como se ha sonado?
—Sí, Bras; porque hoy ha llegado
Su aposentador mayor.
—Temo, hermano, que nos pida
Grandes cosas cuando venga.
—Solo pide que se tenga
La casa limpia y barrida.
—¿Y qué! ¿el Rey nuestro señor
No quiere nada colgado?
—¿Para qué, si está hospedado
En casa de un labrador?
—Dicen que era riguroso
Y no se dejaba ver.
—Pues ya nos afirma ser
Blando, afable y amoroso.
—Dime: el aposentador
¿Parécete muy honrado?
—Es tanto, que le han hablado
Por el Rey nuestro señor.

EL MISMO. — Id.

642.

Á SAN HIERÓNIMO, SOBRE HERIRSE CON LA PIEDRA DELANTE
DE UN SANTO CRISTO.

¿La carne vuestra es bastante,
Hierónimo, á daros miedo?
—Con esta piedra, si puedo,
La venceré, Dios delante.
—¿Tan terrible lucha pasa
Entre vos y ese enemigo?
—Sí, que le traigo conmigo,

Y es malo el ladrón en casa.
—Pues vos propio sois bastante
A poderos causar miedo.
—Sí, porque vencermé puedo
Con la piedra, Dios delante.
—¿Cómo en batalla campal
Entrais flaco y consumido?
—Porque estar desflaquecido
Da fuerza espiritual.
—Y el espíritu constante
¿No tiene á la carne miedo?
—No, que en espíritu puedo
Resistirla, Dios delante.

BONILLA.—*Nuevo jardín de flores divinas.*

643.

Á SAN IGNACIO DE LOYOLA.

Ignacio, ¿entre las naciones
Vuestro lenguaje es divino?
—Antes, por ser vizcaino,
Soy muy corto de razones.
—Pues si dais cortas lecciones,
¿Qué pretendéis enseñar?
—Creer y obrar.
—En Vizcaya es vinculada
Hoy la ciencia de justicia.
—Sí, mas la humana estulticia
La tiene por vizcainada.
—Del cielo son estos dones
De vuestro ingenio divino.
—¿No veis que soy vizcaino,
Y soy corto de razones?
—Pues con tan cortas lecciones,
¿Qué pretendéis enseñar?
—Creer y obrar.
—Sois, Ignacio (si no yerro),
Oro entre hierro nacido.
—Para haber de ser sufrido
Nacer convino entre hierro.
—Vos sois, entre las naciones,
Elocuente y peregrino.
—Corto, como vizcaino,
Soy en todas mis razones.
—¿Qué aprenden los corazones
Con tan corto razonar?
—Creer y obrar.

EL MISMO. — Id.

644.

Á LA ASUNCION DE NUESTRA SEÑORA.

A la plaza llega ya
Una extranjera graciosa:
¿Puedese ver si es hermosa?
—Sí puede, que en cuerpo va.
—Mirad que en cuerpo no ha entrado
Sino es el Hijo del Rey.
—Es verdad, mas desá ley
Su Majestad la ha excetado,
—Mucha admiración pondrá
Ver novedad en tal cosa.
—Pónela el ser tan hermosa,
Y el ver cómo en cuerpo va.
—¿Qué rostros, si vistes vos,
Con aquesta dama vienen?
—Hermosísimos los tienen
Unos ángeles, por Dios.
—¿Y á qué, si sabéis, vendrá
Esta dama tan hermosa?
—Del Rey dicen que es esposa,
Y á coronarse será.

LEDESMA.—*Conceptos espirituales.*

643.

Hombre, ¿qué quieres de mí?
 — Dios mío, no mas de verte.
 — Y ¿qué temes mas de mí?
 — Lo mas que temo es perderte.
 — ¿Qué mas quieres de un cordero
 Que dió por tu amor su vida?
 — Tienes mi alma herida,
 Y ¿pregúntasme qué quiero?
 — Si mi amor te tiene así,
 ¿Qué esperas sino la muerte?
 — Vida será para mí,
 Si, muriendo, he de ir á verte.
 — ¿Qué sientes cuando me llamas
 Todo tu bien y consuelo?
 — Un dulce licor del cielo
 Que en mi ánima derramas.
 — Y cuando estás desahogado
 ¿Qué sientes en verme así?
 — Dolor en verme sin tí,
 Porque está mi gloria en verte.
 — ¿Qué cosa hay que te dé pena,
 Despues que te di mi amor?
 — ¿Qué pena quieres mayor
 Que vivir en tierra ajena?
 — ¿No tiene pena mas fuerte
 El que no gusta de mí?
 — Quien no ha gustado de tí
 No siente tanto el perderte.

UBEDA. — *Cancionero.*

646.

¿Qué producirá, mi Dios,
 Tierra que regais así?
 — Las espinas para mí
 Y las flores para vos.
 — Regada con tales fuentes,
 Jardín se habrá de hacer.
 — Sí, mas de él se han de coger
 Guirnalda muy diferentes.
 — ¿Cúyas han de ser, mi Dios,
 Esas guirnalda? Decí.
 — Las de espinas para mí,
 Las de flores para vos.

ANÓNIMO. — Núm. 49 del tomo primero de la *Floresta de rimas*,
 publicada por don Juan Nicolás Bohl de Faber.

647.

¡Ay, alma! ¿quieresme bien?
 — Vos lo sabéis bien, mi Dios.
 — ¿No me dirás como á quién?
 — Señor mío, como á vos.
 — Ay alma, con tantas veras
 Me he preciado de quererte,
 Que por solo que me quieras
 He padecido una muerte,
 Y sufriera mil mas fieras;
 Y pues conoces tan bien
 Que á un amor tan verdadero
 No se debe dar desden,
 Dime, pues tanto te quiero,
 ¡Ay alma! ¿quieresme bien?
 — Aunque en mil cosas mostrais,
 Mi Dios, cuánto me quereis,
 Con lo que mas me moveis
 Es con ver que preguntais
 Lo que vos tan bien sabeis;
 A dó llega mi querer
 Mejor que yo lo veis vos,
 Y pues vos lo echais de ver,
 Lo que debo responder
 Vos lo sabeis bien, mi Dios.
 — Tu afición ¡ay alma bella!
 Bien sé yo si es mucha ó poca;

No pregunto por sabella,
 Mas porque gusto mas della
 Oyéndola de tu boca;
 Ya sé que me quieres bien,
 Mas porque este amor tan santo
 Entienda el mundo tambien,
 Puesto que me quieres tanto,
 ¿No me dirás como á quién?
 — Si en cielo ó tierra yo hallara
 Cosa alguna á que igualaros,
 O á quien como á vos amara,
 Dios mío, yo procurara
 Con alguno compararos;
 Mas, pues como vos no hay dos,
 Porque vos sois verdadero,
 Único y eterno Dios,
 ¿Sabeis como á quién os quiero?
 Señor mío, como á vos.

DIEGO MURILLO. — *Divina, dulce y provechosa poesia.* — Zaragoza,
 1616; en 8.º

648.

EL RETABLO.

Tocando en un tamborino
 Iba un mozo por la corte,
 Al retablo convidando
 De la entrada del Rey pobre;
 En el corral de la Cruz
 Se representa esta noche,
 Porque desde que el Rey nace
 Le crucifican amores.
 Al retablo, caballeros;
 Verán lindas invenciones,
 Y aunque no por la maroma,
 Volar niños voladores.
 Llenóse el corral de gente
 Algo despues de las doce,
 Pero entráronse de balde;
 Que es el autor un buen hombre.
 Las luces se encienden luego,
 Y las cortinas se corren,
 Diciendo así, en vez de loa,
 El que el retablo compone:
 «Silencio, Señores;
 Verán una obra
 Que mas nueva que ella
 No se ha visto otra;
 Verán que están vivas
 Todas las personas,
 Y que hace un chiquito
 La mejor de todas;
 Verán entre pajas,
 Estrellas y auroras,
 Parida una virgen,
 Penada la gloria;
 Verán los pastores
 Que con galas toscas,
 Con bailes y danzas,
 Se dan la en buen hora.
 Vayan advertidos;
 Que es cierta la historia.»
 Quitóse el sombrero
 Y acabó la loa.
 En un banco del corral,
 Para enseñar el retablo,
 En la mano una guitarra,
 Subió un mozo desbarbado;
 Y en empezando á tocarla,
 Se vieron en el teatro
 De las manos ocho niños,
 Que aquesta letra bailaron:
 «Arrojéme estrellas el cielo
 Por la pascua de Navidad;
 Arrojomelas y arrojeselas,
 Y volviómelas á arrojar.»
 No se hubieron bien entrado,
 Cuando comenzó á nevar,
 En vez de copos de nieve,
 Hojas de jazmín y azahar;

Y en un jumento subida
 Una Niña celestial,
 Delante su Esposo virgen
 Asomó por el lugar.
 A un huésped pide posada,
 Pero él respondióle mal,
 Y el coloquio de los dos
 Comenzó el mozo á cantar:
 «Dad posada á una doncella;
 Que será hacer bien por vos.
 —No hay posada; andad con Dios.
 —Si hará: que Dios va con ella.»
 Enternecióse el pueblo
 Viendo la grosería
 Del rudo mesonero,
 Y enojados le gritan.
 Ellos entre la nieve
 Solicitos caminan,
 Alegres de llevar
 Tan buena compañía.
 Llegan á un portalejo,
 Y gózase la Niña
 De que el virginal vientre
 Sus glorias pronostica.
 Retiróse su esposo,
 Y puesto de rodillas,
 Por él cantó el mozo
 Del Rey á la venida.
 «En hora dichosa el Rey pobre venga;
 Que hasta ver sus ojos no la tendré buena.»
 Los santos padres del limbo
 Salieron por una cueva,
 Alzando al cielo las manos,
 Pidiendo que al Justo llueva.
 «Venid, Romerico, á la tierra santa,
 A ganar perdones y sacar almas.»
 Cuando rompiendo los aires
 Un niño, que al cielo alegra,
 Las albricias á los padres
 Pudo pedir destas nuevas.
 «Esperad, prisioneros,
 De hoy mas alegres;
 Que ya el Redentor de cautivos viene.»
 Desaparecieron todos,
 Y apareció enzamarrado
 Gil de las Heras, que siempre
 Fué un pastor atiterado;
 Una caldera de migas
 Sacó en la derecha mano,
 Y en la izquierda un cucharón,
 Y tras él Benito y Pablo.
 Comen al son de los frios,
 Beben al son de los ajos,
 Cuando á una nube de nacer
 Caen hombres, migas y jarro.
 La nube se abrió, y salieron
 Ángeles arracimados,
 Cantando «Gloria á los cielos»,
 «Paz á la tierra», cantando.
 Vuelven en sí los pastores,
 Del miedo y la nieve blancos,
 Y á ver la entrada del Rey,
 Cantando así, caminaron:
 «Dale á la caldera
 Con el cucharón,
 Haz tejuelas del jarro,
 Y hágala la razón.
 Haz el son, y holguémonos ¡eh!
 Con brincos de dos en dos y de tres en tres»
 Descubrese el portalejo,
 Y en él mil almas y días,
 Y abrazada al Niño-Sol,
 Cantó así la Aurora-Niña:
 «Yo me era morenica,
 Y quemóme el sol;
 ¡Ay mi Dios! que me abraso
 Y me muero de amor.»
 Llegaron los tres zagales
 De laurel enguinaldados,
 Y por alegrar al Niño,
 Con gracia así le cantaron:
 «Corazon de mi corazon,

Con gusto os le doy,
 Y mil que tuviera
 También os los diera,
 Porque mi Rey sois.»
 Para jugar unas cañas
 Entran aladas cuadrillas
 De clarines y atabales,
 Sirviendo aquesta letrilla:
 «Las cañas que tiran los niños
 Hasta el cielo volando van,
 El viento las vuelve
 Por aquí, por allí,
 Por acá, por allá.»
 Vuesas mercedes perdonen;
 Que aquí da fin el retablo
 De la entrada del Rey pobre.
 Vengan mañana temprano.

VALDIVIELSO.—Romancero espiritual.

649.

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

Quien madruga Dios le ayuda,
 Si lleva buena intencion.
 Brasildo, Tirsi y Damon,
 Froniso, libres esclavos,
 Que traen las eses y clavos
 De Dios en el corazon,
 Madrugan, llenos de amor,
 A pedir con alegría
 A Dios pan de cada día,
 Para servirle mejor;
 Cuando en silencio profundo
 La noche con largo ceño
 Va esparciendo blando sueño
 Sobre los ojos del mundo.
 En la noche de la pena,
 Noche larga é importuna,
 Ven salir la blanca Luna,
 Que nació de gracia llena.
 Damon, lleno de alegría,
 Al son de su corazon,
 Porque llegue al cielo el son,
 Dijo á la luna María:
 «¡Ay Luna, que reluces,
 Toda la noche me alumbres!
 ¡Ay Luna, que reluces
 Blanca y plateada,
 Toda la noche me alumbres!
 La llena de gracia,
 Luna que reluces,
 Toda la noche me alumbres.»
 Tirsi, que está codicioso
 Del alba que ver procura,
 Porque es alba la blancura
 Que encierra aquel sol hermoso,
 Que salga, devoto, espera
 A aquel balcon de cristal,
 Y por engañar su mal
 Le canta desta manera:
 «¿Cuándo saliréis, alba galana?
 Cuándo saliréis, el alba?
 Cuándo miraré,
 Alba de mi cielo,
 Ese blanco velo,
 Blanco de mi fe,
 Fe de mi esperanza?
 ¿Cuándo saliréis, alba galana?
 Cuándo saliréis, el alba?»
 Brasildo, que el nombre toma
 Del dulce amor que le abrasa,
 Viendo cómo dan sin tasa
 Pan de Dios que el hombre coma,
 Harto del pan de mentira,
 Que le ha entrado en mal provecho,
 Por el de Dios, de amor hecho,
 Así cantando suspira:
 «Que no comeré pan de penas,

Pues que me enseñó san Juan
El Cordero de aquel pan.
Que no comeré dolores,
Sino pan de rosas y flores,
Pan de vida y pan de amores,
Pues encierra en sí el maná
El cordero de aquel pan.»
Tirsi, alegre de que haya
Dios querido delibrar
Del burlador escolar
Del mundo, así le da vaya:
«No me engañarás mas, el escolarillo,
No me engañarás mas.
Con adormideras
Mis desvelos burlas,
Das bienes de burlas
Y males de veras,
Con gustos esperas,
Y pesares das;
No me engañarás mas.»
Dios desde el bancol cristal,
Adonde su cuerpo deja,
Del alma ingrata se queja,
Que va buscando su mal;
Porque de quien es desdize,
Dice, mirando su estrago:
«Yo ¿qué la hice? yo ¿qué la hago,
Que me ha dado tan mal pago?
Yo ¿qué la hago? yo ¿qué la hice,
Que palabra de amor no me dice?»
De trigo un monton se ve,
Que alegra los labradores,
Cercado de blancas flores,
Porque es trigo de la fe;
Olió el suelo al paraíso
Mejor que el otro de Adán,
Pues que huele á Dios el pan;
A quien cantó así Froniso:
«Trebolé, ¡ay Jesus, cómo huele la Niña!
Trebolé, ¡ay Jesus, qué olor!
Trebolé del pan saluado,
Hecho de la flor del campo,
Noche buena del esclavo,
Con la fruta del hombre y Dios;
Trebolé, ¡ay Jesus, cómo huele la Niña!
Trebolé, ¡ay Jesus, qué olor!»
Un hombreillo perdido,
De mala disposicion,
Llegó á tomar colacion
Sin ser de boda el vestido;
Mas el cura, que le vido,
Dijo, viendo su desmedro:
«No venis vos para en cámara, Pedro
No venis vos para en cámara, no.
Venis tan mal aliñado,
Mal dispuesto y mal lavado,
Tan sin gracia, que he juzgado
Que os mate la colacion;
No venis vos para en cámara, no.»
Detúvose, é hizo bien;
Y en comer hiciera mal;
Que estaba en el bien el mal
Si comiera mas el bien;
Los demás que madrugaron,
Y el divino pan comieron,
Con gracia gracias le dieron,
Y así alegres le cantaron:
*Te Deum laudamus,
Te Dominum confitemur.*

VALDIVIELSO.—*Romancero espiritual.*

630.

ENSALADILLA DE NAVIDAD, DESCUBIERTO EL SANTÍSIMO
SACRAMENTO.

Vén y verás, zagalejo,
Antes de entrar en la villa,
Parida en un portalejo
La flor de la maravilla;
Al son de mi gaitilla

Y de tu rabelejo
Cante Bras y baile Mingüilla
Por la Madre, el Niño y el Viejo.
Si vienes, verás, pastor,
Entre hermosos resplandores,
En la que es flor de las flores
La maravilla mayor;
Maravilla es del amor
Y flor de la maravilla.
Al son de mi gaitilla
Y de tu rabelejo
Cante Bras y baile Mingüilla
Por la Madre, el Niño y el Viejo.
Llegaron al portal
Adonde la Madre virgen
Tiene al Niño entre sus brazos,
Y aquesta letra le dicen:
«Viva la gala de la zagala,
Viva la gala,
De la graciosa morena,
Viva la gala,
De gracia y de gracias llena,
Viva la gala,
Que en aquella noche buena,
Viva la gala,
Libra al mundo de la mala;
Viva la gala de la zagala,
Viva la gala.»
Pabro, mirando á José
Verter gloria por los ojos,
Ansi le da el parabien
De parte del pueblo todo:
«Sea para bien el hijo,
Divino Esposo,
Y si hará, pues es
Para bien de todos.
Es el parabien
Del cielo y la tierra,
Y de los que encierra
El limbo tambien;
Todos os le dén
Del chiquito hermoso,
Y si harán, pues es
Para bien de todos.»
Gil, que ve al Niño desnudo,
Piensa que es el Dios de amor,
Y enamorado de verle,
Le dice aquesta cancion:
«Este Niño se lleva la flor,
Que los otros no.
Los cielos tiene á sus piés,
Que los otros no;
Es uno del uno en tres,
Que los otros no;
Es hombre y mas que hombre es,
Que los otros no;
Porque solo es hombre y Dios,
Que los otros no.
Este Niño lleva la flor,
Que los otros no.»
Bras, que es astrólogo un poco,
Mirando con cerco al sol,
Así al mundo pronostica
Un año de bendicion:
«El Sol de hermosa
Con cerco amanece;
De pan y de vino
Buen año promete.
Viendo el cerco ajeno,
Barruntos me dan
Que de vino y pan
Habrá mucho y bueno;
El trigo entre el heno
Y la vid en cierne,
De pan y de vino
Buen año prometen.»

VALDIVIELSO.—*Romancero espiritual.*

651.

OTRA PARA NAVIDAD.

Porque está parida la Reina,
Corren toros y juegan cañas,
Después de correr los toros
Mas bravos que de Jarama,
Pues desde el hombre primero
Nadie corrió sin desgracia.
Sola se escapó la Reina,
Que al atravesar la plaza
Quiso acometerla un toro,
Y un galán le echó la capa;
Ya después desjarretados,
Gabriel con los de la guarda,
Para despejar el coso,
De los balcones abaja;
Atabales tocan, suenan clarines,
Y las cañas juegan los serafines.
El Amor saca el un puesto,
Y de encarnado le viste,
Que es la librea en que el Rey
Para estas fiestas elige;
Entra con la omnipotencia,
Y es bien que su fuerza estime,
Para pasar la carrera
Del mas alto al mas humilde;
Atabales tocan, suenan clarines,
Y las cañas juegan los serafines.
¿Qué bien entra su cuadrilla,
¿Qué bien corre, qué bien para!
Aparta, aparta, afuera, afuera;
Afuera, afuera, aparta, aparta;
Que entra el valeroso amor,
Cuadrillero de unas cañas.
La Gracia sacó otro puesto,
Y salió con buena gracia,
Que es galán de la parida,
Que sin ella no se halla;
Salió vestida de blanco,
Que es color de la que ama,
Virgen después de parida,
Como antes de nacer santa.
Miróla de gracia llena,
Y cayóle muy en gracia,
Y en ella puestos los ojos,
Le dice así cuando pasa:
«Que por vos, la mi Señora,
La carita de plata,
Correría yo mi caballo
A la trapa, la trapa, la trapa.»
Entró luego su cuadrilla;
Llenos de plumas y galas,
Corren iguales parejas,
Tercian las iguales lanzas;
Los dos puestos se dividen,
Y con destreza gallarda
Toman adargas y huevos
Llenos de olorosas aguas;
Cañas no quieren tomar,
Por ver que con una caña
Tienen de hacer á su Rey
Una burla muy pesada.
Cuál pinta en la adarga un ave,
De oliva con una rama,
Cuál en las nubes un arco,
Cuál en las ondas un arca,
Cuál una escala hasta el cielo,
Cuál entre fuego una zarza,
Cuál un vellocino seco,
Y cuál con perlas del alba.
Vuelven á la escaramuza,
Gritan, corren, cruzan, pasan
En su puesto cada uno,
Donde se afirman y adargan;
Un escuadron siguiendo, que acometen,
Saca del puesto al que es acometido,
Luego tras este, en orden arremete
Otro que está esperando apercebido;
Este, al que huyendo va en su puesto mete,
Y vuelve huyendo de otro que ha salido,

Aquel revuelve, y otro sale luego.
Haciendo un concertado alegre juego.
Unos tras otros corriendo,
Los huevos de olor disparan,
Y viéndolos desde el cielo,
Así los ángeles cantan:
«Arrojóme las naranjitas
Con el ramo del verde azahar;
Arrojómelas y arrojélasas,
Y volviómelas á arrojar.»
Después de haber acabado
Las fiestas que no se acaban,
Para acompañar la Reina,
De estrellas tomaron hachas;
Y ante la panadería
Donde está el Pan que los harta,
Que es Belén casa de pan,
Gozosos y alegres cantan:
*Exultate Deo adiutori nostro,
Jubilate Deo Jacob;
Sumite psalmum et date tympanum,
Psalterium jucundum cum cythara.*

VALDIVIELSO.—Romancero espiritual.

652.

NACIMIENTO, VIDA, PASION Y MUERTE DE NUESTRO SEÑOR
JESUCRISTO.

La Sombra y la Naturaleza.

Pues hombre es no mas el que
De humanas entrañas nace.
—Mas es que hombre; hombre y Dios es
Quien nace de virgen madre,
Quedando en el parto virgen,
Virgen después, virgen antes.
—Hombre es quien siente al nacer
Las destemplanzas del aire.
—Dios es quien, naciendo al hielo,
Le abrigan los animales.
—Hombre es quien su sangre deja
Que á ocho días se derrame.
—Dios es quien, por dar ejemplo,
Quiere que la ley se guarde.
—Hombre es quien nace tan pobre,
Que de pastores se vale.
—Dios es quien nace tan rico,
Que reyes van á adorarle.
—Hombre es, pues teme la muerte,
Y huyendo, á Egipto se parte.
—Dios es quien por el camino
Tantos idolos deshace.
—Hombre es, pues se pierde, y deja
Con desconsuelo á sus padres.
—Dios es, pues le hallan adonde
Mas que los rabinos sabe.
—Hombre es, pues tu mal le pegas
Solamente con tocarle.
—Dios es quien, si enferma en mí,
No espera que yo le sane.
—Hombre es, pues su mancha lavan
Del Jordan en los cristales.
—Dios es, pues la mancha es mia,
Y él deja que se la laven.
—Hombre es, pues en mi desierto
Ha padecido sed y hambre.
—Dios es, pues cuarenta días
Resiste ayuno tan grande.
—Hombre es, pues que se atreve
Torpe espíritu á tentarle.
—Dios es, pues con tres respuestas
Convence sus tres combates.
—Hombre es, pues temblando pide
Que pase de él aquel cáliz.
—Dios es, pues que en fin le bebe
Por la obediencia del Padre.
—Hombre es, pues en un sudor
Le vemos debilitarse.

—Dios es, pues en su agonía
Viene á confortarle un ángel.
—Hombre es, pues allí permite
Que pies y manos le aten.
—Dios es, pues á una voz suya
Los que mas le afligen caen.
—Hombre es, pues cinco mil fajas
Deja que su cuerpo rasguen.
—Dios es, pues que no se rinde
A sacrificio tan grande.
—Hombre es, pues su mas amigo
Tres veces llegó á negarle.
—Dios es, pues hace que lllore
Con solo un gallo que cante.
—Hombre es, pues que le coronan
De unas zarzas por ultraje.
—Dios es, pues de esas espinas
Teje su laurel triunfante.
—Hombre es, pues que desangrado,
Pendiente de un palo yace.
—Dios es, pues que pide en él
El perdón de esas crueldades.
—Hombre es, pues un delincuente
Blastema de él al mirarle.
—Dios es, pues perdona á otro,
Que de su piedad se vale.
—Hombre es, pues espira y muere.
—Dios es, pues al mismo instante
Que él muere he quedado yo
Libre de todos mis males;
Bien que al sentimiento, toda
La naturaleza yace.
—Calla, calla, no prosigas;
¡Qué parasismo tan grande!
Tiembla el alma, el labio gime,
La voz duda, el pecho arde,
Todo el cuerpo se estremece,
Y nada el corazón late;
Siendo la primera yo
Que muerta á este asombro yace,
Respirando etnas de fuego,
Mongibelos de volcanes.

DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA. — Auto sacramental *La cura y la enfermedad*.—Tomo IV.

655.

LOS MISTERIOS DE LA SAGRADA PASION, MUERTE Y RESURRECCION
DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, EN LA MISA.

La Sinagoga y la Fe.

Por lo menos no será
Tu sacerdote supremo,
Pues preso está.
—Si será,
Y porque llegues á verlo,
Ve diciendo su pasión,
Iré yo su misa oyendo.
—No será, porque vendados
Los ojos le cubre un velo.
—Si será, pues es amigo,
Que es de fortaleza yelmo.
—No será, pues por escarnio
Blanca toga le han cubierto.
—Si será, pues es el alma
Uno de sus ornamentos.
—No será, pues en las manos
Un cordel atarle advierto.
—Si será, pues ese es
Del manipulo el aprecio.
—No será, pues una infame
Soga le han echado al cuello.
—Si será, pues es la estola
Que le está cruzando el pecho.
—No será, pues á una dura
Columna amarrarle veo.
—Si será, pues esos lazos
Son un cingulo perfecto.
—No será, pues en sus sienes
Bronca corona le han puesto.

R. y C. E.

—Si será, pues sus espinas
La corona le han abierto.
—No será, pues una cruz
Al hombro le están poniendo.
—Si será, pues la casulla
Y ella es el yugo nuestro.
—No será, pues al calvario
Va tropezando y cayendo.
—Si será, pues ese es
El plazo al altar dispuesto.
—No será, pues en él ya
Ponen la cruz en el suelo.
—Si será, pues es tenerla
El tabernáculo en medio.
—No será, pues desmayado
Se confiesa de su pecho.
—Si será, pues es estar
Ya la confesion diciendo.
—No será, pues ya desnudo
Sobre ella ajustan el cuerpo.
—Si será, pues sobre el ara
Vé el corporal descubierto.
—No será, pues el tumulto
Clama desde lo mas lejos.
—Si será, pues son los *kyries*
De los profetas los ruegos.
—No será, pues pies y manos
Ofrece al clavo sangriento.
—Si será, pues ese es
El ofertorio que ha hecho.
—No será, pues fallecido
Yace en profundo silencio.
—Si será, pues es que está
En el memento primero.
—No será, pues ya le alzan
Enclavado en un madero.
—Si será, pues eso es
Alzar la hostia á todo el pueblo.
—No será, pues amarguras
Le dan cuando está sediento.
—Si será, pues es el caliz
Que va á la hostia sucediendo.
—No será, pues perdonando
Dice que ya está muriendo.
—Si será, pues de difuntos
Es el segundo memento.
—No será, pues que ya espira,
Dividiéndose alma y cuerpo.
—Si será, pues eso es
Partir la hostia por enmedio.
—No será, pues una lanza
Saca agua y sangre del pecho.
—Si será, pues ese es
El lavatorio postrero.
—No será, pues un sepulcro
Le recibe helado y verto.
—Si será, pues de él glorioso
Sale triunfando y venciendo.
—¿Cómo venciendo y triunfando?
—Como tú verás al tiempo
Que venga segunda vez,
A juzgar vivos y muertos,
Que de esta primera misa
Será el postrer Evangelio.

DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.—Auto sacramental *El orden de Melchisedech*.—Tomo IV.

654.

Ya tienes el libro aquí.
—Muestra.—*La escritura, dice,*
Del Dios de Israel.—Felice
Soy, pues si en ella lei,
Hallaron las ansias mías
Gozo.—El capítulo es
Número cincuenta y tres
Del gran profeta Isaías:
«Como el cordero, que va
Voluntario al sacrificio,
Sin dar el menor indicio

De que ante el tendente está,
Con tan blanda propension,
Que no intenta resistillo.
Ni á la garganta el cuchillo
Ni á la tijera el vellon,
Sin gemir y sin balar,
Iras de uno y otro acero;
Dándonos sagrado aviso
Que por las iniquidades
Nuestras quiso en sus piedades
Morir, porque morir quiso.»

DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.—Auto sacramental *El Cordero de Isaias*.

655.

Cayado, hoz, segur y hazienda,
Los cuatro simbolos son
Del trabajo ó propension
Del heredado, heredada
Del que fué todo y no es nada,
Como lo demás que fué.
A cuál me aplique no sé,
Porque si al cayado acudo,
¿Cómo tan pobre y desnudo
Los frios resistiré?
A la segur es atroz,
En destronar empleada;
Fuerzas no hay para la hazienda,
Salud no hay para la hoz;
Pues si del año el veloz
Curso no da en qué elegir,
¿Heme de dejar morir,
Siendo á este caduco ser
Fuerza el vestir y el comer,
Sin comer y sin vestir?
En la mas oculta sierra,
En el mas ameno prado,
Nace el tronco alimentado
De la humedad de la tierra;
Del mismo humor que en si encierra,
Desnudas ramas arroja,
Y sin costarle congoja
Se halla á su tiempo feliz,
Sustentado en la raíz
Y revestido en la hoja.
La ave que en pajizo nido
Nace con desnudez suma,

Vestida se ve de pluma
Sin saber quién la ha vestido;
Cobra alas, y halla nacido
Todo cuanto ha menester;
Y yo, con mas noble ser
Que ave y tronco, ¿he de anhelar,
Necesitado á buscar
Qué vestir y qué comer?
El pez, animal tan mudo,
Que ni gime ni respira,
Con que á los senos que gira
Mover á piedad no pudo,
Con ser animal tan rudo,
Entre los cienos y lamas,
Donde no hay plumas ni ramas,
Se halla, entre húmedas alcobas,
Alimentado de ovas
Y defendido de escamas;
Pues ¿cómo, con mas activo
Espíritu, mas loable
Sentido á lo vegetable
Del tronco, á lo sensitivo
De ave y pez, ¿irigo esquivo!
He de postrar y rendir
Lo racional, y vivir
A costa de mi pesar,
Necesitado á buscar
Qué comer y qué vestir?
¿A qué humilde, á qué sangrienta
Especie, en monte ó campaña,
No le alimenta su saña,
Su pasto no le alimenta?
Y aun no con esto contenta,
Vive, si abrigado infiero,
Lo doméstico y lo fiero;
De su piel testigo son
La melena del leon
Y la lana del cordero;
Pues si en una y otra esfera
Nacen no necesitados,
Vestidos y alimentados,
Tronco, ave, pez, bruto y fiera,
¿Por qué desde su primera
Cuna ha de ser desigual
El hombre á todos? ¡Oh! en tal
Duda, ¿quién á mi fortuna,
Cielos, podrá dar alguna
Luz?— La razon natural.

DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.—Auto sacramental *Los alimentos del hombre. Adam*.—Tomo primero.

ORACIONES CON GLOSA.

656.

EL PADRE NUESTRO.

Padre nuestro, tú, que estás
En los cielos ensalzado,
Tu nombre glorificado
Sea por siempre jamás;
Tu reino de gran consuelo
Nos venga por heredad;
Hágase tu voluntad,
Así como allá en el cielo,
No menos acá en el suelo.
El nuestro pan cotidiano,
Que tu bondad nos envía,
Dánoslo, Señor, hoy día,

Con tu santa y firme mano;
Perdona con tal perdón
A nuestras deudas y errores,
Cual nos á nuestros deudores;
No nos venga tentacion;
Libranos de perdicion.

JUAN DEL ENCINA.—*Cancionero de todas las obras*.—Burgos, 1505.

657.

EL AVE MARÍA.

Que te salve Dios te digo,
María, por ser quien eres,
Llena de gracia y abrigo;

El Señor Dios es contigo;
Bendita entre las mujeres,
Bendito el fruto y primor
De tu vientre sin dolor,
Jesucristo, nuestro Dios;
Tú, Madre, ruega por nos
Y por todo pecador.

JUAN DEL ENCINA.—*Cancionero de todas las obras, etc.*

658.

LA SALVE.

Dios te salve, Reina, que eres
Madre de misericordia,
Vida, dulzura, concordia
Y esperanza de placeres;
Sálvete Dios, planta nueva;
A ti, Señora, clamamos,
Que nuestro clamor te mueva,
Desterrados hijos de Eva,
A ti, Virgen, sospiramos;
Sospiramos con gemido,
Llorando; que no hay quien calle
En este lloroso valle
De dolor muy dolorido;
Ea ya, abogada nuestra,
Aquellos tus dulces ojos
Piadosos nos los muestra;
Si tu vista nos adiestra
Fin habrán nuestros enojos;
Y á Jesus, bendito fruto
De tu vientre, santo que es,
Nos muestra Virgen despues
De aqueste destierro y luto.
¡Oh clemente, oh piadosa,
Clara luz del mediodia,
Estrella santa y graciosa,
Madre de Dios, Hija, Esposa,
Oh dulce Virgen Maria!
Ruega, Señora, por nos;
No cese jamás tu ruego,
Con que nos socorras luego,
¡Bendita Madre de Dios!
Que si tu favor tenemos,
Segun tu poder es visto,
Luego muy dignos serémos,
Y la gloria gozaremos,
Por las promesas de Cristo.

EL MISMO.—Id.

659.

GLOSA DEL PATER NOSTER.

Inmenso padre eternal,
¿Qué son tan altos motivos
Que os da el linaje humanal,
Que por hijos adoptivos
Dais al hijo natural?
Exceso es grande de amor,
Para que el hombre se asombre
De ver tan alto favor,
Que el Hijo de Dios y el hombre
Llamen á un mismo Señor

Pater noster.

Mira que tanto te amó,
Alma, si quieres moverte;
Por poder morir nasció,
Porque heredes con su muerte
La gloria que él te ganó.
Siendo mío el interesse,
Se humana, y muerte rescibe
Mejor que si suyo fuese,
Por quien, Señor, por quien vive
Como si nunca supiese
Qui es in celis.

Bien ves, Señor, mi malicia;

Mas ablanda la sentencia
Tu bondad, que me codicia,
Exiende en mi su clemencia,
Y encoge en si la justicia.
¿Quién peca, que á Dios entienda?
¿Quién lo entiende, sin amallo?
¿Quién le ama, que le ofenda?
Pues, demás de perdonallo,
Le hace que con la enmienda
Sanctificetur.

Echemos, alma, un nivel;
¿Queréis saber quién es Dios?
Mirá quién sois vos por él,
Juzga quién es él por vos,
Que gusta vinagre y hiel.
En el hombre, que te invoca,
Dios mio, allá en su memoria,
Entre la lengua y la boca
Anda un sonido de gloria,
Y en los oídos que toca,
Nomen tuum.

A él se humilla y acata
Lo visible y lo invisible;
Nombre que salva y rescata,
Y á la compañía terrible
La destruye y desbarata.
Dulce Jesus, dulce nombre,
Pues nuestro salvador eres,
Cuando te llamare el hombre,
Hazle, Señor, por quien eres,
Que el fruto de tu renombre
Adveniat.

Si entendiera en bien hacer
Lo que en mal obrar entiendo,
Bien pudiera pretender
Lo que al cielo sirviendo
Puede el hombre merecer;
Mas, si tan notorio está,
Que no merece el mas digno
Lo menos que se le da,
El que huye del camino
¿Con qué cara pedirá
Regnum tuum?

¿No es gran falta de prudencia
Quebrantarle á Dios su fuero,
Y apelar de su sentencia
Haciendo lo que yo quiero,
Que es negar su omnipotencia?
Si lo pudiese sentir,
A quien puede cuanto quiere,
Sin poderlo resistir,
A todo lo que él quisiere
¿Podría sino decir
Fiat?

¿No diría el pecador,
En oyendo tu reclamo:
Tú me heciste, Señor,
Amasme mas que me amo?
¿Sabes cuál es lo mejor?
Saber, querer y poder,
Armas son de tu bandera;
Yo no tengo qué hacer;
Haz tú que, aunque yo no quiera,
Se haga sin mi querer
Voluntas tua.

Muéstrame, Señor, aquí
Cómo el amor te bajó
A revestirte de mi,
Porque pueda, amando yo,
Quedar transformado en ti.
Distenos tu semejanza,
Tomaste nuestro renombre;
Esta es merced, pues se alcanza
Para que esté cualquier hombre
Dándote siempre alabanza
Sicut in celo.

Habiente de querer
Por mil causas : por quien eres,
Por temor de tu poder,
Por lo mucho que nos quieres,
Por el bien que hemos de haber;
Por pagarte, Dios eterno,
Que te debemos tributo;
Por el ser, por el gobierno,
Porque eres Rey absoluto
En el cielo, en el infierno

Et in terra.

¿Qué pudo por mí Jesús
Hacer, que no lo haya hecho?
Díome vida, díome luz,
Padesció por mi provecho
Hasta ponerse en la cruz.
Y no paró aquí el querer;
Mas su carne, ya inmortal,
En pan la quiso absconder;
Gran remedio á todo mal,
Porque podamos comer

Panem nostrum.

Pan que á las almas revive,
Pan que conforma á los dos,
Al dador y al que rescibe;
Pan de vida, vida en Dios,
Que es vida que siempre vive.
Alma, sábelo estimar,
Acaba, enmiéndate ya;
No te queda qué esperar,
Pues Dios mismo se te da
Que lo tengas por manjar

Quotidianum.

Si aquesta pequeña parte
Que le cabe á la memoria
Y al alma, de contemplarte,
Es tal, ¿qué será la gloria,
Donde habemos que gozarte?
Señor, al que fuere falto
Inspírale gracia tú,
Con que te alcance de salto,
Y á todos, mi buen Jesús,
No nos tarde bien tan alto;

Da nobis hodie.

Que yo en pedir me desmunde,
Tu grandeza me lo enseña,
Que al que en tu servicio ande
Cualquier demanda es pequeña,
Segun el dador es grande:
Ya que malos ha de habellos,
Concede por tu clemencia
Que no seamos de aquellos,
Y allá en la final sentencia
Vuelve tu rigor sobre ellos,

Et dimitte nobis.

Por mi maldad comprehendo
Quién es Dios, mirando así
Que siempre lo estó ofendiendo,
Y él siempre está para mí
Misericordias lloviendo;
Y en ver que hemos de faltar
A tan grande obligacion,
Nos quiso depositar
Un tesoro en su pasion,
Librado para pagar

Debita nostra.

Mis obras de pecador
Ya las tuviera por muertas,
Si no viera en tí, Señor,
Para mi remedio abiertas
Esas entrañas de amor.
Entre estos favores tantos,
También traigo á la memoria,
De tus escogidos cuántos

Gozarán ahora tu gloria,
Que fueron, antes que santos,
Sicut et nos.

Tan pronto está el hombre á errar,
Que peca ya de manera,
Como si fuese acertar;
Y si el pecar virtud fuera,
No pecara por pecar;
De tal maldad, ¿qué mas prueba?
Que en dos caminos que estamos
Donde el bien y el mal se prueba,
El del infierno tomamos,
Y el que á la gloria nos lleva

Dimittimus.

En haciendo alguna falla,
Siendo el ofendido Dios,
Luego en el perdon se halla,
Y si la ofensa es á vos.
Nunca sabeis perdonalla;
Y pues siempre ejecutamos,
Dios mio, ¿no es grande error
Que en la oracion te pidamos
Que nos perdones, Señor,
Así como perdonamos

Debitoribus nostris?

Queda el hombre tan mal sano,
Quebrantado de caer,
Tan pesado, de liviano,
Que no se puede mover
Si Dios no le da la mano.
Yendo á tí, Señor, guiados,
Si nos saca del camino
La furia de los pecados,
No es posible, Rey divino,
Que nos veas ir errados,

Et ne nos inducas.

Al pecador obstinado,
Que no se quiere enmendar,
De tantas culpas cargado,
Se lo deja Dios estar
En las manos del pecado.
No hay quien no se te desmunde,
Si tú, que nos redimiste
Con misericordia grande,
No haces que el seso triste
Por nuestras culpas no ande

In tentationem.

Primero digo por mí,
Los que serviste desean
No han de restribar en sí;
Mas todas sus obras sean
En tí, por tí, para tí.
Debajo de tu bandera
Militamos por vencer;
Guárdanos tú de manera
Que no nos dejen caer
En medio de la carrera,

Sed libera nos à malo.

Si cuanto en mí pusiste
No basta á que el cielo me abras,
Pueda lo que padeciste,
Puedan aquestas palabras,
Que tú para tí hiciste.
Tú, que con gana de dar
Enseñaste á los del suelo
A saberte demandar,
Dános entrada en el cielo,
Do te podamos gozar.

Amen.

660.

GLOSA DE LA AVE MARÍA.

Diónos en la tierra un ave
La voluntad soberana,
Que, por su vuelo suave,
De la redención humana
Tuvo en el pico la llave;
La bendita ave es aquella
A quien, por su dulce canto,
Enviado á la doncella,
Dijo el parainfinto santo,
Postrado delante della:
Ave, María.

Es águila que voló
Hasta el soberano nido,
Y al sacro Verbo cazó,
Y abreviado y encogido
En su vientre le encerró.
Dichosa Madre de aquel
Qu'en un ser juntó á los dos;
Si toda la gracia es él,
Estando llena de Dios,
Bien te dijo Gabriel:
Gratia plena.

Está cosa muy probada
Que quedó, sacra doncella,
Tu carne santa, sagrada,
Dios encorporado en ella,
Llena de Dios, endiosada.
¡Oh grandeza milagrosa,
Bendita Virgen y Madre,
Que en la carne gloriosa
Venga del seno del Padre
A ser una misma cosa!

Dominus tecum.

La divina Majestad
Te hizo su relicario,
Abismo de su verdad,
Templo, custodia, sagrario
De la santa Trinidad;
Arca donde se atesora
Del cielo y tierra el consuelo;
Palacio donde Dios mora,
Puerta, escalera del cielo:
¡Tantas grandezas, Señora!

Benedicta tu.

Con el fuego de su amor,
Plata fina y oro fino,
Hizo electo el gran Señor,
Dando con su ser divino
Al humano mas valor;
Y para que este metal
Fuese como convenia,
Tomó Dios el ser mortal
En la bendita María,
Porque no halló otra tal

In mulieribus.

Esta Virgen escogida,
A quien Dios por madre quiso,
Antes santa que nacida,
Fue el árbol de paraíso,
Que nos dió el fruto de vida.
Consuelo tendrá el afrito
Que á su sombra se alegare,
Y terná gozo infinito
Quien de la fruta gustare,
Porque el árbol es bendito,

Et benedictus fructus.

María, para ensalzarte
Usó Dios un gran primor:
Que por milagrosa arte
Lo mayor en lo menor,
Y el todo encerró en la parte.
¿Qué mas hay que ver en tí,

Ni en lo mucho que te quiso,
Que para salvarme á mí
Hiciese Dios paraíso
Y aposento para sí

Ventris tui?

Huerto y cerrado vergel,
Donde nació el sacro lirio
Que da vida el olor dél,
Tu vientre fue cielo impirio
Mientras Dios estuvo en él;
De allí salió Dios y hombre,
Celestial y nazareno,
Y tomó el dulce renombre,
De misericordias lleno,
Nombre sobre todo nombre,
Jesus.

Y esta merced, que sonó
En la voz de tu virtud,
Mi ánima engrandeció,
Y en el Dios de mi salud
Mi espíritu se alegró.
Porque te vido humillada
El Señor de las naciones,
Te tienen por abogada
Todas las generaciones,
Siempre bienaventurada

Sancta Maria.

Virgen, que en el cielo alcanzas
La mas alta laureola
De las bienaventuranzas,
Y en una alabanza sola
El fin de las alabanzas;
Si se ponen á alabarte
Los ángeles y los hombres,
Y si Dios quiere ensalzarte
Con títulos y renombres,
No hay otro como llamarle

Mater Dei.

Para tí mas ensalzados
Loores no puede haber,
Ni para los desterrados
Mayor gloria que tener
A los dos por abogados;
Y pues el que está á la diestra,
En prueba de mi derecho,
Las lagas al Padre muestra,
Muéstrale tú el sacro pecho
A tu Hijo, Madre nuestra,

Ora pro nobis.

Pídele, Virgen sin par,
Que á nuestros ruegos se humille;
Que no hay cosa que pensar,
Que tú no puedas pedirle
Ni que él te pueda negar.
Por el bien de los mortales
Has de ser intercesora,
Y sean tus ruegos tales,
Que nunca dañen, Señora,
Los peligros infernales

Miseris peccatoribus.

¿Qué hacemos, pecadores?
Pues tenemos entre tantos
Tan buenos dos valedores,
Y propicios á los santos
Ángeles por guardadores;
Llenos de fe y de esperanza,
Alabemos á María,
Por quien tanto bien se alcanza,
Y los cielos á porfía
Le den eterna alabanza.

*Amen.*GREGORIO SILVESTRE.—*Sus obras.*

OBRA DOCTA Y DEVOTA SOBRE LA SALUTACION ANGÉLICA.

Invocacion á la Virgen.

¡Oh suma de nuestros bienes,
Y de todos nuestros males
Fin y quito!
Oh Virgen, que, vírgen, tienes
Apretado ya en pañales
A tu Hijo, Dios chiquito!
Oh nuestra torre mas alta,
Donde la gracia y verdad
Nunca mengua!
Pues sabeis cuánto me falta,
Vos, Señora, me la dad,
Con que os alabe mi lengua.

Ave.

¡Oh desculpa original,
Donde la gracia se estrena!
Dios te salve;
Pues te hizo toda tal,
Tan del todo toda buena,
Que ningun mal no te malve.
Dios te salve; de dolor
Nunca cubra el rostro tuyo
Triste velo;
El divino resplandor
A ti hizo centro suyo
Para mirar dende el cielo.

Maria.

¡Oh mar amarga, salada,
Cuya sal saló la carne
Corrompida.
Cuya mirra aheleada
No sufre que se descarne
La carne convalescida!
Oh mar, nunca peligrosa
Sino á quien no se te acerca,
De cobarde!
Oh medicina famosa,
La salud del que te merca
No puede ser que se tarde!

Gratia.

Que tus gracias y donaires
Sanan la rabia muy fiera
Del pecado,
Con aquellos frescos aires
Que corren por tu ribera
Y reposan en tu vado.
Lustre de las gracias todas
Es el sonido jocundo
De tu voz,
Que contrajo tales bodas,
Que te dan lugar segundo
En el palacio de Dios.

Plena.

Donde pariste sin pena,
Sin dolor y sin presura,
Mal ni daño;
Porque fuiste, Virgen, llena,
Recibiéndolo natura
Por injuria y por engaño;
Llena de la inmensidad
De aquel Dios inmensurable,
Dios de Dios;
Llena de sonoridad
Del Verbo eterno inefable,
De quien fué san Juan la voz.

Dominus.

Aquel Señor que David
Ser su Señor confesó,
No de sí;
Por el cual venció la lid,
Por el cual solo reinó,
Por él solo, y no por sí;

Señor que hace escoria
Los consejos de las gentes
Cuando exceden:
Aquel gran Rey de la gloria,
Contra quien los mas potentes
Menos pudieron y pueden.

Tecum.

Porque solo amor le doma,
Con esta dulee porfia
Llama á ti:
Vén ya, vén, la mi paloma;
Vén ya, vén, amiga mia;
Vén ya, vén, hermana, á mí;
Vén ya, vén, fuente sellada;
Vén ya, vén, huerta ceñida;
Vén ya, vén;
Vén ya, vén, Virgen preñada;
Vén ya, vén, Virgen parida,
Reina de Hierusalem.

Benedicta.

Siempre bendita del Padre,
Siempre del divino Amor
Muy querida;
Del Hijo para su Madre
Por la mayor y mejor
Ab eterno prevenida;
Todas las generaciones
Siempre bienaventurada
Te dirán;
Que de los divinos dones
Ni sube ni sobra nada
Sobre á los que á ti se dan.

Tu.

Tú la fuerza y la virtud,
Tú la virtud y la gracia
De la ley;
Tú la vida y la salud,
Tú la sala do se espacia
La gran majestad del Rey;
Tú le tienes, tú le das
A quien quieres y te place,
Sin cohecho.
Pues ¿qué quieres, Virgen, mas,
Que quien servicio te hace,
A Dios piensa que le ha hecho?

In mulieribus.

¡Oh gloria de las mujeres!
Ya por ti el Cerbero triste
No les ladre;
Porque tú la Virgen eres,
Virgen despues que pariste
Hombre y Dios, tu Hijo y Padre.
¡Oh mujer toda perfeta!
¿Cómo abarcará mi voz
Tu renombre?
Que es verdad, aunque secreta,
Que heciste al hombre Dios,
Y á Dios heciste hombre.

Et benedictus.

Glorificado y bendito,
Alabado y ensalzado
Siempre sea
Nuestro gran Ser infinito,
De tus manos abarcado,
Vestido de tu librea.
El cielo y toda su corte
Gracias y gloria le dén
Sin medida
A este divino norte,
En el cual solo se ven
Las horas de nuestra vida.

Ventris.

¡Oh tierra nunca maldita,
Vientre bienaventurado
De Maria!
Por quien tanto mal se quita,
Por quien tanto bien se ha dado

A quien tanto mal tenia.
Vos sois vientre consagrado,
La tierra de promision
De Israel,
La que mana de su grado
Por divina bendicion
Blanca leche y dulce miel.

Tui.

¡Oh Virgen! tuya es la caja
Donde Dios dobló los velos
De su rima;
El licor de tu almarraja
Llenos tiene ya los cielos,
Y aun rebosa por encima.
Secretos del vientre tuyo,
Al serafin que mas sabe
Mas se encubren;
Que del hizo nido suyo,
Del corto manto que cabe,
A quien mil mundos no cubren.

Jesus.

Toda carne y corazon
El sacro sacré Jesu
Desdeñó;
Mas tu limpia Concepcion
Al primero Huco Hu
Por las pihuelas le asió.
Con gran gana se abatió,
Y se asentó sin pereza
En tu humildad;
Porque le engolosinó
El cebo de tu pureza
Con olor de suavidad.

Sancta.

Santa nunca mancillada,
Porque dende aquella luz
De eterno dia
Fuiste pieza señalada
Para ser rico capuz,
De que Dios se vestiria;
El cual se vistió de ti
(Todas las naturas hartas
De socorros),
Con aquel tu carmesí,
Al cual las divinas martas
Se juntaron por aforros.

Maria.

¡Oh mar por do navegó,
Hecho Dios mercaderia,
Y el amor,
Mercader que le trocó,
Dejándote, cual solia,
Por un hombre sin favor!
Oh mar por donde navegan
Los que quieren ir al cielo!
Van sin guerra.
Oh mar do todos se anegan
Los que toman por consuelo
Desembarcar en la tierra!

Mater:

¡Oh árbol, delante quien
La fruta mas sana y buena
Causa tos!
No demandes ya mas bien,
Pues todos á boca llena
Te llaman Madre de Dios;
Y aun cantan lo que mereces
Las estrellas que llamamos
Matutinas;
Nuestras tierras enloqueces
Con las flores de tus ramos,
Que llevan frutas divinas.

Dei.

El que en todo Dios se espacia,
Y es la inmensidad del Padre
Su escondrijo,

Te pide, Virgen de gracia;
Que te plega ser su Madre,
Que él desea ser tu Hijo.
¡Oh princesa soberana!
¡No basta que tal riqueza
Se te entregue,
Sino que con tanta gana
Aquella divina Alteza
Te lo mande y te lo ruegue?

Ora.

Ruégale, pues te rogó,
Y es tu Hijo, y tanto privas
Ya con él;
Nuestras almas, que formó,
Queden sanas, queden vivas;
Despues de juzgadas dél,
No prosiga la sentencia
Por el rigor de justicia,
Mas pregone
Misericordia y clemencia
Antes que nuestra malicia
Su braveza mas encone.

Pro nobis.

Por nosotros, que ya estamos
Ahogados en dulzores
De pecados;
Por nosotros imploramos
No nos dejen tus favores
Al mejor tiempo olvidados;
Por nosotros, que no vemos,
Porque con graves delitos
Nos cegamos.
Que las sillas heredemos
De los ángeles malditos,
De que no se contentaron.

Peccatoribus.

Eslavos de mil pecados
Nos dejó hechos Adán
En sus lomos;
Mas ya, por ti libertados,
Del Rey á su mesa y pan
Mantenidos, Virgen, somos;
Eslavos de nuestras obras,
En que ya nos reveemos,
Siempre malas,
Si tú, Virgen, no nos cobras
Gracia para que volemos
So la sombra de tus alas.

Amen.

Di, Virgen, amen, amen;
Y pues tanto nos amaste,
No nos dejes;
Pues que nuestro sumo bien
Contigo nos le acercaste,
Nunca ya te nos alejes.
¡Oh tregua de nuestra paz!
Manda luego apaciguar
Mis temores;
Vaya yo donde tú estás,
Do mejor pueda cantar,
Amen, amen, tus loores.

En Barcelona, en casa de Sebastian Cormellas, al Call, año 1596;
al final del libro de la Vida y excelencias maravillosas del glorioso san Juan Baptista, etc., compuesto por el PADRE FRAY JUAN DE PINEDA, de la orden de nuestro padre San Francisco; un volumen en 8.º — Tambien se halla en La agricultura cristiana, etc., del mismo PADRE FRAY JUAN DE PINEDA, segunda parte, diálogo trigésimo primo; impresa en Salamanca en 1589, en folio; en la que se dice ser su verdadero autor el religiosísimo señor, primer arzobispo de Granada, Hernando de Talavera, etc.

662.

GLOSA DE LA SALVE REGINA.

Alta Reina esclarecida,
Como los cielos hermosa,
Sacra Virgen, escogida
Para ser madre y esposa
Del que á todos nos dió vida.
Sí al Rey de paz y consuelo,
Verbo divino del Padre,
Podiste bajar del cielo,
Siendo tú su hija y madre,
Bien te dicen los del suelo

Salve, Regina.

El unicornio hermoso,
Que es Dios, á quien enamaste,
Quedó de mi rigoroso,
Manso y misericordioso
Después que tú le humillaste.
Porque la antigua discordia
Sola tú aplacar pudiste,
Y en tan dichosa concordia
Bien te cuadra, pues pariste
La misma misericordia,

Mater misericordiae.

De triste en alegre estado
Tú nos trocaste la suerte;
De ti nació disfrazado
El que dió, muriendo, muerte
A la muerte y al pecado.
Benditísima María,
Consuelo de nuestra pena,
Pues que vida y alegría
Al mundo de ti se ordena,
Sola tú, Señora mía,

Vita, dulcedo.

Si Dios en ti no encarnara,
La esperanza se perdiera
De que el hombre se librara;
Que sin Dios-hombre no hubiera
Quien al mundo rescatara.
Así que, en cuanto heciste,
Nuestro bien solicitaste,
A Dios de carne vestiste,
Y con esto aseguraste
Que eres y serás y fuiste

Spes nostra.

Celestial Emperadora,
Tú dejaste rico el suelo
De cuanto bien tiene agora,
Y después, subiendo al cielo,
Eres nuestra intercesora.
Sentada estás á la diestra
Del Hijo á quien engendraste,
Y pues al hombre se muestra
Desde allí cuánto le amaste,
Esperanza y gloria nuestra,

Salve.

¿A quién hemos de acudir
En todas las ocasiones
Que nos pudieren venir,
Sino á las intercesiones
Que tú nos sabes pedir?
Como del Hijo, sabemos
De ti, que, aunque mas pidamos,
Virgen, no te cansaremos;
Y así, cuando nos hallamos
Sin el bien que pretendemos,

Ad te clamamus.

El que una vez ha caído,
Mal se podrá levantar,
No siendo favorecido;
Porque sin Dios no hay pensar
Que se cobre Dios perdido.
Necesitados estamos

De tu favor si caemos,
Porque al punto que pecamos,
Sin la gracia, que perdemos,
Tan solamente quedamos

Exules filii Evae.

Nuestra miseria te mueva,
Bendita Virgen sagrada,
A pedirnos gracia nueva;
Que sin ti los hijos de Eva
Mal podrémos pedir nada.
Y viendo que no sucede
Que pidas y no te den,
Cuando nuestra culpa excede,
Para recobrar el bien,
Como á quien todo lo puede,

Ad te suspiramus.

A ti, que sagrario fuiste
De aquella divinidad
Que de tu carne vestiste,
Y con tu gran humildad
La enamoraste y rendiste;
A ti, por quien nos cobramos,
Divino y celestial medio,
Por quien á Dios granjamos,
Cuando nos falte remedio,
Será muy bien que acudamos,
Gementes et flentes.

Que un corazón humillado
No despreciaréis los dos,
Tú y el Hijo tan amado,
Que se humilló, siendo Dios,
De la humildad enamorado.
Tu intercesión pueda tanto
Con el Verbo soberano,
Que del reino del espanto
Nos libre, Virgen, tu mano,
Pues aquí no hay sino llanto,

In hac lacrymarum valle.

Si tu favor nos socorre
Para lo que nos conviene,
Nadie habrá que nos ahorre,
Porque lo que el mundo tiene
Es moneda que no corre.
Todos estamos de suerte,
Que no sufre dilación
La cura de mal tan fuerte;
Y pues hay tal ocasión,
Virgen, de compadecerte,

Eja ergo.

Pide para el daño hecho
Perdon, y á lo por venir
Un tan abrasado pecho,
Y tan dispuesto a servir,
Que á Dios deje satisfecho.
Pide lo que tú supieres
Que nos conviene, Señora,
Y pues que tanto nos quieres,
No te descuides ahora,
Pues há tanto tiempo que eres

Advocata nostra.

Ante la suma grandeza
Que ha ofendido nuestra culpa
Presenta nuestra baja,za,
Y aquesta flaca disculpa
De nuestra naturaleza.
Muestra al Hijo regalado
El pecho en que le criaste,
Y habiéndoselo mostrado,
Di, pues tanto le amaste:
«Vuelve y mira, Hijo amado,
Illos tuos.

»Pues quieres del pecador
Que á ti se convierta y viva,
Y estos conocen su error,
En su amparo los reciba,

Hijo, tu divino amor.
Y pues con fe verdadera
Humildes vuelven á ti,
Y yo soy su medianera,
Válgame ser esto así,
Que se les muestren siquiera,
Misericordes oculos.

Todo este favor tenemos
De tu mano, Virgen santa;
Mas tantas veces caemos
Que á cada paso traemos
El cuchillo á la garganta.
De suerte que es menester
No dejarnos un momento,
Virgen, de favorecer;
Y si mudares de intento
Por nuestro desmerecer,
Ad nos converte.

Que en siendo de ti olvidados,
Quedamos todos perdidos,
De piés y manos atados
Con fuertes lazos tejidos
De nuestros propios pecados.
Y pues por nosotros fuiste
Madre del Hijo que tienes,
De quien tanto recibiste,
No nos niegues de tus bienes,
Señora, pues tanto diste.
Et Jesum.

Para que nuestra desgracia
En ventura mude el nombre,
Por tu ruego y su eficacia,
Como nos le diste hombre,
Nos le da agora por gracia.
Echese, Virgen, el resto
En remediar nuestros males,
Y el dulce Hijo, dispuesto
Con tus ruegos virginales,
Hará que saquemos desto
Benedictum fructum.

Quedarémos prevenidos
Con su gracia, y reformados,
Y desta favorecidos,
Serémos de los llamados,
Y despues los escogidos.
Quien por madre te eligió,
Muy bien lo puede hacer,
Pues que virgen te crió,
Y sin dejarlo de ser,
Con traje nuestro salió
Ventris tui.

Nació para ser modelo
Y regla de nuestra vida;
Abrió el camino del cielo,
Y la esperanza perdida
Resucitó, y el consuelo.
Murió porque no muriese
El hombre, que tanto amó,
Y porque así volviese,
Todo cuanto padeció
Quiso, Virgen, que sirviese
Nobis.

Dejó su cuerpo en comida
Para que convaleciese
Con aquel manjar de vida
El que la gracia tuviese
Por sus ofensas perdida.
Quedónos para memoria
De su sagrada pasión,
Y para alcanzar victoria
De cualquiera tentación,
Con que merezcamos gloria
Post hoc exilium.

Las mercedes recibidas
Son tantas del que pariste,

Que fueran pocas mil vidas,
Cuanto mas una tan triste,
Para serle agradecidas.
Y estando tan obligados,
No osarémos pedir mas;
A ti irémos humillados,
Virgen, y llevarnos has
Al Hijo, y nuestros pecados
Ostende.

Y no es posible que, vista
Nuestra gran necesidad,
A tu petición resista,
Ni que el autor de maldad
Nos venza en esta conquista;
Que para estas ocasiones
Te guardan los que te aman;
Y así, en sus tribulaciones,
Entre otros nombres, te llaman
Todas las generaciones
O Clemens.

Porque, viendo tu clemencia
Acudir á nuestra falta,
Sabemos de cierta sciencia
Que ella suple lo que falta
Nuestra gran insuficiencia.
Eresnos, Madre piadosa,
Aunque no lo merezcamos,
Siempre misericordiosa,
Y por eso te llamamos
O Pia.

No hay blason que no te cuadre
Por solo tu merecer;
Tanto, que siendo tu padre
El que te pudo hacer,
Te quiso escoger por madre.
De ti nos vino el consuelo
Y el descanso de la vida,
Por ti se cobró en el suelo
Toda la gracia perdida,
Y tú enriqueces el cielo,
O dulcis Virgo.

Tu santo nombre glorioso,
Que á los demonios asombra,
Es tan dulce y tan sabroso,
Que á cualquiera que le nombra
Le da un valor milagroso.
Y el que por sí ya no es parte
A resistir tentaciones,
Lo será con invocarte;
Y así, en las tribulaciones
Nos valemos de llamarte
Maria.

Con tu nombre, Virgen pura,
Se ilustra nuestra memoria,
Y es para nuestra ventura
Salvo conduto de gloria,
Que los puertos asegura.
Por él nos hacen mercedes,
Y con poder soberano
Rompen los lazos y redes
Del enemigo inhumano,
Virgen; y pues tanto puedes,
Ora pro nobis.

Dile al mismo que engendraste,
Que es hombre y Dios verdadero:
«Mira á aquellos que criaste,
Por quien, puesto en un madero,
Tanta sangre derramaste;
Que con esto es imposible,
Si á vuestro arrepentimiento
Se da todo lo posible,
Que llegue á colmo su intento
El enemigo invisible,
Sancta Dei genitrix.

Haz que de sus confianzas

Sea el fruto confusion,
Y que de sus asechanzas,
En lugar de perdicion,
Nazcan nuestras esperanzas.
Y pide al que le envió
Do no ha de verle jamás,
Virgen, pues de ti nació,
Y cuanto quieras podrás,
De aquel bien que le quitó,
Ut digni efficiamur.

Pídele que nos ampare
Y nos confirme en su fe,
Y lo que no le agradare,
Fuerzas de gracia nos dé,
Con que luego se repare.
Y con medios como estos,
Por tu mano granjeados,
Aunque estamos con él puestos
Tan mal por nuestros pecados,
Podrémos quedar dispuestos

Promissionibus Christi.

Para que en todo se acierte,
Le pide al que nos dió vida
Que nuestras vidas concierte;
Y tú, Virgen escogida,
Nos ampara en vida y muerte.
No nos falte tu consuelo
En la postrimera hora;
Porque, partiendo del suelo
Libres de culpa, Señora,
Te alabemos en el cielo.

Amen.

FRAY PEDRO DE PADILLA. — *Jardín espiritual*; Madrid, 1585.

663.

DE LOS MANDAMIENTOS.

*Este es el camino divino,
Camino de la salvacion.*

En las cumbres de Sinaí,
Que en medio de Arabia son,
Venido de las alturas,

Ha sonado un gran pregon.

Este es el camino divino, etc.

Pregónase desde el aire

Con voces de admiracion;

Al tenor de lo que dice

Pido tengais atencion.

Este es el camino divino, etc.

1.º Yo soy Dios, que te ha sacado

Del poder de Faraon;

A dioses, fuera de mí,

No harás adoracion.

Este es el camino divino, etc.

2.º Honrarás mi nombre santo

Con grande veneracion.

3.º Santificarás las fiestas

Con el cuerpo y corazon.

Este es el camino divino, etc.

4.º Honrarás tu padre y madre,

Pues lo dice la razon.

5.º No mates ni quieras mal.

6.º No harás fornicacion.

Este es el camino divino, etc.

7.º No hurtas hacienda ajena;

Porque aborrezco al ladrón.

8.º Huye el falso testimonio,

Mentira y murmuracion.

Este es el camino divino, etc.

9.º No codicies las mujeres

Ni las tengas aficion,

10. Ni las haciendas y bienes

Que de tu prójimo son.

Este es el divino camino,

Camino de la salvacion.

Devocionario espiritual de Ambéres, sin portada, en 8.º

664.

Guárdame mis mandamientos,
Buen cristiano, por tu fe;
Si mis mandamientos guardas,
Yo la gloria te daré.
El primero es que me quieras
Con amor muy verdadero,
Y estés firme y muy entero
En mi fe hasta que mueras,
Y tú verás cuán de veras
Te lo galardonaré.
Si mis mandamientos guardas,
Yo la gloria te daré.
El segundo es que mi nombre
No jures contra verdad,
Que es ultrajar mi bondad
Por satisfacer al hombre;
Y ningún temor te asombre,
Que yo te defenderé.
Si mis mandamientos guardas,
Yo la gloria te daré.
El tercero, guardarás
Mis fiestas con devocion,
Y aunque haya gran ocasion,
Nunca las quebrantarás,
Y en ellas me pedirás
Mercedes, que te haré.
Si mis mandamientos guardas,
Yo la gloria te daré.
El cuarto, muy humildemente
Es que honres á tu padre,
Que obedezcas á tu madre,
Y á su rigor seas paciente;
Vivirás muy largamente,
Pues que ansi yo lo mandé.
Si mis mandamientos guardas,
Yo la gloria te daré.
El quinto, no des la muerte
Al hombre que hué criado,
Porque serás castigado
Con otra muerte mas fuerte;
No habrá con qué defenderte,
Pues primero te avisé.
Si mis mandamientos guardas,
Yo la gloria te daré.
El sexto es apartarte
De toda fornicacion;
Huye la conversacion,
Si dello quieres librarte;
Y si probaren tentarte,
Vénte á mí, yo te valdré.
Si mis mandamientos guardas,
Yo la gloria te daré.
El séptimo, no te atrevas
A tomar lo que es ajeno;
Ese vaso de veneno
Guárdate que no le bebas;
Mira que si en él te cebas,
Yo no te perdonaré.
Si mis mandamientos guardas,
Yo la gloria te daré.
El octavo es no imputar
A nadie lo que no ha hecho;
Guárdate de echar tal pecho
Sobre ti por te vengar;
Si tú quieres perdonar,
Yo no te condenaré.
Si mis mandamientos guardas,
Yo la gloria te daré.
El noveno, te he mandado,
So pena de muy gran pena,
No desear mujer ajena,
Porque es muy grave pecado;
No hagas, no, desconcertado,
Cosa que yo concerté.
Si mis mandamientos guardas,
Yo la gloria te daré.
El décimo no anhelar
De tu prójimo sus bienes,
Mas antes con los que tienes

Contento debes estar;
Así me has de honrar,
Y yo te consolaré.
Si mis mandamientos guardas,
Yo la gloria te daré.

FRANCISCO DE VELASCO. — *Cancionero de coplas del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo.*

663.

Mirá que Cristo ordenó
Las primeras oraciones,
Mirad qué le enseña ahora.
Por la oración verdadera
Alcanzó sus ruegos Ana;
La bella Sara y Susana
Ruega, suplica, ora y llora.
Ora pues, que con orar
Jonás se libró del mar,
Elias agua alcanzó,
Dió vida á un hombre el llorar,
Y salió Daniel del lago,
Hizo en Filistea estrago
Samuel. No te olvides de eso,
Y el ser cristiano profeso;
Dios te dará el justo pago.

LOPE. — *Auto sacramental del Misacanicano.*

666.

PROVERBIOS QUE EDIFICAN AL HOMBRE PARA CON DIOS.

I.

Pues sin fe ninguno gana
El sumo bien,
Sobre todo cree y ten
La fe cristiana.
Firme, llena, simple y llana,
Sin cuestion,
Sin buscar en fe razon;
Que es sobrehumana.

II.

Ten en Dios firme cimiento
De esperanza
De su bienaventuranza;
Cuyo aliento
Te dará contentamiento
Muy gozoso,
Si precede virtuoso
Fundamento.

III.

Ama á Dios en tu memoria
De continuo,
Llevarás derecho tino
De su gloria;
Usa obra meritoria
Y sé constante,
Virtuoso militante,
Habrás victoria.

IV.

Séate nuestra Señora,
Virgen Madre,
Con su Hijo, Dios, su Padre,
Intercesora.
Siempre la suplica y ora
Que en su abrigo
Te libre del enemigo
Toda hora.

V.

Da á Dios gracias que te dió
El ser humano,
Y que á su gremio cristiano
Te allegó.

Piensa cómo se humilló
Por ensalzarte;
Lóale, que por salvarte
Padeció.

VI.

Ten del mundo poca estima
En gran estado,
Y en mas alto y mayor grado
Te sublima.
Ten fin al supremo clima
Celestial,
Tal, que de ansia temporal
Te reprima.

VII.

Recela el seso maduro
Del prudente,
No cause gozo presente
Mal futuro.
No te aflige por gran juro
Ni riqueza;
Bástale que de pobreza
Esté seguro.

VIII.

Adquirir con pena dura
Y afliccion
Falsos bienes de opinion,
Es locura.
Lo necesario procura
A buena cuenta;
Que con poco se contenta
La natura.

IX.

Cúlpate de brutidad
Si no tienes
Gran cuidado por los bienes
De verdad.
Suma gloria y libertad
Del infierno,
Y gozar con Dios eterno
Eternidad.

X.

Si usares con buen cuidado
De las obras
De misericordia, cobras
De Dios grado;
Lo que mas encomendado
Te dejo,
Cúmplelo segun consejo,
Poder ó estado.

XI.

Repele el mal pensamiento
Cuando venga,
Que en pecado se detenga
Ni un momento.
No traiga tu movimiento
A ejecucion,
Y habrás de tal tentacion
Merecimiento.

XII.

De imaginario testigo
Te prove,
Como que tus hechos ve
Y va contigo.
Del custodio ángel, tu amigo,
Ten vergüenza;
Mas de Dios; y así se venza
El enemigo.

XIII.

Ama y cree á tu discreto
Compañero,
Que encamina al bien perfeto,
Verdadero;
Para tu custodio eleto
Amigo viejo,

Te da siempre buen consejo
De secreto.

XIV.

Ten memoria de tu muerte
Natural;
Teme de la ocasional
Adversa suerte;
Tal temor de Dios despierte
Tu cuidado,
Que en virtudes ordenado
Te concierte.

XV.

Ten costumbre en confesar
Muchas veces,
Con que sin penas te aveces
A humillarte;
Que para con Dios es darte
Testimonio
Cómo quitas al demonio
En ti tu parte.

XVI.

Ten el tiempo desta vida
En mucho precio,
Y por muy remiso y necio
A quien le olvida;
Da á la vida su medida,
En beneficios
Y loables ejercicios
Repartida.

XVII.

Da su parte á la oracion
Muy atento,
Con humilde fundamento
En devocion;
Tal orar á contricion
Te provoca,
Do reza mas que la boca
El corazon.

XVIII.

Da su parte á la sagrada
Escritura,
De doctrina y de dulzura
Edificada;
Y á su gloria autorizada
De doctores,
De divinos resplandores
Alumbrada.

XIX.

Usa de la libertad
De tu albedrio,
Ten costumbre en dar desvío
A voluntad;
Vence la sensualidad,
Que te ciega;
Libre de pasion te llega
A la verdad.

XX.

Guarda en suma los preceitos
Divinales,
A quien todos los legales
Son sujetos;
Obedece los decretos
Y las leyes
Y estatutos de los reyes,
Que son retos.

DON FRANCISCO DE CASTILLA, natural de Palencia, hermano del obispo de Calahorra, don Alonso de Castilla, trinitos del rey don Pedro, llamado el Cruel. — *Teórica de las virtudes*, etc.; impreso en Alcalá de Henares, 1564, fol.

CONVERSION DE BOSCAN.

Despues que por este suelo
Mil engaños descubri,
Un poco tornado en mí,
Sin osar mirar al cielo,
Preguntéme: ¿qué es de tí?
Los ojos alcé por verme,
Y en ver me vi tan mortal,
Que pues no puedo valermé,
Por no conocermé tal
No quisiera conocermé.
Conoci la enfermedad
De mi mal conocimiento,
Vi confuso el pensamiento
Y suelta la voluntad;
Vi atado el entendimiento,
Y mi alma cómo va
Muerta con su misma guerra,
Y vila enterrada ya.
Puesta debajo de tierra,
Pues debajo el cuerpo está.
Vi mi seso cómo es,
Que á cada paso estropeiza;
Vime tornado al revés,
Los piés sobre la cabeza,
La cabeza so los piés;
El órden vi natural
En mí todo trastornado,
Porque vi ser sojuzgado
Lo inmortal á lo mortal
Y lo flaco á lo esforzado.
Vi la parte que se muestra
Semejante á Dios en todos,
A la parte mas siniestra,
Derribada de sus modos,
Atontada de maldiestra;
Lo malo se encarecia,
Lo bueno daba de balde,
Y vi como que ponía
Al deseo por alcalde,
Por reina á la fantasia.
Como doliente asombrado
De dañada fantasia,
Que aborrece lo poblado,
Y en mitad quiere del día
De la luz estar privado;
Yo así donde el bien moraba,
Y alumbraba la razon,
Tan presto me fatigaba,
Que en el mal de corazon
Solamente reposaba.
En el mas bajo elemento
Era mi placer y gloria;
Allí estaba el pensamiento
Preparando en la memoria
Deleites al sentimiento.
Arrastrando por el suelo,
Mi juicio tanto yerra,
Que tuviera por consuelo
Si quien hizo mar y tierra
Se olvidara de hacer cielo.
Con ceguedad muy extraña,
Tan contraria de mi nombre,
Aunque todo el mal me engaña,
Con la parte que soy hombre
Conoci ser alimaña.
Aquel ser con que nací
Tan del todo se perdió,
Que entonces en mí se vió
Ninguna cosa de mí
Tan lejos como era yo.
Puesto que era tan perdido,
Del mal pensaba apartarme;
Mas cuando quise mudarme,
Segun estaba tullido,
Nunca pude rodearme.
Dióme luego tal tristeza
Viendo un mal que tanto esfuerza,
Que, segun fue su grandeza,

Queriendo probar mi fuerza,
 Fué probada mi flaqueza.
 Socorro no me faltaba,
 Solevantarme quería;
 Mas aquel que me ayudaba
 Al principio socorria
 Y en el medio me dejaba.
 No faltaba su largueza
 Jamás de me socorrer;
 Mas no daba su poder
 Con el cual la mi flaqueza
 Se pudiera sostener.
 Como niño que no anda,
 Mas clama por andar ya,
 Que si es cuerdo el que lo manda,
 Do quiera que con él va,
 Poco á poco le desmanda;
 Así aquel me llevaba,
 Como á niño me traía,
 Los principios me mostraba,
 Lo demás que no cabía
 Do cabía lo guardaba.
 Así, por pasos subido,
 Y por gracia transformado,
 En buen orden ordenado,
 Vi mi reino bien regido
 Por razon, y no por grado;
 Mis tres almas á la par
 Vi puestas en ejercicio,
 Cada una en su oficio,
 La una para mandar
 Y las dos para servicio.
 Vi luego la fantasía
 Como mozo rezongando;
 Mas razon no permitia,
 Por el bien del otro bando,
 Que pasase su porfia.
 Vi mis torpes sentimientos,
 Aunque no quisiera vellos,
 Y hallé, segun sus tientos,
 Que solo quedaban dellos.
 Los primeros movimientos.
 Vi la voluntad con mando
 Absoluto y ordinario,
 Que por mejorar su bando
 Hasta el bien extraordinario
 Se iba de cuando en cuando;
 Y vi el entendimiento
 Con la verdad por objeto,
 Y vi todo el regimiento
 Tan cerca de ser perfeto,
 Que me hizo estar contento.
 Dolor de la culpa mia
 De la pena me librara,
 Porque así me castigaba,
 Que solo pena tenia.
 Si pesar no me sobraba;
 Mereciendo en él holgar;
 Que hube de padecer
 Mas que pudiera en llorar,
 Pues mil veces mi placer
 Renovaba mi penar.
 Por crecer en el dolor
 De mi pasada locura,
 Contemplando el Hacedor,
 Me acordé de la hechura
 De mi, triste pecador;
 Vi que Dios me redimió,
 Contra sí siendo cruel,
 Y mirando bien lo de Él,
 Vi como se hizo El yo
 Porque yo me hiciese Él.
 Vi que cuando me formara,
 Ningun estado me diera,
 Mas en mi mano pusiera
 Que yo mismo me tomara
 Aquello que mas quisiera;
 Que pudiese ser bestial,
 Ó pudiese ser humano,
 O que fuese angelical,
 Y que estuviese en mi mano
 Escoger lo divinal.

Vi su alta providencia
 Do lo por hacer es hecho,
 Que jamás me dió sentencia
 Que no fuese por provecho
 Y en gloria de su conciencia;
 Vi la causa por que quiso
 Haber hecho fuego eterno,
 Siendo para darme aviso
 Que, de miedo del infierno,
 Aquistase el paraíso.
 Vi que cuando mi codicia
 Va produciendo discordia,
 A poder de mi malicia
 Pidiendo misericordia,
 Le hago querer justicia;
 Con esto acerté la vena
 Del buen arrepentimiento,
 Y bastó para descuento
 Un momento de esta pena,
 Librándome del tormento.
 Fué tan alto convertirme
 Y de Dios tan ayudado,
 Que luego á muy alto grado,
 Con mi propósito firme,
 Hallé que fui sublimado;
 Dentro me vi de la puerta,
 De todos nublados arriba,
 El mundo tan lejos iba,
 Que la carne quedó muerta
 De hallarse el alma viva.

JUAN DE BOSCAN. — *Sus obras*. — Valladolid, 1553; fol. 6 vuelto.
 Esta es la *Conversion de Boscan* que menciona el licenciado
 Juan Lopez de Ubeda en el prólogo de su *Cancionero y vergel de
 flores divinas*, impreso en Alcalá en 1588.

668.

EL LLANTO DE SAN PEDRO.

Habiendo Pedro jurado
 Con esfuerzo y osadía
 Que, de mil lanzas cercado,
 A su Señor seguiria
 Hasta morir á su lado,
 De la gran falta que ha hecho,
 Vergüenza y lástima junto,
 De le ver en tal estrecho,
 De mil puntas en un punto
 Le traspasaron el pecho.
 Las mas bravas y derechas,
 Que en el corazon le dieron,
 Por el Señor fueron hechas,
 Cuyos ojos arcos fueron,
 Y cuyo mirar, las flechas;
 Y siguiendo los despojos,
 Hasta el alma penetraron,
 Cuyas heridas y enojos
 Ungir siempre le obligaron
 Con el licor de sus ojos.
 Tres veces jurado habia
 A la moza, al siervo, al bando,
 Que al Señor no conocia,
 Cuando el gallo, despertando,
 Llamó en testimonio el dia;
 Y hecho Pedro bienquisto
 Del mal pueblo (sin mirar
 Su yerro, de todos visto),
 Dejó venir á encontrar
 Sus ojos con los de Cristo.
 Decir lo que en él pasó
 Es excusada fatiga,
 Cuando el Señor le miró,
 Porque no hay lengua que diga
 Lo que allí Pedro entendió.
 Parecia que, olvidado
 Del mal que pasaba allí,
 Dijese Cristo, admirado:
 « ¡Cuán verdadero sah,
 Discipulo mal mirado! »
 No ve su rostro mejor

En el cristalino espejo
La doncella, que su error
Vido el miserable viejo
En los ojos del Señor;
Ni oído jamás atento
Pudiera oír ni escuchar
Tanto en diez años ni en ciento,
Cuanto con solo mirar
Oyó Pedro aquel momento.
Aunque es injusto mezclarse
Lo profano y lo sagrado,
Así suelen, sin hablarse,
Dos heridos de un cuidado
Entenderse con mirarse;
Y lo que puede asconderse
Dentro de un alma amorosa,
Sin escribirse ó leerse,
Con la vista es fácil cosa
Escucharse y entenderse.
Cada ojo parecía
De Pedro un atento y listo
Oído que recibía,
Y cada ojo de Cristo
Lengua que así le decía:
«Mas fieros vienen á serme
Tus ojos que los tiranos
Que en cruz tienen que ponerme,
Pues no han podido sus manos
Como tu lengua ofenderme.
Ninguno cortés he hallado
De cuantos había escogido;
Mas tú, Pedro, me has dejado
Mas que todos ofendido,
Por ser de mí mas amado.
Si me huyeron aquellos,
Negóme en estos tu boca,
Y están tus ojos con ellos
Atentos, como á quien toca
Parte del contento de ellos.»
¿Quién las palabras diría,
De desden y de amor llenas,
Que á Pedro le parecía
Que en las dos luces serenas
De Cristo impresos veía!
Morir sería mas llano,
Mas si mortal ojo es dño
De efecto tan soberano,
¿Qué hará un mirar divino
En un sentimiento humano?
Como nieve que, caída
En selva cerrada y fiera,
Del invierno empedernida,
Con el sol de primavera
Sale en agua convertida;
Así el temor y el espanto
Que en Pedro causó el error,
El resplandor vivo y santo
De los ojos del Señor
Le hizo salir en llanto.
No fué como arroyo ó fuente
Su llanto, que se agotaba
Por tiempo ó sazón ardiente,
Pues el Señor, que le amaba,
Le volvió la gracia ausente.
Siempre lloraba velando
Siempre al gallo matutino
Recordaba sollozando,
Nuevas lágrimas contino
A la vieja culpa dando.
El rostro, que había quedado
Mortal y despavorido,
De color desamparado,
Por haber la sangre ido
Al corazón salteado;
Tocado del resplandor
De aquel sumo Sol sin fin,
Tornó su hielo en ardor,
Hizo púrpura el jazmín
Y vergüenza su temor.
Viéndose cuán diferente
Del primer estado estaba,
Y viendo tan firmemente

Ofendido al que le amaba,
No pudo estar mas presente.
La sentencia no atendiendo
Que el pueblo falso daría,
De aquel lugar triste horrendo,
Donde el Señor padecía,
Salió llorando y gimiendo.
Deseando algun extraño
Que la merecida pena
Le diese de error tamaño,
Su propia mano refrena,
Con miedo de mayor daño;
Pero gritando salía
Por el nocturno destierro,
Como quien aborrecía
Ya, como causa del yerro,
La vista que antes quería.
«Vete, vida; véte, digo,
Clamaba, pues te deshecho,
No es razon irte conmigo,
Ni, pues tanto mal me has hecho,
Yo debo quedar contigo;
Vete, vida, véte á mal,
Sin mas mostrarme en qué yerre;
Que por la vida mortal
No es justo que se destierre
El alma de la eternal.
Vida falsa y sin consuelo,
Que, porque no te ofendiese
La breve guerra del suelo,
Ordenaste que perdiese
La paz eterna del cielo;
A aquel que contento das
Quieres que poco te vea,
Y continuamente estás
Con el que morir desea,
Por atormentarle mas.
¿Oh cuántos de tu salud
Vinieron á estar quejados,
Que en próspera juventud
Acabaron venturosos,
Sin llegar á senectud!
Porque la prosperidad
Mejor menos aseguras,
Y yo lloro esta verdad,
Porque no duraste y duras
Tan contra mi voluntad.
Si no anduvieras tras mí
Tantos años, no hallara
Mi fe tal tropiezo en tí,
Ni el largo tiempo llevara
Seso y memoria tras sí;
Y acordárame cuán cierto
Al cojo vi estarse en pié,
Al ciego el mirar despierto,
Lengua al mudo, y lo que fué
Sobre todo, vida al muerto.
Obras de tanto valor
Trujéranme á la memoria
Que su ilustre Hacedor
Era fuente de victoria
Para lavar mi temor;
Mas ya del largo vivir
La memoria consumida,
Desmayó mi resistir.
Y vine á anegar la vida
Con el temor de morir;
Aquella vida sin par,
Do la vida toma el ser,
Y á do quien sabe arribar
No tiene de qué temer
Ni le queda qué esperar;
Y pues que de tal manera
Le dejé, justicia es llana
Que mi triste vida muera;
Vete, vida ó sombra vana,
Pues negué la verdadera.
¿Oh cuán venturosa suerte
Fué la de los niños santos
Cuando aquel tirano fuerte
Quitó las vidas á tantos
Por dar á uno solo muerte!

Pues primero que en el suelo
 Pecar pudiesen murieron;
 Flores dignas, que en el cielo
 Primero traspuestas fueron
 Que las ofendiese el hiel.
 Cuanto á aquellos les valió
 Su niñez cuando acabaron,
 La edad á mi me dañó,
 Porque á su Dios no negaron
 Por no morir como yo;
 Y si les faltó aceptar
 Su muerte en voces despiertas,
 Por no poderlas formar,
 Por sus gargantas abiertas
 Su sangre supo hablar.
 No por las lenguas de aquellos
 Recien nacidos infantes,
 Pero por su muerte de ellos
 Tuvieron coronas antes
 Que les naciesen cabellos.
 ¡Suerte digna de memoria!
 Sin saber qué cosa es guerra
 Merecieron la victoria,
 Y sin tocar en la tierra,
 Gozan en el cielo gloria.
 Con cuánta solemnidad
 Fueron todos asentados
 En la misma dignidad
 Que perdieron los pasados
 Por soberbia y vanidad;
 Debajo de la bandera,
 Como gente de valor,
 La gloriosa escuadra entera
 En el triunfo del Señor
 Entró puesta en delantera.
 ¡Oh dignidad admirable!
 Pues que viniendo á la tierra
 Encubierto el Inefable,
 A librarnos de la guerra
 Del tirano miserable,
 Estos primero lucharon
 En la batalla cruel,
 Estos su sangre dejaron
 Por ejemplo y guía fiel
 De cuantos la derramaron.
 Madres, que los muy queridos
 Hijos os vistes quitar,
 De vuestros pechos asidos,
 Como se suelen robar
 Los pájaros de los nidos;
 Y de la mano homicida
 Su pura sangre quedó
 Por los suelos esparcida,
 No lloreis su muerte, no;
 Dejadme llorar mi vida.
 Si os pudiera ser mostrado
 El fruto que salir debe
 Deste licor derramado,
 Que aunque la tierra le bebe,
 En el cielo está guardado,
 No fuéades lastimosas,
 Sino de las mas felices,
 Pues solas sois las dichosas,
 Por haber sido raices
 De flores tan generosas;
 Mas yo, pecador cuitado,
 Debo, si, llorar mi suerte,
 Refrenando mi cuidado
 Por no darme yo la muerte,
 Como hombre desesperado.
 Sin lazo, hiel ó bebida,
 A no faltarme el vigor,
 Con la culpa cometida
 Bastar debiera el dolor
 Para quitarme la vida.
 Alma, ¿cómo puede ser
 Tan pequeña la pasión
 En culpa tan de temer?
 Llama cuantas almas son
 Sujetas á padecer,
 Y diles que su tormento
 Cada cual te preste y dé;

Dales en tu pecho asiento,
 Y donde es poca la fe,
 Supla el mucho sentimiento.
 Haz, si es posible, en el suelo
 Igual al yerro el quebranto
 A fuerza de amargo duelo;
 Mas ¿dónde puede haber llanto
 Que iguale á mi desconuelo?
 Si te pusieren delante
 Cuantas penas tiene en sí
 El infierno, no te espante;
 Que mirando al que ofendi,
 No son castigo bastante. »
 Así el cuitado llorando
 Cuanto sus ojos bastaban,
 Sus culpas siempre acusando,
 Donde los pies le llevaban,
 Cabizbajo caminando;
 O fuese acaso ó destino
 Soberano, en su jornada
 A aquel mismo huerto vino,
 De á do la tarde pasada
 Partió tras el Rey divino.
 Como el que con ansia fuerte
 Su hijo entierra y se parte,
 Y es su cuidado de suerte,
 Que le vuelve por la parte
 Donde le dieron la muerte;
 Viendo la tierra teñida
 Con la sangre del cuitado,
 Renuévase la herida,
 Y crece tanto el cuidado,
 Que pone á riesgo la vida;
 Así el viejo, que excedía
 A mil padres en amor,
 Viendo el huerto do aquel día
 Le quitaron su Señor,
 Con mas dolor se afligia.
 La compasion acrecienta
 Cuando sus pisadas mira,
 Y las lágrimas aumenta,
 Y de vergüenza y de ira
 Solloza y casi revienta.
 Cual si le fueran cortadas
 Entrambas piernas, cayó,
 Y besando las pisadas
 De su Señor, las dejó
 Con sus lágrimas bañadas.
 Si antes de esto no las viera,
 No hubiera andado tras ellas,
 Aunque en confusa carrera,
 El olor divino dellas
 A conocérselas diera.
 « Si de tu gracia, decía,
 Que perdi, me quedó tanto,
 Que la tierra que oprimia,
 Rey del cielo, tu pié santo
 Toque yo por suerte mia;
 Ya que mi dolor no baste
 Para que merezca verte,
 Si en algun tiempo me amaste,
 Haz que me tome la muerte
 En la tierra que pisaste,
 Pisadas santas, aquí
 Impresas, del Rey sin par,
 Que os subieron sobre sí
 Las estrellas en la mar,
 Como en este suelo vi.
 Y adonde otros se hundian,
 Siguiendoos, libre pasé
 Las veces que lo querian,
 Porque debajo del pié
 Las aguas se endurecian.
 ¡Quien viera sin rostro triste
 El poco amparo y abrigo
 Que de los doce tuviste,
 Que para vivir contigo
 Entre todos escogiste!
 Cuando tu afliccion se entiende,
 Los diez te se van por pies,
 Otro al mal pueblo te vende,
 Otro te niega, y este es

Quien mas que todos te ofende.
 ¿Quién sufrirá que descienda
 Sobre si el hierre cruel,
 Sin que el débil brazo extienda,
 Y aunque á gran costa de él,
 La cabeza se defiende?
 Siendo pues cabeza fuerte
 Tú, y nosotros miembros de ella,
 Viendo llevarte á la muerte,
 Debiéramos hasta ella
 Ponernos á defenderte.
 La sombra, á los malhechores
 Amiga, se iba apartando.
 La aurora con mil temblores
 Salía del mar, derramando
 Lágrimas en vez de flores,
 Triste el rostro, sin consuelo,
 De terrestre humor manchado,
 Y aquel cabello que el cielo
 Suele mostrar sonrosado,
 Envuelto en un negro velo.
 El sol tras ella venía,
 Como persona llevada
 Por fuerza á do no quería;
 Su claridad olvidada,
 Los celajes no rompía;
 Tristes las lumbres divinas,
 Y padeciendo desmayos,

Juzgó sus sienes indinas
 De la corona de rayos,
 Teniéndola Dios de espaldas.
 Estaban los aires graves
 Con una niebla inhumana,
 Y las avezadas aves
 A saludar la mañana
 Con sus cantos tan suaves,
 Tristes callando en sus nidos,
 Su desconsuelo mostraban,
 Y en sus cuevas escondidos,
 Los buhos se querellaban,
 Los lobos daban aullidos.
 Sintió Pedro con el día
 Su gran vergüenza crecer.
 Que, aunque está sin compañía
 De quien la pueda tener,
 De si mismo la tenía;
 Que si el magnánimo yerra,
 Lo ha de mostrar en la frente,
 Si en mil cavernas se encierra,
 Y si solo ve presente
 En su culpa cielo y tierra.

LUIS GALVEZ DE MONTALVO.—*Primera parte del Tesoro de divina
 poesia*, etc., recopilado por Esteban de Villalobos.—Toledo,
 1587; en 4.º

GLOSAS, ODAS, CANCIONES

Y OTRAS POESIAS DE ARTE MAYOR.

669.

OCTAVA.

En loca vanidad pompa engañada,
 Que en tantos males de su bien redundada,
 Funda el hombre su vida mal fundada,
 Sin que su fundamento le confunda.
 Fundose el hombre de la misma nada.
 Condenado á morir. Pues ¿en qué funda
 Ser hombre, si es mortal; polvo, si es viento;
 Si viento nada, y nada el fundamento?

LOPE DE VEGA.—*Rimas sacras*, fol. 66.

670.

LAS COPLAS DE DON JORGE MANRIQUE.

I.

Recuerde el alma dormida,
 Avive el seso y despierte,
 Contemplando
 Cómo se pasa la vida,
 Cómo se viene la muerte
 Tan callando;
 Cuán presto se va el placer,
 Cómo después de acordado
 Da dolor;
 Cómo, á nuestro parecer,
 Cualquiera tiempo pasado
 Fué mejor.

II.

Pues que vemos lo presente,
 Que en un punto se es ido
 Y acabado,
 Si juzgamos sabiamente,
 Darémos lo no venido
 Por pasado.

No se engañe nadie, no,
 Pensando que ha de durar
 Lo que espera
 Mas que duró lo que vió,
 Pues que todo ha de pasar
 De tal manera.

III.

Nuestras vidas son los ríos,
 Que van á dar en la mar,
 Que es el morir;
 Allí van los señorios
 Derechos á se acabar
 Y consumir.
 Allí los ríos caudales,
 Allí los otros medianos
 Y muy chicos,
 Allegados son iguales.
 Los que viven por sus manos
 Y los ricos.

IV.

Dejo las invocaciones
 De los famosos poetas
 Y oradores;
 No curo de sus ficciones;
 Que traen yerbas secretas
 Sus sabores.
 Aquel solo me encomiendo,
 Aquel solo invoco yo
 De verdad,
 Que en este mundo viviendo,
 El mundo no conoció
 Su deidad.

V.

Este mundo es el camino
 Para el otro, que es morada
 Sin pesar;

Mas cumple tener buen tino
Para andar esta jornada
Sin errar.
Partimos cuando nacemos,
Andamos cuando vivimos,
Y llegamos
Al tiempo que fenecemos;
Así que, cuando morimos,
Descansamos.

VI.

Este mundo bueno fué,
Si bien usaremos dél,
Como debemos;
Porque, según nuestra fe,
Es para ganar aquel
Que atendemos;
Y aun aquel Hijo de Dios
Para subirnos al cielo
Decendió
A nacer acá entre nos
Y vivir en este suelo,
Do murió.

VII.

Si fuese en nuestro poder
Tornar la cara hermosa
Corporal,
Como podemos hacer
El ánima gloriosa,
Angelical,
¡Qué diligencia tan viva
Tuvieramos toda hora,
Y tan presta,
En componer la cautiva,
Y dejando la señora
Descompuesta!

VIII.

Ved de cuán poco valor
Son las cosas tras que andamos
Y corremos,
Que en este mundo traidor,
Aunque primero muramos,
Las perdemos.
Dellas deshacen la edad,
Dellas casos desastrosos
Que acaecen;
Dellas, por su calidad,
En los mas altos estrados
Desfallecen.

IX.

Decidme : la hermosura,
La gentil frescura y tez
De la cara,
La color y la blancura,
Cuando viene la vejez,
¿Cuál se para?
Las mañas y ligereza
Y la fuerza corporal
De juventud,
Todo se torna graveza
Cuando llega al arrabal
De senectud.

X.

Pues la sangre de los godos,
Y el linaje y la nobleza
Tan crecida,
¡Por cuántas vías y modos
Se sume su grande alteza
En esta vida!
Unos, por poco valer,
Por cuán bajos y abatidos
Que los tienen;
Otros que, por no tener
En sí oficios no debidos,
Se mantienen.

XI.

Los estados y riquezas,

Que nos dejan á deshora
¿Quién lo duda?
No les pidamos firmeza,
Pues que son de una señora
Que se muda;
Que bienes son de fortuna,
Que se mueven en su rueda
Presurosa,
La cual no puede ser una,
Ni estar estable ni queda
En una cosa.

XII.

Pero digo que acompañen
Y lleguen hasta la huesa
Con su dueño;
Por eso no nos engañen,
Que se va la vida apriesa,
Como sueño.
Y los deleites de acá
Son, en quien nos deleitamos,
Temporales,
Y los tormentos de allá,
Que por ellos esperamos,
Eternales.

XIII.

Los placeres y dulzores
Desta vida trabajada
Que tenemos,
¿Qué son sino corredores,
Y la muerte, la celada
En que caemos?
No mirando á nuestros daños,
Corremos á rienda suelta,
Sin parar;
Cuando vemos el engaño,
Y queremos dar la vuelta,
No hay lugar,

XIV.

Esos reyes poderosos,
Que vemos por escrituras
Ya pasadas,
Por casos tristes, llorosos,
Fueron sus buenas venturas
Trastornadas.
Así que, no hay cosa fuerte
A papas ni emperadores
Ni prelados;
Que así los trata la muerte
Como á los pobres pastores
De ganados.

XV.

Dejemos á los troyanos,
Que sus males no los vimos,
Ni sus glorias;
Dejemos á los romanos,
Aunque oigamos y leamos
Sus historias.
No curemos de saber
Lo de aquel siglo pasado
Qué fué dello;
Vengamos á lo de ayer,
Que también es olvidado,
Como aquello.

XVI.

¿Qué se hizo el rey don Juan?
Los infantes de Aragón
¿Qué se hicieron?
¿Qué fué de tanto galán?
¿Qué fué de tanta invención
Como trujeron?
Las justas y los torneos,
Paramentos, bordaduras
Y cimeras,
¿Qué fueron si devaneos,
¿Qué fueron sino verduras
De las eras?

XVII.

¿Qué se hicieron las damas,
Sus tocados, sus vestidos,
Sus colores?
¿Qué se hicieron las llamas
De los fuegos encendidos
De amadores?
¿Qué se hizo aquel trovar
De músicas acordadas
Que tañían?
¿Qué se hizo aquel danzar,
Aquellas ropas chapadas
Que traían?

XVIII.

Pues el otro, su heredero,
Don Enrique, ¿qué poderes
Alcanzaba!
¿Cuán blando, cuán halagüeño
El mundo y sus placeres
Se le daba!
Mas verás cuán enemigo,
Cuán contrario, cuán cruel
Se le mostró;
Habiéndole sido amigo,
Cuán poco duró con él
Lo que le dió.

XIX.

Las dádivas desmedidas,
Los edificios reales
Llenos de oro,
Las vajillas tan subidas,
Los enriques y los reales
Del tesoro.
Los jaeces y caballos
De sus gentes, y atavíos
Tan sobrados,
¿Dónde iremos á buscarlos?
¿Qué fueron sino rocíos
De sus prados?

XX.

Pues su hermano, el Inocente,
Que en su vida sucesor
Se llamó,
¿Qué corte tan excelente
Tuvo y cuán gran señor
Que le siguió!
Mas, como fuese mortal,
Metiólo la muerte luego
En su fragua.
¿Oh juicio divinal,
Cuando mas ardía el fuego
Echaste el agua!

XXI.

Pues aquel gran Condestable,
Maestre, que conocimos
Tan privado,
No cumple que dél se hable,
Sino solo que le vimos
Degollado.
Sus infinitos tesoros,
Sus villas y sus lugares,
Y mandar,
¿Qué le fueron sino lloros?
¿Fueronle sino pesares
Al dejar?

XXII.

Pues los otros dos hermanos
Maestres, tan prosperados
Como reyes,
Que á los grandes y medianos
Trajeron tan sojuzgados
A sus leyes;
Aquella prosperidad,
Que tan alta fué subida
Y ensalzada,
¿Qué fué sino claridad,

Que, estando mas encendida,
Fué matada?

XXIII.

Tantos duques excelentes,
Tantos marqueses y condes
Y barones,
Como vimos tan potentes,
Di, Muerte, ¿dó los escondes
Y traspones?
¿Y sus muy claras hazañas,
Que hicieron en las guerras
Y en las paces?
Cuando tú, cruel, te ensañas,
Con tu fuerza los atieerras
Y deshaces.

XXIV.

Las huestes innumerables,
Los pendones y estandartes
Y banderas,
Los castillos impugnables,
Los muros y baluartes
Y barreras,
La cava honda y chapada,
O cualquier otro reparo,
¿Qué aprovecha?
Que si tú vienes airada,
Todo lo pasas de claro
Con tu flecha.

XXV.

Es tu comienzo lloroso,
Tu salida siempre amarga,
Y nunca buena;
Lo de enmedio trabajoso,
Y á quien le das vida larga
Le das pena.
Vanse los bienes, muriendo,
Y con sudor se procuran
Y los das;
Los males vienen corriendo,
Y despues que mucho duran,
Matan mas.

XXVI.

¿Oh mundo! Pues que nos matas,
Fuera la vida que diste,
Toda vía;
Mas, segun acá nos tratas,
Lo mejor y menos triste
Es la partida.
De tu vida tan cubierta
De males y de dolores
Tan poblada,
De los bienes tan desierta,
De placeres y dulzores
Despoblada.

Las anteriores coplas del famoso poeta don JORGE MANRIQUE fueron impresas en el *Cancionero general*, Sevilla, 1555, al fol. 201, y en otras varias obras.

Hubo varios glosadores á ellas, y lo fueron:

El primero, Francisco de Guzman, de que se hicieron dos impresiones, al fin de los *Proverbios* de don Íñigo Lopez de Mendoza, marqués de Santillana, y de las coplas de Mingo Revulgo. — La primera en casa de la viuda de Martin Nucio, en Ambéres, en el año de 1558, y la segunda allí, en 1594; ambas en 16.º, con este título: *Glosa sobre la obra que hizo don Jorge Manrique á la muerte del maestre de Santiago don Rodrigo Manrique, su padre, dirigida á la muy alta y muy esclarecida y cristianísima princesa doña Leonor, reina de Francia, con otro romance y su glosa.*

El segundo glosador es el padre don Rodrigo de Valdepeñas, religioso de la Cartuja y prior del monasterio del Paular. — Se imprimió esta glosa en Sevilla, en casa de Alonso Picardo, impresor de libros, año de 1577, en 12.º, con el siguiente título: *Coplas de Jorge Manrique, con una glosa muy devota y cristiana de un religioso de la Cartuja. Va juntamente un caso memorable de la conversión de una dama. Asimismo las Cartas de refranes de Blasco de Garay, racionero de la santa iglesia de Toledo, con un diálogo entre el Amor y un caballero, compuesto por Rodrigo Cota.* En 1594 se hicieron otras dos ediciones, también en 12.º, en Madrid, por Juan

de la Cuesta. Contienen ambas lo que la antecedente: y *asimismo va ahora nuevamente añadida la glosa de Mingo Revulgo.*

El tercer glosador es el proto-notario Luis Pérez; se imprimió en Valladolid, en casa de Sebastián Martínez, año de 1569, en 4.º, y en Medina del Campo, por Francisco del Canto, en 1574, en 8.º

El cuarto glosador es el licenciado Alonso de Cervantes, corregidor que fué en la villa de Burguillos, quien hizo su glosa hallándose en el reino de Portugal, despojado, como él mismo dice, por ajenos y extraños yerros y excesos, de todos los bienes que fortuna por peregrinación desta trabajosa vida nos constituye, y ya puesto por espacio de cuatro años con penoso y pobre destierro en aquel reino.—Salíó á luz con el título de *Glosa famosísima*, en un tomo en 4.º, de letra que llaman vulgarmente de Tórtis; cuya edición facilitó el señor don Gregorio Mayans y Siscar, etc., de su copiosa librería, al editor de los cuatro glosadores anteriores; impresa en Madrid por don Antonio Sancha, año de 1779, en 8.º mayor. Dicho editor juzgó que la edición de la glosa hecha por el licenciado Alonso de Cervantes, que no lleva señal del lugar ni año de su impresión, se haría en Valladolid antes del año de 1552, puesto que Luis de Aranda, vecino de la ciudad de Ubeda, publicó en prosa una *Glosa de moral sentido á las famosas y muy excelentes coplas de don Jorge Manrique*, en un tomo en 4.º, de carácter muy semejante al antecedente de la glosa de Cervantes. Aunque tampoco se pone el año de la impresión, el privilegio para ella es de 10 de abril de 1552. El lugar y el nombre del impresor se leen al fin en estos versos:

Aquí se acaba la glosa,
Qu'es de sentido moral,
Hecha en elegante prosa,
Util y muy provechosa,
Con privilegio real.

En Valladolid imprimida,
A su costa del autor,
Por él mesmo corregida;
De la oficina salida
De Córdoba el impresor.

No se incluyó en dicha edición de Madrid de 1779 la *Glosa que hizo el buen poeta Gregorio Silvestre á las coplas de don Jorge Manrique*; y no queriendo privar al lector de tan rara composición, la reproducimos en seguida.

671.

GLOSA SOBRE LAS COPLAS DE DON JORGE MANRIQUE.

Por su culpa y mal gobierno
Está el hombre tan dormido,
Que enciende con el ronquido
Las llamas del fuego eterno,
Y no alcanza, de perdido,
Que hay Dios, y Dios ofendido;
Que hay justicia y que hay infierno;
Que es un paso aquesta vida,
Y el punto della es la muerte,
Sin el cuándo;
Recuerde el alma dormida,
Avive el seso y dispierte,
Contemplando.
Siempre se ha de contemplar
Cuán presto pasa el pecado,
Y la pena del culpado
Para siempre ha de durar,
Y el siempre desventurado
Ha de ser atormentado
Siempre, siempre, sin cesar.
Notemos esta partida,
Pensando en el caso fuerte,
Meditando
Cómo se pasa la vida,
Cómo se viene la muerte
Tan callando.

¿Puede ser mayor afrenta
Que del mando y señorío
Que os dió en el libre albedrío,
Deis á Dios tan mala cuenta,
Y pudiendo dar desvío,
Dejéis perder el navío
En medio de la tormenta?
No acabamos de entender,

En el mas subido estado
O el menor

Cuán presto se va el placer,
Cómo después de acordado
Da dolor.

Dices que te enmendarás;
Remedio tan importante
En vida que es un instante,
¿Por qué lo dilatas mas?
Y no alcanzas, de ignorante,
Que irlo esperando adelante,
Es yerro dejarlo atrás.
Y á nuestra cuenta ha de ser
Siempre lo que no ha llegado
Lo peor,

Como, á nuestro parecer,
Cualquiera tiempo pasado
Fué mejor.

¿Qué podemos esperar,
Viendo aquestos tiempos tres?
Que lo que fué ya no es,
Y lo que es no ha de durar,
Ni lo que será después,
Porque con todo ha de dar
La triste muerte al través.
En lo eterno y permanente
Pongamos todo el sentido
Y el cuidado,
Pues que vemos lo presente
Cuán en un punto se es ido
Y acabado.

Por bien que dure el vivir,
No hay en él cosa que ver;
Lo que fué es lo que ha de ser,
Nacer, vivir y morir;
Y el mundo en el proceder
Es un entrar y salir,
Para tornar á volver.
Y pues tenemos presente
Con lo que es lo que no ha sido,
Y lo olvidado,
Si juzgamos sabiamente,
Darémos lo no venido
Por pasado.

Ahora, que Dios la da,
Enmendémonos con hora,
Porque no falte á deshora
La muerte á ninguno ya;
Esperarla á cualquier hora,
Ahora, ahora verná;
Que el vivir no es mas de ahora.
Pues que Dios no limitó
Hora, tiempo ni lugar
Ni manera,
No se engañe nadie, no,
Pensando que ha de durar
Lo que espera.

No entendemos ni miramos
Lo que Dios tiene ordenado,
Ni la pena del pecado
Ni la muerte que heredamos,
Y como su brazo airado
Da siempre al mas descuidado,
Y es porque todos lo estamos.
Y ninguno ignora, no,
Que es imposible alargar
La carrera
Mas que duró lo que vió,
Pues que todo ha de pasar
Por tal manera.

Las corrientes de aguas vivas
Por mineros celestiales
Se hacen rios caudales
Para las almas cautivas,
Do se lavan, y son tales,
Que buscan manantiales
De nuestras aguas lascivas.
Por fuentes de desvarios,
Por arroyos de pecar
Y mal vivir,
Nuestras vidas son los rios,
Que van á dar en la mar,

Que es el morir.

¿En qué paramos ahora?
¿Hay cosa que desconcierte
Aquesa furiosa suerte,
Que el que ríe y el que llora,
El mas flaco y el mas fuerte
Han de pasar por la muerte
Cuando llegare su hora?
No valen allí desvíos,
Las riquezas ni el mandar
Ni el presumir;
*Alla van los señorios
Derechos á se acabar
Y consumir.*

Mármol frío, dura nieve,
Centella viva en pecar,
Deja tu alma bañar
Del bien que del cielo llueve,
Porque triunfes al pasar
Por la muerte, que es la mar,
Que todas las aguas bebe.
Allá tienen sus finales
Fuentes, lagos y pantanos
Y arroyicos,
*Allí los ríos caudales,
Y los otros mas medianos
Y los chicos.*

Grande, rico, flaco y fuerte,
Desnudos de una manera,
Comienzan esta carrera,
Ya que varíen la suerte;
Se vuelven á la primera
En llegando su ribera
Al piélago de la muerte.
Los cetos imperiales,
Montes, sierras, riscos, llanos,
Vallecicos,
*En llegando sus iguales,
Los que viven por sus manos
Y los ricos.*

A ti, mi Dios y Señor,
Esta mi obra se aplica,
Porque en ti se hará rica
Y subida de color,
Y lo que en mí falta implica,
Tu gracia lo purifica,
Lo afina y le da valor.
Sean destos mis renglones
Los santos y sus profetas
Valedores;
*Dejo las invocaciones
De los famosos poetas
Y oradores.*

Para mis obras imploro
Pureza en el corazón,
Humildad y devoción,
Arrepentimiento y lloro,
No soberbia ni hinchazón
Ni poetificación,
Que es ponzoña en vaso de oro.
Van as consideraciones,
Policias indiscretas,
Sin primores;
*No curo de sus ficciones;
Que traen yerbas secretas
Sus sabores.*

Aquel Poeta sin par,
El celestial Orador.
Sin cuya gracia y favor
No se puede bien obrar,
Y el que le sirve mejor
Sabe mas, y sin su amor
No hay saber, todo es errar.
A aquel que, solo queriendo,
Todas las cosas obró
Su voluntad,
*A aquel solo me encomiendo,
A aquel solo invoco yo
De verdad.*

Pintó Dios nuestra figura
Por la suya al natural,
Y el hombre quiso ser tal,

Que le borró la hechura;
Bajó el Pintor celestial
En esta vida mortal
A rehacer su pintura.
Y aunque así bajó muriendo,
Nuestra culpa nos causó
Tal ceguedad,
*Que en este mundo viviendo,
El mundo no conoció
Su deidad.*

Dime, pecador, ¿qué es esto?
¿Tú, que caminando vas,
Y estando ya, como estás,
Para descansar muy presto,
Sin término y sin compás
Querrias volverte atrás
O nunca llegar al puesto?
Sabe que eres peregrino,
Y en carrera despoblada
No hay parar;
*Este mundo es el camino
Para el otro, que es morada
Sin pesar.*

Alma, do tanto bien cabe,
Mira do pones los piés;
No camines al revés
Contra quien todo lo sabe,
Que tu camino Dios es,
Y el premio para despues
Que tu caminar se acabe.
El mismo á salvarte vino,
Y á ser tu guía y posada
Y tu manjar;
*Mas cumple tener buen tino
Para andar esta jornada
Sin errar.*

Vuela como pensamiento
Aquesta vida de paso,
Y vamos, paso á paso,
Haciendo torres de viento;
Y es un tránsito y un paso,
Que cuando llegan al paso,
Ha sido todo un momento.
Al cielo, que pretendemos,
O al infierno, que adquirimos
Si pecamos,
*Partimos cuando nacemos,
Andamos mientras vivimos,
Y llegamos.*

Llegamos de tal manera,
Como quien parte llorando
Y camina suspirando,
Sin parar en la carrera,
Y cayendo y levantando,
Al cielo llega temblando
De temor de quien le espera.
Esta vida pretendemos,
Este es el bien que tuvimos
Y dejamos
*Al tiempo que fenescemos;
Así que, cuando morimos,
Descansamos.*

Vos con aquel, yo con vos,
Nuestros yerros desculpamos;
Que con culpa heredamos
Las excusas de los dos,
Y las cosas que acusamos
Es porque de ellas no usamos
Al fin que las hizo Dios.
Asentemos llano el pié;
Que aunque de falso y cruel
Lo culpemos,
*Este mundo bueno fué,
Si bien usaremos del,
Como debemos.*

Como Adán con la mujer,
Y Eva con la serpiente,
Se piensa el hombre imprudente
Con el mundo defender;
Pero ni mira ni siente
Que nos da el inconveniente
Materia de merecer.

Y en culparlo sin por qué,
A nosotros, y no á él,
Ofendemos;
*Porque, según nuestra fe,
Es para ganar aquel
Que atendemos.*

No te altives, pecador;
Hámillate, y subirás;
Que en el reino donde vas,
Al menor hacen mayor;
Y si quieres correr mas,
Has de dar pasos atrás,
Y así correrás mejor.
Para remedio de nos
La Virgen en este suelo
Se humilló,
*Y aun aquel Hijo de Dios
Para subirnos al cielo
Descendió.*

Envío Dios á su amado,
Y vino en forma el Señor
De traje de pecador,
A destruir el pecado;
Fué grande exceso de amor
El que hizo el Redentor,
Padecer como culpado.
Alma, contempladlo vos;
Que el Fabricador del cielo
Descendió
*A nacer acá entre nos
Y vivir en este suelo,
Do murió.*

No sabemos entendellas,
Pues tanto las estimamos,
Estas cosas que tratamos,
Que juega el tiempo con ellas;
Y cuando no nos catamos,
Pasado el tiempo, quedamos
Con solo el retinte dellas.
Todo el mundo y su ventura,
Sus estados, honra y prez,
¿En qué para,
*Decídme, la hermosa,
La gentil frescura y tez
De la cara?*

Ventura, á quien se atribuye
El fin de nuestra porfía,
Como madrastra desvia
Lo que como madre influye;
Y las cosas que nos guía,
Con una mano las cria,
Y á dos manos las destruye.
La gracia y buena postura,
La deseada niñez,
Dulce y cara,
*La color y la blancura,
Cuando viene la vejez,
¿Cuál se para?*

Alma, despierta del sueño;
Todo el bien que gozo aquí,
Dios lo depositó en ti,
Por lo que estrago y empeño.
¿Qué cuenta le daré, di,
De haberlo tratado así
En desgracia de su dueño?
Don es de naturaleza,
El don de vida especial,
La salud,
*Las mañas y ligereza
Y la fuerza corporal
De juventud.*

Con falta de entendimiento
Y sobra de indiscreción
Andan los que mozos son,
Hechos molinos de viento
Por la inconsideración
Que aquella disposición
Y la vida es un momento.
Y su industria y su destreza,
Y el húmido radical,
Y la virtud,
Todo se torna graveza

*Cuando llega al arrabal
De senectud.*

Quien hermosa desea,
Hallarla así la procura,
La gracia y la hermosura,
Que su pecado le afea;
Guarde la sacra Escritura,
Que es ungüento y hermosura,
Que todo lo hermo sea.
¿Dejáramos de hacer
Cosa alguna artificiosa
O natural,
*Si fuera en nuestro poder
Tornar la cara hermosa
Corporal?*

Para irnos componiendo
No nos basta no pecar;
Ejemplo habemos de dar,
Bien hablando y bien haciendo.
Resplandezca el bien obrar;
Porque, quien ha de alumbrar,
Por fuerza ha de estar ardiendo.
Este es el mayor saber,
La manera mas preciosa
Y principal,
*Como podrémos hacer
El ánima gloriosa,
Angelical.*

Deste mal enferma y muere
Nuestro apetito ligero,
Que quiere un Dios á su fuero,
Hecho como él lo quisiere;
Y así, como nuevo espero
Que haga Dios lo que quiero,
Sin hacer yo lo que él quiere.
Si dispusiese allá arriba
Todo lo que el hombre implora
En su requesta,
*¿Qué diligencia tan viva
Tendríamos cada hora,
Y cuán presta!*

Esta es nuestra ceguedad,
Esta es nuestra perdición,
Que tenga jurisdicción
La flaca sensualidad,
Con tanta disolución,
Que obedece la razón
Y manda la voluntad.
La ley se altera y esquivá,
Y nuestro ser se desdora
Y se molesta
*En componer la captiva
Y dejar á la señora
Descompuesta.*

La miseria es infinita,
Que de nuestras culpas mana,
Y el bien desta vida humana,
Antes que venga, se quita;
Floresce por la mañana,
Al mediodía está ufana
Y á la tarde se marchita.
Hoja ni fruta ni flor,
De todo cuanto gozamos,
No tenemos.
*Ved de cuán poco valor
Son las cosas tras que andamos
Y corremos.*

Si quieres enriquecer,
¿Qué congoja es procurar!
Qué tormento es conservar!
Qué cuidado es poseer!
Y si hay algo que gustar,
Es para mayor pesar
Cuando se viene á perder.
Añádese otro dolor
En las cosas que buscamos
Y queremos:
*Que en este mundo traidor
Aun primero que muramos,
Las perdemos.*

Las plantas de aqueste suelo,
La que en pura tierra prende,

De cualquier aire se ofende
Y la quema cualquier hielo;
Solamente se defiende
Aquel árbol que pretende
Hacer fruto para el cielo;
Que en esta fragilidad,
Las cosas que en mas estados
Prevalecen,
*Dellas deshace la edad,
Dellas casos desastrosos,
Que acasecen.*

Son estos triunfos humanos
De tan liviano accidente,
Que el aire, aunque no se siente,
Se los lleva, de livianos,
Porque nacen de una fuente;
Que es su ser naturalmente
Deslizarse entre las manos.
Dellos por enfermedad,
Por casos nunca pensados
Desparecen;
*Otros por su calidad
En los mas altos estados
Desfallecen.*

¿Préciasse de gran linaje?
No sé en qué está este valor.
¿Naciste de otro color,
De otro ser, de otro lenguaje?
¿Eres mayor ó menor,
Corres ó saltas mejor,
O viste otro plumaje?
Sepamos ahora todos,
¿Es otra naturaleza
Dividida,
*Pues, la sangre de los godos,
El linaje y la nobleza
Conocida?*

Si quieres linaje honrado
Por armas y por blason,
Has de tener la pasión
De Cristo crucificado;
Puedes tener presunción
Que es tu regeneración
La sangre de su costado.
Mirad los que andais beodos
En linaje y en riqueza
Desmedida,
*Por cuántas vías y modos
Se sume su grande alteza
En esta vida.*

En la guerra de los hados
Las humanas hinchazones
Tienen todos sus pendones
A la fortuna postrados;
Que con varias ocasiones
Acaban sus presunciones
Y destruyen sus estados.
Cuales, por mas no poder,
Cuales, por mal entendidos,
No se avienen;
*Unos por poco valer,
Por cuán bajos y abatidos
Que los tienen.*

Si á una nao que va en bonanza,
Y cuando va mas contenta,
Desbarata una tormenta
Las velas de su pujanza,
¿Cuál está triste y lamenta!
Cuál se pierde en el afrenta,
Y cuál á la mar se lanza!
Los unos, por no caer,
Con trabajosos partidos
Se entretienen;
*Otros, por poco tener,
En oficios no debidos
Se sostienen.*

Pecador protervo y duro,
¿Por qué quieres baratar
Por un placer al quitar
Cien mil tormentos de juro?
Que tal se puede llamar
El que tengo de dejar

Cuando mas estoy seguro.
Si nuestra naturaleza
Nos deshace de hora en hora,
Y es tan cruda,
*Los placeres y riqueza
Que nos dejen á deshora,
¿Quién lo duda?*
Si en esto engañado voy,
Tú mismo lo puedes ver,
Pues lo que hoy tienes de ayer,
Mañana lo ternás de hoy;
Comienza á desenvolver
Qué fui y qué tengo de ser;
Pregúntate á ti, ¿qué soy?
Y á la honra y la grandeza,
Y al metal que así nos dora
Y nos desnuda,
*No le pidamos firmeza,
Porque son de una señora
Que se muda.*

Pasar mal parece ser
Mejor, pues se ha de acabar;
Que el bien perdido es pesar,
Y el mal pasado es placer;
Mas, cuando no ha de durar,
Ni puede el bien alegrar
Ni el mal debe entristecer,
No dé gloria ó pena alguna
La vida, próspera ó leda
O trabajosa;
*Que bienes son de fortuna,
Que revuelve con su rueda
Presurosa.*

Fortuna es burla burlada;
Nosotros ya idolatramos,
Pues que triunfar nos dejamos
De una cosa que en sí es nada;
De ocasiones la criamos,
Y como desvariamos,
Es cosa desvariada.
Las estrellas y la luna
Y el tiempo vuelve su rueda
Hazañosa,
*La cual no puede ser una,
Estar estable ni queda
En una cosa.*

Es su constancia tan poca,
Van sus dones tan sin arte,
Que sin seso los reparte,
Y los rige como loca,
Porque no puedas gozarte,
Aunque sin todo ó sin parte
Te venga á pedir de boca.
No solo, aunque nos engañen
Sus obras y su promesa,
Como en sueño,
*Pero digo que acompañen
Y lleguen hasta la huesa
Con su dueño.*

Otra ventura mas alta
Nos tiene Dios prometida;
No hinche aquesta medida,
Mientras mas viene mas falta,
Ni tiene gloria cumplida.
La voluntad desmedida
De un extremo en otro salta;
Y aunque sus bienes no dañen,
Ni gustemos, siendo aviesa,
Su befeño,
*Por eso no nos engañen;
Que se va la vida apriesa,
Como sueño.*

¿En cuya oreja no suena,
A quien acordarse oía,
De aquella voz temerosa
Que nos salva ó nos condena;
A la alta virtuosa,
«Vén conmigo, dulce esposa,»
Y á la otra, «Vé á la pena?»
Y son las penas de allá,
Las cuales nunca veamos,
Eternales,

*Y los deleites de acá
Son, en que nos deleitamos,
Temporales.*

Un Dios de tan alto ser
Y de tanta perfeccion,
Y el principal galardón
Por quien es, se ha de querer
Por la grande obligacion
Que nos puso en la aficion
Con que vino á padecer;
Como humo que se va
Son las cosas que gozamos,
Sensuales.

*Y los tormentos de allá,
Que por ellos esperamos,
Eternales.*

¿Puede ser mayor dureza
Que quiera el hombre mortal
En el misero hospital
Hallar salud y riqueza,
Sabiendo que el mundo es tal
Que tiene todo el caudal
En pesares y en tristeza?
Disgustos son y amargores,
Con la gloria deseada
Que atendemos,
*Los placeres y dulzores
Esta vida trabajosa
Que tenemos.*

Todo es batalla y reyerta
Dende que el hombre se cria,
Dentro en guerra y batería
Y enemigos á la puerta,
Y la muerte cada día
Nos atalaya y espía,
Que está puesta en encubierta.
Las riquezas, los favores,
Esta honra barnizada
Que tenemos,
*¿Qué son sino corredores?
Y la muerte es la celada
En que caemos.*

Aqueste cuerpo terreno
Todo está contaminado,
Y el apetito dañado
Lo malo tiene por bueno,
Porque al bien guisa el pecado
Muy agro y muy desgraciado,
Y muy gustoso al veneno.
Promete vida su daño
Toda en placeres envuelta
Y en triunfar;
*No cayendo en este engaño,
Corremos á rienda suelta
Sin parar.*

Alcáncese el pecador
Antes que el mundo le alcance,
Y no aguarde al postrer lance,
Cuando se seca la flor.
Entienda bien el romance;
No piense de hacer lance,
Y se pierda en el primor.
De un año para otro año
Libramos y damos suelta
Al bien obrar;
*Cuando vemos el engaño,
Y queremos dar la vuelta,
No hay lugar.*

Todo este mundo fenece,
Porque todo es temporal,
Hasta la forma inmortal
Por tiempo también perece.
No nos queda otro caudal;
Solo el nunca hacer mal
Y el bien obrar permanece.
Testigos son valerosos
De nuestras desaventuras
Olvidadas

*Aquiesce reyes famosos
Que vemos por escrituras
Ya pasadas.*

No sé quién no se apareja

Para el eternal asiento;
Que esta vida de tormento
Luego se torna conseja,
Y todo su fundamento
Primero sirve de cuento
Y despues de historia vieja.
Famosos y no famosos,
Con hazañas y escrituras
Celebradas,
*Por casos tristes, llorosos,
Fueron sus buenas venturas
Trastornadas.*

Y es el mal, que esta sentencia
Igualmente á todos toca,
No se excluye ni revoca
Por ninguna preeminencia;
Todo se allana y se apoca
Delante de su presencia.
A todos se da la suerte,
Chicos, grandes y menores,
Por sus grados;
*Así que no hay casa fuerte
A papas y emperadores
Y prelados.*

Siendo de una calidad
Todo cuanto toca al ser,
Todo ha de corresponder
En una misma igualdad;
Lo que vemos exceder
Se hace con el poder
Que tiene la vanidad;
Mas vence en fin la mas fuerte,
Y á papas y emperadores
Y prelados
*Así los trata la muerte
Como á los pobres pastores
De ganados.*

¿Qué te piensas persuadir,
Cuando si algún muerto ves,
Dices que fué algún revés,
O no se supo regir?
¿No entiendes, pecador, pues
Que, siendo como aquel es,
Como aquel has de morir?
Pues la muerte está entre manos,
Y entre nosotros sentimos
Sus historias,
*Dejemos á los troyanos;
Que sus males no los vimos
Ni sus glorias.*

En estos nos acontece
Lo que suele al que camina
A escuras, y determina
Lumbre que lejos parece,
Que se ve muy mas ahina
Lo que á ellos se avecina
Que lo que lejos se ofrece.
Tratemos de los cercanos,
Que todas sus cosas vimos
Muy notorias;
*Dejemos á los romanos,
Aunque oímos y leímos
Sus historias.*

Andas á buscar patrañas,
Lo que pretendes, no sé;
¿De qué sirve ó para qué
Recitar viejas hazañas?
Pecas sin decir *Pequé*,
Y aquello que fué ó no fué
De raíz lo desentrañas;
Lo que nos ha de valer
Estudiemos con cuidado
De sabello;
*No curemos de saber
Lo de aquel tiempo pasado
Qué fué dello.*

Que si por lo sucedido
Queremos ir discurriendo,
Lo veremos ir cubriendo
Con las nubes del olvido;
Mientras se está poseyendo
Se pasa, y es, en no siendo,

Como si no hubiese sido.
Y para bien entender
Que el largo discurso ha dado
Cabo dello,
Vengamos á lo de ayer.
Que tambien es olvidado
Como aquello.

¿Quieres vivir en concierto?
Fingete enfermo y caído,
Demandando á Dios partido,
Como quien está ya muerto:
¿Quién no te hubiera ofendido!
Y no pienses que es fingido,
Que mañana será cierto.
Este es el mejor refrán
Que en la humana discrecion
Introdujeron;
¿Qué se hizo el rey don Juan?
Los infantes de Aragon
¿Qué se hicieron?

Cada cual pregunte á ver,
Segun le toca el humor,
Los unos, qué es del amor;
Los otros, qué es del saber;
Los grandes, qué es del valor;
Los medianos, el favor.
Ya no es hoy lo que era ayer;
Y los galanes dirán,
Mirando la presuncion
De los que fueron:
¿Qué fué de tanto galán?
¿Qué fué de tanta invencion
Como trujeron?

No sé cómo no se entiende
La vanidad que traemos;
Si se entiende, y bien la vemos,
Mas la culpa nos ofende;
Que entendiendo no entendemos,
Y queriendo no queremos
Huir del mal que nos prende.
¿De qué sirven los arreos,
Órnatos y composturas
Halagueras,
Las fiestas y los torneos,
Paramentos, bordaduras
Y cimeras?

Sepamos qué es lo que dió,
Y lo que el mundo va dando;
Ave que pasa volando,
Que aun el rastro no dejó;
Corriente que va pasando,
Llama que se va amataando
Y en humo se resolvió.
Sus triunfos y trofeos,
Sus suertes y sus venturas
Mas enteras,
¿Fueron sino devaneos?
¿Qué fueron sino verduras
De las eras?

Vengan las vanas querellas,
Los paramentos pintados,
Los cuidados descuidados
De las dueñas y doncellas.
Pregunto á sus mas amados,
Los que fueron sepultados
En el infierno por ellas;
Los que ardeis en vivas llamas,
Los que estáis siempre en gemidos
Y dolores,
¿Qué se hicieron las damas,
Sus tocados, sus vestidos,
Sus olores?

Cuando la virtud reinaba,
Cierta otras damas habia
Y galanes de valia,
Y otro amor los abrasaba;
Un san Lorenzo que ardía,
Y aquel fuego no sentía,
Con el que en su alma estaba.
Alma, ¿por qué no te inflamas?
¿Oh corazones perdidos
Por amores!

¿Qué se hicieron las llamas
De los fuegos encendidos
De amadores?
¿Qué es de los dulces alientos
De aquellos santos varones,
Cuyas lenguas y razones
Fueron de Dios instrumentos;
La suavidad de canciones,
Sus obras, sus oraciones,
Palabras y pensamientos?
No hay quien los quiera mirar
En aquellas sus sonadas
Que decian:
¿Qué se hizo aquel trovar,
Las músicas acordadas
Que tañian?

Por divina inspiracion
Muchos de humana dolencia
Tuvieron tanta excelencia,
Que bajó Dios á su son;
Despertóles la clemencia
Con cuerdas de penitencia
Y con voces de oracion.
¿Quién las pudo así tocar
Cuando mas desacordadas
Estarian?
¿Qué se hizo aquel danzar,
Aquellas ropas chapadas
Que traian?

Contigo lo quiero haber,
Rey, cualquiera que tú fueres,
¿Ves cuán poderoso eres?
Tan misero te has de ver,
Que no te basten haberes
Ni cuantas gentes tuvieres,
Para poderlos valer.
¿Qué harán cuando no hables,
Cuando del mundo te apartes,
Cuando mueras,
Las huestes innumerables,
Los pendones y estandartes
Y banderas?

El verdadero mandar
Es el buen obedecer,
El vencerse á sí es vencer,
Servir á Dios es reinar;
La virtud es el tener,
Y quien quisiere valer,
Destas armas se ha de armar.
En obras santas loables
Están las fuerzas y artes
Valederas,
Castillos inexpugnables,
Los muros y baluartes
Y barreras.

Con los muros de fe pura,
Con guardas de devocion,
Y con velas de oracion
Y espías de la Escritura,
Por tiros y municion,
Suspiros del corazon,
Estará el alma segura;
Mas si vive descuidada,
Si de fe no hace amparo,
Y se pertrecha,
La cava honda chapada,
O cualquier otro reparo,
¿Qué aprovecha?

Contra tí, penosa muerte,
Tales armas buscar quiero
Que pueda al punto postrero,
Siendo vencido, vencerte
Con un corazon sincero,
Y con ver tu gesto fiero
Defenderme y ofenderte.
La fuerte malla acerada
Y el arnés lucido y claro
¿Qué aprovecha,
Si cuando vienes airada
Todo lo pasas de claro
Con tu flecha?
Cualquiera deseo excede,

No hay contento en ningún ser,
Y es porque nuestro querer
Anda tras lo que no puede;
El imperio y el poder
¿Qué gusto pueden tener,
Si el morir luego sucede?
Muerte, abismo de las gentes,
¿Con qué derribas y escondes
Y traspones
*Tantos duques excelentes,
Tantos marqueses y condes
Y barones?*

Parece que es ignorancia
Hablar ni reprehenderte,
Fingiéndote cruda y fuerte,
Siendo efecto sin sustancia,
Bien que el uso se pervierte;
Mas fingirte desta suerte
Es negocio de importancia.
Consumidora de gentes,
Pregunto, aunque no respondes,
Tantos dones
*Como vimos, tan potentes,
Di, Muerte, ¿dó los escondes
Y los pones?*

Tantos dones valerosos
Como rezan las historias,
Tantos triunfos, tantas glorias,
Tantos reyes poderosos,
Eran al fin transitorias
Sus vidas y sus memorias,
Sus tristezas y sus gozos.
Ya se cuentan por patrañas
Aquel sojuzgar de tierras
Con sus haces,
*Y sus muy claras hazañas,
Que hicieron en las guerras
Y en las paces.*

A ti, Muerte, se atribuye
Este poder; mas es vano,
Porque es poder de la mano
Que todo lo distribuye;
Mas, por ser el mundo insano,
Te dan un brazo tirano
Que los asuela y destruye.
Y así, con crueles mañas
En sus triunfos y en sus guerras
Y en sus paces,
*Cuando tú, cruel, te ensañas,
Con tu fuerza los atiertras
Y deshaces.*

Si el trabajo ó mal pasar
Con el premio se retira,
El que a vos con premio mira,
Buen Jesús, ¿podrá penar?
Descanso es cuando suspira,
Dulzura es cuando respira,
Alegria es su llorar.
Cárgase Dios nuestra carga
Porque en la vía fragosa
Por do vais,
*No se os haga tan amarga
Esta vida trabajosa
Que esperais.*

Muerte será menos fea,
Aunque triste y desigual,
Que el que no fuere cabal
Lo parezca á quien le vea;
Porque al fin ya, mal por mal,
Es bien que si no sois tal,
Deis causa que otro lo sea.
No porque aquesto os descarga,
Mas es mas subida cosa,
Si mirais,
*Pues otra vida mas larga
De fama tan gloriosa
Acá dejais.*

¿Quién pues tras el vicio va,
Sino á la virtud de hecho,
Viendo el daño ó el provecho
Que el uno al otro le da?
El vicio, infamia y despecho,

Y la virtud da de hecho
Honra y gloria acá y allá.
La del cielo es la mejor,
Y estotra mas principal
Por primera,
*Aunque esta vida de honor
Tampoco no es eternal
Ni duradera.*

Y no se ha de pretender,
Pues solo Dios se ha de amar,
Sin tener en qué parar
Hasta unirnos con su ser;
Tanto se ha de conformar,
Que no se pueda apartar
Mi querer de su querer.
Procúrese este valor,
Y la honra terrenal
No se quiera,
*Aunque, con todo, es mejor
Que la otra temporal
Perecedera.*

Que pueda el hombre adquirir
Todo el mundo á su mandar,
¿De qué puede aprovechar
Para el punto de partir,
Si el alma, que ha de durar,
Se va, por poco gozar,
Eternamente á morir?
Por mas que nadie se entable
En grandezas y ditados
Temporales,
*La vida que es perdurable
No se gana con estados
Mundanales.*

El tesoro del Perú,
Que es la gloria celestial,
Gánase con el caudal
Que nos puso el buen Jesús;
No es mucho, pues él es tal
Que pone lo principal,
Pongas lo accesorio tú.
Con amar con fe inviolable,
No con vicios regalados,
Sensuales,
*Ni con vida deleitable,
Donde moran los pecados
Infernales.*

Cómprese la salvacion
Con decir: «Señor, pequé,»
Si aqueste gemido fué
Con dolor de corazon;
Con hacer que el alma esté
Llena de gracia y de fe,
Caridad y devocion.
No la ganan los viciosos
Que ponen sus aficiones
En tesoros,
*Mas los buenos religiosos
Gánanla con oraciones
Y con lloros.*

Ganan á Dios los casados
En Dios y por Dios viviendo,
Y los solteros huyendo
De los vicios y pecados,
Y los viudos castos siendo;
No pecando y bien haciendo
Se gana en todos estados.
Los que no son poderosos
Le ganan en sus rincones
Y en sus coros,
*Los caballeros famosos
Con trabajos y aflicciones
Contra moros.*

¡Simple de ti, caminante!
Despierta, que vas soñando;
Que se va el mundo acabando,
Cayendo y no levantando,
Y es porque no vas mirando
El peligro de delante,
Que te sigue y va pisando.
Y pues todo lo de acá
Es ir como quien camina

Por el lodo,
*No gastemos tiempo ya
 En esta vida mezquina
 Por tal modo.*
 ¿Qué mayor bien quiero yo
 Que transformarme en aquel
 Que todos viven por él,
 Y él por mí nació y murió,
 Y que él esté en mí y yo en él
 Hasta subirme al vergel
 Para donde me crió?
 Entiendo y conozco ya
 Que su gracia me refina
 Por tal modo,
*Que mi voluntad está
 Conforme con la divina
 Para todo.*

Dios mío, ¿quién tal se viese,
 Que, afinado en tu querer,
 No te pudiese ofender,
 Ni querello, aunque pudiese,
 Y acabase de entender
 Que otro bien no puede haber
 Donde tanto se interese!
 Hazme que pueda decir,
 Aunque la hora postrera
 Sea tan dura:
*Yo consiento en mi morir
 Con voluntad placentera,
 Clara y pura.*

El morir yo no resisto,
 Antes me es caro y amado,
 Como puerto ya ganado
 Para el reino que conquisto.
 Pablo bienaventurado
 Desea estar desatado
 Para verse ya con Cristo.
 Porque Dios envía el morir,
 Era bien que se tuviera
 Por ventura;
*Que querer hombre vivir
 Cuando Dios quiere que muera,
 Es locura.*

Esta perfección que pruebo,
 No es que hago yo la prueba,
 Sino la pluma me lleva,
 Mostrándome lo que debo;
 No hay quien á tanto se atreva,
 Si el hombre no se renueva
 Con hacerse otro de nuevo.
 ¿Quién hará esta piedad?
 Quien ha hecho otras cien mil
 Con el hombre;
*Tú, que por nuestra maldad
 Tomaste forma civil
 Y bajo nombre.*

Pues que te cuesta tan caro
 El pecador por la ofensa,
 Que te diste en recompensa
 Para hacer el reparo,
 Desá tu bondad inmensa,
 Gracia y amor por defensa,
 Virtud y fe por amparo.
 A nuestra fragilidad
 Juntaste un ser varonil
 Por renombre;
*Tú, que á tu divinidad
 Juntaste cosa tan vil
 Como el hombre.*

Según á quien ofendí,
 Bien sé yo, por mi dolor,
 Que el infierno, y aun peor,
 Es muy poco para mí;
 Mas sé que tú, Dios de amor,
 Perdonas al pecador
 Si hace lo que es en sí.
 Dame pues, Señor, alientos
 Que gane con penitencia
 Gran corona;
*Tú, que tan graves tormentos
 Sufiste sin resistencia
 En tu persona.*

No habiendo en mí mas descuento
 Sino solo el que tú has dado,
 ¿Qué bien hay justificado
 Delante tu acatamiento?
 Yo me doy por condenado
 Si tengo de ser juzgado
 Según mi merecimiento.
 Mas, pues que en mis pensamientos
 Sola tu magnificencia
 Se pregona,
*No por mis merecimientos,
 Mas por tu santa clemencia,
 Me perdona.*

GREGORIO SILVESTRE.—*Sus obras.*

672.

DEL ESTADO EPISCOPAL.

Pues los obispos pastores
 Suelen ser destos ganados
 Tan queridos,
 Deberían ser los mejores
 Para darles los cayados
 Escogidos;
 Que para tener la cura
 De las ánimas cristianas
 Los prelados,
 Tener deben gran cordura,
 Y ser de cosas mundanas
 Apartados.

LORENZO SUAREZ DE CHAVES.—*Diálogos de varias cuestiones en diálogos y metro castellano sobre diversas materias, con un romance al cabo del día del juicio final; impreso en Alcalá de Henares, en casa de Juan Gracian, año 1577; en 8."*

673.

DESPRECIO DEL MUNDO.

¿No ves los hombres potentes
 Y sapientes,
 Que todos al fin perecen,
 Por ser como las corrientes
 Los vivientes,
 Que van al mar, do fenecen?
 Los grandes emperadores
 Y señores
 Mayores de los humanos,
 ¿Serán mas que labradores
 Ó pastores
 Cuando los coman gusanos?
 ¿Qué puede la fortaleza
 Ni riqueza,
 Subida contra la muerte,
 Las gracias ni gentileza
 Ni nobleza,
 Pues en polvo se convierte?

EL MISMO.—Id.

674.

COPLAS CASTELLANAS, IMITANDO Á LAS DE DON JORGE MANRIQUE.

No estés, Alma, tan dormida,
 Tu memoria se despierte,
 Imaginando
 El fin de la mortal vida.
 Y que se va eterna muerte
 Aparejando;
 Pues el mundano placer
 Dará, con verle acabado,
 Tal dolor,
 Múdese de parecer,

Pues es lo mas acertado
Y lo mejor.

Del bien que tienes presente
Será lo mismo que ha sido
Del pasado,
Y pensar que otro accidente
Tendrá lo que no ha venido,
Es excusado;
Y pues de lo que pasó
No queda sino el pesar,
¿Qué se espera
De lo que nunca llegó,
Sino que ha de acabar
De esa manera?

Haz los ojos sendos rios
Para que puedan llorar
Y plañir
Tus pasados desvarios,
Pues no se ha de dilatar
El morir.
Con llanto lava tus males,
Los grandes y los medianos
Y los chicos;
Que con esto los mortales
De los bienes soberanos
Quedan ricos.

Huye de las ocasiones,
Que a mudanza están sujetas
Y a dolores;
Sigue las inspiraciones
Que Dios te diere secretas
Por favores;
Por la carrera corriendo
No vayas, que te mostró
La maldad,
Sino procura, viviendo,
Seguir la que te enseñó
La verdad.

Penitencia es el camino
De la celestial morada
Sin pesar,
Y es un precursor divino
Para andar esta jornada
Sin errar;
Tabla segura que al puerto,
Tras el naufragio pasado,
Lleva y guía;
Amparo seguro y cierto,
Y triste dolor colmado
De alegría.

Pues el bien de mas valor
Por vanas sombras trocamos
Y perdemos,
Justo será que el amor
De las cosas, tras que andamos,
Olvidemos.
A lo que no vence edad
Ni los casos desastrosos
Que acaecen
Volvarnos la voluntad;
Que sin esto los estados
Empobrecen.

Alma, tu gran hermosura,
El resplandor y la tez
De tu cara,
Tu limpieza y tu blancura,
Pecando solo una vez,
¿Cuál se para!
Como el carbon denegrida,
Y la semejanza bella
Destruída,
Que en ti de Dios fue esculpida
Para que fuese con ella
Mas honrada.

Y pues estos bienes todos
Se pierden, y tu nobleza
Es ofendida,
Procura con nuevos modos
Que de ti no sea baja
Consentida.
Deja ya de obedecer
A los terrenos sentidos,

Que no tienen
Sino bajo y pobre ser,
Y con regalos fingidos
Se entretienen.

De la mundana riqueza
Cuando fueres poseedora,
¿Quién lo duda
Que no saldrás de pobreza,
Pues es cosa que en una hora
Se nos muda?
Que es oficio de fortuna
Hacer esto con su rueda
Presurosa,
Sin dejar cosa ninguna
Que sin mudanza ser pueda
Venturosa.

De bienes que te acompañen
Hasta el cielo, que es tu empresa,
Hazte dueño,
Y los de acá no te engañen,
Que se acaban muy apriesa
Y son un sueño.
A tu Dios busca, que da
Los bienes que deseamos
Inmortales.
Que no los hay sino allá,
En las sillas que esperamos
Celestiales.

Allí no hay sino dulzores,
Donde vida descansada
Gozaremos,
Libre de perseguidores;
Que aquí nos arman celada
En que caemos.
Allí no saben qué es daño
Ni cosa de gusto envuelta
Con pesar;
Todo es gloria y bien extraño,
Que no sabe dar la vuelta
Ni acabar.

Mira que podrás tener
Esta riqueza preciosa,
Celestial,
Solamente con hacer
Del que te llamen esposa
Mas caudal;
Regálale con fe viva,
No siéndole mas traidora
Ni molesta,
Y saldrás, pobre cautiva,
De la prision en que ahora
Te veo puesta.

Valedores poderosos
Para ver tus desventuras
Acabadas,
Serán suspiros ansiosos,
Salidos de entrañas puras,
Abrazadas;
Y un propósito tan fuerte
De aborrecer tus errores
Y pecados,
Que admitas antes la muerte
Que volver á los amores
Mal fundados;

Porque son viles y vanos,
Y los que cebados vimos
En sus glorias,
Con tormentos inhumanos
Que lo han pagado, leimos
En historias.
No te conviene perder
Tiempo en amar lo pasado;
Porque en ello
Lo que fué muy bueno ayer,
No hay mañana, si es buscado,
Nada de ello.

Ya sabes que es lisonjero
El que regala y quieres,
Y que daba
Lo falso por verdadero,
Y con fingidos placeres
Te burlaba;

Y que con nombre de amigo
Asegurado y fiel
Te engañó,
Y despues, como enemigo
Esquivo, duro y cruel,
Te dejó.

Las riquezas desmedidas,
Los edificios reales,
Llenos de oro,
Son todas cosas fingidas,
Visto de las celestiales
El tesoro.

Aquellos es bien dejarlos,
Que turban los albedrios
Libertados,
Y tras eso, compararlos
Con el cielo, son rocios
De los prados.

Lo que dura eternamente
Tendrás de su poseedor,
Que te amó
Con amor tan excelente,
Que, abrasado de este amor,
Se humilló;

Y juntó lo divinal
Con lo humano, é hizo luego
Que en la fragua
Donde se encendió tu mal
Apagasen todo el fuego
Sangre y agua.

Y lavada y redimida,
Pues que con las dos quedaste,
Lo pasado,
Alma, renuncia y olvida,
Pues lo que mas estimaste
Te ha faltado;

Sigue, pues tiempo se ofrece
De los contrarios que tienes
La victoria;
Que si tu fe permanece,
Cristo te dará los bienes
De su gloria.

FRAY PEDRO DE PADILLA.—*Jardín espiritual.*

675.

ELEGÍA AL ALMA.

Al arma tocan, ya tocan al arma;
Al arma tocan, Alma mía, despierta,
Que con ceniza el capitán nos arma.

Ya tocan las trompetas, está alerta;
Que se pregonan luto y descontento,
Y mandan que al placer cierras la puerta.

Las voces son de extraño sentimiento;
Acuérdate, hombre vil, que eres ceniza,
Ceniza y polvo que se lleva el viento.

Sospira amargamente, y martiriza
Tus carnes tristes, y sobre ellas carga;
Caiga la vanidad que te entroniza.

En breve vida penitencia larga
Y entera confesion; que viene airada,
Por mandado de Dios, la muerte amarga;

Desa vista que anduvo desmandada
Salgan mares de lágrimas que aplaquen
La eterna Majestad, que está indignada.

Ten propósitos tales, que te saquen
Del hondo abismo donde estás metido,
Antes que de relaso mas te achaquen.

Misericordia pide el ofendido;
Tiéndete por el suelo, si pretendes
Tener asegurado tu partido.

A voces dice el cielo que te enmiendes;
Las estrellas, el sol y los planetas
Y el mundo, con ser tal, si tú lo entiendes,

Subjetas son, y tú no te subjetas;
Sus leyes guardan, tú ninguna guardas;
Abrazan mucho bien, tú al daño aprietas;

Los mas corren al bien, y tú te tardas;
Dan resplandor algunos, tú tinieblas;

Ellos se guardan, tú no te resguardas;
Ellos pueblan de bien, tú te despueblas;
Son ricos de virtud, tú te empobreces;
Dando, en lugar de luz, oscuras nieblas.
Florece el campo, tú nunca floresces.
Las aves cantan, tú te estas callando;
Sabiendo que cien mil muertes mereces.

Pues, Alma, si lo dicho vas notando,
Bien sabes tú que la demanda honesta
Se ha de cumplir con obras y callando.

Tus enemigos salen, está presta;
Recuerda que el dormir es acabado;
Súbete al monte, deja la floresta,

Y ponte un yelmo, de salud templado,
Y un escudo de fe sea tu loriga,
Justicia pura en inocente estado;

A la Verdad pondrás por fiel amiga;
Aquesta representa la cintura,
Y caridad el hábito que abriga;

Será la espada para ti segura
De un espíritu grande que se entiende
Cuanto te muestra Dios en su criatura.

Los enemigos llegan, ya se enciende
El campo y las ciudades con su fuego,
Y cuanto el menor cielo comprende.

Cinco castillos tienes, carga luego
En las troneras buenos arcabuces,
Y pide al alto Dios paz y sosiego,

Y dentro llanto hagan avestruces,
Pidiendo á Dios perdon, y haya leones;
Afinate en amor, que te desluces.

Gruesos tiros pondrás entre cestones
De firmeza, y disparen de manera
Que rompan los contrarios escuadrones;

Hermosos lirios pon en tu bandera,
Sirva de centinela la memoria
Y el temor de la pena venidera.

El fiero Satanás, por la victoria,
Con los errores va haciendo minas;
¡Alerta! que te va en esto la gloria.

Reparte bien aquesas culebrinas,
Saca el gran basilisco de templanza,
Y el falconete y siete serpentinias;

Fuego de amor sea el fuego de tu lanza;
Hallen en ti tan breve resistencia
Los contrarios, que pierdan la esperanza.

El gusano cruel de la conciencia
Te avisa de la guerra, y el infierno;
Por eso al arma luego y penitencia.

Toma el ayuno santo por gobierno,
La limosna secreta sea tu guía,
Y da gracias á Dios. Di: Dios eterno,

Dios eterno. Señor, dulce alegría,
En cuya mano están cielos y tierra,
No me desampareis en esta vía;

Hechura vuestra soy, en mí se encierra
Por culpa mía un número de males,
Que, como os ofendi, me hacen guerra.

Señor, de vuestras gracias eternas
Espero tantas, que mi vituperio
Se convierta en virtudes principales;

No falte el claro sol en mi hemisferio;
No falte luz ni ayuda con que pueda
Quedar tal, que se cuente por misterio.

Señor del cielo, que mi mal me enreda,
Yo valgo poco; vos, como quien puede,
Haced que tanto afán en bien suceda;

Haced, Señor, que yo con honra quede;
Que á vos se atribuirá todo lo bueno,
Y á mí el trabajo y mal que me sucede.

No se diga que voy á reino ajeno
Cautiva, sin abrigo y de tal arte,
Que al llanto miserable alargue el freno.

Díran que no tuvistes en mi parte,
Díran que no quesistes dar la mano
Que tanta gloria y bien de sí reparte;

Y es al revés, que nunca el pecho humano
Se vio desamparado en cuantos vimos
Llamar á vuestro nombre soberano.

En las historias santas que leímos,
Tantos ejemplos hay de auestas cosas,
Que son alivio en cuanto mal sufrimos.

Las ondas de los mares espantosas,
En doce calles por murallas puestas,
Pregonan vuestras obras milagrosas;
Los desiertos, poblados y florestas,
Cubiertos de maná, y las duras peñas
Hacen vuestras grandezas manifiestas.
Testigo es Sinaí y sus altas breñas
De vuestra gran bondad, y el mundo entero
Y el cielo, que sin fin de vos da señas.
Perdonastes á aquel padre primero,
A David, á san Pedro y al que estaba
Con vuestro Hijo puesto en un madero;
Perdonastes á aquel que maltrataba
Las gentes que la ley santa seguían,
Con poder que en Damasco el pueblo daba.
En Nive las gentes se perdían;
Salió del vientre de la fiera el Santo,
Y así á vuestra bondad se convertían.
Ceniza en las cabezas hubo, y llanto,
Y al fin los perdonastes; pues agora
Haced con vuestra gracia en mí otro tanto.
Yo confieso que soy gran pecadora,
Y claramente digo que en pecados,
Sin enmendarme, vivo cada hora.
Los meses y los años son pasados
En grande vanidad, sin acordarme
De vos ni desos cielos estrellados.
Justa razón teneis de condenarme,
Pues quise, siendo á vuestra imagen hecha,
Con las bestias del campo compararme.
Mas vos me sacaréis de pena estrecha;
Saldré de los barrancos de mis vicios,
Donde sin vos la fuerza no aprovecha.
Veo que de mis viles ejercicios
No me queda si no es vergüenza clara,
Y á la razón sacada de sus quicios;
Mas, como la experiencia lo declara,
Tanto cuanto es mayor la culpa nuestra,
Tanto es mayor el bien que la repara.
El gran poder y la clemencia vuestra
No tiene fin; y así, estos mis errores
Tendrán fin con la luz que en vos se muestra.
Veré por vos los sumos resplandores
Del cielo, y cuanto aquí en la vida creo
Segura para siempre de dolores.
Alma, para cumplir pues tal deseo,
Habla con Dios así, sospira y gime,
Y acuérdate que el mundo es devaneo.
Ten confianza tal, que te sublime
A los tronos altísimos, y goees
La gloria sin hallar quien te lastime;
Huye del desacuerdo, y no te empoces
En vanidades tantas: alza el vuelo;
Levántate al Señor y dale voces.
Batalla bien trabada es la del suelo,
Adonde carne y sangre y desventajas
Son causa del eterno desconsuelo.
Revuelve las divinas escrituras,
Sus intérpretes sigue, y no al perjurio,
Que suele atosigar con sus dulzuras.
El ojo izquierdo cierra, que es seguro;
Con el derecho mira al bien supremo,
Si quieres alcanzar descanso puro.
Acuérdate del loto y del extremo
Que en el Eufates hace, por quien ama,
No te acontezca el mal de Polifemo;
Sigue la nube y la hermosa llama
Que el pueblo de Israel iba siguiendo,
Si quieres para siempre gloria y fama.
El tiempo, como ves, pasa corriendo;
Mas ¿qué digo corriendo? Tanto vuela,
Que al mismo pensamiento va venciendo.
Armáte de valor, tiende la vela
Del alto entendimiento por los mares,
Cuya vista á los fuertes desconsuela;
Sufré trabajos, nunca des pesares;
Haz bien, no hagas mal, ni consideres
Si no fuere en las cosas singulares.
No gustes en el mundo de placeres,
Si no fuere de aquellos que acrecientan
La gloria que verás si bien hicieres.
Aquellos que por honra se atormentan

Y por humanos bienes, no los sigas,
Pues sabes que del aire se contentan.
Mira que las bellezas son ortigas,
Los antojos del mundo basiliscos,
Que dan por un placer grandes fatigas.
Guárdate, que navegas entre riscos;
Guárdate, que hay tormentos espantables,
Rayos, temblor de tierras y pedriscos.
Sigue virtudes santas y admirables;
Que así se alcanza el celestial reposo,
Siguiendo los consejos saludables.
La ira y el deseo trabajoso
De cosas vanas huye, y las centellas
De aquel amor lascivo y engañoso.
Alza los ojos, mira á las estrellas,
Y llama á aquella Virgen soberana
Que se corona allá con tantas dellas;
Llama á san Juan Bautista y á santa Ana,
Y pide que te hagan tan constante,
Que la senda del cielo halles llana.
Al patrón de la iglesia militante
Y al padre san Benito llama, que ellos
Darán fuerzas aquí y virtud bastante.
Patrones tuyos son; por Dios y ellos
Veniste á aqueste mundo, y por los ruegos
De aquella que se goza agora entre ellos;
Estéril fué y vivió en desasosiegos,
Privada de las prendas amorosas
Que el matrimonio da á sus santos fuegos.
Con lágrimas llamaba piadosas
A aquestos santos, y pedía que diesen
Fruto de bendición entre otras cosas.
Nacimos, como sabes, porque viesen
Las gentes rudas que los ruegos justos
Tendrían dichoso fin por donde fuesen.
Pues ruegálos que sean todos tus gustos
Del cielo, y ruega á san Leandro aquesto,
Y que él nos haga fuertes y robustos.
A san Justo y Pastor sea manifiesto,
Y á Eugenio y al apóstol Santiago
Y al santo Simeón, el ruego nuestro.
Este es en quien se hizo tanto estrago
Allá en Hierusalén, que como Cristo
Murió, haciendo de su sangre un lago.
Al Ángel de la Guarda di que he visto
Escuadrones de males rodearme,
Y yo con mi flaqueza no resisto.
Da voces, haz que vengan á ayudarme
Todos los santos de la corte eterna,
Y al Espíritu Santo que me arme
Y sea mi padrino, pues gobierna
Con dulce fuego á todo el universo,
Sin olvidarse de una hoja tierna.
Vencido con tal guía aquel perverso,
Con lengua y corazón gracias daremos
Al alto Dios, diciendo en prosa y verso:
«Bien de bienes eterno, sacro sello
De eternidad, en cuyo alto consejo
Se cuentan las arenas y cabello:
»Haced que muera yo, pues voy á viejo,
Estando vos presente, y que mi alma
Se mire siempre en vos como en espejo.
»Ningun espanto allí la ponga en calma;
Ahuyenta al espíritu malino,
Y coronála allá con verde palma.
»Caiga en vuestro poder, Padre divino,
Vaya á los cielos, goce del tesoro
Que goza quien acierta el buen camino.
»Esto os pido, Señor, por esto lloro;
No pido mas en esta gran batalla
Ni pido mas, y aunque pequé, os adoro.
»Clemencia pido, y pues en vos se halla
Piedad, consuelo sin igual y gracia
Tan grande que entre ingratos no se halla;
»Cual selva del invierno, seca y lacia,
Que con el sol de mayo se renueva,
Seré con el gran bien que en vos se espacia.
»Saldré del mundo como fenix nueva,
Que de sus mismos polvos resucita,
Sin la fragilidad de Adán y Eva.
»Desta suerte tendré gloria infinita,
Veré vencida la mortal pelea,

Y con esto por suyo Dios me admita,
Y dé mas cosas á quien mas desea.»

LOPEZ DE UEDA.—*Cancionero, Vergel de flores divinas*.—Una elegía al alma compuso el famoso poeta Garcilaso, que cita con la *Conversion de Boscan* el mismo Ueda juntamente en su prólogo al mismo *Cancionero*, al tratar de las cosas maravillosas á lo divino que escribieron Boscan y Garcilaso. No nos atrevemos á asegurar que sea esta misma.

676.

SALMO 112: *Laudate, pueri, Dominum, etc.*

Alabad, oh vosotros niños tiernos,
Simples y humildes, al Señor del cielo,
Dando á su gloria loores sempiternos.
Su nombre engrandeced acá en el suelo,
Que siempre sea bendito desde ahora
Hasta el siglo futuro de consuelo.

Desde que sale el sol de clara aurora
Hasta el ocaso que hace en occidente.
El mundo aqueste nombre siempre adora;
Que quien en toda parte está asistente,
Razon es sea en todas alabado,
Pues es excelso sobre toda gente.

En su gloria y alteza es sublimado
Sobre cielos, y de ángeles los coros,
«No hay señor tan potente y levantado.»
En los cielos habita, llenos de oros,
Y mira con sus ojos de clemencia
Los humildes, y dales sus tesoros.

Por su gracia, virtudes y excelencia,
Alza de los deseos terrenales,
Que llamó tierra, al pobre con paciencia.
De estiércol sucio y de otras cosas tales,
Esto es, de vicios, limpia al que es manchado,
Para tenerle dentro en sus umbrales.

Con principes le pone colocado,
Con principes que fueron vencedores
Del mundo, de la carne y del pecado.

Digo entre los apóstoles mayores,
De su pueblo en espíritu divino,
Y en mostrar á su Dios grandes amores;
Que al pueblo que es gentilico é indiano,
Siendo traidor é idólatra primero,
Y en todo estéril, seco y campesino,
Hace que habite el templo duradero,
Que es su casa y iglesia colegida
Del hebreo y gentil pueblo severo;

Y la ha hecho madre de hijos escogida,
Alegre con el pasto de fieles,
De que á todos se muestra enriquecida,
Como oliva con brótanos noveles.

El padre maestro fray JUAN DE SOTO, de la orden de san Agustín.—*Exposicion parafrástica del Psalterio de David, en diferente genero de verso español*, etc.; en Alcalá, por Luis Martinez Grandé, 1612, en 4.º, pág. 300.

677.

ÉGLOGA.

Bato, Ergasto y el Rústico.

ERGASTO.

Mientras el alba de sus blancos nácares
Aljófar vierte, dad silencio, driadres,
Entre estas flores y olorosos búcares.

RÚSTICO.

Parad las hojas verdes, hamadriades,
En tanto que hoy mostramos Bato y Rústico
A qué pueden llegar sacras tespiades.

BATO.

De la playa de Tiro al mar ligústico
Haré sonar en canto dialogístico
El dulce son de mi instrumento rústico.

RÚSTICO.

Filósofo no soy, no soy sofístico
Ni entiendo lo que llaman alegórico,
Ni sé qué es literal sentido ó místico.

BATO.

Cantaba en esta selva un sabio histórico,
Que á Dios agrada un simple ingenio tépido
Mas que las elocuciones del retórico.

RÚSTICO.

Tal vez mostraba Job ánimo intrépido,
Sin perder la paciencia, melancólico;
Tal vez David cantaba humilde y trépido.

BATO.

Cubra el estilo rústico y bucólico
La sacra majestad, digna de crónica,
O el docto y numeroso estilo argólico.

RÚSTICO.

La pluma aristotélica y platónica
En esta parte es fabula ridicula,
Ni canta á Dios la lira babilónica.

BATO.

Hoy á la filosófica matricula
Estos secretos intimos escóndense,
No entienden una minima particula.

RÚSTICO.

Los hombres y los ángeles respóndense;
Que aunque en naturaleza son disimiles,
En la parte del alma correspondense.

BATO.

¿Quién tuviera por cosas verisimiles
Un hombre y Dios, á no lo ver tocándolo,
Y la virginidad y el parto similes!

RÚSTICO.

¿Quién lo puede dudar, si está mirándolo,
Si no es alguna fiera vista, incrédula,
Del cielo maldicion, del mundo escándalo?

BATO.

La que es piadosa, el alma pura y crédula
Adora en esa Madre y Hijo, á título
De que él de Dios es firma, y ella es cédula.

RÚSTICO.

Diganos Isaías su capitulo,
Y verás con qué espíritu profético
De Dios y redentor le escribe el titulo.

BATO.

Él trujo á Adán salud, que enfermo y ético
Se halló con tantos males, y tan tísico,
Que no los cuenta número arismético.

RÚSTICO.

Nació en Belen su antidoto, y el físico
Bien de su mal, de su veneno cáustico,
Hablando con estilo metafísico.

BATO.

Mezcla lo pastoril y lo escolástico,
La cuna alaba deste Rey pacífico,
Que afrenta los palacios del fantástico.

RÚSTICO.

Canta con plectro espléndido y mirífico
Que de Belen y las remotas héliques
Venga el rudo pastor y el Rey científico.

BATO.

¿Oh virgen planta, que con ramas felices
Hiciste á Maria fuente salutífera,
Y dulces nuestras lágrimas infelices!

RÚSTICO.

Alta, florida vara, que, odorífera,
Llegaste al cielo y al impio cúmulo,
Paloma bella, cándida, olivífera.

BATO.

¿Oh mas que el ave que en florido túmulo
Nace otra vez, hermosa Virgen única,
De gracias linea, de virtudes cúmulo!

RÚSTICO.

¿Quién le llevara una purpúrea túnica,
Y al Niño un cesto de camuesa pálida,
Idumeo dátíl y granada púnica!

BATO.

Yo un limpio tarro de la leche cálida

De mis ovejas, que ando previniéndola;
Que con la voluntad no hay prenda inválida.

RÚSTICO.

Yo un nido de una pájara, en cogiéndola,
Que estuve en unos olmos acechándola,
Y si no es ruiseñor, será oropéndola.

BATO.

Llevaré una cuna, en acabándola,
De leña de ciprés del monte Ménalo,
Que espira olor moviéndola y dejándola.

RÚSTICO.

Coge aquel potro, aunque cerril, y enfrénalo,
Y de presentes, aunque pobres, cubrele,
Y encima de jazmin y rosa enlénalo.

BATO.

¿No ves aquel garlito? Pues descúbrele,
Verás los peces, ya del agua tántalos,
Y si no hay muchos, otra vez encúbrele.

RÚSTICO.

Tú conoces los juncos, tú levántalos,
No me digas despues que soy selvático;
Pues es tuyo el garlito, Bato, espántalos.

BATO.

Todas las aguas son de humor lunático,
Aumentanse en sus rayos ó resuélvense;
Soy pescador de sus mudanzas práctico.

RÚSTICO.

Con la luna las aguas vanse y vuélvense;
No sé si peces hay, pero presúmolos
Que en estas ovas frágiles envuélvense.

BATO.

Pesco este arroyo, Rústico, y consúmolos,
Que nace deste monte, y no es canópico;
Que todo es una red tal vez resúmolos.

RÚSTICO.

Bebérsele pudiera algun hidrópico;
Perdóname si en esto voy satírico,
Y de tu arroyo soy el lobo esópico.

BATO.

Tú curas mi ignorancia, sabio empírico,
Tus burlas mezclas con el vano apólogo,
Pues compite conmigo en verso lírico.

RÚSTICO.

Si fueras trimegístico teólogo,
No respetara tu furor colérico,
Aunque comienzas con soberbio prólogo.

BATO.

Pues ¿quién me iguala en todo el orbe esférico?
Di, Rústico, tus versos, y convidanos,
Famosos del Jordan al Tajo ibérico.

RÚSTICO.

Apolo, entre estos árboles olvidanos;
Que, según la hinchazon de aquestos lógicos,
Para tantos faetones no hay eridanos.

BATO.

Yo no escribo mis versos tropológicos,
Ni me precio de maquinas versátiles,
Ni vivo de aforismos astrológicos.

ERGASTO.

Pastores, de tratar cosas portátiles,
Como cándida leche y verdes pámpanos,
Grana á la Virgen y á Dios hombre dátiles,
No es bien hecho reñir. Tú, Bato, estámpanos
Tus versos, pues los pintas beneméritos,
Y de tu furia y tempestad escámpanos.

Tú, Rústico, también, pues tienes méritos,
Copia los tuyos, funda tu propósito;
Que de la eternidad no sois inméritos.

Yo dejaré dos toros en depósito
Para quien deste Niño y Dios santísimo
Mejor cantare, el uno al otro opósito.

Yo cuando canto del soy humildísimo,
Respétrole, venérole y adórole,
Y juzgome, pastores, indignísimo;
Con apacibles versos enamórole,
Y mas que piedras y tesoros tibiares
En mis propias entrañas atesorole.

La envidia en el cantar baña de acibares
Las cuerdas y la voz, pero el buen ánimo

En ambrosia, en néctares y almbares.
Es el vengarse de hombre pusilánimo,
Es el odio noctívago murciésgalo,
Y el justo amor un sol, un rey magnánimo.
Este divino Niño es archipiélagos
De gracias, que canteis con beneplácito,
De aquella Virgen de virtudes piélagos;
Quedad pues juntos en silencio tácito.

LOPE DE VEGA.—Pastores de Belén.

678.

EL SALMO *Super flumina*.

Si allí, libre de amor, sobre estos rios
Pudiese cantar yo, como cantaron
Libres de Babilonia los judios;

Que ellos en su prision acrecentaron
De los caldeos las aguas diferentes,
Cuando á llorar sobre ellas se sentaron;

Así me siento yo entre las corrientes
Del claro Tajo, el ver escurecido,
Haciendo de mis tristes ojos fuentes.

De ti, Sion, se acordaron; yo en olvido
Puesto el reino del alma, al reino extraño
Ofrecí la memoria y el sentido.

Ellos, en testimonio de su daño,
De los sauces colgaban su instrumento,
Dando, en vez de cantar, gemido extraño.

La voz, de llorar ronca y sin aliento,
Dicen: «¿Cómo podrá en la tierra ajena
Dar al Señor, cantando, dulce acento?»

Pues yo, que, asida al cuello la cadena,
Siento del impio amor y oscuro un velo
Ante el alma que nunca se aserena,

¿Cómo en el extranjero y duro suelo
Podrá, de ajeno amor pecho herido,
Cantar tu amor divino, Rey del cielo?

¿Cómo podré decir que si me olvido
De tí, Hierusalem, mi diestra sea
Entregada á la muerte y al olvido,

Y que si el corazón no te desea
Como á mi principal bien y alegría,
Mi diestra al paladar pegada sea?

Que esto por la ciudad de Dios decía
El pueblo santo, y yo, de culpas lleno
Por mi vano deseo y fantasía,

Lo iba á decir ya, no por el lleno
Fundamento de Sion, espejo claro,
Mas por otro de acá vil y terreno.

A ti, Señor, delante cuyo amparo
Como sombra el pecado mio declina;
Tú, que diste por él precio tan caro,

Oye mi ruego, á mi gemido inclina
Tu mausa oreja, en mi favor entiendo;
Domine, ad adiuvandum me festina;

Que si en tu amor mi corazón se enciende,
Si de tu santo Espíritu el aliento
En mi baja y cautiva alma desciende;

Si á ti, Hierusalem, vuelvo contento,
Si en gremio santo desta Iglesia amada
Me veo de un tirano amor exento,

Así como en mención de la jornada
De Babilonia, en el mejor estado
Será la libertad de mi cantada,

Dire, sobre los rios asentado
De Babilonia: «Aquí triste lloraba
En memoria de ti, Sion, pueblo amado.

»En los sauces mis órganos colgaba
En medio dél, porque el que me prendía,
Palabras de canción me preguntaba.

»Algun himno cantad, quien me traía
De Sion de los cantares escogidos
Me dijo, y yo, llorando, respondía:

»¿Cómo los extranjeros y afligidos
En tierra ajena, tristes, cantaremos
Canto de Dios en bárbaros oídos?

»Cómo se juntarán los dos extremos
Del reír y llorar en un sugeto?
Cómo á placer, cautivos, nos daremos?

» Oh gran Hierusalem ! si en lo secreto
Ni en público de ti yo me olvidare,
Mi diestra olvidaré, y seré sujeto
» Al olvido, y si yo no me acordare
De ti, mi lengua al paladar se pegue
Y mi voz triste en mi garganta pare,
» Y si antes que á placer ninguno entregue
Mi corazón, Hierusalem, no fuere
Principio del mayor que en mí se allegue.
» De los hijos de Edon y de quien fuere
Tu voluntad te acuerda, Señor mío,
Cuando á Hierusalem santa volviere
» Tu pueblo y del tirano señorío
Con que fueron tratados del caldeo,
De lo que les decían con fuerte brío:
» — Deshaced, deshaced este hebreo,
Y hasta el fundamento arruinaremos
Su templo, su ciudad, su coliseo. —
» Hija de Babilon, ¡cuanto te vemos
Miseria, y cuán dichoso el que te diere
El pago que le diste y entendemos!
» Que es bienaventurado el que trujere
Tus hijos á la piedra rigurosa,
Y allí los quebrantare y deshiciere.
» No quede de la planta maliciosa
Fruto, grano, semilla, ni aun enjerto,
En la tierra del cielo cobdiciosa.
» Así que, del amor lozano muerto,
Que en corazón, en alma, en vena, en hueso
En mí no halle del un lugar cierto.
» Y entonces la desórden que confieso
De lágrimas darame un nombre honroso,
Nacidas de la sobra de mi exceso.
» Será pasto del alma, aunque penoso,
Y vispera del canto de alegría
Que á ti, mi Dios, y de tu amor precioso
Resonará la alegre lengua mía. »

El doctor DIEGO RAMIREZ PAGAN. — *Floresta de varia poesia.*

679.

EPITAFIO AL SEPULCRO DE CRISTO.

De duro mármol nicho bien labrado,
Cierra el cuerpo que luego allí glorioso
Se ha de ver y admirar resucitado.
Por tener prenda tal, ¡oh cuán dichoso
Eres, mármol! Mas por dejar tal prenda
Mucho mas te proclamo venturoso.
Abrigad esos miembros, nada ofenda
Su honor; aunque cadáver es de hombre,
Son de Dios esos miembros, sin contienda.
No temais corrupcion ni hedor que asombre;
Que está muy lejos esa carne pura
De achaques semejantes, ni aun del nombre.
Lo que fué culpa nuestra y desventura
La muerte lo borró; nada en seguida
Debe mas padecer quien nos procura.
Agora (porque puede) él mismo á vida
Se recobra, y de aquí perpétuamente
A vivir á nosotros nos convida.
Por ende aquesta losa eternamente
Firmará, que las iras se han pasado,
Y que una paz amiga y permanente
Para el mundo donde hoy se ha renovado.

LAS RIQUEZAS DEL LINAJE HUMANO.

Mientras vace el cuerpo tierno,
De la batalla cansado,
Va el espíritu alentado,
Vence y despoja al infierno.

El padre BENITO FELIU DE SAN PEDRO, de las Escuelas Pías. — *Monumentos sagrados de la salud del hombre, desde la caída de Adán hasta el juicio final*, que en verso latino cantó, en setenta y dos odas, don Benito Arias Montano, etc. — Valencia, 1774, oficina de Benito Montfort; en 8.º mayor.

680.

EPÍSTOLA DIVINA, HECHA Á MODO DE ENFADOS, EN NOMBRE DE UNA DAMA.

Venida soy, Señor; considerada
Vuestra grandeza y la miseria nuestra,
Apuesto que sin vos todo me enfada.
Y pues que fuistes vos quien por la diestra
Mano me habeis traído, quiero agora
Cantar lo que me enfada, en gloria vuestra.
Enfadame, Señor, verme señora
De tantos adorada, y por ventura
Por adorarme alguno, no os adora.
Enfadame también mi hermosura,
No en cuanto vuestra imagen, sino en cuanto
Puede apartar de vos la criatura.
Enfadame el dolor y el tierno llanto
Que por cosas humanas he tenido,
Y no por vos, de mi ofendido tanto.
Enfadame mis méritos, si ha sido
No habiéndose, Señor, en vos fundado
Lo que á tan grande estado me ha traído.
Mi antigua clara sangre me ha enfadado,
Que me ha hecho olvidar quizá de aquella
Que por mí derramó vuestro costado.
Mi habilidad me enfada, pues con ella
No he sabido mostrarme agradecida,
Atribuyendo lo que es vuestro á ella.
Enfadame el discurso de mi vida,
O la parte que de ella (si hay alguna)
Se ha gastado sin vos como perdida.
Enfadame mis bienes y fortuna,
El ingenio y favor que me acompaña,
Y en mí se celebró desde la cuna.
Enfadame la honra, que me engaña
Con el gustoso daño del anzuelo,
Y es perderso el fin de esta hazaña.
Enfadame el mandar que á tantos suelo,
No habiendo yo jamás rendido el cuello
A vuestro yugo y ley, que da consuelo.
Enfadame, Señor, ver de un cabello
Colgados mis contentos y alegría,
Si hay contento sin vos ó puede habello.
La música me enfada y armonía,
El estruendo de varios instrumentos,
Obstentación de la grandeza mía.
Enfadame mis vanos fundamentos;
Que en lo que merecí quise fundarme,
No siendo piedra vos destos cimientos.
Finalmente, Señor, solo agradarme
Puede, entre tanto como aquí me enfada,
Ver que de vos me viene el enfadarme,
Y que es lo que de mí mas os agrada.

BALTASAR DE ALCÁZAR. — *Poesías manuscritas*, recopiladas de varios en el año de 1597.

681.

LOS TRENOS DE JEREMÍAS.

¡Cómo se ha deslucido
El precioso metal mas acendrado;
Las piedras esparcido
Del templo derribado
Con infelices ruinas,
De las calles en todas las esquinas!
Los hijos de Sion mas estimados
Y queridos que el oro mas sincero,
¡Cómo son despreciados
En su traje bizarro,
Como vasos de barro
Artificio de mano del ollero!
Las serpientes sustentan sus hijuelos;
De mi pueblo la hija rigurosa
En tantos desconsuelos
Aun mirarlos no osa,
Dejándolos á beneficio incierto,
Como los avestruces del desierto.
La lengua del infante
Que de la madre el pecho alimentaba,

De sed al paladar se le pegaba,
Y con voz anhelante
El algo mas crecido ¡pan! gritaba,
Mas nadie se le daba;
Y los muy regalados,
De hambre en las calles fueron asolados.
Los que en púrpura tiria descansaban
Inmundos muladares abrazaban,
Y de mi pueblo se aumentó el pecado
Que el de Sodoma mas le destruía,
Con castigo del cielo acelerado,
Sin que fuese de nadie combatido.
Sus nazarenos, que la leche y nieve
Mas cándidos y puros,
Cuyo esplendor a combatir se atreve
Con rayos, de igualarle mas seguros,
La joya de zafiros mas preciados,
De las nativas rocas arraucados,
Que las tinieblas mas se escurecieron,
Sus mismas calles no les conocieron;
Que su piel á los huesos se ha pegado;
Cual leño se han secado.
Mas dichosos los muertos en la guerra
Fueron, al duro filo de la espada,
Que los de hambre con pena dilatada
Por falta de los frutos de la tierra.
De las mujeres las piadosas manos
De sus hijos guisaron
Los miembros con afectos inhumanos;
De ellos se sustentaron,
Con dolor que explicarse no podia,
Del pueblo que lo via.
Jehová su indignacion ha ejecutado,
De su enojo las iras ha vertido;
En Sion ha encendido
Fuego que sus cimientos ha quemado.
De la tierra los reyes eminentes,
Ni del orbe creyeran los vivientes
Que de Jerusalem fuera la puerta
Al enemigo mas feroz abierta.
Por profetas injustos
Y sacerdotes de malvada vida,
La sangre de los justos
En ella fué vertida.
Cual gente que va á oscuras,
O ciegos, en las calles vacilaban;
Entre la sangre se contaminaban,
Y no podian tocar sus vestiduras.
Muchas voces les daban
Para que como inmundos se apartasen,
Porque si los tocasen
Serian contaminados;
Y siendo á Babilonia trasladados,
A las gentes dijeron:
«Jamás han de volver donde nacieron;
La ira del Señor los echó lejos;
No los volverá á ver, como esperaron,
Porque ni sacerdotes respetaron,
Ni se compadecieron de los viejos.»
Y nuestros ojos han desfallecido
Acechando el socorro deseado
Con la esperanza que nos ha ensañado
En gente que valernos no ha podido.
Los pasos nos tomaron
En las comunes vias;
No pudimos jamás abrir camino;
Nuestros últimos riesgos se acercaron,
El término espiró de nuestros dias,
Y nuestro fin determinado vino.
Los enemigos pues se apresuraron
En ambicioso celo;
Cual águilas del cielo
Siguiéndonos, el monte penetraron,
En el yermo tambien nos insidiaron.
Del Señor el ungido,
El que nos alentaba,
Su prisionero ha sido;
En él nuestra esperanza se fundaba,
Diciendo: «Puesto que en prision estemos,
De su sombra al amparo viviremos.»
Gózate alegre, de Edom la hija,
Que en Hus estás sin nada que te aflija;
R. y C. S.

Vendrá el vaso también á ti tan lleno,
Que le vomites cual mortal veneno.
Sion, ya tu castigo se ha cumplido;
No será repetido.
Edom, tus desafueros visitados
Serán, y descubiertos tus pecados.

DON BERNARDINO DE REBOLLEDO, conde de Rebollo y del sacro romano imperio, señor de Irian, etc.—*Los trenos de Jeremías*, impresos en el tomo v del *Parnaso español*, Madrid, 1771; pág. 199.

682.

Alegre y dulce canto,
La rienda alfoja al gozo y alegría,
Pues hoy el vientre santo,
Fecundo, de Maria,
Al cielo gloria, al suelo pan envía.
Hoy el pimpollo tierno,
Después de la sazón triste y nubloso,
Del encogido invierno
De aquella vara hermosa,
Hoy brota primavera deleitosa.
Gloria, gloria, contento;
Que ya sale el divino sol de oriente,
Y alumbra al firmamento
Y á aquella pobre gente
Que en noche había vivido ciegamente.
Hoy la fresca mañana
Derrama su rocío alfojarado
En la tierra serrana,
Hoy reverdece el prado,
Del cielo con injurias agostado.
Hombres, veni, adoremos
Al tierno Niño eterno, omnipotente;
Veréis los dos extremos
En uno juntamente:
Al hombre rico, á Dios tan pobremente.
A Dios tan disfrazado
Del villanaje zafio revestido,
Al hombre tan privado,
Rico y ennoblecido,
Que su naturaleza así lo ha unido.
Viste de su librea
La humilde esclava á Dios, y en sí le encierra,
Y porque firme sea
La paz, sin tener guerra,
Queda Dios por rehenes en la tierra.
¡Oh noche de alegría,
Oh noche clara, alegre y venturosa!
En ti la dulce esposa
En brazos de su esposo ya reposa.
Gloria, gloria y contento
En el sagrado parto de Maria;
Aloje el pensamiento
La rienda á la alegría,
Resuene el dulce canto y melodía.
Por la clara vidriera
Pasó aquel sol divino tan lumbroso,
Que dejandola entera,
Hizo el parto glorioso
Que tanto fué celeste y milagroso.
¡Oh noche venturosa,
En que amaneció el sol y dicha mia
Con luz pura y hermosa
Que á todos de sí envía!
Oh noche no ya noche, sino día!
Brotó el pimpollo tierno
En esta tierra virgen consagrada
En medio del invierno,
Sin haber sido arada
Ni con labranza humana cultivada.
En la concha dichosa
De la Virgen bendita se ha criado
Una perla preciosa,
Que es un rubí preciado,
Hermoso, blanco, verde y colorado.
El sol resplandeciente,
En el signo de virgen consagrada
Su cumbre refulgente,

De entrambos ilustrado
El mundo, por se ver Dios humanado.

UBEDA. — *Cancionero.*

685.

Metido entre sayones,
Y dellos con blasfemias afrentado,
Está agora el que tiene á su mandado
A todas las angélicas legiones,
Sufriendo sin razones
De aquella gente vil, infame, baja.
Mira el poder de Dios á lo que abaja,
Que, puesto entre esta gente,
Parece que no siente,
Con padecer allí el mayor tormento
Que comprende humano entendimiento.
Y aquel cuerpo hermoso,
Que pudiera del sol ser envidiado,
Con cinco mil azotes matizado,
Estaba denegrido y sanguinoso.
¡Amor maravilloso!
¡Paciencia soberana nunca oída,
Que para dar al ofensor la vida
Se humille el ofendido,
Y esté tan abatido
Que mofen del con nuevas invenciones,
Para darle tormento, unos sayones!

EL MISMO. — *Id.*

684.

Cinco ríos corrientes
Salen, mi Dios, de vuestros miembros fríos;
Yo, por ver hechos fuentes
Los secos ojos míos,
Siéntome á las riberas destos ríos.
Aquí lloro mi culpa,
Lleno de confusión y gran espanto;
Mas viendo tal desculpa,
Crece en la tierra el llanto,
Donde estoy desterrado y lloro tanto.
De ver vuestras entrañas,
Vuestras manos y pies estar ya fríos
Con heridas tan malas,
Corren tantó los ríos,
Que los hacen crecer los ojos míos.
Y viendo de tal suerte
Al que en el cielo dicen Santo, Santo,
Al poderoso y fuerte,
Luego se viene el llanto
Si alguna vez por consolarme canto;
Mas viendo los despojos
De que esta muerte vuestra queda llena,
Se acaban mis enojos,
Aunque la tierra ajena
Es causa para mí de tanta pena.
El verme desterrado
En este suelo con tormento tanto,
Me tiene en tal cuidado,
En tal pena y quebranto,
Que tengo por mejor volverme al llanto.

EL MISMO. — *Id.*

683.

«¡Oh gloria escurecida!»
La Madre al Hijo Dios está diciendo;
La hermosura perdida
La va á ella entristeciendo
Y aquel rostro clarísimo cubriendo.
Aquel sol eclipsado
Sus rayos resplandecientes ha escondido,
Y así el cielo ha quedado
Sin sol, escurecido,
Y sus planetas todos se han perdido.
La Madre piadosa

Las llagas de una en una va besando;
Besólas tan llorosa,
Que las iba regando,
Su sangre con sus lágrimas limpiando.
Contempla en Dios sagrado
Por los hombres deshecha la hermosura:
¡Oh, qué bien se ha mostrado,
Mi Dios, en tal figura
Vuestra bondad inmensa y su dulzura!
«¿Dó es la hermosura, dice,
Que al mismo sol del cielo hermoseaba?
Dó el regalo que os hice
Cuando, Hijo, os criaba,
Y con leche, y no lágrimas, lavaba?»

UBEDA. — *Cancionero.*

686.

¡Oh rutilante aurora!
Oh mañana clarísima y gloriosa,
Que saliendo á deshora
De noche tenebrosa,
Eres al cielo y tierra muy hermosa!
Gloria, triunfo y consuelo
Aqueste día nos da, que Dios ha obrado,
Pues la gloria del cielo
Ganada nos la ha dado
Dándonos á su Hijo así resucitado.
Jamás Febo hermoso
Sus rayos tan lucientes ha mostrado,
Y nunca tan glorioso
Jesus se nos ha dado
Por triunfador, por rey, por abogado.
Al sol claro del día,
Jesus, sol de justicia, previniendo
Se nos dé luz y guía;
Al mundo esclareciendo,
Sus dones y fulgores esparciendo.
En el sepulcro obscuro
Tendido estaba el santo cuerpo muerto,
A quien el hierro duro,
De mil llagas cubierto,
Dejó de su hermosura muy desierto.
Ya del alma gloriosa,
Cual nube umbrosa, todo es revestido,
Y con su luz hermosa
Su cuerpo ennoblecido,
Sacándole del valle del olvido.
Las aves muy pintadas
Están en este alborao gorjeando
Con sus lenguas arpadas,
Al hombre despertando
Y á la alletuya dulce convocando.
Aquellos viejos santos
Reciben libertad tan deseada
Con admirables cantos,
Con música ordenada,
De ángeles y cielos ayudada.
Cantan á su Señor,
Que con crecida gloria ha ya triunfado,
Y ha quebrado el furor
Del enemigo airado,
Que en el mar mas profundo le ha arrojado.
¡Oh gloria comenzada!
Oh tinieblas, abismos alumbrados,
Oh prision acabada,
Oh cielos ya rasgados,
Oh bienes con riquezas mejorados!
Oh santo Mardoqueo,
De tu silicio y saco despojado,
Y con real arreo
De victoria adornado,
Por Redentor y Dios tan celebrado!
Pues ya la Virgen santa,
Que cual leona da recios bramidos,
Cual tortolice canta
Cantares tan sentidos,
Que al Hijo resuscitan sus gemidos.
«Levanta, gloria mía,
Levanta, mi salterio y mi vihuela,
Y con nueva alegría

A tu Madre consuela,
Que esperando tu abrazo, se desvela.»
Reciba su consuelo,
Serénese aquel cielo escurecido,
La luna con el velo
Del eclipse perdido
Con presencia del Hijo muy querido.

UBEDA. — *Cancionero*.

687.

Si quieres, alma mía,
Gozar deste convite y real bocado,
No llegues seca y fría;
Que al buen enamorado
Afrenta es no llegar muy abrasado.
Ponte la vestidura
De las bodas á que eres convidada;
Que tu antigua hormosura
En su lustre tornada
Será, y del dulce Esposo reparada.
Hoy se te da en comida,
Encerrado en aqueste sacramento,
Para que tengas vida
Y des consentimiento
A aqueste soberano casamiento.

EL MISMO. — *Id.*

688.

Madre gloriosa y pura,
A quien se dió por hijo el Verbo eterno,
Roca do se asegura
Y ti ne su gobierno
Al cielo, gloria al mundo, espanto á infierno;
Madrasta de pecado,
A cuya concepcion perdió su fuerza,
Rendido y destrozado;
Invencion do se esfuerza
A que jamás el bien el alma tuerza.
Mas que los cielos alta,
Adonde tus divinos piés estriban;
Remedio á nuestra falta,
Ingenio en quien se avivan
Almas para que eternamente vivan.
Mar do salió de madre
Al mundo el Rey del cielo, mar y suelo;
Regalada del Padre,
Imagen del consuelo,
Adonde se tornó la tierra cielo.
Manjar dulce y sabroso
Al que para su gusto es recogido;
Real sitio glorioso,
Inviolado, escogido,
Adonde el Verbo eterno se ha metido.

Mas que el ciprés y palma
Al soberano cielo levantada,
Relicario en cuya alma
Y cuerpo le fué dada
Al eternal concepto digna entrada.

Milagrosa desculpa
Al error nuestro en la maldad primera,
Remate de la culpa,
Immaculada, entera,
A quien rendida está la sierpe fiera.
Menos te alabo y veo
Alabarte, que soy insuficiente;
Recibe mi deseo,
Y alábeta á la gente
Aquél que sabe y puede enteramente.

UBEDA. — *Cancionero*. — Cada estrofa forma con las iniciales de los versos, el acróstico de *María*.

689.

Cuán bienaventurado
Puede con justa causa aquel llamarse

Que vive descuidado
Y libre de enredarse
Donde no pueda sin dolor librarse.
De cinco años se parte
El gran Bautista á aquel desierto extraño,
Porque nadie se aparte
Para hacelle daño,
Visto del mundo el manifiesto engaño.
Allí los largos ratos,
Allí los ejercicios tan gustosos,
Los amorosos tratos,
Los contentos dichosos,
Libres de vanagloria y de envidiosos.
De la noche hace día,
Las estrellas de Dios son mensajeros,
Sin andar á porfía
Los años lleva enteros
Tras alcanzar los gustos verdaderos.
Gasta allí Juan su vida
Con la prudente hormiga porfiando,
Ella en coger perdida,
El todo lo dejando,
Entrambos proveerse procurando.
Ve allí el rocío hermoso,
Como perlas, en flores relumbrando;
Ve allí el campo oloroso,
Ve las aves cantando,
Mira la madre abeja susurrando.

Ve que en las dulces flores
Dulcemente se halla, y se apacienta
De suaves olores,
Y solo tiene cuenta
De su contento y de la miel que aumenta.

Con ella Juan apuesta
A coger de las flores el rocío;
No coge ella en la siesta,
No coge en el estío,
Mas él á todas horas y en el frío.
Ambos hacen panales,
Ella en el duro roble, él en su alma;
Empezaron iguales,
Mas Juan llevó la palma,
Que ella descansa, y nunca él hace calma.

La abeja le mantiene,
Por él anda muy triste y trabajosa,
Y solo pena tiene;
Hacer la miel sabrosa,
Gustara, pues no come de otra cosa.
Un ángel, no hombre humano,
Parece en el desierto que habitaba,
Tanto á Dios mas cercano
Cuanto lejos estaba
Del mundo y de los hombres que dejaba.

El vivir en paciencia
Martirio por corona está esperando
La dura penitencia;
Del suelo se apartando
En vida, se está al cielo avecindando.

UBEDA. — *Cancionero*.

690.

Con círculos de luz los aires vanos
Bordando, deja el trono en que reside
El que lo incompreensible comprende,
Uno de los mas bellos cortesanos,
Que con el iris de sus alas mide
Cuanto el amor divino en fuego enciende;
Y el blanco vuelo extiende
A la ciudad sagrada venturosa,
Por tan altos misterios prodigiosa,
Y el sitio sacrosanto reverencia
Que santificó Dios con su presencia,
Cifrando su grandeza en un bocado;
Y donde en rúbea llama,
Que blanda fortifica y dulce inflama,
Bajó el divino Espíritu, enviado
Del Padre Eterno, á quien el cielo inmenso
En aras de zafir ofrece incienso;
Aquí pues Gabriel, nuncio divino,

Por inefabiles modos inspirado,
A la Reina del cielo se presenta,
Y á la sacra embajada abrió camino,
De que el punto dichoso era llegado,
Y de los hados la infalible cuenta
En que el Dios que sustenta
La eternidad, en su profundo pecho
Ordena que la union y lazo estrecho
Del alma y cuerpo la guadaña rompa
Para que triunfe con excelsa pompa,
Premio debido á su virtud inmensa;
Que aunque es libre, por cuanto
No cayó mancha en su purpúreo manto,
Del pecho impuesto por la antigua ofensa,
Ha de seguir de Cristo el trance fuerte,
Pues murió para vencer la muerte.
Oyó la nueva, alegre tanto al justo
Cuanto terrible el alma descuidada,
La Virgen pura, y al Autor del cielo
Las gracias rinde, y con terneza y gusto
En breve se dispone á la jornada,
Ansiosa por ver roto el mortal velo;
Luego del ancho suelo,
Donde en varias regiones divididos
Estaban, en un punto conducidos
Fuercn los héroes de la Iglesia santa;
Cuál con dulces memorias himnos canta,
Cuál baña en llanto el rostro venerable,
Y ante la Virgen bella,
Que rayos del sol viste y luna huella,
Ciertos de su partida inevitable,
La bendicion reciben de su mano,
Reparadora del linaje humano.
No se atrevió el dolor, ni el accidente
Acometió con fuerzas desiguales,
Mas en suave paz triunfó la muerte,
Y cual suelen del sol resplandeciente
Desaparecer los rayos celestiales
Cuando la opuesta nube los divierte,
O cual la segur fuerte
Por mano inadvertida ó envidiosa
Deja cortada matutina rosa;
Así á los soles de sus claros ojos
Faltó la luz y resplandores rojos;
Mas luego, como ilustre vencedora,
De entre la tumba fria,
Prestando luz y resplandor al día,
Salió mas bella que la bella aurora,
Unida el alma pura al cuerpo puro
Que fué del mismo Dios custodia y muro.
El sagrado Sion bajó su cumbre,
Vertió Amaltea su abundante copia,
Y los cielos corrieron la cortina,
Y una no vista luz inaccesible,
A la naturaleza humana impropia,
Se vió al monte y al valle convecina;
Y entre esta luz divina
Escuadrones de espíritus alados,
Que á las plantas bellísimas postrados,
En triunfo excelso suben por el viento
A la Reina inmortal del firmamento,
Cantando su victoria, triunfo y gala
En una y otra lira,
Que al cielo alegre y á la tierra admira.
El aire puro olor de gloria exhala,
Que roba, cuando ondea licencioso,
El áureo manto, mas que el sol hermoso.
De rojas plumas, con perfiles de oro,
De quien las piedras del rosado oriente
Y el verde abril envidian los colores,
Ligeras aves del supremo coro,
Que se están abrasando dulcemente
En los vivos eternos resplandores,
Coronadas de flores,
Arman por el canino arcos triunfales,
Por donde pasa, y llega á los umbrales
De la Hierusalén triunfante y rica.
Todo el resto del cielo el paso aplica
A verla, y de María aclama el nombre,
En cuya hermosura
La carne ven, imaculada y pura,
Que hizo hombre á Dios y Dios al hombre;

Llega al sólio real, donde de estrellas
Sus sienes ciñen, cándidas y bellas.
Cancion, si corres sola
Por mar incierto, sin piloto ó guia,
Donde una y otra ola
Tu humilde barco embistan á porfia,
Pon en Dios tu esperanza;
Que la humildad aun lo imposible alcanza.

Doña CRISTOBALINA FERNANDEZ DE ALARCON.—Se halla esta Cancion á la Asuncion triunfal de nuestra Señora al cielo en cuerpo y alma en el libro que escribió el licenciado Pedro de Herrera: *Descripcion de la capilla de nuestra Señora del Sagrario, que erigió en la santa iglesia de Toledo el cardenal arzobispo don Bernardo de Sandoval y Rojas, etc.*, impreso en Madrid en casa de Luis Sanchez, año de 1617, en 4.º; al folio 10 vuelto del *Certamen poético*.

Otra poesia de la misma Doña CRISTOBALINA FERNANDEZ DE ALARCON se halla en el libro intitulado *Primera parte de las flores de poetas ilustres de España*, dividida en dos libros, ordenada por Pedro Espinosa (compatriota de la doña Cristobalina), natural de la ciudad de Antequera.—En Valladolid, por Luis Sanchez, año de 1605, en 4.º; y á la hoja 200 vuelta se halla impresa la siguiente cancion de doña Cristobalina:

A LA VIRGEN.

Reina del cielo, que con bellas plantas
Sobre tapetes y alcatifas bellas,
Cantando himnos y pisando estrellas,
Los coros guias de doncellas santas;
De cuyas gracias tantas
Se admiran de tu corte los galanes,
Los que, en vez de brocado y tafetanes,
Visten púrpura ardiente y blancas luces,
Escucha mi lamento,
Si mis piadosas lágrimas
Pueden subir al reino del contento.

691.

Al cielo vais, Señora,
Y allá os reciben con alegre canto;
¡Oh, quién pudiera agora
Asirse á vuestro manto,
Para subir con vos al monte santo!
De angeles sois llevada,
De quien servida sois desde la cuna;
De estrellas coronada:
¡Tal Reina habrá ninguna,
Pues por chapin llevais la blanca luna!
Volved los blandos ojos,
Ave preciosa, sola, humilde y nueva,
Al val de los abrojos,
Que tales flores lleva,
Do suspirando están los hijos de Eva;
Que si con clara vista
Mirais las tristes almas deste suelo,
Con propiedad no vista
Las subiréis de vuelo,
Como perfecta piedra de iman, al cielo.

EL MAESTRO FRAY LUIS DE LEON.—(*Obras de*), publicadas por el padre maestro fray Antolin Merino, tomo vi; Madrid, 1816.

692.

Cortar me puede el hado
La tela del vivir sin que me ampare;
Mas, aunque el cielo airado,
Maria, el dolor doblare,
Olvideme de mí si te olvidare.
—A ti sola me ofrezco,
A ti consagro cuanto yo alcanzare,
Sin ti nada merezco,
Y mientras yo durare,
Olvideme de mí si te olvidare.
—Nací para ser tuyo,
Viviré si esta gloria conservare;
La libertad rehuyo,
Y mientras respirare,
Olvideme de mí si te olvidare.
—El alma te presento,

Y si el furioso mar la contrastare,
Diré con sufrimiento,
Mientras mas me tocara:
Olvideme de mí si te olvidare.

FRAY LUIS DE LEÓN.—*Sus obras.*

693.

DE LA SANTIDAD Y GOZO DE LA GLORIA, Y CONTRARIOS ERRORES MUNDANOS.

Aquel descanso do mi alma aspira,
Del curso ajeno de los tiempos, cuales
Humano acuerdo en esperanza admira;
Si en estrados de luz, almas reales,
Presente lo teneis, y en infinita
Distancia os apartastes de los males,
Y la inmortal corona, no marchita,
En gloria poseida y sustentada,
Sacros esmaltes de saber imita,
Veráse en vuestros gozos renovada
Con tal perpetuidad, que no suceda
Al florido verarío hórrida helada.
Parada está del desear la rueda;
Que el impetu de Dios así la tiene.
Fija, sin que jamás moverse pueda;
Y el ardor que el querer puro mantiene
En viva, suave lumbré trasladado,
Mas encendido á su morada viene;
Ese veloz espíritu ensalzado,
Que guió sus amores altamente,
De profano deleite desviado;
Esa eternal, dulcísima corriente,
Que del pecho de Dios trae su avenida,
Tanto la abraza cuanto mas la siente;
Y de la llama del amor vencida
La castísima esposa, así se mueve,
Al mismo amor en suavidad unida.
El peso de los montes fuera leve
Soplo al penetrar de su carrera,
Y el tiempo en siglos y en edades breve,
Al alma que sintió la verdadera
Hartura de manjares soberanos,
Para volar allá libre y ligera,
Nosotros, tristes, míseros humanos,
Al robo de la luz de nuestra vida,
Envueltos en furor, damos las manos;
Y la mente, en error enflaquecida,
Con libertad para su mal profana,
La noble ara de razon, caída,
¿Qué ayuda puede estar entera y sana,
Si el aliento se niega y la osadía,
Y toda fuerza en resistir es vana?
Yo bien en esta turbación guerria
La paz, que aun procuralla no consiente
El luego engaño que mi alma cria.
Ya sigo otro camino diferente,
Ya contrasto los hierros y cadena,
Sacudo la tiniebla de la frente;
Y cuando el paso con vigor á pena
Moví, al girar de la febea lumbré,
Tinto en ira el humor que está en la vena,
Me redujo á su peso la costumbre,
Y en mí desmayo, del temor asido,
Juzgué por difícilima la cumbre.
¿Quién se viera del cuerpo desasido,
Y suelto de mortales ataduras,
Sin vergüenza y dolor de ser vencido!
Mas no; que son las últimas locuras
De mí error el querer llegar sin fruto
Al cabo de las obras mal seguras.
Yace en profundo sueño, en negro luto,
El corazón, y vela la asechanza,
Y todo lo miré con rostro enjuto.
Ya de su luz en medio mi esperanza
Corre; y al declinar, el bien no elijo,
Ni la alma su reposo puro alcanza.
Pase, Señor, el delirar prolijo,
Y tu bondad como de nuevo vuelva
En paterna obediencia al flaco hijo.
No el plazo de mis días se resuelva

En la tiniebla de los vicios cuando
En sus mortales llagas me revuelva;
Mas la eficaz salud que estoy llamando
Continuas menguas sane y accidente,
Santos remedios por mi bien probando.
A tal estado y sujecion doliente
Vide llegar; humano desvario!
El daño que temió hecho presente;
Que no es volver atrás rápido río
Ni sustentar la carga de los cielos,
Guiar á la virtud el albedrío.
Cubiertos van de negra sombra y velos
Sus contentos, torciendo las pisadas
En mezuquinos postrados desconsuelos;
¿Oh cuántos en pacíficas moradas
Esfuerzan el fervor que está en su pecho,
Dando al amor de Dios fuertes lazadas?
No los turba rebelde y vil despecho,
No ira, no mudanza, no apetito,
En su esperar el ánimo derecho.
Mas socorridos al mayor conflicto,
Por su mejora, su valor tentado,
Con un gozo en sus almas infinito.
De allí el bajel se mira zozobrado,
La violencia ensañada en la flaqueza,
El misero lamento no acabado;
De allí la opulentísima riqueza
Comprar honras sin tasa, no sabiendo,
Al partir, cuán liviana es la pobreza.
Falso rumor á la verdad poniendo
Escándalo perpetuo, que la envidia
De infernales colores va vistiendo;
Una ambicion que contra otra lidia,
Porfia, ostinacion, cautelas, yerro,
Do el mas sobrado al mas desnudo envidia.
Nunca ablandarse al vivo fuego el hierro
Pudo mejor, y desmayar la gente
Al trastornar de algun vecino cerro,
Cual sobre la cerviz puñal pendiente
Detener los malinos movimientos,
Y en esta incierta vida sabiamente
Temer el soplo de atrevidos vientos.

DON LUIS DE RIBERA.—*Sagradas poetas*, dirigidas á la señora
doña Costanza Maria de Ribera, monja profesa en el hábito de la
Concepcion. Madrid, por Diego Flamenca, 1626; 4.º

694.

DE LA VIRTUD HERÓICA, Y DE SUS PARTES.

Graves cuidados de la ciega gente,
Que en fatiga y dolor el cuello oprimen,
Siguiendo vanas cosas vanamente,
Tal locura en sus ánimos imprimen,
Que, cual de sanidad desesperada,
Hacen que las mayores no se estimen.
¿No es este error? No es llaga cancerada?
No es sueño de fantásticas figuras?
No es vida mal perdida y acabada?
Desnuda el frío invierno las verduras
Del campo, y de los huertos la belleza,
Las hojas en cerradas espesuras,
Y aquella mística faz que la aspereza
Del tiempo hizo, por mudanza vuelve
A cobrar sus colores y viveza;
Pero la nuestra edad siempre se envuelve
En una duracion de mortal hielo,
Y allí los días por su mal resuelve.
Apartado y difícil juzga el cielo,
La lluvia desechando y el rocío,
Que apareja dulcísimo consuelo.
Ya se deja abrasar de ardiente estío
O endurecer en la region helada;
Primavera no vió su desvario.
De honesto, alegre manto despojada,
En malezas y espigas abundante,
Jamás de arado ni labor honrada,
Con este despreciado y vil semblante,
Así para, confusa y ofendida,
A toda buena ayuda repugnante;
En misera carrera perseguida,

A la primera luz de daños tales,
Sin provecho se queja nuestra vida,
Que ni la sacan de su error los males,
Necesidad, dolor, angustia y pena,
De enfermedad y muerte las señales.
El sol su turbacion nunca serena,
Y en la culpa, medrosa del tormento,
Durando mas, á eterno se condena.
Cual en trabada lid fiero elemento
Mezclarse vido al otro, y su pujanza
Correr con desatado movimiento;
Que aquella tan furiosa destemplanza
No se ensañase en la mortal flaqueza,
Haciéndole probar triste mudanza.
Pues si al cuerpo contrasta la dureza
Del cielo, ¿qué batalla no se prueba
Del ánimo en la cárcel y estrechez?
Una pasion tras otra se lo lleva,
El miedo lo desmaya y enflaquece,
Y horribles negras sombras le renueva.
El osado vigor luego se ofrece,
Y al corazon levanta descaecido.
Por quien se esfuerza, aira y engrandece.
Déjalo la tristeza consumido,
Y en contra della puesta la alegría,
Lo mueve con magnífico vestido.
Encléndelo la ira en su porfia,
Y el deleite, en su luz y amor cebado,
Cuanto mas lo regala, mas lo enfria.
Aquel descontentarse de su estado,
Ultrajar la fortuna, y despecharse
Cualquiera de no verse levantado.
Que ó pueda en la razon aconsejarse
Para elegir, como varon prudente,
O del hado y la suerte aprovecharse;
Todo es mostrar el ceño de la frente,
Como si las querellas enfiñaran
El vario revolver de su accidente:
Tan poco en las riquezas sosegaran
Los que en desprecio la pobreza tienen,
Ni en aquellas harturas descansar.
De preciosas alhajas la nao viene
Llenos los senos, y en el mar airado
Como una firme roca se mantiene;
Mas cuando el Euro y Noto desatado
Oprime el mástel y la jarcia suena
Por un embate y otro acelerado,
Entrarse el agua y sacudir la entena,
El mercader que estaba antes seguro
¿Qué vida desechada no ha por buena?
Mejor está el soldado sobre el muro
Del enemigo, dice, conquistando
Entre la llama nombre nunca oscuro;
Que ora acabe la vida peleando,
Ora aclame vitoria, un punto breve
Va su vida ó su muerte mejorando.
Al ciudadano la labranza mueve
Y la segura hoz, que no se ha visto
Perder los filos entre fuego y nieve;
Yo, que el lauro á Melpómene conquisto,
El ocio alabo del arado suelto,
Y de vergüenza el variar resisto.
El soldado á la paz amada vuelto,
Del trabajo los miembros oprimidos,
No vive como en robo no está envuelto.
El rústico pastor en los egidos,
Desampara el ganado, malcontento,
Los espaciosos campos y floridos;
Pero si cada uno el movimiento
De su querer ejecutado viese,
Luego cairia en arrepentimiento.
Tan solo á aquel que el ánimo rigiese,
El cual si no obedece se levanta,
Y con freno y cadenas detuviere,
Esta perturbacion jamás espanta;
Que en gloriosa virtud establecido,
Su gozo en el peligro ajeno canta.
Que no de las corrientes el ruido
En peñas quebrantadas ni la arena,
Salpicado de oro su vestido;
Ni el céfiro que blandamente suena,
Ni la caza del bosque y la montaña

Por su espesura y sombra mas amena;
Ni la flauta que alegra la cabaña,
Ni el variado manto de las flores,
Do su espíritu en ámbra aura baña;
Ni del arco del cielo los colores,
Ni la tranquila faz tras la tormenta,
Los tonos de las aves y clamores;
La libertad, de yugo siempre exenta,
El vehemente amor de luz hermosa,
Que su deleite en clara llama aumenta;
La carrera de honras ambiciosa,
La dignidad de gente rodeada,
La sangre en los pasados generosa;
La mano, de riquezas abastada,
La gracia corporal, la hermosura,
En juvenil edad nunca apagada;
No saber de dolor, mengua y tristura,
Mira del sol, en el placer la zara,
Y tener de la mano la ventura;
Ni del imperio la temida vara,
La majestad, estrados y opulencia
Que en los inclitos reyes se declara;
El resplandor de la real presencia,
La privanza vestida de su lumbre,
Creciendo por virtud de su influencia;
Se libra de mezquina servidumbre,
Porque sujeto al vicio y la mudanza,
Vanidad y congoja es su costumbre.
Sola virtud es bienaventuranza,
Sola, altar de salud y muro fuerte,
Sola mantiene la inmortal holganza;
Nunca temió las flechas de la muerte,
Y en los mas duros trances concertada,
Señora fué del hado y de la suerte.
Virtud es huir el vicio, y la ensalzada
Luz de sabiduria, estar ajena
De la ignorancia, en hierros afrentada.
El malo se sujeta á dura pena,
Y estragado en la culpa, se empeora,
Y á tiniebla y batalla se condena;
Que quien sirve á la esclava por señora
En deshonrado y lastimoso engaño,
Solo la vida que se acaba llora.
Huye de aquel casero y propio daño
Que dentro la alma lleva, tan medroso
Como si fuera de enemigo extraño;
Y es tan fuerte el veneno y tan rabioso,
Que en el placer mundano y la alegría
No le concede punto de reposo;
Y su rebelde y contumaz porfia
Ofende á la razon, y así padece,
En vituperio puesta y niebla fria.
¡Dichoso aquel que deste error carece,
Y á la preciosa luz en que se inflama,
Con valor y dotrina la obedece!
La soberana mente á todos llama,
Y de virtud el bulto infatigable
Muestra en perpétua y refulgente llama.
El semblante honestísimo y amable,
El generoso pecho confortado,
Y la concordia en el saber loable;
El fruto de las obras ensalzado,
Y la tranquilidad y continencia
De su real vigor no quebrantado;
A cualquiera se ofrece su presencia,
Mas con tal majestad, que su ornamento
Obliga á una profunda reverencia.
Tiene en las plazas público aposento,
En las puertas, caminos y en las calles,
Ante las aras y en la curia asiento;
Porque tú, su amor, siempre la halles,
Y á los que su gentil vista desean
Pueda con su lindeza convalidar.
Mas ¡ay dolor! que si morir la vean
Ciegos mortales á la injuria y hielo,
Y sus colores que al ardor se afean,
Ninguno cubre con piadoso velo,
Ni su lecho y manjares le presenta,
Subiéndola en loores hasta el cielo.
Temprana institucion saca de afrenta,
Y en el sencillo pecho la enseñanza,
Como en tierra dispuesta, se acrecienta.

Sube en altas raíces la esperanza
De la primera edad, que la cultura
Puso en bien ordenada semejanza;
Porque noble señal es y segura,
Vestir, al comenzar de la carrera,
De virtud la honorífica armadura.
Del sacdido potro aquella fiera
Muestra, de su coraje arrebatado,
Arte al principio con rigor venciera;
Después, del peso y mano domeñado,
El talón y la vara lo corrige,
Trayéndolo en el campo ejercitado;
Que el honesto ejercicio tanto aliige
A la naturaleza rebelada,
Que al fin la persuade, enmienda y rige.
Tal es la sabia escuela cultivada,
Espíritu infundiendo generoso,
Toda mala semilla desterrada,
Y el suave licor, puro y precioso,
Que el blanco vaso recibió primero,
Exhala por mil partes oloroso.
Caminos es este ilustre y verdadero
Que en pacífica andanza se prosigue,
Y á la inmortalidad va su sendero.
El cachorro de caza el rastro sigue
Del ciervo, á cuya piel ladró en palacio,
Y en el bosque lo espanta y lo persigue;
Que el natural honor no le da espacio
De hacerse robusto, militando
Dende la tierna edad por luengo espacio.
Esta trompa al varón mueve, llamando
A la cumbre de gloria permanente,
Y con su vivo ardor está incitando;
Que el impetu del ánimo valiente
En el cerrado estrecho de batalla
Dudar para el peligro no consiente.
Allí la muerte la corona halla,
Y otros altos despojos que pudieron
De miserable olvido libertalla.
Los que las naves en escuadras vieron,
Y con feroz denuevo acometidas,
Al mar hechas pedazos se las dieron;
Las militares señas abatidas,
En la cadena puesto el enemigo,
Las armas del infiel impio rendidas;
La religión católica testigo
Que por debidamente defendella
No se atrevió á hacer del malo amigo;
Del público gobierno la centella,
Que trae en las políticas acciones
La paz, y la justicia cerca della;
El vínculo de libres corazones,
Liberal esplendor, manifiencia,
En las obras mejor que en las razones;
La gravedad y el peso de la ciencia,
El temor del Altísimo ceñido,
Y la serenidad de la conciencia,
Vuelven el corazón engrandecido,
Y con premio que nunca desfallece,
En un felice estado alzarse vido.
Todo profano amor triste perece,
Y del malo en sonido la memoria
Como afrentosa niebla desaparece.
Del vicio y la lujuria vil historia,
Odiosa en los presentes y pasados,
Tanto se afea mas cuanto la gloria
De la virtud los hace venerados.

DON LUIS DE RIBERA.—*Sagradas poesías.*

693.

DE LA IGLESIA MILITANTE Y TRIUNFANTE.

Otra fuerte armadura, otra fineza
De no domado acero, otras victorias,
Que en gloria al tiempo vencen y en firmeza,
Por títulos heróicos las memorias
En el templo de Dios establecidas,
Cubriendo de tiniebla otras historias;
La militante Iglesia, revestidas

De honor las sienes, representa, armada,
Sus enseñanzas católicas tendidas.

El celo encendió en fuego la rosada
Y reverente faz, de real costumbre,
Cual de puros carbuncos esmaltada;

Esta que en paz hermoseó su lumbre,
La preciosa diadema que le puso

El Señor en excelsa, ardiente cumbre,
Cuyo premio á su lado estar dispuso,

Porque el virgineo y casto pensamiento
Ni caído se viese ni confuso;

El trono de reinar por sacro asiento
Tiene, ayudada de potente diestra,

Que ensalza su vigor en ardimiento.
Purísima bondad por manto muestra

Inexpugnable ardor de vivo fuego,
De la esperanza y oración maestra;

El pié calzado y pronto para el ruego
De la virtud, en la feliz carrera

De evangélica paz que anuncia luego,
Y el Rey, al contemplalla tan ligera,

Le dice: «Hija del Príncipe, hermoso
Es el tu andar á quien tu paso espera;

» Parécese en tus huellas el gracioso
Movimiento del cuerpo que, calzado,

Avisan ser real al Rey esposo. »
Ya el ornamento nupcial, trocado

Por la veste de armigera Belona,
A los impíos robustos desmayado,

Y la verdad ciñendo su persona,
Los piés afirma y el semblante enseña,

Que sin igual compite la corona.
Inmóvil en las batallas como peña,

Vestido el coselete de justicia,
Morrión de salud sobre la greña;

La rodela de fe que á la malicia
Resistía el arrojado dardo ardiente,

Las flechas con ponzoña de injusticia;
El acerado estoque refulgente

Del fortísimo Espíritu en la mano,
Que es palabra de Dios, santa, eminente;

Así se planta en el abierto llano,
Teniendo su escuadrón en ordenanza

Horrible al enemigo mas lozano;
Con felice y segura confianza,

Que el infernal ardor y la violencia
Jamás contrasten su inmortal holganza;

La promesa divina en resistencia
Al malo opuesta, su valor rehace

Con alegre y firmísima creencia.
Prudente á los peligros satisface

Con perpétua vigilia y entereza,
Y la dificultad no le desplace;

Halla en la tentación suma riqueza;
Que los contrastes ásperos vencidos,

Aumentan el despojo y fortaleza.
Regalan dulcemente sus oídos

El militar estruendo y vocería,
Del guerrero postrado los gemidos;

La vitoria la viste de alegría,
Y la triunfante diestra allí humillada,

Gracias á Dios con reverencia enya.
Con sacros ornamentos ensalzada,

Al pueblo vencedor se representa
De lauros y de olivas coronada,

Porque también el enemigo sienta,
Si reducirse á su obediencia quiere,

Honor y libertad, lejos de afrenta.
La bacha de armas que los miembros hiere,

Del contrapuesto orgullo despedida
Si allí de la robusta mano fuere,

Al noble templo de virtud traída,
La paz declara que á la tierra ofrece,

Por glorioso trofeo recebida.
Ya la soberbia presa respaldece

Puesta á sus piés, y en el precioso estrado
Ilustre y hermosísima parece;

Luego el feliz despojo trasladado
A la torre do tiene su armería,

Por las paredes todo está colgado;
Mil antiguos escudos á porfia

Venciéndose en labor maravillosa,

Que vivas las figuras descubria;
 La muchedumbre de armas espantosa,
 Pendiente y arreada, hermosea
 La vista á los rebeldes tan odiosa.
 Tal es la Iglesia santa, que pelea
 Por la fe de su esposo, el Rey divino,
 Y de constancia y de virtud se arrea.
 El brazo que jamás perdiera el tino
 En arrojar la lanza, es bien guiado
 De justicia y verdad por el camino;
 Y por la mansedumbre levantado,
 A grande maravilla en uno tiene
 Con la blandura su vigor mezclado.
 La real vestidura con que viene,
 A los ojos del Rey es fortaleza,
 Con quien su lindo parecer conviene.
 Por el color de aurora y la belleza
 Celestial nunca vista, oh poderosa
 Hija del sol, en juvenil pureza,
 La carrera honorífica y gloriosa
 Comiéntala, y prosigue felizmente,
 Reina sobre la gente religiosa.
 Tus saetas agudas en la frente
 Y el corazon del enemigo fiero
 Parent, y sea e pueblo á ti obediente.
 Tu asiento estable en Dios y verdadero
 Se extiende por los siglos sin caída,
 Y el cetro en lo derecho siempre entero;
 Y siendo la maldad aborrecida,
 Amaste la justicia, y Dios te baña
 Con aceite de gozo sin medida.
 La mirra, nardo y bálsamo acompaña
 Tus ropas y atavíos olorosos.
 Y la canela en su escogida caña.
 Entre los vasos de marfil preciosos,
 Que su licor derraman en el día
 De la pompa y convites suntuosos,
 De tus damas la ilustre compañía,
 Para mejor servirte y deleitarte,
 Con ellos la jocunda faz rocía.
 Tú, del Esposo en la derecha parte,
 Como Reina, sentada, el ornamento
 Muestras, compuesto de poder y arte;
 Tejido el oro en tal compartimiento,
 Que el matiz y labor de primavera
 De flores y de luz visten su asiento.
 Inclina al Rey la oreja, y persevera
 En el su dulce amor, solo acordada
 Del apretado abrazo que te diera.
 Será tu hermosura del amada,
 Porque es tu Dios y tu Señor eterno
 De majestad excelsa y adorada.
 Las doncellas de Tiro, el suave y tierno
 Rostro humillando, con purpúreos dones
 Hacen esclarecido tu gobierno;
 De la ciudad los mas ricos varones
 Serles mostrado el virginal semblante
 Demandarán con limpios corazones;
 Y aunque tu resplandor es radiante,
 Su majestad y gloria soberana
 La vista no la tiene allí delante;
 Que dentro es la belleza sobrehumana,
 Lo escondido es mayor, los hilos de oro
 Los pinta y orna variedad lozana.
 Cubierto queda el sin igual tesoro
 De tu ornato y alhajas diferentes
 Con agraciado y singular decoro.
 Virgenes señaladas, excelentes,
 Serán al Rey traídas, las mejores
 En tu servicio hallarás presentes,
 Con musicales cantos y clamores,
 Y con placer y gozo y armonía
 De coros y suavísimos amores;
 En el templo real, solene día,
 Las meterás contigo, porque vean
 La riqueza y dulzura que tenia.
 Hijos, que principes gloriosos sean
 Por tus ancianos padres, te han nacido,
 Que en tu defensa con valor pelean;
 Nunca le llegará el odioso olvido
 Al nombre de tu Dios; de gente en gente
 Irá siempre acatado y extendido,

Y sin cesar por eso eternamente
 A él y á ti los pueblos alabando,
 Hollarás de los siglos la corriente.
 Allí tus claros ojos acetando
 La confesion están, y la hermosura,
 Santidad y grandeza consagrando.
 Dad, gentes, al Señor con lengua pura
 Las honras y el loor, dalde la gloria
 En desposorios de tan gran dulzura;
 Apartad los becerros, la memoria
 De los gentiles ritos, y en su casa
 Hacelde adoracion por su vitoria.
 Mas si el blando mirar penetra y pasa
 Los cielos, esmaltados de labores,
 De luz y rosa y púrpura y de brasa;
 Donde la variedad de los colores,
 Unos de rojo claro, otros de ardiente,
 Se viste de admirables resplandores;
 Moviendo en torno la sagrada frente,
 Que entre los fuegos del impíreo asiento
 Parecerá mas bella y refulgente;
 Tú, amantísima Madre, si ardimiento
 De tus heroicas obras te levanta
 A ver el estrellado firmamento,
 Esa tu vitoriosa, excelsa planta
 (A quien en asechanza el dragon vela,
 Y su firmeza y duracion lo espanta;
 A quien linaloeles y canela
 La pura religion, postrada, enciende,
 Y en aras con olores te consuela),
 Sobre planetas abrasados tiende,
 En tanto que el terreno trono dejas,
 Donde el gobierno tu consejo atiende;
 Que si en contemplacion de nos te alejas,
 Y subes al ardor de etéreas almas,
 Presto te moverán humanas quejas.
 Del sabio querubín volando en palmas,
 Por eternas moradas descendiendo,
 En tus hijos verás triunfantes palmas:
 El juzgado apostólico ciñendo
 La silla de tu Rey y sacro Esposo,
 Que su amor para ti le está pidiendo;
 Y él, mas tierno, suave y piadoso,
 De su costado la profunda herida
 Muestra, do te bañó licor precioso.
 Está su ancianidad esclarecida
 Con la ropa inmortal del oro puro,
 De caridad y gozo fiel vestida,
 Y de las ricas piedras con que el muro
 De la ciudad de gloria fuera hecho,
 Impenetrable, lúcido y seguro,
 Sembradas como estrellas, por el pecho
 Y honoríficas sienes resplandecen.
 Cualquiera en viva lumbre satisfecho.
 Patriarcas, profetas aparecen
 De antiguo honor, que las figuras fueron
 Con que tus escrituras se enriquecen;
 Aquellos esforzados que pudieron
 Sufrir el golpe, y de la impia mano,
 Y las llamas con gozo se sorbieron;
 Estos que enflaquecieron al tirano,
 Y alzando en el tormento la osadía,
 Jamás mostraron sentimiento humano,
 Con sereno semblante y alegría,
 Y el ánimo á la gloria levantado,
 Y puro fuego que en su pecho ardia.
 Ya el vitorioso espíritu ensalzado,
 Al desnudar la ropa eusangrentada,
 Por esta sujecion algo eclipsado,
 Allí, cuando su lumbre fué apagada,
 Cayó, el honesto cuerpo en sangre envuelto,
 La esperanza en los otros confortada;
 Mas libre del dolor, del hielo suelto,
 Lo mirará tu frente soberana,
 En sacro ardor y luz eterna vuelto.
 Bañó el dorado sol en fina grana
 Sus rayos, y cubrió las almas pias
 Con inmortal honor y faz ufana.
 Y entre los muchos mártires que vias
 Con mantos de jacintos y corales
 (Segun que en tus mejillas los sentias),
 De rubies y perlas orientales,

Y brasas de carbuncos y de flores,
 Ambar y oro en proporcion iguales.
 Compuestas sus coronas, vencedores
 De la vida, del mundo y del infierno,
 A ti reverenciaban los mayores.
 Firme en asiento y órden el gobierno,
 Y eminente tiara y la divina
 Ciencia se vía en el siniestro cuerno,
 Y aquella penitencia tan continua
 De santos eremitas, en dulzura
 Vuelta, y su soledad, á Dios vecina;
 También con blanca y linda vestidura
 Los confesores y almas virginales,
 Los infantes por agua santa y pura;
 Cuando al reverberar de los cristales
 En los virgineos velos con la lumbre
 Del Esposo y amores celestiales,
 La consagrada y bella muchedumbre
 De vírgenes te puso en maravilla,
 Y esclareció la impirea, ardiente cumbre.
 A ti, como á su madre, la rodilla
 Inclina luego con abrazo estrecho,
 Y en tu seno real para y se humilla.
 Brotó azucenas el luciente lecho,
 Y de jazmín se ornó tu sien dichosa,
 De diamantes y oro el fuerte pecho;
 Mas cesó la vision alta y gloriosa,
 Y á tu grande palacio te volviste,
 Con nuevos resplandores mas hermosa.
 Asiste, Reina sacrosanta, asiste,
 Y á sombra desas alas á tus fieles
 Ampara, pues á ti los recogiste.
 Las guirnalda de grama y de laureles,
 Señas de tu valor, reparte en ellos;
 Eternos los harán pluma y pinceles;
 Y ora dores el mar con tus cabellos,
 Y en poderosa nave los remotos
 Senos descubras, imperando en ellos,
 Cuando en cerúleas aguas leños rotos
 Rindieron á la furia destemplada,
 Con la turbada vida, últimos votos,
 Entonces esa misma, sosegada,
 Te sople el sacro espíritu, y navegue
 El piloto real, Cristo, tu armada.
 Cercando el mar y tierra, el nombre llegue
 De la cristiana fe y tu señorío
 Do el austro morador te acoja y ruegue;
 Y do recibe Ganjes el rocío
 De la primera rutilante aurora,
 Y tuvo su principio anciano río;
 Y donde Bóreas en su hielo mora,
 Y la noche venciendo al breve día,
 El seita y masageta por él llora;
 Y donde Libia sus arenas via
 Parir fieras y sierpes, y Etiópia
 Desea la argentada luna fría;
 Que si posees la preciada copia
 De la sangre de Cristo y el tesoro
 Que te ganó en la cruz por virtud propia,
 Por Ismael, templado el tierno lloro,
 Pedirá tu bautismo y sacramentos,
 Humilde levantando altares de oro
 Con bálsamos persianos y ornamentos.

DON LUIS DE RIBERA. — *Sagradas poesías.*

696.

DE LA MATANZA HECHA POR HERÓDES EN LOS SANTOS
 INOCENTES.

Raquel revienta en llanto y amargura,
 Y en torno sus majadas y alcarias
 Gemidos y clamor suben al cielo;
 Correr la sangre por tus plazas vias,
 Y teñir en los campos la verdura.
 ¡Oh madre amancillada y sin consuelo!
 Afila, rey, el celo
 Y la sangrienta envidia
 Que en tus entrañas lidia,
 En el impio cuchillo, que las rosas

De Palestina vuelve mas hermosas,
 Porque son para Dios santas primicias;
 Y el mundo á las dichosas
 Nuevas del cielo da tales albricias.
 Nace llorando el Rey de inmortal gloria,
 Porque quiso nacer el que es eterno,
 Y llora en la estrechez del vestido,
 Como en sensible carne niño tierno;
 Solo el cielo se alegra, y la vitoria
 Canta al Dios poderoso y escondido;
 Mas la tierra ha sentido
 Que el campo de batalla
 En sus pechos lo halla,
 Cuando del Rey las lágrimas publican
 Cómo en su sangre madres se salpican;
 Y los blandos infantes, malheridos,
 El gozo multiplican
 En nueva patria y brazos recebidos.
 Dichosa tú, Belén, pues te ha manchado
 El bárbaro furor y ardiente saña
 De Heródes en la mengua de sus hijos,
 Si por matar á uno, á tantos daña.
 Mas no el reciente cuello fué postrado
 Con clamores inútiles, prolijos,
 Que en santos regocijos
 A una la herida
 No diese eterna vida
 A los que el comenzar de la carrera
 Alcanzaron corona placentera,
 Y sin saber de mal, en los umbrales
 De aquella edad primera
 Puros hallaron flores y cristales.
 Alégrese la antigua madre tierra
 En el felice parto y la esperanza
 Que en sus nuevos soldados vió cumplida;
 Cayó la alevé injuria y la asechanza
 Entre los movimientos de la guerra,
 Y en busca de su Rey la vió fallida;
 Pero no el homicida
 Tanto bien les hiciera
 Con piedad verdadera
 Como valió su ira y su despecho;
 Y al crecer la maldad del fiero hecho,
 Sobrepujó la bendición gloriosa,
 Y armó de fuerza el pecho
 Probado en la batalla sanguinosa.
 Ya de los otros mártires la muerte,
 Preciosa y acatada en las memorias,
 Por su decir les mereció alabanza;
 Mas destos pequeñitos las vitorias
 Se ensalzan al romper osado y fuerte,
 Y en acabar así esta su holganza,
 Que el justo nombre alcanza
 De las primeras flores,
 Cuyos rojos colores,
 Nacidos en mitad de infiel helada
 (Cual suele en sus capullos malguardada
 Ahrasarse la rosa), así robados
 Fueron de aquella airada
 Persecucion que vino en sus sembrados.
 Testigo es la comun naturaleza
 Que en los ilustres mártires pelea,
 Al segar sus gargantas el tirano,
 Cuánto al crudo puñal su esfuerzo afea;
 Mas la madre, entre el duelo y la tristeza,
 Arranca con sangrienta, airada mano
 Los cabellos en vano,
 Pues su ornamento vivo
 Arrastró sople esquivo;
 Oro y esmalte arroja, y no procura
 Otro que el encubrir de su criatura;
 Y ella, alzando los gritos, se publica,
 Y con lengua segura,
 No sabiendo temer, fe grande explica.
 ¿Cuál mejor sacrificio y limpios dones
 Que la inocente sangre sin pecado
 Pudo ofrecer la tierra al Dios nacido,
 Si viene á condenar mundo malvado
 Y el hielo de rebeldes corazones?
 ¿Cuál mejor sacrificio engrandecido,
 Que este santo balido
 De los tiernos corderos

Entre los lobos fieros,
Corderos, al Cordero sin mancilla
Que baja de las cumbres y se humilla
Al mas ardiente y nuevo sacrificio
Que vió la maravilla
Obrarse por humano beneficio?
Vosotros, vivas lumbres y sagradas,
Contra quien no se opuso horrible sombra
Ni el ciego error de la hebrea gente;
Vosotros, vivas lumbres, con que alfombra
El altísimo trono y las moradas
El encendido impíreo-refulgente,
Si por la blanca frente
Rojas gotas caídas,
En brasas convertidas
De clarísima luz y eterna llama,
Do el precioso rubí tanto se inflama,
Mostráis, y la pureza que al Dios santo
En loores aclama,
Moviendo el fuego y entonando el canto;
Gozados, y ante el pacífico Cordero,
Con sacras vestiduras inmortales,
Juntos en coros, le cantad la gala.
Corred por los alcázares reales,
O reposad en luz de ardor entero;
Que si en vuestros semblantes se regala,
A todos os iguala
En traerlos consigo,
Cual verdadero amigo,
Y en la virgínea palma no ofendida,
De purísima carne revestida,
Poniéndoos entre blancas azucenas
La guirnalda tejida
De suavidad perpetua y gloria llenas.
Cancion, las alas coge;
Porque si al fuego llegan,
Los ojos que las guían en el ciegan.

DON LUIS DE RIVERA.—*Poesías.*

697.

DE LAS JERARQUÍAS Y COROS, NOMBRES Y OFICIOS DE LOS ÁNGELES, Y DE SU NATURALEZA, CREACION Y GLORIFICACION.

Impíreos fuegos que, en la luz vecina
Altamente inflamados, asistiendo
Caidos; adorais la faz divina,
Y en llama sempiterna estáis ardiendo
Con vehemente union y soberana,
Los rayos desa luz en vos sintiendo;
Y allá donde no llega vista humana,
Con suavidad de gloria y con belleza
Que la inmortal corona hace ufana,
Contemplais el poder y la riqueza
Del sumamente bueno, trino y uno,
Su saber, majestad y fortaleza.
El juicio y virtud, que de consuno
En santos atributos resplandeco,
Sin estrecharse contra si en ninguno;
Y ese grande entender siempre os ofrece
Mas triunfos de amor, con que pagado
Volveis al sacro ardor que os esclarece;
Y allí, en alegre tono y ensalzado,
Honor cantais á Dios, gracias y amores,
Bendicion, claridad á su juzgado.
Eterno Padre en puros resplandores
Extendió sin igual omnipotencia
Al formar los espíritus mejores,
De incorrupcion, virtud y inteligencia
Dotados, sutilísimos y enteros,
Con impasible don y refulgencia.
En tiempo y en lugar siendo primeros,
Quedaron los ministros celestiales
De sus gozos graciosos herederos.
Así fuistes, espíritus rales,
Colocados en bienaventuranza,
Los fuertes, humillados y leales.
Desvaneció el lucero su esperanza,
Y el trono del Inmenso acometiendo,
Cayó, hecha dragon, vana pujanza.

Los orbes, con la cola sacudiendo
De las estrellas la tercera parte,
Marchó, en tinieblas y carbon volviendo.
Mas al crecer ardor de horrible Marte,
Un cordero, en su sangre vitorioso,
Tremoló su pacífico estandarte.
Quedó el etéreo globo con reposo,
Los malos derribados, y los buenos
Dieron á su Criador loor precioso.
Y abiertos del amor purpúreos senos,
Divino Verbo, que acetado habia
Mostrar en su pasión que estaban llenos,
De espíritus la electa compañía
Detuvo, estableció, y á si ayuntada
Confirmó por su muerte en alegría.
Luego excelsa vision comunicada,
En la dulzura y suavidad eterna
Está pura criatura asaz bañada.
Segun natural luz, con que gobierna
La noble voluntad y los oficios
De aquella inflamacion sapiente y tierna,
Y ofreciendo agradables sacrificios,
En cuanto está dispuesta su medida
Para hacer á Dios altos servicios,
Es llena de una gloria tan crecida,
Que así en la dignidad como en el nombre
Les fué mayor alteza repartida.
Ya pues que arrodillados al Dios hombre,
Moradores impíreos, acetado
Dejais del Salvador santo renombre,
Y la ruina y daño reparado
Por su virtud, de vuestro firme asiento,
Hombre mortal, con vos está ensalzado,
Alentad el sagrado movimiento,
Generoso, abrasado y permanente,
Con que ofrecéis la voz y el instrumento,
Al grande Hacedor, que su tridente
En cielo, tierra, abismos sin fatiga
Sustenta con tranquila alegre frente;
Porque, en coros dispuesto, uno prosiga
Himnos de su alabanza y hermosura,
Y al sonar sacras liras se los diga;
Otro, sobrepujando esta figura,
El órgano, bajones y cornetas
Y flautas de suavísima mistura
Tañan con diferencias tan perfetas
De sonos acordadas, que suspenda
Las inflamadas mentes y secretas;
Y mientras al conmovier glorioso atiende,
El seráfico coro en reverencia
Al divino esplendor las alas tienda;
Y cubriendo su luz y alta presencia,
Otro los tímpanos escogidos
Queme con singular magnificencia;
Y todos adorándolo encogidos,
Tres veces Santo entonen, y tres cesen,
A tanta majestad siempre rendidos.
A ti, excelso Señor, así confiesen
En silencio, temor y maravilla,
Y tus hechuras ser juntos profesen,
Hasta que, levantando la rodilla
A nuevo culto, en orden repartidos,
El velo corran á tu luz sencilla.
Mas si para mostrarte agradecidos
Al Cordero purísimo y triunfante,
Por quien fueron los impíos confundidos,
La vencedora sien y rutilante,
Cuyos ricos despojos, venideros,
En luenga eternidad tuvo delante,
Quisieren coronalla los primeros,
Y ensalzando divina fortaleza,
Vinieren con sus dones los postreros,
Al trono llegarán, y á la riqueza
De gloria, de saber y claro fuego,
Que el mismo intenso ardor es su firmeza;
Y allí postrados con humilde ruego,
De la lumbre eternal una tiara
Sobre ella asentarán con gozo luego.
Pontífice, hombre y Dios, Rey, le cantara
La celestial milicia; aclamaciones
Jocundas y triunfales entonara.
Y con sagrados y amorosos dones,

De su cuerpo en la roja vestidura
Esmaltando preciosas guarniciones,
Bejarán arreada su figura,
Acetado, inmortal, resplandeciente
En nunca vista llama ni blancura.
Con tal único estudio el eminente
Serafín encendido se adelanta,
Cuanto mas elevado mas ardiente.
Cercando en derredor la sacrosanta
Deidad, se inflama en la potente lumbre,
Y allí abrasa las alas y la planta.
Y puesto en refulgente, excelsa cumbre,
Todo es deleite y gozo, todo amores,
De interna caridad propia costumbre.
El querubín, que siente los ardores
Del coro superior, tiene la ciencia
De sublimes misterios y mayores.
El trono colocado en la eminencia,
Del divino juicio está dispuesto
Al sacro impulso y firme inteligencia.
Del principado el reverente honesto
Semblante y admirables potestades,
Dominación que muestra el cetro entiesto;
Virtudes que semejan las deidades,
Sujeta á su poder naturaleza,
Y arcángeles, ministros de verdades;
Ángeles que defienden la flaqueza
Humana, y con oculta compañía
Esforzándola están á su pureza.
Formando la tercera jerarquía,
La segunda y primera van corriendo
De Dios por la infinita monarquía,
Su vista para siempre poseyendo.

Don Luis de Ribera.—*Sagradas poesías.*

698.

DE LA PASION DE CRISTO.

Agua, fiera envidia, los colmillos
Para la injusta muerte, y el veneno
De los manchados senos amarillos.
Derramalo, enemiga, sobre el bueno;
Que esta es, impía, tu hora, y la asechanza
Al despedir su rayo nueva el trueno.
El poder de tinieblas la mataza
En luenga culpa emprende, el error grita,
El infierno comienza su venganza.
De las negras cavernas ya vomita
Horribles mostros en furor ardiendo,
La ira, que las llamas solicita,
Y á puñados las sierpes esparciendo
De sus odiosas crímenes arrojaba,
A la maldad los ánimos volviendo.
De noche la traición se aparejaba,
La mentira, tumulto y maleficio,
Y un consejo infernal la ejecutaba.
Hierusalén, que ingrato sacrificio
De un cordero inocente, maniatado
(Que ha sido bien hacer siempre su oficio),
Propones, tinta en sangre y en pecado,
¿Qué puro altar levantas? ¿con qué olores?
¿Qué nuevo fuego enciendes consagrado?
Como, al tiempo del parto, los dolores
A la mujer estrechan, y el gemido
Crece, en mortal congoja y trasudores;
Así el malvado vientre conmovido
En tormento será, y el triste infante,
A quien pensabas ver del sol vestido,
Caído entre la niebla su semblante
Ser en pedazos miseros deshecho,
Que porque mueras te pondrán delante;
Rabiando sentirás, ya cuando el pecho
La matadora Lámia dió desahido,
De su misma ponzoña al hijo hecho.
Mas tú, hija cruel, de acero crudo
Labrado el corazón, al padre imitas,
Pueblo rebelde, pérfido y sañudo.
Postradas tus entrañas y marchitas,
Como avestruz, que amor ni piedad tiene,

Divina diestra sin temor irritas.
Tú, eterno Padre, á cuyos ojos viene
Preso y herido el Hijo, que la pena
De ajenas culpas sobre sí mantiene,
Confunde la malicia, y la cadena
Que pura mano oprime desbarata,
De tu misericordia abre la vena.
Que esta nuestra maldad así lo trata,
Para satisfacer á ti por ella,
Ni levanta la voz ni se desata.
Vos, espíritus sacros, que la bella
Gloriosísima imagen adorando,
Gozáis la inflamación que sale della;
En los misterios del amor entrando,
Decid aquesta vez cuánto atendistes,
El ardor y entender á un tiempo alzando.
El paternal semblante inmovible vistes
Acetar la pasión del Hijo caro,
Y á su querer humildes consentistes.
Vuestras sillas vacías, el reparo
Por la sangre aguardaban del Cordero,
Hombre mezquino, su esperado amparo.
Estaba el sempiterno fuego entero,
Su gloria y la del Hijo levantando
Por medio del morir osado y fiero.
El Hijo, en la obediencia regalando
El pecho do salió, y su constancia
La injuria y el dolor firme hollando.
Allá, en cerrado abismo, igual instancia
Las almas de los padres le hacían,
Junto con la oración perseverancia.
¿Qué ahincados deseos proponían!
En tiniebla se ven, por la luz claman,
Y libertad y gozo á ti pedían.
Al mismo punto á Cristo mas inflaman
De redención cumplida los efectos,
Si por ella su santa ley derraman;
Los sentimientos vivos y secretos
Del corazón ardiente, aquella gloria
Cubierta con fortísimos decretos;
De tantos escogidos la memoria,
El amor de los hijos que ha criado,
Y su causa le anima á la victoria.
Mas cuando eterna esposa ha contemplado
Que dentro de sí guarda, y que salida
Por la flaga ha de ser de su costado
La Iglesia, en rojo humor establecida,
Y en sus merecimientos, el tesoro
Comprando la inmortal, preciosa vida,
Mezclado al celestial, inclito coro
De espíritus el hombre, y satisfecho
De su penalidad, afrenta y lloro,
Inmenso y justo Padre, y que el derecho
De su glorioso reino y vestidura
Pendía de arrojarle al paso estrecho,
La bienaventurada ánima, pura,
Confortada de santos pensamientos
(En medio del horror y la figura
Odiosa del pecado y movimientos
Del infierno y la pena), fué ofrecida
A los brazos inicos y cruentos.
Cual de vieja cisterna oscurificada
Sacaron á Josef para vendello
(La sombra de la muerte allí temida)
Sus hermanos, y puesto el yugo al cuello,
De servidumbre, alegres entregaron
A extranjero señor el joven bello,
La noble vestidura le quitaron,
Y bañándola en sangre de un cabrito,
Al padre, en mal agüero, presentaron;
Si á la mayor fiereza este conflicto
Pudiera acontecer, ¿aun se templara
Contra su misma sangre en el delito?
Tal del sacro Jesús la frente clara
Cubriendo de ignominia propia gente,
Anubla y postra con malicia rara.
Este que, siendo Dios eternamente,
En la invisible forma no hurtaba
El ser igual á Dios por su eminente
Caridad encendida, se humillaba,
Y en habito de hombre parecía,
Y ajeno imperio, como siervo obraba.

El resplandor de Dios hombre escondía,
Deshízose á sí mismo padeciendo,
Bajóse hasta morir, y lo cumplía;

Porque en el trono del reinar subiendo,
Honorifica cruz llevó cativa
Antiguamente, con morir venciendo.

La injusta Sinagoga, dura, esquivada,
El patio le prendió con libres manos,
Y en él su saña errada y loca aviva.

Dejó los altares soberanos,
El nefario adulterio cometido
Con ídolos sacrilegos, profanos.

A su impiedad el justo persuadido,
Huyendo del malino atrevimiento,
Despojado quedó, no pervertido.

Un falso perjurar el prendimiento
Con vituperio traza, una mentira
Esfuerzo en la calumnia; inicio intento.

En tanto la verdad gime y suspira,
Y ante viles jueces presentada,
Por la honra de Dios tan solo mira.

De alevé y de blasfema fué acusada
La reverente luz, y sin respeto
Con nubes de pecados enturbiada.

La injuria junta al deshonrado efeto,
La licencia movida, el desacato,
De indino Hijo de Dios fingido el reto;

Perdiendo á su persona el justo acato,
Dieron lugar á herilla y lastimalla,
Como si fuera oficio pío y grato.

Mas tú, noche ofendida, si miralla
Osaste, al levantar del brazo fiero,
Cuando la lengua su inocencia halla,

En el rostro honestísimo y severo
Lo vieras descargar con el coraje
De un atrevido tigre carnívoro.

¡Oh luna, y vos, estrellas, que este ultraje
No pudistes sufrir quel hombre hiciese
Al Criador del lúcido homenaje!

Mientras del mundo la maldad subiese,
Convertida en beldad á la presencia
Divina, y el castigo le pidiese;

Turbada de pesar la refulgencia,
Y el inflamante ardor que ya mostrando
Os pusistes al sol en competencia;

De puro avergonzadas inclinando
Ese claro vigor, os apagastes,
Obrar la ira y el furor dejando.

Mas vosotros, verdugos, no cesastes;
Que el sumo sacerdote, maltratado
De un pontífice, al otro presentantes.

Oscuro cerco, de horror cargado,
Tiniebla espesa de perpetuo luto
Tiene el orbe en cadenas y agravado;

Que así conviene porque coja el fruto
De la muerte de Cristo, y el semblante
Saque despues en su alegría enjuto.

En el mayor peligro mas constante
El Señor, que contrasta la aspereza,
Armado en su paciencia de diamante.

Aquella prometida fortaleza
Del Apóstol á sola una pregunta
Vió desmayar con misera baja.

El vivo ardor de su mirar le apunta,
Y al levantar el fuego, luz y llama,
Lágrimas, á su culpa, amargas junta.

Huyó la compañía, que mas ama,
De los suyos, y nadie está presente
Cuando dentro de sí al Padre clama.

Uno que le negó, su perdón siente;
Los otros, escondidos y medrosos,
Que el pueblo los afija no consiente.

Amaneció, y los ánimos furiosos
Como enemigos hierven, y la exenta
Loba, para sus miembros dolorosos,

Al tribunal romano lo presenta;
Su sangre pide, su motín alega,
Y que tomar el reino ajeno intenta.

Confuso son á las orejas llega
Del que preside, y la proterva turba
Su descargo oscurece y se le niega;

Y en tanto que el ferviente mar se turba

Con ciegas olas y áspero bramido,
Ni se enflaquece Cristo ni perturba.

Crece la afrenta, crece el alarido,
Mientras la causa de única justicia
Mejora en el exámen su partido.

Porfían la venganza y la injusticia,
Y para complacer su dura saña,
Al ímpetu lo dió de la malicia.

¿Es esta alguna noble y grande hazaña
De industria militar y valentía?
Es la memoria que de gozo os baña?

¿Blanco cordero que ni aun voz tenía
Para se lamentar de los dolores
Postrallo con injuria y osadía?

Entre brazos gentílicos, traidores,
Puesto Jesús, su cuerpo real desnudo,
A los ojos del pueblo y los clamores,

Descargando el pesado azote, crudo,
Recibió mansamente las heridas,
Y humilló el sentimiento cuanto pudo.

Aquí fueron trilladas, consumidas
Sus santísimas carnes, consintiendo,
Por nos sanar, quedasen ofendidas;

Para que tú, mortal, el yunque viendo,
De resistencia al golpe y al denuesto,
Juzgues que por tu bien lo está sufriendo.

No pasó el vituperio así de presto,
Ni de su pura sangre por el lago
Demostrarse dejó el rencor enhiesto.

Tú, columna, testigo del estrago
Que los vírgineos miembros recibieron
En aquel lastimoso, amargo trago

(Ya cuando las del cielo estremecieron,
Y la máquina excelsa amenazando,
Esta violencia castigar quisieron).

Con justa compasión ¿por qué luchando
Tanto tiempo estuviste? y ¿por qué entera
Ibas mortal tormento sustentando?

A pedazos deshecha se cayera,
Del sacrosanto humor enternecida,
De yerto mármol quien cual tú no fuera.

La alteración y rabia proseguida,
El ímpetu esforzando, á Jesús lleva
Do fuese mas violenta y sacudida.

Los soldados comienzan otra nueva
Manera de opresión, agravio y duelo,
Porque cualquier con ellos se le atreva.

Y puesto por desprecio un rojo velo,
Y corona de espinas en las sienes,
Ante Dios lo profanan y ante el cielo.

Del profundo saber los altos bienes,
Sacerdocio, reinado y profecía,
Dados en propiedad, y no en rehenes,

Boca y mano execrable acometia;
Afean sus mejillas nadie osara,
Y allí las vence el golpe y la porfia;

A las ligadas manos una vara
Ofreciendo por cetro, rey le dicen,
Con burla y con oprobio de su cara.

Todos juntos ofenden y maldicen
A quien en reverencia fiel sirviera
El cielo, y sus espíritus bendicen.

Con otro santo amor lo recibiera
En sus brazos la madre, y otro agrado
De contemplar en él á Dios tuviera.

De otro modo á sus piés fué arrodillado
El coro angelical al nacer puro,
Y en el Jordan del Padre fué ensalzado,

Y de otra suerte al relumbrante muro
De la ciudad de gloria, diamantino,
Cuyo firme durar es y seguro,

En sacros resplandores el camino
Le abriera, coronara en sus almenas;
Otro fuera el triunfo al Rey divino;

Mas él, dando licencia á duras penas,
Abraza á su pasión, su muerte quiere,
Y derrama la sangre de las venas.

El clamoroso ardor el aire hierve,
Y para sosegarlo el juez lo muestra
Tal, que haga manilla á quien lo viere.

Este es el hombre, dice, oh sacra diestra
Floja, que á ti los muertos respondían:

Tú de la santidad eres maestra.
 Del cabello a la planta no se vian
 En el seno amarguras y las llagas,
 Que carbuncos y púrpura vestían.
 Impia Jerusalén, y tanto estragas
 El virginal decoro y la hermosura,
 Que no has dejado en él ya qué deshagas?
 Turbado es su semblante, y la figura
 Casi borrada; hollado y abatido
 Está el sumo Criador de la criatura.
 Libras un malhechor envilecido,
 Y ¡Cristo muera en cruz! gritando, pides,
 ¡Crucifícale! suena tu alarido;
 Empero, leona fiera, pues no mides
 La maldición que sobre el hombro pones,
 Y el flujo de su sangre no lo impides,
 Lloverá en los nefarios corazones
 La ira y fuego eterno, esos tus hijos
 Al filo de guerreros escuadrones
 (Aunque al cielo levante los prolijos
 Clamores), humillando inicia frente,
 Serán para el cuchillo regocijos.
 Roto el templo, verá muerta la gente,
 Presos los viejos, presas las doncellas,
 Robados sus tesoros feamente.
 Subirán al Señor estas querellas,
 Deleitarse ha en tu mengua y tu caída,
 Tendrán gozo de verte las estrellas.
 Será tu gloria al mundo fenecida,
 Y el antiguo ornamento la memoria
 Aborrecible hará, no condolida.
 En tanto que el romano la victoria
 Apareja con bárbaros trofeos,
 Y llega el día á la cruenta historia.
 ¡Oh hijas de Sion! vuestros deseos
 Salid á ver cumplidos; que descubre
 El poder Salomón y los arreos
 Cuando su Madre de esplendor lo culire,
 Y la diadema pone y lo corona,
 Aunque tal majestad Jesús encubre;
 Que es hecha de amargar esta corona,
 Y el gravísimo peso al hombro puesto
 No ensalza, mas derriba su persona.
 Apena sustentaba aquel molesto
 Cargo de la afrentosa cruz doliente
 El espíritu débil y funesto,
 Y el desmayado paso y continente,
 Cercano á las postreras agonías,
 Apena se mostraba suficiente
 Para llegar al sitio, donde vas,
 Madre Hierusalén, desatinada,
 Enclavar en la cruz sus manos pías,
 Y levantar en alto la sagrada
 Enseña de concordia y paz dichosa,
 De ti sola ofendida y desechada.
 Riegue la mustia faz y piadosa,
 Virgenes, vuestro llanto riegue el lecho,
 Imagen tan acerba y lastimosa,
 Pues no será posible que esté hecho
 Del maternal rigor y su dureza
 Ese suave y agraciado pecho.
 Él se inclinó dende la suma alteza,
 Tomó nuestros dolores, reformando
 La quiebra de mortal naturaleza;
 Y los trabajos sobre sí cargando,
 Al yugo oprimidor puso de suerte,
 Que por su santo amor se hizo blando.
 Pero ya en el lidiar de horrible muerte,
 Luego que el penetrante clavo abriendo
 Los nervios de los pies y diestra fuerte
 Fué, y el matadero del humor tiñendo,
 Avergonzado Cristo, lo elevaron,
 Sin velo á Dios y al mundo apareciendo.
 Los cielos de su luz se despojaron,
 El sol se oscureció, tembló la tierra,
 Las piedras unas á otras se encontraron.
 Sienten los elementos esta guerra
 Del hombre al Criador, y se movieron,
 Y á los presentes el pavor atierra.
 Como los que, al morir, salud hubieron
 En el serpiente de metal mirando,
 Que mordidos de sierpes antes fueron;

Este sacro trofeo contemplando,
 Ternura, sanidad y valentía
 Está á los fieles, con su ejemplo, dando.
 No tanto de su afrenta se dolía,
 Y pena desigual, que no lo enciende
 La llama del amor que en él ardía.
 Al Padre los verdugos encomienda,
 Ruega por el perdón de aquel pecado,
 Pide se reconcilie con la enmienda;
 Y cuanto en vivo ardor mas abrasado,
 El dar la vida solo por amigos,
 Juzga que no le hace señalado.
 Ofrecela también por enemigos,
 Alzándose á la gloria preminente,
 De que el Padre y la Esposa son testigos.
 Sed entre tanto fuego de amor siente,
 Mas no quiere licor que temple el fuego,
 Que es de mas padecer su sed ardiente.
 Así escuchando el condolido ruego
 Del valiente ladrón, que le confiesa
 En medio del gentío y rumor ciego,
 Antes que helada quede la pavesa,
 Que flaco fuego esconde y humo espira,
 En su extendida luz la encendió apriesa.
 El gran Señor la fe esforzada mira,
 Y su arrepentimiento y la querrela
 Que en la muerte del justo al cielo tira;
 Y al incendio movido en la centella
 De su gracia y poder, el sacrificio
 Acetó de la santa llama della;
 Porque al comunicarle el beneficio
 Del reino que demanda, se levante
 Al inmortal, pacífico edificio.
 Luego torciendo el cárdeno semblante
 Por la afeada imagen amarilla,
 Que un desmayo mortal tenia delante,
 La Madre, que gimiendo se amancilla,
 Vido, y á su discípulo la entrega,
 Y él reconoce el don y se le humilla.
 Y como de espirar el punto llega,
 Clamando en alta voz, al Padre vuelto,
 Que reciba su espíritu le ruega.
 Dijo; y el nudo de la vida suelto,
 Alma divina, en triunfadora diestra,
 Del cuerpo se apartó, el vigor resuelto.
 Las cortinas del templo en la siniestra
 Sazon, como bramando, se rasgaron;
 Que hasta lo insensible el dolor muestra.
 Los muertos de su sueño despertaron,
 Y abiertas las tinieblas infernales,
 Almas de justos dende allá volaron.
 Mas ya que el sentimiento de los males
 Al cuerpo le faltó, de lo escondido
 En su costado quiso dar señales.
 Al golpe, de la piedra obedecido,
 Agua sacó Moisés con fiel instancia,
 Y sangre y agua da Cristo herido.
 Piedra es de fortaleza y de constancia,
 Que vomitando un saludable río,
 Á su pueblo hartó con abundancia.
 Y en el tocar el hierro al pecho frío,
 Que como pedernal el fuego encierra,
 Arder se vido presto en recio estio.
 No con mayor violencia, de alta sierra
 Un brazo de agua clara despeñado,
 Se tendió por las faldas de la tierra.
 Como el flujo de sangre acelerado
 Y agua bañó el cuerpo, tronco y suelo,
 Con impetu saliendo del costado.
 Moab, mira el sangriento, horrible velo
 Que tus arroyos llevan, los despojos
 Seguro emprende que te envía el cielo;
 Mas no los gozarán inflees ojos,
 Porque para tu muerte y tu ruina
 Las aguas rojas causarán antojos.
 Aunque la mano de tu rey mezquina
 Sacrifique su hijo sobre el muro
 Para aplacar con sangre ira divina.
 Así el varón que quiere estar seguro
 No juzgue desta sangre la corriente
 Por sacrificio para Dios no puro,
 Ni á la presa camine osadamente,

Diciendo: «El enemigo queda muerto;»
 Que segará el cuchillo injusta frente;
 Porque es el lago de la sangre abierto,
 Sagrada, esclarecida y vencedora.
 Que fuera dél, ninguno ofrece puerto.
 En sí misma viviente y triunfadora,
 Pura, inmortal, llovida de Dios hombre;
 Precio y virtud que el cielo y tierra adora.
 Derramóla Jesús para que asombre
 Sus contrarios, espíritus malos,
 Y para su glorioso, excelso nombre.
 Tras esto, los helados y divinos
 Miembros bajados del madero fueron,
 Y envueltos en delgados, blancos linos;
 Con áloes, nardo y mirra los ungieron,
 Considerando el oro oscurecido.
 Y muerto el resplandor que vivos dieron.
 El precioso color así caído,
 Y las piedras del alto santuario
 Desbaratadas, y su honor perdido,
 Con suma reverencia el relicario
 De la divinidad fué luego puesto
 En sepulcro de nuevo mármol pario;
 Y no siendo el plañir allí molesto,
 Cual dolorida Virgen, tierno llanto
 Hicieron los presentes al funesto
 Eclipse de su sol, con triste manto
 De cilicio y ceniza, y con gemidos
 Que al corazón pusieron en quebranto
 Del sacro Padre Dios, por su Hijo oídos.

DON LUIS DE RIBERA.—*Poesías.*

699.

DE CRISTO PUESTO EN EL SEPULCRO.

En blando sueño, que inmortal espera
 Llama gloriosa de triunfante vida,
 Reposa el sacro cuerpo, real, ungido,
 En las cenizas frías escondida
 Divina brasa, de increada esfera;
 Cuyo fuego, á pedazos repartido,
 Moverse en luz hermosa el hombre vido,
 Y engendrar excelentes criaturas;
 Mas ¡ay dolor! que dentro humano manto
 Cubre un sepulcro santo
 Su eterno ardor con tales ataduras,
 Que solo hielo y negra sombra muestra,
 Y en las heridas el color manchado,
 Por quien la sangre helada trocó el rojo,
 Haciéndose de violas despojo,
 Y el semblante honestísimo apagado,
 De amarillez vestido y de siniestra,
 Lúgubre imagen, de pavor maestra,
 Siendo su resplandor sin ocidente,
 Y aunque le vió en la carne, Dios viviente.
 El fuerte, el limpio, el inocente, el bueno,
 Cristo, Jesús, Dios-hombre y Rey eterno,
 Sacrosanto pontífice ensalzado,
 Vencedor de la muerte y del infierno,
 Al orbe estremecer hizo del trueno
 Al despedirse el rayo acelerado,
 Que en los abismos de la tierra ha entrado,
 De su alma beligerá dejando
 El cuerpo de vital honor vacío,
 Que yace en mármol frío,
 Mientras va las tinieblas alumbrando,
 Y en orden los despojos recogiendo;
 Mas los difuntos miembros corromperse
 Nunca podrán; que son del santo y puro,
 Que Dios formó de corrupción seguro.
 Y el Fénix que en el leño quiso arderse,
 Para de allí, inmortal vuelo cogiendo,
 Ir la vida sin cabo estableciendo.
 Las calientes reliquias consagradas
 Dejará en su vigor á sí ayuntadas.
 En tanto, sol, por la inflamada esfera
 Que en el girar se abrasa de tus rayos,
 Si con el bello oriente blanca aurora
 Tiñe en claros jacintos sus desmayos,

Deten la velocísima carrera,
 Que de purpúreo ardor las cumbres dora
 Y las flores de nuevo honor colora;
 Que padece otro Sol mortal tiniebla.
 Sol que te dió la luz con que paseas
 El orbe, y lo hermoseas,
 Y tú le viste, opuesta turbia niebla,
 Y de lástima el carro desunciste;
 Mas no ha vuelto á salir, que está escondido;
 Piedra cóncava, helada lo detiene.
 Si ese tu ardiente vuelo á vello viene,
 Aflojalo del mismo hielo herido;
 Que si, cuando elevado él, no pudiste
 Sustentar tu esplendor, y lo cubriste
 Ante su inmensa luz, ¿en esta ausencia
 Sales á competir la refulgencia?
 Muerta es la vida, el cuerpo frío yace
 Del león que nació de real leona;
 Muévalo ya con ásperos bramidos,
 Para que erice en torno la corona,
 Que lento sueño su vigor rebace;
 Y por los firmes huesos escondidos,
 De pálida mortaja revestidos,
 Y puros senos, se despierte el fuego,
 Que anime y fortalezca la figura
 Y vuelva á su hermosura.
 Pagando eterna luz al horror ciego.
 No se olvida el poder, no el alma pia;
 Que la centella que en el cuerpo vive,
 Clama por la perpetua unión gloriosa,
 Cual del capullo matutina rosa
 Brotando, el argentado humor recibe,
 Si en cuanto dura la tiniebla fría,
 De beldad despojada y de alegría,
 Al coronar del rubicundo Dolo
 Muestra sus hojas y fragancia al suelo.
 Cayó el león en los robustos brazos
 Del capitán hebreo, y fué arrojada
 La espantable fiereza, mas tomaron
 Su boca las abejas por morada,
 Y en la oscura región, hecha pedazos,
 Dulcísimos panales fabricaron;
 De la miseria suavidad sacaron,
 Y la vida en la muerte comenzaba,
 Distilando el fortísimo dulzura.
 Tal la yerta armadura
 Del león de Judá, que muerto estaba,
 Esparciendo de sí un olor divino,
 Preciosa unión de vida iba formando,
 Que las fuerzas de Dios, allí cubiertas,
 Las esperanzas confirmaban ciertas
 De su glorioso oriente, al mover cuando
 El sempiterno, estable y fiel destino,
 El poderoso curso peregrino
 En sus helados miembros espirase
 Néctar, y á Cristo triunfador alzase.
 Tú, clara urna, real, que las cenizas
 Guardas del sacro Fénix, y aquel grano
 Incorrutable que tu cerco honora,
 Comunica el tesoro soberano,
 Si el gusano inmortal caliente atizas,
 Y á la preñada espiga el trigo dora;
 Que va se esmalta y se embellece Flora,
 Bordando de junquillos y jazmines,
 De rosas y azahares su vestido;
 Y á tus faldas tendido
 Lo arroja, y las fragantes, rubias crines
 Sobre que pise, con jocundo velo.
 El vencedor ecclso cuando alumbre.
 Mas si en tu lecho del dolor reposa,
 Escucha los gemidos de la esposa,
 Que busca en la ciudad, llanos y cumbre
 Su esposo con ternura y desconsuelo,
 Y dende el monte en arrojado vuelo
 A tu nido partió, porque le tienes
 Su amor y la esperanza de sus bienes.
 Cancion, si en blanda cítara entonada
 De las sagradas musas, conmovieres
 Los ánimos, los brutos y las peñas,
 Bien sé que humilde dueño no desdeñas
 Cuanto empresa mas alta acometieses;
 Esta vez reverente y inclinada,

A la tremenda majestad llegada,
Al tálamo le ofrece el pio acento,
Mezclado de ámbar el suave aliento.

DON LUIS DE RIBERA.—*Poesías.*

700.

DE LA ENTRADA Y TRIUNFO DE CRISTO EN EL CIELO
EL DÍA DE SU GLORIOSA ASCENSION.

Aire sereno y puro, en este día
Que el inmortal Señor sube á su trono,
Y en suavidad te baña y alegría;
Si tras la clara nube el sacro tono
A la triunfante diestra va siguiendo,
Y al plectro de Caliope lo entono;
Y tu sutil espíritu rompiendo,
De nueva, hermosa luz esclarecido,
Lo está su cisne á Bétis repitiendo;
En alas de palomas esparcido
Déjalo por los orbes soberanos
Y por el yugo de Helicon florido;
Que mueve mi Tersicore las manos,
Y suena de las musas la armonía
De las mas altas cumbres á los llanos.
Tú, enamorada Clície, que en porfía
El resplandor prosigues y el ardiente
Lauro de Apolo, que de ti desvía
Cuando despierta en perlas por su oriente,
Y encendiéndose mas, las llamas toma,
Y esparce el oro de su rica frente;
La vez que para ti mas bello asoma,
Dime si aquesta fué; que te prometo
Del marino coral, ninfa, una poma;
Y en honra del primer amor secreto,
Por quien envidia á Leucotoe tuviste,
Cenirte del electro mas perfeto.
Dime ya, blanda ninfa, ¿cuál lo viste?
Aunque en tu velo y cerco relumbrante
Hallo el jocundo aliento que sentiste.
Bétis con paternal, cano semblante,
De juncos y de cañas revestido,
Enriqueció la urna de diamante.
Y de sus puras náyades cogido
En medio, con las flores componia
Los dorados cabellos y el vestido.
De verde oliva un ramo sacudia.
Mostrando alegre, ornada y sabia frente,
Y en las ondas así su cisne oía.
Mas á la voz que el bosque ameno siente,
Y céfiro en las ramas resonando,
Moviéndose por ellas mansamente,
Y las ufanas aves, que ayudando
Estaban el honor y la vitoria
Del que se va en las nubes levantando,
Para la sacra y verdadera historia
Cesaron, y cantaba el cisne solo.
Cantaba el cisne dino de memoria:
¡Oh rey de bravos vientos, fuerte Eolo!
Divino quedas ya, pues te pasea
El fundador del encendido polo.
Cristo en glorioso cuerpo hermosea
El eficaz espíritu, y reparte,
Mientras tu cerco en su virtud rodea,
Templanza y sanidad en cada parte,
Celestiales olores, luces bellas
De llama, con que puedas ilustrarte.
El fuego, esclareciendo sus centellas,
Inflamado lo acoge, y se reviste
Sobre su ardor del esplendor de estrellas.
Luna, tú, que primero recibiste
En el cándido seno la presencia
Divina, y por su amor te eterneciste,
Si osaste alguna vez su refulgencia
Mirar en la figura de hombre puro,
¿Cuánto tu gozo fué y tu reverencia?
Con ledo paso y ánimo seguro
Por el orbe del sol tendió la vista
El triunfador del impio abismo, oscuro,
Cuando las flechas y el aljaba alista
El sagrado planeta, y á la usanza

Que ofreció de Fiton la árdua conquista,
Salió á encontrar del héroe la pujanza,
Porque el triunfo y militar enseña
Esforzó de su arco la esperanza.

Del lauro la precitada y verde seña
Puso á sus piés, y el manto de oro fino,
Si tan hermosos dones no desdena.
Marte, que lo esperaba en el camino,
Armado de diamante, el fiero gesto
Trocó en viso gentil, claro y benigno;

Y con la pica y el escudo puesto,
Firme, representando su braveza
Y el furor, que se enciende en guerra presto,
«Salve, le dijo, eterna fortaleza:»
Y el penacho del yelmo despojando,
De sus trofeos le entregó la alteza.

Mercurio, que lo iba acompañando,
Aclama el real triunfo, y siempre entona
El sacro himno, su loor alzando.

Citerea, tejiendo una corona
De la flor de la casia y del jacinto,
Regala la aspereza de Belona.

El bellísimo rostro en rosa tinto,
Y los cabellos de ámbar rociados,
Blanco cendal por veste y rojo cintó;
Safiros y rubies enlazados

En las vendas que honoran altas sienas,
Venció los cristales inflamados.

Tú, blanda, suave diosa, que mantienes
En la celeste esfera los amores
Honestos, y en el coro sacro vienes,

A los piés acatados, vencedores
Arroja los narcisos y amarantos,
Del cinamomo las fragantes flores;
Perlas vertiendo ante los ojos santos,
Recibe dellos sin igual pureza;
Sabrás del limpio amor limpios encantos.

Júpiter, descubriendo su riqueza,
El cuerno de Amaltea vaciaba
Con abundante copia y real largueza,
Al tiempo que Saturno se acercaba
A la pompa triunfal, y cano aspecto
Con palio de esmeraldas adornaba

Al ecclso Señor; con el respeto
Debido se inclinó, y hermosa planta
Besó con dulce júbilo y secreto.

Cada estrella á mirallo se levanta,
Y soberanas aguas cristalinas

No paran; que una á otra se adelanta,
El orbe penetrando, que en continas
Y breves vueltas arrebatada y mueve
Las esferas ardientes y vecinas.

Ya el muro del impireo se conmueve,
Abriéronse las puertas de la gloria,
Fuego se diviso bañado en nieve.

Bétis, que al canto de la sacra historia
La noble faz anciana enternece,
Serenó mas la oreja y la memoria,

Y á la ninfa mas sabia le decia
Que en el oro en sus grutas encerrado
Con inmortales letras lo pondría.

A Cristo, así glorioso y ensalzado,
Otro coro de viva inteligencia
Le salió á recibir, grato y postrado.

El cisne prosiguió, y en competencia
Un espíritu de otro lo saludó,
Bendice su vigor y su clemencia.

La adoracion ni cesa ni se muda,
Y el Principe de paz del puro seno,
Por su gloria, la púrpura desnuda.

Un precioso carbunco, de luz lleno
Y honor, en su costado resplandece,
De toda alteracion libre y sereno.

A los sacros espíritus lo ofrece,
Y el serafín se humilla, alzando el fuego;
Crece las gracias cuanto el gozo crece.

Ufanos se volvieron de allí luego
Los planetas mas lindos y graciosos,
Por no dejar la tierra y el mar ciego.

Los angélicos coros, poderosos,
Saludaban las ánimas reales,
Despojos señalados, vitoriosos.

Estas, aunque en el premio desiguales,
De bienaventuranza se colmaban,
Para siempre felices y inmortales.

Santas, jocundas, sabias se mostraban,
Y al soberano Rey, por quien salieron
De la tiniebla, fieles acataban.

En el coro de luz se entretejieron,
Y eterno abrazo, en órden discurrendo,
De amor y de concordia recibieron.

Allí los timiamas derritiendo
Iban, y el claro ardor, de olor bañado,
En suavidad divina convirtiendo;

Mas á trechos habiéndose parado,
Las aras sacrosantas encendían,
De canciones el fuego acompañando.

«Cristo es el Salvador, unos decían,
Hijo de Dios, Dios-Hombre verdadero;»
Otros, «venió al infierno,» respondían.

«Murió para vivir en el madero»,
Repiten, y las liras acordadas,
Aqueste su triunfo placentero.

Por medio de las sillas abrasadas
Al trono se enderezan del potente
Padre, con su saber glorificadas;

Y sintiendo la lumbre vehementemente,
En deleite extremado y tal dulzura,
Que arrebató el Espíritu eminente,

Para la santa muchedumbre y pura
Cristo por medio della se recoge
A la bondad eterna y hermosa.

Nuevo y sagrado aliento el cisne coge,
Que se despiertan grandes maravillas;
Las alas junto con la voz descege.

Las divinas personas y sencillas,
El Padre y el Espíritu viviente,
Si puede la criatura describirlas,

Aguardaban al Hijo reverente,
Que entró en el seno do se vió engendrado
Con cuerpo virginal y alma ecelenente.

A la diestra de Dios fué colocado,
Y el Padre, con interna union, gloriosa,
Mostróse de sus obras agradado.

Dentro del sumo bien Cristo reposa,
Y ofrécele su reino y la obediencia
En la pasión acerba y dolorosa;

De su muerte la entera suficiencia,
La redención humana, los despojos
Suelos de la tiránica violencia.

Puso el ardor el Padre de sus ojos
En el Hijo amantísimo, acetando
Los pasados y ásperezos ojos.

Y en el juzgado eterno levantando
La sacra, ecelsa diestra, se lo entrega,
Sus refulgentes sienes coronando.

El inflamado Espíritu le pega
El vigor conocido, y dentro el fuego
Arde, y al gozo mas intenso llega.

Comenzó el sacrificio y limpio ruego
Hasta el cielo á subir dende la tierra,
Y en ella de la sangre fiel el riego.

Así cantaba el cisne, cuando cierra
El pico, zambullendo el blanco velo,
Y su fatiga en el cristal destierra.

Ocupaba en su fuerza ardiente Delo
Los muros y los campos, y cubría
Manto festivo de alegría al suelo.

Bétis en lo mas hondo se escondía,
Y las ninfas moviendo las arenas,
El oro Panopea recogía,

Para cortar en él sacras camenas.

DON LUIS DE RIBERA.—Poesías.

701.

DE LOS NOMBRES SIMBÓLICOS DE MARÍA VIRGEN,
NUESTRA SEÑORA.

Pura y suave rosa,
Que siempre estás mostrando tu frescura
Y el rojo esmalte con que á Dios cubriste;

Niebla de olor preciosa,
El cielo, que en gozarte ha su ventura,
Después que del desierto allá subiste,
Si tal fragancia diste,
Sepa que tu presencia se encamina
Por entre vuestros rostros celestiales,
Espíritus reales,
Al trono de la gloria,
Y en la vision divina,
Como admirable y dina
Reina que goza de triunfal vitoria,
Ayudas nuestros ruegos,
Descaminados sin tu amparo y ciegos.

Tu pues real plantado,
Qual nunca otro se vió para pelea,
Ordenado con ciencia soberana,
Terrible y esforzado;
Si cuando el enemigo atiende y vea
Dende la oscura noche á la mañana,
Por darte arma temprana,
Tu poderosa diestra veladora,
Dirá rabioso, en vil temor caído :
«¡Oh espantable sonido
De armados instrumentos!
¿Qué huete vencedora
No tiembla de ti ahora?»
Mas al cercarlos fuertes, ciento á cientos,
La tienda del rey sabio,
No movió contra ti mano ni labio.

Vuela, blanca paloma,
Cuyos lucientes y dorados ojos
El cazador miró, de amor herido;
Que ya el invierno asoma,
Lleno de lluvias, hielos y de enojos,
¿Dónde podrás hallar seguro nido?
Mas no fué á ti escondido,
Volando, de una piedra el agujero,
Sostenida en altísimo edificio,
Cuyo piadoso oficio
Sentiste dentro della;
De allí vuelo ligero
En tiempo placentero
Diste, paloma señalada y bella,
Y las nubes hiriendo,
Estás glorioso nido poseyendo.

Nave, la mas hermosa
Que descubrió oriental, remota playa,
Y al mundo enriqueció su mercancia,
¿Quién como tú, dichosa,
Tuvo enfrenado el mar y siempre á raya,
Y cargó de sustento y alegría?
El pan que se ofrecía,
Salido de tus senos abundantes,
Al paladar hinchó de su dulzura,
Si por ti la criatura,
Como manjar del cielo,
Que da á los navegantes
Tales fuerzas, bastantes,
Que pelean continuo sin recelo,
Y en trances tan dudosos
Son, como tuyos, fieles y animosos.

Torre firme, almenada,
Y del Libano puesta en las alturas,
Los campos de Damasco descubriendo,
Segura y reforzada
De muros, baluartes y armaduras,
Que están tu prez antigua esclareciendo,
Y el valor oponiendo
Del nombre con que ensalzas la defensa
De la tierra cubierta de tu sombra;
Todo enemigo asombra,
Ni osa salir á verte,
Si cuando astuto piensa
Gozar la recompensa
Del yugo que le echó tu sitio fuerte,
Apeña te descubre,
Que luego el campo de pavor no cubre.
Puerta de paz gloriosa,
Con inclitos despojos coronada,
De la ciudad de Dios gran maravilla,
En materia preciosa
De oro, como vidro, levantada,